REVISTA FILOSÓFICA.

REVISTA FILOSÓFICA.

DIRECTOR Y EDITOR

JOSÉ MARÍA VIGIL.

TOMO I.

MÉXICO.

Imprenta y Litografía de Ireneo Paz,

Calle de las Escalerillas, núm. 7.

1882.

549861

LA FILOSOFÍA.

EL hombre siente naturalmente la necesidad de saber, como siente la necesidad de obrar, de amar, de vivir. Hay más: del estado de sus conocimientos dependen la mayor parte de sus determinaciones, de sus sentimientos, de sus placeres y de sus penas, de los sucesos prósperos ó adversos que componen su existencia; de suerte que el deseo de la ciencia no puede ménos de aumentarse en él por los mismos esfuerzos hechos para satisfacerla, y los progresos que le alejan de la ignorancia. Pero la ciencia, es decir, el verdadero saber, la sola manera de conocer que deja al espíritu completamente satisfecho, es muy diferente de las impresiones fugitivas de los sentidos, de las nociones aisladas que debemos à la experiencia ó al sentido comun, y de las creencias que tenemos de la fe. Sus dos caractéres más esenciales son la unidad y la certidumbre: la certidumbre, porque ésta es el conocimiento mismo, puesto que no hay conocimiento miéntras hay duda; la unidad, porque los objetos deben mostrarse á nuestra inteligencia tales como existen en la naturaleza. Ahora, la observacion más superficial basta para saber que nada en la naturaleza es absolutamente aislado é independiente, sino que todas las partes del universo se ligan, todos los séres y todos los fenómenos se encadenan entre sí. Para que estas dos condiciones se cumplan exactamente, no basta que se apliquen á algunos objetos, es preciso que los abracen á todos indistintamente y alcancen el más alto grado de generalidad; en otros términos, es necesario buscar la certidumbre no sólo en las cosas, sino en la inteligencia que las percibe, ó en la constitucion y las leyes del pensamiento; es menester buscar la unidad, no sólo en las relaciones exteriores, en la dependencia mútua de los séres y de los fenómenos, sino en la causa que los ha producido, en la sustancia de que son formados, en la razon de la existencia. Bajo este punto de vista, todas las ciencias, sin perder su independencia y su division natural, pueden ser consideradas como ramas de una ciencia única, de donde toman, á los ojos de una razon severa, su significacion y su valor, y que ellas ilustran á su turno por aplicaciones innumerables. El estudio de esta ciencia superior, la investigacion de esos principios sobre que reposan á la vez todos nuestros conocimientos y todas las existencias, ó la aplicacion de la razon á los problemas más generales y elevados que puede concebir, hé aquí

lo que se entiende por filosofía; título modesto que expresa el deseo más bien que la posesion, y cuya honra atribuye la tradicion á Pitágoras.

Pero la filosofía es más antigua que su nombre: el Oriente la conoció ántes que la Grecia. Donde quiera que el espíritu humano, cansado de creer y de soñar, se ha elevado al deseo de saber, ella le ha puesto delante sus profundos problemas, arrastrándole al círculo de sus audaces especulaciones. Es al mismo tiempo el principio y el fin, el primero y el último esfuerzo de la razon; y porque vemos en ella el ideal, la perfeccion del conocimiento, porque mira sólo en el fondo y en la totalidad de las cosas, por eso atrae desde luego nuestras meditaciones; pues el espíritu como el corazon va derecho á lo que le tienta, sin calcular los obstáculos, sin medir la distancia; y no es sino más tarde, en la escuela de la experiencia, cuando aprende á dividir los esfuerzos segun la grandeza de sus deseos y las necesidades de su debilidad. Así, hay que notar que los sistemas filosóficos han precedido en todas partes al estudio de las ciencias; pero en vano éstas se multiplican, se perfeccionan, enriquecen con sus descubrimientos la industria y las artes, someten la materia á la voluntad del hombre y producen cada dia nuevos prodigios; no reemplazan la filosofía; por el contrario, miéntras más aumenta su número, miéntras más fecundas son sus investigaciones, el espíritu humano, espantado de ese caos, siente más tambien lo necesario de la unidad, y busca en sí mismo la fuente y el enlace de sus conocimientos, el tronco que soporta todas esas ramas confusas. Puede la filosofía faltar á su mision; la inexperiencia de sus medios, un exceso de audacia ó de timidez pueden sustraerle durante siglos el objeto que persigue; esto no obsta para que el espíritu humano tenga fe en ella miéntras tenga fe en sí mismo, es decir, en la ciencia y en la verdad; y esa fe en la ciencia y en la verdad, es la vida de la inteligencia, es uno de los elementos de nuestra naturaleza, que sólo desaparecerá con nosotros.

Acabamos de decir á qué necesidad y á qué facultad del alma corresponde la filosofía, así como el lugar que ocupa y ha ocupado siempre entre las obras del pensamiento; pero esto no basta para determinar su objeto y circunscripcion; no nos muestra los límites precisos en los cuales debe detenerse, ni puede por lo mismo hacer las veces de definicion. ¿Cómo conviene, pues, definir la filosofía? y si no se está de acuerdo sobre este punto, ¿cuál es la causa, cuál es el valor y cuál es la más exacta de todas las definiciones propuestas? Tal es la primera cuestion que tenemos que resolver.

Determinado una vez el objeto de la filosofía, estamos obligados á descomponerla en sus partes, y esto nos conduce á investigar los problemas particulares que se ocultan bajo la definicion general, y los vínculos que ligan todos estos problemas entre sí; en una palabra, tenemos que ocuparnos en la division y organizacion de la ciencia filosófica.

La naturaleza de las cuestiones que entran en el dominio de la filosofía, nos hará conocer el método que debe aplicárseles; porque, ¿cómo decidirse por la eleccion de un instrumento, ántes de saber el uso á que se le destina? Es igualmente verdad que las ideas más ó ménos exactas que han podido formarse del método filosófico, deciden en último resultado de las cuestiones que se quiere tratar. Pero esta confrontacion, indispensable por otra parte, no tiene lugar sino fuera de tiempo, es decir, despues de muchos ensayos desgraciados; sin embargo, no por eso el órden lógico del pensamiento deja de consistir

en ponerle bajo todas sus faces, en dividirle en todas sus partes, y en buscar despues la manera de tratarle.

La definicion, la organizacion y el método de la filosofía, tales son. pues, los puntos fundamentales sobre los que deberán recaer desde luego nuestras reflecciones; pero la filosofía no es un puro ideal, cuyos elementos y condiciones todas pueden determinarse *a priori* por el sólo raciocinio; es un hecho que dura, que se desarrolla desde hace tres mil años por lo ménos, que ha ejercido una influencia incontestable sobre los destinos del género humano, y que, como la religion, la poesía, el arte, la sociedad, no acabará ciertamente sino con él. Así, miéntras no la hayamos apreciado desde este último punto de vista, sólo podrémos dar una idea incompleta quedando trunca la tarea que nos proponemos. Procuraremos, por lo mismo, despues de haber considerado la filosofía en sí misma, ó cuando hayamos respondido á las tres cuestiones principales que acabamos de indicar, el mostrar sumariamente lo que ha sido, lo que ha hecho hasta ahora, y el trabajo que todavía le queda por ejecutar.

I.

"La filosfía, dice un autor moderno, (*) es una ciencia cuya idea no se ha fijado todavía; porque si lo fuera, no habria tantas filosofías como filósofos: no habria más que una. No se ve que haya varias físicas, varias astronomías; y no hay más que una física y una astronomía, porque la idea de estas ciencias es determinada." Hé aquí seguramente una de las aserciones más falsas que se hayan pronunciado alguna vez, y debemos poner tanto mayor cuidado en destruirla, cuanto que viene no de un enemigo, sino de un amigo y de un elocuente intérprete de la filosofía. Nó, la filosofía no es una ciencia cuyo objeto no esté fijo, ó que se busque todavía, como dice el autor citado; pues desde que existe ha tenido siempre el mismo objeto; se ha interesado siempre en la misma idea, á pesar de las diversas fórmulas de que se ha valido para traducirla, y que sin razon se han tomado por definiciones contradictorias. Nó, no hay varias filosofías, sino varios sistemas de filosofía, que aspiran todos al mismo objeto, son provocados por la misma necesidad intelectual, se agrupan en derredor de los mismos problemas, y pertenecen á la historia de una misma ciencia. Tal es el doble hecho que desde luego vamos á procurar poner fuera de duda.

La primera definicion de la filosofía es la que está contenida en su nombre, y que quiere que sea la indagacion de la sabiduría. Ahora bien, ¿qué es la sabiduría segun los antiguos? ¿En qué hacian consistir ese bien, por el cual se atrevian solamente á confesar su amor, que se proponian como el término de todos sus esfuerzos, pero que no estaban nunca seguros de adquirir? La sabiduría, segun la opinion unánime de los antitiguos, es el más alto grado de la ciencia, ó simplemente la ciencia, el conocimiento perfecto, el conocimiento entero de la verdad, que engendra naturalmente la virtud, ó se manifiesta por la práctica del bien. Esta idea está muy bien expresada por Ciceron

(*) Jouffroy, *Prefacio á la traduccion de las Obras de Reid.*

cuando dice: (*) "La sabiduría, segun la definicion de los antiguos filósofos, es la ciencia de las cosas divinas y humanas, y de los principios que contienen esas cosas."

Pero ¡qué! ¿el espíritu limitado del hombre se atreveria á aspirar á tal objeto? ¿Podria álguien, aquí abajo, intentar poseer la ciencia universal? No, seguramente, si se entiende por estas últimas palabras un conocimiento particular y directo, una intuicion inmediata de todos los objetos de la naturaleza, tal como nos vemos obligados á suponerla en la inteligencia divina. Pero, como dijimos al comenzar, el saber para nosotros consiste en descubrir la fuente de la razon de las cosas, en ver los efectos en sus causas y las consecuencias en sus principios. "No hay ciencia de lo particular," ha dicho Aristóteles con mucha verdad. Luego, esa ciencia que abraza y domina todas las otras, la filosofía en una palabra, puede designarse muy bien como la ciencia de las causas y de los principios. Así es, en efecto, como se la define algunas veces, y esta segunda definicion, léjos de contradecir la precedente, no es más que su desarrollo y aplicacion.

Una vez en busca de las causas y de los principios, es decir, de la razon última, del fundamento supremo de lo que es ó de lo que creemos que es, el espíritu humano no puede detenerse sino ante una idea que no se deje resolver en ninguna otra, y de la cual, por el contrario, se deriven todas las otras, de donde saquen toda su fuerza, su autoridad, y en cierta manera, su sustancia. Esta idea es la de lo absoluto, de lo infinito, de la verdad en sí, del sér necesario. Por consiguiente, la filosofía puede tambien definirse la ciencia de lo absoluto, de lo infinito, de lo que no cambia, de lo que es necesario y universal, ó solamente de lo que es, del sér en tanto que es. Estos son poco más ó ménos los términos de que se sirven ordinariamente los dos más grandes filósofos de la antigüedad, es decir, Aristóteles y Platon. Y no hay que sorprenderse de una definicion tan ambiciosa en apariencia y tan desproporcionada á nuestras facultades. Nosotros no podemos saber ni afirmar nada que no suponga el infinito y que no se refiera á él, que no tenga relacion con él por un lado ó por otro. Luego la ciencia del infinito debe ser considerada á su vez como la condicion y objeto de todas las otras ciencias. Por otra parte, no se trata de penetrar con nuestra débil inteligencia en el abismo del infinito y visitar sus profundidades, disipar todas sus tinieblas, sino de mostrar el lugar que esta idea ocupa en todos nuestros pensamientos, el valor que da á todos nuestros conocimientos, y esclarecerla tanto por los fenómenos interiores del alma, como por las condiciones y las fuerzas exteriores de la naturaleza.

En suma, lo que hace el objeto de la filosofía, es la verdad en su expresion más completa, más elevada, más pura, ó en su último grado de unidad y de certidumbre. Tal es el sentido idéntico, aunque más ó ménos desarrollado, de las definiciones que hasta ahora hemos citado. Pero la verdad, en general, no puede manifestársenos sino por el pensamiento; porque lo que no concebimos, lo que de ninguna manera cae bajo nuestras facultades intelectuales, no existe para nosotros. Luego, si se conocen las condiciones y los principios del pensamiento, se conoce por ese mero hecho la expresion más elevada de la verdad. Querer negar esta proposicion, es negar que haya una verdad accesible para el

(*) *de Officiis*, lib, II, c. 2.

hombre, y aun para todo sér inteligente, puesto que el pensamiento es siempre la regla de lo que es; es encerrarse en un escepticismo incurable é inconsecuente. Ahora, el pensamiento no existe de una manera abstracta; el pensamiento no es más que nosotros mismos, considerados como séres pensantes é inteligentes, es decir, como espíritus; y el espíritu, á su vez, no puede desprenderse de la voluntad, de la sensibilidad, de todo lo que cae bajo la conciencia, del alma toda entera. De aquí viene que la filosofía ha sido tambien llamada la ciencia del espíritu, la ciencia del alma, el conocimiento de sí mismo, el estudio del hombre intelectual y moral. Mas no debe olvidarse que al tomar su punto de apoyo en la conciencia ó en la observacion del pensamiento, la filosofía aspira al conocimiento verdadero, á la razon última de las cosas, y que permanece, conforme á la opinion unánime de los antiguos y todas las grandes inteligencias de los tiempos modernos, como la ciencia de las causas y de los principios, la ciencia del infinito ó del absoluto, la indagacion de la suprema verdad. Quien quisiera detenerse en ese primer paso, ó que redujese la filosofía á las proporciones de la psicología, no sólo sería culpable de mutilarla sin provecho para las otras ciencias, quitándole precisamente los solos problemas por los cuales interesa á toda la humanidad, sino que la condenaria á la esterilidad y á la impotencia en el círculo mismo en que procurara encerrarla. En efecto, no hay psicología sin metafísica: porque ¿cómo analizár el pensamiento sin pensar un instante en el sér que piensa; sin hacerse ninguna pregunta sobre la naturaleza, la duracion, el orígen de este sér, y el lugar que ocupa en medio del universo; sin procurar darse cuenta del valor del pensamiento y del modo con que puede alcanzar la existencia? De la misma manera dirémos: no hay metafísica que no tenga por objeto descubrir el fondo de las cosas y ofrecer una base comun, un lazo y un principio inquebrantable á todos los conocimientos humanos. La metafísica es á la filosofía lo que la filosofía es á las otras ciencias, es decir, el objeto y el centro de todas sus investigaciones, el tronco que soporta y hace vivir todas sus ramas.

Así pues, todas las definiciones de la filosofía (porque seria difícil citar otras que no entrasen en las que acabamos de explicar), todas las definiciones de la filosofía expresan la misma idea, pero con palabras diferentes y con palabras más ó ménos pensadas. Parece que al ofrecer por objeto á nuestras investigaciones la verdad en su estado más perfecto, en su carácter más absoluto, nos la acercan por grados, y acaban por mostrarla como envuelta en los repliegues de nuestra alma, como sepultada en el fondo de nuestra conciencia. Este objeto es el que ambicionan todos los sistemas; esta idea es la que se han esforzado por alcanzar y realizar todas las escuelas filosóficas que han dejado huella en la historia. Que se cite, en efecto, un sistema ó una escuela de cierta importancia que no aspire á descubrir el fondo más oculto de la naturaleza de las cosas, el último fundamento del conocimiento ó de la existencia, ó de ambos á la vez. Desde luego se presentan los vastos sistemas del Oriente, que refiriendo todo á Dios, y haciendo derivar todo de su eterna, inefable sustancia, no reconocen otra existencia ni otra ciencia que las del infinito, pero que, en lugar de elevarse por la contemplacion del universo y del alma humana, à ese objeto único de sus especulaciones, se colocan directamente en su seno, se establecen en cierta manera en sus profundidades, en donde nos hacen asistir

á la concepcion, y despues al laborioso engendro de todos los séres que pueblan el universo.

Despues de los sistemas del Oriente, vienen los de la Grecia, en que la razon, más tranquila y más dueña de sí misma, no abriga ya la pretension de descubrir de un golpe todos los misterios de lo absoluto; se reconoce límites, percibe obstáculos, se ejercita como una facultad humana que sacude las trabas del hábito, y quiere ir tan léjos como su naturaleza lo consiente; pero el término de sus esfuerzos es siempre el mismo. Jónicos, pitagóricos, eleatas, discípulos de Demócrito, de Empédocles y de Anaxágoras, todos sin excepcion, todos los filósofos griegos desde Tháles hasta Sócrates, han buscado el *por qué* y el *cómo* de la universalidad de las cosas; han corrido tras un principio que pudiese dar cuenta de todos los fenómenos, así del pensamiento como del mundo exterior, y que no tenga necesidad de apoyarse sobre algo. No es este el lugar de explicar cómo han llegado á resultados tan diferentes; bástenos observar que la diversidad de las soluciones no menoscaba de ningun modo la identidad del problema ¿Por ventura Sócrates, considerado justamente como el autor de una revolución intelectual, ha cambiado el objeto de la filosofía? ¿Ha propuesto acaso otro fin general al trabajo de la razon humana? De ninguna manera; la reforma que introdujo no recae sino sobre el método; quiso que el hombre buscase la razon de las cosas en su propio pensamiento, en lugar de buscarla fuera de sí, puesto que por el pensamiento alcanza la verdad. Jamás quiso encerrar sus investigaciones en el estrecho dominio de la psicología ó de la moral; jamás se presenta en su boca la máxima de Délfos como un límite impuesto al horizonte infinito de la ciencia: la prueba de esto se halla en que es ante todo, metafísico; en que sus interrogaciones y sus definiciones tienden casi siempre á un resultado metafísico, como la determinacion de las primeras ideas, como la demostracion de la existencia de Dios por las causas finales, como sus doctrinas sobre la espiritualidad y la inmortalidad del alma. Este mismo método, en manos de Platon, su discípulo, vino á ser la teoría de las ideas, y sábese que la teoría de las ideas no sólo comprende la metafísica, sino tambien la física en el sentido de los antiguos, en una palabra, la sustancia de toda verdad, la base de todos los conocimientos humanos. Inútil es recordar lo que fué la filosofía para Aristóteles, el creador de la metafísica, el génio del método, la enciclopedia de todas las ciencias conocidas en la antigüedad; lo que fué para los estoicos, los epicureos, la escuela de Alejandría. En todas partes, y sea cual fuere el fin con que se la busca, con un fin especulativo ó con un fin práctico, en nombre de la verdad ó del soberano bien, la filosofía se presenta como la ciencia; no como tal ó cual ciencia, sino como aquella que las encierra y sostiene todas, que da á todas sus títulos de legitimidad. El mismo escepticismo no se forma idea distinta; sólo que declara irrealizable esa idea; muestra como inaccesible la verdad que se jacta de haber buscado con todas las fuerzas de la razon, y al mismo tiempo que niega lo filosofía, niega todas las otras ciencias.

Durante la edad media, la filosofía no era al principio más que la forma, debiendo ser la teología el fondo del pensamiento; sin embargo, esa forma, largo tiempo encerrada en las humildes proporciones de la lógica, adquiere poco á poco tal importancia, ó se mezcla tan estrechamente con el fondo, que la ciencia reaparece, si no en su independencia, al ménos en su unidad: queremos decir, en su universalidad. Las mismas cuestiones

que habian dividido en otro tiempo á la Academia y al Liceo, se agitan con pasion en el fondo de los claustros y de los monasterios, y producen obras como el *Monologium* y el *Proslogium* ó la *Summa* de Santo Tomás de Aquino. ¿Qué diremos, en fin, de los tiempos modernos? ¿Acaso Bacon, Descartes, Leibniz, tres hombres de génio en quienes se resume y concentra toda la vida intelectual del siglo XVII, no han abrazado en sus descubrimientos y en sus fecundas reformas la universalidad de los conocimientos humanos? ¿No se han aplicado, sobre todo, esos poderosos espíritus, á poner en claro las ideas que dominan todas las ciencias, los principios de donde emana toda verdad? Atribúyese á Descartes una revolucion semejante á la que Sócrates consumó en la antigüedad; pero ¡qué! ¿pensó Descartes en confinar la filosofía al estudio del *yo* humano? Tan léjos está de esa idea, que apénas ha echado una mirada sobre sí mismo, comprobando por el pensamiento su propia existencia, cuando se eleva luego, de proposicion en proposicion, conforme á la manera de los géometras, á las más altas consideraciones de la metafísica, para descender en seguida á todas las partes de la física, de la fisiología y de la filosofía natural. Y no se diga que Descartes no estaba de ningun modo obligado por sus principios á ejercitarse á la vez en materias tan diversas: su física, toda mecánica, es la consecuencia necesaria de su metafísica, y ésta se deriva de su psicología. Despues de él, sus ilustres discípulos Malebranche y Spinoza, léjos de quitar algo á ese dominio de la filosofía, han intentado darle todavía más elevacion y unidad. Partiendo de un punto enteramente opuesto, es decir, no indagando mas que la explicacion de los fenómenos físicos, Newton, al fin de sus *Principios matemáticos de filosofía natural*, se encuentra de repente delante de los mismos problemas Aun los espíritus revolucionarios del siglo XVIII, al declararlos insolubles so pretexto de que traspasan la esfera de la observacion, se han visto obligados á discutirlos y resolverlos á su manera; unos por un espiritualismo inconsecuente, como Locke y Condillac; otros por un deismo sentimental, como Rousseau; éstos por el materialismo, como d'Holbach y Helvetius, y muchos por el panteismo.

La más alta expresion, en el órden especulativo, de esta época de crítica y de análisis, Kant, despues de haber encerrado al espíritu humano en la conciencia individual, como en una prision sin salida; despues de haber cortado toda comunicacion entre nuestras ideas y las cosas ¿no ha hecho entrar en la unidad sábia y los compartimientos simétricos de su sistema, no sólo á Dios, el alma, la humanidad, la moral, el derecho, las bellas artes, la religion, sino tambien la naturaleza exterior? Olvídase demasiado que el autor de la *Crítica de la razon pura* ha escrito tambien los *Elementos metafísicos de la ciencia de la naturaleza*, en que se esfuerza por determinar, desde el punto de vista general de su doctrina, los elementos constitutivos del mundo físico. El carácter dominante del tiempo en que vivimos es tratar de unir el espíritu analítico del siglo XVIII con el espíritu de síntesis y de organizacion que distingue al XVII. Así, la psicología por una parte, y por otra las ciencias naturales, no podrian bastarle; sino que despues de haber observado separadamente los fenómenos de cada órden, despues de haber recogido hechos en las partes más descuidadas hasta ahora del dominio de la experiencia, siente la necesidad de remontar á sus leyes comunes, á su orígen, y en cierta manera verlas to-

das á la vez en una sola idea. Lo exagerado de esta disposicion es lo que ha dado lugar en Alemania, durante el primer cuarto de este siglo, á tan audaces tentativas; pero contenido en los límites de la inteligencia humana, é ilustrado y corregido por un análisis sincero, no es otra cosa que el mismo espíritu de la filosofía.

No ha cambiado, pues, nunca el objeto de ésta, sea que se le busque en las definiciones ó en los sistemas; siendo hoy lo que era en los siglos XVII y XVIII, lo que era en la edad media, en la Grecia y en los pueblos del Oriente, lo que será siempre, esto es, el saber humano en sus últimas profundidades, los primeros principios, las causas primeras de todo lo que es, la verdad en su carácter absoluto é inmutable, ó al ménos bajo la forma más elevada que pueda ofrecer al hombre; y como la verdad, segun lo hemos notado ya, no puede comunicar con nosotros, no puede manifestarse en general sino por el pensamiento, el estudio del pensamiento ó del espíritu humano, el conocimiento de la razon por sí misma, y por consiguiente, el goce más completo, el desarrollo más libre de sus fuerzas, es el fin inmediato, ó si se puede hablar así, la materia próxima de la filosofía.

(Concluirá.)

EL EMPIRISMO.

El empirismo es la doctrina filosófica que, nacida en diferentes épocas de la historia, de una reaccion inevitable contra los excesos de la especulacion metafísica, niega la certidumbre de todo lo que traspasa los límites de la pura experiencia. Para la filosofía empírica lo único verdadero, real, perceptible y cierto, es el hecho que conocemos directa é inmediatamente: todo lo demas, bien puede afirmarse, pero no será nunca conocido ni demostrado.

Vése desde luego todo lo que hay de arbitrario en semejante principio, y cuáles son sus consecuencias. Si no llega necesariamente al escepticismo absoluto, al ménos le favorece y equivale á la negacion directa de toda ciencia, de toda teoría. Si sólo los hechos son verdaderos, toda ciencia se resolverá en una coleccion de experiencias particulares, que podrán reunirse en un haz, pero que no podrán tener enlace entre sí, porque no hay leyes generales y universales sin verdades generales y universales. En el mundo real no existirán más que fenómenos; las mismas sustancias serán puestas en duda: existirá la extension y el pensamiento, pero nadie tendrá derecho de afirmar la materia ni el espíritu.

Se comprende que, á pesar de la repugnancia de ciertos espíritus hácia las altas abstracciones, hácia las teorías absolutas, se encuentran muy pocos que hayan llevado hasta el extremo el principio del empirismo. Pocos filósofos, en efecto, le han profesado de una manera explícita y completa; y los que lo han hecho, casi se han confundido con los

escépticos; pero ha habido muchos que le han aceptado haciendo reservas más ó ménos extensas; así es que entre el empirismo puro, y el sistema que niega solamente la certidumbre de las ideas necesarias y de los principios que son como el fondo de la razon humana, hay lugar para opiniones más ó ménos moderadas, y más de una buena inteligencia, que al principio se habia rebelado contra las aserciones del empirismo, se ha visto arrastrada poco á poco á afirmarlo completamente.

De esto tenemos un ejemplo en Diderot, que haciéndose eco de la filosofía contemporánea, decia: "Los objetos sensibles fueron los primeros que hirieron los sentidos, y los que reunian varias cualidades á la vez, fueron los primeros que se nombraron: los diferentes individuos son los que componen este universo. En seguida se han distinguido unas de otras las cualidades sensibles, y se les dieron nombres, que en su mayor parte son adjetivos. En fin, hecha abstraccion de esas cualidades sensibles, se encontró, ó se creyó encontrar, algo comun en todos los individuos, como la impenetrabilidad, la extension, el color, la figura, etc., formàndose los nombres metafísicos y generales, y casi todos los sustantivos. Poco á poco se ha habituado á creer que esos nombres representaban séres reales; se han considerado las cualidades sensibles como simples accidentes, y se ha imaginado que el adjetivo estaba realmente subordinado al sustantivo, siendo así que, propiamente hablando, el sustantivo no es nada, y el adjetivo es todo." (*) Algunas líneas más adelante, declara Diderot, que *la sustancia es un sér imaginario*.

Fácil seria, multiplicando los ejemplos y las citas, mostrar que todas las teorías sobre el *yo* y el alma humana que tienen su raíz en la filosofía de Locke, conducen á esa consecuencia del empirismo. ¿No ha declarado Hume formalmente que el *yo* humano no es más que una sucesion de impresiones y de ideas? ¿Y no ha dicho Coudillac lo mismo en otros términos, cuando ha hecho de nuestra alma una coleccion de sensaciones y de ideas? Pero lo que importa examinar no es tanto las opiniones que van á dar al empirismo, cuanto la misma pretension en que éste se funda.

La debilidad del empirismo proviene de su estrechez y exclusivismo; su error consiste en negar lo que hay necesario y absoluto en la razon humana. En efecto, si el empirismo tuviera razon, si no hubiera nada cierto fuera de los hechos reducidos á sí mismos, al estado de puros fenómenos, las ciencias experimentales, lo mismo que todas las otras ciencias, serian imposibles. Cierto es que los hechos reales, actuales, son el camino por el cual podemos conocer todo lo que es accesible á nuestra inteligencia; y bajo este aspecto el conocimiento de los hechos, es decir, lo experiencia, es el punto de partida de la ciencia. Dentro de tales límites, el empirismo tendria razon. Pero querer limitarse á ese punto de partida, encerrar allí al espíritu, es una locura y un absurdo; es negar gratuitamente la legitimidad de todas las operaciones intelectuales, que se apoyan en los hechos para alzarse sobre ellos y encontrar las verdades generales y universales; es negar el valor, la legitimidad y el alcance del raciocinio. Ahora bien, ¿con qué título y con qué derecho se viene á negar las verdades que el raciocinio suministra? Si el empirismo no las niega, reconoce verdades que van más allá de los hechos puros y simples, y sólo por esto se pone en contradiccion con su principio, que no admite como cierto más

(*) Carta sobre los sordo-mudos, Obras, t. II, p. 10.

que los fenómenos. Y si niega esas verdades, ¿en qué se apoya? Porque el mismo espíritu, la misma inteligencia es quien conoce los hechos y deduce las consecuencias. Distintas son las operaciones del raciocinio y de la percepcion; pero ámbas proceden de la misma facultad de conocer, del mismo principio pensante. Negar la una es invalidar la otra, porque viniendo del mismo orígen, su autoridad es igual, si no es semejante.

Añadamos que no hay experiencia propiamente dicha, que no implique la intervencion de la razon y algunas de esas verdades que niega el empirimso. ¿Se concebiria, por ejemplo, que pudiésemos hacer las comparaciones y las generalizaciones á que conducen varias experiencias, y que las suponen con frecuencia, si no hubie a en el sujeto pensante, que compara y generaliza, una unidad sustancial? ¿Se concebiria alguna de las operaciones del espíritu, si en vez de ser un sujeto, una sustancia, fuera sólo una sucesion de actos? ¿Y qué idea tendrémos de cada acto en sí mismo, si no le ligamos con nada, si no podemos compararlé ni analizarle? Discútase en buena hora sobre la naturaleza y la esencia del sér que piensa, observa y razona, pero no se niegue lo que está implícito en todos sus actos de percepcion y raciocinio, á saber, su existencia sustancial, que se escapa sin embargo á la experiencia pura, á la simple observacion, pues ésta sólo llega á los fenómenos y no alcanza á las sustancias. Hé aquí precisamente el error que comete el empirismo.

De la misma manera en las ciencias físicas y naturales, ¿qué ley se podrá legítimamente afirmar, si el espíritu no puede ir más allá de los hechos? Decís que la ley de atraccion es ley universal de la naturaleza; pero ¿quién os lo ha dicho? Porque la experiencia, como lo ha hecho notar Aristóteles hace más de dos mil años, nos enseña lo que está aquí, allí, hoy ó ayer; pero la experiencia no puede decirnos nada de lo que existe en otra parte, de lo que será mañana, de lo que ha existido siempre; y en la física y las ciencias naturales, afirmais la identidad de las leyes de la naturaleza para todos los tiempos y todos los lugares.

Así, no hay, no puede haber ciencia que se limite al conocimiento de lo particular; la experiencia, tal como la desearian los empíricos, limitada à tal cuerpo, á tal punto del espacio, á tal instante de la duracion, no puede permitir al espíritu afirmar ni creer una verdad que se extiende á la universalidad de los cuerpos, á la inmensidad del espacio, á la eternidad de la duracion. Lo que constituye toda ciencia es el paso de lo particular á lo general; y este paso no es posible sino porque el espíritu atraviesa el abismo por el poder de ciertos principios que el análisis psicológico descubre en la razon, que desprende de los hechos en que están implícitos, pero que el análisis ulterior á los hechos, no constituye. "Los sentidos, dice Leibniz, aunque necesarios para todos nuestros conocimientos, no son suficientes para dárnoslos todos, puesto que los sentidos no dan nunca màs que ejemplos, es decir, verdades particulares ó individuales. Ahora, todos los ejemplos que confirman una verdad general, sea cual fuere su número, no bastan para establecer la necesidad universal de esa misma verdad; porque no se sigue que lo que ha sucedido sucedera siempre lo mismo. De donde parece que las verdades necesarias, tales como se las encuentra en las matemáticas puras, particularmente en la aritmética y la geometría, deben tener principios, cuya prueba no depende de los ejemplos, y por consiguiente, del

testimonio de los sentidos, aunque sin los sentidos no se habria llegado á pensar en ellos. Verdad es que no debe imaginarse que se pueden leer á libro abierto en el alma, esas leyes eternas de la razon; pero basta que se las pueda descubrir en nosotros á fuerza de atencion, à quien los sentidos presentan las ocasiones.» (*)

No es, pues, el empirismo más que la exageracion ó la consecuencia extrema del sensualismo: así es que la historia de la filosofía nos presenta pocos filósofos que hayan profesado esta doctrina completamente en toda su extension. El espíritu humano tiene necesidad de creer y afirmar, y el empirismo es casi enteramente negativo. Pero en las escuelas sensualistas, gran número de filósofos han admitido, con más ó ménos moderacion, la base del empirismo, y bajo este aspecto, se pueden indicar las escuelas en que más se ha hecho sentir la influencia de dicha doctrina.

Parece que en la antigüedad, la escuela jónica, de Tháles y de sus sucesores, fué sensualista hasta el empirismo. Cuando proclamaba Heráclito que todo se desvanece, y negaba el sér absoluto, daba una expresion al empirismo, en el lenguaje poetico de su tiempo. La escuela de Demócrito y de los atomistas, sin admitir las leyes necesarias del espíritu humano, creía en sustancias, en unidades materiales llamadas átomos. Pero bien pronto los principales sofistas repitieron las aserciones del empirismo jónico, y Protágoras enseñó que conocer es sentir; que el carácter de la sensacion es variar al infinito, segun las disposiciones del sér sensible; que cada uno conoce á su manera, y que derivándose de la sensacion todo saber, toda ciencia es puramente experimental, individual y relativa. En otros términos, los sofistas retrogradaban hasta el sistema de Heráclito, à la negacion de la verdad absoluta.

Más tarde, la doble influencia de Platon y Aristóteles arruina los últimos restos de la sofística, y el empirismo, relegado entre los discípulos de Enesidemo, tiende más y más á confundirse con el escepticismo.

En la edad media, se le encuentra igualmente entre los médicos y los alquimistas; pero no sirve de bandera á ninguna de las grandes doctrinas de la escolástica.

En fin, al despertarse el espíritu moderno, se desliza en el campo del sensualismo, y vemos á Hobbes profesar netamente sus principios. Poco á poco seduce á los espíritus lo positivo y experimental que hay en el sensualismo; la metafísica de la sensacion se presenta en Francia é Inglaterra con esa claridad persuasiva y elegante que aseguró el buen éxito á Locke y Condillac; los pensadores del siglo XVIII avanzan más y más por esa vía, y las doctrinas de la época llegan al célebre *Sistema de la naturaleza*, en que el baron d'Holbach trató de aplicar el principio del empirismo á los principales problemas de la metafísica y la moral. «Conocer un objeto, segun él, (cap. II), es haberlo sentido, y sentido es haber sido por él agitado.» Hé aquí destruida completamente la ciencia, y el pensamiento identificado con el movimiento. Como no existen objetos generales, no podemos ser agitados por ellos; no podemos sentirlos ni conocerlos; no hay, pues, ciencia de lo general. «Ninguna nocion, añade (cap. X), puede ser rigurosamente la misma en dos hombres....... cada hombre tiene, por decirlo así, una lengua para sí solo, y esa lengua es incomunicable á los otros.» Así, d'Holbach repite por su cuenta, sin sospe-

(*) *Nouv. Essais*, pág. 195, ed. Erdmann.

charlo, la vieja fórmula de Heráclito y de Protágoras; y el empirismo del siglo XVIII termina en las conclusiones que habia balbuceado en su infancia el espíritu filosófico. ¡Tan cierto es que á ningun sistema es dado escapar de sus verdaderas consecuencias!

Más cerca de nosotros, á fines del siglo pasado y principios del actual, por un exceso de prudencia, parece que la filosofía se circunscribe en la contemplacion del juego de nuestras facultades, sin atender á sus objetos ni al resultado de su accion. No repudiando enteramente al empirismo que habia precedido, la ideología sólo puebla al espíritu humano de sensaciones que recuerda ó generaliza, y que llama ideas. Así es como llegamos á la época presente, en que el empirismo, bajo el nuevo nombre de *positivismo*, se apoya en el mismo principio y concluye en las mismas consecuencias.—F. RIAUX, *antiguo professr de filosofía.*

BIBLIOGRAFIA FILOSOFICA.

BERTRAND (ALEXIS). *La apercepcion del cuerpo humano por la conciencia.* Paris, Germer Baillière, 1881.—Tal es el título atrevido y paradojal de la obra de que damos cuenta, y tal es la tésis que en la Sorbona ha sostenido su autor de la manera más brillante. ¡El cuerpo apercibido por la conciencia! Este título, digámoslo desde luego, nos choca y nos parece extraño. Hay aquí, al lado de una verdad, una confusion en que nos parece que el autor ha caído más de una vez, á falta de una distincion suficientemente clara y precisa entre lo que es del dominio de la conciencia, y lo que no es. El mismo cargo le hacemos acerca de dos términos que aparecen en cada página de su libro, el sentido vital y el sentido del esfuerzo. ¿En qué se distingue por un lado el sentido vital, de la conciencia, y en qué se distingue por otro el sentido, del esfuerzo? Habriamos deseado más claridad sobre puntos que no carecen de importancia.

DR. GUSTAVO LE BON. *El hombre y las sociedades, sus orígenes y su historia.* Paris, 1881.—Aunque este libro tenga ya un año de fecha, no es demasiado tarde para hablar de él. Es una obra de vulgarizacion, y está destinada, no obstante el incesante desarrollo de las ciencias antropológicas, á conservar todavía durante largos años todo su interés. El autor se halla dotado de un raro talento de exposicion; posee el arte de condensar la materia que trata, circunscribirla y colocarla en su cuadro respectivo; procede con órden y método, no incurriendo de este modo, en repeticiones tan difíciles de evitar en esa clase de obras; emplea con sobriedad las cifras, y las que cita, reducidas á su más simple expresion, demuestran claramente lo que se propone. En una palabra, aunque el asunto le haya impuesto un incalculable trabajo de compilacion, ha sabido tratarlo de una manera propia y original, dándole al mismo tiempo poderosa unidad y vivísimo atractivo.—*(Revue philosophique.)*

LA FILOSOFÍA. (*)

II.

Determinado el objeto de la filosofía, no segun una teoría sino conforme á los hechos, no segun una conviccion personal sino conforme á los testimonios y esfuerzos unánimes de todos los filósofos, veámos cuáles son los problemas que contiene en esa idea general; procuremos indicar el número y órden de sus partes, formando en cierto modo la carta de las ciencias filosóficas.

Miéntras no fué mas que una vaga aspiracion hácia la verdad, confundiéndose con el amor general de la ciencia, en una palabra, durante los siglos que señalan sus primeros pasos, la filosofía no reconoció en su propio seno ninguna distincion de partes. Fácil es comprender la razon de esto: distincion es sinónimo de observacion, de análisis, y el espíritu humano no comienza por el análisis sino por la síntesis; ignorando la grandeza del mundo y su propia pequeñez, quisiera abarcarlo todo de un solo golpe de vista. El primer ensayo de division de la filosofía, segun las interpretaciones más naturales y las observaciones mejor fundadas, es el que se atribuye á Platon: parece, en efecto, en cuanto lo permite su naturaleza de artista y la forma dramática de sus obras, que Platon dividia la filosofía en tres ciencias distintas: la dialéctica, la física y la moral. La dialéctica era la parte esencial, y se ocupaba en los principios más generales, por cuya razon se la vé confundida á menudo con la filosofía toda entera; comprendiendo á la vez lo que nosotros designamos con los nombres de psicología, de lógica y de metafísica. En la moral, como vemos en el diálogo de la *República*, se contenia la política y tambien la filosofía de la historia. La física, contenida toda entera en el *Timeo*, tenia por objeto fundar sobre los principios de la dialéctica, una cosmogonía y una teoría general de la naturaleza.

(*) Véase la página 5.

A esta division incompleta, Aristóteles sustituyó otra mucho más precisa y màs sábia. Colocó en la cumbre de la filosofía la metafísica, que tambien designó con el nombre de filosofía primera: concedió un lugar distinto á la lógica, creacion de su génio, instrumento universal de todas las ciencias, así como la metafísica es su fondo; la física y la moral fueron conservadas en el mismo rango y las mismas atribuciones que Platon les habia asignado. En fin, en su tratado *del Alma*, no sólo ha trazado Aristóteles los lineamientos de la psicología, sino que ha ido más léjos: ha buscado en todos los grados de la naturaleza, las relaciones que existen entre las facultades del alma ó de la vida y la conformacion orgánica. Los estóicos y los epicureos suprimieron de esta sábia economía, la metafísica, que confundieron con la ciencia de la naturaleza, y dieron el primer rango á la moral. En las escuelas de la edad media, la filosofía no fué al principio mas que la dialéctica y la aplicacion de ésta á la teología; pero la division de Aristóteles reapareció por entero con el conocimiento de sus obras. Los padres de la filosofía moderna, los grandes hombres del siglo XVII, se ocuparon más en fundar ó en regenerar, que en ordenar y clasificar; y en el movimiento tan fecundo que dejaron tras de sí, la ciencia, sin cambiar de límites, cambió con frecuencia de horizonte y contornos, segun el punto de vista en que se colocaban. Cada sistema trajo naturalmente consigo su cuadro particular. Sin embargo, la antigua division se conservó en el fondo de las ideas y del lenguaje filosófico; las cuestiones que se agitaron siguieron siendo clasificadas bajo las antiguas denominaciones: cuestiones de física ó de filosofía natural, de lógica, de moral y de metafísica.

Dos maneras hay ahora de ordenar los problemas filosóficos: una que usa la escuela y está generalmente consagrada á la enseñanza pública, y otra independiente de toda tradicion, de toda regla oficial, que sólo considera el fondo de las cosas. Segun el cuadro de la escuela, la filosofía se compone de cuatro partes: la primera, que sirve de introduccion á las otras, es la *psicología*, ó el estudio del sujeto pensante, del *yo*, considerado en el ejercicio, no sólo del pensamiento, sino de todas las facultades de que tenemos conciencia: la segunda es la *lógica*, ó el arte de servirse del pensamiento para el descubrimiento ó la demostracion de la verdad, despues de examinar la cuestion fundamental de si la verdad es accesible al pensamiento humano, ó si las ideas más necesarias de la razon son la expresion fiel de lo que es. Las leyes que la razon impone á nuestra voluntad, y el fin general que señala á nuestra existencia, forman el objeto de la tercera parte, designada bajo el nombre de *moral;* y en fin, la cuarta, llamada *teodicea*, á imitacion de los *Ensayos* de Leibniz, comprende todas las cuestiones relativas á la religion natural: la existencia de Dios, sus principales atributos, sus relaciones con la naturaleza y con el hombre, el destino del alma despues de la muerte. Estos cuatro ramos de conocimientos, son ciertamente los elementos indispensables de una ciencia que, como hemos dicho, tiene por objeto inmediato el espíritu humano; porque, ¿cómo formarse idea de él, si no se abraza en sus investigaciones el alma toda entera, puesto que no se puede concebir el pensamiento sin el sér que piensa, ni ejercerse sin el concurso de las otras facultades del *yo?* Ahora, si el estudio del espíritu, so pena de extraviarse en vanas abstracciones, es el mismo que el del álma, y si el estudio del alma es posible con ayuda de la conciencia

que envuelve todas las facultades, claro es que deben agregarse á las cuestiones de lógica las cuestiones de moral; que independientemente de las leyes de la inteligencia y de las condiciones de lo verdadero, es preciso buscar tambien las leyes de la voluntad, el fin de la libertad y los fundamentos del bien. Sólo despues de haber agotado esta doble série de operaciones, y cuando se tenga una idea más ó ménos completa de la persona humana, se podrá tratar de llegar á la causa primera de nuestra existencia, es decir, al principio universal de todos los séres. Porque la libertad y sus leyes no son ménos nesesarias que la razon para hacernos concebir, en el límite de nuestras facultades, la naturaleza divina: no es mutilando la copia como se puede encontrar el original. Pero si nada hay que quitar á este programa habitual de la filosofía, ¿se sigue que nada hay que añadirle? Porque no se nota en él nada superfluo, ¿se encuentra todo lo necesario? No lo creemos así, y las cuestiones que vamos á indicar sumariamente se justificarán y recomendarán por sí mismas.

Desde luego, si se quiere conocer el espíritu humano, sobre el que se apoyan y en derredor del cual vienen á coordinarse todas las investigaciones filosóficas, no basta observarle en el hombre, es preciso estudiarle en la humanidad. El hombre, en efecto, considerado individualmente, posee en una medida más ó ménos extensa, todos los atributos esenciales, todas las facultades distintivas de su especie, y dispone de ellas de una menera soberana, es decir, como sér libre, como persona moral; pero esas facultades no se desarrollan sino al través de los siglos, por la influencia que ejercemos unos sobre otros, bajo las excitaciones reunidas de la sociedad y la naturaleza. Así es como todo el conjunto de los hombres, segun dice Pascal, debe ser considerado como un solo hombre que subsiste siempre y que aprende continuamente; y sobre este hecho reposa la unidad del género humano, no ménos real ni ménos experimental que la libertad del individuo. Observar en su conjunto esa marcha colectiva, esa evolucion continua del género humano; determinar sus diferentes faces; precisar sus principales leyes; tal es el objeto qué se atribuye á la filosofía de la historia. La filosofía de la historia es, pues, la continuacion, el complemento necesario de la filosofía de la conciencia ó de la psicología. Pero apresurémonos á añadir que, sin la última de estas dos ciencias, la primera es absolutamente imposible; porque ¿cómo esperar comprender la humanidad si se ignora lo que es el hombre? ¿Cómo el que no tiene ninguna idea de la razon, de la moral, del sentimiento moral, de la imaginacion, y que aun duda si existen esas facultades, podria seguir su desarrollo al través de todos los acontecimientos exteriores?

Pero la filosofía de la historia no es en sí misma sino un todo compuesto de varias partes. Miéntras que estas partes no se distingan unas de otras; miéntras no se tenga una idea clara y precisa de cada una de ellas, se aspirará en vano á abarcar su conjunto, pues solo se estrechará una sombra. Ahora bien; puesto que se trata de estudiar el espíritu humano, la facultad del alma humana, en la vida colectiva y los esfuerzos comunes de la humanidad, continuados de siglo en siglo y de generacion en generacion, ¿cómo se manifiesta el género humano en esa esfera general? Se manifiesta por las instituciones y las leyes, por las letras y las artes, por las creencias religiosas, por los sistemas filosóficos. Las acciones y las costumbres, tanto públicas como privadas,

no son, en su significacion general, mas que la produccion viviente de todas esas cosas. La filosofía de la humanidad comprende, pues, necesariamente la filosofía del derecho ó de la legislacion; la historia filosófica de las letras, y la filosofía de las bellas artes, reunidas de ordinario bajo el nombre de estética; la historia filosófica ó filosofía de las religiones, y la historia de la filosofía que es al mismo tiempo la de todas las ciencias· La primera debe enseñarnos cómo se forma y se organiza, y tambien cómo se disuelve algnas veces la sociedad; cómo sucede poco á poco la libertad á la opresion, el derecho á la fuerza, el órden moral á la anarquía ó á la violencia: la segunda cómo se desarrolla y qué lugar ocupa en la vida humana la imaginacion; cómo se mezcla la idea de lo bello en todas nuestras ideas; cómo se realiza todo pensamiento bajo una forma exterior en una imágen sensible, ántes que el espíritu la discierna en sí misma: la tercera pondrá á nuestra vista todas las expresiones que puedan revestir el sentimiento y la idea del infinito; los grados que atraviesan en la conciencia humana y las condiciones bajo las cuales llegan á su última forma; la cuarta, en fin, nos explicará por qué leyes, por qué série de esfuerzos, de contradicciones y combates consigo misma, ha llegado la razon y con ella el alma entera, á investigarse, á comprenderse, á hacer su propia conquista. Cuando se hayan estudiado separadamente estos cuatro ramos de los conocimientos humanos, no habrá concluido todo: será preciso buscar entónces las relaciones que existen entre ellos, ó determinar la influencia que ejercen unas sobre otras las leyes, las obras de la imaginacion, las ideas filosóficas y las creencias religiosas. Los hechos generales que salgan de esta comparacion serán el resultado más importante, la conclusion definitiva de la filosofía de la historia; porque deberán ofrecernos la más alta expresion de los destinos del género humano, y mostrarnos el camino por el que se sigue al objeto final hácia el cual es llamado.

Las mismas relaciones que acabamos de descubrir entre el individuo y la humanidad en el órden psicológico, esto es, en la constitucion general de nuestras facultades, las encontramos en el círculo de la lógica y de la moral, ó en la aplicacion de dichas facultades á la investigacion de lo verdadero y á la práctica del bien. En efecto, la lógica, considerada en toda su extension, ó al ménos tal como hoy se la concibe, comprende independientemente del problema de la certidumbre y de las reglas del método, la demostracion de la verdad, en la que ha permanecido encerrada desde su fundador hasta su primer reformador, desde la composicion del antiguo *organum* hasta la del nuevo. La demostracion de la verdad supone no sólo el conocimiento de las leyes del pensamiento, sino el de las leyes del lenguaje y de las relaciones que existen entre unas y otras. Tal es tambien el círculo que abraza el primer monumento de la lógica, es decir, el *Organum* de Aristóteles, que es igualmente el primer monumento de la gramática general. Pero ántes de dar reglas al lenguaje, ántes de ordenar sus elementos y sus formas para ponerlos de acuerdo con los elementos y las formas del pensamiento ¿no es útil saber cómo se constituye en cierta manera por sí misma bajo las inspiraciones espontáneas del alma, modificando sus signos y multiplicándolos, variando sus inflecciones y sus formas segun las necesidades, es decir, segun las ideas, las pasiones, el carácter de cada pueblo y de cada edad, y tambien segun las imágenes que habitualmente ofrece la natu-

raleza á nuestros ojos? Ahora, esta ciencia es la filosofía de las lenguas que no deben confundirse con la filología comparada; porque ésta sólo tiene en cuenta los elementos materiales de la palabra, miéntras que la primera considerará sobre todo, su desarrollo espiritual, ó las leyes segun las cuales llega sucesivamante á expresar todas las ideas. La filosofía de las lenguas, está, pues, estrechamente ligada á la gramática general, que hace parte de la lógica.

La moral suscita cuestiones que se extienden igualmente fuera del círculo ordinario de sus investigaciones. Citarémos desde luego la de los deberes y derechos respectivos del individuo y de la sociedad. ¿Qué es lo que debe la sociedad al individuo? ¿Qué está autorizada á exigir de él, y recíprocamente? Hé aquí un problema cuya importancia nadie por cierto contestará hoy, y que la ciencia, en medio de los sucesos que se consuman, no tiene el poder de aplazar. Pero una sociedad determinada, es decir, un Estado, no es una potencia aislada en este mundo. Los Estados tienen relaciones entre sí, que estàn sometidas à las mismas leyes, que penden de los mismos principios, que norman las relaciones y acciones de los individuos. La moral, pues, independientemente de los deberes individuales ó privados, y de los derechos que de ahí proceden, comprende el derecho político é internacional, fundado sobre sus bases naturales. No tememos agregarle, en lo que tiene más esencial y general, la economía política, porque existe una estrecha conexion entre el bienestar material de la sociedad y su desarrollo moral; cada una de las leyes de la conciencia, y por consiguiente, cada uno de los esfuerzos que hemos hecho para acercarnos á ellas, así como cada uno de los errores ó de las pasiones que nos alejan, tiene consecuencias inevitables en la esfera de nuestros intereses.

Todas las ciencias que acabamos de enumerar, la filosofía de la historia con todas sus divisiones, la filosofía de las lenguas, el derecho de gentes ó internacional y la economía política, no forman mas que una sola, que se puede llamar la *filosofía de la humanidad*, para distinguirla de la filosofía propiamente dicha, con mucha razon llamada la ciencia del hombre. Pero lo mismo que el hombre está ligado á la humanidad, la humanidad está ligada á la naturaleza, á ese vasto universo en cuyo seno se desenvuelven sus destinos. La naturaleza, en efecto, ¿no tiene como nosotros sus propiedades ó sus fueros, sus leyes, su organizacion, su fin, cuya influencia sufrimos necesariamente? Las facultades morales é intelectuales que componen nuestra esencia, ¿no están adheridas à cierta forma de la organizacion física, sometida á su vez al resto del universo, y cuyas modificaciones corresponden con frecuencia á otras tantas aptitudes diversas, á otros tantos génios ó caractéres diferentes? ¿Cuál es el principio, cuáles los elementos de ese todo que pesa con tanta fuerza sobre nuestra especie? ¿Cuáles son los límites respectivos de su existencia y de la nuestra? ¿Cuáles son las semejanzas y diferencias entre él y nosotros? Estas cuestiones no pueden resolverse sino á una altura que domine todos los fenómenos, por una ciencia que abrace todas las ciencias naturales, y que por esta razon se llama *filosofía de la naturaleza*. En cuanto al objeto de esta ciencia, podrá uno quejarse de su extension y de sus dificultades, nadie empero contestará su existencia, si se piensa en el número y variedad de los problemas que se presentan en el círculo del mundo físico, más allá de los fenómenos sensibles y de las relaciones de cantidad. ¿Qué

es el tiempo, el espacio, el movimiento, la materia, la organizacion, la vida? ¿Tienen el tiempo y el espacio por sí mismos verdadera existencia; ó no son más que el órden, la relacion de las cosas sucesivas y simultáneas; ó bien hay que considerarlos como simples leyes de nuestra sensibilidad? ¿Tiene el movimiento su principio, su causa, su asiento en la materia, ó viene de una causa superior? ¿Es eterno é inagotable, ó ha comenzado y debe acabar? Y la materia, ¿en qué consiste? ¿No es más que la extension? ¿Es una fuerza, un agregado de fuerzas ó de átomos inertes? ¿Cómo esa materia sin inteligencia obedece á leyes tan inteligentes? ¿De dónde le vienen esas formas, esos dibujos, esas estructuras maravillosas, que en algunas de sus combinaciones, llamadas cuerpos orgánicos, conserva y reproduce con tanta perseverancia? ¿Qué es lo que dá á esos cuerpos la facultad de moverse, de conservarse, de permanecer unidos, á despecho de las leyes ordinarias de la afinidad electiva? ¿De dónde les vienen, y en qué consisten todas las facultades por las que se nos aproximan? ¿Cuáles son las relaciones de la psicología animal y de la psicología humana? Hé aquí algunos de sus problemas, cuya solucion se buscaria en vano en las observaciones del físico y del naturalista, ó en las deducciones del geómetra. Así es que ni los filósofos antiguos, ni los grandes filósofos modernos, los han olvidado en sus sistemas, estando comprendidos, como ya lo hemos dicho, en la física general, que formaba una parte esencial de la filosofía. Hoy forman, por decirlo así, la frontera comun de la filosofía y de las ciencias naturales.

De esta manera, la ciencia filosófica, considerada en su más vasta extension, se divide en tres grandes ramos: desde luego la *filosofía propiamente dicha*, ó la ciencia del hombre, exclusivamente fundada sobre la razon y la conciencia; en seguida la *filosofía de la humanidad*, que aplica las dos facultades precedentes, á todos los elementos esenciales de la historia; y por último, la *filosofía de la naturaleza*, obligadá á añadir á esas mismas facultades el conocimiento de las leyes y de los principales fenómenos del universo. La naturaleza de estos tres órdenes de conocimientos, justifica la disposicion que adoptamos, puesto que forman como tres círculos concéntricos, el primero de los cuales está envuelto en el segundo, y el segundo en el tercero. Por el hombre se comprende la humanidad, y por el hombre y la humanidad juntas, se puede esperar el llegar á los puntos más elevados de la naturaleza. Agregarémos que el centro comun de estos tres círculos, el punto en derredor del cual se mueven y al que van á dar por todos sus rádios, es la ciencia de Dios, la teodicea ó la metafísica general. En efecto, la idea de Dios no es sólo el último resultado de la razon que se repliega sobre sí misma y se aplica á la observacion de los fenómenos del alma, sino que es tambien la fuente de las más altas inspiraciones, de las obras más acabadas de la humanidad, y la sola luz que puede iluminar su marcha; apareciendo tambien en cada una de las leyes, en cada una de las fuerzas, y sobre todo, en el órden general del mundo. No hay, pues, teodicea completa fuera de la que reposa sobre esa triple base, ó que nos muestra à la vez la potencia divina en la conciencia, en la historia y en la naturaleza.

Este cuadro de la filosofía es sólo su misma idea bajo una forma más analítica. Es imposible admitir ésta y rechazar aquel. Si se cree que la verdad es una, y si se aspira á conocerla en su unidad, nodebe buscársela en un punto aislado de la existencia. La

filosofía no es, sin embargo, la ciencia universal: ¿cómo proponer semejante quimera? Su objeto es los principios y las leyes universales, es decir, lo que hay de comun en todas las ciencias. Pero no basta que los diversos problemas que le atribuimos le pertenezcan con justo título y exciten todo nuestro interés; se necesita saber todavía por qué medio, esto es, por qué método los resolverá. Esta es la cuestion que vamos á tocar, observando desde luego que en el fondo se trata nada ménos que de la existencia misma de la filosofía; porque si ésta no se halla sometida á una marcha determinada por la naturaleza de sus investigaciones; si no apercibe aun el objeto que busca, los medios naturales de alcanzarlo, es en vano que aspire al primer rango entre las ciencias, pues sólo será un sueño irrealizable, una estéril ambicion de nuestro espíritu.

III.

El método, en general, es el conjunto de las operaciones por las que se eleva nuestro espíritu á la contemplacion clara y distinta de la verdad, ó á ese grado del conocimiento que se llama la ciencia. Estas operaciones son en pequeño número, porque habiendo nombrado el análisis y la síntesis, la observacion, la generalizacion, la induccion y la deduccion, casi se han citado todas; pero se las puede emplear unas veces reunidas, otras separadas en una esfera más ó ménos extensa, comenzando por una extremidad ó por otra, segun la naturaleza de los objetos que se quiere conocer y el grado á que se quiere llegar en este conocimiento. De aquí tantos métodos particulares cuantas ciencias esencialmente diferentes hay. Por ejemplo: las matemàticas, que nada tienen que pedir á la experiencia y que fundan sus teoremas sobre las definiciones y los axiomas, se sirven exclusivamente del raciocinio deductivo. Las ciencias físicas, por el contrario, se dirigen sobre todo á la observacion y â la induccion. En cuanto á nosotros, se trata del método que conviene, no á tal ó cual ramo de conocimientos cuyo cuadro hemos procurado trazar, sino á la filosofía toda entera, es decir, sé trata del método filosófico llevado á su más alta expresion, y que debe ser, respecto de los otros métodos lo que la filosofía es respecto de las otras ciencias.

Puesta la cuestion en estos términos, ha sido resuelta de varias maneras, segun los diversos puntos de vista en que puede el espíritu colocarse cuando comienza á reflexionar sobre la naturaleza y sobre sí mismo. Unos, sorprendidos por el ascendiente que en nosotros ejerce el mundo exterior, y viendo que sus impresiones se mezclan á todas nuestras ideas, que sus leyes pesan sobre todas nuestras facultades, y determinan la mayor parte de nuestras acciones, se han imaginado que el alma no es más que un efecto de la organizacion, el pensamiento una combinacion de la materia, y que para encontrar la razon de las cosas, hay que proceder de fuera adentro, del universo material á los sentidos, y de los sentidos á la inteligencia. Esta marcha ha sido seguida invariablemente, pero con más ó ménos arte ó resolucion, por todos los filósofos de la escuela llamada *sensualista*, desde los jónicos, Demócrito y Epícuro, hasta los escépticos del último siglo, y los sectarios de la supuesta filosofía *positiva* de nuestro tiempo. Llamaremos á éste, con varios historiadores de la filosofía, método *empírico*; porque en vano busca el órden y la uni-

dad en sus resultados; en vano toma algunas veces sus apariencias; pues anonadando la autoridad de la razon, sin la cual se destruye toda idea de órden en su principio, sólo puede ir á dar á la más triste confusion. Otros, por el contrario, observando que el mundo, que las cosas en general serian para nosotros como si no existieran sin el pensamiento que las concibe, y que el pensamiento mismo no seria nada sin la conciencia, ó si no asistiese al ejercicio de sus propias facultades, si no fuese instruido de todo lo que pasa en él, sacan esta conclusion, que el conocimiento del *yo*, del sujeto pensante, es la base sobre que descansa todo otro conocimiento, y que para llegar á las verdades primeras, esto es, á la ciencia filosófica, hay que proceder no de fuera adentro, sino de dentro afuera, de la conciencia al alma, del alma al universo. Este segundo método, entrevisto por Sócrates, definido y propagado por Descartes, llevado hasta la última exageracion por Kant, ha recibido el nombre de método *psicológico*. Otros, en fin, se colocan igualmente sobre el mundo de la conciencia y el de los sentidos, del espíritu y de la materia, del alma y de la naturaleza. Esos dos objetos de nuestro conocimiento, irreducibles entre sí, é incapaces sin embargo, de bastarse á sí mismos, no son ya en tal conviccion mas que formas diversas, manifestaciones paralelas ú opuestas de un sólo é idéntico principio, al mismo tiempo espiritual y material, extension y pensamiento. De aquí la necesidad de buscar inmediatamente en ese principio, en ese fondo idéntico é inmutable de toda existencia, la causa y la razon, la esencia y la ley de todos los fenómenos. En efecto, suprimidos los séres y las causalidades intermedias, y por consiguiente, las propiedades de esos séres, toda explicacion de los hechos intelectuales ó físicos, toda teoría del hombre ó de la naturaleza, debe sacarse de la idea de lo absoluto, y no puede ser más que una deduccion ó un análisis de esta idea. Menester es, pues, que el hombre usurpe, por decirlo así, el lugar de Dios, que se atribuya su razon, la conciencia de su existencia infinita, y que en lugar de observar el universo, le construya *a priori*, le cree en cierto sentido, mostrando el órden en que necesariamente ha salido del seno del sér necesario. Ese desprecio de la experiencia, ese uso exclusivo del raciocinio y de las nociones *a priori* en el campo entero de la filosofía, hé aquí lo que caracteriza al método *especulativo*.

Semejante método fué el que practicaron ya los filósofos de Elea y de Megara, esos intrépidos razonadores, que sobre las ruinas amontonadas por su sutil dialéctica, no dejaban subsistir más nociones que las de la unidad y del sér. Despues de haber tratado de negar y confundir la experiencia, quiso reemplazarla; al papel negativo que en sus principios habia representado, sustituyó un papel positivo, dogmático, y con ese carácter se le vuelve á hallar en la escuela de Alejandría, por debajo de las regiones abandonadas al misticismo. Pero en ninguna parte se ha ejercido con más atrevimiento y poder, en ninguna parte ha engendrado concepciones más vastas, más profundas, más dignas de admiracion que en los sistemas de Spinoza y de la escuela alemana. Allí es verdaderamente en donde la razon humana, como deciamos hace poco, se confunde con la razon divina, ó más bien, con Dios, se sustituye à El y considra la filosofía cono la ciencia universal, como un regreso del principio de los séres sobre su propia existencia ó la conciencia que tiene de sí mismo.

Se habla tambien algunas veces de un cuarto método, designado bajo el nombre de *tradicional*, y que consiste en pedir á la tradicion, á la santa Escritura, los principios más esenciales de la metafísica y de la moral, para desarrollarlos en seguida ó para explicarlos con ayuda del raciocinio y de la observacion. Este procedimiento, á pesar de los defensores con que ha contado en Francia, no puede ser propuesto sériamente como método filosófico; porque tradicion y filosofía son dos cosas tán diferentes, como creer y saber, como razon y autoridad. Si la filosofía en la esfera que le pertenece, no es completamente libre; si no depende únicamente de nuestras facultades intelectuales y de las leyes que el espíritu humano tiene de su propia naturaleza; si no es, como hemos dicho, la más alta aplicacion de esas facultades y de esas leyes, cesa de existir. Que en cierta época, como en la de la escolástica, y bajo una forma tan precisa como el silogismo, sea considerado semejante compromiso como transicion útil, se comprende sin trabajo; pero apreciado en sí mismo, y mantenido en la extension que se ha tratado de darle, no es ménos incompatible con la fe que con la razon; porque ¿qué es lo que puede asegurar que la explicacion no matará al dogma, que el comentario no destruirá el texto? No faltarian por cierto ejemplos que justificasen semejante sospecha. Quedan, pues, los tres métodos que hemos expuesto, y entre los cuales nos vemos obligados á escoger si no logramos conciliarlos: el método empírico, ó para servirnos de los términos generalmente adoptados, la experiencia de los sentidos tomada por única base de la verdad filosófica; el método psicológico, ó sea la experiencia interna, la apercepcion de conciencia dada por fundamento á las demás operaciones del pensamiento; y en fin, el método especulativo, ó sea el exclusivo empleo del raciocinio ó de la razon pura.

De estos tres métodos, el primero es sin contradiccion el ménos fundado en principio, y el ménos sostenible en sus consecuencias. ¿Qué hay más arbitrario, en efecto, cuando se examina de cerca la cuestion, que apelar desde luego á los sentidos para analizar y explicar la inteligencia y el principio mismo de que aquella no es más que un atributo, es decir, el sér pensante, el alma con todas sus facultades? Los sentidos no se aplican más que á un solo órden de existencias ó de fenómenos, á los fenómenos, á las existencias que están fuera de mí, que ocupan un lugar determinado en el espacio; pero yo no me conozco, no me apercibo sino por la conciencia ó la propiedad que tiene el sér pensante, el espíritu, de replegarse sobre sí mismo, de saber lo que es y cómo es. Sin esta propiedad, el pensamiento no existe ni nos presenta absolutamente nada de que podamos formarnos idea; porque no se piensa sin saber lo que se piensa. Antes, pues, de explicar la inteligencia por algun hecho exterior, sepamos lo que ella es, interroguémosla á ella misma; ántes de buscar fuera de nosotros el orígen, los elementos y el principio de nuestra existencia, descendamos dentro de nosotros y observemos sin preocupacion todo lo que allí se encuentra. Más todavía; miéntras no se haya hecho su inventario; miéntras no hayamos visto claro en la naturaleza de nuestro espíritu, é ignoremos bajo qué condiciones, en qué límites y por qué medios alcanza la verdad, no estamos autorizados ó creer en el mundo exterior, ó creerémos con la fe del carbonero, no con la del filósofo. Esto consiste en que hay otra cosa en la percepcion de los sentidos, á más de un hecho material y sensible; hay la idea de espacio, sin la cual no habria extension; hay la idea

de causa, sin la cual no iriamos á buscar en la extension fuerzas distintas de nosotros, es decir, cuerpos que expliquen nuestras sensaciones; hay la idea de sustancia, sin la cual no habria en los cuerpos unidad ni duracion. Suprímanse todos esos elementos que la percepcion toma de la razon, del sujeto pensante, del *yo*, y que sólo la conciencia puede apercibir, y no quedarán más que impresiones fugitivas y desprovistas de todo vínculo, de toda significacion, que no podrán referirse ni al espíritu, ni á la materia, ni al alma, ni á la naturaleza; sombras sin forma y sin nombre. Así, la historia que no es á menudo más que la lógica en accion, nos enseña que el sensualismo ha acabado siempre por el escepticismo. Todos los argumentos de los escépticos antiguos, desde Protágoras hasta Carneádes y Enesidemo, pueden deducirse de la suposicion que coloca en los sentidos el orígen de todos nuestros conocimientos, y que señala el principio de toda idea en una imágen impresa en nuestro cerebro. Lo mismo sucede con el escepticismo moderno. Su intérprete, más elocuente y atrevido, es un discípulo de Locke. Todas las objeciones de Hume contra las nociones de causa y poder, reposan en la doctrina que hace salir de la sensacion y de la reflexion todas las facultades de nuestro entendimiento, y sabido es á dónde van á parar esas objeciones: á la duda y á la confusion universales; porque con la nocion de causa desaparece igualmente el principio de induccion, esa fuente de todo órden y de toda luz en la experiencia. Tal es el resultado lógico del método que busca en los sentidos el orígen y principio del pensamiento.

El método empírico admite la experiencia sobre una base de tal manera estrecha, y con medios de tal manera limitados, que la reduce á una completa impotencia; el método especulativo trata de suprimir la experiencia enteramente. Tan quimérico es el uno como el otro; porque sea que proceda por deduccion, á la manera de los geómetras, *more geometrico*, como en el sistema de Spinoza, ó por oposicion y conciliacion, por antítesis y síntesis, como en la dialéctica hegeliana, el método especulativo es siempre el mismo; se coloca desde luego en el seno de lo absoluto, mostrándonos que en esa sola idea se comprenden todas las otras, que todas salen de allí, que todas vuelven, confundiendo esa identidad lógica con la de las cosas. Ahora, nosotros tenemos derecho para preguntar á los que preconizan ese sistema: ¿En qué os nfudais para hablar de lo que es en sí y absolutamente, cuando no os conoceis á vosotros mismos? ¿Cómo sabeis que tal cosa existe? Responderán que el sér en sí existe por el mero hecho de que puede ser pensado, lo que expresa Spinoza por estas palabras: "La idea de la sustancia implica necesariamente la existencia;" lo que Hegel, más atrevido y más sistemático, traduce de la manera siguiente: "El pensamiento y el sér son idénticos; todo lo que está en la razon está en la realidad, y todo lo que está en la realidad está en la razon." Pero volvemos á preguntar: ¿De qué sér, de qué pensamiento se trata? ¿Dónde habeis encontrado esa idea de sustancia; cómo habeis llegado á concebir esa razon y esa realidad de que hablais? En efecto, comprendemos que se nos hable de tal ó cual sér, por ejemplo, de los cuerpos, del alma humana, de Dios; ó de un pensamiento de que tenga perfecta conciencia, que existe en alguna parte, que pertenece á álguien; pero nadie concibe lo que es el sér ó el pensamiento en general. Todo sér tiene atributos, infinitos si se quiere, cuando se trata del Sér infinito, pero determinados y que sólo á él pertenecen. Todo pensamiento, y por

consiguiente, toda idea se manifiesta en una inteligencia, en un espíritu, y todo espíritu tiene conciencia de sí mismo; porque precisamente por esto, merece su nombre. En cuanto á la razon y á la realidad, no son más que nombres diferentes del pensamiento y del sér: el pensamiento, considerado en sus elementos universales y necesarios, hé aquí lo que se llama la razon; el sér, considerado como objeto del pensamiento y distinguido de los fenómenos que le anuncian á los sentidos, de las formas que pasan, hé aquí lo que se llama la realidad. La razon no puede existir sino en un sér racional; la realidad en un sér real; y si no supiera que yo mismo soy un sér semejante, ¿de dónde me habria venido su idea? ¿A quién habria venido? El método especulativo es, pues, un método puramente verbal, puramente algebraico; reposa sobre abstracciones que no corresponden á nada real, ó sobre signos que verdaderamente no representan ninguna idea. El sér en general y el pensamiento en general, son signos de esta especie; porque ¿cómo discernir en nuestro espíritu lo que no tiene ningun carácter, ningun atributo distinto, como esa sustancia de Spinoza, que no tiene más que la existencia, ó ese sér puro de la escuela alemana, asimilado con razon á la pura nada? ¿Quién podrá ver alguna vez otra cosa más que una palabra en el pensamiento abstracto, tal como nos le muestran esos mismos sistemas, ántes que se manifieste bajo la forma de la razon y la conciencia, es decir, un pensamiento que no piensa?

Una vez fuera de la realidad, es decir, de la experiencia, no se encuentra más que lo arbitrario: tal es tambien el vicio fundamental del método especulativo, bajo cualquier forma que se presente. Desde luego, como acabamos de mostrarlo, no puede justificar sus principios, no puede decir de dónde los tiene ni discutir su valor; porque semejante tarea es imposible cuando se comienza por colocarse en cierta manera sobre sí mismo y su propia inteligencia; cuando en lugar de hablar en nombre de la conciencia y de las facultades limitadas del hombre, se les sustituye la razon y el sér universales. Pero no es esto todo: no teniendo en cuenta el método especulativo mas que una sola facultad, el pensamiento, porque es la sola que se presta á sus exigencias y que encierra la nocion de lo absoluto, está obligado á hacer entrar en ella todas las cosas, á hacer de ella la sustancia y la forma de todo lo que es, ó á explicarnos como hechos intelectuales, á representarnos como ideas, como operaciones del pensamiento, los fenómenos más diversos del alma y del pensamiento. Esto es precisamente lo que se esfuerza á hacer en todas las doctrinas que ha dado á luz, desde Plotino hasta Hegel. Y si se objeta que Spinoza reconoce la extension como un atributo paralelo al pensamiento, haremos notar que esa extension puramente inteligible, contenida en la nocion abstracta de sustancia, no es en sí mas que una idea abstracta, cuyas diversas determinaciones nos representan la materia y los cuerpos. Así ha podido decir el autor de la *Etica* (*) que la idea del cuerpo y el cuerpo mismo no son mas que una sola cosa, igualmente que la idea del alma y el alma misma. Ahora bien, concíbese que una vez en lucha con esta necesidad no es posible evitar lo arbitrario, dejándose ir á crear, ó como se ha dicho, á *construir* el mundo que nuestro principio exige: así es como el órden moral, el deseo, la voluntad, las pasiones, el dolor, el placer; en el órden físico, la atraccion, la afinidad electiva, la organizacion, la

(*) Part. 2ª prop. 13 y 21.

vida, no son más que determinaciones diversas del pensamiento, grados sucesivos de la razon, de una razon que no se conoce y que á nadie pertenece. Pero miéntras más quimérico es el fondo, más se procura alucinarse por los severos artificios y el rigor didáctico de la forma. De aquí ese aparato de definiciones, de axiomas, de proposiciones, de demostraciones, de corolarios, de escolios, que Spinoza llama el método geométrico, y esa cadena inacabable de términos que se dividen para reconstruirse, y se construyen para dividirse á la que ha dado Hegel el nombre de dialéctica inmanente. Sin embargo, considerando de cerca esa alquimia metafísica que hace salir todas las cosas de la *idea* (palabra de que se sirve el filósofo aleman), no es más fundada que el procedimiento de Condillac, que saca de la sensacion todas nuestras facultades; con la diferencia de aspirar á más alto y remover más cuestiones, siendo más atrevida y más sábia.

Las mismas razones que retiran nuestra confianza del método empírico y del método especulativo, sirven para fundar la autoridad del método psicológico. Efectivamente, sólo la conciencia, tomada por punto de partida de la filosofía, puede al mismo tiempo salvarnos de un sensualismo estrecho, necesariamente ocasionado al escepticismo, y de un idealismo quimérico en que todo se disuelve en abstracciones. Pero no basta interrogar esa preciosa facultad; menester es saber escuchar sus declaraciones, aceptar los hechos que nos presenta, en el órden y estado que nos los presenta, evitando mutilarlos, aislarlos y confundirlos. Ahora, la conciencia se forma de tres distintos elementos, el personal, el activo, y el universal ó absoluto. El primero, ó para hablar con más exactitud, el atributo distintivo, el signo característico de la personalidad, es esa propiedad del pensamiento para replegarse sobre sí mismo y apercibir sus propias operaciones, que nos permite decir *yo pienso*, y por consiguiente *yo existo*, al ménos como sujeto pensante, ó para servirnos de las expresiones de Descartes, como *cosa pensante*. El elemento activo es la voluntad que cae juntamente con el pensamiento bajo la percepcion de la conciencia, y sin la cual, el sujeto del pensamiento, el *yo*, no seria todavía mas que una inteligencia personal, un espíritu, no un alma. En fin, el elemento universal son las ideas de la razon ó los principios *a priori* que nos fuerzan á elevarnos de lo que está en nosotros á lo que está fuera y encima de nosotros, del fenómeno á la sustancia, del efecto á la causa, de lo contingente á lo necesario, de lo relativo á lo absoluto, etc. No hay verdaderamente en la conciencia mas que esas tres cosas que le pertenecen, y que saca en cierto modo, de su propio fondo: porque la sensacion es como una materia que recibe de fuera, pero que no conserva siempre y que no llega á su conocimiento sino cuando le aplica su actividad. Trátese de separar estos elementos, ó lo que viene á ser lo mismo, de reducirlos uno en otro, y al punto cesan de existir, no pudiendo ya concebirlos nuestro espíritu. Así, no se imagina que la personalidad, expresada por estas dos palabras: *yo pienso*, ó la conciencia tomada en un sentido estrecho, pueda manifestarse en alguna parte si no se piensa en efecto, ó si no se hace algun uso de las ideas fundamentales, de las leyes universales de la razon: porque, ¿qué, sino esto, es lo que se llama pensar? Por otra parte, no se comprende mejor, como lo hemos ya observado, que el pensamiento pueda ejercitarse sin que se sepa que se piensa; que haya ideas, juicios, raciocinios que no pertenecen á ninguna inteligencia determinada, que no se encuentran en ningun es-

píritu. En fin, por más que diga el autor del *Discurso del Mètodo,* no somos sólo un espíritu ó una cosa pensante. Lo que la personalidad ó la conciencia es respecto de la razon, la razon determinada en un *yo*, en una inteligencia ó en un espíritu, es respecto del principio activo: queremos decir que todo espíritu, toda inteligencia, es necesariamente el espíritu, la inteligencia de álguien, ó de un principio más real, más sustancial, más eficaz: porque el espíritu se limita á concebir, á representarse las cosas; no las *hace* lo que son. Ahora, ¿qué queda de mí, cuando se hace abstraccion de la conciencia y de la razon? Queda la fuerza por la cual señalo mi lugar y soy contado entre los séres, la fuerza por la que obro, en una palabra, la voluntad. La voluntad es mi sustancia, es el fondo de mi sér; porque ser y obrar, sustancia y fuerza, son una misma cosa. Por otra parte, yo apercibo tan directamente mi voluntad como mi inteligencia, puesto que no puede ejercitarse la una sino con el concurso de la otra; suponiendo necesariamente toda operacion de la inteligencia un acto de atencion, es decir, de voluntad, y comprendiendo todo acto de voluntad, por lo ménos, la conciencia del que quiere y la idea de lo que quiere.

Así, el método psicológico, sin exponerse al desfallecimiento del raciocinio, ó á los errores de una larga y laboriosa experiencia, por una simple contemplacion del espíritu vuelto sobre sí mismo, me pone desde luego en posesion del mundo real; porque de seguro nada hay más real que yo, nada imagino que me pueda ser mejor conocido y cuya existencia sea más evidente, que una fuerza inteligente y libre que soy, que apercibo á la vez y por un mismo acto del pensamiento, en sus operaciones y en su principio. Pero de que me vea obligado á buscar desde luego la verdad en mí, no se sigue que no pueda encontrarla fuera del círculo de mi conciencia; por el contrario, miéntras más atentamente me observo, mejor reconozco, con el elemento personal y activo de mi naturaleza, un elemento universal, es decir, la razon. Por ser conocidos de mí los principios de la razon, y por encontrar en mí su aplicacion, no dejan de existir como el fondo necesario de todo pensamiento, como las condiciones universales de toda existencia. Mucho más; como no se aplican en mí sino á un sér perfectamente real y determinado, no puedo igualmente trasportarlos fuera de mí sino á séres perfectamente reales y distintos unos de otros. Tomemos por ejemplo la nocion de causa. Como yo soy una causa verdadera, activa, viviente, no puedo referir fuera de mí la misma idea sino á una existencia análoga, pero más ó ménos desarrollada, de una naturaleza superior ó inferior á la mia, segun los efectos que le atribuyo. La causa primera, el sér infinito, será necesariamente á mis ojos el más alto grado de la libertad, de la conciencia, de la actividad y de la vida; debajo de mí, en la naturaleza, esos caractéres se irán disminuyendo y menoscabando hasta no quedar más que las fuerzas ciegas de la materia. El método psicológico puede, pues, alcanzar todas las existencias, sin aislarlas ni confundirlas. Del seno de la conciencia, despues de haber asegurado al alma su existencia, su individualidad, su libertad, entra en el mundo exterior, continúa sus observaciones en la historia, y emprende el vuelo hácia el infinito, barriendo delante de sí los negros fantasmas del escepticismo, del fatalismo y de la identidad absoluta.

(Concluirá.)

REVISTA DE PERIODICOS.

Los bondadosos términos en que la mayor parte de los órganos de la prensa periódica se expresaron de nuestra publicacion, desde que la anunciamos, nos imponen el deber de manifestar ante todo nuestra gratitud, al mismo tiempo que la satisfaccion de creer que los trabajos emprendidos por nosotros, corresponden á una necesidad real y efectiva; pues vemos en la opinion de nuestros ilustrados colegas, no sólo la benevolencia de que siempre hemos recibido tantas y tan repetidas pruebas, sino un apoyo directo en favor del pensamiento que norma la tarea que nos hemos impuesto. Hecha esta manifestacion, á que nos hemos creido en justicia obligados, pasamos á examinar con la brevedad que exigen los extrechos límites á que estamos reducidos, los escritos más notables que sobre materias filosóficas encontramos en los periódicos.

El Positivismo, revista quincenal de ciencias y filosofía, dirigida por el Sr. Dr. D. Porfirio Parra, trae un artículo en que se formula un juicio muy poco favorable de nuestro primer número. Manifiesta profunda extrañeza por no haber hallado nada original, lo que hace formar á nuestro ilustrado colega conjeturas no ménos extrañas é inverosímiles, pues se insinúa la singular idea de que tuviésemos alguna mira oculta de desacreditar una publicacion á que hemos unido nuestro nombre. Supremo es el desden con que el *Positivismo* trata á los autores cuyos trabajos tuvieron la mala suerte de ser escogidos por nosotros, tachándose nuestro poco tino en la eleccion. ¿Quién es, en efecto, Franck? ¿Quién es Riaux? El primero apénas ha escrito algunos artículos en el *Diccionario de ciencias filosóficas* publicado bajo su direccion; el segundo es un hombre versado en filosofía, amante del estudio, escritor claro, correcto, á veces elegante, un crítico juicioso, y erudito en grado no despreciable; sin embargo, está muy léjos de merecer el título de filósofo distinguido. No serémos nosotros quienes entablemos polémicas perfectamente ociosas sobre el valor de ciertos calificativos; observarémos únicamente que nuestro entendido censor, que tan bien supo extractar del Gran Diccionario de Larousse las noticias relativas á Riaux, olvidó leer en la misma obra el artículo correspondiente á Franck, lo que le habria evitado incurrir en notables inexactitudes. Efectivamente, allí habria visto que ademas de esos *pobres* artículos que en el Gran Diccionario son calificados de "notables y sábios." Adolfo Franck, á quien no se vacila en dar el título de filósofo, ha escrito un considerable número de obras, tales como: *Bosquejo de una historia de la lógica; La Kabbala ó Filosofia religiosa de los hebreos*, obra sá-

bia que M. Jellinck ha traducido al aleman; *El comunismo juzgado por la historia; Reformadores y publicistas de Europa; Filosofía del derecho penal; Filosofía del derecho eclesiástico; Filosofía mística en Francia á fines del siglo XVIII; Filosofía y religion; Moral para todos*, etc., fuera de artículos publicados en el *Diario de los debates*, de varios informes y numerosas *Noticias históricas*, especialmente sobre Paracelso, Tomás Morus, Bodin, Maquiavelo, Mably, etc. Habria visto tambien la carrera brillante del referido escritor, los empleos honoríficos que ha desempeñado, que significan algo más que una simple posicion social, y en cuanto á su mérito, habria hallado que "á una vasta erudicion reune un espíritu claro y metódico, sabiendo exponer con tanta sencillez como precision, sistemas que para ser bien comprendidos, exigen un gran talento de vulgarizacion." Si tomándose un poco más de trabajo el erudito escritor del *Positivismo* hubiera registrado la *Revue des deux mondes*, habria encontrado que ese *humilde* "Diccionario de las ciencias filosóficas" es comparado con el *Lexicon rationale* de Chauvin, con el *Lexicon* de Walch, y con la *Enciclopedia filosófica de Krüg*, y que allí se dice que "la mayor parte de los artículos de M. Franck son memorias profundas, llenas de talento y de originalidad." Por último, si el severo crítico del *Positivismo*, venciendo su repugnancia por los escritores medianos, hubiese hojeado la *Revue philosophique* dirigida por M. Ribot, habria visto que hablando sobre la segunda edicion del "Diccionario de las ciencias filosóficas" se elogian por su *exactitud é imparcialidad*, varios artículos nuevos, como el relativo al *positivismo*, (que traducirémos próximamente) y despues de notar ciertos vacíos inevitables en una obra de esta importancia, la califica de *monumental*, en la cual "se encuentran agrupados documentos y noticias que sería preciso buscar en centenares de volúmenes."

No entra en nuestro propósito defender á M. Franck de la crítica que de sus artículos hace el *Positivismo*; notarémos solamente que en esa crítica se atribuyen al autor cosas en que probablemente no pensó nunca, como considerar entre las facultades del alma los sucesos prósperos ó adversos de la vida, juzgàndole por otra parte con el criterio positivista como en lo que se refiere á la idea de lo *absoluto*. En resumen, el tono profundamente irónico y despreciativo que domina en nuestro colega; las inexactitudes en que incurre, y las suposiciones nada benévolas que establece, colocan al artículo en cuestion, en el número de esas producciones poco meditadas de algunos periódicos políticos, que procuran únicamente halagar ciertas pasiones é intereses de partido, y que son por lo mismo impropias de publicaciones sérias, en que el amor á la verdad debe sobreponerse al espíritu de secta esencialmente intolerante y apasionado.

La Discusion publicó en los últimos dias de Enero un artículo intitulado: "El positivismo en la Escuela Preparatoria," en que su autor se propuso demostrar la incompatibilidad de la filosofía llamada *positiva*, con el espíritu de nuestras instituciones políticas, y la contradiccion que resultaria de enseñar tales doctrinas en establecimientos sostenidos por el gobierno, es decir, que tienen un carácter oficial. Los pasajes de Comte, citados por la *Discusion*, prueban con toda evidencia la tésis asentada por este periódi-

co, y sobre la cual sólo podrá abrigar dudas quien no conozca absolutamente el espíritu y tendencias del *positivismo.* El mismo periódico ha comenzado una série de artículos, de los cuales van publicados tres, con este título: "Las doctrinas positivistas en México." Un paralelo entre dichas doctrinas y los principios en que descansa nuestra Constitucion política: fijar el carácter de intolerante exclusivismo que distingue á la moderna escuela, y poner de manifiesto su íntima conexion con el socialismo, tales son las materias tratadas en los referidos artículos, que llaman la atencion por lo vigoroso de su estilo y lo sólido de su argumentacion. *La Discusion* está prestando con sus escritos un verdadero servicio á la sociedad mexicana.

Con el título de *Lo que se ha llamado "Ciencia positiva"* hallamos en el *Centinela Católico* un notable artículo, encaminado á probar los graves inconvenientes que traeria el restablecimiento de la enseñanza positivista en la Escuela preparatoria. Coincide en apreciaciones con el primer artículo de la *Discusion.* Hé aquí uno de sus párrafos:

"Una cosa nos ha llamado ciertamente la atencion, aunque hay á veces circunstancias en que lo que se realiza, es lo que parecia hallarse colocado en el extremo de lo inverosímil. Se vé defender la filosofía positivista y al autor que sirvió últimamente de texto en la escuela, y esto con una pasion que llega hasta el delirio, á personas que se dicen liberales y amigos del actual sistema y de la Constitucion. Ceguedad grande es necesaria para colocarse en tan contradictoria posicion. El positivismo en su radical extravío ataca la Constitucion, pues si en este código se mencionan y garantizan tales ó cuales derechos, la pretendida ciencia de la pura *relatividad* y del escepticismo, le dá en su base misma, pues con negar lo absoluto, se niega radicalmente todo derecho que supone algo absoluto, real y existente en que basarse y sobre que recaiga. Llamamos tambien la atencion sobre cierta ridícula idolatría por Bain, cuando este autor en ejemplos y en algunas de sus teorías, no deja por cierto muy bien paradas las instituciones liberales que más de una vez se conoce, no eran de su devocion ni halagaban su gusto."

El mismo periódico está publicando una série de "Artículos histórico-filosóficos."

J. M. Vigil.

BIBLIOGRAFIA FILOSOFICA.

James Sully. *On illusions, a psycological study.*—Lóndres, Kegan Paul.—El nuevo libro de M. J. Sully, se recomienda, como todos los del mismo autor, por un método de exposicion claro y sóbrio y por una gran sutileza de observacion.

El asunto es, por su naturaleza, algo vago, muy mal limitado, y no es á nuestros ojos un escaso mérito el haber sabido poner en él tanto órden y claridad que ni el lector ménos atento corre el riesgo de extraviarse.—*(Revue philosophique.)*

LA FILOSOFÍA. (*)

IV.

Hemos manifestado lo que debe hacer la filosofía para realizar la idea que siempre ha tenido de sí misma y que no puede abandonar ni restringir: véamos ahora lo que ha hecho; echemos una rápida ojeada sobre sus obras, sobre sus resultados, y preguntémonos si corresponden á la grandeza de su objeto, al poder y á la severidad de su método.

Los resultados de la filosofía, los frutos que hasta ahora ha producido y que dan derecho á juzgarla, no están contenidos en un sistema particular, sino en la enseñanza que resulta de todos los sistemas, en el continuo desarrollo que estos sistemas representan, en el grado de saber, de libertad y de perfeccion moral á que ha conducido á la humanidad por la totalidad de sus esfuerzos. En efecto, la filosofía está en una situacion muy diferente de las demás ciencias: en éstas, nuestro espíritu se halla al mismo tiempo arreglado y contenido por el objeto sobre el cual se ejercita; porque siendo este objeto distinto é independiente de él, no deja de advertirle cuando se extravía, y le circunscribe en una esfera netamente determinada. Así, la naturaleza está allí con sus fenómenos visibles, siempre los mismos, ó girando eternamente en el mismo círculo, para protestar contra los errores de las ciencias físicas; las matemáticas, en condiciones todavía mucho mejores, encuentran el rigor y la certidumbre de que están tan orgullosas, en las propiedades rigurosamente determinadas de los números y de las figuras, y en la ventaja de poder confirmar por la experiencia de los sentidos cada uno de los resultados de la deduccion. En la filosofía, por el contrario, no teniendo el espíritu por objeto mas que á sí mismo, no puede, cuando se engaña, ser rectificado sino por sí mismo, es decir, por sus propias contradicciones, por las doctrinas opuestas en que procura necesariamente reco-

(*) Véanse las páginas 5 y 17.

nocerse; porque el espíritu humano, aunque esencialmente el mismo en todos los hombres, aunque dotado de las mismas facultades é ilustrado por los mismos principios, no adquiere en todos el mismo grado de desarrollo, y á causa de la libertad de que goza respecto de sí mismo, no se dirige en igual sentido, no se concentra en el mismo punto. De aquí tantos sistemas diferentes cuantos elementos principales hay que distinguir en la conciencia; y como estos elementos, segun hemos podido convencernos, están de tal manera ligados entre sí que parecen engendrarse recíprocamente, encerrándose en sí mismo cada uno de los sistemas que aquellos hacen nacer, se cree naturalmente la expresion completa de la verdad filosófica, y ataca á todos los otros como un tejido de ilusiones y de errores. Pero esta contradiccion en el seno de nuestra razon, y cuyo objeto es ella misma, es el aguijon que la impele á marchar adelante, á desplegar todo su poder de reflexion, á considerarse bajo todas sus faces y en toda su profundidad, hasta que llegue á conocerse enteramente y la verdad le aparezca en su unidad. Hé aquí cómo la filosofía no puede ser nunca apreciada por una obra parcial ó una época determinada de su historia; hé aquí cómo la diversidad de sus sistemas y las luchas ardientes cuyo espectáculo nos ofrece, de ninguna manera menoscaban la unidad de su objeto y de su influencia. Ella nos representa en cierto modo, la vida de la inteligencia dentro de su propio hogar, ó el no interrumpido movimiento por el cual, buscando el espíritu humano en sí mismo la última razon de las cosas, la base de sus pensamientos y el blanco de su actividad, efectúa gradualmente su emancipacion en el órden intelectual y moral, en la doble esfera de la razon y la conciencia. Considerada desde este punto de vista, ó como el principio comun de la libertad y de la ciencia, la filosofía no carece de títulos á la gratitud y respeto de los hombres.

Limitándonos desde luego á los hechos más vulgarmente conocidos, y sin ir á buscar pruebas superabundantes en paises ó tiempos todavía muy poco explorados, ¿cuál era el estado de la humanidad, cuáles sus conocimientos y creencias al aparecer los primeros sistemas filosóficos de la Grecia? En cuanto á conocimientos propiamente dichos, es decir, ciencia, no habia nada; pues como dijimos al principio, la filosofía ha precedido á todas las ciencias, las ha creado, depositando su gérmen en los sistemas más imperfectos. De esta manera, las vemos salir sucesivamente de su seno, crecer durante siglos bajo su nombre y abrigo, tomar de ella sus principios y su método, hasta que llega á bastarse á sí misma, ocupando decididamente el primer rango en sus meditaciones, la metafísica con sus dependencias. Los físicos, los geómetras, los astrónomos, los naturalistas de aquella época, son los filosófos; y fué tal su influencia, que hallamos todavía sus huellas hasta en la ciencia contemporánea: así se han conservado en la química los átomos de Demócrito y Epicuro; la hipótesis astronómica de Pitágoras ha venido á ser una verdad demostrada por las matemáticas, y los descubrimientos, lo mismo que el método de Aristóteles, no han sido ménos útiles á las ciencias naturales que á la filosofía propiamente dicha. En cuanto á las creencias que eran entónces el solo alimento de las almas y la sola regla de las costumbres ¿quién se atreveria sériamente á ponerlas en parangon con algunas de las enseñanzas de la filosofía? Compárense los dioses del Olimpo, esos dioses de carne y sangre, ejemplos de todos los vicios y de todas las pasiones,

"dioses abominables, como dice J. J. Rousseau, á quienes se habria castigado en la tierra como malvados," con el dios de Platon, de Sócrates, de Aristóteles, y aun de Anaxágoras ó de los estoicos, y dígase si los instintos religiosos del alma humana perdieron mucho en el cambio. Compárense igualmente las instituciones y las costumbres reales de su tiempo, con las lecciones prácticas de aquellos filósofos, con sus ideas sobre el objeto de la vida, sobre el deber, la virtud, el bien y el mal, y se comprenderá lo que han hecho por la educacion moral del género humano.

Sócrates, en medio de una pequeña república idólatra de sí misma y llena de desprecio hácia las demás naciones, á las que llama bárbaras, se proclama ciudadano del mundo. A un pueblo artista y sensual, prendado únicamente de la belleza exterior, muestra en las profundidades del alma una belleza invisible; inculca el desprecio del placer, la sabiduría, y el amor de la verdad llevado hasta el martirio. A una demagogia desenfrenada, dispuesta siempre á rebelarse contra su propio poder, enseña con su muerte á respetar las leyes y las sentencias de la justicia, aun cuando hieran á un inocente. Platon, ha preparado por su metafísica el advenimiento, y suministrado en nombre de la razon, una demostracion anticipada de la moral cristiana. ¿Cuál es, en efecto, el principio más esencial de la metafísica platónica? La unidad, ó si se puede hablar así, la fraternidad intelectual del género humano, fundamento necesario de la fraternidad moral enseñada por el Evangelio, y de la fraternidad física, de la unidad de raza afirmada por el Génesis. Una sola razon, la razon eterna, el Verbo divino, ilumina y vivifica á todos los séres. La inteligencia que brilla en cada uno de nosotros, las ideas que forman el fondo invariable de nuestro pensamiento, no son mas que una participacion, un reflejo de la idea de Dios; por consiguiente, ligan á todos los hombres como en una misma alma, constituyéndoles una misma sustancia espiritual. No es esto todo: esa razon divina, que se nos aparece como la fuente de toda verdad y de toda ciencia, es tambien la fuente de toda belleza y de todo amor; porque lo mismo que nada puede ser conocido sino por ella, nada es bello sino por un reflejo de su esplendor, nada es amable sino por el amor que ella nos inspira. De aquí á la máxima de que todos los hombres deben amarse entre sí por lo que hay en ellos de divino, siendo en ellos la primera ley permanecer unidos en ese amor que viene de Dios y vuelve á Él, no hay evidentemente mas que un paso. Conforme á estas ideas, Platon ha podido encerrar toda su moral en un solo precepto: *Imitad á Dios*; que puede traducirse por estas palabras: *Sed perfectos como vuestro Padre que está en el cielo.* Pero Platon no se ha contentado con definir el principio de la moral; ha tratado de desarrollar todas sus consecuencias, tomándole por base tanto de las leyes y de la organizacion de la sociedad, como de la conducta del individuo. Aun cuando no hubiera en la *República* mas que el sólo pensamiento de fundar el Estado sobre la razon y la justicia, haciendo del gobierno de los pueblos una obra de ciencia y de abnegacion, en lugar de una conquista de la fuerza ó un privilegio del nacimiento, esto seria bastante para absolver aquel inmortal monumento, de los errores que contiene, y que la ignorancia, unida al espíritu de infamacion, ha abultado desmedidamente. Esa es la misma idea de la justicia, de la razon, del derecho eterno que invocaban los estoicos, ante la que hacian callar todos los intereses y todas las pasiones, y que

elevaban sobre las instituciones humanas, como la ley de Dios impresa en el alma de todos los séres inteligentes y libres.

Pasando luego de las escuelas griegas á los jurisconsultos romanos, vemos que la filosofía ha inspirado á Ciceron ese admirable pasaje de su *República*, que parece ser la misma voz de la conciencia en su más elocuente expresion, y que una vez leido no se le puede olvidar. (1) Pero alimentado con las obras de Platon, más todavía que con las del Pórtico, Ciceron no se detiene en la idea de la justicia; sino que la añade, ó mas bien, deduce de ella como consecuencia necesaria, la idea de caridad, que llama con su verdadero nombre, *Caritas*. Puesto que todos los hombres, dice, están unidos entre sí y con Dios por esa ley comun, por esa razon eterna, forman necesariamente como una misma ciudad, como una misma familia; y cuando el alma, libre de toda complacencia hácia los cuerpos, haya comprendido y practicado todas las virtudes, verá como hermanos á todos los séres que le son semejantes, y se unirá con ellos por los otros vínculos de la caridad. (2)

Aun los sistemas más desacreditados, como el escepticismo y el epicureismo, han contribuido en gran parte al perfeccionamiento moral é intelectual de la humanidad. El escepticismo es la crítica ó el derecho de revision y vigilancia que la razon ejerce sobre sí misma; el saludable consejo que se dá, despues de cada paso adelante, de consultar sus fuerzas y sondear el terreno sobre que camina. Luego que se reconoce que el hombre puede engañarse, necesario es el deseo de que pueda dudar, porque por la duda comienza la caida del error; y limitándonos al escepticismo griego, las creencias que ha destruido, las ficciones que ha patentizado, las instituciones que ha comprometido, ¿son tan dignas de lamentarse? El es, despues de todo, el que ha hecho caer el politeismo, preparando el lugar para una religion más pura. Bajo cierto aspecto, Sócrates, y el mismo Platon eran escépticos, pues no podian, sin destruir, edificar sobre un suelo ocupado ya. En cuanto á la doctrina de Epicuro, que no hay que confundir con el insensato libertinaje de Arístipo, por despreciable que sea en su principio, tiene la ventaja de probarnos que el egoismo ilustrado, ó como se decia en el último siglo, el interés bien entendido, el placer, cuando es reflexivo, se vé obligado á conservar casi todas las virtudes prácticas de la vida, y á mostrarse, segun la expresion de Platon, templado por intemperancia. Contradiccion extraña pero inevitable que bastaria por sí sola para realzar el principio del deber.

Menester es que la filosofía, cuando no era la religion más que el culto de la naturaleza y la apoteósis de la pasion, haya derramado viva luz sobre la naturaleza de Dios y el alma humana, para que Padres de la Iglesia, como San Justino, San Clemente de Alejandría, San Agustin, sin hablar de los que han sido sospechosos de heregía, hayan atribuido á algunos de esos sistemas un orígen divino. El Verbo, si creemos á San Justino mártir, se habia comunicado, ántes de su encarnacion, á los sábios de la Grecia, lo mismo que à los profetas del pueblo de Dios. Segun San Clemente, cuyos escritos son

(1) *De Republ.*, lib. III, c. XVII; Lactancio, *Instituciones divinas*, lib. VI, c. VIII.
(2) *De Legibus* lib. I, c. XXIII.

todavía hoy una fuente inagotable de erudicion filosófica, la filosofía pagana fué una preparacion necesaria al cristianismo. Segun San Agustin, Platon y sus discípulos han conocido á la vez al verdadero Dios, autor del mundo, revelador de la verdad, fuente de la dicha y verdadero principio de la moral, que colocan, con el Evangelio, en la imitacion de Dios. (1) ¡Qué importa, despues de esto, que se haga á los filósofos griegos discípulos de los profetas hebreos, si la historia entera rechaza semejante hipótesis!

Despues de haber formado en la antigüedad la gloria de la razon, y haberle dado el imperio no sólo de las ciencias, sino de las costumbres, la filosofía fué su sola directora en la edad media, queremos decir, que representa toda la cultura científica, toda la vida intelectual de esa época. ¿Cuáles son, en efecto, las materias que fuera del dominio de la fe ó de los dogmas esenciales del cristianismo, absorben toda la actividad de los espíritus desde principios del siglo IX hasta fines del siglo XIV? ¿Cuáles son las cuestiones que agitan en los claustros y las escuelas tantos maestros célebres, en presencia de una multitud apasionada, que acudia para oírlos de todas las partes de Europa? Cuestiones de lógica, trasformadas casi luego en cuestiones de metafísica, y que traian en pos de sí el cuadro todo entero de la filosofía peripatética, *quidquid scibile est*, como dice Alberto el Grande. Pero la filosofía de la edad media difiere esencialmente, al ménos en cuanto á la forma, de la que le precedió y de la que le ha seguido: es una pupila que no da un paso ni pronuncia una palabra sin haber pedido la autorizacion de sus tutores, y éstos son dos: la Iglesia en el órden de la fe, y Aristóteles en el órden de la razon. Sin embargo, bajo esta doble tutela, le queda todavía gran parte de libertad; porque encontrándose en aquel tiempo casi siempre reunidos en la misma persona el teólogo y el filósofo, sucede necesariamente que los raciocinios del uno, tiendan á ponerse de acuerdo con las creencias del otro; que se trate de comprender posteriormente lo que al principio se ha resuelto creer, *fides quœrens intellectum*, como dice San Anselmo de Cantorbery; y que los dogmas, con ayuda del medio por el cual fueron trasmitidos, es decir, el lenguaje y las opiniones de los Padres de la Iglesia, modifiquen singularmente la filosofía oficial, tomada por guía, y que estuvo un instante al punto de ser canonizada. Así se explica cómo tantas sectas diversas, realistas, nominalistas, conceptualistas, tomistas, scotistas, tuvieron igualmente el designio de dar el verdadero sentido de Aristóteles. Para quien los examina de cerca, esos actos no son más que los viejos sistemas de la Grecia, contenidos en las vías del espiritualismo cristiano, y encubiertos bajo la forma de comentarios escolásticos.

Cansada de hablar bajo la autoridad de un hombre, sobre todo, despues de haber tenido conocimiento de las obras maestras de la antigüedad, la filosofía se atrevió á hablar en nombre de la razon, destronando desde ese momento la escolástica. En efecto, lo decimos muy alto, el carácter dominante, el primer mérito de la filosofía moderna, es haber proclamado la independencia absoluta de la razon, en todo lo que la razon puede comprender; haber reconocido la evidencia como el solo sello de la verdad, y haberla buscado desde luego en el sentimiento de nuestra existencia personal, en el ejercicio de nuestras propias facultades. Ese principio es la fuente de todos los progresos realizados,

(1) *De Civitate Dei*, lib. VIII, c. 8.

no sólo en su propio seno, sino tambien en las otras ciencias. No más textos, no más libros entre el hombre y la naturaleza: se raciocina, se observa, se experimenta. Torricelli y Pascal demuestran el vacío á pesar de Aristóteles; Galileo hace girar la tierra y coloca al sol en el centro del mundo, á despecho de la Inquisicion; así la filosofía es el alma y el centro de ese gran movimiento intelectual que llevá al siglo XVII. Bacon es el creador del método de las ciencias naturales; Descartes y Leibniz no sólo han aplicado su génio á la metafísica, sino que, ensanchándole, han renovado el círculo entero de los conocimientos humanos. El autor del *Tratado de la polea* y de las experiencias sobre el vacío, comenzó por ser cartesiano. Newton, como ya lo hemos observado, mezcla á su sistema del mundo las miras más elevadas sobre las leyes de la inteligencia y el principio de las cosas. Pero la emancipacion de la ciencia tuvo que traer necesariamente la de la sociedad; porque no puede concebirse lo uno sin lo otro; no puede la razon ser soberana en el dominio del pensamiento y permanecer oprimida en el de los hechos: esta nueva victoria se debió principalmente á la filosofía del siglo XVIII. Ella es la que, llevando á la vida pública, como Descartes á la conciencia individual, y Bacon á la ciencia de la naturaleza, la antorcha de la observacion y del análisis, hizo caer una tras otra todas las viejas iniquidades; puso el derecho comun en lugar del privilegio, la ley en lugar de lo arbitrario, la libertad en lugar de la violencia; emancipó la conciencia, la industria, la propiedad; introdujo la justicia y la igualdad en la familia, y por un último esfuerzo, llamó á la sociedad á gobernarse á sí-misma, à ejercer en su interés y en su propio nombre la soberanía política, considerada hasta estónces como patrimonio de una familia, y fundada exclusivamente en la fuerza, á pesar de invocar el nombre de Dios. No hay duda que, y precisamente á causa de su papel militante y agresivo, la filosofía del siglo XVIII tiene que echarse en cara más de un exceso y un error; pero nuestro objeto aquí no es juzgarla; y no considerando más que sus resultados definitivos, los que han pasado á las instituciones y á las costumbres, los inscribimos en la lista de servicios de la filosofía en general.

V.

Despues de todo lo que ha hecho ¿qué queda todavía que hacer á la filosofía? ¿Cuál es la tarea que le está reservada en el presente y en el porvenir? Cuestion inmensa y delicada, que hemos debido proponer en su lugar, y que por otra parte, se propondria por sí misma si hubiésemos querido pasarla en silencio; pero que no pretendemos resolverla en unas cuantas líneas, en un trabajo como éste, principalmente destinado á hacer constar el presente estado de la ciencia. Nos limitarémos, pues, á reunir en forma de conclusion las consecuencias más directas de todo lo que precede.

Cuando se consideran las diversas partes de la filosofía, no en su encadenamiento sistemático, sino en su naturaleza propia, en el objeto y medios que caracterizan á cada una de ellas, se las reduce fácilmente á tres: una para la especulacion pura, es decir, la metafísica; otra para la especulacion apoyada en los hechos, comprendiendo la filosofía

de la historia y la filosofía de la naturaleza, con su introduccion necesaria, la psicología; y la tercera para las aplicaciones y consecuencias prácticas, en que pueden entrar simultáneamente la lógica y los diversos ramos de la moral.

La especulacion pura casi ha agotado su carrera; no queda ya más que escoger entre la buena y la mala metafísica: ahora bien, la buena y la mala metafísica han pronunciado su última palabra, porque los principios que ámbas invocan, es decir, las nociones fundamentales de la inteligencia, son en muy pequeño número y no se prestan sino á un círculo de combinaciones igualmente limitado. Lo que decimos de la metafísica es tambien aplicable á la lógica; porque las formas del raciocinio y los procedimientos del espíritu sobre que esta ciencia hace reposar sus reglas más esenciales, no son más numerosas y nos ofrecen un carácter no ménos invariable que las ideas universales de la razon. Así es que, aun cuando no sea del todo justo decir con Kant, que no ha dado un solo paso desde Aristóteles hasta nuestros dias, hay que convenir al ménos en que partiendo del siglo XVII, es decir, de Bacon, Descartes y Newton, sus progresos han sido muy imperceptibles.

No sucede lo mismo con la especulacion y la lógica aplicadas á los hechos, sea de la conciencia, sea de la historia, sea de la naturaleza: aquí queda todavía para nosotros y nuestros nietos amplia cosecha que recoger. La psicología propiamente dicha, no ha concluido su tarea; la filosofía de la historia apenas ha comenzado la suya, y ménos avanzada todavía está la filosofía de la naturaleza. Verdad es que la primera de estas ciencias nos ha hecho conocer de una manera general las facultades del alma humána; pero le queda todavía que estudiarlas en sus relaciones con su organizacion, los climas, los diferentes estados de salud ó de enfermedad, en el sueño, los ensueños, la alucinacion, el somnambulismo, la locura, etc. En cuanto á la filosofía de la historia, no hay una sola de sus partes, filosofía del derecho, de las lenguas, de las bellas artes, de las religiones, que no aspire á nuevas conquistas, emprendidas con un método más severo y un espíritu libre de toda preocupacion. Preciso es esforzarse en unir é ilustrar la una por la otra, dos ciencias demasiado aisladas hasta ahora, la del espíritu y la de los hechos; como si los hechos, al ménos los que pertenecen á la historia de la humanidad, no tuvieran su razon primera en la naturaleza y las leyes del espíritu, y como si el espíritu pudiera existir en el estado de abstraccion, de principio inerte, sin desarrollarse ni manifestarse por una sucesion de actos y de hechos. Es necesario entrar por este camino sin actitud preconcebida, ni como agresor, ni como defensor, ni como moderador, sino con el solo amor de la verdad y la sola resolucion de aceptarla, sea cual fuere. En fin, no es ya permitido á la filosofía permanecer más largo tiempo extraña á las ciencias naturales; es preciso que en ese órden de conocimientos, sujeto hoy á una descomposicion sin fin, haga penetrar el órden, la unidad, la luz de la razon, no por una dialéctica estéril y fundada en una identidad nominal, sino por la síntesis unida al análisis, por un estudio comparativo de los hechos y la jerarquía de los séres.

Pero en ninguna parte está llamada la filosofía á representar un papel más útil y glorioso que en las instituciones, la educacion y el gobierno de la sociedad, ó sea en el campo de las aplicaciones políticas y morales. En efecto, el principio se haya arraigado en

los espíritus y nada le podrá hacer vacilar. La sociedad, como la ciencia, está emancipada: tanto una como otra tiene por ley y fundamento la razon; en nombre de la razon hay que hablarle por lo mismo, para disciplinarla, gobernarla y conservarla, quedando heridas de irremediable impotencia para el porvenir, toda autoridad, toda legislacion, toda educacion que la razon no abone. Preciso es, pues, que la filosofía, es decir, la razon elevada al grado de ciencia, intervenga en todas esas altas cuestiones, si no quiere dejar el campo libre al empirismo y la anarquía. Es menester que la tarea comenzada por ella en el último siglo, de demoler todas las instituciones envejecidas, la continue en el siglo en que estamos, por la organizacion y la disciplina, por la creacion lenta y reflexiva de las nuevas instituciones.

Definir con más precision de lo que se ha hecho hasta ahora los deberes y derechos del hombre en general; demostrar que los últimos no podrian existir sin los primeros, y que unos y otros tienen su fundamento comun en la parte espiritual de nuestro sér, es decir, en nuestras facultades intelectuales y morales; seguir el desarrollo, ó si se quiere, la sucesiva realizacion de esos deberes y de esos derechos desde luego en la familia, despues en el Estado, y en seguida en la sociedad universal del género humano; restablecer en la opinion la santidad del matrimonio, objeto de tan vivos y perseverantes ataques; defender con el matrimonio el derecho de propiedad, sin el cual no hay familia posible: buscar la medida en que la familia y el individuo, sin sacrificar ninguna de las condiciones de su existencia ó dignidad, deban estar subordinados á la autoridad del Estado; mostrar que esa unidad tiene por condicion indispensable la de la educacion; decir, en fin, lo que es el Estado en sí mismo, cuál es el objeto y cuál el principio de su existencia, cuáles son los elementos de que se compone necesariamente, qué grado de autoridad le pertenece sobre los diversos órdenes de asociacion que contiene en su seno, cuáles son sus obligaciones y derechos respecto de los Estados extranjeros, ó qué principios naturales deben presidir en las relaciones internacionales; tal es en gran parte la labor que deberia emprender hoy la filosofía. No conocemos para ella trabajo más noble, más útil y más propio para realzarla en el espíritu de nuestro tiempo. Allí encontraria el medio de asegurarse en el órden moral un poder y una consideracion análogos á los de las ciencias físicas en la esfera de los intereses materiales. Apoyada siempre en la especulacion, en los resultados más considerables de la psicología y de la metafísica, no es de temer que se rebaje hasta la discusion de los partidos; por el contrario, los partidos se verán obligados á levantarse á la altura de sus principios, que les devolverán la dignidad, la autoridad y la conviccion que han perdido, ó que al ménos han comprometido gravemente. *(Dictionnaire des sciences philosophiques.)*

LOS SOFISTAS Y LA SOFISTICA.

EL nombre de *sofista* no tuvo primitivamente el sentido desfavorable que se le aplica, pues significaba *maestro de sabiduría ó de elocuencia;* pero cuando se vió en Grecia extenderse una especie de hombres sutiles, que se jactaban de saberlo todo y que ofrecian enseñarlo todo; retóricos hábiles, mas que ponian su elocuencia al servicio de todas las causas; dialécticos brillantes y agudos, mas que sostenian el pro y el contra con la misma intrepidez; capaces de negarlo todo, áun la evidencia, y de afirmarlo todo, áun el absurdo; hombres ávidos, por otra parte, hambrientos de riquezas, de poder y de fama, y que hacian servir indiferentemente lo verdadero y lo falso, lo justo y lo injusto, á los intereses de su fortuna: en presencia de semejante abuso del espíritu y la palabra, la conciencia pública se alarmó, y comenzó á ser sospechoso el nombre de sofista, acabando por convertirse en injuria. No tenemos que considerar aquí la sofística bajo todos los aspectos que puede presentar, y cuyo lugar corresponde á la historia de las ciudades griegas, á la de la elocuencia y de las costumbres; fijándonos en el solo punto de vista científico, nos preguntarémos sobre todo si la sofística es ó no es un hecho considerable en el desarrollo de la filosofía griega, y examinarémos en seguida su alcance exacto y su sentido preciso.

Desde luego, parece imposible dudar de la influencia que ejercieron los sofistas sobre los espíritus de su época, como lo prueban entre otras cosas la guerra tenaz que les declaró Sócrates y el gran sitio que ocupan en los diálogos de Platon. Para Sócrates y su gran discípulo, los sofistas representaban, si no el escepticismo propiamente dicho, al ménos ese espíritu de negacion que conduce á la duda por una pendiente inevitable; y este es, en efecto, el verdadero sentido de la sofística, que señala ó consuma la disolucion de todas las grandes escuelas de filosofía nacidas del primer arranque de la especulacion naciente; que lleva hasta el extremo esa oposicion entre los sentidos y la razon, del empirismo jónico y del idealismo itálico, de donde habria salido infaliblemente un

escepticismo mortal, si Sócrates no hubiera reanimado la savia del dogmatismo, dando á la filosofía extraviada un punto de apoyo firme y sólido, un método regular, y toda una organizacion robusta y duradera. Si se quiere tener la seguridad de que tal es el sentido de la sofística, basta echar un vistazo sobre sus más sérios representantes y examinar sus orígenes.

Sábese que la filosofía griega en sus primeros pasos, se dividió en dos grandes direcciones opuestas: por un lado, el génio jónico suscitó dos escuelas empíricas, la de Mileto y la de Abdera; por el otro, el génio dórico produjo en las costas de la Gran Grecia las escuelas de Crotona y de Elea. Pues bien, si se recorre la lista de los principales sofistas, se verá que todos se ligan con alguna de esas escuelas: Gorgias y su discípulo Polo vienen de la escuela de Elea; Protágoras, y despues de él Eutidemo y Dionisiodoro invocan los principios de Heráclito; otro sofista, Metrodoro de Chio, pertenece á la escuela de Abdera; de suerte que no hay escuela dogmática de cuyo seno haya salido un sofista. Ahora ¿cuál es la obra comun de esos hombres de orígenes tan diferentes? Llevar hasta el extremo los principios de cada escuela, poniéndolos en oposicion con los principios de todas las escuelas opuestas. Y ¿cuál es el fin último á que aspiran? ¿Es por ventura hacer salir de una contradiccion un principio nuevo, más ámplio y más fecundo? Nó, nada está más léjos de eso que el espíritu enteramente negativo que los anima. ¿Es encerrarse en una abstencion absoluta? Tampoco, y aquí es en donde sin vanas sutilezas hay que distinguir la sofística del escepticismo.

El carácter propio de la filosofía escéptica, lo mismo en Grecia que en todas partes, es no afirmar nada tocante á la naturaleza de las cosas, encerrándose sobre esto en una reserva absoluta, en una abstencion inquebrantable. Los sofistas, por el contrario, eran los más atrevidos, los más afirmativos, los más decisivos de los hombres, haciendo profesion de no dudar de nada, de no ignorar nada, de saber la última palabra de todas las cosas. Sólo que, y este es un nuevo rasgo que los separa de los escépticos honrados y sérios, los sofistas, al alardear de su ciencia decisiva, no tenian por objeto la verdad, sino el buen éxito; no el bien de los hombres, sino su propio bien: de manera que, sin tener la sofística la profundidad de una verdadera escuela de escepticismo, es en cierto sentido más peligrosa: pues no sólo conducia á la muerte de la filosofía, sino á su envilecimiento.

Así, pues, lo que caracteriza esencialmente la sofística, no es el espíritu de duda, que no se mostró en Grecia sino con Pirron; es el espíritu de negacion. Esto va á verse con nueva evidencia en la meditacion atenta de los fragmentos que de los dos más célebres sofistas, Gorgias y Protágoras, nos han quedado.

Hemos dicho que Gorgias partió del eleatismo, rompiéndole contra el sensualismo jónico; miéntras que Protágoras, adoptando el sistema de Heráclito, consumó su ruina por el desarrollo de sus consecuencias. Escuchemos á Gorgias: "El sér, dice, no es; en efecto, si fuera, seria eterno ó engendrado, ó uno y otro: es así que lo que es eterno no ha comenzado, por consiguiente no tiene principio, y por consiguiente es indefinido; pero lo indefinido no está en ninguna parte, porque si estuviera en alguna parte, seria diferente de aquello en que está y habria algo más grande que él: además, no puede estar contenido en sí mismo, porque entónces el continente y el contenido, el cuerpo y el lugar

no harian más que una sola cosa, lo que es imposible. Luego el sér, en la hipótesis que le supone eterno, no está en ninguna parte, y por consiguiente no es.

"En segundo lugar, el ser no es engendrado, porque seria engendrado del sér ó del no-sér; es así que para que fuera engendrado del sér, seria preciso que el sér existiese ya; y no puede tampoco ser engendrado del no-sér, porque el no-sér no puede producir nada.

"En fin, el sér no puede ser al mismo tiempo eterno y engendrado; luego el sér no es.

"Otra prueba de que el sér no es. El sér es uno ó varios. Es así que el sér no puede ser mas que una cantidad, un continuo, un tamaño ó un cuerpo, y nada de todo esto es uno. Además, el sér no puede ser varios, porque si no hay unidad no puede haber pluralidad." (*)

El carácter de esta argumentacion, á primera vista, es eleático; pero cuando se le examina de cerca, se ven los principios sensualistas reunidos por un monstruoso ayuntamiento á los dogmas de Parménides, para destruirlos y destruirse á sí propios, del mismo golpe. "El sér, dice Gorgias, es engendrado ó eterno. No puede ser engendrado; apelo á Parménides: no puede ser eterno, porque todo lo que es ha comenzado á ser; preguntadlo á Heráclito." Imposible es hallar en rasgos más visibles, el carácter de esa dialéctica toda negativa, que disolvia, por decirlo así, cada sistema, infiltrándole todos los otros. El resultado definitivo es éste: toda verdad, todo sér, son absolutamente imposibles.

Sigamos ahora á Protágoras en otra vía. "Conocer, dice, es sentir; pero ¿cuál es el carácter de la sensacion? Variar hasta lo infinito, segun las disposiciones del sér sensible. Cada uno, pues, conoce á su manera, y cada uno es buen juez y único juez de su manera de conocer. Lo que es verdad para éste, puede por lo mismo ser falso para aquel, é incierto para un tercero. Todo el mundo tiene razon y todo el mundo carece de ella." En este concepto, toda cosa es y no es al mismo tiempo; es ésto, es aquello, y no es ni lo uno ni lo otro. Esto es lo que expresaba Protágoras al decir que "el hombre es la medida de todas las cosas; de las cosas que son, en tanto que son, y de las cosas que no son, en tanto que no son."

Así, segun Protágoras, todo es relativo, porque todo es sensible; y todo es verdadero porque todo es relativo; y como todo es verdadero, el sí es verdadero lo mismo que el nó. Pero ¿decia otra cosa Gorgias? Segun él, nada es y nada es verdad, ni el sí ni el nó. Ahora, ¿quién no ve que esta fórmula es idéntica á la precedente? Si todo es verdad, nada es verdad; y si nada es verdad, se puede sostener todo, y por consiguiente todo es verdad. Acéptense ó niéguense ámbas alternativas contradictorias, la verdad sucumbe á la par, y el sentido comun recibe igual ultraje.

Examínense ahora las doctrinas de Metrodoro de Chio, de Pródico, de Hippias, de Diágoras, de Anaxarco, de Eutidemo; se reconocerá el mismo espíritu: en ninguna parte el espíritu de duda, la suspension de juicio; en todas el espíritu crítico y negativo llevado hasta sus últimos límites y deshonrado por la impudeucia.

Un filósofo célebre de nuestro tiempo, ingenioso historiador de la filosofía, pero sistemático y prevenido, emprende una especie de rehabilitacion de los sofistas. Estos, segun Hegel, han sido más bien precursores que adversarios de Sócrates, haciendo á Pro-

(*) Véase Sexto, *Adv. Mathem.*, p. 149 sig.; y Aristóteles, *de Xen., Zen. y Gorg.*, lib. V.

tágoras en persona la honra de haber abierto la era de la subjetividad, explicando la diversidad y la contradiccion de las ideas por la disposicion del sujeto pensante, y atrayendo así la filosofía al estudio del hombre. Desde este punto de vista, el principio de que "el hombre es la medida de todas las cosas," tan reprochado á Protágoras, es nada ménos que el preludio del "conócete á tí mismo" de Sócrates. Los sofistas fueron los primeros en comprender la alta importancia del elemento subjetivo en la ciencia; á ellos pertenece la honra de haber proclamado que el espíritu humano no ha podido recibir sus leyes de manos de la naturaleza, sino que por el contrario, él es quien piensa, ordena, y en cierto modo construye las cosas segun las leyes que le son propias. De aquí procede, segun Hegel, la alta idea que los sofistas se formaron del poder y soberanía del espíritu humano; y de aquí una especie de exaltacion que pudo arrastrarlos inocentemente á un orgullo extremado, á una especie de inmoralidad y hasta el ateismo. Quien conoce los recursos del espíritu humano, posee la ciencia universal, y puede enseñarlo todo, desde la física hasta el arte militar. Dueño de las impresiones y resoluciones de los hombres, los maneja á su antojo; es hombre de Estado, y tirano si así lo quiere. Sabiéndolo todo, gobernándolo todo, dando á los hombres y á la naturaleza sus leyes, haciendo á su capricho lo bello y lo feo, lo justo y lo injusto, lo verdadero y lo falso, ¿qué falta al sofista para ser Dios?

No se podria contestar lo que hay de original é ingenioso en algunas de las observaciones de Hegel; pero todo ese edificio reposa sobre una interpretacion infiel y arbitraria de los textos. Cuando Protágoras sostenia que el hombre ès la medida de todas las cosas, no se referia de ninguna manera al hombre en general, al espíritu humano en la rica variedad de sus potencias y de sus leyes: entender así la fórmula de Protágoras, es desprenderla de todo lo que sirve para ilustrarla y darle su verdadero sentido, introduciendo arbitrariamente toda especie de ideas modernas. Léase el capitulo de Sexto Empírico donde se refiere y comenta la fórmula del sofista griego; más todavía: léase el *Theeteto* de Platon, y se encontrará la interpretacion más exacta y rigurosa, al mismo tiempo que la refutacion más sólida de las teorías de Protágoras. El sofista de Abdera era discípulo de Heráclito; como su maestro, no veía en la naturaleza más que una metamorfósis continua, un desvanecimiento sin fin de fenómenos perecederos y fugitivos; pero en lugar de referir esas formas cambiantes á un principio eterno, á un fuego viviente, como se inclinaba á hacerlo Heráclito, como lo hicieron más tarde los estoicos, Protágoras explicaba la variedad y contradiccion de los fenómenos por la movilidad de los sentidos: el hombre no es mas que un animal dotado de sensibilidad, y cada individuo tiene su manera de sentir. Ahora bien, como no hay otro medio de conocer fuera de la sensacion; como la sensacion es toda la ciencia, se sigue que todo lo que es sentido como bello, como bueno, como justo, debe ser reputado por tal, salvo que se le juzgue un instante despues como feo, malo é injusto; de donde concluia Protágoras que para saberlo todo, enseñarlo todo y gobernar á su antojo á los hombres, bastaba saber dar á las cosas tal ó cual color, segun las circunstancias y la necesidad del momento. Partiendo del principio sensualista, Protágoras llegaba, pues, en el órden especulativo á una especie de nihilismo, y en la práctica, á una repugnante inmoralidad.

No sale más airoso Hegel cuan lo trata de justificar la tésis de Gorgias sobre que nada

existe, que el sér no es. Al ver Hegel aparecer aquí por primera vez en la historia de la filosofía un principio que le es querido, el principio de la identidad de las contradictorias, se defiende á sí mismo defendiendo á Gorgias, y no vacila en prestarle sus más sutiles y osadas especulaciones. En su opinion, Gorgias ha comprendido perfectamente que todo sér de la naturaleza encierra en sus profundidades una contradiccion necesaria, una especie de lucha entre el sér y la nada; el sér, tal como nos le presenta el universo, cambia sin cesar, es decir, se niega sin cesar, y sin cesar se afirma despues de haberse negado. De este conflicto, de esta antítesis entre el sér y la nada, resulta el cambio *(devenir,)* síntesis maravillosa, en que la nada y el sér, siempre contrarios y siempre unidos vienen á reconciliarse. No nos toca examinar aquí el valor de esta teoría de Hegel; pero lo que es incontestable, es que ha sido completamente desconocida de Gorgias. La fórmula hegeliana, sea cual fuere su valor, tiene al ménos un carácter dogmático; la de Gorgias, por el contrario, está sellada de un espíritu enteramente negativo. De la contradiccion de las ideas, pretende Hegel hacer salir su armonía, ligándolas así en un sistema regular; Gorgias busca la contradiccion para gozarse y encerrarse en ella sin salida.

Dejemos á un lado los refinamientos de la especulacion moderna; volvamos á la antigüedad; démos á los textos su sentido verdadero, y cuando se trate de interpretar los textos, dirijámonos á dos críticos incomparables: Aristóteles y Platon. Aquí, por ejemplo, repitamos la lectura del *Theeteto,* y sobre todo, el admirable diálogo en que Platon ha definido al sofista. Cuando á la vez le llama cazador de jóvenes ricos, pescador de anzuelo, comerciante que trafica en conocimientos para uso del alma, charlatan, hábil en el arte de imitar, etc., puede creerse que aquel grande artista se chancea, y todavía, en el fondo de esas chanzas se descubre una ironía profunda y un sentido sério; pero cuando quiere oponer la sofística á la verdadera filosofía, el puro amor de lo bello y el bien á la rebusca de los oropeles y de las vanas apariencias, caracteriza, y graba, por decirlo así, en dos rasgos profundos, la diferencia del filósofo y del sofista: aquel, dice, tiende hácia el sér; éste vá á la nada. Tal es la sentencia del más grande filósofo y del más grande moralista de la antigüedad sobre la sofística. La conciencia universal ha confirmado esa sentencia, contra la cual no podria prevalecer una rehabilitacion tardía.—E. Saisset, *miembro del Instituto.*

REVISTA DE PERIODICOS.

Digna es de llamar la atencion la importancia que entre nosotros se da cada dia más á las cuestiones filosóficas: periódicos de carácter puramente político, consagran hoy una parte considerable de sus columnas á artículos en que se tratan materias de la más elevada trascendencia; y si reflexionamos en que ese movimiento inusitado de la prensa corresponde á una tendencia bien marcada del espíritu público, hay que reconocer y estudiar un fenómeno bien curioso, que se verifica actualmente en la sociedad mexicana, y que por ahora nos limitamos á consignar como el punto de partida de una evolucion

que promete ser fecunda en resultados de toda especie. Entre los varios escritos filosóficos publicados el mes pasado, ha ocupado por completo la atencion un discurso del padre Félix, que con el título de *La negacion positivista y su valor científico,* combate en sus principios y tendencias el sistema de filosofía creado por Augusto Comte. Varias circunstancias han concurrido al buen éxito extraordinario que ha obtenido el referido discurso: las galas y bellezas literarias de que se encuentra revestido; la exposicion clara y metódica del asunto que trata, hacen su lectura fácil, interesante y amena para toda clase de personas, ávidas, por otra parte, de tener ideas exactas acerca de una doctrina que cuenta entre nosotros con adeptos entusiastas. La gran circulacion que ha adquirido el discurso del padre Félix por la reproduccion que de él han hecho varios periódicos de la Capital, y el propósito que tenemos de darle más tarde un lugar en nuestras columnas, nos hacen omitir el análisis que indudablemente merece, y pasamos, por lo mismo, á la impugnacion que ha dado á luz el órgano más caracterizado de la escuela positivista.

Bueno es observar ante todo, que el positivismo, en su parte orgánica, llamémosla así, está muy léjos de presentar un todo compacto y homogéneo. Conformes sus partidarios en ciertas negaciones, sepáranse por diferencias profundísimas luego que se trata de construir la ciencia; no disimularémos, pues, nuestra sorpresa al ver citados con igual encomio por el *Positivismo*, los nombres de Comte, de Littré, de Mill y de Spencer, manifestando igual adhesion á doctrinas que no pueden conciliarse, como tendrémos ocasion de manifestarlo más tarde. Así vemos que entre los títulos de gloriosa invencion atribuidos á la escuela, se mencionan como si fueran una misma cosa, las clasificaciones científicas de Comte y de Spencer, añadiendo que "han sido los primeros filósofos que desde Aristóteles hasta nuestros dias, lograron presentar una buena clasificacion de las ciencias." Dejemos á un lado el mérito de esas clasificaciones, y fijémonos solamente en el desacuerdo que entre los autores mencionados existe. Comte enumera seis ciencias, Littré siete, y ambos excluyen la psicología, adoptada por Spencer y Mill. ¿A qué debemos atenernos? No creemos que nuestro colega pretenda admitir simultáneamente todas esas opiniones, y sin embargo, eso parece que hace cuando opone al padre Félix la psicología que figura en la clasificacion de Spencer, y al mismo tiempo elogia el trabajo de Comte que hace punto omiso de aquella ciencia.

El Positivismo funda otro de los títulos de invencion positivista en la *sociología,* palabra de formacion híbrida, creada efectivamente por Comte, pero que no significa una ciencia nueva, como lo observa con mucha exactitud Larousse. Diráse que la invencion se refiere al método y base; pues ni aun eso, porque el método de observacion, que sólo admite los hechos, no es obra del positivismo, y en cuanto á la ley de los tres estados, no es una concepcion enteramente original de Comte. Pero suponiendo que lo fuera, ¿puede admitirse como punto resuelto esa famosa ley? ¿Puede considerarse la sociología como una ciencia definitivamente constituida? De ninguna manera, puesto que aun positivistas de la talla de Spencer rechazan esa base, y la divergencia de opiniones, segun el mismo Comte, es signo seguro de que una ciencia no se ha constituido todavía. Aquí nos permitiriamos volver á preguntar á nuestro colega, si al mismo tiempo admite y rechaza la ley de los tres estados, segun que invoca los nombres de Comte y de Spencer, ó si acaso ha hallado medio de conciliar esas doctrinas contradictorias.

En cuanto á la singular ocurrencia de colocar en el número de los positivistas á Kepler, Newton y Leibniz, basta una lijera idea de los principios filosóficos que profesaron aquellos hombres eminentes, y de los que forman la base de la moderna escuela, para persuadirse de que nuestro colega no ha podido tomar á lo sério semejante aseveracion. Respecto del ilustre Bernard, ya verémos si se le puede llamar propiamente positivista, y si es lícito envolver en el mismo concepto las ciencias positivas y el positivismo. Por lo demás, podemos aguardar tranquilos, cuando se nos da el plazo de algunos siglos, para ver los resultados del positivismo. Esta respuesta habia sido ya prevista y contestada por Broglie. Hé aquí cómo se expresa el sábio abate: "Hace diez años que H. Spencer publicó sus *Principios de psicología*; hace treinta que A. Comte publicó su *Sociología*; hace tambien mucho tiempo que Bain publicó su *Tratado del espíritu*. Ahora bien, ¿qué ha resultado de esas tentativas? ¿Hay algun descubrimiento nuevo sobre la naturaleza humana, algun principio nuevo de moral, de política ó de psicología, que haya adquirido un valor científico, que haya conquistado el asentimiento universal, como la teoría del péndulo de Huygens, el principio del barómetro de Pascal, ó el sistema de Copérnico? ¿Cuáles son hasta hoy los resultados del método positivo aplicado al espíritu humano? Simples teorías filosóficas, admitidas por ciertos filósofos, negadas por otros, desconocidas del vulgo, incapaces de salir de las escuelas, y entrar á título de elementos ciertos é incontestables en la ciencia comun, y en el gobierno práctico de la vida humana. Aguardad todavía, nos dicen los positivistas; el gran esplendor, la magnífica eflorecencia de las ciencias morales tratadas por el método positivo, vá á aparecer bien pronto. Aguardad todavía; nuestro Galileo no ha nacido, nuestro Newton no vendrá sino dentro de un siglo. Sea; eso es fácil de afirmar, pero no se ha presentado la prueba, y la única razon para esperar resultado tan increible, es la asimilacion, erróneamente establecida, entre la filosofía y las ciencias que tratan del mundo visible."

Dice el *Positivismo* que su escuela no rechaza las hipótesis; que lo que hace es reglamentarlas, poniéndoles por condicion que sean "susceptibles de una verificacion positiva más ó ménos lejana, pero siempre indeclinable." Está bien; deseariamos únicamente saber si nuestro colega cree que las hipótesis en que se funda su sistema, satisfacen esa condicion, y si son susceptibles, por lo mismo, de una verificacion positiva.

Pero hay una cosa más grave, y es comparar la ciencia de Dios y la ciencia del alma, con la astrología y la alquimia, para justificar las mutilaciones efectuadas por el positivismo. La astrología y la alquimia han sido excluidas del dominio científico, porque se reconocieron falsos sus objetos; ¿seràn, pues, falsos, los objetos de la teodicea y de la psicología, de la teología y de la metafísica? ¿Dios y el alma humana han pasado al número de esas falsedades reconocidas, que por consiguiente no existen ni son dignas de ocupar la inteligencia de los sábios?... Parece que sí en el sentido positivista, puesto que más adelante se asimila la afirmacion de lo sobrenatural, de lo invisible, de lo absoluto, con las creencias erróneas de que el agua era un cuerpo simple, y de que la tierra era el centro inmóvil del universo. En esto, el positivismo es consecuente con sus principios negativos, pero en lo que no es consecuente, es en desechar hechos que debia tomar en consideracion conforme á su teoría, poniéndolos en la misma categoría de otros hechos,

con los cuales no pueden compararse de ninguna manera. Pues qué ¿un error científico guarda alguna semejanza con esas aspiraciones permanentes y universales del alma, con esas necesidades del espíritu humano, que deben, por lo mismo, considerarse como constitutivos de su esencia, no debiendo, por consiguiente, eliminarlas una filosofía que se jacta de apoyarse exclusivamente en los hechos para descubrir entre ellos las leyes ó las relaciones necesarias? La idea de Dios se funda en la idea de causa, mejor dicho, sólo en Dios halla la idea de causa su certidumbre absoluta; y aunque es cierto que Comte considera "como absolutamenteináccesible, y vacía de sentido para nosotros, la investigacion de lo que se llama *causas*, primeras ó finales," en cambio Spencer, autoridad intachable para nuestro colega, establece que "el sentimiento y la idea de causa no pueden ser destruidos, sino destruyendo la conciencia misma." ¿Dirémos despues que no hay que hacer caudal de la idea de causa y otras del mismo órden que ha tenido, y tiene y seguirá teniendo la humanidad, porque son errores de la misma familia de los citados por nuestro colega? Nadie cree ya en el dios Gaster ni en las arqueas de Van Helmont, ¿y puede seguirse de aquí que no debemos ya admitir al Sér de los séres, necesidad suprema en el órden de la inteligencia y en el órden de la realidad? ¿De cuándo acá la falsa aplicacion de un principio envuelve la negacion del principio? En cuanto al absoluto, notarémos solamente que Comte afirma que "no hay absoluto mas que lo relativo," es decir, que no hay absoluto, y al mismo tiempo Bourdet establece que "el absoluto y el infinito existen." ¿Cómo, pues, si no hay absoluto, existe, y cómo, si sabemos que existe no le conocemos? Parécenos que discurrir de este modo es abusar de la lógica *un poco demasiado* como dicen los franceses.

Por lo dicho, puede verse que la impugnacion del *Positivismo* deja en pié los argumentos del padre Félix, y que si se quiere atacarle con buen éxito, hay que adoptar otro camino, comenzando nuestro colega por fijar bien su posicion, es decir, estableciendo con claridad la escuela positivista á que pertenece.

El 10 del pasado Marzo, aniversario de la muerte del Dr. D. Gabino Barreda, los periódicos afectos al positivismo, publicaron artículos destinados á ensalzar la memoria del que introdujo y propagó en nuestro país la doctrina de Augusto Comte. Celebróse con el mismo objeto una velada literaria en la Escuela Preparatoria, pronunciándose varias composiciones en prosa y verso. Como nosotros no asistimos á aquella festividad fúnebre ni hemos leido las composiciones referidas, no podemos formar juicio acerca de ellas; sabemos únicamente, por lo que dice el *Positivismo*, que "ninguna frase descompuesta, ningun acento de ira, de rencor ó de despecho brotó de los lábios de los oradores," lo que comprendemos, tanto más cuanto que no habia motivo para esa especie de arranques oratorios. Esto no impidió, sin embargo, que alguno de los periódicos positivistas, diera rienda suelta á los más violentos desahogos contra las personas que no profesan sus opiniones; manera en verdad poco filosófica de honrar la memoria de un filósofo.

No debemos concluir esta revista sin mencionar el pasaje de un discurso de Tiberghien, en el cual se impugna vigorosamente la doctrina positivista. Sentimos que la *Discusion* no haya publicado íntegro ese notabte discurso, pronunciado por su autor en la solemne apertura de los cursos de la Universidad de Bruselas, el 7 de Octubre de 1867. Sin embargo, el pasaje á que aludimos se recomienda sficientemente por la severidad lógica con que se ponen de manifiesto los errores fundamentales del positivismo

J. M. VIGIL.

LA ANARQUIA POSITIVISTA.

I.

AUGUSTO COMTE Y HERBERT SPENCER.

EL 15 de Febrero de 1864, Augusto Laugel publicó en la *Revue de deux Mondes* un artículo acerca de la obra de Herbert Spencer, intitulada: *Los Primeros Pricipios.* En dicho artículo, el escritor francés presentó al filósofo inglés como discípulo de Augusto Comte, pero parece que el segundo no se sintió satisfecho de esta honrosa distincion, pues se apresuró á desmentir semejante aserto en un artículo que se intitula *Por qué me separo de Augusto Comte*, y que puede ver el curioso lector en la *Clasificacion de las ciencias*, obra traducida al francés por F. Réthoré. Como nuestros positivistas acostumbran citar en apoyo de sus doctrinas á Comte y Spencer, cual si entre estos escritores hubiese identidad de opiniones, vamos á extractar el artículo del último, lo cual servirá de deshacer algunas inocentes ilusiones, dando al mismo tiempo una pequeña muestra de la anarquía que reina en el campo positivista. Desde luego se presenta esta cuestion: ¿es efectivamente A. Comte creador de la ciencia propiamente dicha? Spencer no vacila en negarlo, calificando de errónea la creencia que lo afirma, y que sin saberlo han contribuido á propagar tanto los enemigos más ardientes, como los amigos más adictos de Comte. Hé aquí cómo se explica ese error fundamental:

"Por una parte, habiendo designado M. Comte bajo el nombre de *filosofía positiva* todos los conocimientos definitivamente establecidos, que los sábios han reducido por grados á sistema ó en un sólo cuerpo de doctrina, y habiéndole opuesto de ordinario á la reunion incoherente de las opiniones sostenidas por los teólogos, (*) se ha formado en el

(*) Bajo este nombre se designan aquí todos los que no son positivistas; á la calificacion del lector queda la exactitud del término.

partido teológico el hábito de designar al partido opuesto, el de los hombres de ciencia, con el nombre de *positivistas,* lo cual ha hecho nacer la opinion de que llamándose *positivistas* son discípulos de Comte. Por otra parte, los que han adoptado el sistema de Comte, considerándole como la filosofía del porvenir, han sido llevados naturalmente á ver en todas partes los signos de su progreso, y donde quiera que han encontrado opiniones en armonía con él, las han atribuido á la influencia de su autor. Tendencia de los discípulos es exagerar siempre los efectos de la enseñanza del maestro, y considerar á ese maestro como inventor de todas las doctrinas que enseña. En el espíritu de los discípulos el nombre de M. Comte se asocia al del método científico, porque la mayor parte de ellos no conocen éste sino por la exposicion que aquel da; bajo la influencia inevitable de semejante asociacion de ideas, piensan en M. Comte siempre que encuentran hábitos de pensar que tienen alguna analogía con el método científico descrito por aquel autor, y llegan así á imaginarse que ha hecho nacer en el espíritu de los otros las concepciones que hizo nacer en el suyo. Que M Comte haya dado una exposicion general de la doctrina y del método científico, es verdad; pero no es verdad que los que admiten esa doctrina y siguen ese método sean discípulos de M. Comte. Ni sus procedimientos de investigacion, ni sus miras concernientes al conocimiento humano en su naturaleza y límites, difieren de un modo sensible de lo que esos procedimientos y esas miras eran ántes de M. Comte. Si son *positivistas,* lo son como lo han sido siempre de una manera más ó ménos consecuente todos los hombres de ciencia; y al designarlos con este nombre habria tanta razon para llamarlos discípulos de M. Comte, como la que habria para dar el mismo título á los sábios que vivieron y murieron ántes de este autor.»

Aquí, como se ve, hace H. Spencer una distincion importantísima que es preciso no olvidar. Ni en el método de investigacion ni en la teoría del conocimiento humano ha dicho Comte nada nuevo: respecto del primero, nadie disputa su legitimidad tratándose de las ciencias de observacion; en cuanto á la segunda, Comte no ha hecho más que seguir las huellas de los empíricos y sensualistas que le habian precedido. ¿Qué es, pues, lo que caracteriza á la escuela de A. Comte? ¿Qué es lo que la distingue de sus congéneres? Oigamos á H. Spencer:

«Lo que se proponia M. Comte, era dar al pensamiento y al método filosófico una forma y una organizacion más perfecta, y aplicarlos á la interpretacion de esa clase de fenómenos que no habian sido estudiados todavía de una manera filosófica. (*) Era ésta una concepcion llena de grandeza, é intentar realizarla era una empresa digna de simpatía y admiracion. Esta concepcion habia sido igualmente la de Bacon; que tambien aspiraba á una organizacion de las ciencias; que tambien estaba persuadido de que «la física es la madre de todas las ciencias;» y de que éstas no pueden avanzar sino á condicion de unirse y combinarse, habiendo visto en lo que consisten esa union y esa combinacion necesarias; que tambien habia comprendido que la filosofía moral y civil no podria crecer y florecer sino en tanto que tuviese sus raíces en la filosofía natural,

(*) Este es el error capital del positivismo; tratar de aplicar á las ciencias filosóficas el método experimental.

entreviendo, de este modo, la idea de una ciencia social que nacia de la ciencia física; pero el estado de los conocimientos en su época le impidió ir más allá de esa concepcion general; y es en verdad cosa maravillosa que hubiese ido hasta allá. (*) En lugar de una concepcion oscura y vaga, M. Comte ha presentado al mundo una concepcion clara y netamente definida. Al realizar esa concepcion ha mostrado una amplitud de miras notable, una grande originalidad, un inmenso génio de invencion, un poder de generalizacion extraordinario. Considerado en sí mismo, su sistema de filosofía positiva, verdadero ó falso, es un monumento de proporciones gigantescas; *pero* despues de haber concedido á M. Comte la alta admiracion que merece por su concepcion, por sus esfuerzos en realizarla, y por el talento que desplegó en esa tentativa, queda una cuestion que plantear: *¿Ha logrado su objeto?* A un pensador que reorganiza el método científico y los conocimientos de su siglo, y que hace aceptar á sus sucesores la reorganizacion que ha intentado, puede considerársele con justo título como jefe de escuela y á éstos como sus discípulos; pero no merecen ciertamente tal denominacion, los que aceptando ese método y esos conocimientos del siglo, no admiten la reorganizacion. Ahora bien, ¿qué ha sucedido respecto de M. Comte? Hay algunos, *pero en pequeño número*, que han aceptado sus doctrinas *casi* sin reserva, y éstos pueden ser llamados con verdad sus discípulos. Hay otros que aceptan como verdaderos cierto número de esos principios, pero que rechazan el resto; si éstos son sus discípulos, sólo lo son en parte. Hay otros, por último' que rechazan su doctrina en todo lo particular que contiene, y éstos deben ser considerados como sus *antagonistas*. Todos los miembros de esta clase son precisamente lo que habrian sido, si él no hubiera escrito. Al rechazar su reorganizacion de las ciencias, han tomado esas ciencias tales como existian ántes de él; como una herencia comun legada al presente por el pasado, y su adhesion á esa doctrina científica, de ninguna manera los pone en el número de los discípulos de M. Comte. A esa clase pertenece *la gran mayoría* de los hombres de ciencia; y á esa clase es *á la que yo pertenezco.*"

Nos parece que no se puede ser más explícito. De un golpe, y como por una especie de sangrienta burla, H. Spencer derriba á A. Comte del alto pedestal en que por un momento le hubiera colocado, reduciendo *casi* á la nulidad el número de sus verdaderos discípulos, y poniendo en completo *antagonismo* con sus doctrinas á *la gran mayoría de los hombres de ciencia*, entre los cuales se coloca el mismo Spencer. Despues de este terrible fallo, pasa á señalar los grandes principios generales sobre los que M. Comte está de acuerdo con los pensadores que le precedieron y con el mismo M. Spencer. Estos principios son, en resúmen, los siguientes: "Todo conocimiento viene de la experiencia," lo que, entre paréntesis, destruye los esfuerzos que el *Positivismo* ha hecho por alejar de su escuela la nota de empirismo; "todo conocimiento es relativo y no alcanza mas que

(*) Sea cual fuere la opinion que se tenga de la concepcion de Bacon, está muy léjos de confundirse con la de Comte, como parece hacerlo aquí Spencer. El filósofo que ha escrito estas palabras tantas veces citadas: "Un poco de filosofía natural hace que los hombres se inclinen al ateismo; pero un conocimiento más profundo de esta ciencia los conduce á la religion," no puede confundirse con el que negando todo conocimiento suprasensible, acaba por hundirse en el ateismo y el materialismo.

á los fenómenos," consecuencia necesaria del principio anterior; "en la explicacion de las diferentes clases de fenómenos, no debe recurrirse á entidades metafísicas que se consideran como sus causas;" y por último, "hay leyes naturales invariables, relaciones constantes y uniformes entre los fenómenos;" este principio no se concilia fácilmente con el primero, y Stuart Mill se ha encargado de hacer notar esa incompatibilidad; pero en fin, no se trata de esto por ahora. Lo que sí debemos observar es, que esos principios fundamentales de las escuelas sensualistas de todas las épocas, y sobre los cuales está únicamente de acuerdo Spencer con Comte, mediante ciertas modificaciones, son muy anteriores á éste, como tiene buen cuidado de hacerlo notar el primero, lo cual no puede establecer ningun lazo de mancomunidad, tratándose de lo que verdaderamente caracteriza al positivismo comtista. En efecto, Spencer declara que si á alguno debe en particular haberle hecho esos principios más claros, es á Sir William Hamilton, y luego añade: "Así como estoy enteramente de acuerdo con M. Comte sobre esas doctrinas fundamentales, que son nuestra herencia comun, de la misma manera *estoy enteramente en desacuerdo con él* sobre los principios que fundan su filosofía propia y determinan su organizacion;" y pasa á probarlo formando una comparacion entre las proposiciones de Comte y las que les opone. Aquí no tenemos que hacer más que traducir al pié de la letra.

Proposicion de Comte.—". . . . Cada una de nuestras concepciones principales, cada ramo de nuestros conocimientos, pasa sucesivamente por tres estados teóricos diferentes: el estado teológico ó ficticio; el estado metafísico ó abstracto; el estado científico ó positivo. En otros términos, el espíritu humano, por su naturaleza, emplea sucesivamente en cada una de sus investigaciones, tres métodos de filosofar, cuyo carácter es esencialmente diferente y aun radicalmente opuesto: al principio el método teológico, en seguida el método metafísico, y al fin el método positivo. (P. 3.)

Proposicion de Spencer.—"El progreso de nuestras concepciones y de cada ramo de nuestros conocimientos, es desde el principio hasta el fin, intrínsecamente el mismo. *No es verdad* que haya tres métodos filosóficos radicalmente opuestos; no hay más que un solo método que permanece siempre esencialmente idéntico consigo mismo. Dessde el principio hasta el fin, nuestras concepciones de las causas de los fenómenos tienen un grado de generalidad, que corresponde á la extension de las generalizaciones que las experiencias determinan; y nuestras generalizaciones cambian á medida que las experiencias se acumulan. La integracion de las causas, consideradas al principio como múltiples y locales, pero consideradas al fin como unas y universales, es un procedimiento que implica, es verdad, el paso por todos los grados intermedios entre sus dos extremos; pero imaginarse que los pasos que se dan del uno al otro son grados por los cuales se eleva, no puede ser más que efecto de la ilusion. Las causas, que suponemos al principio concretas é individuales, se identifican en el espíritu á medida que los fenómenos semejantes se forman en grupos. Al identificarse y extenderse á un número más y más grande de fenómenos, las causas se hacen cada vez ménos distintas en su individualidad; si la identificacion continúa, llegan á hacerse gradualmente difusas é indefinidas en el pensamiento; y á veces, sin que haya ningun cambio en la naturaleza del procedimiento, el espíritu

adquiere la conciencia de una causa universal, que no puede ser concebida." (*)

Proposicion de Comte.—"El sistema teológico ha llegado á la más alta perfeccion de que es susceptible, cuando ha sustituido la accion providencial de un sér único, al variado capricho de las numerosas divinidades independientes que primitivamente se habian imaginado. De la misma manera, el último término del sistema metafísico, consiste en concebir, en lugar de las diferentes entidades particulares, una sola grande entidad general, la *naturaleza*, considerada como el único orígen de todos los fenómenos. Igualmente, la perfeccion del sistema positivo, hácia la cual tiende sin cesar, aunque sea muy probable que no deba nunca alcanzarla, seria poder representarse todos los fenómenos observables, como casos particulares de un solo hecho general, tal como el de la gravitacion, por ejemplo. (P. 5.)

Proposicion de Spencer.—"Así como la marcha del pensamiento es una, uno es tambien su punto de llegada. No hay tres concepciones últimas posibles; sino que no hay más que una sola concepcion última. Cuando la idea teológica de la accion providencial de un sólo sér, reemplazando todas las causas segundas independientes, se ha desarrollado con toda la precision de que es susceptible, se convierte en la concepcion de un sér, cuyo poder siempre activo se manifiesta bajo todos los fenómenos: al tomar dicha concepcion esa forma definitiva, hace desaparecer en el pensamiento todos los atributos antropomórficos que distinguian la idea primitiva. El supuesto último término del sistema metafísico, (la concepcion de una sola grande entidad general, la *naturaleza*, considerada como orígen de todos los fenómenos), es una concepcion idéntica á la primera: la idea de una sola causa que, al aparecérsenos como universal, cesa de ser considerada como concebible, que no difiere sino por el nombre de la idea de un sólo sér, manifestándose en todos los fenómenos. Y de la misma manera, lo que se nos describe como la perfeccion ideal de la ciencia, es decir, el poder de representarse todos los fenómenos observables como casos particulares de un solo hecho general, implica la idea de alguna existencia última á la cual se refiere ese hecho único, y la creencia en esa existencia última, constituye un estado de la conciencia, idéntico á los otros dos."

Proposicion de Comte.—"Considerando como absolutamente inaccesible y vacía de sentido para nosotros, la investigacion de lo que se llama *causas*, sea primeras ó finales." (P. 14.)

Proposicion de Spencer.—"Aunque al extenderse nuestras generalizaciones, reducen para nosotros el número de las causas, y hacen las concepciones que de ellas tenemos más y más indefinidas; aunque al reducirse las causas múltiples á una causa universal, cesan de poder ser representadas al espíritu, para el cual se suponen no ser ya comprensibles; sin embargo, la idea de causa permanece al fin como al principio, dominante é indestructible en el pensamiento. El sentimiento y la idea de causa no pueden destruirse sino destruyendo la conciencia misma." (*Primeros principios*, § 25, p. 526.)

Aquí se encuentra una nota de M. Spencer, que consideramos de la mayor importan-

(*) Esta manera de explicar la idea de Dios por vía de generalizacion, coincide con la teoría de Locke que queria sacar por vía de adicion lo infinito de lo finito. Lo falso de estas doctrinas revela la impotencia del sensualismo, que quiere reducirlo todo al conocimiento sensible.

cia. Dice así: "Diráse tal vez que el mismo M. Comte admite que probablemente no se alcanzará nunca lo que llama la perfeccion del sistema positivo, y que lo que condena es la investigacion de la *naturaleza* de las causas y no la creencia general en una causa. A lo primero respondo que, segun mi manera de entender á M. Comte, el obstáculo á la perfecta realizacion de la filosofía positiva, es la imposibilidad de llevar las generalizaciones bastante léjos para reducir todos los hechos particulares á un sólo hecho general, no á la imposibilidad de destruir la idea de causa. A lo segundo respondo que, el principio fundamental de su filosofía es la profesion de ignorancia respecto de la causa en general. Porque si no es así ¿qué viene á ser la supuesta *diferencia entre la perfeccion del sistema positivo y la perfeccion del sistema metafísico?* Y séame permitido observar aquí, que al afirmar todo lo contrario de lo que M. Comte afirma, *estoy excluido de la escuela positiva.* Si hay que admitir su própia definicion del positivismo, como segun yo, lo que él llama positivismo es de una imposibilidad absoluta, *es claro que yo no puedo ser lo que él llama un positivista.*"

Proposicion de Comte.—"...... No me creeré nunca en la necesidad de probar á los lectores de esta obra, que las ideas gobiernan y trastornan el mundo, ó en otros términos, que todo el mecanismo social reposa al fin sobre opiniones. Ellos saben, sobre todo, que la gran crísis moral y política de las sociedades actuales, depende en último análisis, de la anarquía intelectual." (P. 48.)

Aquí nos encontramos desde luego con la siguiente nota, no ménos instructiva que la anterior. "Un crítico me objeta amistosamente que M. Comte no está lealmente representado por esta cita, y que es condenado por su biógrafo M. Littré, por haber insistido demasiado sobre el sentimiento, considerándole como el móvil de la humanidad. Si en su *Política positiva,* á la que presumo que se hace aquí alusion, M. Comte abandona los principios que emitió al principio, tanto mejor; pero yo hablo aquí de lo que se conoce como *Filosofía positiva*; y lo que prueba que el pasaje citado arriba, representa tal como es la doctrina de M. Comte, es el hecho de que esta doctrina se ve reproducida al principio de la *Sociología.*" Aquí ya no solo Littré condena á Comte, sino que el mismo Comte se desmiente á sí mismo. ¡Admirable homogeneidad de la doctrina positivista!

Proposicion de Spencer.—"Las ideas no gobiernan ni trastornan al mundo: el mundo se gobierna ó trastorna por los sentimientos, á los que las ideas solo sirven de guías. El mecanismo social no reposa al fin sobre opiniones, sino casi enteramente sobre el carácter. No la anarquía intelectual, sino el antagonismo moral, es la causa de las crísis políticas. Todos los fenómenos sociales se producen por el conjunto de los sentimientos y de las creencias humanas: en gran parte son determinados de antemano los sentimientos, miéntras que las creencias lo son generalmente despues. Las pasiones de los hombres son ante todo hereditarias; pero sus creencias son en general adquiridas, y dependen de las circunstancias en que se encuentran colocados. Ahora, entre esas circunstancias, las más importantes dependen del estado social, que depende á su vez de las pasiones dominantes. El estado social, poco importa la época, es resultado de las ambiciones, de los intereses, de los temores, de las iras, de las simpatías de todos los ciudadanos que han vivido y de los que viven todavía. Las ideas que tienen acogida en ese estado so-

cial, deben por término medio, estar de acuerdo con los sentimientos de los ciudadanos, y en consecuencia, estar de acuerdo por término medio con el estado social que sus sentimientos han producido. Ideas enteramente extrañas al estado social, no pueden desarrollarse, y si se introducen de fuera, no pueden ser aceptadas, ó si lo son, desaparecen luego que desaparecen los sentimientos que las han hecho aceptar. Por consiguiente, aunque las ideas avanzadas, establecidas una vez, influyen sobre la sociedad y sus progresos ulteriores, sin embargo, el establecimiento de tales ideas depende de la aptitud de la sociedad para recibirlas. Prácticamente, el carácter nacional y el estado social determinan las ideas que deben tener acogida: no son éstas las que determinan aquellos. La modificacion de la naturaleza moral de los hombres, producida gradualmente por la accion continua de la disciplina de la vida social, es la principal causa inmediata del progreso de las sociedades." *(Estática social,* c. XXX.)

Proposicion de Comte.—"No debo olvidar el indicar de antemano, como una propiedad esencial de la escala enciclopédica que voy á proponer, su conformidad general con el conjunto de la historia científica, en el sentido de que, no obstante la simultaneidad real y continua del desarrollo de las diferentes ciencias, las que se clasifiquen como anteriores, serán en efecto más antiguas y constantemente más avanzadas que las presentadas como posteriores." (P. 84.)...... Este órden se determina por el grado de simplicidad, ó lo que viene á ser lo mismo, por el grado de generalidad de los fenómenos." (P. 87.)

Proposicion de Spencer.—"El órden en que tienen lugar las generalizaciones de la ciencia, se determina por la frecuencia y la fuerza con que diferentes clases de fenómenos se repiten para nuestra experiencia consciente; y esto depende: en parte, *de las relaciones más ó ménos directas de esos fenómenos con nuestro bienestar personal*; en parte, *de la importancia de uno ú otro de los dos fenómenos, entre los cuales percibimos una relacion;* en parte, *de la frecuencia absoluta;* en parte, *de la frecuencia relativa con que los fenómenos se presentan;* en parte, *de su grado de simplicidad,* y en parte, *de su grado de abstraccion."* *(Primeros principios,* 1ª ed., § 36.)

Proposicion de Comte.—"En definitiva, la matemática, la astronomía, la física, la química, la fisiología y la física social: tal es la fórmula enciclopédica, que entre el grandísimo número de clasificaciones que permiten las seis ciencias fundamentales, es la única lógicamente conforme con la jerarquía natural é invariable de los fenómenos." (P. 115.)

Proposicion de Spencer.—"El órden en que M. Comte coloca las ciencias, no es lógicamente conforme con la jerarquía natural é invariable de los fenómenos, ni hay órden serial cualquiera, en que puedan ser colocadas, que represente la dependencia lógica de los conocimientos ó de los fenómenos." (Véase el *Génesis de la ciencia.)*

Proposicion de Comte.—"Concíbese, en efecto, que exigiendo el estudio racional de cada ciencia fundamental, el cultivo prévio de todas las que le preceden en nuestra jerarquía enciclopédica, no ha podido hacer progresos reales ni tomar su verdadero carácter, sino despues de un gran desarrollo de las ciencias anteriores, relativas á fenómenos más generales, más abstractos, ménos complicados é independientes de los otros. En es-

te órden, pues, ha debido tener lugar la progresion, aunque simultánea." (P. 100.)

Proposicion de Spencer.—"El desarrollo histórico de las ciencias no ha tenido lugar en ese ni en cualquiera otro órden serial; no hay *verdadera filiacion* de las ciencias. Desde el principio, las ciencias abstracto-concretas y las ciencias concretas, han progresado juntas: las primeras, resolviendo los problemas presentados por las segundas y las terceras, y desarrollándose sólo por la solucion de los problemas; las segundas desarrollándose tambien al concurrir con las primeras á la solucion de los problemas presentados por las terceras. Durante todo el período de su progreso, ha habido accion y reaccion continuas entre las tres grandes clases que forman, progreso de los hechos concretos á los hechos abstractos, y en seguida, aplicacion de los hechos abstractos al análisis de nuevas clases de hechos concretos." (Véase el *Génesis de la ciencia.*)

"Tales son, añade Spencer, los principios que han servido á M. Comte para la organizacion de su filosofía. Hágase abstraccion de esas verdades generales, reconocidas ántes de él, y que son propiedad comun de todos los pensadores modernos, y no quedan más que esas doctrinas generales que distinguen y caracterizan su sistema, sobre cada una da las cuales estoy en desacuerdo con él. A cada proposicion opongo una proposicion del todo diferente, ó una negacion directa; y lo que hago ahora, lo he hecho siempre, desde que tuve conocimiento de sus escritos." Siguiendo el mismo órden pasa á señalar otros puntos de desacuerdo y que forman parte esencial del sistema. Hélos aquí:

—"El orígen de los séres orgánicos es una cuestion que M. Comte pone en el número de las especulaciones ociosas, pues asienta realmente de hecho que las especies son inmutables."

"Segun yo, esta cuestion puede resolverse, y lo será tarde ó temprano. La parte de la biología que trata del orígen de las especies, me parece la más importante, y á la que están subordinadas todas las demás; porque de la solucion que dé la biología á este problema, debe depender enteramente nuestra concepcion de la naturaleza humana, considerada en el pasado, en el presente y en el porvenir; deben depender nuestras teorías de la inteligencia y de la sociedad."

—"La más importante de todas las partes de la psicología, la que consiste en el análisis subjetivo de nuestras ideas, es considerada por M. Comte como absolutamente imposible."

"En mi obra intitulada *Principios de psicología*, cuya mitad es subjetiva, he expresado con fuerza mi creencia en una ciencia subjetiva del espíritu."

—"Segun M. Comte, la sociedad más perfecta es aquella en que el *gobierno* ha alcanzado su mayor desarrollo; en que las distintas funciones están, mucho más de lo que están ahora, sometidas á una reglamentacion pública; en que la jerarquía, fuertemente organizada y armada de una autoridad reconocida, dirija todas las cosas; en que la vida individual esté subordinada en gran parte á la vida social."

"Segun yo, al contrario, el ideal hácia el que nos encaminamos, es una sociedad en que el *gobierno* se disminuye y la libertad se aumenta tanto cuanto sea posible; en que la naturaleza humana se modela por la disciplina social á la vida civil, de manera que haga inútil toda represion exterior y deje á cada uno dueño de sí mismo; en que el ciu-

dadano no sufra ninguna traba á su libertad, excepto la que es necesaria para asegurar á los otros una libertad igual; en que la cooperacion espontánea que ha desarrollado nuestro sistema industrial, y que sigue desarrollándolo con una actividad siempre creciente, cree agencias para el ejercicio de casi todas las funciones sociales, y no deje más empleo á la accion oficial de otro tiempo, que el de amparar la libertad y hacer posible esa cooperacion espontánea; en que el desarrollo de la vida individual no tenga otros límites que los impuestos por la vida social, y en que ésta no tenga otro objeto que el de asegurar el libre desarrollo de la vida individual."

—"No admitiendo M. Comte en su filosofía la idea y el sentimiento de una causa que se manifiesta á nosotros bajo todos los fenómenos, y reconociendo, sin embargo, la necesidad de una religion que tenga un objeto propio, da por objeto á esta última la humanidad. Esa vida colectiva (de la sociedad) es en el sistema de M. Comte el *Sér Supremo* el solo sér que podemos conocer, y por consiguiente, el solo que podemos adorar."

"Yo concibo, por el contrario, que el objeto del sentimiento religioso continuará siendo lo que ha sido siempre, el orígen desconocido de las cosas. Miéntras las *formas* bajo que los hombres tienen conciencia de la causa desconocida de las cosas, cambian y desaparecen, la *sustancia* que está en el fondo de ese fenómeno de conciencia, permanece siempre la misma. Principiando por la concepcion de agentes imperfectamente conocidos, pasando en seguida á la concepcion de agentes cada vez ménos conocidos y ménos susceptibles de ser conocidos, y llegando por fin á la *concepcion de una causa universal reconocida como absolutamente inconocible*, (*) el sentimiento religioso ha alcanzado el objeto en que no debe nunca cesar de ocuparse. Llegado al fin de sus evoluciones, al Infinito Inconocible, como objeto de contemplacion, ese sentimiento no puede ya, so pena de retrogradar, volver á tomar por objeto de contemplacion, un Finito Conocible como la humanidad."

Despues de esto, M. Spencer hace notar que hay todavía otros muchos puntos sobre los cuales está en completo desacuerdo con A. Comte, que no menciona por brevedad, y luego se detiene á examinar algunas circunstancias que pudieron dar orígen á la opinion que le supone discípulo del filósofo francés, fijándose especialmente en su primera obra, *Estática social*, cuyo título habia sido empleado por Comte; pero al fijar el sentido de estas palabras, se ve que no existe relacion ninguna en las ideas, por lo que agrega H. Spencer: "Además de la diferencia en la concepcion general de lo que constituye la estática social, la obra á la que he dado ese título es casi en todo radicalmente opuesta á

(*) *La concepcion de una causa universal reconocida como absolutamente inconocible*, es una proposicion contradictoria en sus mismos términos, como se demuestra en el siguiente pasaje de Fabre, en que se refuta una proposicion semejante: "Condillac asienta un absurdo, cuando se imagina poder "demostrar que no tenemos la idea del infinito. . . . " La sola enunciacion de su tésis echa por tierra toda la demostracion que pudiera hacer, puesto que al decir: "no tengo idea del infinito" prueba al mismo tiempo, y á pesar suyo, que tiene esa idea. Porque, ó sabe lo que dice, ó no lo sabe. En el primer caso, tiene la idea del infinito, puesto que es evidente que para demostrar la verdad ó falsedad de una proposicion, se necesita al ménos percibir sus términos Tiene, pues, la idea del infinito. En el segundo caso, no sabria lo que dice; pronunciaria palabras al azar, y no llegaria, por consiguiente, á ninguna demostracion."

las doctrinas de M. Comte. Léjos de pensar como él, que la reorganizacion debe tener lugar por la filosofía, yo sostengo que no se verificará sino por los efectos acumulados del hábito sobre el carácter, debiendo restringirse en vez de extender la accion de la autoridad sobre el ciudadano, pues el ideal á que hay que aspirar, no es un nacionalismo, sino un individualismo más decidido. Mi creencia política es tan profundamente diferente de la de M. Comte, que ha sido señalada, si no me engaño, por uno de sus principales discípulos ingleses, como la creencia por la cual tiene mayor aversion. Hay, sin embargo, un punto por el cual nos acercamos; la analogía entre el organismo individual y el social, entrevisto por Platon y por Hobbes.... Con excepcion de esta semejanza, del todo insignificante, el contenido de la *Estática social* es de tal manera diferente de la filosofía de M. Comte, que creo que sin el título, mi obra no habria hecho pensar nunca en la suya, á ménos que no fuese por un efecto de esa ley de la asociacion de las ideas que reune las contrarias.»

Lo que antecede basta para quedar convencidos de que entre Comte y Spencer median diferencias tan radicales y profundas, que no pueden de ninguna manera ser considerados como representantes de la misma doctrina filosófica, y que confian demasiado en la ignorancia de sus lectores, quienes los citan simultáneamente en apoyo de sus teorías. Nó es esta la ocasion de entrar en el exámen sobre el valor respectivo de las ideas de ámbos escritores; pero por lo expuesto creemos poder decir que si Spencer es un pensador más profundo, Comte es más consecuente con sus principios, poniendo por lo mismo más de bulto el vicio radical de su sistema. Por lo demás, estas contradicciones, este antagonismo entre autores que adoptan la misma base, que establecen el mismo punto de partida y emplean el mismo método en la construccion de sus sistemas filosóficos, están probando que esa base, ese punto de partida y ese método, adolecen de un vicio radical, el de ser inadecuados al objeto á que se aplican. En efecto, el método científico, el método experimental, excelente para las ciencias de observacion en que se estudia simplemente lo que es, no puede ser aplicable á las ciencias filosóficas y morales, en que se establece lo que debe ser; eliminar las concepciones *a priori* para construir luego *a posteriori* las ciencias que en ellas se fundan, es una empresa radicalmente defectuosa, que léjos de producir resultados *positivos*, no puede engendrar mas que lo que estamos viendo; una anarquía intelectual que deja la puerta abierta al ateismo, al escepticismo, al materialismo, á todos los sistemas negativos que representan el estado patológico de la filosofía.

J. M. Vigil.

REVISTA DE PERIODICOS.

El *Positivismo* se hace cargo de lo que dijimos sobre su impugnacion del discurso del padre Félix, ofreciendo terminar en el próximo número. Aunque en rigor deberiamos aguardar que concluyera su artículo, para emitir las observaciones que nos sugiriese, la circunstancia de ser bastante largos los períodos en que aparecen tanto la publicacion de nuestro colega como la nuestra, y la distincion entre las mismas materias que se tratan, nos hacen decir ahora algunas palabras sobre lo publicado. Nuestro colega comien-

za de este modo: "Esta publicacion, (*La Revista Filosófica*) acude en su número 3 á la defensa del padre Félix, refutado por nosotros; hace suyos los cargos que el predicador francés dirigió á nuestro sistema filosófico, y para comenzar su réplica nos dirige uno nuevo," etc. Aquí debemos hacer desde luego una ligera rectificacion: nosotros no hemos acudido á la defensa del padre Félix, ni hemos hecho nuestros los cargos que dirigió contra el positivismo: la parte que dedicamos á la revista de periódicos, tiene por objeto dar á conocer en compendio los escritos filosóficos más notables publicados por la prensa periódica, emitiendo al mismo tiempo nuestro humilde juicio. Tratándose del discurso del padre Félix, cuya importancia no puede negarse, sean cuales fueren las convicciones que se tengan, no debimos pasar en silencio la única impugnacion de carácter sério que hasta hoy ha dado á luz la prensa positivista, y para esto teniamos que exponer brevemente los argumentos aducidos, apreciar su valor lógico con entera imparcialidad, y resumir en seguida nuestra opinion, como lo hicimos en los siguientes términos: "Por lo dicho puede verse que la impugnacion del *Positivismo* deja en pié los argumentos del padre Félix, y que si se quiere atacarle con buen éxito, hay que adoptar otro camino, comenzando nuestro colega por fijar bien su posicion, es decir, estableciendo con claridad la escuela positivista á que pertenece." Parécenos que estas palabras son bastante explícitas: nosotros no hemos dicho que los argumentos del discurso sean *irrefutables;* lo que hemos asentado es que no han sido refutados, que se los ha dejado en pié, agregando esta observacion que equivale casi á un consejo amistoso; adoptar otro camino, para atacar con buen éxito, comenzando por establecer con claridad la escuela positivista á que el impugnador pertenece. La cuestion queda, pues, reducida á lo siguiente: Los argumentos empleados contra los del predicador francés, no satisfacen; dejan subsistentes los del último. ¿No lo cree así nuestro colega? ¿Piensa lo contrario? ¿Opina que no necesita adoptar otro camino, ni fijar su posicion en medio del conflicto de contradicciones positivistas? ¿Supone, en suma, que ha logrado su objeto, es decir, que ha destruido de arriba abajo toda la argumentacion del elocuente jesuita, sacando su predilecto sistema, ileso de los terribles ataques que se le dirigieron desde el púlpito de Nuestra Señora?.... Entónces aquí deberiamos doblar la hoja, porque tratándose de simples apreciaciones, nosotros no turbariamos á nuestro colega en la posesion de una dulce creencia que es á nuestros ojos errónea; pero el ilustrado escritor á quien contestamos, debe reflexionar que no se trata simplemente de su modo de ver ó del nuestro; no se trata de sostener una opinion preconcebida, porque en ello se interese más ó ménos el amor propio; sino que hay una tercera persona que juzga con entera frialdad, el público inteligente; y que si por casualidad resultara fundado lo que nosotros hemos dicho, todas las satisfacciones subjetivas del redactor del *Positivismo,* no podrian desviar el golpe terrible dirigido contra su escuela por el hábil jesuita, es decir, que esa escuela quedaria irremisiblemente perdida en la opinion pública, porque se diria que su más diestro campeon era impotente para defenderla, lo cual haria nacer la vehemente presuncion de ser una causa perdida.

Hechas estas aclaraciones que ponen las cosas en su verdadero lugar, exonerándonos del papel de defensores ó impugnadores y restringiéndonos al modesto que hemos adoptado de simples expositores, veamos lo que dice el *Positivismo* contra las opiniones que

emitimos sobre su refutacion. Nosotros consignamos como un dato prévio, que el positivismo está muy-léjos de presentar en su parte orgánica un todo compacto y homogéneo, pues hallándose conformes sus partidarios en ciertas negaciones, sepáranse por diferencias profundísimas luego que se trata de construir la ciencia. Véase lo que se contesta: "Esas negaciones de que habla la *Revista*, se refieren á la existencia de las causas primeras y de las finales que há tiempo se nos acusa de negar; ¿cómo harémos comprender á nuestro colega y á otras publicaciones de su género que nosotros no negamos esas cuestiones, que nos limitamos simplemente á no tratarlas? Para aceptar una tésis, así como para rechazarla, es fuerza ser movidos por pruebas de incontestable legitimidad, y tratándose de lo que la escuela escocesa denominó causas eficientes, los positivistas han sostenido siempre que ni la opinion que les afirma bajo tal ó cual forma, ni la que las niega en la misma forma, cuentan con argumentos sin réplica que les presten un apoyo firme. *La Revista* sabe ó debe saber...... que no afirmar no es siempre negar, pues que entre esos dos extremos de la creencia cabe una situacion intermedia de nuestro espíritu, la de abstenerse de tratar la cuestion, la de declararse incompetente para resolverla, y esa situacion es precisamente la que los positivistas han adoptado acerca de las causas primeras." Aquí notará el lector que el *Positivismo* supone que las negaciones de que hablamos, se refieren sólo á la existencia de las causas primeras y finales, y que en seguida asegura que en su escuela ni se afirman ni se niegan dichas causas, sino que simplemente se eliminan, encerrándose en una abstencion absoluta. Tal suposicion no es enteramente exacta, porque nosotros nos referimos á todas las negaciones sensualistas que forman la base comun del positivismo; pero fijándonos en el punto especial que adopta nuestro colega, fácil es penetrar en el verdadero significado de esa abstencion, que parece reducirse á un escepticismo sistemático. Hay, sin embargo, algo más; esa supuesta abstencion envuelve realmente una negacion, y si no, ¿en qué se funda? En que la indagacion de causa es "absolutamente inaccesible y vacía de sentido para nosotros," segun las propias palabras de A. Comte. ¿Y puede considerarse como acto de abstencion el declarar de una manera tan terminante que toda indagacion de causa es absolutamente inaccesible y vacía de sentido? Se dirá tal vez que la abstencion se refiere á la realidad objetiva de la causa; pero, ¿qué valor puede tener entónces ese acto de escepticismo, cuando lo que se niega es precisamente su valor subjetivo, y lo que es inaccesible para el espíritu es como si no existiera para él? En resúmen, el positivista podrá decir que su abstencion recae sobre la existencia real de la causa, pero esta abstencion se apoya en la negacion de que seamos capaces de conocerla, en otras palabras, esa abstencion no es mas que una verdadera negacion.

Nuestro colega da poca importancia á las divergencias que existen entre los positivistas, y le basta que haya una base comun, formada del conjunto de negaciones á que nos hemos referido, para considerar que las doctrinas divergentes de su escuela, forman un todo compacto y homogéneo. Reducido, segun sus mismas palabras, á una simple forma, vacía de todo valor específico, en el positivismo podrán caber las doctrinas más opuestas y contradictorias, sin turbar por eso lo compacto y homogéneo de la escuela: podrá afirmarse y negarse la idea de causa, podrá afirmarse y negarse la libertad, podrá afirmarse y negarse el déspotismo, podrá afirmarse y negarse todo, siendo siempre positivis-

ta, siendo siempre miembro ortodoxo de una escuela que viene á repetir en nuestro siglo el proloquio de los antiguos sofistas, todo es verdad y todo es mentira. Dispénsenos nuestro colega, pero el deseo de defender su doctrina le ha hecho colocarse en una situacion insostenible. No son los simples caractéres lógicos, sino su significacion doctrinal, lo que constituye las escuelas filosóficas; no son las cualidades abstractas, sino su aplicacion concreta lo que determina el valor científico de una doctrina, pues lo contrario nos llevaría á asimilar y confundir ideas y cosas absolutamente incompatibles. No es este por cierto el sentir de H. Spencer, como puede verlo el lector en el artículo que ahora publicamos, y el filósofo inglés tiene sobrada razon, cuando poniendo de manifiesto su antagonismo con Comte, se despoja del título de positivista, que nuestro ilustrado colega continúa prodigándole en el exceso de su entusiasmo.

El *Positivismo* gasta demasiada tinta para probarnos que *cierta diversidad de opiniones en algunos puntos*, es compatible con la unidad del método y la homogeneidad de una ciencia. Aquí nos permitirémos observar que la diversidad de opiniones entre los positivistas, no es solo sobre ciertas materias secundarias, sino sobre las cuestiones capitales que forman la parte positiva de su construccion sistemática. Además, en los ejemplos que se nos citan, es fácil ver que la ciencia no ha pronunciado su última palabra, puesto que dan orígen á disputas acaloradas entre los sábios; que no son puntos científicamente resueltos, no habiendo entrado por lo mismo en el dominio de la ciencia constituida. Vemos tambien que miéntras no se llegue á la solucion deseada, los hombres de ciencia se dividen en bandos enemigos, pero lo incompatible de esas opiniones, establece por su propia naturaleza la imposibilidad de ser profesadas simultáneamente. Fijémonos en el caso de los *transformistas* y los *no transformistas*: es evidente que la existencia de esos partidos está indicando que se trata de un punto dudoso, de una cuestion que no ha entrado aún al dominio de la ciencia, porque ésta admite sólo conocimientos verdaderos y ciertos; además, si de esas dos opiniones, la una afirma lo que la otra niega, es claro igualmente que no se pueden admitir al mismo tiempo, y que la lucha entre sus partidarios durará miéntras no se llegue á una solucion científica. Ahora bien, esto que es cierto de todas las ciencias, tiene que serlo respecto de lo que Augusto Comte llamó *filosofía positiva*; y como lo que constituye esta filosofía no es sólo la base y el método, sino lo que su fundador construyó sobre esa base y ese método, segun lo observa con mucha exactitud Herbert Spencer; y como esa construccion es la que forma el objeto de disputas interminables entre los que han seguido el camino indicado por Comte, resulta que la filosofía positiva no tiene carácter científico, pues sólo ofrece un conjunto de opiniones discordantes, que no se pueden invocar indiferentemente, como lo hacen nuestros positivistas, sin caer en la más grosera contradiccion.

Hablando de las clasificaciones de las ciencias, hechas por Comte y Spencer, el *Positivismo* comienza por extrañar que no nos hubiésemos detenido sobre el mérito de esas clasificaciones; en seguida nos echa en cara nuestra poca pericia en achaques de organizacion científica, y acaba por afirmar que las diferencias entre las clasificaciones mencionadas son secundarias, y no violan por lo mismo los principios fundamentales en que reposan. En cuanto á lo primero, dirémos únicamente que no se ha tratado ni se trata del valor intrínseco de esas clasificaciones, sino de su desacuerdo, perceptible áun por las per-

sonas que, como nosotros, son *poco duchas* en esas materias. Por lo que hace á las diferencias respectivas, el lector puede consultar el artículo que precede, en el que hallará el paralelo establecido por el mismo Spencer entre sus doctrinas y las de Comte, y juzgará en vista de ello, si las divergencias son tan leves é insignificantes como supone el *Positivismo*. Allí verá tambien lo que pensaba Comte de la psicología, y si es lícito levantarle el falso testimonio de que no la niega, cuando declara absolutamente imposible su parte más importante, el análisis subjetivo de nuestras ideas; así es que la refutacion que sobre éste punto dirigió nuestro colega al discurso del padre Félix, no llega á su objeto, ni debilita en nada nuestra observacion sobre el particular. De aquí se puede inferir que la clasificacion de las ciencias no es todavía una cosa resuelta en el mismo campo positivista, y que mal se puede presentar como una de las gloriosas conquistas con que se ufana aquel a escuela. Una observacion análoga debe hacerse en lo relativo á la *sociología* que el *Positivismo* considera como ciencia creada y constituida: basta ver las divergencias entre Comte y Spencer para persuadirse de lo mucho que nuestro colega dista de la verdad. Restringiéndonos á la ley de los tres estados, ¿cree nuestro contradictor que es ya una verdad científica que seria temerario negar? Y si vemos surgir desde luego dos bandos antagonistas, ¿puede considerarse como constituida la ciencia que se apoya en una base incierta y discutible? ¿Qué diria el Sr. Dr. D. Porfirio Parra si todas las ciencias naturales se compusieran de cuestiones semejantes á la de los *transformistas* y los *no transformistas*?

Nuestro colega tiene de vez en cuando ratos de buen humor, y sólo á esto pueden atribuirse ciertas ocurrencias, como la de suponer que consideramos el método de observacion bueno en sociología, nada más porque dijimos que ese método no es obra del positivismo. Ocioso seria detenernos en averiguar lo que pudo dar orígen á suposicion tan extraña; pero lo que sí merece la atencion es el gran mérito que se atribuye á la escuela positivista por la aplicacion de ese método á las ciencias sociales. Nuestro colega, que no se cansa de abrumarnos con su erudicion científica, cita á este propósito multitud de casos en que sábios eminentes han prestado inmensos servicios á la ciencia, extendiendo un descubrimiento á objetos nuevos y diversos de aquellos en que se hizo. Es verdad, y nuestro colega tiene muchísima razon en lo que dice, nada más con esta pequeña limitacion: que la aplicacion del descubrimiento á objetos nuevos y diversos, dé un resultado efectivamente grandioso y fecundo para la ciencia, como en los casos de Newton, de Bichat, de Laplace y demás que se traen á cuento. Pero ¿se encuentra en este caso la aplicacion que el positivismo ha hecho del método experimental á las ciencias filosóficas? Búsquese la respuesta en los resultados; pues aun cuando nuestro colega no dé importancia ninguna al valor concreto de éstos, ese valor es, sin embargo, lo único que puede probar la recta aplicacion del método. Aquí se palpa el vicio radical en que se apoya toda la artificiosa argumentacion que se extiende desde el principio hasta el fin del largo artículo que nos dedica el *Positivismo*. No pudiendo negar las contradictorias opiniones que reinan en la escuela, se busca la homogeneidad en el método experimental, presentándonos luego la aplicacion de éste á las ciencias filosóficas como el gran descubrimiento de Comte; pero, ¿no percibe el Sr. Dr. Parra que esas contradicciones, esa anarquía que afecta desdeñar, están demostrando claramente lo falso de la aplicacion? ¿No ha advertido que al discurrir de este modo comete una peticion de principio dando por supuesto lo mismo que se discute, la legitimidad del método, y que faltando á su pocedimiento, establece *a priori* una teoría que es luego desmentida por los hechos? Si alguna duda pudiera caber sobre la inconsistencia de la escuela positivista, su órgano más caracterizado ha venido á disiparla enteramente, pues con sus esfuerzos ha probado de sobra que el positivismo se reduce á la falsa aplicacion de un método, y que desmintiendo su título, no hay que aguardar de él ningun resultado positivo para las ciencias que aspira á constituir. El señor doctor sabe perfectamente que en materia de ciencias, lo mismo que en todas las cosas, no bastan las tentativas por audaces que sean para asegurar una gloria duradera, sino que es preciso que el buen éxito venga á coronarlas, y hasta ahora no puede lisonjearse de que tal sea la suerte reservada á la concepcion de Comte, como lo prueba satisfactoriamente Spencer. Si todas las ciencias na-

turales estuvieran reducidas á cuestiones como la de los *transformistas y no transformistas*, podria decirse con plena razon que no eran tales ciencias, pues éstas no se componen de hipótesis y teorías contradictorias, que es á lo que queda reducido el positivismo por la confesion de su órgano más autorizado. El trabajo de nuestro colega, cuya sutil elaboracion revela un talento incontestable, ha acabado por dar el triunfo al padre Félix, quien debe estarle en gran manera agradecido por la eficaz cooperacion que le ha prestado en su propaganda anti-positivista, pues si la primera refutacion dejó en pié los argumentos del jesuita, la defensa que de aquella ha hecho el *Positivismo*, les ha dado tal grado de fuerza, que los comenzamos á creer irrefutables.

Con el título de *La filosofía positiva y la Constitucion de 57*, publicó la *Libertad* un artículo, dividido en dos partes: en la primera establece que si hay antagonismo entre la filosofía positiva y la Constitucion de 57, no es este un motivo para que deje de enseñarse aquella en las escuelas del Estado; porque lo que debe hacerse en tal caso, es corregir la Constitucion de acuerdo con el positivismo, puesto que una constitucion política debe subordinarse á una sana filosofía y no viceversa. Deja entenderse que aquí la filosofía *sana* es el positivismo. En la segunda parte, se desecha la hipótesis del mencionado antagonismo y se establece que no existe ninguna pugna entre la filosofía positiva y la Constitucion. Esta segunda parte reposa en una suposicion enteramente gratuita: el antagonismo existe realmente; no es una ficcion inventada por los enemigos del positivismo, sino una verdad repetida mil veces y en todos tonos por los más fervientes sectarios de la escuela, en ese mismo periódico que el Sr. D. Jesus M. Palacios escogió para dar á luz su artículo. Entre las muchas pruebas que pudiéramos dar, citarémos una sola de fecha reciente. En un artículo editorial, publicado en la *Libertad* del 23 de Febrero último, y firmado por el director político de aquel periódico, se lee, entre otras cosas, lo siguiente:

"La fundacion de la Escuela Preparatoria, bajo el régimen científico ideado por el ilustre Barreda es, á nuestro sentir, monumento mil veces más glorioso, y de seguro más duradero, que *esa aglomeracion de metafísica y de música celestial que se llama la Constitucion de 1857*." Ahora, sabe el Sr. Palacios que para un positivista, la palabra *metafísica* significa conjunto de imbecilidades y absurdos que solo merecen el desprecio *trascendental*, y que no puede bajo ningun aspecto conciliarse con ese resúmen del saber humano que se llama positivismo; claro es, pues, que el antagonismo entre esta escuela y la ley fundamental del país, tiene que ser radical y absoluto. Queda por lo mismo la otra cuestion, si existiendo tal pugna puede enseñarse la filosofía positiva en las escuelas del Estado. Para resolver este punto, no hay necesidad de indagar hasta qué grado es permitido calificar de *sana* una filosofía que conduce al ateismo y al materialismo; pues basta fijarse en que la Constitucion, buena ó mala, es la ley suprema de la Nacion; que todas las autoridades y empleados de la administracion, están en el estricto deber de cumplirla y hacerla cumplir, y que no es el mejor medio de llenar ese deber absoluto, el enseñar en los establecimientos oficiales, doctrinas que arrojan la befa y el descrédito sobre una Constitucion que parece contar hasta ahora con la adhesion del pueblo mexicano, á pesar de las magistrales decisiones de los señores positivistas. Si el Sr. Palacios cree que *esa aglomeracion de metafísica y de música celestial* es susceptible de ser corregida conforme á las doctrinas de Comte ó de Spencer, puede proponer las reformas, y una vez admitidas, prévias las formalidades prescritas por nuestro derecho público, las puertas de de todas las escuelas del Estado quedarán abiertas de par en par á la *sana* filosofía, cuya influencia benéfica ha sido hasta hoy desconocida por todos los gobiernos del mundo.

La misma *Libertad* trae otro artículo humorístico, intitulado: *Los anti positivistas*, en que á vueltas de chistes y agudezas, cuyo mérito no es del caso calificar, se nos quiere hacer caer en la grosera contradiccion, debida sin duda á nuestra ignorancia, de haber ofrecido reproducir el notable discurso del padre Félix, siendo así que en dicho discurso se encuentran estas palabras: "Si nos hablais de esa metafísica presuntuosa, *hipotética* y llevada á la quinta esencia que más allá del Rhin se ocupa en construir *a priori* á Dios, al mundo y á la naturaleza, entónces os dejamos en buena hora esa metafísica hueca." Ahora bien, como nosotros hemos seguido en nuestras lecciones de ló-

gica el método de Tiberghien, que es el de Krause, y como este filósofo es un metafísico de más allá del Rhin, resulta que hemos prohijado un anatema que nos hiere directamente. Advertirémos ante todo al ingenioso Abulcasis que bien se puede, sin caer en contradiccion, adoptar en lo general un escrito aun cuando no se esté de acuerdo con algunas ideas; la homogeneidad no es la identidad, ha dicho con mucho acierto el Sr. Dr. D. Porfirio Parra; pero no es este el caso presente: ¿sabe el ingenioso escritor á qué metafísica se refiere el padre Félix? ¿Piensa que más allá del Rhin hay solamente una metafísica? Pues sepa que la metafísica condenada por el elocuente jesuita, es precisamente la misma que condena Krause, y para que se le quite todo escrúpulo, allá van esas palabras del *nebuloso* Tiberghien: "Si se comienza por Dios, ántes de que las fuerzas del espíritu estén suficientemente ejercitadas, se detendrá en una nocion vaga, arbitraria, mezclada de errores: se expondrá á falsear todo el sistema de la filosofía, porque se habrá puesto como base del edificio, una *hipótesis* ilegítima. La menor imperfeccion en el principio se traducirá por una série de inconsecuencias que repugnan al sentido comun. Es lo que nos enseña entre otros, el ejemplo de Schelling y de Hegel, que siguen las huellas de Spinoza." Esperamos que despues de esto el docto Abulcasis comprenderá que Krause. Hegel y Schelling son personas distintas, y que la circunstancia de ser de más allá del Rhin, no imprime un sello de identidad en todos los filósofos alemanes.

El Centinela Católico ha comenzado una série de artículos destinados á combatir el positivismo, y otra, bajo el título de "La filosofía racionalista" cuya introduccion se ha publicado, indicando el objeto que se propone de atacar al racionalismo aleman, sustituido al positivismo en los planteles oficiales, á pesar de ser éste "una derivacion lógica del sistema hegeliano," añadiendo que el sistema á que alude "da nociones inexactas sobre Dios, sobre el hombre, y estas perniciosas ideas vician por completo el sistema moral y político." Debemos hacer sobre esto algunas rectificaciones. Desde luego prescindimos de la cuestion sobre el íntimo parentesco que establece nuestro colega entre el hegelianismo y el positivismo, y decimos simplemente que las doctrinas que forman hoy la base de la enseñanza filosófica en la Escuela Preparatoria, son muy distintas de las que constituyen el primero de dichos sistemas. Tal vez el *Centinela Católico* no esté de acuerdo enteramente con tales doctrinas, pero sí creemos poder asegurar que las nociones que dan sobre Dios y sobre el hombre, nada tienen de perniciosas, y que por lo mismo, en nada vician su sistema moral y político. Quien esto escribe comprende la delicada tarea que desempeña en la cátedra que sirve, y ni un solo momento ha perdido de vista el carácter que imprimen á un establecimiento oficial, las instituciones que nos rigen; así es que, encerrado estrictamente en el círculo de la filosofía, jamás ha emitido ideas que pudieran herir en lo más mínimo cualquiera creencia religiosa, y abriga la conviccion de que ninguno de los alumnos que han concurrido ó concurren á dicha cátedra, ha sacado de ella el gérmen de sentimientos perniciosos en moral ó en política. Por lo demás, manifestarémos á nuestro apreciable colega, que tenemos el propósito de ir publicando artículos encaminados á desvanecer ciertas prevenciones, que por diversos motivos abrigan algunas personas contra la actual enseñanza filosófica en la Escuela Preparatoria, y aunque no alimentemos la esperanza de convertir á todo el mundo y atraerle á nuestras ideas, sí creemos que se modificará profundamente la opinion de los que ven en ellas algo que contamine el corazon de la juventud, con errores perniciosos en la moral y en la política.

El mismo colega ha continuado sus interesantes artículos contra el positivismo; en uno de ellos se encuentra el siguiente pasaje de Bonniot: "Que se nos permita una comparacion para poner más claro aún el triple modelo (de pensar). La naturaleza es un hábil prestidigitador que sin cesar hace prodigios en una escena inmensa. Los espectadores, maravillados, se preguntan unos á otros, ¿cómo se verifica todo esto? Hay un *compadre* oculto, dicen unos: estos son los teólogos. Vamos, pues, dicen otros, ¿no comprendeis que todo esto se mueve y agita por ciertos resortes secretos? Esta es la explicacion de los metafísicos. En esto llegan los positivistas y dicen: Buenas gentes, vosotros no entendeis nada; no hay ni compadres ni resortes.—¿Pues qué hay entónces?—Hay lo que hay: he aquí todo." La respuesta no puede ser más filosófica ni más satisfactoria.—J. M. VIGIL.

LA ANARQUIA POSITIVISTA.

II.

A. COMTE, J. STUART MILL Y E. LITTRÉ.

Entre los grandes maestros de la filosofía positiva aparecen en primera línea Stuart Mill y Littré, á quienes nuestros positivistas profesan un respeto igual al que tienen por Comte y Spencer; así hallamos citados los nombres de estos filósofos en los escritos consagrados á la defensa de la nueva escuela, como se citan autoridades puestas fuera de toda discusion. Esta circunstancia puede inducir á error á las personas que no están en los secretos de la doctrina positivista, pues pueden creer, como en efecto creen muchos, que el sistema de Comte posee todas las condiciones de una ciencia constituida, que hay una completa homogeneidad en los elementos que la forman, y que si existen algunas diferencias entre sus adeptos, es sólo sobre cuestiones secundarias, sobre materias de poco momento que en nada alteran lo compacto y bien organizado de la nueva filosofía, de tal suerte, que el término *positivista* designa con toda precision un cuerpo de doctrinas perfectamente ligadas con los principios sobre que se fundan. En nuestro artículo anterior ha quedado completamente desvanecida suposicion semejante por lo que respecta á Comte y Spencer; poquísimo esfuerzo nos ha costado poner de manifiesto que las divergencias que separan á aquellos autores son completas, capitales, y que seria, por lo mismo, hacer el mayor abuso del lenguaje, el señalarlos simultáneamente como representantes de la misma teoría. Débiles é inaceptables de todo punto son las explicaciones que sobre el particular ha dado el órgano más caracterizado del positivismo en México, y no creemos aventurar nada, al decir que despues del eer nuestro artículo, ninguna persona despreocupada podrá considerar como posible el andar al mismo tiempo sobre las huellas de Spencer y de Comte, pues si es cierto que la homogeneidad no es la identidad, no es ménos cierto que la homogeneidad no es ni será nunca la contradiccion.

Tarea no ménos fácil es la que ahora vamos á desempeñar al examinar el desacuerdo entre Stuart Mill y Comte, pues este trabajo ha sido hecho de mano maestra por Littré, uno de los positivistas que más de cerca siguieron al segundo, sin que esto signifique que haya aceptado en todas sus partes las múltiples y no siempre lógicas evoluciones de su pensamiento. Un libro intitulado *Augusto Comte y el Positivismo*, publicado por Mill en Lóndres el año de 1865, y traducido al francés por el Dr. G. Clémenceau, fué el orígen de este debate, memorable en los anales de la filosofía. La manera con que en dicha obra juzgó el escritor inglés á A. Comte y su doctrina, provocó una respuesta de Littré, inserta en la *Revue de deux Mondes*, respuesta interesante y curiosa por más de un título, que tiene para nosotros el mérito inapreciable de manifestar con toda claridad la completa anarquía que reina en el campo positivista. Véase definida en unas cuantas palabras la posicion de ámbos escritores: "Yo soy discípulo de la filosofía positiva, dice Littré; M. Mill es su crítico, crítico muy versado, cuyo modo de pensar vá conforme con ella, pero que, en fin, se disgustaria de que se creyera que le pertenece, pues á sí mismo alude seguramente cuando dice: "Aunque el modo de pensar designa- "do por los términos *positivo* y *positivismo* está muy extendido, las palabras mismas, "como sucede de ordinario, se conocen mejor por los adversarios que por los partidarios, "y más de un pensador que nunca ha dado á sí ni á sus opiniones ese calificativo, guar- "dándose cuidadosamente de confundirse con los que se le dan, se halla á veces con gran "disgusto de su parte, aunque con un instinto bastante exacto, clasificado entre los po- "sitivistas y atacado como tal."" Notarémos aquí una cosa que no carece de originalidad, y es que, tanto Spencer como Mill, rechazan con cierta especie de disgusto el calificativo *positivistas*, miéntras los escritores que entre nosotros han adoptado esa denominacion se empeñan en aplicarla á aquellos filósofos, considerándolos como miembros de su misma familia. ¿En qué puede consistir semejante contradiccion? ¿Acaso nuestros positivistas ignoran las opiniones de los filósofos ingleses? No es posible suponerlo en personas que deben ser bastante instruidas en las doctrinas que defienden. ¿Acaso conociendo esas opiniones, buscan el prestigio de nombres ilustres, aun dando tormento á la verdad de los hechos? Esta es una hipótesis que haria nacer dudas legítimas sobre la rectitud filosófica de dichas personas. ¿Acaso eso de ser ó no ser positivista será considerado como pormenor insignificante, como ténue divergencia que en nada altera la homogeneidad del sistema? El lector imparcial resolverá con su buen juicio si es admisible semejante contrasentido. Sea de esto lo que fuere, continuemos por ahora sin perder la esperanza de llegar á esclarecer tan curioso problema.

Sabido es que Comte consideraba como sus principales precursores á Descartes y á Leibniz, lo que probablemente ha engendrado en nuestros positivistas, el extraño error de contar á aquellos filósofos entre los miembros de su escuela. Distinto fué seguramente el pensamiento de Comte, aunque no por eso quede al abrigo de toda objecion. Mill encuentra puntos de semejanza entre el fundador del positivismo y los filósofos citados, estableciendo un paralelo en los siguientes términos: "Ellos tenian, como él, un poder extraordinario de encadenamiento y de coordinacion; ellos enriquecieron el saber humano con altas verdades é importantes concepciones de método; ellos fueron, entre

todos los grandes pensadores científicos, los más consecuentes, y por esto, con frecuencia, los más absurdos, pues no retrocedieron ante ningunas consecuencias, aunque contrarias al sentido comun, que procedian manifiestamente de sus premisas.» Littré opina que los defectos en que incurrieron Descartes y Leibniz no deben atribuirse á haber sido consecuentes, sino á haber partido de principios falsos; en cuanto á Comte, añade: «Si por espíritu de consecuencia cayó en *enormidades* que pasman al sentido comun, debe concluirse sin vacilar, como sucede con Descartes y Leibniz, que partió de un principio falso; pero, en contra de lo que pasó con esos dos filósofos, lo que le precipitó en las *enormidades* que se le reprochan, es haber sido infiel á su principio y á su método. En Descartes y Leibniz, el principio es responsable de las consecuencias; en M. Comte, las consecuencias son indebidas y el principio permanece intacto.» Aquí la divergencia entre Mill y Littré da lugar á sérias reflexiones: ámbos convienen, á pesar de ser el segundo, discípulo ortodoxo de Comte, que éste cometió *enormidades que pasman al sentido comun*, pero el uno las vé como fruto natural de sus principios, y el otro, como un extravío de esos mismos principios. Limitándonos á exponer simplemente las opiniones de estos escritores, debemos observar, sin embargo, que el sentir de Mill nos parece más ajustado á la verdad filosófica. El paralelo concluye así: «Si hubiéramos de expresar todo nuestro pensamiento sobre M. Comte, le declarariamos superior á Descartes y á Leibniz, si no intrínsecamente, al ménos porque le fué dado desplegar un poder intelectual igual al suyo en un estado más avanzado de la preparacion humana, pero tambien en una edad ménos tolerante de absurdos palpables, y en que, los que ha cometido, sin ser en sí mayores, parecen más ridículos.» Estas duras palabras conmovieron á Littré, que contesta enternecido: «De esta última frase de la obra, la última palabra es *ridículos.* Yo no disputo á M. Mill el derecho de aplicarla á tal ó cual concepcion desgraciada de las que han señalado el fin de M. Comte. Yo no la habria empleado creyendo que esos *absurdos* son más bien patológicos que filosóficos; pero lo que hiere mi sentimiento de equidad y áun de artista, es que esa triste palabra sea la última bajo cuya impresion se deja al lector, y que una frase digna de M. Comte y de M. Mill no eleve al espíritu á las grandezas del hombre y de su obra.» No puede decir un discípulo en términos más corteses, que su maestro ha perdido la razon. Littré reconoce con Mill el derecho de llamar *ridículas* algunas de las concepciones del maestro; lo único que le duele es que esa sea la última palabra con que el filósofo inglés concluye su libro oponiendo á su frase final otra no ménos humillante y despreciativa. Parécenos que este género de defensas no dejaria satisfecho á todo el mundo.

El desacuerdo entre Mill y Littré comienza desde la definicion de la filosofía positiva. Para Littré, la filosofía positiva es «la concepcion del mundo tal como resulta del conjunto sistematizado de las ciencias positivas.» «Esta definicion, añade, que tiene la propiedad de coordinarse con las filosofías teológica y metafísica, tiene sobre todo la eminente propiedad de dividir inmediatamente el mundo en dos partes, una conocida, otra desconocida, lo que forma nuestra situacion real.» A esto agrega un desarrollo que considera implícito en la definicion, y es el siguiente: «Concepcion del mundo por coordinacion de los hechos generales ó verdades fundamentales que á ello conducen, y la

extiendo como debe poder hacerse á las filosofías particulares de las ciencias, diciendo: La filosofía de una ciencia es la concepcion de esa ciencia por coordinacion de los hechos generales ó verdades fundamentales que le pertenecen." Véamos ahora la definicion de Mill: "Admitimos, dice, que la filosofía es, segun la significacion atribuida por los antiguos á esta palabra, el conocimiento científico del hombre en tanto que es sér intelectual, moral y social. Como sus facultades intelectuales contienen la facultad de conocer, la ciencia del hombre contiene todo lo que el hombre puede conocer, en otros términos, toda la doctrina de las condiciones del conocimiento humano." Littré observa que en esta definicion se confunde la filosofía con la lógica general, y luego agrega: "Me es imposible aceptar esa manera de ver y de confundir la lógica y la filosofía. Sé bien que en el pasaje que acabo de trascribir se habla de todo lo que el hombre puede conocer por sus facultades intelectuales, y concederé, si se quiere, que de esa fórmula se pueden hacer salir las ciencias positivas y tal vez su clasificacion; pero no es ménos verdad que al llamar la filosofía estudio del hombre, se extravía el recto camino que Comte ha trazado con seguridad. La filosofía es el estudio general del mundo, ó en términos escolásticos, del objeto; y en ese mundo, en ese objeto, el hombre se encuentra en su lugar, sea como sér viviente, sea como sér social. Poner al hombre á la cabeza de la filosofía, es dar un falso título, si lo único que se quiere es volver despues de un rodeo á la vía objetiva, ó dar un falso método, si en efecto el punto de vista psicológico es aquel de que se parte." Por lo que antecede puede notarse que Littré rechaza el carácter puramente formal que atribuye Mill á la filosofía positiva, y á que parece adherirse nuestro colega el *Positivismo,* quien por este mero hecho se pone en abierta contradiccion con el discípulo de Augusto Comte. Por lo demás, fácil es comprender que en este punto la lógica favorece á Littré contra el filósofo inglés, puesto que el primero, consecuente con los principios sensualistas de las escuelas empíricas, toma por punto de partida el mundo exterior y convierte la psicología en un capítulo de la biología como lo verémos despues.

M. Mill niega á Comte el mérito de ser el primero que dió un carácter positivo á las investigaciones sociológicas, lo cual, entre paréntesis, está en pugna con lo que asientan nuestros positivistas. Hé aquí sus palabras: "No podria negarse que los mejores autores, tratándose de materias que habian ocupado las facultades de tantos hombres de la más alta capacidad, no hayan aceptado tan completamente como M. Comte el punto de vista positivo, y rechazado tan decididamente como él los puntos de vista teológico y metafísico. Montesquieu y áun Maquiavelo, Adam Smith y todos los economistas tanto en Francia como en Inglaterra, Bentham y todos los pensadores iniciados por él, abrigaban la plena conviccion de que los fenómenos sociales se conforman á leyes invariables, siendo su grande objeto descubrirlas é ilustrarlas. Todo lo que se puede decir es que esos filósofos no fueron tan léjos como él en el descubrimiento de los métodos más propios para poner en claro esas leyes." Deja entenderse que Littré es de una opinion enteramente contraria. "Que esos filósofos, replica, hayan concebido como sujetos á reglas los fenómenos sociales, no lo niego; pero esta era una consideracion simplemente hipotética, miéntras no habian sido las leyes efectivamente comprobadas. Que esos filósofos hayan

conocido buen número de hechos positivos, no lo niego tampoco; pero conocer tales hechos, ó conocer la ley fundamental de una ciencia, son dos cosas muy diferentes. Lo que aquí se nota en historia, se ha notado igualmente en química y en biología, en que se han tenido, durante cierto intervalo, hechos positivos sin doctrina positiva, sistematizaciones parciales sin sistematizacion general. El primero que hizo positivas las investigaciones sociológicas es sólo aquel que trasformó una consideracion puramente hipotética en una ley verificada, y dió á los hechos positivos adquiridos, un vínculo que no se habia sospechado miéntras sólo habia habido sistematizaciones parciales. No hay que atribuir á la preparacion lo que no conviene mas que á la constitucion."

Aquí hay que reconocer que Littré tiene razon en términos generales; pero la cuestion no es ésta, no es un simple debate abstracto sobre el carácter distintivo de una ciencia constituida; la cuestion es saber si Comte constituyó realmente la sociología, ó no hizo más que avanzar algo sobre la senda de sus predecesores. En este punto, el disentimiento entre Mill y Littré es absoluto; pues miéntras éste opina por la constitucion definitiva de la sociología, tal como la creó Comte, Mill juzga el trabajo incompleto y defectuoso, le reserva á más amplios informes, y declara que M. Comte no ha hecho nada en sociología que no exija ser hecho de nuevo y mejor. El lector podrá comparar estas opiniones con las de los positivistas mexicanos.

Llegamos á la importante cuestion de la psicología. Aquí tenemos necesidad de citar extensamente á Mill, prescindiendo de las respuestas de Littré, tanto para que se vea en todo su conjunto el ataque de aquel filósofo al positivismo, como porque debemos limitarnos á las estrechas dimensiones de este artículo. Oigamos á M. Mill:

"Hay en la manera con que M. Comte considera el método de la ciencia positiva otra grave observacion, que aunque no sea más antifilosófica que la que acabamos de mencionar, (el no haber hallado ni buscado un criterio lógico de la verdad) es de mayor importancia práctica. Él rechaza totalmente, como un procedimiento sin valor, la observacion psicológica propiamente dicha, ó en otros términos, la conciencia interna, al ménos en lo que respecta á nuestras operaciones intelectuales. No da lugar en su série de las ciencias á la psicología, y siempre habla de ella con desprecio. El estudio de los fenómenos mentales, ó segun su expresion, de las funciones morales é intelectuales, se coloca conforme á su plan, bajo el dominio de la biología, pero sólo como rama de la fisiología. Cree que necesitamos adquirir nuestro conocimiento del espíritu humano, observando á los demás; no establece, sin embargo, de qué manera debemos observar las operaciones mentales de otro, ó interpretar sus signos, sin haber ántes aprendido, por el conocimiento de nosotros mismos, la significacion de esos signos. Pero para él es evidente que por la observacion de nosotros mismos no podemos aprender sino muy poco respecto de los sentimientos, y nada absolutamente respecto del entendimiento. Nuestra inteligencia puede observarlo todo, excepto á sí misma; nosotros no podemos observarnos observando, si observamos razonando, y aun cuando lo pudiéramos, la atencion que concediésemos á esa operacion refleja, aniquilaria su objeto, al suspender el procedimiento observado.

"No es necesario entrar en la refutacion laboriosa de un sofisma, acerca del cual lo

único sorprendente seria que álguien echase sobre sus hombros semejante carga. Dos respuestas pueden darse. Primeramente, se podria decir á M. Comte que consultase la experiencia, así como los escritos de su compatriota M. de Cardaillac y de nuestro Sir William Hamilton, para probar que el espíritu puede, no sólo tener conciencia de más de una impresion simultáneamente, y áun percibir un número considerable de ellas (1) sino tambien prestarles atencion. Verdad es que la atencion se debilita al dividirse, y esto constituye una dificultad especial de la observacion psicológica, como lo han reconocido plenamente los psicólogos, y en particular Hamilton; pero una dificultad no constituye una imposibilidad. En segundo lugar, habria podido ocurrir al espíritu de M. Comte que es posible estudiar un hecho por el intermedio de la memoria, no en el mismo instante en que le percibimos, sino en el momento despues; y este es en realidad el modo segun el cual se adquiere generalmente lo mejor de nuestra ciencia respecto de nuestros actos intelectuales. Reflexionamos sobre lo que hemos hecho cuando el acto ha pasado, siempre que la impresion esté todavía fresca en la memoria. No hemos podido llegar sino por una de estas dos vías á poseer el conocimiento, que nadie nos niega, de lo que pasa en nuestro espíritu, y el mismo M. Comte habria malamente afirmado que nada sabemos de nuestras propias operaciones intelectuales. Tenemos conocimiento de nuestras observaciones y raciocinios, sea en el momento mismo, sea en el instante despues, gracias á la memoria; por vía directa en ámbos casos, y no únicamente por sus resultados, como sucede respecto de lo que hemos ejecutado en un estado de somnambulismo. Este simple hecho destruye el argumento entero de M. Comte. Todo aquello de que tenemos conocimiento directamente, lo podemos observar de la misma manera.

"¿Y cuál es el instrumento que M. Comte propone para el estudio de las "funciones morales é intelectuales," en lugar de la observacion mental directa que rechaza? ¡Casi nos avergonzamos de decir que es la frenología! No en verdad, dice, á título de ciencia formada, sino como una ciencia todavía por crear; porque rechaza casi todos los órganos especiales imaginados por los frenólogos, y sólo acepta su division general del cerebro en tres regiones: las inclinaciones, los sentimientos y el intelecto, (2) así como la subdivision de esta última region entre los órganos de la meditacion y los de la observacion. Sin embargo, él considera este simple primer bosquejo de la reparticion de las funciones mentales entre diferentes órganos, como que desprende el estudio mental del hombre de la face metafísica, y le eleva hasta el estado positivo. Triste en verdad seria la condicion de la ciencia mental, si tal fuera su mejor probabilidad de llegar á ser positiva; porque los últimos progresos de la observacion y de la especulacion fisiológicas, tienden no á confirmar, sino á desacreditar la hipótesis frenológica. Y áun cuando esta hipótesis fuera verdadera, la observacion psicológica seria todavía necesaria: ¿cómo, en efecto, comprobar que hay correspondencia entre dos cosas, sólo por la observacion de una de

(1) Hasta seis, segun W. Hamilton; pero en tales materias, la precision numérica importa poco, y es probable que diferentes espíritus posean esa facultad en diversos grados.

(2) O segun la correccion que hizo más tarde, los apetitos y emociones, las capacidades activas y las facultades intelectuales: el *corazon*, el *carácter* y el *espíritu*.

ellas? El establecer una relacion entre las funciones mentales y las conformaciones cerebrales, no sólo necesita un sistema paralelo de observaciones aplicado á unas y otras, sino tambien (como lo reconoce el mismo M. Comte con alguna inconsecuencia), un análisis de las facultades mentales ("de las diversas facultades elementales," t. III, pág. 573) que fuese dirigido sin tener para nada en cuenta las condiciones físicas, puesto que la prueba de la teoría residiria en la correspondencia entre la division del cerebro en órganos y la del entendimiento en facultades, reposando cada una de estas divisiones sobre pruebas separadas. La ejecucion de este análisis exige un estudio psicológico directo llevado á un alto punto de perfeccion: porque es preciso investigar, entre otras cosas, hasta qué grado las circunstancias crean el carácter mental, puesto que nadie supone que la conformacion cerebral lo haga todo, y que las circunstancias nada hagan. De esta manera, el estudio frenológico del espíritu, tiene por preparacion necesaria toda la psicología de la asociacion de las ideas: sin rechazar, pues, el auxilio que el estudio del cerebro y de los nervios puede prestar á la psicología (y que se lo ha prestado y se lo seguirá prestando todavía en mucha parte), podemos afirmar que M. Comte no ha hecho nada para la constitucion del método positivo de la ciencia mental, rehusando aprovecharse de los estudios iniciales tan preciosos hechos por sus predecesores, especialmente por Hartley, Brown y James Mill (si es que conoció á alguno de estos filósofos), y dejando á los sucesores de éstos, que se colocaron convenientemente desde el doble punto de vista de la fisiología y de la psicología, M. Bain y M. Herbert Spencer, la tarea de colocar la rama psicológica del método positivo, así como la misma psicología, en su verdadera posicion como parte de la filosofía positiva. Esta grave equivocacion no es una simple laguna en el sistema de M. Comte, sino que es la fuente de errores sérios en la tentativa de crear una ciencia social. Cierto es que muestra grande habilidad en la estimacion que hace de la eficacia de las circunstancias para modelar el carácter general de la raza humana; si fuese de otra manera, su teoría histórica seria de poco valor; pero en su apreciacion de la influencia que ejercen las circunstancias por el intermedio de las leyes psicológicas, sobre la produccion de las diversidades de carácter colectivas ó individuales, *se ha engañado miserablemente.*"

Omitimos por brevedad las reflexiones á que el anterior pasaje se presta, y señalarémos para concluir otro de los puntos de desacuerdo entre Mill y Comte, llamando muy especialmente la atencion sobre la respuesta de Littré.

"Es conveniente, dice Mill, comenzar por descargar á la doctrina positiva de una preocupacion que la opinion religiosa tiene contra ella. La doctrina condena todas las explicaciones teológicas y las reemplaza ó piensa que están destinadas á ser reemplazadas, por teorías que sólo tienen en cuenta un órden conocido de fenómenos. Se infiere de aquí, que si ese reemplazo se consumara, el género humano cesaria de referir la constitucion de la naturaleza á una voluntad inteligente, y de creer de alguna manera en un creador y supremo gobernador del mundo. *La suposicion es tanto más natural cuanto que M. Comte era abiertamente de esta opinion.* Verdad es que rechazaba con cierta acrimonia el ateismo dogmático, y aun dice (en una obra posterior, pero las anteriores no contienen nada que esté en contradiccion) que la hipótesis de un designio tiene más

verosimilitud que la de un mecanismo ciego; pero una conjetura fundada en la analogía no le parecia en el tiempo de la madurez de la inteligencia humana, base capaz de sostener una teoría, y consideraba como inaccesible, todo conocimiento real de un orígen, siendo, segun él, traspasar los límites de nuestras facultades mentales el indagarlo; pero los que aceptan la teoría de las formas sucesivas de la opinion, no están obligados á seguirle hasta allá. El modo positivo de pensar no es necesariamente una negacion de lo sobrenatural, contentándose con relegarle al orígen de todas las cosas. Si el universo tuvo un principio, ese principio, por las mismas condiciones del caso, fué sobrenatural; pues las leyes de la naturaleza no pueden dar cuenta de su propio orígen. El filósofo positivo es libre para formar su opinion sobre este punto, conforme al peso que dé á las analogías llamadas señales dé designio, y á las condiciones generales de la especie humana. Cierto es que el valor de esas señales es una cuestion para la filosofía positiva pero no es de tal naturaleza que sobre ella deban estar necesariamente de acuerdo los filósofos positivos. Una de las equivocaciones de M. Comte, es no dejar nunca cuestiones abiertas. La filosofía positiva sostiene que en los límites del órden existente del universo, ó más bien, de la parte que nos es conocida, la causa directamente determinativa de cada fenómeno es natural, no sobrenatural. Con este hecho, es compatible creer que el universo fué creado, y áun que está continuamente gobernado por una inteligencia, con tal que admitamos que el gobernador inteligente se adhiere á leyes fijas, que siendo solamente modificadas ó contrariadas por otras leyes de igual dispensacion, no son nunca abandonadas caprichosa ó providencialmente. Cualquiera que mira los acontecimientos como partes de un órden constante, siendo cada uno de esos acontecimientos el consiguiente invariable de algun antecedente, condicion ó combinacion de condiciones, acepta plenamente el modo positivo de pensar, sea que reconozca ó no un antecedente universal cuyo consiguiente fué en el orígen todo el sistema de la naturaleza, y sea que ese universal antecedente sea ó no concebido como una inteligencia."

A muy sérias reflexiones da lugar el anterior párrafo, pero no siendo por ahora nuestro objeto mas que señalar la deshecha anarquía que reina en la escuela positivista, véamos la contestacion de Littré, que es en gran manera instructiva pues manifiesta las verdaderas tendencias de la secta moderna:

"En el prefacio que puse al frente de la nueva edicion del *Curso de filosofía positiva* de M. Comte, he discutido una cuestion muy análoga. M. H. Spencer hace de lo que llama lo *inconocible* y de lo que yo llamo lo desconocido, el poder supremo cuya manifestacion es el universo, opinion que he combatido diciendo que definir así lo *inconocible*, es verdaderamente conocerlo en uno de sus atributos esenciales, lo que implica contradiccion, pues entónces ya no es lo *inconocible*. La argumentacion de M. Mill no se escapa de una contradiccion poco más ó ménos del mismo género, que se reduce á ésto: pensad lo que querais de la causa primera, del orígen, del antecedente universal; admitid expresamente que esa causa ha creado y gobierna el mundo; con tal que admitais al mismo tiempo que no se manifiesta nunca en las cosas, no saldreis del modo positivo de filosofar. Pero si esa causa no se manifiesta en las cosas, si las leyes solas se manifiestan allí, está sustraida á toda apercepcion humana, é implica que se vea lo que no se

muestra nunca, que se conozca lo que nunca se hace conocer. Hay más; refiérese á las señales de designio para llegar hasta la causa primera; pero las señales de designio perfectamente renovadas en la estructura de los mundos, en el movimiento de los astros, en la apropiacion de nuestro planeta, en la organizacion de los séres vivientes; tales señales de designio, repito, ¿qué otra cosa serian sino actos de intervencion incesante de la causa primera? Por consiguiente, si se las admite, se rompe con el principio de la filosofía positiva, que rechaza las intervenciones y no admite más que leyes. Así es que la admision de un antecedente universal, muestra su incompatibilidad con el modo positivo de filosofar, unas veces haciéndole decir que conoce lo que no conoce, y otras imponiéndole en medio de las leyes la doctrina de la finalidad. El valor de las señales de designio no es en efecto otra cosa que la doctrina de la finalidad. Cada ciencia particular ha convertido esa doctrina en una doctrina positiva conocida bajo el nombre de principio de las condiciones de existencia, principio que destierra todas las intervenciones, y que, encontrado en cada dominio particular de la ciencia, ha venido á ser un principio general de la filosofía positiva. Es el último límite á que el conocimiento puede llegar; si se va más allá, se deja al mismo tiempo la ciencia y la filosofía.

"No debe considerarse el modo positivo de filosofar, como si, tratándose únicamente de las causas segundas, dejase á uno libre para pensar lo que quiera sobre las causas primeras. *Nó, no deja sobre esto ninguna libertad;* su determinacion es precisa, categórica, y le separa radicalmente de las filosofías teológica y metafísica: declara desconocidas las causas primeras. Declararlas desconocidas no es afirmarlas ni negarlas, y esto es, por más que diga M. Mill, dejar la cuestion abierta en la sola medida que lo permite. Notémoslo bien sin embargo, la ausencia de afirmacion y la ausencia de negacion son indivisibles, y no se puede arbitrariamente rechazar la ausencia de afirmacion para adherirse á la ausencia de negacion. No seria imposible retorcer los argumentos que con razon ha empleado M. Mill contra M. Comte, acomodando á la satisfaccion de nuestras inclinaciones mentales el rigor de la prueba y la objetividad del hecho; ámbos quieren que no se niegue ni se afirme, y á pesar de ésto, por pura satisfaccion á ciertas miras parciales, se permite afirmar sin negar.

"*No se puede servir á dos señores simultáneamente, lo relativo y lo absoluto,* y á lo absoluto servís cuando dais á las cosas un antecedente universal; pero entónces, el modo positivo de filosofar, al que nada puede hacer salir de lo relativo, *os abandona y no os considera ya como suyos.* Hacer resolver la cuestion de las causas primeras en un modo de filosofar que en todas partes ha hecho constar experimentalmente su no solucion, introducir lo absoluto en un modo de filosofar que no permite más que lo relativo, concebir un conocimiento allí donde ese modo de filosofar pone rigurosamente lo desconocido, es no conciliar, sino yuxtaponer las incompatibilidades. En fin, aquí recuerdo la distincion que he hecho ántes entre el orígen psicológico y el orígen experimental del principio de la relatividad. Psicológicamente, la relatividad del conocimiento humano no contradice la admision de cierta teología, sin lo que, M. Mill, partidario declarado de esa relatividad, de ninguna manera habria hablado de antecedente universal; pero experimentalmente no deja la vía abierta á nada semejante. Esta observacion, que recae

al mismo tiempo sobre el presente litigio y sobre la relacion entre la psicología y la filosofía positiva, muestra una vez más el desacuerdo entre las dos concepciones del mundo y cierra la discusion.»

Hé aquí á M. Mill *positivamente* excomulgado por M. Littré, excomunion que no era necesaria cuando el primero se colocó oportunamente fuera del gremio comtista. Por lo demás, el semiateismo del uno y el ateismo franco y declarado del otro, manifiestan sin dar lugar á duda, el extremo inevitable á que conduce el método experimental aplicado en los dominios de la filosofía, siendo de advertir que en este punto las conclusiones radicales de Littré tienen un enlace lógico más estrecho con el principio de que parte. Dejando á un lado, empero, esta cuestion, concluirémos haciendo notar que, conocidas las profundas divergencias que sobre puntos capitales separan de Comte á Mill, y despues de las explícitas declaraciones del ultimo, no es posible, sin incurrir en contradiccion, el traer á un debate las autoridades incompatibles de ámbos como apoyo de la misma doctrina, lo cual funda la necesidad imperiosa en que están nuestros positivistas de fijar su posicion con toda claridad, puesto que es lógicamente imposible ser al mismo tiempo discípulo de Comte y de Spencer, de Mill y de Littré.

J. M. Vigil.

AUGUSTO COMTE.

NACIÓ este filósofo francés en 1798 en Montpellier, hizo sus estudios en el colegio de esta ciudad y entró en 1814 á la Escuela Politécnica, de donde tuvo que salir á consecuencia de un acto de indisciplina, ántes de haber concluido su curso de dos años. En 1818, cuando vivia dando lecciones de matemáticas, se relacionó con Saint-Simon, cuyas opiniones adoptó desde luego; pero en 1822 se separó del célebre socialista, declarando que su encuentro habia sido para él una desgracia sin compensacion. Este rompimiento, que parece haber tenido orígen en disgustos de amor propio, ocasionados por el espíritu de dominacion del maestro y la indocilidad del discípulo, estalló con motivo de la publicacion de un opúsculo de Comte, intitulado: *Sistema de política positiva* (1822), en que el jóven reformador enunciaba las leyes de la evolucion social, que á los ojos de sus discípulos, son una de sus más bellas concepciones. No por eso dejó de dar varios artículos al *Productor*, y apremiado por dificultades que habia agravado su matrimonio, trató de abrir en 1826 un curso de filosofía positiva.

Sus trabajos excesivos, sus debates con los sansimonianos, una especie de manía orgullosa que le hacia reconocer en todas partes como suyas, ideas que se desesperaba al vérselas arrebatar, determinaron en Comte un primer acceso de enagenacion mental (1826). Pudo, sin embargo, continuar su curso en 1828, y reunió cierto número de discípulos, varios de los cuales se alejaron luego por el carácter despótico de un maestro que les decia: "No concibo asociacion sin el gobierno de álguien." En 1832 fué nombrado pasante, y poco despues examinador de admision en la Escuela Politécnica, donde aspiró en vano á obtener una cátedra, siendo preferido M. Sturm, por lo cual conservó un profundo resentimiento contra Arago, quien no se arrepintió, sin embargo, "de haber preferido, dice, un ilustre geómetra, al concurrente en que no veía títulos matemáticos de ninguna especie, ni grandes ni pequeños."

Comte prosiguió entónces la publicacion de su *Curso de filosofía positiva*, cuyo sexto y último volúmen apareció en 1842. La pérdida de su empleo de examinador en la Escuela Politécnica le hundió de nuevo en la penuria, viviendo desde entónces en parte con los subsidios que le suministraban sus discípulos, y que aceptaba como el cumplimiento de un simple deber social. Muy adictos los tenia en Inglaterra y Francia, y entre ellos hombres del mayor mérito como MM. Grote, Mill, de Blainville, Littré y Robin, que no consintieron, sin embargo, en seguirle en su última evolucion. En efecto, desde 1845, Comte, bajo la influencia de algunas perturbaciones nerviosas que hicieron temer la vuelta de su primera enfermedad, y en el ardor de un sentimiento apasionado, se entregó cuando ménos se pensaba á contemplaciones místicas, ofreciendo el singular espectáculo de un hombre que habia cifrado toda su gloria en establecer científicamente que habia desaparecido la era de las religiones para hacer lugar á la de las ciencias positivas, y que ahora no sólo proclamaba la necesidad de un culto, sino que aspiraba á ser su legislador y gran pontífice.

Muchos de los que habian aplaudido al filósofo, se rehusaron á sancionar con su asentimiento las extrañas ilusiones del sacerdote de la humanidad, y la publicacion del *Sistema de política positiva* (1851), que establecia la nueva religion y predicaba el absolutismo, afligió á la mayor parte de sus discípulos, que protestaron en nombre de los principios mismos y "del método objetivo." No por eso le fueron ménos adictos de corazon, y despues de su muerte, acaecida en 1857, no han cesado de manifestarle el más profundo respeto, creyendo todos con M. Littré "que fué iluminado por los rayos del génio, y que merece un gran lugar al lado de los más ilustres cooperadores de esa vasta evolucion que se llevó el pasado y que traerá el porvenir." No es este el lugar de examinar si Comte debe ser contado en el número de los grandes filósofos; preciso es juzgarle por su doctrina, y esa doctrina, como se sabe, es el *positivismo*, que merece ser examinado aparte.—E. CHARLES, rector de la Academia de *Clermont-Ferrand.*

REVISTA DE PERIODICOS.

México, Junio 1° de 1882.

Con el título de *La pseudo-anarquía* (*) *positivista,* nos dedica nuestro apreciable colega el *Positivismo* veintiuna columnas de su interesante publicacion, que hemos leido con la atencion especial que consagramos á todos sus trabajos. Grande fué, sin embargo, nuestro desencanto al terminar la lectura, pues solamente hallamos en ese extenso artículo, una série de variaciones sobre un mismo tema, tema que por otra parte está muy léjos de ofrecer el carácter de un axioma indiscutible. Poco trabajo nos costará señalar las graves equivocaciones en que ha incurrido nuestro inteligente adversario, y que indudablemente proceden del resbaladizo terreno en que le coloca la misma doctrina que defiende. Comienza por darnos una idea de lo que entiende por *positivista* y *positivismo:* lo primero es una descripcion del carácter moral, que no siempre se ajusta en todas sus partes á los adeptos de la escuela comtista; lo segundo contiene el siguiente concepto que nos ha llamado fuertemente la atencion: "El positivismo, más que un sistema, más que una doctrina es un método, y en ese sentido le tenemos completa confianza." Decimos que nos ha llamado fuertemente la atencion semejante concepto, porque en primer lugar, si el positivismo no significa propiamente una doctrina, un sistema filosófico, sino simplemente un método, y este método es el experimental, no habia necesidad de inventar una nueva palabra, cuando de muy antiguo teniamos *empirismo* para significar una cosa no ménos antigua. En segundo lugar, por esa definicion nuestro colega se separa de la escuela de que se proclama defensor; en efecto, ni Comte, ni Littré, ni Mill han entendido tal cosa por positivismo, y precisamente en el segundo artículo que hoy publicamos sobre la anarquía positivista, puede verse que si Mill y Littré están en desacuerdo, como de costumbre, acerca de la definicion de la filosofía positiva, ninguno de ellos, sin embargo, pensó reducirla á las exíguas proporciones que le señala nuestro colega. De paso observarémos que esa nueva divergencia que vendria á colocar á los positivistas mexicanos en un departamento distinto, aumentando así la deplorable anarquía que está minando los cimientos de la nueva escuela, explica el afan de colocar bajo la misma denominacion á filósofos que sólo tienen de comun el carácter de empíricos.

(*) Parece que esta palabra pertenece á la misma familia de cierto *fobeo-positivismo* que se nos apareció por ahí en dias pasados.

Con un sentimiento poco *altruista* comienza nuestro colega atribuyéndonos un sofisma, que reviste con la forma de un silogismo vicioso, el cual, aunque seria seguramente rechazado por Santo Tomás y San Buenaventura, tal vez hallaria cabida en la lógica positivista de Stuart Mill, cuya teoría silogística difiere algo de la de Aristóteles. Pero, en fin, sintiéndonos libres de semejante pecado, todo ello se reduce á una fantástica lucubracion de nuestro colega. Lo que hemos dicho es que la contradiccion, el antagonismo "entre autores que adoptan la misma base, que establecen el mismo punto de partida y emplean el mismo método en la construccion de sus sistemas filosóficos, están probando que ésa base, ese punto de partida y ese método, adolecen de un vicio radical, el de ser inadecuados al objeto á que se aplican." Este raciocinio sencillo, que cualquiera comprende fácilmente, ha sido convertido por el Sr. Dr. Parra en un silogismo en *aii* de la segunda figura, resultando una argumentacion defectuosa que pone en seguida á nuestra cuenta; pero no es ésto lo exacto; si quisiéramos reducir el párrafo citado á una forma escolástica, tendriamos un simple silogismo en *Darii*, modo perfectamente legítimo como lo sabe cualquiera que ha estudiado un poco la lógica. Nuestro colega, sin embargo, podria negarnos la mayor oponiéndonos su ingeniosa comparacion de Lagrange y el labriego; pero contestariamos en tal caso que nosotros suponemos que ámbos calculadores están á igual altura, por la consideracion que nos merecen los autores de que se trata; pero si no es así, deseariamos que el *Positivismo* tuviera la bondad de decirnos quién es Lagrange y quién es el labriego, hablando de Comte y H. Spencer. A ésto se concreta, efectivamente, la salida que busca el Sr. Dr. Parra á las divergencias capitales de sus maestros: el método, se nos dice, es bueno; las faltas consisten en el mal uso que de él se hace; pero, repetimos, que afirmar tal cosa es cometer una peticion de principio, dar por sentado lo mismo que se discute, establecer *a priori* una doctrina que luego es desmentida *a posteriori*.

El colega quiere que le digamos *por qué* el método experimental, excelente para las ciencias de observacion, en que se estudia simplemente lo que es, no puede ser aplicable á las ciencias filosóficas y morales en que se establece lo que debe ser; y *por qué*, eliminar las concepciones *a priori* para construir luego *a posteriori* las ciencias que en ellas se fundan es una empresa radicalmente defectuosa. Pues señor, el *por qué* de eso está puesto en que no es lo mismo lo que es y lo que debe ser, en que no son lo mismo los hechos y los principios, en que no es lo mismo *a priori* y *a posteriori*, en que no es lo mismo la razon y la experiencia. Sabemos bien que los positivistas eliminan uno de esos extremos; pero aquí está precisamente el vicio radical de que adolece su sistema, vicio que viene á ponerse de manifiesto con la anarquía de opiniones en que han caido sus maestros, y con la perfecta esterilidad de sus resultados en el órden filosófico.

Empeñado está el *Positivismo* en seguir llamando positivista á H. Spencer y en suponer de leve momento las diferencias de opinion que le separan de Comte; pero, colega, ¿habeis olvidado que el mismo Spencer ha dicho, refiriéndose á Comte: "Si hay que admitir su propia definicion del positivismo, como segun yo, lo que él llama positivismo es de una imposibilidad absoluta, *es claro que yo nó puedo ser lo que él llama un positivista?*" ¿Olvidais que el mismo Spencer asienta: "A cada proposicion (de Comte)

opongo una proposicion del todo diferente ó una negacion directa; y lo que hago ahora, lo he hecho siempre, desde que tuve conocimiento de sus escritos?» ¿Y todavía supondreis....? Pero Santo Tomás de Aquino y Duns Scott son llamados escolásticos á pesar de las profundas diferencias que los separan; es verdad; ¿y se seguirá de aquí que se les puede aplicar á ámbos el calificativo de *tomistas*? Pero entre un inglés y un hotentote hay grandes diferencias, y, sin embargo, son hombres; es cierto, de lo cual no se infiere que uno y otro deban ser colocados en la misma raza. Acatemos el principio fundamental de clasificacion, colocando en el mismo grupo personas ó cosas que se parezcan más entre sí que á personas ó cosas de otro grupo; y ¿cómo aplicarémos ese principio al caso presente? Colocando á Spencer y á Comte en el grupo de los empíricos, de los sensualistas, que es el género comun en que se hallan comprendidos como especies, y no convirtiendo en género á una especie respecto de su coordinada, que es lo que trata de efectuar nuestro inteligente colega.

La antigua teoría de la extension y de la comprension, que como profesor de lógica conoce perfectamente el Sr. Dr. Parra, nos dispensa de entrar en más pormenores. Que el positivismo, entendido como nosotros lo entendemos de conformidad con Spencer y Littré, reduzca esta escuela al Dr. Robinet, á quien no detiene ninguna dificultad ni espanta ningun absurdo, segun la expresion de Mill; á Mr. Laffite y otros ménos conocidos, no es culpa nuestra. Grande, sin duda, es el respeto que nos merece nuestro colega, pero en este punto nos parecen más autorizadas y más conformes con la verdad las opiniones de Comte, de Spencer, de Littré y de Mill, que la del Sr. Dr. Parra, y ciertamente que aquellos filósofos han estado muy léjos de reducir la filosofía positiva á simple cuestion de método, ó valiéndonos de los términos escolásticos empleados por nuestro colega, han visto el negocio no solo *formaliter*, sino *materialiter*, pues consideraron seguramente que de haberse detenido en lo primero habrian representado un papel bien insignificante en la historia de la filosofía.

Muy léjos estamos de exigir que los positivistas sean infalibles; pero sí creemos que hay derecho á pedir resultados científicos ciertos y *positivos*, á quienes se presentan ofreciendo con tales caractéres una nueva reconstruccion de todos los conocimientos humanos mediante la infalibilidad de su método. Nuestro colega se detiene á examinar el orígen de las diferencias entre Comte y Spencer; procura atenuarlas y casi hacerlas desaparecer, en contra del sentir de este último; pondera las dificultades de su método y aquellas con que tropezaron en sus investigaciones Newton, Leibniz y Galileo; está bien; será todo lo que se quiera; pero eso, lo único que prueba es que el positivismo no merece todavía el título de escuela filosófica; que no ha dado ninguna solucion verdaderamente científica á los problemas que se propone resolver; que sus ensayos en este sentido han sido hasta ahora poco afortunados, y que dependiendo del éxito de esos ensayos la comprobacion de las excelencias de su procedimiento, su escuela queda reducida á una simple tentativa, cuya esterilidad puede ser predicha por cualquiera que tenga una ligera cultura filosófica y comprenda por lo mismo las cuestiones de que se trata. Esperamos que despues de ésto nuestro colega quedará convencido de que si hemos dado más amplio desarrollo á nuestras primeras observaciones, no es por el vano deseo de dis-

putar, sino porque su contestacion, trabajosamente elaborada, ha contribuido á corroborar el concepto que tenemos formado de una escuela que no resiste al análisis filosófico, y cuya adopcion en la enseñanza de la juventud tiene que ser funesta como todo lo que se aparta de la verdad y de la naturaleza.

La Libertad publicó un artículo sobre el estado actual de la Escuela Preparatoria, en que se lamenta de algunas reformas, introducidas en aquel establecimiento, y que califica de desacertadas. En dicho artículo hallamos las siguientes palabras: "No queremos pasar por alto una innovacion que aunque al parecer de mero detalle desfigura totalmente el lema fundamental que la Preparatoria prohijó; ese lema consta de las palabras: *amor, órden y progreso,* y un innovador mal aconsejado sustituyó la primera por la voz *filantropía* que carece de la generalidad de aquella. La filantropía es una especie en el género amor, no comprende multitud de afectos que como los de la familia son la base del órden social; por tanto sin restringir considerablemente la extension del lema, y sin privarle de su importancia, no puede hacerse tal sustitucion que prueba de nuevo el empeño de sustituir con una nocion especial, una general."

A los pocos dias, el mismo periódico impugnó en una revista algunas apreciaciones del artículo mencionado, diciendo lo siguiente sobre el párrafo que dejamos trascrito: "La cuestion del lema, es, perdónenos nuestro querido colaborador, insignificante: la palabra *filantropía,* puesta de moda por la filosofía del siglo pasado, no excluye el amor de la familia; es el amor de la humanidad entera, *es la religion del Sér Supremo, humanidad, enseñada por Comte.* Que ese sentido religioso no es el que se le ha querido dar al colocarlo, no dirémos acertada, pero sí inofensivamente, como el primer término de la divisa clásica de la Escuela Preparatoria, es evidente. Y nosotros, sean cuales fueren nuestras simpatías filosóficas, aplaudimos todo cuanto quite á esa admirable institucion su carácter de templo ó basílica de una secta, con la misma conviccion con que combatimos y combatirémos cuanto desvirtúe la idea fundamental sobre la cual fué informada. Nosotros quisiéramos que los ardientes apóstoles del positivismo mexicano, se convencieran de que así como el campo les está abierto para propagar su sistema, como filosofía, fuera de las instituciones escolares sostenidas por la Nacion, dentro de éstas les está vedado presentar la cuestion con otro carácter que el de un método superior, de un método verdadero, científico en una palabra, sin espíritu estrecho de proselitismo, de polémica y de exclusivismo. Cuando la revistan de nombres y atavíos, que la clasifican en el número de las iglesias filosóficas que se disputan el dominio de las almas, su teatro no es la cátedra neutral, que ni es religiosa ni antireligiosa, sostenida por el gobierno. Cambie de aspecto, preséntese tal como es en el fondo, como un sistema incomparable de instruccion científica, y entónces su plaza queda marcada en la enseñanza y su triunfo asegurado en el porvenir."

En la obstinada reserva que guardan nuestros positivistas sobre el matiz á que pertenecen entre los muchos que presenta su escuela, tienen una verdadera importancia los párrafos arriba citados, pues por ellos sabemos que los positivistas mexicanos son comtistas *pur sang,* que han seguido al sumo pontífice de la escuela hasta lo que Mill y Littré llamaban sus *enormidades,* hasta la religion de la humanidad, hasta la adoracion del Gran Fetique. Sabemos tambien que en el positivismo hay que distinguir dos cosas;

el método y la filosofía, que lo primero es lo que debe enseñarse únicamente en los establecimientos oficiales, de donde hay que desterrar la segunda, clasificada *en el número de las iglesias filosóficas que se disputan el dominio de las almas.* Esta doctrina, en completo desacuerdo con el Sr. Dr. Parra, que no ve en el positivismo más que el método, envuelve la condenacion de la enseñanza filosófica que por muchos años se dió en la Escuela Preparatoria. Por lo demás, tendriamos curiosidad de saber cómo se puede enseñar el método sin la filosofía, cómo se puede abstraer la forma de la materia que contiene, cómo se puede ser positivista á medias, y cómo puede ser completa una enseñanza que se queda en los preliminares, reservando la parte trascendental de la doctrina para los iniciados.

El Sr. profesor D. Luis E. Ruiz ha comenzado á publicar en el folletin de la *Libertad* una obra intitulada *Nociones de lógica.* Perteneciendo el Sr. Ruiz á la escuela positivista, es seguro que no estarémos de acuerdo con sus ideas, lo cual no es obstáculo para que digamos anticipadamente que el nuevo libro será interesante, pues tenemos un alto y merecido concepto del talento é instruccion del jóven autor. *La Libertad* publicó con este motivo un artículo en que hallamos dos aseveraciones que creemos necesario rectificar: la una es que la Lógica de Tiberghien es un libro polémico destinado á la propaganda de determinado dogma religioso, el panenteismo. Esto no es exacto; no siendo el panenteismo dogma religioso, como el Gran Fetique por ejemplo, sino sistema filosófico, que no ataca á ninguna religion positiva, malamente puede decirse que la obra de Tiberghien está destinada á la propaganda de un dogma religioso que no existe. La otra aseveracion es que la junta de profesores de la Escuela Preparatoria desechó entre otras por la razon indicada el texto krausista, "expresando el *desideratum* de que se encontrase un texto breve y simple, que exponiendo el *verdadero mètodo científico,* no contuviese ataque alguno á las creencias *científicas* y religiosas de cualquier género que fueren." Esto tampoco es exacto; la junta de profesores no desechó el libro de Tiberghien; lo que sucedió fué que no conociéndole la mayor parte de los profesores, se abstuvieron de dar su voto, nombrándose entónces una comision para que presentase dictámen sobre este negocio. Tampoco es exacto eso del *desideratum,* porque sabiendo lo que para *La Libertad* significa "el verdadero método científico," equivaldria á buscar un texto positivista que no atacase ninguna creencia religiosa, lo cual implica contradiccion.

Por lo demás, no dejan de ser edificantes los escrúpulos religiosos de los sectarios de Comte contra Tiberghien: nó, la conciencia timorata de nuestro colega puede quedar perfectamente tranquila; ninguna creencia religiosa tiene que temer nada de un sistema que establece sobre bases filosóficas inquebrantables la existencia de Dios y del alma humana; en cuanto á las creencias científicas, como nadie las conoce todavía, no pueden ser atacadas por el sábio filósofo de Bruselas. Es raro que el celo constitucionalista de nuestro colega, que corre parejas con su celo religioso, no se haya alarmado ante el peligro que corren las instituciones con una filosofía que admite las nociones racionales de la libertad y el derecho, cuando nada podria prestar más sólido apoyo á la ley fundamental, que una escuela que profesa horror instintivo á las *aglomeraciones de metafísica.*

J. M. Vigil.

EMILIO LITTRÉ.

LA FILOSOFÍA POSITIVA, SUS TRASFORMACIONES, SU PORVENIR.

SEA cual fuere la suerte del positivismo, ora subsista en sus grandes rasgos, ora vaya á resolverse, como creo, en doctrinas más radicales y simples, quedará ligado á su orígen y fortuna el nombre de M. Littré. Aquí tambien, lo mismo que en las demás regiones intelectuales en que ha dejado señaladas sus huellas, la erudicion, las ciencias fisiológicas y médicas, la historia de las lenguas y de las literaturas, no se le puede atribuir el carácter de inventor. En ninguno de los dominios intelectuales en que se ejercitó su robusta voluntad, se revela lo que forma la gran dote en todas materias, la iniciativa de las ideas. En los diversos senderos á donde le ha llevado su actividad aventurera, ha encontrado esas ideas, pero como por casualidad; no las descubre de su propio fondo, las descubre en los otros, á veces algo tarde; pero entónces se apasiona de ellas con una especie de grave entusiasmo; se las asimila; les pone el sello poderoso de la sinceridad y las extiende con un celo de neófito que por el ardor de la propaganda quiere recuperar el tiempo perdido. De una vez y al mismo tiempo, para asimilárselas mejor, las adapta á la forma de su espíritu, las modifica para mejor defenderlas, y ejerce sobre ellas un derecho de seleccion, abandonando lo que no le parece útil sostener, conservando lo que estima esencial, como sólido y respetado crítico, como infatigable apologista.

Tal es en compendio su encuentro y relaciones con el positivismo. Despues de ignorar largo tiempo la filosofía de M. Comte, traba con ella conocimiento en la plenitud de la vida y cuando dicha filosofía llevaba ya catorce años de existencia; desde ese dia se la asimila, y dedica todo el resto de su vida á exponerla, á sostenerla con una perseverancia que revela profundas convicciones, sacándola de autoridad propia del nuevo camino en que se extraviaba tras un jefe audaz y ofuscado. ¿Puede decirse que en todo

esto es original? Sin duda que nó, si se trata de las concepciones fundamentales de donde procede ese movimiento filosófico; lo es, empero, en cierta manera, por la facultad crítica aplicada al discernimiento de las ideas, así como por esa dialéctica, mezcla de tenacidad y ciencia, empleada en luchar diariamente contra objeciones ó prevenciones, y renovada con los obstáculos. En la historia filosófica de nuestro tiempo, ha señalado su lugar al lado del fundador de la escuela, quizás en la misma línea que él. Hay así en casi todas las escuelas filosóficas, un sitio privilegiado para quien organiza ó defiende la doctrina; para los Parménides ó los Zenones al lado de los Jenófanes.

Preciso es reconocer por otra parte, que Littré no defiende al positivismo sino despues de haberle reducido á la medida que juzga aceptable, y sacrificando resueltamente las partes que de antemano le parecen caducas ó excluidas por inútiles. Varias de las leyes y concepciones que al principio habia conservado, caen gradualmente por sí mismas en desuso bajo su inspeccion. Nada hay tan instructivo como las trasformaciones que sufrió esa filosofía en el cuarto de siglo que separa dos fechas (1857 y 1881), la muerte de Augusto Comte y la de Littré. Cuando hayamos desarrollado ese cuadro y lleguemos al fin de nuestro estudio, nos preguntarémos lo que el porvenir reserva á esa filosofía colmada por los favores del presente. ¿Su fortuna, que de creer ciertas declaraciones famosas está hoy asegurada, esa prodigiosa fortuna alcanzará tanta duracion como el brillo obtenido? ¿Son permanentes las causas de semejante éxito? ¿No hay muchas circunstancias políticas y sociales que expliquen la apariencia de ese triunfo y su carácter momentáneo? Nos preguntarémos, en fin, si el positivismo está destinado á sobrevivir bajo forma de sistema á los dos hombres en quienes se habia encarnado, por decirlo así, y si las probabilidades de duracion que puede tener no están en razon inversa de su cohesion ó consistencia como cuerpo de doctrina. Tal vez sea ésta la oportunidad de disipar una equivocacion que parece prolongarse en ciertos espíritus bajo la ilusion de una palabra que no cubre ya las mismas cosas; tal vez no quede ya del antiguo movimiento positivista, cuya extension é importancia estoy por otra parte léjos de desconocer, más que una negacion ó un conjunto de negaciones, muy poderosas y populares, reunidas y subsistentes bajo el título usurpado de una filosofía que no reune ya en derredor de sus dogmas sino escasos adeptos. Esta es una cuestion que debe examinarse, y que vale la pena de ser discutida.

I.

Augusto Comte murió el 15 de Setiembre de 1857. En ese momento solemne en la historia de la escuela ¿bajo qué aspecto se presentaba la filosofía positiva, inaugurada treinta y cinco años ántes en un modesto ensayo de que se tiraron cien ejemplares, que no tuvo ninguna resonancia y que hoy no ofrece más interés que el de marcar una fecha? Durante ese largo intervalo, la fecunda actividad de Comte no se habia entibiado un solo dia, ni una sola hora, salvo el tiempo perdido por las crísis que bajo formas más ó ménos graves afectaron aquel poderoso y estropeado cerebro. El edificio al que va unido su nombre se habia elevado de hilada en hilada hasta el remate. Habia sido prece-

dido en 1826 por la publicacion del plan definitivo; de 1830 á 1842 aparecieron los seis volúmenes que forman el *Curso de filosofía positiva*, conteniendo como en vastos escalones, distribuidos metódicamente, los preliminares generales, la filosofía matemática, la filosofía de la física propiamente dicha, la filosofía química y la biológica, y en fin, la filosofía social. Así se habia consumado lo que M. Littré llamaba la obra filosófica del siglo XIX, y cuyo objeto era "dar á la filosofia el método positivo de las ciencias, y á las ciencias la idea de conjunto de la filosofía." Diez y seis años habian pasado entre la concepcion y la conclusion; pero la concepcion habia sido tan segura, que á pesar de su largo trascurso de tiempo, la conclusion le correspondia de todo á todo. (1)

Creeríase que llegado á ese término, el gran trabajador iba á gozar de su obra concluida, limitándose á extenderla, á conquistar los espíritus rebeldes. Nada de eso. Apénas terminada esa parte de su tarea, la parte que podria llamarse teórica, cuando ya concebia ó soñaba una segunda parte consagrada á las aplicaciones políticas y sociales. Despues de algunos años de meditaciones, de 1851 á 1854, publicó el *Sistema de política positiva ó Tratado de sociología instituyendo la religion de la humanidad.* A ese nuevo órden de concepciones políticas, sociales y religiosas se refieren tantas publicaciones diversas que brotaron bajo su pluma, el *Calendario positivista*, la *Biblioteca positivista*, el *Catecismo positivista*, la famosa *Carta á su magestad el czar Nicolás*, á quien se invoca como el predestinado patron de la política y de la filosofía nuevas, y en fin, el primer volúmen de la *Síntesis subjetiva, ó Sistema universal de las concepciones propias al estado normal de la humanidad*, que apareció un año ántes de su muerte. No tenemos que contar aquí á qué precio habia sido llevada á cabo esa obra inmensa. Tales ideas son las dueñas celosas de una vida y no dejan lugar á otros pensamientos. "A. Comte habia podido filosofar en Paris, lo que no habia sido dado á Descartes; pero habia vivido pobre, desconocido y amenazado al fin en sus medios de subsistencia. Se habia envuelto en una indiferencia hácia el dia siguiente que su irresistible vocacion le hacia ménos difícil que á cualquiera otro." (2) Cuando murió, hacia ya varios años que no vivia más que de los subsidios de sus amigos y discípulos; pero en fin, tuvo la alegría de vivir y morir en su sueño realizado. ¿Hay alegría humana superior á ésta? "¿Que es una gran vida? Un pensamiento de la juventud realizado por la edad madura," ha dicho Alfredo de Vigny. Comte se habia apoderado de esa bella palabra para realizar su propia carrera; y no fué por presuncion, fué por un justo sentimiento de la continuidad y grandeza de sus trabajos. Fué el hombre de un pensamiento único. (3)

Su ambicion habia sido la universalidad tanto en la especulacion como en la accion. Habia querido fundar de un solo golpe y por el solo impulso de un espíritu solitario un sistema teórico y práctico al mismo tiempo, una filosofía total que resumiera las filosofías parciales de cada ciencia, una política ú organizacion social que reconciliara en una síntesis los dos términos de la eterna antinomia, el órden y el progreso, una reli-

(1) *Principios de filosofía positiva*, prefacio de un discípulo, pág. 8.
(2) *Ibid.* pág. 21.
(3) *Augusto Comte y la filosofiá positiva*, pág. 1.

gion en fin que reemplazase todas las otras, y gobernase por un ideal definido todas las aspiraciones de la humanidad. A esto se habia aplicado con una energía y una tension de espíritu extraordinarias. Habia acabado, despues de principios oscuros é inumerables hechos, por conquistar cierto número de ardientes partidarios y por remover al mundo filosófico, indiferente al principio, con movimientos diversos en que dominaban la sorpresa y una especie de inquietud. Esa misma curiosidad habia sido tardía. Los libros de A. Comte, saturados de nociones abstractas y términos técnicos, de prolijidad fatigosa, de estilo desagradable y duro, se habian extendido, no á toda luz y por un éxito inmediato, sino por una especie de infiltracion lenta, entre algunos espíritus curiosos, y en esa parte del público "abierta por disposiciones espontáneas á las doctrinas positivas." Por lo demás, nada habia hecho el autor para dar á conocer sus obras; las publicaba, hé aquí todo, y las dejaba caminar solas, apoyadas de tiempo en tiempo por algunos cursos públicos y gratuitos sin gran resonancia. Deseosísimo de tener discípulos, no empleaba sin embargo para adquirirlos ni siquiera los procedimientos más elementales ni la accion individual que podia ejercer. (1) Confesaba que nunca habia esperado más de unos cincuenta discípulos en el Occidente europeo y se felicitaba de haber superado este número. Verdad es que más tarde se lisonjeó de obtener conversiones en masa; estaba convencido de que el mundo iba á venir á él; devoraba en su ardiente y enfermizo pensamiento las trancisiones necesarias; aguardaba su hora próxima con la seguridad de un hombre que se creia infalible al mismo tiempo que universal. De dia en dia aproximaba esa fecha señalada por los destinos para la conversion del género humano; pero es preciso decir que entónces se hallaba en ese "periodo patológico," de que hablan con dolor sus discípulos. No discutia ya, pontificaba; ejercia las prerogativas anexas á su dignidad; casaba y administraba los otros sacramentos del nuevo culto; no escribia ya cartas sino breves. El positivismo habia llegado á realizar completamente la definicion que de él ha dado M. Huxley: "un catolicismo con el cristianismo de ménos."

A pesar de graves diferencias indicadas ya en los últimos años, M. Littré era el heredero designado de la obra de A. Comte, doblemente designado por la alta probidad de su carácter que se imponia á todo el mundo, y por su saber enciclopédico ante el cual todos se inclinaban. Un amigo comun le habia prestado el *Sistema de filosofía positiva;* al saber M. Comte que leia su libro, le mandó un ejemplar; tal fué el principio de sus relaciones. Littré no recordaba sin emocion esos orígenes de una amistad que tuvo tan grande influencia sobre su vida: "M. Comte, decia más tarde, no se habia engañado en la insinuacion que me hacia. Su libro me subyugó. Establecióse una lucha entre mis antiguas opiniones y las nuevas: éstas triunfaron, con tanta mayor seguridad, cuanto que al mostrarme que mi pasado no era más que una especie de preparacion, no produjeron rompimiento y contradiccion, sino extension y desarrollo. Desde entónces fuí discípulo de la filosofía, y he continuado siéndolo sin más cambios que los que me imponia el esfuerzo incesante de perseguir, al través de otros trabajos por otra parte obligatorios, las

(1) *Augusto Comte y la filosofía positiva,* pág. 665.

rectificaciones y ensanche que permite.» (1) Verémos luego en qué amplia extension se produjeron esas rectificaciones necesarias; verémos que si aceptó la herencia del maestro, no fué sino bajo beneficio de inventario. ¿Cómo procedió á esa liquidacion harto embrollada? ¿Qué debia por su parte incorporar á su fortuna intelectual del tesoro que caia en sus manos? ¿Qué debia rechazar como sospechoso y de mala ley? No creemos engañarnos, despues de haber vivido largo tiempo en el estudio del pensamiento de M. Littré y de su vida escrita, al decir que los lazos estrechos de la doctrina se relajaban insensiblemente en su espíritu, que el dogmatismo de los primeros dias de fervor tendia á disolverse y se resolvia en concepciones más ó ménos libres, cuya sola fuerza de cohesion subsistente era una negacion; así sucedió que la filosofía positiva, fundada para escapar de las ideas puramente negativas del siglo XVIII, debia volver á su punto de partida, tras un grande esfuerzo de reconstitucion filosófica y social. Si se sigue con atencion la marcha ascendente y descendente de esa escuela, al través de muchas apariencias contrarias y oscilaciones que engañan la mirada, acabará uno por persuadirse de que la exclusion de las concepciones teológicas y metafísicas, idea evidentemente negativa, es el solo dogma que queda en pié al fin de esa larga elaboracion de medio sigio, al mismo tiempo que es la razon más clara y decisiva de la popularidad de esa escuela en cierto público que no tiene tiempo para pararse en pormenores y matices.

Deja entenderse que este trabajo de descomposicion no se hizo sentir inmediatamente en la escuela; fué por grados, y sólo despues de haber recorrido varios se hizo el resultado perceptible. A pesar de ciertas dudas y desconfianzas sobre puntos graves, siempre permaneció Littré firmemente apegado á la concepcion primordial del positivismo, así como fué siempre admirador y apologista sin reserva de Comte, toda vez que tenia que exponer el conjunto de la obra, no cesando de proclamar el beneficio intelectual, y sobre todo, el moral, que esa filosofía ha hecho tanto á él como á los hombres de su tiempo que adolecian del mismo mal, pues en su opinion, fué á la vez producto y remedio de una época profundamente turbada. Sordos y confusos terrores asaltaron al hombre reflexivo y á las múltitudes irreflexivas; en efecto, ¿qué es lo que se ve? Conmociones prolongadas, esperanzas burladas, fluctuaciones incesantes, temor de volver á un pasado que se rechaza, é incertidumbre de un porvenir que no puede definirse. (2) Esa turbacion de la hora presente, ese desórden de las conciencias, esa falta de equilibrio de las almas, esa instabilidad prodigiosa de las creencias con que todo el mundo sufre en ciertas horas, todo eso depende, se nos dice, del antagonismo entre el saber siempre creciente y un resto precario de dominacion de los teólogos y metafísicos que se sienten arruinados por la ciencia. Augusto Comte fué el primero que percibió claramente que el oficio verdadero de la filosofía nueva debia ser reducir toda la estabilidad mental y social á la estabilidad de la ciencia, que es el punto fijo dado por todo el progreso de la civilizacion, y sacar del saber positivo el órden entero de las creencias, en lugar de perpetuar entre la creencia y la ciencia un conflicto irremediable y desesperante. Ese es el punto de union

(1) *Augusto Comte y la filosofía positiva*, prefacio.
(2) *Principios de filosofía positiva*, prefacio de un discípulo, pág. 75.

para todos los que espontáneamente, es decir, bajo la accion disolvente del medio social, han abandonado la fe tradicional. Al ligar esas conciencias dispersas y sin vínculo, la filosofía nueva habrá hecho un gran servicio social; al hacer su dogma intelectual del conocimiento real del mundo, hará su dogma moral del servicio de la humanidad. (1)

En calidad, pues, de bienhechor, Littré saluda á Comte, con la misma antigua piedad de Lucrecio hácia Epicuro, cuando le proclamaba libertador de su alma y del mundo esclavizado. "Ante el precio de las vivas luces de que le soy deudor, ¿qué caso debo hacer de algunos errores á que haya podido arrastrarme? Si la enseñanza que he recibido de sus obras me hubiera faltado, habria permanecido, segun la naturaleza de mi espíritu y de mis estudios, en una condicion negativa, habiendo reconocido por una parte, tras esfuerzos á menudo repetidos, que no podia aceptar ninguna filosofía teológica ó metafísica, y habiendo reconocido igualmente por otra, que no podia por mis propias fuerzas subir á un punto de vista universal, que hiciese para mí las veces de metafísica y teología. Comte me dió ese punto de vista. Mi situacion mental se modificó profundamente; mi espíritu se tranquilizó y hallé al fin la serenidad." (2) Si efectivamente A. Comte pudo devolver á una generacion perturbada la serenidad perdida, ese elogio no es excesivo, y la más alta gratitud no igualará la grandeza del beneficio; pero la conciencia de muchos hombres de esta generacion, protesta y clama muy alto que si hay pensadores aislados como M. Littré, que se han sentido curados á ese precio y á quienes ha bastado para pacificarse eliminar simplemente la idea de lo absoluto, semejante remedio no ha bastado á todos, y que el vacío del alma es demasiado profundo para que puedan llenarlo hechos y fórmulas de leyes; y todavía la cuestion es saber si tal remedio ha bastado siempre á M. Littré.

Por esta calidad, y sobre todo, por este órden de servicios, A. Comte ha merecido á los ojos de Littré el título de novador: por haber suprimido toda lucha en la inteligencia humana, no suprimiendo la filosofía, de ordinario hostil á la ciencia, sino dándole el mismo contenido que á la ciencia, los mismos métodos, en otros términos, identificándola al saber positivo, en lugar de convertirla en poder independiente y necesariamente rebelde; no por haber propuesto un principio de doctrina y de organizacion (muchos lo habian hecho ántes que él), sino por haber propuesto un principio nuevo que concentra en sí toda la virtud de la ciencia positiva, sola inatacable y creciente, que lleva consigo la coherencia y la consecuencia, por lo mismo los elementos de la paz intelectual, y destruye radicalmente en el espíritu toda probabilidad y toda ocasion de conflicto. Quien se adhiere á ese principio no tiene, si es lícito hablar así, mas que una sola conciencia, puesto que no tiene mas que una sola manera de pensar, el modo positivo. (3) Desde entónces, no mas grandes batallas del espíritu consigo mismo, desgarrándose con una especie de furor, dividido entre los datos positivos del saber que le retienen y las bellas quimeras que le llaman á otra parte. Al reducir toda la esfera del pensamiento al domi-

(1) *Principios de filosofía positiva*, prefacio de un discípulo, pág. 74.
(2) *Augusto Comte y la filosofía positiva*, pág. 516.
(3) *Principios de filosofía positiva*, prefacio de un discípulo.

nio del conocimiento *verificado*, Comte excluyó definitivamente el conocimiento *imaginado;* desde luego le obligó á refugiarse en lo absoluto, y por un último esfuerzo cierra ese absoluto, declarándolo hipotético y en todos casos inaccesible. No hay que sorprenderse de que el reconocido discípulo, olvidando toda la historia del empirismo, que bajo otras formas y otros nombres ha llegado siempre al mismo resultado, se eleve hasta el entusiasmo cuando celebra la emancipacion que su maestro ha traido al mundo: "M. Comte fué iluminado por los rayos del génio. Quien al salir de la confusa contienda del siglo XVIII, apercibió á principios del XIX el punto ficticio ú objetivo inherente á toda teología y á toda metafísica; quien formó el proyecto y vió la posibilidad de eliminar ese punto, cuyo desacuerdo con las especulaciones reales forma la gran dificultad de los tiempos presentes; quien reconoció que para llegar á esa eliminacion, se necesitaba hallar desde luego la ley dinámica de la historia, y la halló; quien convertido por ese inmenso descubrimiento en maestro de todo el dominio del saber humano, pensó que el seguro y fecundo método de las ciencias podia generalizarse, y lo generalizó; quien comprendiendo, en fin, al mismo tiempo el indisoluble vínculo con el órden social de una filosofía que abarcara todo, fué el primero en entrever las bases del gobierno racional de la humanidad; ese, repito, merece un lugar, por cierto, muy grande al lado de los más ilustres cooperadores de esa vasta evolucion que se llevó el pasado y traerá el porvenir." Con esta página, que más que resúmen de una filosofía, es un himno en honor del filósofo, termina la obra consagrada por Littré á su iniciador, á su consolador, á su maestro.

Tomado en su conjunto y á esa altura, tal elogio no me sorprende, y aun diré que me impresiona y conmueve por lo sincero y solemne de él. Mas confieso que comprendo ménos otra página extraida del mismo libro, que bajo cierto aspecto me parece en desacuerdo con las evoluciones de un discípulo que fué independiente; debo citarla textualmente porque extralimita el pensamiento de quien la ha escrito, y pondré sin trabajo en oposicion á M. Littré consigo mismo: "Hoy hace veinte años, decia en el prefacio escrito en 1863, que soy sectario de esa filosofía; la confianza que me inspira y que adquirí á costa de largas meditaciones y de más de una enmienda, no se ha desmentido nunca. Dos órdenes de pruebas he puesto en práctica para preservarme de las ilusiones y prejuicios: el uso que constantemente he hecho de esta filosofía, y la sancion que le impone el curso de las cosas. Ocupado en asuntos muy diversos, historia, lenguas, filosofía, medicina, erudicion, constantemente me he servido de ellas como de un instrumento que me traza las líneas, el orígen y término de cada cuestion, y me libra del peligro de contradecirme, enfermedad comun á los espíritus de ahora; esa filosofía basta para todo, nunca me engaña y siempre me ilustra. El curso de las cosas no le es ménos favorable que la prueba individual; no sólo no la contradice, sino que todo lo que acontece en ciencia ó en política le prepara algun nuevo apoyo mental ó social." Creeria uno soñar cuando repite esa página despues de haber consultado las *Observaciones* escritas en 1878 para la reimpresion de la obra intitulada *Conservacion, Revolucion, Positivismo:* hemos tenido últimamente ocasion de analizarlas; (1) hemos mostrado que era simplemente la

(1) Se refiere aquí el autor á la primera parte de este trabajo, que utilizarémos más tarde en el estudio que hemos emprendido sobre la anarquía positivista. (R. F.)

historia de un espíritu sincero, que se emancipaba de sus ideas de otro tiempo, consideradas como errores á sus propios ojos, y aceptadas imprudentemente un dia sin suficiente exámen, bajo la autoridad del positivismo y el patrocinio de A. Comte. Ni una sola de tales observaciones puede dejar de oponerse á esa extraña aseveracion de M. Littré sobre que su fidelidad á la filosofía positiva le ha librado del peligro de contradiccion, *enfermedad comun á los espíritus de ahora.* Todo ese admirable librito que hemos puesto á los ojos de nuestros lectores, no es más que la relacion de las contradicciones de un hombre honrado que reconoce haberse engañado en un gran número de circunstancias importantes. Resulta tambien de aquí esta otra enseñanza, que el curso de las cosas no ha sido más favorable que la experiencia individual á la demostracion práctica del positivismo. M. Littré nos hace la larga enumeracion de los mentís que las previsiones de su maestro han recibido de los acontecimientos, y llega á la dolorosa conclusion de haberse mostrado la historia refractaria á las inducciones de la sociología. Preciso es tener en cuenta, para juzgar equitativamente la página mencionada, cierta exaltacion momentánea que suele apoderarse de los mejores talentos cuando están llenos de un objeto y como embriagados de una idea.

Por lo demás, es notorio que ya algunos años ántes de la muerte de A. Comte, M. Littré habia sacudido el yugo harto estrecho y pesado del maestro arbitrario é iluminado, que habia acabado por convertir su autoridad en una especie de tiranía atrabiliaria y mística. Esa emancipacion relativa, que no se efectuó sin trabajo, tuvo por orígen un disentimiento político. Tras una larga intimidad intelectual de todos los dias y de casi todas las horas, el disentimiento comenzó con motivo del golpe de Estado de 1851, al que Comte se habia replegado, solicitando donde quiera protectores elevados para la política que ideaba, como se vió más tarde en su empeño de recurrir hasta Rusia ya que no pudo encontrarlos en Francia. Las cosas llegaron al extremo de que M. Littré, no obstante seguir pagando su escote al presupuesto de que vivia A. Comte, acabó por retirarse de la sociedad positivista. A medida que se alejaba del hombre que habia ejercido sobre él tal ascendiente durante once años, sentia la necesidad de someter al exámen del método positivo, todo lo que el maestro habia promulgado en la última parte de su vida y que el discípulo habia desde luego admitido con entera confianza. "No creo, dice M. Littré con noble candor, que hubiese sido capaz de hacerlo si hubiese permanecido bajo la influencia inmediata de M. Comte." (1) Este exámen oportuno produjo en su espíritu un movimiento harto considerable para marcar una fecha en la historia de la escuela. La crítica que se atrevió á llevar á las doctrinas de M. Comte, se encerró al principio en una simple pero grave cuestion de método y en las consecuencias que de ellas emanaban: el predominio atribuido por Comte al sentimiento, la subordinacion del espíritu al corazon, toda una política teocrática, y en fin, la vuelta á un nuevo estado teológico, muy semejante al otro en cuanto al método. Pero una vez despierta la crítica no debia ya dormirse y llevó su obra hasta el cabo: podemos señalar en los escritos de M. Littré, la série de trasformaciones en vía de operarse aun en vida del fundador

(1) *Augusto Comte y la filosofía positiva*, pag. 602.

de la escuela, y que se consumaron de una manera más y más precisa despues de su muerte en el espíritu del más sábio y popular de sus discípulos.

Señalemos esos movimientos sucesivos. Vino un momento en que A. Comte, pensando y asegurando que no hacia más que desarrollar la doctrina, modificó de todo á todo su método, y fué "cuando quiso pasar de los principios asentados en el sistema de filosofía positiva á la aplicacion establecida en el sistema de política positiva." Él mismo confiesa que cambió entónces el método objetivo, que busca las explicaciones en los hechos generalizados, por el método subjetivo, que sustituye á la concepcion de las leyes las intuiciones personales y las miras del espíritu. Es la época en que ya no discute, en que ya no interroga los hechos, en que imagina é impone sus ideas personales sobre las aplicaciones políticas y sociales del sistema. En política, por ejemplo, miéntras llega la era de la renovacion integral, fundada sobre la distincion de los poderes espiritual y temporal, queria establecer un gobierno *á sabiendas revolucionario* para lo que llama el *interregno*, el tiempo de transicion. Sábese que meditaba nada ménos que establecer la dictadura con ayuda de un triunvirato electivo nombrado por el pueblo de Paris exclusivamente, y escogido entre los proletarios. M. Littré cometió el error, en los dias turbulentos de 1848, de recibir desde luego sin exámen ideas que debia rechazar más tarde. "Es, decia entónces, un grave descalabro intelectual, y lo confieso sin rodeos. La única compensacion que en él encuentro, y no carece de valor, es por de pronto una leccion de modestia, y despues una justa advertencia, para mí, de desconfiar de mí mismo, y para los que quieran leerme, de ver en mí un guía que no es absolutamente fiel sino á su buena voluntad." (1)

En el dominio religioso la disidencia fué tan enérgica como inmediata. Luego que Comte se apartó sensiblemente del estado positivo, "aquel en que el espíritu humano concibe que los fenómenos se rigen por leyes inmanentes á las que nada hay que pedir por las preces ó la adoracion," M. Littré se retiró. Ni un solo instante admitió esa concepcion más que extravagante, ilusa, la tierra ó gran fetique, el espacio ó gran medio, la inmensidad ó gran sér, que Comte llamaba tambien la trinidad positiva en oposicion á la trinidad cristiana.—"Se comprende que la teología hable en nombre de las revelaciones; pero aquí ¿qué tenemos? preguntaba M. Littré, ¿una ficcion? Pero una ficcion voluntaria no es objeto de ninguna creencia, en el sentido sério de la palabra. ¿Una realidad? Pero ¿quién querrá creer que la tierra haya tenido voluntad y buenas intenciones hácia el futuro género humano, arreglando sobre esto su adoracion y su conducta? Por otra parte, A. Comte confiesa abiertamente que el espíritu humano no puede abstenerse de creer en voluntades independientes que intervienen en los acontecimientos del mundo; pero entónces jamás se ha hecho una confesion más mortal para la filosofía positiva, que reposa en efecto sobre el dato de que el espíritu humano no es necésariamente sino sólo de una manera transitoria, teólogo ni metafísico. Si se quiere ahora decir que lo es necesariamente, proclámese muy alto, vuélvase al estado teológico anterior, sin esperar que miserables concepciones entren sériamente en competencia con la teolo-

(1) *Augusto Comte y la filosofía positiva*, pag. 587.

gía emanada de las profundidades de la historia y consagrada por la grandeza secular de las instituciones y de los servicios." (1)

Sobre todos estos puntos de la síntesis política, social y religiosa, M. Littré toma su partido, no sin amargura y penas secretas. "Vivamente habria deseado que fuese de otra manera. Discípulo de la primera parte del sistema, estaba enteramente dispuesto á serlo de la segunda, de la misma manera, es decir, por ese ascendiente irresistible que trae consigo la verdad demostrada. El ascendiente faltó; y fué preciso separarme de concepciones que ya no tenian para mí razon de ser. De este modo, manteniendo con firmeza la filosofía positiva que es la base, he rechazado con no ménos firmeza, en una gran parte, la política positiva que M. Comte quiso deducir de aquella." Pretende que en el fondo no ha tenido que dividir la obra de M. Comte, que permanece intacta y entera, pues sólo le ha quitado consecuencias y aplicaciones impropias; pero ha tenido, y esto es lo doloroso, que dividir al mismo Comte, es decir, mostrar que ha sido infiel á sus principios y á su método, (2) é imputa esa infidelidad, que le es tan penoso consignar, á perturbaciones orgánicas de M. Comte, á debilidad producida por el exceso de trabajo.

¿Es todo esto rigurosamente exacto? ¿No ha habido infidelidad ó más bien independencia del discípulo, sino sobre los puntos indicados en esa patética confesion? Nótese bien que yo no pongo un instante en duda la absoluta sinceridad de ese verdadero hombre honrado, pero no puedo abstenerme de hacer constar que hay otros puntos, fuera de los mencionados, sobre los cuales se ha modificado su pensamiento por la experiencia, por la reflexion, por el contacto de los acontecimientos y de los hombres; y no se puede en realidad decir que la obra de A. Comte haya permanecido para M. Littré "intacta y entera" como supone. En pos del entusiasmo de los primeros años llegó la reflexion, haciendo un trabajo insensible, lento, pero continuo. "Despues de todo, él mismo lo declara, la funcion del discípulo es la crítica, me refiero á esa crítica de buena ley que no separa lo falso sino para dar á luz lo verdadero." Aun cuando A. Comte no hubiese dado á luz mas que la parte ménos vulnerable de su obra, el *Sistema de filosofía positiva*, seria preciso todavía que ese libro fuese muy sériamente estudiado, buscando mediante un exámen riguroso sus lagunas y partes débiles. Miéntras vivió A. Comte, su carácter irritable imponia á sus discípulos grandes miramientos, y por cierto nunca habia querido M. Littré turbar los dias que le quedaban de vida. Distinta es la condicion de la obra, de hoy más impersonal, que ha dejado; no tiene necesidad de miramientos; seria hacerle una injuria; lo que pide es que el método y los principios triunfen, aun cuando perezca ó desaparezca esto ó aquello. Augusto Comte se ha colocado sobre el panegírico; no queda mas que un modo de alabarle digno de él, es el de la historia, la historia que es una crítica permanente de las ideas y de las cosas dignas de vivir en ella y de modificarla. (3)

Así, M. Littré no deja de indicar las partes débiles y lo insuficiente del sistema para obedecer á ese deber de la crítica que no es más que el derecho de la verdad sobre no-

(1) *Augusto Comte y la filosofía positiva*, págs. 562—564.
(2) *Ibid.* prefacio, p. IV.
(3) *Ibid.*, pág. 651.

sotros. No es posible entrar aquí en el pormenor de la controversia; pero debemos al ménos señalar lo que M. Littré quita del programa positivista ó lo que quisiera añadirle, así como las partes del sistema que en su concepto sólo han sido establecidas provisionalmente. Al concluir la obra, cuando examina el conjunto de la filosofía positiva, señala tres lagunas esenciales. Desde luego la economía política. No concibe que dogmáticamente Comte la haya eliminado en diversos pasajes de sus escritos como una ciencia falsa; y establece que forma parte integrante de la sociología y que no se la puede abandonar sin perjuicio para toda la teoría de esta ciencia. En efecto, una de las ideas predilectas de la nueva escuela, es que el cuerpo social reproduce en rasgos fieles, aunque agrandados, la imágen de un cuerpo viviente. En el organismo social, la economía política representa lo que la nutricion en el organismo; es su parte vegetativa, aquella por donde se mantiene diariamente. Ahora, fácil es demostrar por el análisis y la comparacion que las funciones superiores del cuerpo social, las que administran la parte moral, estética, científica, y que conducen la evolucion, están bajo la dependencia absoluta de las funciones inferiores que aseguran el mantenimiento material de la sociedad, lo que se puede llamar la industria, lo mismo que en el cuerpo viviente las funciones superiores concedidas al sistema nervioso, están bajo la dependencia de las funciones de nutricion sin las que no pueden existir ni ser conocidas. La omision de la economía política es, pues, una grave laguna en la sociología, así como un vicio grave contra el método que gobierna la jerarquía de las ciencias.—Una segunda laguna que urge llenar concierne á la teoría cerebral. La hipótesis de Gall, adoptada ligeramente, ó más bien, adaptada con ciertas modificaciones por Comte á su sistema, es una concepcion ruinosa. Preciso es, pues, apresurarse á retirar del edificio esos materiales engañosos; pero el vacío que dejan es grande; hay que constituir toda la *psicología biológica,* todo el conjunto de condiciones orgánicas bajo las cuales se manifiesta el pensamiento. Así comprendida, esa teoría pertenece á la biología; debiendo ser estudiada en la anatomía, en la fisiología, en la zoología, en la evolucion de las edades, en la patología. Verdad es que todavía no tiene á disposicion de los sábios mas que rudimentos, pues es la parte más complicada y difícil de la biología; pero lo que se sabe y aumenta diariamente, indica lo que será un dia esa ciencia cuando esté constituida y en progreso.

En fin, la más grave de las lagunas es la omision de la psicología, no la psicología como la entendemos y como la sostiene Stuart Mill contra la condenacion formal de A. Comte, la psicología del hombre individual, sino la psicología del hombre colectivo, que llama "la teoría subjetiva de la humanidad" y que comprende además del estudio de las condiciones formales del pensamiento, la moral y la estética. Esas teorías faltan en la filosofía positiva, y le son sin embargo esenciales, son el complemento de la filosofía. Miéntras no están constituidas, una multitud de nociones verdaderamente filosóficas permanecen sin órden, sin vínculo ni armonía; pero como dice M. Littré en su lenguaje elíptico y abstracto, "no llegan sino despues del saber objetivo;" y con ayuda de ese saber es como se puede examinar, al término del camino andado, el instrumento subjetivo que la ha recorrido y conquistado; la teoría del sujeto es el complemento indispensable de la teoría del objeto. (1)

(1) *Augusto Comte y la filosofía positiva,* pág. 663.

Hé aquí muchas y muy graves lagunas señaladas en la doctrina de A. Comte; pero su discípulo, lo mismo que él, no ha salido de la era preparatoria, de la era de los programas. Uno de estos programas bien llenos, habria servido mejor á los verdaderos intereses de la ciencia, que todas esas vagas promesas, esos sumarios anticipados del saber futuro ó esas controversias sobre la insuficiencia de los sumarios propuestos. Entendámonos bien. Yo no digo que M. Littré no haya dejado obras considerables, algunas acabadas, pero son independientes de la escuela especial á la que habia consagrado sus esfuerzos y su nombre; y como su maestro, sólo ha dejado críticas muy vivas sobre el régimen metafísico y teológico, y proyectos de conquistas futuras, bosquejos muy generales del porvenir científico tal como lo imagina, proclamas en honor del advenimiento del positivismo.

(Concluirá.)

OPINION DE M. PASTEUR SOBRE EL POSITIVISMO.

De una correspondencia de Paris, publicada por el *Siglo XIX*, tomamos lo siguiente:

"Brillante, magnífica ha sido la sesion de la recepcion de Pasteur en la Academia francesa. Bello torneo de la inteligencia en que lucieron sus dotes dos hombres eminentes.

Al principio de su notable discurso reconoce Pasteur que es á sus trabajos científicos á los que debe el ocupar un puesto en la dicha corporacion. Así procuró ante lo que llamó un *honor impersonal* tributado á la ciencia, eclipsarse modestamente.

Entró Pasteur á reemplazar al ilustre Littré. Tocábale por tanto hacer el elogio de éste. Hízolo representando al hombre privado lleno de virtudes. Habló de su caridad inextinguible, de su tolerancia con las agenas opiniones, de su grande amor al género humano, de su laboriosidad incomparable, fecundísima para las letras. Luego juzgó Pasteur á Littré como filósofo, como partidario que fué durante un largo periodo de su vida de las ideas positivistas de A. Comte, segun las cuales hay que excluir absolutamente del entendimiento humano toda idea metafísica y no admitir otro testimonio que el de los sentidos. En esta parte del discurso hay un pasaje en que el hombre de la ciencia afirma en magníficos términos sus ideas espiritualistas oponiéndolas á las que un tiempo profesara el hombre de letras. Cedo á la tentacion de presentar aquí aquel importante pasaje, ó al ménos su parte más esencial. "El grande y evidente vacío, dice Pasteur, de ese sistema (el de Comte) consiste en que en la concepcion positiva del mundo no toma en cuenta la más grande de las nociones positivas—la del infinito.

"Más allá de esa bóveda estrellada, ¿qué hay? Nuevos cielos estrellados. ¡Sea! ¿Y más allá? El espíritu humano, cediendo al empuje de una fuerza irresistible, no cesará jamas de preguntar: Y más allá, ¿qué hay? ¿Quiere por ventura detenerse, sea en los tiempos, sea en el espacio? Como el punto en que se detiene no es sino una grandeza limitada aunque más grande que todas las que la han precedido, apénas la contempla un instante cuando vuelve la implacable cuestion y vuelve siempre y por siempre sin que haya cómo poder acallar la voz de la curiosidad del sér pensante. De nada sirve que se responda: más allá está el espacio de los tiempos y de las grandezas sin límites. ¡Nadie comprenderá esas palabras! El que proclama la existencia de lo infinito—y nadie puede es-

caparse de proclamarla—acumula en esa sola afirmacion más de sobrenatural de lo que puede haber en todos los milagros de todas las religiones, porque la nocion de lo infinito tiene el doble carácter de imponerse á la razon humana y de ser incomprensible.

"Cuando esa nocion se apodera del entendimiento, no hay cómo dejar de prosternarse. Todavía en ese momento de penosas angustias hay que pedir gracia á su razon. Todos los resortes de la vida intelectual amenazan relajarse. Siéntese uno á punto de ser presa de la locura sublime de Pascal.

"Ahora bien: el positivismo suprime, porque así le place, esa nocion positiva y primordial, la aparta, no se ocupa de ella, no quiere pensar en ella ni en sus consecuencias en la vida de las sociedades.

"Yo, señores, veo la nocion de lo infinito en el mundo: por todas partes encuentro su inevitable expresion. En virtud de ella lo sobrenatural se encuentra en el fondo de todos los corazones.

"La idea de la Divinidad es una forma de la idea de lo infinito. Miéntras el misterio de lo infinito pese sobre el entendimiento humano, habrá templos elevados al culto de lo infinito, sea que el Dios se llame Brahma, Alá, Jehová ó Jesus, y en el pavimento de esos templos vereis á los hombres arrodillados, prosternados, abismados en el pensamiento de lo infinito. La metafísica no hace mas que traducir dentro de nosotros esa nocion que nos avasalla, la de lo infinito. La misma concepcion de lo ideal ¿no es tambien una facultad, reflejo de lo infinito, que en presencia de la belleza nos lleva á imaginarnos una belleza superior?

"La ciencia y el anhelo de comprender ¿son acaso otra cosa que el efecto de ese aguijon que pone en nuestra alma ese misterio del universo? ¿Dónde están los verdaderos orígenes de la dignidad humana, de la libertad, de la democracia moderna sino en la nocion de lo infinito, ante la cual todos los hombres son iguales?"

El discurso de Pasteur fué muy aplaudido.

Renan contestó. Como pieza literaria fué tambien bella su peroracion. Sin atreverse á combatir de frente las afirmaciones de Pasteur en cuanto á la filosofía de Comte, dejó comprender algunas dudas. En hermosos conceptos aseguró al fin á Pasteur que el espíritu de éste, siempre preocupado de nuevos descubrimientos para bien de la humanidad, hallará dulce solaz en el seno de la Academia; que las pacíficas controversias literarias, la encantadora risa de la comedia, la pura y tierna novela, la poesía que en alas poderosas se remonta al cielo y se desata en armonías, la fina observacion moral, el análisis exquisito de las obras del espíritu y el sentido profundo de la historia, serán casos que habrán de procurarle momentos de satisfaccion.

Terminó dando la bienvenida al sábio ilustre.

REVISTA DE PERIODICOS.

México, Julio 1° de 1882.

Tenemos que comenzar hoy nuestra revista con una noticia que seguramente sorprenderá al lector; la noticia es la siguiente: *El Positivismo* no es positivista. Esta proposicion que al primer aspecto ofrece el carácter de una paradoja, es sin embargo la excepcion de un hecho fundado en las mismas palabras de nuestro colega, como vamos á verlo. Fijémonos desde luego en el sentido preciso de la *filosofía positiva*, sobre la cual nos dice nuestro ilustrado adversario que más que un sistema más que una doctrina "es un método." No es esto ciertamente lo que por positivismo han entendido Comte, Littré, Mill, Spencer, etc. "Admitimos, dice Mill, que la filosofía es segun la significacion atribuida por los antiguos á esta palabra, *el conocimiento científico del hombre en tanto que es sér intelectual, moral y social.* Como sus facultades intelectuales contienen la facultad de

conocer, la ciencia del hombre contiene todo lo que el hombre puede conocer, en otros términos, *toda la doctrina de las condiciones del conocimiento humano.*" Littré no está conforme con esta definicion; para él la filosofía positiva "es el *estudio general del mundo, ó en términos escolásticos, del objeto;* y en ese mundo, en ese objeto, el hombre se encuentra en su lugar, sea como sér viviente, sea como sér social." Bourdet, en su *Vocabulario de los principales términos de la filosofía positiva,* dice hablando del positivismo: "Como no hay más que tres filosofías generales: 1.° teológica, 2.° metafísica y 3.° científica ó positiva, ésta última debe ser buscada *como doctrina* por todos los quieren una explicacion tan general como la que dan las dos primeras, y tan segura como aquella cuyos elementos ofrecen á la tercera las ciencias exactas." Podriamos aglomerar citas indefinidamente, pero las que hemos aducido bastan para que se vea que ninguno de los grandes maestros del positivismo ha considerado su filosofía como un simple método, y que por lo mismo, nuestro colega se pone fuera de la escuela al eliminar todo lo que constituye propiamente el sistema y la doctrina; podemos, pues, decir que en este sentido el *Positivismo* no es positivista.

Muy mal suenan á los oídos del Sr. Dr. Parra las palabras *empirismo* y *sensualismo,* y poseido de un desden trascendental, nos llama clasificadores desgraciadísimos porque apoyados en el método y principios comunes á los positivistas, los hemos colocado en el grupo de los empíricos y de los sensualistas. "¿Ignora acaso, nos pregunta, las profundas diferencias que separan al método positivo del método que caracterizó á los pensadores *que* (suponemos que quiso decir *á quienes*) la historia de la filosofía aplica aquellos nombres? ¿Olvida por ventura que los empíricos trataban la deduccion con singular menosprecio ateniéndose solo al procedimiento inductivo, miéntras que nuestro método legitima á ambos, y condena con tanta energía el empirismo ciego y exclusivo como el abuso de la razon pura? No son ménos distintas nuestras doctrinas de las de Condillac y otros sensualistas, no pretendemos como ellos, que el pensamiento se resuelva en sensacion, no profesamos que nuestras ideas sean sensaciones trasformadas, sino que creemos, acercándonos más á Kant que á Condillac, que la inteligencia opera en virtud de su actividad inherente, sobre los datos que le suministra la sensacion, ó valiéndonos de un lenguaje análogo al del pensador de Koenisberg, (suponemos que es Kœnigsberg), que las sensaciones suministran la *materia* del conocimiento, miéntras que la inteligencia le presta la *forma.*"

Vamos por partes, señor doctor, y no se enoje. *Empirismo* viene de *en* y *peira,* experiencia, y se aplica á las escuelas filosóficas que "toman la experiencia por base de sus teorías, de suerte que si uno se engaña es porque ha visto ó experimentado mal." (1) *(Diccionario de Larouse).* Bajo el nombre de sensualismo se designan "todos los sistemas que directa ó indirectamente, hacen derivar todas nuestras ideas de la experiencia de los sentidos, reduciendo la inteligencia, y por consiguiente todas nuestras facultades, á la sensacion." *(Diccionario de las ciencias filosóficas).* Ahora bien, ¿qué es el positivismo? "Sistema de filosofía que rechaza toda concepcion metafísica y funda la ciencia toda entera en la consideracion de los hechos materiales y palpables." *(Diccionario de Larouse).* ¿Percibe el lector alguna diferencia esencial entre el empirismo, el sensualismo y el positivismo? "*Todo conocimiento viene de la experiencia:* dice Spencer, hé aquí lo que sostiene M. Comte y yo tambien sostengo." Nunca el empirismo se ha expresado de otro modo; "pero yo lo sostengo, continúa Spencer, en un sentido más ámplio que él, porque no solamente pienso que todas las ideas adquiridas por los individuos, y por consiguiente todas las ideas trasmitidas por las generaciones pasadas se derivan de esa fuente, sino que tambien pienso que las mismas facultades que sirven para la adquisicion de esas ideas son el producto de las experiencias acumuladas y organizadas, trasmitidas por las razas anteriores." Nos parece que esto es llevar el empirismo más allá de lo que soñaron los antiguos, que no fueron por cierto parcos en extravagancias. Si todo conocimiento viene de la experiencia, claro es que todo conocimiento viene de los sentidos; el

(1) O lo que es lo mismo, que se ha hecho mal uso del método como ha dicho el Sr. Dr. Parra para explicar la anarquía positivista.

sensualismo y el empirismo desde este punto de vista son sinónimos; y como los positivistas sostienen ambas cosas, claro es que pueden ser clasificados *sin desgracia*, en el grupo de los empíricos y sensualistas. Hablando de la sensibilidad dice Bourdet: "Los modos de inervacion que la representan en los elementos anatómicos comprenden: 1.° las impresiones, 2.° las trasmisiones y 3.° las percepciones, que se hacen en tres puntos diferentes, y *procuran*, segun los casos y grados de la escala orgánica, *voliciones* y *pensamientos*, ó *incitaciones matrices*. Se llama *sensacion* el conjunto de los tres actos de la sensibilidad, y cada sensacion varía con la irritabilidad especial ó accidental de los tejidos." Aquí tiene el Sr. Dr. Parra la sensacion trasformada en idea por el positivismo. ¿Conque los empíricos trataban la deduccion con singular menosprecio al contrario de los positivistas? Pues vea vd., Stuart Mill no se distingue por su entusiasmo en favor de la deduccion cuando llama al silogismo *peticion de principio*, y cuando urgido por sus opiniones empíricas y sensualistas establece que toda conclusion legítima debe hacerse de lo particular á lo particular. Creemos que lo dicho es bastante para poner de manifiesto que no hemos hecho ninguna injuria á los positivistas colocándolos en el grupo de los sensualistas y de los empíricos, que nos hemos reducido simplemente á llamar las cosas con sus nombres propios; pero como el Sr. Dr. Parra rechaza indignado tales calificaciones, es fuera de duda que no es ni puede ser positivista. Esto se corrobora cuando le vemos ya acercarse á pasos apresurados al subjetivismo de Kant, es decir, al polo opuesto del objetivismo de Comte, quien profesaba tal horror á todo lo subjetivo que suprimió la psicología declarando imposible la observacion sobre sí mismo. Un paso más y verémos á nuestro colega figurar bajo la bandera idealista de Fichte.

Ante la notable trasformacion que ha sufrido nuestro colega, las demas cuestiones que toca pierden su importancia. Esfuérzase, por ejemplo, en demostrarnos que no existe anarquía entre los positivistas, sino desacuerdo, estando todos ellos conformes en la base de que parten; forma un gran catálogo de las opiniones que dividen á los sábios experimentadores sobre la médula espinal, sobre la digestion, sobre la saliva, sobre la bílis, sobre los músculos intercostales, etc., etc. Admirando como admiramos la vasta erudicion de nuestro colega, nos tomamos la libertad de decirle que todo esto no viene al caso, pareciéndonos, perdon por la comparacion, el general que viendo que no alcanzaba un cañonazo al enemigo, mandó que se dispararan dos. ¿Qué es lo que se propuso el señor doctor con esa lluvia de ejemplos? ¿Probar que en las ciencias de observacion caben las hipótesis? Nadie lo ha negado. Manifestar que los sábios experimentadores pueden profesar diversas opiniones sobre puntos dudosos? Nadie lo ha negado tampoco. Lo que debia probar el *Positivismo* en el caso presente era que una ciencia podia constituirse con un conjunto de hipótesis y de opiniones discordantes, pero esto no lo probará nunca el Sr. Dr. Parra, por la sencilla razon de que no es posible. Que un hombre, por sagaz que sea caiga en error no obstante las precauciones que tome en el procedimiento que sigue, se comprende muy bien, y eso en nada disminuye la bondad intrínseca del procedimiento; pero ¿qué diriamos de un método que no produjera ningunos resultados satisfactorios, pues todos ellos se reducian á hipótesis y opiniones más ó ménos aventuradas? ¿Concederá el Sr. Dr. Parra confianza ilimitada á un método curativo cuya aplicacion hubiera ocasionado constantemente la muerte de los enfermos? ¿Quedaria tranquilo el paciente á quien se dijera: "Este método es excelente *formaliter*, pero *materialiter* es pésimo; sin embargo, no se inquiete vd., aquí no se trata de su salud, sino simplemente de observar por vía de abstraccion las bellezas del procedimiento?" Pues bien, la comparacion será vulgar, pero exacta. Hemos dicho, y lo repetimos, que estamos muy léjos de exigir que los positivistas sean infalibles; pero sí creemos que hay derecho á pedir resultados científicos ciertos y *positivos*, á quienes se presentan ofreciendo con tales caracteres una nueva reconstruccion de todos los conocimientos humanos mediante la infalibilidad de su método. Mas ¿qué pensar de un método que no sólo engendra la anarquía entre sus sectarios, sino que mantiene á los dos grandes jefes de la escuela en una perpetua contradiccion consigo mismos, hasta que cae el uno en los delirios de una especie de misticismo ridículo y grotesco, y se entrega el otro en brazos de la misma teología que fué el constante blanco de sus ataques?

El acuerdo de los positivistas se halla solamente en lo que niegan, lo cual los coloca por de pronto en el grupo de los empíricos y sensualistas, dándoles el carácter distintivo de *eliminadores* segun la expresion del padre Félix. Pero esa situacion media entre dos negaciones, esa abstencion sistemática y artificiosa no satisface las tendencias naturales del espíritu humano, y sólo puede ser efecto de un escepticismo impotente para construir nada sólido y duradero. "En las cuestiones filosóficas, dice el materialista B. Gendre, lo mismo que en las políticas y sociales, el *mezzo termine* está á la órden del dia... ese espíritu de moratoria y tergiversacion ha penetrado grandemente en el dominio de la filosofía y de la ciencia. A él se debe el fenomenismo, el determinismo, el monismo, el positivismo, todos esos *ismos* vergonzosos bajo los cuales se disfrazan las timideces del pensamiento." El acuerdo, pues, á que se refiere nuestro colega no prueba nada en favor de la tésis que defiende, pues un acuerdo negativo no puede servir de base á una doctrina positiva.

Colocado el Sr. Dr. Parra en medio de la anarquía positivista, y teniendo que tomar una posicion determinada, se resuelve á no adoptar ninguna. Hé aquí sus palabras: "Somos eclécticos dentro del método positivo, que una doctrina provenga de Spencer, de Mill, ó de Comte, la aceptamos si está de acuerdo con el método comun que proclamaron estos pensadores, rechazándola en el caso contrario por mucho que sea el respeto que nos merezca el autor que la formuló." Felicitamos á nuestro colega por el paso que ha dado emancipándose del dogmatismo de Littré, abandonando el campo positivista al modificar radicalmente el concepto de su teoría filosófica, al sacudir las mezquinas trabas del empirismo y del sensualismo, y al aproximarse tanto al pensador de Kœnigsberg. No se podia hacer mejor uso de la libertad ecléctica.

El Sr. Dr. Parra concluye su artículo dando por terminado el debate relativo á la anarquía que reina en el campo positivista, y deseando para nuestro buen nombre y para el éxito del propósito que nos trajo á la prensa, que en lo sucesivo formulemos en contra del positivismo objeciones más fundadas que las que hemos empleado hasta aquí. En cuanto á lo primero, efectivamente, la materia está agotada, bastante se ha dicho en pro y en contra, y el lector imparcial puede formar juicio exacto sobre la cuestion, y decir si hemos pecado de ligeros al calificar de anarquía el desacuerdo de los positivistas, al colocar á éstos en el grupo de los empíricos y sensualistas, y al afirmar que el *Positivismo* ha roto la misma bandera que defiende. En cuanto á lo segundo, agradecemos muchísimo á nuestro colega sus buenos deseos, correspondiéndole con un sentimiento todavía más *altruista* al desearle en todas sus defensas del positivismo el mismo éxito que ha obtenido en el presente, pues cedemos con gusto la palma de esta especie de victorias.

La Patria y la *República* han hablado en los términos más honrosos para nosotros del compendio de lógica que estamos escribiendo. Reciban nuestros apreciables colegas el agradecimiento más sincero de quien sabe estimar en todo lo que valen sus benévolas expresiones.

Concluimos llamando muy especialmente la atencion de nuestros lectores sobre el notable artículo de M. E. Caro que hemos traducido, y comenzamos hoy á publicar, por considerarlo de la más alta importancia en las circunstancias actuales. Dicho artículo forma la segunda parte del magnífico estudio que sobre M. Littré publicó recientemente su distinguido autor en la *Revue des deux Mondes:* en él se encuentra una exposicion clara, imparcial y concienzuda de la doctrina positivista, señalando á grandes rasgos las profundas trasformaciones que sufrió en manos de uno de sus más doctos y fervientes partidarios, y el verdadero estado á que ha quedado reducida despues de la muerte de Comte y de Littré. Muy satisfactorio ha sido para nosotros encontrar corroboradas nuestras apreciaciones acerca del positivismo en el estudio de M. Caro, pues vemos que el deseo sincero de encontrar la verdad no nos ha extraviado en el análisis de esa doctrina, cuyo pasajero prestigio, debido á circunstancias excepcionales, se va desvaneciendo rápidamente, no sólo por los vicios radicales de que adolece, sino porque se halla en abierta contradiccion con el espíritu y tendencias de la sociedad mexicana. Deseariamos conocer la opinion que nuestros positivistas se han formado sobre la obra de M. Caro.

J. M. VIGIL.

EMILIO LITTRÉ.

LA FILOSOFÍA POSITIVA, SUS TRASFORMACIONES, SU PORVENIR. (1)

Una de las doctrinas que segun él aseguraban la victoria definitiva á la doctrina, y con la que más habia contado para conquistar á los espíritus rebeldes, la sociología, le preparaba más de una decepcion. Y sin embargo, ¡con qué entusiasmo la habia saludado! "La palabra y la cosa, decia con orgullo, son creaciones de M. Comte; soy ya bastante viejo para acordarme de la soberbia con que fué acogido ese término bárbaro. ¿Qué cosa buena podia ocultarse bajo ese miserable neologismo? Semejante rótulo era digno de la mercancía que anunciaba. ¡Pues bien! todo ese desden fué enteramente perdido; rótulo y mercancía han hallado gracia. La palabra se ha extendido en Francia y en todas partes, y el gran movimiento científico provocado por la idea, está apenas en su principio." (2)

Sin inquietarnos por saber si hay de veras una creacion tan original como supone M. Littré, y si es verdad que bajo nombres ménos bárbaros, la historia de las sociedades humanas, el estudio de la vida social, de sus órganos y de sus funciones no existian ántes del positivismo, hagamos constar que en la certidumbre de las leyes sociológicas y en su cumplimiento gradual colocaba el verdadero criterio de la doctrina. A esta ciencia y á sus previsiones infalibles se dirigia para confundir á los espíritus más rebeldes. Afligíale el conflicto irreducible de las convicciones contrarias, y creyó encontrar el remedio: "Sé muy bien que hombres en quienes reconoceré toda especie de superioridad, de ninguna manera se conmueven con lo que para mí es la evidencia; y recíprocamente, las razones que les parecen decisivas carecen para mí de fuerza y virtud. Cuando llegan

(1) Véase la página 81.

(2) *Observaciones* sobre la 2ª edicion de *Conservacion, Revolucion, Positivismo.*

dos personas, una de un aire muy frio y otra de un aire muy caliente y se encuentran en un lugar intermedio, la primera lo halla muy caliente y la segunda muy frio. Entre estas dos sensaciones, tan verdadera una como otra, ¿quién decidirá sino es el impersonal termómetro? He buscado desde hace largo tiempo, un termómetro que pudiese, al leer los grados, consultar sobre las opiniones que he abrazado." Él creyó encontrar ese "impersonal termómetro" de las ideas filosóficas, en la doble escala que muestra simultáneamente en la historia de la humanidad la diminucion de lo sobrenatural y el aumento de lo natural, la diminucion de las nociones subjetivas y el aumento de las nociones objetivas, la diminucion del derecho divino y el aumento del derecho popular, la diminucion de la guerra y el aumento de la industria. (1) No dudaba que ese termómetro, al ejecutar su evolucion, fijase el destino de las opiniones y alcanzase ese objeto supremo, el juicio de los conflictos humanos. Pero él mismo debia sentir, y sintió en efecto en los últimos dias de su vida, cuán vagas, cuán discutibles, cuán llenas de ilusiones posibles y de contradicciones reales son esas indicaciones, y cuántas incógnitas, que hacen la conclusion incierta, entran en cada cálculo. No citaré más que un ejemplo que el mismo Littré nos proporciona. ¿Qué cosa más evidente desde el punto de vista sociológico, que el aumento y diminucion inversos de la guerra y de la industria? Pues bien, histórica y prácticamente hablando, nada hay más falso, y la experiencia que tenemos ante los ojos nos obliga á registrar un chasco completo para las previsiones de este género. ¿No vemos desarrollarse en nuestra presencia esa antinomia sorprendente del progreso de la industria y de la exacerbacion de la guerra? A convenir en ello se ve obligado M. Littré en una de sus más dolorosas *Observaciones*. Miéntras la industria, siguiendo á pasos de gigante el progreso de las ciencias, no ha cesado de extenderse y aumentar el poder de la humanidad sobre la naturaleza, ligando á los pueblos por vínculos infinitos y haciéndolos hasta cierto punto solidarios de cada uno, obligándonos á considerar toda interrupcion de esa comunidad no sólo como una desgracia particular, sino como una desgracia general, convirtiéndose así en un grande agente de paz en los tiempos modernos, precisamente y al mismo tiempo, por una contradiccion extraña, nunca la guerra ha sido más amenazadora, nunca ha parecido más remota la paz, tan comprometida por los inmensos armamentos de los pueblos y por el espíritu de conquista y nacionalidad que trata de rehacerlo todo. (2) La guerra de razas, las naciones armadas, ejércitos gigantescos de un millon y medio ó dos millones de hombres siempre prontos á arrojarse unos contra otros y á hacer pasar sobre la vieja Europa una tromba de hierro y de fuego, la misma industria al servicio de la fuerza brutal y multiplicando sus recursos, hé aquí ciertamente un espectáculo que no es el más propio para alegrar á los amigos de la paz y dar crédito á los oráculos. Igual cosa sucede con la mayor parte de las previsiones de Comte en materia de política corriente. Difícil es engañarse más á menudo y más torpemente que él cuando quiso hacer el papel de profeta, y M. Littré no ha dejado de enumerar esos fracasos con una buena fe que le honra.

(1) *Principios de filosofía positiva*, prefacio de un discípulo, pág. 71.
(2) *Observaciones*, pág. 278.

¿A qué se reduce, pues, esa sociología tan llena de magníficas promesas? A una teoría del progreso terrestre, del progreso humano. Pero esperanzas de este género no son monopolio del positivismo. Turgot, Herder, Kant, Hegel, todos los pensadores modernos las han concebido, cada uno á su manera, y dudo mucho que el positivismo haya ilustrado el problema por una série de aserciones semejantes á ésta, á saber que el objeto del progreso es conformar la existencia social del hombre con la concepcion positiva del mundo, que el progreso no depende de los reyes ó de los pueblos, que se verifica á pesar suyo y sin cesar por *la sola fuerza evolutiva de la historia*, que el arte humano consiste simplemente en ponerse de acuerdo con esa fuerza, lo que reduce dicha evolucion á no ser más que una de las formas de la fatalidad universal. La sola idea clara que de aquí se desprende es una concepcion combinada del progreso y de la necesidad, cuyo efecto más cierto es aligerar la responsabilidad moral de los individuos y la responsabilidad colectiva de los pueblos.

La revolucion, se nos dice todavía, está encargada de la parte negativa de esta tarea, es decir, de eliminar las creencias y las instituciones, que, despues de haber representado un papel útil en el pasado, no son propias para incorporarse en el órden por venir. El positivismo está encargado de organizar la sociedad sobre el terreno despejado.

Necesitariase, sin embargo, definir esa organizacion "del órden por venir", lo que M. Littré no ha hecho en ninguna parte. Desalentado por el ejemplo del prodigioso aborto de la *Política positiva* y de la *Síntesis subjetiva*, no se arriesga ya en las grandes aventuras de la utopia libre, y se limita á vagas fórmulas. Casi no sale de organizar la sociedad segun la concepcion positiva del mundo; y cuando quiere llegar á algo preciso, indica como grandes leyes sociológicas el desarrollo no interrumpido de las ciencias y la extension siempre creciente del espíritu laico en el mundo moderno. ¿Basta esto para fundar para siempre la dicha de la humanidad?

Si se examinan de cerca y en su órden cronológico todos los escritos de M. Littré, se podria reducir á muy poca cosa su dogmatismo de escuela. Profunda es la influencia que la filosofía positiva ejerció sobre el desarrollo de su inteligencia; pero poco á poco los dogmas perdieron precision en su espíritu. El curioso epílogo que con mano desfallecida trazó al fin de su edicion comentada de *Conservacion, Revolucion, Positivismo*, puede servir para ilustrarnos sobre ese estado intelectual que hasta ahora no se ha notado bastante. En una carta dirigida á M. Harrisse, americano muy letrado, Sainte-Beuve habia dicho, hablando de M. Littré: "Si algo falta á esa inteligencia sana, vigorosa y aun robusta, son los matices, y esa falta de matices se hace sentir hasta en esa fe intelectual (que me hace el efecto en ciertos momentos, de una especie de supersticion y de credulidad) en un sistema que, por sus líneas generales, no me parece tan necesariamente identificado con ese cerebro oscuro y abstruso, y muy á menudo enfermo, que se llamaba Augusto Comte." Cuando más tarde conoció M. Littré esta carta, respondió oponiendo su situacion filosófica á la de su crítico: "Sainte-Beuve se rehusaba á toda filosofía determinada; no queria ser más que un libre pensador, y aspiraba á conservar una independencia ilimitada en esa gran diócesis que le debe su pintoresca denominacion...... Mi sumision á dogmas filosóficos determinados era lo que condenaba, tratándola de su-

persticion.» Y entónces aprovecha la ocasion solemne, casi la última, para hacer su profesion de fe filosófica: «Dicho sea en paz, sin que se disguste ese espíritu tan eminente en tantas cosas y tan poderoso en la crítica, yo reconozco el poder de los dogmas y el libre pensamiento no me basta.» Sea; ¿pero en qué se resume su credo positivista? «La jerarquía de las ciencias me convence; la sociología me demuestra algunas grandes leyes; y la filosofía que resulta de esa coordinacion del saber humano no me deja hoy, lo mismo que entónces, la libertad de rehusar mi asentimiento.» Esto es todo.

Volvamos á leer línea por línea ese programa: allí encontrarémos la célebre clasificacion de las ciencias, que en sí misma no está necesariamente ligada con el positivismo, y puede desprenderse sin trabajo, (1) sobre todo si se le añade, como queria M. Littré, la economía política, una teoría cerebral, una psicología, una estética y una moral. ¿Qué más? Algunas leyes de sociología, pero muy generales, sin certidumbre en las previsiones en razon de la complicacion extrema de esa ciencia, la ley de la evolucion, por ejemplo, que es verdadera si se la aplica al pasado, ley que A. Comte ha incorporado á su doctrina, de la que M. Littré ha sacado tan buen partido en sus apreciaciones históricas, pero que seguramente existia ántes que ellos, y que muchos filósofos aceptan sin ser positivistas en ningun grado. En fin, ¿qué más? «La filosofía que resulta de la coordinacion del saber humano;» es decir, en términos más claros, la concepcion positiva del mundo. Sólo ésto es de esencia positivista. ¿Pero qué es esa concepcion? A ninguno de los que estén al corriente de estas cuestiones sorprenderémos, al decir que más bien que dogma es una negacion. Dirémos que se opone á otras dos concepciones, la concepcion teológica, segun la cual imagina el hombre en la creacion y el gobierno del mundo voluntades que convierte en dioses ó una voluntad que convierte en un dios único, y la concepcion metafísica segun la cual suprime el hombre voluntades arbitrarias y las reemplaza por entidades, fuerzas, causas permanentes. La concepcion positiva del mundo no imagina ni supone nada; traduce lo que está á sus ojos y se revela á la observacion sensible, un mundo de fenómenos unidos por relaciones constantes, un mundo en que reinan no ya voluntades ni fuerzas misteriosas, sino leyes; un mundo de donde están desterrados con los dioses de las viejas teologías, lo absoluto y lo infinito de la antigua metafísica; un mundo en que emanando todo de la experiencia vuelve á la experiencia, en que el saber no es más que la expresion exacta de lo que la experiencia ha puesto, en que está

(1) M. Littré ha vuelto varias veces sobre la teoría y la jerarquía de las ciencias y de su coordinacion tan querida de Augusto Comte. La ha expuesto y defendido contra sus adversarios en su libro sobre *Augusto Comte y el Positivismo*, en su *Leccion en la Escuela politécnica* en 1871, en el prefacio de *La ciencia desde el punto de vista filosófico*. Se la ha apropiado, pues, fuertemente, pero no se sirve de ella, que yo sepa, más que una sola vez para colocar en cierto órden los trozos muy diversos que componen este último volúmen, y darles una especie de cohesion aparente y de encadenamiento que sin eso no tendrian. Es una de esas teorías que tienen su interés especulativo, pero que para aplicarse á la evolucion histórica de las ciencias exigen muchos correctivos y atenuaciones. En todo caso, puede ser indiferentemente aceptada ó rechazada por filósofos y sábios, sin que esos filósofos ó esos sábios sean en ningun grado adeptos de la doctrina positiva. No es, pues, esencial á esta doctrina.

admitido que ninguna realidad puede establecerse ni por la intuicion ni por el raciocinio, que nada puede adivinarse, que todo lo que no es observable es como si no existiera.

¿Qué otra cosa es ésto mas que el destierro fuera de la filosofía, de todo lo que no es un fenómeno sensible ó una ley? Y cuando se nos dice que en adelante no habrá ya conflicto posible entre la filosofía y la ciencia positiva, lo contrario seria en verdad muy extraño, puesto que no se pone en la filosofía mas que precisamente lo que hay en esa ciencia. La filosofía no es ya, en su contenido y en su método, sino la generalizacion más alta de las ciencias particulares; nada tiene ya que le sea propio; no es más que "la coordinacion del saber positivo." Esto en el fondo es una pura negacion. Verdad es que esa negacion no es absoluta; no se niega que haya un infinito, un absoluto, una causa primera; se lo ignora y se lo quiere ignorar; lo que pasa fuera de la experiencia sensible no nos concierne; se abstiene hasta de pensar en ello; no se sabe nada y se gloría de no saberlo. Tal es la concepcion del mundo que M. Littré ha sacado del inmenso aparato erudito y dialéctico desplegado por A. Comte. Esa concepcion es el último resíduo de su pensamiento; es tambien la verdadera conclusion de todo el movimiento positivista, la última unidad subsistente entre los diferentes grupos de pensadores que en un grado cualquiera pretenden depender del positivismo.

Entre éstos, por lo que hace á Francia, hay que citar en primer lugar á los adeptos fieles que han seguido hasta el fin á Augusto Comte, tales como el Dr. Robinet y M. Laffitte, y luego á los que han acompañado á M. Littré en su cisma antiteológico, tales como M. Wyrouboff y el Dr. Cárlos Robin. La iglesia ortodoxa cuenta en Paris cuando más algunos centenares de secuaces; tambien existen algunos grupos en provincia, sucediendo otro tanto en Suecia y en ciertos paises de la Alemania del Sur. En Inglaterra debe hacerse la misma distincion que en Francia, segun que los positivistas han seguido á Comte en la última evolucion de su pensamiento *(later Comtism)* y que aceptan su sistema completo, filosófico, social y religioso, ó que se rehusan á seguirle en su trasformacion y se adhieren exclusivamente al *Curso de filosofía positiva (earlier Comtism).* Miss Harriet Martineau, la querida discípula, Richard Congrève, que ha hecho despues una evolucion en sentido pietista, y el Dr. Bridges fueron desde luego los grandes fieles. Este último, especialmente, sostuvo con mucha vivacidad en una polémica que tuvo su oportunidad en Inglaterra, la unidad indisoluble de la doctrina de Augusto Comte, atacando á Stuart Mill, que trataba de distinguir en esta doctrina dos partes independientes entre sí, "conteniendo la una grandes verdades con un pequeño número de errores, y la otra en que sobrenadan algunas felices sugestiones en medio de un verdero caos de incoherencias." Pero el mismo Stuart Mill y un gran número de pensadores ingleses, algunos de primer órden, como MM. Bain, Bailey, Lewes, Herbert Spencer, han recibido un profundo sello de la idea positivista, al ménos en el principio de su carrera filosófica, sacudiendo muy libremente esa influencia en lo que tenia de estrecho y demasiado particular. Estoy seguro, sin embargo, de que ninguno negaria la influencia de orígen. Al lado de estos positivistas de la primera ó de la segunda hora, en Francia y en Inglaterra, hay que notar el lugar de una multitud flotante y siempre creciente

de positivistas de intencion y de hecho, hombres de ciencia, políticos, hombres de mundo, que sin haber profundizado la doctrina han aceptado estas dos proposiciones, claramente comprendidas al través de las complicaciones y oscuridades de pormenor, y en que por otra parte se resume la filosofía de la escuela: excluir la metafísica y reducir el conocimiento á la ciencia positiva, que debe bastar á todo, pues es la sola que puede dar resultados verificables y colocarse fuera de los errores posibles y de las contradicciones. (1)

II.

Hemos dicho que la concepcion nueva del mundo, que es la sola unidad y el solo vínculo de los diferentes grupos entre los cuales se divide la escuela, la concepcion positiva es una negacion: deberiamos haber dicho que es una doble negacion, ó con mayor exactitud todavía, la resultante de dos eliminaciones sucesivas. Es desde luego la exclusion de la idea religiosa y de la metafísica; pero es tambien, en los programas oficiales, la exclusion del materialismo y del ateismo.

Aquí se presenta una grave cuestion: ese estado ideal de un equilibrio puramente negativo ¿es posible? ¿Puede el espíritu humano permanecer en él largo tiempo, de otro modo que por un esfuerzo sistemático y artificial que sólo puede ser momentáneo? ¿No oscilará necesariamente á derecha ó izquierda, de un lado ú otro de las dos afirmaciones opuestas, lo que probaria al ménos que ese estado negativo es contrario á la naturaleza humana, á la esencia misma y á las condiciones del espíritu?

En teoría, M. Littré se muestra muy firme en la resolucion de mantenerse á igual distancia de las afirmaciones contrarias, de no dogmatizar en pro ni en contra de las realidades invisibles, ni en pro ni en contra de la esencia de las cosas, de no ver ni saber nada más allá de los hechos comprobados y de las leyes demostradas, encerrándose en el órden de los fenómenos físicos, únicos capaces del carácter de positividad que reclama la doctrina. Su dogma constante es no afirmar ni negar nada más allá de esa esfera que mide estrictamente la experiencia sensible; sus aforismos sobre este punto son categóricos, multiplicados. Una de las últimas páginas que ha escrito (2) merece ser citada por la precision y firmeza de sus declaraciones. "No conociendo el orígen ni el fin de las cosas, no hay lugar para que neguemos que haya algo más allá de ese orígen y de ese fin (esto va contra los materialistas y los ateos), lo mismo que no hay lugar para afirmar

(1) En medio del ruido que ha metido el positivismo en México, hallamos aquí la misma anarquía que ofrece esa doctrina en Francia y en Inglaterra, pues miéntras que en ciertos escritos de la *Libertad* vemos que algunos positivistas siguen á Comte hasta en su ridículo fetiquimo, otros, como los redactores del *Positivismo* se declaran *eclécticos*, y no vienen á ser mas que esos positivistas de *intencion* y de *hecho* á que se refiere M. Caro. (R. F.)

(2) *Transracionalismo (Revista de filosofía positiva*, Enero 1880, passim.*)*

(esto va contra los espiritualistas, los metafísicos y los teólogos)." La doctrina positiva reserva la cuestion suprema de una inteligencia divina, en cuanto que reconoce estar en una ignorancia absoluta, como en las demas ciencias particulares que son sus afluentes, del orígen y fin de las cosas, lo que implica necesariamente que si no niega una inteligencia divina tampoco la afirma, permaneciendo perfectamente neutral entre la negacion y la afirmacion, que en el punto en que estamos se equivalen. Deja entenderse que excluye el materialismo, que es una explicacion de lo que ninguno puede explicar; no oculta tampoco lo que el naturalismo tiene de exorbitante, porque dice como M. de Maistre hablando de la naturaleza: "¿Quién es esa mujer?" Si la naturaleza es el conjunto de las cosas conocidas por nosotros, tanto mejor; ese conocimiento, como esas cosas, es relativo, experimental, y deja fuera las regiones de lo que llamamos lo *inconocible*, y de que retrocedemos precisamente á causa de ese nombre que llevan. Si por el contrario, la naturaleza representa un poder infinito, autor y *ordenador* del universo, tanto peor; ningun saber positivo encuentra al cabo de sus investigaciones ese poder, que desde luego debe ser rigurosamente pasado en silencio. Experimentalmente nada sabemos sobre la eternidad de la materia ni sobre la hipótesis-Dios. ¿Sobre qué fundamento se declara la materia eterna? ¿Sobre que nunca la vemos crecer, ni decrecer, ni nacer, ni perecer? Pero lo que es un dogma seguro en los límites de lo conocible, no lo traspasa ni vale más que cualquiera otra experiencia; es decir, que la experiencia no nos dice nada sobre el orígen y el fin del tiempo. No sabemos, pues, si el mundo es ilimitado en el tiempo, lo mismo que no sabemos si es limitado en el espacio, ni recíprocamente si es ilimitado en el espacio y limitado en el tiempo.

Y de la misma manera no tienen razon ciertos filósofos en reprochar á Laplace "la insolencia" que se permitió desterrando á Dios de la explicacion del mundo como una hipótesis inútil. *Insolencia*, dice M. Littré, no es del estilo filosófico. Si hay insolencia de parte del que niega, la hay tambien de parte del que afirma, y la filosofía positiva despacha á ámbos contendores hombro con hombro. Cuando esos mismos filósofos, esos metafísicos, hablando de un principio superior de órden, de armonía, de unidad, ¿no confiesan que ese principio, Dios en otros términos, se escapa á toda percepcion sensible, á toda investigacion científica? Y lo que escapa á toda percepcion sensible, á toda investigacion científica, ¿qué otra cosa es sino una hipótesis sobre la cual las opiniones son libres sin insolencia? (1) Y en otra parte, resumiendo con las más fuertes expresiones toda su doctrina sobre este punto: "No debe considerarse, responde á M. Stuart Mill, que le parece haber infringido esa ley esencial, no debe considerarse el modo positivo de filosofar, como si tratándose únicamente de las causas segundas, dejase á uno libre para pensar lo que quiera sobre las causas primeras. Nó, no deja sobre esto ninguna libertad; declara las causas primeras desconocidas, inconocibles. Declararlas desconocidas no es afirmarlas ni negarlas. La ausencia de afirmacion y la ausencia de negacion son indivisibles, y no se puede arbitrariamente rechazar la ausencia de afirmacion para adherirse á la ausencia de negacion. No se puede servir á dos señores simultáneamente,

(1) *Ibid*, página 42.

lo relativo y lo absoluto. Concebir un conocimiento allí donde ese modo de filosofar pone rigurosamente lo desconocido, es no conciliar, sino yuxtaponer las incompatibilidades."

Tocamos aquí el fondo de la filosofía positiva, el fondo mismo del pensamiento de M. Littré: programa de una neutralidad obligatoria, tan formal cuanto es posible, sobre las causas y los orígenes del mundo. ¿M. Littré le ha sido fiel en la práctica? ¿Los otros positivistas le han sido más fieles que él? Por otra parte, en filosofía, lo mismo que en política, ¿se ha observado alguna vez escrupulosamente un programa de neutralidad? Muy difícil es, á ménos de ser resueltamente escéptico, mantenerse en un medio quimérico y conservarse en un equilibrio estable. Son éstas situaciones casi imposibles, imaginadas con frecuencia, pero raras veces sostenidas; y casi siempre sucede que si las neutralidades de éste género se inclinan de un lado, es más bien hácia la negacion que hácia la afirmacion. Ni hay que sorprenderse de esto: tomando las cosas en su enlace natural y al espíritu humano en su lógica, no puede ser de otra manera. La razon cede, sin darse bien cuenta á sí misma, á ese atractivo de los grandes problemas, tanto más irritantes cuanto más se le prohiben, é instintivamente, en tales situaciones de espíritu, se inclina á resolverlos en uno ó en otro sentido, de preferencia en el sentido de la negacion; porque en el acto primordial, en el acto por el cual se aparta como inaccesible ese género de problemas, hay ya un esfuerzo hostil por el que se trata de dominar y rechazar los instintos metafísicos y religiosos de la humanidad. Se toma partido al creerse neutral, pues semejante neutralidad no se obtiene sino al precio de cierta violencia que el espíritu ejerce sobre sí mismo. (1)

Esto es lo que pasa con M. Littré. Cuando rompe ese equilibrio ideal en que vanamente espera mantenerse, no es en provecho de los espiritualistas y de los metafísicos, es á sus expensas y en provecho de sus adversarios. ¿Se necesitan pruebas? Abundan para la mano que recorre al azar los escritos filosóficos de M. Littré. Habria cierta puerilidad en hacer sobre semejante materia una guerra miserable de textos; sin embargo, es preciso citar algunos para poner fuera de toda contestacion posible una asercion tan grave. Hé aquí, por ejemplo, lo que leemos en las *Palabras de filosofía positiva:* "El universo se nos ofrece ahora como un conjunto que tiene sus causas en sí mismo. La *inmanencia* es la ciencia que explica el *universo* por causas que están en él...... La inmanencia es directamente infinita; porque dejando los tipos y las figuras, nos pone sin intermediario en relacion con los eternos motores de un universo ilimitado, y descubre al pensamiento estupefacto y atónito los mundos llevados sobre el abismo del espacio, y la vida llevada sobre el abismo del tiempo." (2) Parece que hay aquí una doctrina bien explícita. Opónese á la idea de la trascendencia la de la inmanencia que explica el universo por causas que lleva en sí mismo, sostiene que tiene en sí su principio y su razon de ser, su necesidad y su eternidad. Hé aquí una afirmacion que traspasa singularmente "la esfera de los hechos verificables y de las leyes demostradas."

(1) Ya hemos tocado este punto, que no carece de importancia, en el libro intitulado *el Materialismo y la Ciencia,* cap. III.

(2) Página 34.

Si se trata no ya del orígen del mundo sino de la naturaleza del alma, M. Littré no guarda tampoco en la práctica la neutralidad que tan vivamente recomienda en sus programas. El alma para un positivista consecuente, deberia ser una x pura, una incógnita, la causa inconocible de los fenómenos de pensamiento, de sentimiento y de voluntad, sea que esa causa se resuelva en el organismo, sea que constituya un principio distinto y superior. No es dudoso, sin embargo, que M. Littré toma partido contra el alma en tanto que es alma, reduciéndola á no ser más que una funcion del sistema nervioso. De muy buena gana concede su patrocinio, el honor público de su nombre y de un prefacio á libros tales como el de M. Leblais, *Materialismo y Espiritualismo*, en que una de las dos doctrinas queda muy maltratada en provecho de la otra; lo que muestra bien que la neutralidad diplomática de los positivistas oculta un tratado secreto de alianza con los adversarios del espiritualismo, enemigo comun, y que habria cierto candor en imaginarse que en la gran contienda de las doctrinas sus preferencias ó sus votos sean equívocos.

En el prefacio puesto al libro de M. Leblais, sostiene M. Littré que el pensamiento es á la sustancia nerviosa lo que la pesantez á la materia, es decir, un fenómeno irreducible, que en el estado actual de nuestros conocimientos es para sí mismo su propia explicacion. "Lo mismo que el físico reconoce que la materia pesa, el fisiologista hace constar que la sustancia nerviosa piensa, sin que ni uno ni otro traten de explicar por qué la una pesa y lo otra piensa." Seguramente que tales proposiciones no serian desechadas por M. Moleschott ni M. Carl Vogt. Siempre que se trata del alma, M. Littré se inclina visiblemente hácia las doctrinas del fiscioquimismo. Combate en alguna parte una proposicion bien inocente de M. Cournot, quien dice "que el hombre no ha concebido el alma sino para darse cuenta de su propia naturaleza, de sus facultades superiores, de hechos de conciencia que nada tienen de comun con los que el fisiologista estudia científicamente."

M. Littré protesta contra esta tésis de un semi-espiritualismo que le inquieta: "En materia de estudios psíquicos, declara, estoy del lado de los fisiologistas y no del lado de los psicologistas. Haré todas las concesiones que se quiera sobre las tinieblas que envuelven todavía ciertos fenómenos psíquicos; pero no por eso es ménos cierto que todos los hechos de conciencia pasan en el cerebro, que no existen sin cerebro, que desaparecen cuando el cerebro sufre una lesion destructiva, y que el cerebro pertenece á la fisiología. Separar el órgano y la funcion es hoy una imposibilidad doctrinal." (1) No examino aquí el fondo de la cuestion; noto simplemente el matiz de la doctrina expresada, y sobre ese matiz la duda no es posible. Aquí tambien la neutralidad es enteramente platónica é imaginaria.

Pero miéntras la mayor parte de los positivistas se inclinan bajo la presion secreta de la doctrina, hácia al naturalismo puro y simple, otros se despiertan por un arranque inesperado, y parecen, á despecho de su pacto con la experiencia sensible, ceder á yo no sé qué llamamiento irresistible del más allá, atravesar por vivas intuiciones la frontera prohibida, y llevar su pensamiento á las regiones en que se ocultan las causas desconocidas. Es un movimiento inverso del que acabo de describir, movimiento curiosísimo tambien, y que prueba con esa nueva y más sorprendente contradiccion cuánto trabajo cuesta al positivismo mantenerse en su antiguo programa de abstencion completa, cuán difícil le es permanecer indeciso y suspenso entre la afirmacion y la negacion sobre las primeras causas, y por qué lógica inevitable obedece á ese dilema que le impone cerrar lo desconocido y poner lo infinito en la naturaleza, ó mostrar en los límites del universo la realidad ilimitada, el poder infinito, despertando así en el espíritu humano curiosidades indomables.

Para mostrar las irresistibles tentaciones de ese regreso hácia los dominios prohibidos por la ciencia positiva, no tenemos más que recordar el ejemplo de M. Comte en el segundo periodo de su vida filosófica, en que llegó á una especie de misticismo humanitario. Despues de esas soberbias declaraciones contra toda teología y toda metafísica, vuelve á una teología, y ¡qué teología! y le vemos al fin de su carrera creyendo en volunta-

(1) *Revista de filosofía positiva*, Enero de 1880, pág. 43.

des, cuando no habia creido hasta entónces más que en leyes, escribiendo en estilo de oráculo este verso que es un completo contrasentido con toda la filosofía positiva:

Pour compléter les lois, il faut des volontés,

señalando en el amor la finalidad universal, y fundando en fin la religion de la humanidad. ¡Qué brillante demostracion de ese hecho psicológico con tanta exactitud señalado por un pensador contemporáneo: "Es tal la virtud de los instintos metafísicos, que si se arroja la metafísica del dominio de la creencia por la puerta de la ciencia, vuelve bien pronto por la de la poesía y del misticismo!"

El mismo M. Littré, voluntariamente encerrado en la esfera positiva, y aun inclinándose por una sensible preferencia del lado del mecanismo, parece que á veces cede al atractivo de las regiones misteriosas. Leamos esta página singular, que á pesar de la dureza laboriosa de estilo, recibe de la idea que expresa un reflejo de austera belleza: "Lo que está más allá de los hechos y de las leyes, sea materialmente el fondo del espacio sin límites, sea intelectualmente el encadenamiento de las causas sin término, es absolutamente inaccesible al espíritu humano. Pero inaccesible no quiere decir nulo ó no existente. La inmensidad, tanto material como intelectual, se liga por un vínculo estrecho á nuestros conocimientos, y se convierte por esa alianza en una idea positiva y del mismo órden; quiero decir, que al tocarlos y envolverlos esa inmensidad aparece bajo su doble carácter, lo real y lo inaccesible. Es un oceano que viene á azotar nuestras riberas y para el cual no tenemos barca ni velas, pero cuya vision es tan saludable como formidable." (1) ¡Cuántas reflexiones podria despertar en nosotros esa realidad afirmada de un infinito "que toca y envuelve por todos lados nuestros conocimientos" y tambien sobre esa vision saludable y formidable que nos atrae y nos agobia! M. Stuart Mill ha tenido tambien esa vision; entrevé "hendiduras en ese muro que nos encierra," al través de las cuales penetra un rayo de esa luz que ilumina un exterior desconocido, y aun trata de mostrar que al apropiarse la filosofía positiva, puede uno figurarse en lo inconocible un dios que gobierna al mundo. "En cuanto á mí, dice M. Littré, no me aventuro tan léjos. Acepto las graves lecciones que emanan de lo inconocible, que se opone directamente á esas tendencias temerarias, y se opone sin informacion ulterior, sin discusion y por su sola presencia. Me basta contemplarle en el trono de su sombría grandeza para librarme de todos los dogmatismos." (2) Esto no puede bastar á todo el mundo; no es fácil librarse del todo en frente de semejantes visiones.

Nadie entre los pensadores más ó ménos directamente salidos del positivismo, ha aceptado más valientemente la necesidad de esa concepcion de lo inconocible y de las consecuencias que implica; nadie ha precisado más clara y resueltamente su alcance y sentido verdadero, que ese vasto y poderoso espíritu, M. Herbert Spencer. Pero esto es al mismo tiempo la destruccion lógica del positivismo. Hé aquí el resúmen exacto: Los argumentos con cuya ayuda se demuestra que lo absoluto es inconocible, expresan imperfectamente la verdad; la expresan únicamente bajo el aspecto lógico; bajo el aspecto psicológico es diferente. Todas las proposiciones de este género omiten ó más bien excluyen un hecho de la más alta importancia. Al lado de la conciencia definida cuyas leyes formula la lógica, hay una conciencia indefinida que no puede ser formulada; hay todo un órden de pensamientos reales aunque indefinibles, que son afecciones normales de la inteligencia. Dícese que no podemos conocer lo absoluto; pero decir que no podemos conocerlo, es afirmar implícitamente que lo hay. Cuando negamos tener el poder de conocer la esencia de lo absoluto, admitimos tácitamente su existencia, y este solo hecho prueba que lo absoluto ha estado presente al espíritu *no en calidad de nada, sino en calidad de algo*......... Un sentimiento siempre presente de existencia real y sustancial, forma la base misma de nuestra inteligencia Lo relativo es inconcebible si no está en relacion con un absoluto real; de otra manera ese relativo vendria á ser absoluto y reduciria el argumento á una contradiccion..... Al examinar la operacion del pensamiento en sus condiciones y en sus leyes, vemos igualmente cuán imposible es para nosotros des-

(1) *Augusto Comte y la filosofía positiva*, pág. 505.
(2) *Revista de filosofía positiva*, Enero de 1880, pág. 49.

hacernos de la conciencia de una realidad oculta tras las apariencias, y cómo de esa imposibilidad resulta nuestra creencia indestructible en esa realidad. (1)

En ese firme realismo, opuesto á la filosofía disolvente del fenomenismo universal; en esa imposibilidad de concebir lo relativo sin relacion con un absoluto real, ¿no se creeria oír como un eco lejano, pero todavía poderoso, de la célebre teoría de Descartes sobre lo necesario que supone lo contingente, sobre lo infinito que lo finito reclama como último término y como supremo apoyo de las existencias, como la realidad suprema de la cual están suspendidas la cadena de las ideas y la de los mundos? Es curioso que el filósofo más atrevido de la escuela experimental sea quien establece tan claramente esa doble imposibilidad, la imposibilidad lógica de lo relativo solo si no está en relacion con un absoluto real, y la imposibilidad psicológica en que estamos para deshacernos de la idea de la sustancia y de la causa, del *noumeno* de Kant, nombrado siempre como antítesis del *fenómeno,* siempre y necesariamente pensado como el principio del ser y de la razon. Esa vuelta á la metafísica era inevitable desde el momento en que se dejaba subsistir en los últimos límites del saber positivo, ese misterioso más allá, sea la inmensidad vagamente mostrada por M. Littré, á cuyo borde se esfuerza en vano por retener al espíritu humano, sea esa region de lo inconocible en donde Stuart Mill y Herbert Spencer colocan el principio anónimo de las cosas, la fuente inagotable de la fuerza. En vano se declara real y al mismo tiempo inaccesible ese principio. Desde que se le proclama real se le conoce de alguna manera, y desde que se le concibe ¿cómo impedir que el pensamiento se lance hácia él, aun cuando tuviera que estrellarse contra "el muro insuperable" que Stuart Mill nos ha señalado, ó que naufragar en ese abismo que M. Littré nos veda, sea el vacío infinito que se abre en el límite de toda ciencia, sea "ese oceano que viene á azotar nuestras riberas y para el cual no tenemos barca ni velas?"

No hay más que un modo de suprimir esas tentaciones, esas inquietudes siempre renacientes del espíritu y exorcizar definitivamente ese espectro de lo absoluto que viene á asediarnos sin cesar, y es negar resueltamente. No se puede en verdad prohibir al pensamiento la investigacion de las causas primeras sino declarando que no las hay; pero entónces es otra especie de métafísica, una metafísica inversa. Negar toda causa primera es tambien un dogma, aunque negativo, lo que ni la filosofía de Comte ni el espíritu positivo de su escuela querian admitir. ¿Qué sucedió, pues? Que desde la segunda generacion de esa escuela, un gran número de positivistas, tomaron el partido de salir de un estado de suspension quimérica é imposible, para afiliarse en la negacion pura y simple, y para escapar definitivamente de toda sospecha y de todo peligro de idealismo, se colocaron bajo las leyes más claras de Büchner y de Moleschott. Ha habido sobre este punto un encuentro inevitable y una alianza entre el positivismo simplificado y el materialismo científico; esta alianza dura todavía y aun parece consolidarse. Los partidarios refinados del positivismo suspensivo son más raros cada dia.

Y no se piense que hayamos querido darnos simplemente el placer pueril de poner á una escuela poderosa en contradiccion consigo misma, al mostrar esa doble y contraria tendencia á que obedecen simultáneamente sus representantes principales, remontando los unos por el vuelo del pensamiento trascendente hácia la fuente superior de toda sustancia y de toda fuerza, y volviendo los otros á la inmanencia que ciega esa fuente y encierra todas las causas positivas en el seno de la materia eterna. De ninguna manera. Nosotros hemos presentado el espectáculo instructivo de esa oposicion de tendencias, nacidas de la misma escuela, para mostrar con un brillante ejemplo que el espíritu humano es de tal naturaleza, que no se le puede impedir, por más que se haga, el que dogmatice sobre la esencia de las cosas; que la filosofía positiva perseguia una quimera cuando asentaba su famoso principio "de la ausencia indivisible de afirmacion y negacion;" que ni uno solo de los representantes más conocidos de esa filosofía se ha mostrado fiel á tal programa; que todos en fin han afirmado ó negado algo más allá de los hechos sensibles y de las leyes, mostrando unos los problemas inaccesibles suspendidos ante el espíritu y atrayéndole más y más, suprimiéndolos otros y declarando sencillamente que

(1) *Primeros Principios*, cap. IV, págs. 93—103.

la creencia en esos problemas era la última supersticion del espíritu humano. En ámbos casos ha habido infraccion evidente del programa primitivo de la escuela, y este hecho constante, en que se revela una ley del pensamiento, merecia seguramente ser señalado, cualquiera que sea por otra parte la conclusion que debe sacarse.—*(Concluirá)*

REVISTA DE PERIODICOS.

Quéjase el *Positivismo* de que no entendemos sus pensamientos, y no halla de qué manera expresarse para que á pesar de nuestras prevenciones y mala voluntad decidida (de que carecemos por completo) los percibamos tales como son. Efectivamente, nada puede haber más desagradable para una persona que el no ser comprendida de otra con quien habla ó discute, y ahora nos formamos idea de lo que deben haber sufrido los poetas románticos, que se lamentaban de que nadie en el mundo los entendiera, á propósito de lo cual dijo el festivo Breton de los Herreros:

Entes son *no comprendidos,*
Es decir, *incomprensibles.*

Porque en verdad, el no comprender á una persona puede proceder ó bien de que sea realmente incomprensible, ó de que lo que dice esté puesto fuera del alcance de aquel á quien se dirige. ¿En cuál de los dos casos nos hallamos? Vamos á ver si podemos penetrar el misterio.

Hemos dicho que nuestro colega, á pesar de su título y tendencias, no es positivista, y para asentarlo no hemos hecho más que comparar su concepto de la doctrina con el que han tenido sus principales jefes, y poner en frente de los principios esencialmente empíricos y sensualistas del positivismo, la profesion de fe semi-racionalista de nuestro colega. ¿Hemos sido infieles en la exposicion de ambas cosas? Apelamos al juicio del lector ilustrado que haya tenido paciencia para seguir el hilo de esta discusion, juicio que no es nada difícil haciendo una simple comparacion. La definicion que nos da el Sr. Dr. Parra del positivismo ¿se parece en algo á las que hemos citado de Littré, de Mill ó de Bourdet? Y si son enteramente diversas ¿pueden significar la misma cosa? Hé aquí toda la cuestion, perfectamente comprensible á nuestro modo de ver; pero lo que sí confesamos humildemente no poder alcanzar, es cómo se pueda pertenecer á una escuela cuya base fundamental se rechaza, y sobre este punto no tenemos dificultad en declarar que el Sr. Dr. Parra es enteramente incomprensible.

Otro tanto sucede en lo relativo al sensualismo y al empirismo: en la falsa posicion en que se ha colocado nuestro entendido adversario, pugnando entre los instintos de su razon y las preocupaciones de su enseñanza filosófica, ha adoptado un medio que pugna con la verdad de las cosas, y es sostener que el positivismo no es empírico ni sensualista. Pobres, pobrísimos son los recursos de que se vale para sostener semejante paradoja, como sucede siempre que se lucha contra la evidencia. De los testimonios que le hemos presentado en favor de nuestra tésis, unos los rechaza, otros los interpreta y otros los omite. Pero ¿es este el modo de probar que se tiene razon? Si los autores del *Diccionario de las ciencias filosóficas* y del *Diccionario de Larousse* son ó no positivistas, es cuestion que no viene al caso; lo que deberia examinarse es si lo que dicen es ó no exacto, si las doctrinas que definen y exponen son tales como han sido entendidas y expuestas por sus mismos jefes y partidarios, y nada más; pero hacer á un lado una definicion ó una exposicion simplemente porque el autor no pertenece á determinada escuela, nos parece un modo de todo punto inaceptable en el terreno de la lógica y de la razon.

El verbo *procurar* presentó á nuestro colega un asidero para dar á las palabras de Bourdet cierta interpretacion enteramente contraria á su pensamiento. Este autor, como buen positivista, no es en el fondo más que materialista y ateo, ya que es preciso llamar las cosas por sus nombres, y quisiéramos saber cómo un materialista puede no ser sensualista y empírico. No es exacto, señor doctor, que lo que dice Bourdet signifique "que las percepciones son *una* de las *causas ocasionales* de los pensamientos ó de las voliciones," lo que dice es que las percepciones procuran unas veces voliciones, otras pensamientos y otras incitaciones motrices, es decir, que esos tres órdenes de fenómenos psicológicos reconocen por único orígen la percepcion, que á su vez procede de impresiones ner-

viosas, y esto significa dos cosas, que la percepcion no es una sino la sola causa de los pensamientos, y que estos tienen un orígen puramente sensible que es lo que sostienen los sensualistas. Para que el Sr. D. Porfirio acabe de desechar todo escrúpulo, pondremos ante sus ojos el siguiente pasaje del mismo Bourdet, en el artículo *Percepcion.* "Las sensaciones que experimentamos, dice, son producidas en imágen en las diferentes partes de la masa cerebral, y en la modificacion de esas partes es donde encontramos las percepciones. Toda sensacion supone estos tres fenómenos. 1.° impresion; 2.° trasmision; 3.° percepcion. La impresion es mecánica en el tacto, molecular ó química en el gusto y el olfato, y física para la vista y el oído; en fin, cuando tiene lugar en el mismo trayecto de los nervios de la sensibilidad general, se la llama patológica, es decir, dolorosa. La trasmision es producida por la porcion del hilo nervioso extendido entre el punto impresionado y el cerebro, y puede ser interrumpida ó atenuada por lesion, compresion ó ligadura en dicho trayecto. La percepcion tiene lugar en la masa cerebral, hácia la expansion periférica de los elementos nerviosos; *todo pensamiento y toda determinacion son precedidos de una percepcion variable segun que procede de los nervios generales, de los sentidos ó del sistema sensitivo de los órganos de la vida de nutricion.*" Ahora, el Sr. Dr. Parra no tiene que hacer más que aplicar el método de diferencia de Mill, y encontrará que el pensamiento procede de una causa puramente sensible. ¿Han dicho otra cosa los sensualistas?

El sensualismo y el empirismo son hermanos gemelos, mejor dicho, son dos aspectos de la misma idea, de suerte que lo que se dice del uno puede decirse del otro, y aquí comprendemos bien al Sr. D. Porfirio, cuando negando al positivismo el carácter sensualista, le niega tambien el empírico; pero en esto notamos la misma falta de exactitud. Nuestro sagaz adversario hizo bien en no darse por entendido de estas palabras: *Todo conocimiento viene de la experiencia;* declaracion categórica de Spencer, ese *enfant terrible* del positivismo, que parece haberse propuesto señalar las inconsecuencias y absurdos de la nueva escuela, poniendo en aprieto á sus partidarios. Pero ¿á qué andar citando autoridades lejanas? Cerca tenemos al Sr. Dr. Ruiz, quien ha compendiado en sus *Nociones de lógica* la obra de Stuart Mill, y no puede por lo mismo ser sospechoso de metafísico para el Sr. D. Porfirio. Pues bien, el Sr. Ruiz formula casi en los mismos términos que Spencer esta proposicion: *Todos nuestros conocimientos se derivan de la experiencia,* despues de haber explicado á su modo la procedencia sensible de las ideas de tiempo, de espacio, de causa y de sustancia. ¿Necesita más el Sr. Dr. Parra para persuadirse de que no hemos asentado una falsedad al afirmar que el positivismo es un sistema sensualista y empírico? Y siendo esto así ¿habrémos cometido algun pecado contra la lógica ó el sentido comun, al asegurar que puesto que el inteligente doctor rechaza los caractéres genéricos de la escuela, no es ni puede ser positivista? Dispénsenos nuestro colega, pero cuando le oímos lamentarse de que no le comprendemos, antójasenos que él es quien comienza por no comprenderse á sí mismo.

Hablando de la deduccion trae el *Positivismo* la siguiente rectificacion que califica de importante: "Mill no rechazó la deduccion, sino la mala interpretacion que la escolástico nos legó de este procedimiento intelectual, y la sustituyó con otra teoría fuera de toda crítica; léjos de rechazar el procedimiento silogístico lo estudió atentamente, reconoció sus grandes ventajas, y marcó sus verdaderos límites." Desde luego eso de que la teoría de Mill está fuera de toda crítica, no puede tomarse al pié de la letra despues de las poderosas críticas de Stanley Jevons, Paul Janet y Brochard que de una manera victoriosa han puesto de manifiesto lo falso, lo anti-lógico y lo perjudicial para la juventud, de la teoría de Mill, como lo veremos á su tiempo. En cuanto á que los positivistas hablen de la deduccion no significa mucho, pues aquí no se trata de la palabra, sino de la cosa misma. La deduccion se apoya unas veces en las ideas generales ó racionales, y otras en las generalizadas ó abstractas, siendo de advertir que el verdadero fundamento de esta última, su legitimidad, está en la primera. Pues bien, los positivistas, que sólo admiten conocimientos experimentales, no pueden reconocer la deduccion fundada en principios superiores á la experiencia, y á pesar de conservar la palabra llegan lógicamente á destruir la cosa confundiéndola con la induccion. Tan cierto es esto, que aun á los mismos

axiomas matemáticos se les asigna un orígen empírico, lo que nos pone ya un poco léjos de Kant. Oiga el Sr. Dr. Parra lo que dice el Sr. Dr. Ruiz en la pág. 141 de sus *Nociones:* "Consistiendo la demostracion en la deduccion, claro es que en el último análisis su verdad depende de la induccion *(que es á lo que se reduce toda deduccion).* Lo cual quedará enteramente corroborado si llegamos á probar que los axiomas, base de la deduccion, *son inductivos.*" Ya ve, pues, el Sr. Dr. Parra, cómo la manera con que entienden la deduccion los positivistas en nada favorece sus pretensiones, y sí viene á corroborar plenamente lo que hemos asentado, porque esa supuesta deduccion no viene á ser en realidad más que una induccion *evolucionada.* (Perdon por el neologismo). Creemos, por lo expuesto, haber comprendido la cuestion de que se trata, y el Sr. Dr. Parra convendrá con nosotros en que no nos hemos separado de la verdad cuando dijimos que el *Positivismo* no es positivista, si efectivamente profesa su apreciable director esa aversion de que participamos nosotros hácia los sistemas empíricos y sensualistas.

Fuertemente ha llamado la atencion pública un dictámen redactado por el Sr. Dr. D. Luis E. Ruiz, y presentado en el Congreso higiénico pedagógico sobre esta cuestion: "¿Cuál es el método de enseñanza que da mejor instruccion á los niños sin comprometer su salud?" Escrito dicho dictámen en sentido positivista, no nos sorprende ninguna de las aserciones que contiene. Rechazando esa escuela todo conocimiento trascendente, claro es que tiene que asentar gravísimos errores tanto en el órden psicológico como en el moral. Entre las facultades intelectuales queda suprimida la razon como facultad de lo suprasensible, llegando á la inaceptable teoría del silogismo expuesta y sostenida por Mill. En cuanto á la moral se le da una base puramente sensualista, es decir, se eliminan las ideas de deber y derecho, sustituyéndolas con el placer y el egoismo. Combinada esta doctrina con el sistema frenológico, concepcion ruinosa para el positivismo, segun Littré, la educacion queda reducida á algo mecánico, pues todo el secreto de ella se encierra en suprimir ó desarrollar órganos, como podria hacerse con la crianza de una planta ó de un animal. Se habla mucho de moral científica, y sin embargo, vemos que las doctrinas presentadas reposan en una série de aserciones hipotéticas, que se dan por resueltas y que sin embargo están muy léjos de ser indiscutibles. Oigamos un momento:

"La observacion nos enseña que en nuestra alma hay inclinaciones buenas é inclinaciones malas; que ámbas espontáneamente solicitan los actos cuyo ejercicio las satisface, por el solo hecho de recibir con ello placer y sin otra consideracion." Aquí desearíamos que se nos dijera cuál es el criterio positivista para distinguir el bien del mal; si ámbos se distingen esencialmente, ó es negocio de convencion, apreciacion ó circunstancias como hay que admitirlo en una doctrina que rechaza lo absoluto; si el mal tiene una existencia positiva ó es simplemente la negacion del bien, y si en tal caso lo que se llama inclinacion al mal no seria más que una desviacion de la inclinacion al bien y no una cosa aparte; por último, cómo puede explicarse la existencia de órganos discordantes en un mismo sér que tienden á la realizacion de fines opuestos. "Por otra parte, continúa el dictámen, es un hecho científicamente comprobado que sin órgano no hay funcion" (de manera que estará tambien probado científicamente que no hay funciones puramente espirituales. Recuérdese, sin embargo, que los positivistas sostienen que no son materialistas,) "y que ésta (la funcion) disminuye ó aumenta en la misma proporcion que él órgano. Estas sencillas consideraciones (que como se ve, no tienen precisamente el carácter de axiomas), nos marcan con toda claridad, el camino que debemos seguir para alcanzar el fin de la moral." (¡Atencion!) "Desarrollar los órganos de las acciones benévolas y atrofiar los de las contrarias para moralizar al educando al más alto grado." En efecto, el medio es sencillísimo: si nuestras inclinaciones no son más que funciones de órganos, y sin órgano no puede haber funcion, claro es que suprimido el órgano queda suprimida la inclinacion. Obsérvase por ejemplo que un niño es inclinado á mentir, á reñir con sus compañeros, á apropiarse las cosas agenas; el preceptor se cuidará bien de hacerle comprender el deber ineludible de decir la verdad, de inspirarle el sentimiento de la dignidad propia y el respeto á lo que no es suyo; todas esas son ideas metafísicas que la ciencia positivista desprecia y rechaza: el medio seguro, infalible, *científico*, está ya indicado: búsquese el órgano de la mentira, del robo ó de la *combatividad*, atrófiese, y desar-

róllese en cambio el órgano de la verdad, del respeto á lo ageno ó de la concordia, y ya tendrémos al niño convertido en un modelo de moralidad y buenas costumbres. Queda sin embargo una pequeña dificultad, "y es que en la actualidad ignoramos totalmente cuáles son los órganos de unas actividades y cuáles los de las otras." (Pues vea V. que el caso no deja de ser peliagudo. Sin embargo, la ciencia positivista allana todos los obstáculos). "Este es un hecho inconcuso; (el de la ignorancia de los órganos), pero para conseguir el resultado tan deseado que buscamos, no es necesario poseer aquel hecho." (Efectivamente; para asegurar que una cosa procede de otra, no es nesesario conocer ésta; de algo nos ha de servir nuestra facultad de crear hipótesis)." En efecto, la biología prueba irrefragablemente que todos los órganos se desarrollan con el ejercicio y se atrofian por la falta de él; (y ¿habrá probado la biología *irrefragablemente* que nuestras inclinaciones morales son funciones de órganos?) "*en consecuencia* si dirigimos la educacion de tal manera que hagamos que las acciones buenas se repitan con frecuencia, y al mismo tiempo las malas se eviten lo más posible, despues de algun tiempo habrémos conseguido (no obstante ignorar lo relativo á localizacion) que los órganos encargados de los primeros actos se hayan desarrollado hasta predominar ventajosamente sobre los encargados de los segundos. Es decir, habrémos conseguido en la práctica la moralizacion del educando." (Hé aquí lo que se llama resolver *científicamente* uno de los más árduos problemas de la pedagógica.)

Viene en seguida la cuestion de disciplina, ó sea la aplicacion de estos principios; para esto no hay más que consultar á la naturaleza que nos rodea, "allí encontramos el principio fundamental, de donde es posible sacar el precepto para proceder á la educacion moral." Siempre la observacion sensible, y nada más que esa observacion. Ahora bien ¿qué es lo que enseña la naturaleza? "Que cuando un niño se da un golpe, ó se pincha con un alfiler, ó se quema en la flama de una vela, experimenta un dolor más ó ménos fuerte, cuyo recuerdo tiende á hacerle más prudente, y si estos hechos se repiten acabarán por hacerle evitar los obstáculos, abandonar el mal camino y que dirija su conducta en tal vía que pueda proporcionarse consecuencias buenas inmediatas ó remotas." Aquí tenemos el criterio sensualista aplicado á la moral en toda su desnudez: buscar el placer y evitar el dolor, hé aquí todo. En efecto, la observacion de los fenómenos da al niño estas dos reglas: "1.ª que el efecto doloroso es siempre proporcional á su trasgresion; (lo cual no es siempre exacto pues depende de las circunstancias); y 2.ª que estas consecuencias amargas, de su mala conducta son en todos los casos directas, constantes é ineludibles. (Lo cual tampoco es cierto, pues no siempre una accion mala produce efectos dolorosos). Y esta inexorable concatenacion entre su conducta y las consecuencias que le desagradan de no admitir apelacion ni excusas, le harán precavido y pondrá el más grande cuidado en dirigir bien su conducta." (Es decir, que se adquirirá una gran destreza para evitar el mal físico, una fina astucia para nulificar las consecuencias desagradables de una mala accion). Por consiguiente, "el procedimiento educativo que debemos seguir, consiste en *disciplinar* por medio de las *consecuencias naturales* que nazcan de las acciones que cometan los educandos.".

Otra vez examinarémos los monstruosos resultados de semejante doctrina, en la cual todo lo que eleva al hombre, todo lo que le coloca encima del bruto y forma la aureola de su grandeza, queda suprimido de un solo golpe. ¿De dónde sacarémos por la observacion de la naturaleza la virtud que desprecia el dolor y la muerte; la abnegacion que impone los más duros sacrificios; el respeto á los padres, la caridad hácia el desvalido, el amor á la patria, todas esas inspiraciones heróicas por las que se inmolan los más caros intereses en aras de deberes ineludibles y eternos? Repetimos que nada de esto nos sorprende tratándose de una doctrina que encierra al hombre en el círculo de la naturaleza sensible, en el estudio de sus fenómenos y leyes; pero aquí se presenta una cuestion muy grave, y es la siguiente: ¿conviene al Estado que semejantes principios se propaguen y enseñen en los planteles destinados á la educacion de la juventud? ¿Es conforme al espíritu de nuestras instituciones ese materialismo práctico que tiende á ahogar toda nocion de derecho, á relajar todos los vínculos reduciendo la sociedad á una guerra de todos contra todos, segun la gráfica expresion de Hobbes, el más lógico y consecuente de los

sensualistas? Abandonando por ahora tal cuestion al exámen de los hombres pensadores, concluirémos esta parte de nuestra revista con el siguiente pasaje de un discurso que pronunció últimamente en el Congreso pedagógico de Madrid, D. Emilio Castelar, y en el cual se toca uno de los puntos más delicados de la enseñanza:

"Hay muchos que por sistema combaten toda creencia religiosa; muchos que han borrado el dogma de las grandes necesidades del alma como han borrado la metafísica de la clasificacion de las ciencias. Y un dia el misterio inexplicable surge; la eternidad abre sus abismos y recoge una vida amada como el mar amargo una gota de dulcísimo rocío, de aquellos lábios que nos ofrecieron la miel de sus besos y de aquellos ojos que nos iluminaron hasta los recónditos senos del espíritu como luz divina y nos enardecieron hasta las médulas de los huesos como corriente de electricidad y magnetismo, solo quedan unas concavidades frias y oscuras que ni miran nuestras lágrimas, y las rodillas se hincan y las manos se juntan y la cabeza se cae sobre el pecho, y le pedimos al eterno silencio y al olvido eterno que haga otra vida allende la huesa, y detrás de esas moles y de esas fuerzas y de esos fluidos y de ese éther y del inmenso espacio, una inteligencia que todo lo dirija y un amor que no nos deje huérfanos en nuestra soledad y en nuestro desamparo. Maestros, decid á vuestros discípulos que crean en una religion; pero dejad, ese es vuestro deber, la religion en que han de creer al cuidado de la madre y á la inspiracion del sacerdote. No olvideis que la diferencia de ideas religiosas es tan inevitable como la diferencia de ideas políticas; limitaos á pedir á vuestros discípulos que crean y que amen sin perjuicio de su fe á los que no creen como ellos. La escuela, para estar unida con la religion eterna, debe estar separada de todas las religiones, cuya enseñanza quedaria siempre á cargo de la familia y á la Iglesia respectiva y en último término al cuidado de la eterna reveladora de las ideas religiosas, al cuidado de la conciencia individual. Para corresponder á vuestro tiempo sed maestros, sedlo por conviccion y por deber, ministros de la tolerancia universal.

"En el último grado de la vida, sobre nuestro esqueleto, sobre nuestra complexion, sobre el hogar doméstico, sobre el trabajo que vivifica, sobre el arte que crea, sobre todas las manifestaciones del espíritu, está la ciencia. No toca ciertamente á vosotros iniciar el espíritu en todos sus ideales y en todos sus misterios. Pero habeis de llevarlos hasta el pórtico y habeis de inspirarle amor á lo más digno y más noble, á la adquisicion de la verdad por el esfuerzo propio y peculiar de la razon individual. Partid de lo sencillo para ir á lo compuesto y complicado; anteponed en vuestra modesta enseñanza lo concreto á lo abstracto; buscad los hechos más que las ideas; proceded como el género humano que ha ido idealizando el principio de las religiones hasta llegar del ídolo grosero al Dios de Cristo y de Platon, que en el comienzo de las ciencias filosóficas atribuyó por la escuela jonia el principio de las cosas, al agua ó al aire, entidades materiales, y luego con la escuela itálica, al número, entidad medio material y medio espiritual; y luego, con la escuela eleática, á la idea, entidad espiritual. No olvideis que el hombre está entre dos infinitos, entre el infinito material y el infinito moral como un ave que vuela entre dos abismos. Y despues que hayais despertado el amor á la ciencia, dedidles á vuestros discípulos que la vida no tiene precio ninguno cuando á toda ella no precede el desinterés más completo, y cuando hasta ella no se consagra con ahinco al cumplimiento del bien por ser bien y á la realizacion de los fines naturales, intelectuales, morales de toda la humanidad sobre nuestro mísero planeta."

Ha acabado de imprimirse la obra del Sr. Dr. Ruiz intitulada *Nociones de lógica*, que á su debido tiempo anunciamos. Como dijimos entónces, la obra pertenece por completo á la escuela positivista. Pronto hablarémos extensamente de ella, por tener un interés de actualidad.

México, Agosto 1° de 1882.

J. M. VIGIL.

EMILIO LITTRÉ.

LA FILOSOFÍA POSITIVA, SUS TRASFORMACIONES, SU PORVENIR. (1)

III.

Las formas del escepticismo varian segun la naturaleza de los espíritus y segun los tiempos. Sólo á las grandes almas, raras en todas épocas y trabajadas por el pensamiento interior, puede referirse una duda como la de Pascal, que no es más que la investigacion ardiente de las verdades superiores y la desesperacion de no poder darles la evidencia de la geometría. Tampoco puede tratarse, salvo para algunos aficionados, de la duda erudita, elegante, epicurea, á la manera de Montaigne, lo mismo que de la crítica sábia, erizada de abstracciones y de fórmulas, de Kant, si no es para los filósofos de profesion, únicos que pueden ser sensibles á las turbaciones del idealismo subjetivo. Naturalmente venia á ofrecerse el positivismo á un gran número de inteligencias de este tiempo, unas que detestan y desprecian por instinto la metafísica sin conocerla, otras fatigadas de discusiones eternas é inútiles, que han encontrado en esa filosofía la forma predestinada y popular del escepticismo en un tiempo como el nuestro, testigo del progreso de las ciencias, de sus fecundas aplicaciones, de la constancia y regularidad de sus resultados. Es un escepticismo limitado. A decir verdad, no hay ya escepticismo absoluto posible; las experiencias repetidas, las verificaciones siempre posibles, la precision del cálculo, impiden, al ménos prácticamente, la duda en el órden de los hechos físicos y sensibles. Ese nuevo escepticismo, conforme con los instintos científicos, así como con ciertas prevenciones de nuestra edad, no recae sino respecto de los objetos metafísicos; en todo lo demas es un dogmatismo estrecho; cree en los hechos físicos y en la relacion constante de los hechos; cree tambien, sin definirla claramente, en la naturaleza, en la necesidad y su eternidad.

(1) Véase la página 97.

Por todos los motivos referidos, una parte de esta generacion ha creído reconocer su imágen en la filosofía positiva y le ha concedido su confianza por completo.

Otra razon se añade á las que acabamos de indicar y que sale de las circunstancias políticas y sociales en que estamos empeñados, particularmente de la lucha siempre más viva y más aguda entre el estado laico y las creencias teológicas. Bien habia sentido M. Littré las ventajas que esta polémica ardiente debia producir á la doctrina que representaba; comprendia á maravilla que la sociedad laica, obligada á oponer un dogma á otro, no vacilaria en tomar la doctrina positiva para oponerla ora á las teologías que esta doctrina destruye radicalmente, ora á las diversas metafísicas, que al mantener lo absoluto dejaban el camino abierto á las concepciones religiosas y debian ser sospechosas para el vulgo, de conivencia con "el enemigo comun." No ha debido sorprenderse de la predileccion que ciertos partidos y algunos hombres políticos debian manifestar en ocasiones solemnes en favor de Augusto Comte, y de la tendencia que abrigan para hacer de su nombre un símbolo y una bandera, olvidando que el célebre jefe de la escuela estaba muy léjos de ser un hombre de libertad, y que no habia aspirado toda su vida más que á establecer bajo diversas formas la dictadura espiritual de que él mismo se habia investido en un sueño ardiente y tenaz.

Hemos visto en un artículo precedente con qué sentimiento elevado de justicia rechazaba M. Littré, en la lucha empeñada, toda intervencion de la ley preventiva, toda apelacion á la violencia; pero no por eso estaba ménos orgulloso de los progresos "del moderno estado laico;" oponiéndoles la diminucion continua "del antiguo estado teológico." Será preciso, decia en una página que es un grito de triunfo, que nuestros adversarios sean muy hábiles, más hábiles de lo que han sido, para retener ó conquistar el inmenso terreno que han perdido, cuando todas las posiciones estaban en sus manos La incredulidad que ha penetrado en todas las filas de la sociedad, tanto arriba como abajo, y tal vez, ahora al ménos, más abajo que arriba, ha puesto fuera de la iglesia, y si puedo expresarme así, *á la luna de Valencia espiritual*, á un gran número de personas que no tienen ya para dirigirse en moral y en política más que ideas revolucionarias y metafísicas. Esto no basta con mucho. La filosofía positiva les ofrece un refugio en que están al abrigo de toda vuelta ofensiva de las doctrinas teológicas, en donde adquieren la *fe científica*, y en donde encuentran amplio camino para su actividad social. (1)

A estas influencias combinadas hay que atribuir el triunfo aparente de la filosofía positiva. Pero al adoptar el nombre de positivismo como una señal distintiva, la mayor parte de los que se le adhieren han simplificado la doctrina de un modo singular, reduciéndola á esta cuestion que me parece ser la trasformacion suprema que debe sufrir, y que bajo esa forma renovada y más comprensible para la masa de los espíritus, bien podria ser la cuestion más grave en la esfera de las ideas, la más dramática del siglo XIX: "¿La ciencia (y por esto debe entenderse en los hábitos del nuevo lenguaje, la ciencia positiva) basta para dar al hombre todo lo que necesita tanto en el órden ideal como en

(1) *Observaciones*, pág. 312.

el órden industrial y físico? ¿Qué necesidad tenemos de otra cosa? ¿Para qué turbarnos el espíritu con vanos reflejos y vislumbres engañosas, cuando tenemos bajo la mano y á la vista la fuente inagotable de claridades que no engañan, la experiencia sensible y la comprobacion indiscutible en la verificacion de los hechos? El principio de toda certidumbre y el criterio de toda evidencia, todo está allí: ¿que más queremos?"

Pero, en verdad, ¿basta esto? ¿Puede creerse en efecto que la ciencia positiva satisfaga todas las aspiraciones de ese noble ambicioso, el pensamiento humano? ¡Qué dominio tan limitado, tan estrechamente medido, tan imposible de mantener en sus estrechos límites, es el de la experiencia positiva! A cada instante deja M. Littré escapar de su corazon de sábio algo como un pesar de esas lagunas y de esas insuficiencias. Al terminar sus investigaciones sobre las hipótesis de la cosmogonía, confiesa que la cosmogonía positiva trata solamente de exponer el enlace de algunas fases de evolucion, pero que deliberadamente renuncia á explicar nada más allá; ni siquiera tiene el derecho de aceptar, por más que se diga, hipótesis como la del trasformismo, "aunque á sus ojos sea esta teoría eminentemente recomendable." (1) Sucede que despues de haber expuesto todos los problemas de la ciencia de la naturaleza, despues de haber recorrido todas esas altas cumbres á que aspira el saber humano, el sábio exclama en el momento en que se detiene fatigado y descontento: "No es con la impresion de una satisfaccion orgullosa como he querido dejar á mi lector. He expuesto las hipótesis relativas al universo, al mundo, á la tierra, á las especies vivientes. Nada más propio para hacer tocar al espíritu humano los límites que le encierran. Desde que intenta llegar á lo que expresa la ambiciosa palabra de cosmogonía, atraviesa unos tras otros muchos escalones prodigiosos; pero por vasto que sea el espacio así recorrido, cualquiera que sea la inmensidad que atraviesa, otras inmensidades se abren hasta perderse de vista, y vuelve resignado á ignorar."

Mas ¿estas grandes hipótesis no están en contradiccion con el método de la escuela, que en su rigor no debe admitir como hechos positivos mas que los hechos verificados, y por consiguiente, no deberia buscar sino los que son verificables? La palabra *hipótesis positivas* empleada por M. Littré, es una palabra poco tranquilizadora para la ortodoxia de la escuela, puesto que esas hipótesis pueden ganar ó perder en consistencia á medida que se revelan hechos nuevos que les son favorables ó contrarios, y que desde entónces no tienen en ningun grado el carácter de positivas. ¿Quién no ve cuántos problemas, aun en el órden físico y fisiológico, escaparán eternamente al alcance de esa doctrina, como los que tienen por objeto la naturaleza íntima de la materia y de la fuerza, el orígen del movimiento, el orígen de la vida, el orígen de la sensacion? M. Littré me responderá "Ya es allí donde comienza el dominio de las cosas que no pueden ser conocidas. Ahora bien, sobre todo esto yo profeso no saber nada ni afirmar nada; yo no conozco lo inconocible, hago constar solamente su existencia; allí está la verdadera filosofía: ir más léjos es quimérico; ir ménos léjos es desertar de nuestro destino." Pero entónces deberia prohibirse hasta el investigar en esas vías azarosas y sublimes. ¿Y quién no ve sin em-

(1) *La ciencia desde el punto de vista filosófico*, pág. 559 y prefacio.

bargo la diminucion que se haria sufrir al espíritu humano *(diminutio capitis)* si se le impusiera la ley de limitarse á la esfera de los hechos verificables y de las leyes demostrables? Parece desde entónces, que deberia renunciar á todas esas conjeturas atrevidas y soberbias que son la más alta expresion y el honor del pensamiento, á los límites de la ciencia que traspasan por todas partes y que engrandecen sin fin abriéndole horizontes ilimitados.

Pero, sobre todo, en las investigaciones que conciernen á los fenómenos del espíritu, al espíritu mismo y sus leyes, es donde brilla esa radical impotencia. No tomaré más que dos ejemplos, reduciéndome á simples indicaciones, pues cada uno de dichos puntos reclamaria un estudio particular, y este estudio se prolongaria indefinidamente. La constitucion de la psicología y el establecimiento de la moral encuentran á la ciencia positiva enteramente desprovista. Por ningun artificio de lógica puede obtenerse de ella nada que pueda ayudarnos á resolver de una manera satisfactoria estos dos problemas. Si quisiera ser consecuente consigo misma, los apartaria simplemente. M. Littré lo ensayó varias veces y completamente naufragó. No es él, por cierto, á quien acusamos, es al instrumento insuficiente que emplea, es al método demasiado estrecho en que se encierra por sistema, con una especie de obstinacion invencible, condenada de antemano á permanecer estéril.

Desde luego la psicología. M. Littré habia admitido en otro tiempo la palabra, y aun como lo hemos mostrado en otra parte, habia reclamado la cosa en su obra sobre Augusto Comte. Más tarde, reparó fácilmente que á consecuencia de los hábitos de lenguaje, esta palabra se prestaba á una especie de equívoco espiritualista. Ahora, como él rechazaba la observacion por la conciencia, que no está comprendida en el órden de los hechos sensibles, acabó por repudiar ese término sustituyéndole la locucion *fisiología psíquica*, ó más brevemente, *psicofisiología*, indicando por el término *psíquico* lo que es relativo á los sentimientos y á las ideas, y por *fisiología*, la formacion y combinacion de esos sentimientos y de esas ideas en relacion con la constitucion y funciones del cerebro. Pero el cambio de términos no cambia nada absolutamente en la realidad, y las cosas pueden responder: "Llamésenos con el nombre que se quiera, eso no nos impedirá ser lo que somos." Por más que M. Littre nos diga que la descripcion de los fenómenos psíquicos, con su subordinacion y consecuencias es de la pura fisiología, estudio de una funcion y sus efectos; que los hechos intelectuales y morales pertenecen al tejido nervioso; que el caso humano no es más que un anillo, el más considerable, es verdad, de una cadena sin límite bien fijo, hasta los últimos animales, (1) no hay aquí más que una série de aserciones; quien las emite sin prueba no nos convence; casi diré que no lo procura en las páginas brevísimas que ha escrito al lado más bien que respecto de esta importante cuestion. No ha demostrado, lo que habria sido esencial, la supuesta imposibilidad de la psicología subjetiva, de la observacion del espíritu por sí mismo (una de esas objeciones que se renuevan cada quince ó veinte años por la necesidad de causas nuevas y que al envejecer no adquieren más valor y precio). No demuestra tampoco que

(1) *La ciencia desde el punto de vista filosófico*, pág. 308.

pueda pasarse en todas las observaciones anatómicas ó fisiológicas del cerebro, sin una psicología prévia, necesaria para la interpretacion de esas experiencias, y sin la cual parece imposible establecer una distincion cualquiera de funciones entre los diversos órganos del cerebro, y comprender la diferencia de los movimientos que se producen en el sistema nervioso ó en la sustancia gris, siendo todo ese conjunto de hechos signos absolutamente mudos para quien no tiene ya alguna nocion de la cosa significada.

¡Con qué vigorosa superioridad de análisis refutaba Stuart Mill esas pretensiones de la filosofía positiva, de la cual se separaba ruidosamente sobre este punto capital! Aun cuando se demostrase, decia, (y en el estado actual no lo está) que todo estado de conciencia tiene por antecedente invariable algun estado particular del sistema nervioso, y especialmente en su parte central, el cerebro, permanece incontestable que se ignora en qué consisten esos estados nerviosos de que se habla siempre como si se los conociera. No sabemos ni tenemos ningun medio de saber en qué difiere el uno del otro, ni áun tenemos otra manera de estudiar sus leyes de sucesion y de coexistencia mas que observar las sucesiones y coexistencias de los estados de espíritu de que se los supone generadores y causas. Al contrario de las pretensiones de la psicología cerebral, nada está mejor establecido que la imposibilidad actual en que nos hallamos para deducir los fenómenos intelectuales ó morales de las leyes fisiológicas de la organizacion nerviosa. Todo conocimiento real que de ellos podemos tener, sólo puede adquirirse en un estudio directo por la observacion mental. Existe, pues, muy ciertamente, una ciencia del espíritu distinta y separada. "Es un error muy grande, muy grave en la práctica, concluye Stuart Mill, la resolucion de privarse de los recursos del análisis psicológico y edificar la teoría del espíritu sobre los solos datos de la fisiología. Por imperfecta que sea la ciencia del espíritu, no vacilo en afirmar que está mucho más avanzada que la parte correspondiente de la fisiología, y abandonar la primera por la segunda me parece una infraccion de las verdaderas reglas de la filosofía inductiva." (1) Despues de M. Littré ó al lado suyo, se han hecho muchas tentativas en Alemania, en Inglaterra y en Francia para reducir toda la ciencia del espíritu á la psicología cerebral. Me parece que no se ha avanzado en esta vía, quedando siempre reducidos á las esperanzas ilimitadas en favor de la nueva ciencia, á los desdenes injustificados y á los epigramas envejecidos, á las aserciones sin prueba y á los programas infalibles. No se sale de allí.

En cuanto á la constitucion de la ciencia moral, tendriamos que señalar el mismo mal éxito. M. Littré, con sus instintos superiores, su alta cultura, sus costumbres austeras, sus nobles hábitos, debia ser, y fué en efecto, uno de los pensadores más sinceramente preocupados de las condiciones y de la suerte de la moral en el mundo trasformado por el positivismo; le habria sido insoportable ver comprometerse ó disminuir el capital de esas ideas en el cuadro que se formaba de la sociedad futura, regida por leyes nuevas. Y como esas leyes nuevas se resumian á sus ojos en el advenimiento de la ciencia positiva, solo árbitro en lo sucesivo y regulador de la actividad individual y de la evolucion social, le parecia necesario desde el punto de vista de la ciencia, obligatorio desde el punto

(1) Stuart Mill, *Lógica*, cap. IV.

de vista de la conciencia, restablecer sobre bases universalmente aceptadas, la idea de justicia y todo el órden moral que de ella depende. Intentólo varias veces. Predispuesto á buscar esas bases en la fisiología, emprendió demostrar en un primer trabajo (1) que toda la moral es una derivacion de dos impulsos contrarios, el *egoismo* y el *altruismo* (segun el vocabulario de la escuela), que proviene á su vez, el uno de la necesidad de nutricion, impuesta á la sustancia organizada para que subsista como individuo, y el otro de la necesidad de amar, impuesta por la union de los sexos para que subsista como especie. Pero en vano se esfuerza M. Littré en elevar y ennoblecer esos dos principios generalizándolos; en vano hace entrar bajo el término de egoismo todas las formas imaginables del amor de sí: en el más bajo grado la satisfaccion de las necesidades indispensables sin las cuales la vida no continuaria: encima de ese grado elemental, el empleo juicioso del egoismo, todos los medios de alcanzar la mayor suma de existencia y de dicha. En vano nos previene que en ese término extravagante del altruismo (al que da por orígen la sexualidad), deben comprenderse todas esas disposiciones que, para hacer durar la especie, determinan todo un conjunto de impulsos variados hasta el infinito, que terminan en el amor, en la familia, y despues, con un carácter de generalidad creciente, en la patria y en la humanidad. Él mismo no parece satisfecho de su tarea ni seguro de los resultados que obtiene. Semejantes elementos sólo pueden dar orígen á conflictos perpetuos entre el egoismo y la benevolencia, sin que ninguna autoridad pueda arreglar tales conflictos. ¿Qué principio superior se impondrá para decidir entre esas dos especies de instintos ó pasiones? Hé aquí, pues, al mundo entregado á luchas sin regla ni término. Por más que se nos diga que la moral se desprenderá de esas luchas y que consumará su evolucion necesaria "á medida que la nocion de la humanidad estreche el egoismo y dilate el altruismo," ¿quién nos lo garantiza? ¿Quién nos asegura que el egoismo es el que sucumbirá en esa lucha, y que agitado por los instintos inferiores y los recuerdos oscuros de su orígen no tendrá retrocesos terribles de atavismo, explosiones de ferocidad hereditaria, que el animal, en fin, no se despertará un dia en el hombre y no arrastrará en el torrente de sus furores desencadenados el largo trabajo de los siglos, los resultados de las civilizaciones humanas, las conquistas de la historia, todas las formas "de la idealizacion individual y colectiva," todas las bases científicas del nuevo órden social puestas por la mano del génio, consolidadas por la experiencia y el tiempo?

De dos hechos fisiológicos, no puede tener el uno ninguna autoridad sobre el otro, y por consiguiente, ¿con qué derecho se espera que á la larga el uno dominará al otro? No dejó de sentir M. Littré la insuficiencia de su teoría, y ensayó suplirla algunos años más tarde, explicando de una manera harto inesperada la idea de justicia (2) y confiriéndole por este orígen nuevo el carácter de autoridad de que no podia dar cuenta el orígen biológico de las necesidades. De repente, reduce esta idea, generatriz de toda la moral, á no ser más "que un hecho psíquico irreducible," la concepcion de la igualdad

(1) *Revista de filosofía positiva*, Enero de 1870.
(2) *La Ciencia desde el punto de vista filosófico*, págs. 331, 339 y 346.

de dos términos. "No es otra cosa, nos dice, mas que la derivacion de un hecho puramente intelectual extremadamente simple, el que hace que reconozcamos intuitivamente la semejanza ó diferencia de dos objetos. A igual á A ó A diferente de B, hé aquí el último término á que todos nuestros raciocinios llegan como futuro punto de partida. Esa intuicion es irreducible, no se la puede resolver ni analizar en otros elementos; es una de las bases de nuestro sistema lógico." Podriase detener aquí á M. Littré y preguntarle lo que significan en fisiología cerebral esos términos varias veces repetidos de *hecho intuitivo* é *intuicion*, que difícilmente se ponen de acuerdo con los datos de la ciencia positiva, y se parecen de un modo singular á leyes innatas y formales del entendimiento, principios funestos de la metafísica. Podriase tambien preguntarle con qué derecho trasporta una nocion puramente intelectual al dominio de la accion, y por qué trasformacion difícil de prever, el axioma de contradiccion se convierte en la idea madre de toda la moral. M. Littré responde á esta objecion de un modo bastante confuso: "Ese trasporte, dice, no tiene nada que no sea natural y fácil. Sábese que anatómicamente, las facultades intelectuales y las facultades afectivas tienen el mismo asiento, y que por esa disposicion obran unas sobre otras, de alguna manera que se concibe su yuxtaposicion, sea que se imagine, segun la doctrina de la especialidad, que las celdillas intelectuales son distintas de las celdillas afectivas, sea por el contrario, que idénticas en su textura, las funciones respectivas no difieren sino segun la impresion nerviosa interna ó externa que reciben." Dudo mucho que esta explicacion satisfaga á alguien, y hasta dudo que haya satisfecho á su autor.

Por otra parte, lo que llamamos la igualdad moral de dos personas, difiere completamente tanto de la identidad lógica de dos términos, como de la igualdad matemática de dos tamaños. Suponiendo la traslacion de la misma impresion "de las celdillas intelectuales á las celdillas afectivas," esto no explicaria cómo nace y se revela el elemento de la moralidad, que consiste en el respeto de la personalidad inviolable, en la obligacion de observarlo uno mismo, lo que es el debér, y de hacerlo observar á los otros, lo que es el derecho. Dos triángulos son iguales, la ciencia positiva lo hace constar; establece sin trabajo esa igualdad por la medida exacta de los dos tamaños, y desde entónces son idénticos. Dos máquinas construidas en dos oficinas diferentes producen la misma suma de trabajo, esto es tambien de órden positivo, y la estimacion de dos sumas de trabajo es tan exacta como la de dos cantidades; esas dos máquinas se equivalen; está bien. Pero ¿qué significa esto trasportado al dominio humano? La historia natural, á la que se quiere reducir al hombre y todo lo del hombre, repugna por todas sus condiciones y por todas sus leyes á igualdades de este género. No es allí verdad que dos hombres sean iguales como pueden serlo dos tamaños. Es una nocion harto complicada y tardía la de la igualdad moral de dos séres humanos, sometidos á la misma ley de justicia y garantizados por el mismo derecho; es el producto de civilizaciones reflexivas, léjos de ser "un hecho psíquico irreducible y primordial." La verdad es que si nos atenemos á la triste claridad que la ciencia de la naturaleza proyecta sobre esta cuestion, y no vamos á tomar más arriba, en la conciencia, un suplemento de luz y una enseñanza más pura; si la naturaleza es nuestra sola maestra de moral, ella nos muestra el es-

pectáculo de todas sus leyes en contradiccion manifiesta con la moral imaginaria inventada por el hombre, la desigualdad original de las razas, la de las organizaciones y de los cerebros, la desigualdad más monstruosa de las fuerzas y aptitudes mentales entre los individuos de la misma raza, del mismo pueblo, de la misma familia; la desigualdad en todas partes y todas sus consecuencias; la ley del más fuerte reinando con su horror en todos los grados de la escala de los séres; la concurrencia vital extendiéndose sobre la humanidad naciente lo mismo que sobre el resto de los animales; el exterminio de los más débiles y ménos favorecidos para la batalla de la vida; la utilidad específica dominando al interés individual; la prodigalidad insensata de los gérmenes y de los individuos que parecen indiferentes á la fuerza universal, á la ciega creadora que no los saca á la luz sino para entregarlos á la muerte, despues que esas oscuras multitudes hayan trasmitido al través de los siglos los tipos diversos cuyo depósito recibieron.

Hé aquí la única moralidad segun la ciencia de la naturaleza, la que lógicamente deberia imitar la sociedad. Cierto es que se halla en los antípodas de la moral concebida por M. Littré y soñada por Augusto Comte; pero se trata de saber si no va el primero á buscar en otra parte, fuera de la ciencia de la naturaleza, los elementos de esa cultura estética y moral que traza á nuestros ojos. Dícenos con un lenguaje conmovido cuyo eco recojemos con placer: "No en vano vemos abuelos y padres en hombres que han entrado en las sombras eternas; no en vano vemos hermanos y compañeros de labor en hombres que gozan con nosotros de nuestro sol comun; no en vano vemos nuestros hijos y la más cara porcion de nosotros mismos en hombres que nacen y nacerán. Miéntras màs vive el hombre fuera de su egoismo, más mejorado y feliz se siente. Si la patria ha inspirado tantas y tan tiernas abnegaciones ¿qué no hará la humanidad, patria universal?" (1) Aplaudimos esas bellas visiones del porvenir, esa afirmacion solemne de la solidaridad humana; pero vemos aquí, como el mismo M. Littré nos ha dado tantos ejemplos en la vida de M. Comte, efusiones de sentimiento que producen una especie de lirismo, disposiciones *subjetivas* dignas de todo nuestro respeto, sin que nos sea posible ver por qué lógica secreta se ligan semejantes sentimientos con la concepcion positiva del mundo, es decir, con la condicion estricta de no aceptar como reglas mas que los hechos físicos y las relaciones demostradas de esos hechos. Estamos aquí en las más altas cumbres de la esfera humana; ahora, por más que diga la escuela positivista, hay oposicion manifiesta entre el trabajo de la actividad humana y el trabajo de la naturaleza. La naturaleza física no da mas que lecciones de egoismo; no conoce el derecho individual ó lo desprecia; no conoce la benevolencia ni la caridad; no respeta ni hace respetar en su dura evidencia, sino la ley del más fuerte. La humanidad, guiada por admirables instintos trabaja al contrario de la naturaleza, no excluye del derecho de vivir á los débiles y á los desheredados; léjos de eso, los respeta, los recoge, los ama; á la justicia añade la caridad; no imita la naturaleza, la reforma. Esto es lo que ha hecho M. Littré; toma en todo su rigor la ciencia positiva, para obedecerla hasta el fin, y hé aquí que en el término de su tarea, se encuentra que ha trasformado completamente los datos ingratos

(1) *Conservacion, Revolucion, Positivismo*, 2ª edicion, pág 395.

é inhumanos de esa ciencia. Es que sin sospecharlo y á expensas de la lógica, le añade simplemente su alma. Con su alma sola ha creado esa moral, tan extraña á la impasible naturaleza, como la misma naturaleza lo es á nuestras pasiones y á nuestros dolores.

No es dudoso que M. Littré haya fracasado en las tentativas que hizo para constituir científicamente la psicología y la moral. En cuanto á los problemas que sobrepasan de la esfera humana, los hace á un lado simplemente y se contenta con burlarse de los espiritualistas y de sus vanas pretensiones para resolverlos. "Se nos echa en cara, dice, que dejemos grandes lagunas que impedirán á las doctrinas positivas prevalecer en el gobierno moral de las sociedades. Se dice que no satisfacemos de ninguna manera las necesidades que siente el alma humana de elevarse más allá de los límites del universo visible, de ocuparse en los misterios de lo inconocible, y de escuchar el instinto que nos hace creer que nuestra vida se prolonga más allá de la tumba. Nuestra respuesta á todo esto es fácil, no porque en efecto satisfagamos en nada ese órden de deseos, sino porque, tan curiosos como nuestros adversarios de los secretos de ultra mundo y de ultra-tumba, nuestra curiosidad no ha obtenido nunca resultados. Es penoso sin duda verse así encerrado en el dominio de lo relativo; pero no hemos podido salir de él por nosotros mismos, y resignados á decir con el poeta:

Sors tua mortalis, non est mortale quod optas,

aguardamos que se nos traigan pruebas mejores que las que tienen curso."

Ciertamente que no propondré á M. Littré pruebas mejores que las que no le han satisfecho en este órden de problemas; muy distinto es el objeto á que tiendo en este momento; pero tal vez tendriamos el derecho de pedir á nuestro severo crítico que fuese más difícil en cuanto á las objeciones que presenta en las cuestiones de este género. Véase el embarazo que se manifiesta en el exámen que emprende de la idea de finalidad, esa idea capital en la metafísica, garantía de la hipótesis de un plan y de un designio en la naturaleza. Léase otra vez el *Prefacio de un discípulo* (1) y nos convencerémos fácilmente de la perplejidad de ese espíritu sistemático y honrado al mismo tiempo, que teme dar la mano á una concesion temible para la escuela, y rehusarse tambien injustamente á una evidencia que se impone en ciertos casos innegables. Por más que se nos oponga un gran número de casos en que esa evidencia se turba y oscurece, allí donde la hipótesis se verifica (como lo reconoce M. Littré respecto de la constitucion del ojo y otros casos análogos), ¿cómo negarse á reconocer la existencia de una causa cualquiera que ha tenido un plan, y se ha propuesto un objeto que ha realizado? Demasiado concienzudo para desconocer el hecho, M. Littré se abstiene sin embargo de explicarlo así, y se refugia en una explicacion que no lo es: "No hay lugar á preguntar, dice, por qué la sustancia viviente se constituye en formas en que los aparatos se ajustan con más ó ménos exactitud al objeto, á la funcion. *Ajustarse así es una de las propiedades inmanentes*

(1) *Principios de filosofía positiva.*

de esa sustancia, como alimentarse, contraerse, sentir, pensar.» ¡Cuántos asideros ofrece semejante explicacion sobre quien la ha propuesto!—«Se sorprende uno, dice con mucha exactitud uno de esos espiritualistas tan maltratados, (1) de ver á un espíritu tan familiar como el de M. Littré con el método científico, pagarse tan fácilmente de palabras. ¿Quién no reconoceria aquí una de esas cualidades ocultas de que vivia la escolástica, y que la ciencia tiende á eliminar en todas partes?» Y esto es tan verdad, que otro escritor positivista, M. Robin, abandona á M. Littré sobre este punto, lo que es bien grave.

No existe una especie de entidad llamada materia organizada, que estuviera dotada sin saber por qué ni cómo, de la propiedad de realizar fines, ó si esa materia existe, ¿cómo podeis conocerla, puesto que no conoceis más que fenómenos y leyes? Hablar de virtud *acomodatriz* en la materia, es resucitar las virtudes dormitivas y otras que Molière mató para siempre. En otro escrito habia combatido M. Littré con una elocuente vivacidad la virtud medicatriz de la escuela hipocrática. ¿En qué puede ser más absurdo admitir en la materia organizada la propiedad de curarse á sí misma que la propiedad de ajustarse á fines? (2)

¡Cuántas veces se podria sorprender á M. Littré en una especie de flagrante delito, no precisamente de contradiccion consigo mismo, sino de rompimiento entre el sistema que le tiene cautivo y las luces que le arrastran! En alguna parte nos dice que nada le conmueve tanto como el espectáculo de ese universo sin límites que se revela á nuestros ojos, á nuestros instrumentos, á nuestros cálculos, y de la humanidad débil, pero pensante, arrojada en esa inmensidad. «Cuando el hombre se empeñó en la investigacion laboriosa de la realidad de las cosas, le fué prometido por un secreto instinto que la realidad, la verdad, no dejaria á su imaginacion sin maravilla ni á su corazon sin calor. La promesa se ha cumplido: el mundo se ha abierto con una belleza soberana.» (3) Bien sé que seria injusto estrechar metáforas con rigor excesivo; pero en fin, ¿qué es, pues, ese instinto secreto de que nos habla magníficamente? ¿No es tambien una de esas causas finales proscritas, una conformacion del espíritu del hombre en relacion con la realidad y sus leyes presentidas? ¿No hay aquí algo que trasciende de la estrecha prision de los fenómenos, y yo no sé qué llamamiento de una voz misteriosa que parece decir al hombre: «¡Siempre más alto! ¡Siempre más léjos!» En fin, cuando M. Littré nos muestra, con una especie de entusiasmo religioso, á la humanidad avanzándose al través de los siglos, existencia ideal á la vez que real, largo tiempo ignorada, desprendiéndose despues de sus nubes, fecundando por todas partes la superficie de la tierra, celosa guardiana de las riquezas intelectuales y morales de las generaciones, y mejorándonos á todos, de raza en raza, bajo su disciplina maternal y su benigna influencia; cuando nos traza el cuadro de «ese ideal real que es preciso conocer (ciencia y educacion), amar (religion), embellecer (bellas artes), enriquecer (industria), y que de esta manera tiene toda nuestra exis-

(1) *Las Causas finales* por M. P. Janet, 2ª edicion, pág. 631.

(2) *Prefacio de un discípulo*, pág. 37.

(3) *Conservacion, Revolucion, Positivismo*, 2ª edicion, pág 409.

tencia, individual, doméstica y social bajo su direccion suprema," (1) nos vemos tentados á detener á M. Littré y preguntarle ¿cómo, reducido á los fenómenos que ve y hace constar científicamente, con ayuda de esos datos estrictamente positivos, puede forjarse tales sueños de felicidad en medio de las miserias y luchas de la hora presente, y construirse esos palacios mágicos en que habita una humanidad transfigurada, esos *templa-serena*, obra de un poeta y un soñador? M. Littré me responderia que uno de los más nobles atributos de la inteligencia humana, es el poder que tiene de idealizar: el ideal es al mismo tiempo su sueño y su culto; ella le persigue y le adora; le modela y se deja modelar por él. Está bien; pero ¿qué otra cosa es esa facultad de idealizar sino la facultad de ver más y mejor que lo real, de escapar de los helados esplendores de la inmensidad cósmica poniendo allí su pensamiento, ó de los tristes espectáculos de las sociedades humanas, sustituyendo su obra á la de la naturaleza insensible y de la historia inmoral, es decir, al reinado brutal de los hechos bajo las dos formas? Pero esa misma facultad que puede idealizarlo todo, ¿es obra del puro mecanismo? Y ese trabajo del hombre que trata de realizar su sueño sobre la tierra por la ciencia, por el arte, por la caridad, y rehacer el mundo á imágen de sus ideas, ¿no es la más brillante protesta contra toda filosofía que explica al hombre por las leyes ciegas de la materia y del azar, y hace así del pensamiento y la razon los fenómenos más incomprensibles de este universo que el pensamiento penetra y la razon comprende?

Hemos expresado nuestro disentimiento sobre los graves problemas en que estamos separados de M. Littré; creemos que ha sido vana su tentativa para constituir la filosofía nueva, y que le ha dado una base demasiado estrecha para soportar el edificio de nuestras ideas. Pero otros acometerán esa obra frustrada. Son numerosos; muchos de ellos son sábios, otros poderosos, y estas son considerables probabilidades en la batalla de la vida. Además, el terreno de las luchas futuras se halla despejado de todo lo que le obstruia; las situaciones son más precisas; los nuevos combatientes han desechado todo equipaje inútil. El antiguo positivismo se ha trasformado; ha muerto bajo la forma doctrinal que le habia impuesto Augusto Comte y que habia aceptado en parte M. Littré; ha muerto en el momento mismo en que recibia la consagracion de los poderes nuevos y de los partidos que parecen dueños del porvenir, en el apogeo de su triunfo oficial; pero si ha muerto como sistema, debemos reconocer que como tendencia está más vivo y poderoso que nunca, habiendo legado á las nuevas generaciones este problema en que ha venido á resolverse todo el trabajo de Comte y de Littré: "¿Será la ciencia positiva la única institutora de la humanidad futura, el único juez de sus costumbres y de sus ideas? ¿Debe reemplazar definitivamente en el porvenir de las sociedades humanas las creencias filosóficas y la fe religiosa, para siempre, sin participacion ni esperanza de una conciliacion posible? ¿Las excluirá y á qué precio?" Tal es la cuestion que no he temido llamar la cuestion capital del siglo XIX; preñada está de conflictos en el presente y en el porvenir, y la paz de las almas no está más asegurada que la de las naciones, á despecho de las leyes y previsiones de la sociología. Todo lo que pedimos

(1) *Conservacion, Revolucion, Positivismo*, 2ª edicion, pág. 395.

es que la lucha apenas comenzada y que se anuncia más viva que nunca, no descienda á la calle, que sólo tenga por teatro la conciencia, por árbitro la razon, por arma la discusion, y que ninguno de los partidos en este gran combate de las ideas, se prevalga de la fuerza que los azares de la política pueden poner momentáneamente en sus manos. La verdad debe hacer sola su obra. Este era el voto de M. Littré, y es tambien el nuestro.

E. CARO.

REVISTA DE PERIODICOS.

México, Setiembre 1° de 1882.

Verdadera pena nos causa tener que contradecir á una persona tan estimable como el Sr. Dr. D. Porfirio Parra, y si de nosotros dependiera, convendriamos en todo lo que dice, nada más que por complacerle; pero la verdad tiene sus fueros, y no podriamos, sin desmentir nuestra conciencia, admitir como buenas por un acto de cortesía, las opiniones de nuestro ilustrado contradictor. Aquí tiene perfecta aplicacion el antiguo proloquio, *amicus Plato sed magis amica veritas* Vamos, pues, sin más preámbulo, á hacernos cargo de las últimas contestaciones de nuestro colega. El señor doctor, quiere á todo trance probarnos que es positivista: parece que profesa especial predileccion á la doctrina de A. Comte; pero parece tambien que siente invencible repugnancia al sensualismo y empirismo, y como los principios de estas escuelas forman la base de la moderna filosofía, el Sr. D. Porfirio nos da el espectáculo de una inteligencia que agota todas sus fuerzas en conciliar lo inconciliable, creando una especie de positivismo bastardo, que no seria ciertamente aceptado por los padres de la nueva iglesia. Desengáñese el Sr. Parra; su separacion del gremio positivista es y será un hecho efectivo, á pesar de todas sus negaciones, miéntras se mantenga en esa pugna, que por lo demas aplaudimos, con el sensualismo y el empirismo.

En un primer artículo publicado en la *Libertad*, niega el Sr. Parra que haya querido definir el positivismo cuando ha dicho que más que una filosofía es un método, y que por lo mismo no es extraño que estas palabras estén en desacuerdo con las definiciones de Littré, Mill y Bourdet. Está bien, nuestro colega tiene perfecto derecho para dar á sus palabras la significacion que guste, y no insistirémos en llamar definicion lo que no quiere que sea; pero no es este precisamente el fondo de la cuestion; la dificultad ha recaido desde el principio en el concepto mismo que de la filosofía positiva tiene el Sr. Parra, quien la ha querido reducir á una simple forma, á un puro método, prescindiendo de la materia, de la doctrina propiamente dicha, manera ingeniosa de eludir las radicales contradicciones en que han incurrido los que siguen el camino trazado por Comte. Nuestro colega asienta que lo que ha querido decir es que "los positivistas se preocupan más de la cuestion de método, que de la cuestion de doctrina." Y ¿cómo podria probarse semejante cosa? Dispénsenos el Sr. Parra, pero en nuestro concepto ha sufrido

una grave equivocacion, atribuyendo á los positivistas una opinion enteramente personal. Ni podria ser de otra manera; subordinar el fondo á la forma, el fin al medio, no seria por cierto empresa digna de una escuela séria que aspira á producir una revolucion completa en el mundo de la filosofía. Por otra parte, ¿qué significa eso de *preocuparse* (pase el galicismo) más de la cuestion de método que de la cuestion de doctrina? ¿El método acaso no forma parte de la doctrina? Y la *preocupacion* que aquel engendra ¿no es en vista de los resultados que produce? ¿Qué se diria del individuo que se *preocupara* más del camino que del lugar en que va á habitar, del agricultor que se *preocupara* más de los instrumentos de labranza que de los frutos que espera cosechar, del médico que se *preocupara* más de las medicinas que de la salud del enfermo? Se diria, y con justicia, que eran víctimas de una *preocupacion* (aquí en sentido legítimo), que habia acabado por ahogar en ellos la voz del sentido comun.

Nó, señor doctor; los maestros de V. no han pensado quedarse en el camino ni se han dado por satisfechos con poseer un instrumento bueno en su concepto, sino que han querido llegar al fin de la jornada, obtener el resultado de sus afanes, construir en fin todo el edificio científico bajo el cual debe descansar la humanidad futura. Esto es lo que forma la importancia del positivismo, lo que anima y alienta sus orgullosas aspiraciones; pero como para evitar un escollo ha despojado V. á la escuela de su parte trascendental, de su significacion sustancial y positiva, resulta que sin querer definir el positivismo y con las mejores intenciones tal vez, le ha asestado V. un tiro de muerte, colocándose por ese mero hecho fuera del gremio. Y vea V. lo que son las cosas; á fuerza de pensar hemos acabado por convenir con V. en que el positivismo más que filosofía es un método, pues se trata simplemente de la aplicacion del método empírico á las ciencias filosóficas. Pero ya que hemos llegado á este acuerdo importante, nos permitirá V. aplicar á ese método el criterio positivista, es decir, juzgarle por los resultados ya que nó podemos establecer ningun principio *a priori*. Ahora bien; ¿tendria V. la bondad de indicarnos los servicios *positivos* que la filosofía debe al positivismo; los descubrimientos científicos que en el órden filosófico se han obtenido por el método positivista? Dejemos á un lado las grandes palabras y el desden trascendental con que los miembros de la escuela consideran á todos los profanos, y veamos las cosas como son en sí. La unidad de la doctrina positivista no ha podido establecerse ni un solo dia; la vida de Comte y de Littré no es mas que una série de contradicciones, de tal suerte que, como observa Caro, el positivismo no existe ya como escuela, sino como simple tendencia, y podemos añadir que nuestros positivistas se han quedado un poco rezagados en el movimiento filosófico de la época, cuando procuran resucitar opiniones relegadas al olvido por los mismos adeptos. V. mismo, Sr. Parra, se ha declarado ecléctico en el seno del positivismo, partido desesperado que sólo puede significar la ausencia de un cuerpo de doctrinas que merezca el nombre de filosofía.

Ignoramos si nuestro estimable contradictor insistirá todavía en que no le comprendemos sobre este punto; por nuestra parte creemos haber expuesto con suficiente claridad las razones que tenemos para opinar que el concepto, ya que no definicion, que el Sr. Dr. Parra tiene del positivismo, difiere radicalmente del que envuelven las definiciones que nos han dejado los jefes de la escuela, indicando á la vez las consecuencias

de tal concepto en nada favorables á la doctrina. Pasemos ya á la otra cuestion que el Sr. Parra trata en un segundo artículo, repitiéndonos que el positivismo está en oposicion con el sensualismo y que por consiguiente se puede ser positivista y no sensualista. Tres opiniones enumera el Sr. Parra acerca del orígen de las ideas: el racionalismo, el sensualismo y el positivismo; hé aquí cómo resúme estas diversas teorías:

"Primera: la sensibilidad y la inteligencia son facultades del alma distintas é independientes; aunque de hecho los sentidos auxilien á la inteligencia en la adquisicion del conocimiento, ella es capaz de adquirirlo por sí sola, y así adquiere las verdades necesarias, los primeros principios y las nociones fundamentales de espacio, de tiempo, de causa, de sustancia, etc. Tal opinion caracteriza el racionalismo en el sentido especial en que hemos empleado esta voz en el presente escrito." (Señálanse como representantes de esta doctrina á Descartes y sus discípulos, á Kant y sus continuadores). "Segunda opinion: los sentidos y la inteligencia no son facultades distintas, la segunda se deriva de la facultad de sentir, analizando bien nuestras ideas se reconoce que no son más que sensaciones. Esta doctrina caracteriza á los sensualistas." (El grupo sensualista, segun el Sr. Parra, se halla constituido por Condillac, Charles Bonnet, Destut de Tracy y Laromiguière). "Tercera opinion: los sentidos y la inteligencia corresponden á diversas facultades de nuestro espíritu, el análisis psicológico muestra que es imposible reducir las ideas á sensaciones; el conocimiento es obra de la inteligencia, pero esta facultad *no podria adquirirlo sin la cooperacion de la facultad de sentir, nuestra inteligencia no puede operar en el vacío y sin los datos que le suministran las diversas sensaciones, permaneceria en estado latente sin poder adquirir nocion alguna;* pero si el gérmen del saber contenido en la inteligencia recibe como rocío fecundo las impresiones sensoriales se desarrollará, formando más tarde el árbol grandioso de la ciencia. Tal es la opinion de los positivistas."

¡Válgame Dios, señor doctor! ¡Cuántas cosas ha dicho V. para probar lo contrario de lo que deseaba! Desde luego esa division reposa sobre bases enteramente gratuitas, pues el racionalismo, en el sentido especial que se le aplica, como la teoría racional que se opone á la sensualista, nunca ha atribuido "*exclusivamente* á la razon la adquisicion del conocimiento." Lo que aquí se supone puede más bien referirse al idealismo; y ni Descartes ni Kant han profesado semejante doctrina. En segundo lugar, reducir el sensualismo á la sola forma que le dió Condillac, y asociar á este nombre y bajo tal aspecto los de Bonnet, Destut de Tracy y Laromiguière, es olvidarse enteramente de la verdad histórica, pues no es posible suponer que una persona tan entendida como el Sr. Parra, ignore lo que sabe cualquiera que ha estudiado un poco de filosofía. Por último, esa situacion intermedia y arbitraria en que se coloca al positivismo entre el racionalismo y el sensualismo interpretados de una manera tan original, en nada favorece las pretensiones de nuestro colega, pues de sus mismas palabras resulta que el positivismo es esencialmente sensualista como luego verémos.

Para probar la exactitud de lo que decimos, es necesario fijar con toda precision el significado del sensualismo, y para esto nos valdrémos del excelente artículo que trae sobre el particular el *Diccionario de las ciencias filosóficas*, al que pone nuestro colega el gravísimo defecto de no ser positivista, objecion baladí, pues se trata simplemente de saber si lo que se dice está puesto en razon. "Bajo el nombre de sensualismo se acostumbra designar *todos los sistemas que, directa ó indirectamente, hacen derivar todas nuestras ideas de la experiencia de los sentidos, reduciendo la inteligencia, y por consiguiente todas nuestras facultades á la sensacion.......* El sensualismo es un verdadero sistema en que un solo hecho, la sensacion, debe servir para la explicacion y generacion de todos los otros. El sensualismo, tomado en la acepcion que le damos y que se le da generalmente en Francia, se presenta bajo tres formas: el sensualismo objetivo, que ocupándose ménos

en nuestra facultad de conocer que en las cosas que conocemos, no cree más que en la existencia de los objetos sensibles; el sensualismo subjetivo ó psicológico, que más atento á la naturaleza del espíritu que á la de las cosas, porque el conocimiento que tenemos de ésta depende del de la primera, busca en la sensacion el orígen de todos nuestros conocimientos y facultades; en fin, el sensualismo moral, más generalmente conocido bajo el nombre de epicureismo, que considera las emociones de los sentidos, el placer y el dolor, presentes ó lejanos, como el solo criterio del bien y del mal. El sensualismo objetivo es el materialismo: porque la materia ó los cuerpos son, segun los materialistas, los solos objetos que podemos alcanzar..... Pero la materia puede ser considerada bajo dos aspectos muy diferentes; ya sea que se la confunda con los mismos cuerpos, ó que se la conciba como un principio comun á todos los cuerpos y del cual éstos sólo nos presentan formas particulares ó modificaciones...... En la historia de la filosofía moderna es sobre todo, donde el sensualismo aparece con su carácter propio, bajo la forma reflexiva y psicológica, La filosofía moderna no procede en general de fuera adentro como la filosofía antigua. sino de dentro afuera, es decir, que ántes de resolver sobre la naturaleza de las cosas, quiere estudiar la del mismo espíritu; quiere saber cuáles son el orígen y fundamentos del conocimiento. Observando que todo conocimiento se produce desde luego con motivo de una sensacion ó de una emocion interior excitada en nosotros por el canal de los sentidos, algunos han pensado que la sensacion era la misma inteligencia, y que todas nuestras ideas salian de su seno. Pero hay dos grados en esta manera de ver, el uno representado por el sistema de Locke, y el otro por el de Condillac. Segun el primero de estos filósofos, la sensacion no es mas que la materia de nuestras ideas; se necesita otra facultad, la reflexion, para imprimirle la forma, es decir, para darnos la conciencia de ella, para combinarla y generalizarla. Segun Condillac, la reflexion está comprendida en la sensacion. Esta sola nos da, por sus trasformaciones sucesivas, todos los efectos que atribuimos á la inteligencia. Ahora, si la sensacion toma el lugar de la inteligencia, evidentemente que no conoce ni existe en nosotros más facultad que ella, que tambien absorbe la voluntad y el alma entera. Tal es en su más alta expresion el sensualismo psicológico.... En cuanto á la tercera forma, que hemos llamado el sensualismo moral, no es más que la consecuencia de los otros dos, y se adhiere á la escuela de Locke como á las de Epicuro y de Demócrito, etc.»

Ahora bien, si el lector recuerda lo dicho por el Sr. D. Porfirio, hallará que la doctrina que este señor atribuye al positivismo sobre el orígen del conocimiento no es más que la teoría de Locke, que si bien difiere de la de Condillac no deja por eso de ser una de las formas del sensualismo. Así es que áun admitiendo lo que el Sr. Parra supone, lo cual no es enteramente cierto, pues la teoría de Bourdet se acerca más á la de Condillac, como puede notarlo cualquiera que examine la cuestion imparcialmente, resulta que no hemos dicho nada contrario á la verdad cuando colocamos á los positivistas en el grupo de los sensualistas, y nuestro colega tiene por lo mismo que optar entre estos dos extremos que no admiten medio: ó es positivista y por consiguiente sensualista, ó no es sensualista y entónces en vano se ufana con el título de positivista. Las sutilezas que se nos oponen no alterarán jamas la realidad de las cosas, y ya hemos visto cómo esas divisiones arbitrarias se destruyen por sí mismas colocando á su autor en una posicion enteramente distinta de la que busca. No creemos necesario extendernos más por ahora sobre este punto, y concluirémos rechazando el cargo que se nos hace de haber querido engañar á nuestros lectores atribuyendo al Sr. Parra lo que no ha dicho, simplemente porque no mencionamos la singular teoría de que «se puede profesar que todo conocimiento viene de la experiencia y no ser empírico.» Nó, señor doctor, cuando se defiende la verdad por la verdad misma, no se necesita apelar al engaño, á la sorpresa ó á la intriga; esas armas de mala ley quedan reservadas á quienes son movidos por otra clase de intereses que en nada se relacionan con la verdadera filosofía.

La Libertad publica algunos fragmentos del discurso con que contestó Renan el de Pasteur que en parte conocen nuestros lectores. En dichos fragmentos hallamos el siguiente párrafo que expresa la opinion poco favorable que aquel autor tiene de A. Comte:

«Deploro, como vd., que ese grande y fiel amigo de la verdad (Littré) se hubiese en-

cerrado en una escuela que lleva un nombre determinado, y hubiese saludado como maestro á un hombre que si bien notable bajo muchos respectos, no merecía semejante homenaje. Si me dejara llevar de mis gustos personales, quizá me mostraria tan poco benévolo como vd. con M. Augusto Comte, el cual me parece que repite á menudo en mal estilo lo que han pensado y dicho en excelente lenguaje, ántes que él, Descartes, d' Alembert, Condorcet, Laplace. No puedo, sin embargo, librarme de una secreta emocion, cuando veo á tantos hombres de mérito en Francia, Inglaterra y América que aceptan ese nombre como una bandera. Mi experiencia de las cosas del espíritu humano me induce á creer que M. Comte ocupará un puesto importante en las futuras historias de la filosofía. Convengo en que será un error, pero ¡el porvenir ha de cometer tantos! La humanidad quiere hombres que le sirvan de tipos y de jefes de fila, sin emplear mucho discernimiento en la eleccion.»

El Sr. Dr. D. Luis E. Ruiz se molestó por lo que dijimos en nuestro número anterior acerca del dictámen presentado al Congreso Higiénico Pedagógico, llegando su disgusto al extremo de considerar como efecto de torcida intencion el que nos refiriéramos á su persona al hablar de dicho dictámen, cuando fué muy distinto nuestro pensamiento, pues reconociendo los méritos de los demás miembros de la comision, con algunos de los cuales llevamos relaciones amistosas, nos dirigimos de preferencia al Sr. Ruiz, por ser el autor de la obra á discusion y representar en el Congreso Pedagógico á la escuela positivista. Ya ve, pues, el señor doctor cuán errado anduvo al atribuirnos intenciones que están muy léjos de nuestro carácter, lo cual sólo puede ser efecto de que el *genus irritabile* de Horacio no es únicamente aplicable á los poetas, sino tambien á los sabios y á los filósofos. Las observaciones que emitimos han sido calificadas de un modo muy desfavorable por el Sr. Ruiz, pues sólo sirvieron para hacerle comprender nuestra ignorancia en biología, en lógica, en moral (científica) y en pedagogia. En esto nada se nos dice de nuevo, pues nosotros somos los primeros en reconocer lo limitado de nuestros conocimientos, sabiendo, por otra parte, que carecemos del mérito principal para ser considerados por el Sr. Ruiz, y es pertenecer á su círculo. Por lo demás, seria conveniente que el jóven autor ejercitase un poco el órgano de la tolerancia hácia los que valen ménos que él, pues no siempre los escritores de instruccion y talento son juzgados por sus iguales. No decimos esto porque lo ignore el Sr. Ruiz, sino porque pueden hacérselo olvidar su juventud é inexperiencia. Dado el humilde concepto que de nosotros tiene formado el Sr. D. Luis, natural es que aguarde con el más alto desprecio nuestra opinion sobre su obra de lógica, sobre todo, cuando cuenta con la aprobacion completa de los profesores de la Preparatoria que asistieron á la junta respectiva. Debemos, sin embargo, decir algunas palabras para prevenir cualquiera equivocacion. En primer lugar, toda obra impresa cae bajo el dominio del público, y todo el mundo tiene el derecho de emitir su juicio razonado acerca de ella sin que esto implique injuria para el autor: en segundo lugar, al usar de este derecho, no intentamos atraer al Sr. Ruiz á nuestro modo de ver, pues si tal idea nos hubiera ocurrido un momento, no volveriamos á pronunciar una sola palabra sobre este negocio: en tercer lugar, atendida la susceptibilidad del Sr. Ruiz y nuestro sincero deseo de no molestarle, nos resolvemos sin embargo á tocar la cuestion, considerando que poco tiene que ver en esto su estimable persona, pues nuestras observaciones recaerán sobre ideas y principios cuya propiedad no puede de ninguna manera reclamar: en cuarto lugar, las miras personales que en este negocio pudiera atribuirnos la malignidad de quien no está al tanto de ciertos antecedentes, desaparecen ante las circunstancias que nos llevaron á la Escuela Preparatoria y los términos en que allí servimos el puesto que se nos confió, como puede informar de ello al Sr. Ruiz el mismo señor director de dicha Escuela; y por último, absteniéndonos de toda calificacion sobre el significado del voto que se nos opone, dirémos simplemente que nosotros conservamos íntegra la facultad de opinar en todas materias, respetando en las demas la misma facultad. Extraño parecerá que hayamos entrado en estas explicaciones, pero á ello nos han obligado ciertas circunstancias excepcionales, que no carecerán de interés cuando más tarde se examine la manera con que en nuestra época y en nuestro país suelen tratarse las cuestiones filosóficas.

J. M. Vigil.

BIBLIOGRAFÍA.

NOCIONES DE LÓGICA ARREGLADAS POR EL PROFESOR LUIS E. RUIZ,

I.

Hemos expuesto someramente en nuestro número anterior las razones que tenemos para ocuparnos con alguna extension en la obra de lógica, publicada hace poco tiempo por el Sr. Dr. D. Luis E. Ruiz, y creemos que despues de esto no hay necesidad de detenernos en probar la rectitud de nuestras intenciones. Debemos, sin embargo, decir algunas palabras para fijar con toda claridad nuestra posicion en medio de la lucha filosófica que agita á la sociedad mexicana. Algunas alusiones embozadas podrian hacer suponer que en la presente publicacion hemos sido movidos por consideraciones personales más ó ménos interesadas, y debemos manifestar una vez por todas, que si tales consideraciones se nos hubiesen presentado por un solo momento, no habriamos escrito una sola palabra ni habriamos distraido nuestro tiempo de ocupaciones más agradables para nosotros. Pesa empero en nuestro ánimo la conviccion de que cada uno está obligado á trabajar hasta donde pueda en favor de las ideas que juzga verdaderas y útiles, empleando los medios lícitos que pone en su mano una razon fria y desapasionada. Ahora bien, nosotros creemos sinceramente que ese conjunto de negaciones comprendido bajo el nombre de positivismo y que se da el título pomposo de filosofía, encierra gravísimos errores que tarde ó temprano se convierten en males efectivos para el individuo, para la familia y para la sociedad; creemos que nada puede ser más perjudicial para la juventud que inculcar en ella los principios de una escuela que predispone de tal manera para el materialismo y el ateismo que vienen al fin á resolverse en ellos; y por último, creemos que todos los principios políticos en que descansan las instituciones del país, y de cuya recta aplicacion depende su felicidad futura, se sienten heridos en su base por doctrinas que envuelven necesariamente la negacion de toda libertad y de todo derecho. Esta conviccion la hallamos corroborada por el apoyo de ilustres pensadores de nues-

tra época, cuyos importantes trabajos han ilustrado suficientemente la cuestion para que sea posible la menor duda; así es que si hemos acometido la árdua tarea de combatir una escuela cuyos graves inconvenientes dejamos indicados, valiéndonos preferentemente de armas esgrimidas por manos más hábiles que las nuestras, ha sido en cumplimiento de un deber que ponemos muy por encima de toda otra consideracion. Claro es que al obrar de este modo no podiamos colocarnos en actitud hostil contra ninguna persona, y nos parece haber manifestado suficientemente la importancia que damos á cuestiones de esta naturaleza, cuando nos hemos desentendido de todo aquello que pudiera hacer degenerar el debate, sacándolo de su esfera natural para descender al terreno ardiente de la pasion y del amor propio. Ignoramos si estas explicaciones bastarán para poner de manifiesto la sinceridad de nuestros propósitos, mas esperamos que al ménos sevirán para que el lector no vea en las observaciones que vamos á emitir, nada que ni de léjos se parezca á un interés personal cualquiera, nada que no sea el amor desapasionado y sincero á la verdad filosófica.

La primera parte de la obra del Sr. Ruiz se intitula "Nociones de psicología," y comienza de esta manera: "*El Espíritu ó sujeto es para todos, lo contrario de la materia, del mundo exterior ó el objeto.*" Quien no conoce la fraseología positivista ni sus verdaderas tendencias, puede darse por satisfecho al ver las palabras *psicología* y *espíritu* que parecen á primera vista identificar al positivismo con las escuelas espiritualistas; pero quien se detiene un poco á desentrañar el sentido que para los partidarios de Comte tienen tales palabras, hallará pronto que se trata sencillamente de una psicología sin alma y de un espíritu sin sustancia. En efecto, ocurre desde luego esta duda: ¿los positivistas admiten el espíritu? ¿Creen que existe una sustancia enteramente distinta de la materia, en la cual residen los fenómenos ó modificaciones que observamos en nuestro propio *yo*, ó bien suponen que esos fenómenos son simples productos del organismo como asientan los materialistas? En las palabras que dejamos citadas no se dice lo que es el espíritu, sino lo que no es, y para suplir este defecto radical de toda definicion, tenemos necesidad de investigar cuál es el sentir de los positivistas sobre cuestion tan importante. El Sr. Ruiz añade por vía de explicacion: "Es tan real y perceptible esta distincion, que nadie puede con fundamento asimilar *fenómenos* tan radicalmente diversos." El espíritu y el mundo exterior. "Así es facilísimo ver la marcada diferencia que separa á una flor, que pertenece al mundo exterior, y entre sus atributos tiene la extension, de una esperanza, un pensamiento que pertenecen al Espíritu y que carece de extension." Y luego se caracteriza al espíritu indicando sus propiedades, que se dividen en tres grupos: sentimientos, pensamientos y voliciones. Aquí no ha hecho el Sr. Ruiz más que seguir la doctrina de Bain. Este autor establece, en efecto, que la antítesis fundamental de todo conocimiento se llama antítesis del sujeto y del objeto; que el objeto se confunde con las propiedades que se designan por la palabra *extension*, y el sujeto ó espíritu "puede ser definido por contraste lo que es *inextenso*;" que "aplicando el método que define un objeto por sus particularidades, definirémos el espíritu por los tres atributos que posee, y que se llaman: sensibilidad, voluntad é inteligencia," y que así, "la definicion positiva del espíritu es al mismo tiempo una division." (1)

(1) *Lógica deductiva é inductiva,* Tom. II, pág. 408.

El Sr. Ruiz no dice más sobre este punto; pero el lector comprende fácilmente que surgen luego multitud de cuestiones que necesitan una solucion en el terreno filosófico. En efecto, esa distincion entre el sujeto y el objeto ¿es una distincion sustancial? Bain dicen simplemente: "La union constante del espíritu y del cuerpo, es un hecho único. Los dos extremos del conocimiento humano, el sujeto y el objeto, el espíritu y la materia extensa, se encuentran unidos y asociados. *Imposible es decir con certidumbre si esa union constituye una relacion de causalidad, ó una simple consecuencia de atributos coexistentes.*" Adviértase que aquí se ha eliminado cuidadosamente la palabra *sustancia*, declarando la imposibilidad de decidir si lo que llamamos espíritu es ó no es una modificacion del organismo; por consiguiente, nada podemos decir sobre la espiritualidad é inmortalidad del alma, esa cuestion fundamental de la psicología. Verdad es que Bain agrega que *esta es una cuestion reservada*, es decir, deja la esperanza de que alguna vez llegue la ciencia á resolverla, pero Spencer viene luego á quitar semejante esperanza, declarando la imposibilidad absoluta de obtener semejante resultado. Hé aquí sus palabras: "Puede parecer extraño escribir un capítulo para mostrar que no conocemos *ni podemos conocer* nada sobre el asunto que forma el título de este. (*La sustancia del espíritu*). En este caso, sin embargo, es una necesidad: desde luego porque á falta de aclaracion puede haber lugar á equivocaciones sobre muchas cosas que se han dicho y que se dirán más tarde; en seguida, porque debe distinguirse entre esa ignorancia absoluta y esa ignorancia parcial que se puede afirmar segun el sentido que se da á los términos. Pues si por esta expresion: "sustancia del espíritu" se entiende el espíritu como diferenciado cualitativamente en cada una de esas porciones que es separable por el análisis interno (*introspeccion*), al mismo tiempo que aparece homógeneo é indescomponible, entónces sabemos algo de la sustancia del espíritu, y áun podemos saber más. Poniendo á título de hipótesis un algo que sirva de substratum, es posible en algunos casos ver, y en otros concebir, cómo se producen esas numerosas modificaciones del espíritu. Pero si por semejante expresion se entiende ese algo que sirve de substratum y de que son hechos ó cuyas modificaciones son esas porciones separables, entónces *no sabemos ni podemos saber absolutamente nada del espíritu.* Ni basta decir que tal conocimiento está puesto fuera del alcance del espíritu humano bajo su forma actual, *porque ninguna suma de lo que llamamos inteligencia, por trascendental que sea, puede alcanzar semejante conocimiento.*" (1)

Aquí debemos mencionar una declaracion análoga que hizo no há mucho el Sr. Dr. Parra. Interpelado por la *Discusion* para que dijese ¿por qué si el positivismo ha roto con la escuela espiritualista, los autores positivistas aluden tanto al espíritu y tratan de él? El Sr. Parra contestó en la *Libertad* del 4 de Agosto: "Si me he penetrado bien del sentido de esta pregunta, cree V. encontrar cierta contradiccion entre separarse de la escuela espiritualista y ocuparse no obstante del espíritu y hacerle objeto de estudios sérios. La contradiccion sólo es aparente, el positivismo considera irrealizable el deseo de conocer la *esencia* (2) del espíritu, sin que por eso deje de tomar en consideracion

(1) *Principios de psicología*, parte 2ª, cap. I.

(2) Bueno es advertir que entre las varias acepciones que en el lenguaje filosófico tiene la palabra *esencia*, está aquí tomada como sinónimo de *sustancia*.

los importantes fenómenos que nos revela el estudio de la conciencia, y que como diria Spencer, son manifestaciones cognocibles de la *sustancia incognocible* (1) que piensa en nosotros. Los positivistas hablan del espíritu porque le creen distinto de la materia y no solo, sino que creen que entre lo material y lo espiritual hay la mayor diferencia posible. Ni el mismo Descartes profesó más abiertamente que nosotros la enorme diferencia que hay entre el espíritu y la materia. Por tanto, si la nocion del espíritu es para nosotros una nocion distinta, nada tiene de extraño ni de contradictorio que sin convenir con los espiritualistas en que la sustancia del espíritu puede ser conocida, hablemos de él consagrando á su estudio toda nuestra atencion." A pesar de las rectricciones que el positivismo moderado del Sr. Parra puso á su declaracion, fácil es descubrir en ella la misma doctrina de Spencer; la imposibilidad absoluta de conocer el espíritu más que como una série de fenómenos distintos de los materiales, y todavía sobre esto no podemos establecer una diferencia cualitativa, pues ya hemos visto que Bain declara imposible decidir si la union del espíritu con el cuerpo constituye una relacion de causalidad, ó una simple concurrencia de atributos coexistentes, es decir, si los fenómenos espirituales, (porque no se puede hablar de otra cosa), son ó no son distintos de los materiales; y ésto, como deja entenderse, es algo más que la contradiccion aparente á que se refiere el estimable doctor.

Para acabar de fijar este punto tenemos todavía otra cita que no carece de importancia. En la entrega 9.ª del *Positivismo* se encuentra el reglamento de la seccion de psicología del Ateneo mexicano, acompañado de un preámbulo en el cual se define el objeto á que dicha seccion consagra sus estudios, y se determinan todas las condiciones favorables á esos estudios. En el preámbulo, escrito en un sentido netamente positivista, hallamos lo siguiente: "Los miembros de esta seccion no se creen competentes para tratar lo relativo á la *esencia* de nuestro espíritu; pues sus estudios anteriores, los que en el dia prefieren, y la disciplina intelectual que aquellos estudios han creado en ellos, hacen creer que el insignificante grano de arena con que pueden cooperar al cultivo científico, sea de mayores resultados consagrándole al estudio *fenomenal* de nuestro espíritu. Por tanto, nuestra seccion no se ocupará de cuestion alguna que implique tal ó cual conocimiento de nuestra alma...... Nó, nuestra seccion no se ocupará de resolver estas disputadas cuestiones que confia serán satisfactoriamente resueltas por los ilustrado miembros de la seccion de metafísica, (esta es una ironía, pues bien sabido es el desprecio profundo que los positivistas profesan á la metafísica), y emprenderá sólo el estudio de nuestro espíritu, *considerado exclusivamente bajo su aspecto fenomenal.* No cree que abandonando las cuestiones relativas al ser que piensa en nosotros considerado en su esencia, comprometa el éxito de sus investigaciones relativas á ese mismo ser considerado en sus manifestaciones fenomenales."

Se ve por lo que antecede, que nuestros positivistas han permanecido fieles á la doctrina recibida de sus maestros europeos, y que éstos, cuando han admitido la psicología en

(1) *Sustancia incognocible*; estos términos implican una contradiccion palmaria, pues al aplicar á la sustancia el atributo *incognocible* se afirma que se la conoce de alguna manera.

el cuadro de las ciencias, en contra de la opinion de A. Comte, lo cual constituye una de las divergencias radicales de la escuela, han comenzado por negar hasta la posibilidad de conocer la naturaleza del espíritu para distinguirle sustancialmente de la materia, encerrándose en una duda sistemática sobre esta cuestion importante, y reduciendo la ciencia al estudio de los fenómenos. Por lo demás, los positivistas son consecuentes consigo mismos, una vez que establecen como punto de partida que lo único que podemos conocer son los fenómenos y las leyes que los rigen, y desde ese momento, el estudio del alma no podia ser otro que el que hemos visto. Lo que quedaba por averiguar para constituir la psicología era si es posible la observacion interna y si hay fenómenos que se distingan realmente de las funciones fisiológicas. Sabida es la opinion de Stuart Mill sobre este punto; aquel filósofo se opone á la teoría que niega toda ley mental primitiva y que reduce la ciencia del alma á una simple rama de la fisiología, como suponia Comte; tiene por indiscutible que entre los estados del espíritu hay uniformidades de sucesíon, y que estas uniformidades pueden comprobarse por la observacion y la experimentacion. "Además, añade, hasta ahora no se ha probado, como sucede respecto de las sensaciones (aunque sea probable), que cada estado mental tiene por antecedente inmediato y por causa próxima una modificacion nerviosa. Y aun cuando esto fuera cierto, siempre nos veriamos forzados á reconocer que se ignora completamente en qué consisten esos estados nerviosos...... Las sucesiones de los fenómenos mentales no pueden, pues, ser deducidos de las leyes fisiológicas de nuestra organizacion nerviosa; y debemos continuar investigando largo tiempo todavía, si no es que siempre, todo el conocimiento real que podemos adquirir en el estudio directo de las mismas sucesiones mentales. Puesto, pues, que el órden de los fenómenos mentales debe ser estudiado en esos fenómenos, y no ser inferido de las leyes de fenómenos más generales, existe una ciencia del espíritu distinta y separada." Y más adelante fija la idea de esta ciencia en los términos siguientes: "La psicología tiene, pues, por objeto las uniformidades de sucesion; las leyes, sea primitivas, sea derivadas, segun las cuales un estado mental sucede á otro, es la causa de otro, ó al ménos, la causa de la llegada de otro." (1)

Creemos que lo dicho basta para que se vea con claridad la razon que algunos positivistas tuvieron para separarse de A. Comte y considerar como ciencia la psicología, así como el sentido en que la han tomado, lo cual justifica nuestras palabras cuando hemos dicho que se trata sencillamente de una psicología sin alma y de un espíritu sin sustancia. Más adelante verémos las consecuencias que necesariamente envuelve esta supuesta abstencion para resolver en sentido materialista ó espiritualista uno de los grandes problemas que agita la filosofía.

El Sr. Ruiz pasa luego á establecer algunas de las *uniformidades* ó leyes que el estudio del espíritu le ha proporcionado, traduciendo al pié de la letra de la traduccion francesa de Bain. Así leemos: "Para que el espíritu experimente un sentimiento, es necesario que haya un cambio en la impresion." (Ruiz).—*Pour que l'esprit eprouve un sentiment, il faut qu'il y ait un changement dans l'impression.*" (Bain)—"Lo mismo

(1) *Sistema de lógica*, libro VI, cap. 4 º

que observamos para el sentimiento, sucede en lo relativo á la *inteligencia ó pensamiento.*" (Ruiz)—"*Pour ce qui regarde la connaissance, il doit y avoir de même une modification ou un changement.*" (Bain).—"Si se conoce el frio, es porque se ha experimentado el calor, si conocemos lo bueno es como opuesto á lo malo, si á la luz como contraposicion de la oscuridad." (Ruiz).—*Nous connaissons la chaleur parce que nous venons d'éprouver le froid: la lumière, parce que nous sortons des ténèbres: le haut, par opposition avec le bas.*" (Bain).—"Así, pues, en todo acto de sentimiento entran siempre dos cosas ó fenómenos." (Ruiz).—*D'où il resulte que tout sentiment a, pour ainsi dire, deux cotés* " (Bain).—"Verdad es que nosotros podemos fijarnos en una de ellas solamente." (Ruiz).—"*Nous avons, il est vrai, le pouvoir de fixer notre attention, dans ces couples d'objets, sur un terme plûtot que sur l'autre.*" (Bain). Tal es lo que llama "ley de la distincion" ó relatividad segun Bain.

Viene luego la ley de la semejanza. "Si despues de un intervalo de tiempo una impresion se renueva, el espíritu esperimenta una forma nueva de conciencia; la impresion de la semejanza." (Ruiz).—"*Lorsque, après un intervalle une impression se renouvelle, nous éprouvons une forme nouvelle et particulière de conscience, l'impression ou la conscience de l'accord dans la différence.*" (Bain).—"Si oímos tocar el himno nacional, en seguida cesa la música y despues vuelve á sonar; en esta segunda vez, además de la impresion que sentimos de la música, experimentamos un nuevo sentimiento que no es otro sino el *acuerdo* de la actual sensacion con la pasada." (Ruiz).—*Nous voyons devant nous brûler une bougie; on l'enlève; on la rapporte quelques instants après. Nous éprouvons alors, outre l'impression de lumière, une impression nouvelle: le sentiment de l'accord, de l'identité, de la repetition.*" (Bain).—Aquí saltó tres hojas el Sr. Ruiz para darnos entre comillas, sin decir de dónde lo habia tomado, todo el párrafo de Bain intitulado: "La ley intelectual del acuerdo ó de la semejanza es el principio del raciocinio."

El Sr. Ruiz vuelve atrás, y con el título algo vago de *Conocimiento* formula la siguiente ley. "Conocer un fenómeno, es distinguirlo de todos los diferentes y al mismo tiempo identificarlo con los fenómenos semejantes;" que es la traduccion de lo que dijo Bain en estas palabras: "*Connaître un fait, c'est à la fois le distinguer de tous les faits diffèrents, et l'accorder ou l'identifier avec tous les faits semblables.*"—Viene luego la division del conocimiento y nos dice el Sr. Ruiz: "El conocimiento de un rio, un brillante, un árbol, es una idea, es del espíritu. Aquellos se denominan conocimientos *objetivos*, del mundo exterior; el conocimiento de un recuerdo, un placer, éstos *subjetivos*." Lo cual nos parece mejor expresado por Bain en estos términos: "*La connaissance d'un schelling, d'une maison, d'une montagne, d'une étoile, est dite objective; elle se rapporte à l'objet, en d'autres termes, au monde extérieur. La connaissance d'un plaisir, d'une peine, d'une succession d'idées dans notre esprit, est dite subjective: elle se rapporte au sujet, c'est-á-dire au monde intèrieure.*"

Lo mismo que Bain el Sr. Ruiz no admite más que dos especies de conocimiento: individual y concreto; general y abstracto; y lo explica de la misma manera que aquel, con la única diferencia de haber convertido en libro la mesa del filósofo inglés. Aquí vuel-

ve á dar otro salto el Sr. Ruiz suprimiendo varios párrafos del original sobre la discusion relativa á los conocimientos generales llamados tambien ideas abstractas, supresion que no comprendemos, pues se refiere á una cuestion de verdadera importancia filosófica. Esto hace que no se entiende bien el párrafo que con el título de *Presentacion y representacion* viene en seguida, en el cual hallamos una trasformacion semejante á la de la mesa, pues el *schelling* de M. Bain se volvió pluma en manos del Sr. Ruiz. Y decimos que no se entienda bien este párrafo porque aparece aislado, habiendo sido suprimida esta cuestion intermedia: "La idea de un individuo es una reunion de ideas generales," que se descompone en las dos siguientes proposiciones: "Cuando damos un nombre á la percepcion de un individuo, como por ejemplo un árbol, no sólo hay la impresion sensible del momento, hay tambien un agregado, un conjunto de varias impresiones generalizadas."—"Lo que caracteriza una existencia individual y concreta, es ser un compuesto determinado que no confundimos con otras existencias individuales." Y esta otra que completa el párrafo prohijado por el Sr. Ruiz:" Los nombres que designan los individuos corresponden generalmente al carácter que tienen los individuos de ser conjuntos de ideas generales."

Entramos luego á la gran cuestion del *Orígen del conocimiento,* en que el Sr. Ruiz olvidó traducir una palabra importante, pues leemos en Bain: *Origine* EMPIRIQUE *de notre connaissance."* Ese olvido se encuentra sin embargo, subsanado, cuando más adelante dice el Sr. Ruiz: "Fácil es convencerse que los primeros conocimientos y muchos subsecuentes, tanto objetivos como subjetivos, los adquirimos *empíricamente,* y que todos los dias se encarga la experiencia de aumentar lenta, pero seguramente nuestro caudal intelectual." ¿Y en qué se apoya esa *conviccion* expuesta de un modo tan terminante y dogmático? El Sr. Ruiz lo dice ántes copiando á Bain: "Para apreciar el modo y la forma de adquirir los conocimientos, preciso es recurrir á la experiencia personal y á la observacion de la actividad intelectual de los demás. El modo con que diariamente adquirimos los hechos del mundo objetivo y la forma en que presenciamos son asimilados por los demás, es ésta: Impresiones recibidas en todos los sentidos, percibidas y organizadas por la inteligencia. De este modo adquirimos la nocion del color, del olor, de la resistencia, del movimiento, etc. Dichas nociones reunidas ó combinadas por la inteligencia, van enriqueciendo sucesivamente el espíritu, proporcionándole ideas, imágenes, pensamientos. En lo relativo al mundo subjetivo, á nuestra vida interior, no nos valemos de los sentidos, es decir, no necesitamos intermedio, no vamos de una sensacion á una percepcion, sino que tenemos directa é inmediatamente *conciencia* de nuestros sentimientos, nuestros pensamientos y nuestras voliciones. Y de esta manera, *adquirimos el poder permanente* de representarlos, de recordar el órden en que han aparecido estos fenómenos, su coexistencia, sucesion y semejanza." Notarémos de paso que aquí se consigna la teoría que podriamos llamar ultra-empírica, que ya hemos visto en Spencer, de que no sólo el conocimiento, sino la misma facultad de conocer es fruto de la experiencia.

No todos los filósofos, sin embargo, han adoptado la conviccion empírica que tan clara parece al Sr. Ruiz, pues "algunos pensadores creen que varios grupos de conocimien-

tos, no se adquieren de la manera que ántes se dijo; que para ellos no se necesita ni el ejercicio de los sentidos, *ni el testimonio de la conciencia,* que son intuitivos, inherentes á nuestro espíritu, *tales son* la nocion del tiempo y del espacio, el conocimiento de la sustancia y la causa." Observarémos entre paréntesis que en las palabras citadas el Sr. Ruiz emite dos conceptos enteramente falsos, pues los pensadores á que alude no han supuesto nunca que haya conocimientos para los cuales no se necesita el testimonio de la conciencia, ni tales conocimientos han sido reducidos á las nociones de tiempo, espacio, causa y sustancia. Bain no ha dicho ni podia decir semejante cosa; el Sr. Ruiz debería haberse fijado en el sentido de sus palabras para no incurrir en una equivocacion tan grave. Hé aquí la traduccion literal del pasaje respectivo: "Se ha alegado que algunas partes de nuestro conocimiento, en vez de ser resultado de la experiencia, como la mayor parte de nuestras ideas, son intuitivas, es decir, inherentes á nuestro espíritu, en fin, independientes, tanto de la operacion de nuestros sentidos sobre las cosas actuales, *como de los fenómenos particulares* de nuestra conciencia subjetiva......Hoy, la discusion *recae principalmente* sobre estas cuatro nociones: el tiempo, el espacio, la sustancia y la causa." Por lo demás, al pasar á probar que esas nociones tienen un orígen empírico, el Sr. Ruiz, queriendo probablemente ser harto conciso, desfiguró á Bain, dejando su texto algo confuso. Para no extendernos demasiado nos fijarémos en lo relativo á la sustancia. Hé aquí las palabras del Sr. Ruiz: "Se ha dicho que la sustancia (que significa que detrás de los fenómenos aparentes de las cosas hay un *substratum* desconocido é inconocible) es la denominacion de algo que no puede derivarse de la experiencia, de un algo permanente y constante en medio de lo variable é inconstante de los atributos, que percibimos por los sentidos.—Pues bien, en tal caso los que así piensan sufren una ilusion, creyendo que á la palabra debe corresponder alguna cosa, y no se fijan que hacen una *abstraccion,* suprimiendo las cualidades variables de los objetos, y con las constantes forman un todo, á cuya nocion, llaman *materia*; cuyas propiedades comunes no son otras que la *resistencia,* la *inercia,* el *peso* y el *poder mecánico* fenómenos que han sido adquiridos empíricamente." Vease ahora el pasaje respectivo de Bain, en que la teoría positivista se halla expuesta con toda precision: "La idea de la SUSTANCIA significa que detrás de los fenómenos ó apariencias de la materia ó del espíritu, hay un substratum desconocido é inconocible, llamado *sustancia, noumeno, existencia permanente.* Esta idea no puede derivarse de la experiencia. Su definicion exacta prueba que va más allá de la experiencia, y sin embargo, algunos filósofos pretenden que estamos obligados á creer en ella. Respecto del espíritu, la sustancia no es más que otro nombre de la identidad personal, es decir de la *supuesta* continuidad de nuestra existencia mental; la trama que soporta y sostiene todos nuestros pensamientos, todos nuestros sentimientos, todas nuestras voluntades, en fin, todos esos fenómenos de que se compone la corriente de nuestra vida consciente. Sobre este punto la doctrina contraria sostiene que la noion de sustancia es una ficcion fuera de propósito é inùtil. Si se trata de la materia, la sustancia no es más que la relacion de todos los cuerpos, el hecho más general de su existencia, ó en otros términos la resistencia, la inercia, el peso, los poderes mecánicos de la materia. Si se trata del espíritu, la sustancia no es tambien más que la propiedad ó las propiedades más generales de la concien-

cia, los hechos sobre que se funda la semejanza de todos los espíritus, y en razon de las cuales han recibido la designacion comun de espíritus, por oposision con el no-yo, con la materia. Estas relaciones son el sentimiento, la volicion, la inteligencia, tres hechos que se ligan más ó ménos á todo sér llamado espíritu."

Un filósofo no podía dejar de investigar el orígen de esa aberracion del espíritu humano para suponer causas y sustancias. El Sr. Ruiz, ó mejor dicho Bain, le ha encontrado en la "tendencia natural del espíritu á dar su aquiescencia, creer más allá de donde llega la experiencia;" pero felizmente ésta se encarga de corregir aquella pésima tendencia, por lo cual el Sr. Ruiz, ó sea Bain, nos señala la experiencia como el solo criterio de certidumbre. Pero ¿cuáles son los límites del conocimiento? Excusada parece esta pregunta despues de lo dicho; sin embargo, Bain dice y el Sr. Ruiz repite que "el conocimiento tiene por límite, el *límite* de la sensibilidad." "Por consiguiente, añade M. Bain, la nocion de una sustancia distinta de todos sus atributos es una cosa inconocible. Podemos conocer el cuerpo por sus cualidades sensibles, y el espíritu por sus sentimientos, sus pensamientos y sus voluntades; pero no podemos conocer nada más allá." En vez de esta conclusion clara y franca de la doctrina empírica y sensualista que forma la base del positivismo, el Sr. Ruiz nos va saliendo con la siguiente restriccion que parece inspirada por esa especie híbrida que podriamos llamar el sensualismo racionalista del Sr Dr. Parra: "Pero advertirémos que no debe darse á esta proposicion más extension que la que en realidad tiene. Repetimos que no solo poseemos los conocimientos que nos vienen por los sentidos, sino tambien todos aquellos en que además de estos datos interviene, formando la parte principal, la actividad del espíritu." Ahora bien, ó esto quiere decir que realmente no sólo poseemos los conocimientos que nos vienen por los sentidos, y entónces el Sr. Ruiz de una plumada ha echado abajo todo lo que ántes ha establecido, ó no significa nada su restriccion, pues áun en el sentido netamente sensualista no existe ningun conocimiento en el cual no intervenga la actividad del espíritu.

Aquí deja el Sr. Ruiz á Bain para pasar con Stuart Mill á establecer *algunas leyes psicológicas* y nos dice: "Despues de haber visto, tocado, palpado un objeto, podemos pensar en dicho objeto, sin que sea necesaria su presencia," lo cual no es más que traduccion de este pasaje de Mill: "*Lorsque nous avons une fois vu ou touché un objet, nous pouvons ensuite penser à l'objet, quoique nous ne le voyions ni ne le touchions plus.*" Y luego: "Siempre que un estado de conciencia ha sido determinado por una causa cualquiera, un estado de conciencia semejante pero de menor intensidad, puede reproducirse sin la presencia de una causa semejante á la productora." (Ruiz.)—"*Toutes les fois qu'un état de conscience a été déterminé par une cause quelconque, un état de conscience ressemblant au premier, mais d'intensité moindre, peut se reproduire sans la présence d'une cause semblable à celle qui l'avait produit d'abord.*" (Mill.)—"Estas ideas ó estados de conciencia secundarios son siempre determinadas ó por impresiones ó por otras ideas segun ciertas leyes importantísimas denominadas *leyes de Asociacion.*" (Ruiz.) "*Ces idées ou états mentals secondaires sont excités par nos impressions ou par d'autres idées, suivant certaines lois qu'on appelle les Lois d'Association.*" (Mill).—"Pri-

mera.—Las ideas semejantes tienden á despertarse una á otra. Segunda.—Cuando dos impresiones han sido con frecuencia experimentadas simultáneamente ó en sucesion inmediata, siempre que una de estas impresiones ó ideas reaparece, tiende á despertar la idea de la otra. Tercera.—Que mayor intensidad de una de estas impresiones ó de las dos, equivale para hacerlas aptas á excitar una á la otra, á mayor frecuencia de repeticiones." (Ruiz.)—"*De ces lois, la première est, que les idées semblables tendent á s'éveiller l'une l'autre; la second est que lorsque deux impressions ont été frequemment éprouvées (ou seulement appellées á la pensée) simultanément ou en succession immédiate, toutes les fois que l'une de ces impressions ou de ces idées réapparaît, elle tend à eveiller l'idée de l'autre; la troisième est, qu'une intensité plus grande de l'une de ces impressions ou de toutes les deux équivaut, pour les rendre aptes à s'exciter l'une l'autre, à une plus grande fréquence de conjonction.*" (Mill.)—"Tales son las nociones de Psicología que juzgamos indispensables para la científica adquisicion de la Lógica."—Esto es enteramente original del Sr. Ruiz.

El minucioso cotejo que hemos hecho entre la primera parte de la obra del Sr. Ruiz y los tratados de lógica de Bain y Mill, no deja la menor duda sobre la fuente en que ha bebido aquel señor y la tendencia y significacion de su libro, que debe ser colocado entre las producciones de la escuela positivista. Cumple á nuestro propósito manifestar que al hacer esa comparacion no hemos tratado de rebajar de ninguna manera la obra del Sr. Ruiz, pues no á todos, por grandes que sean su instruccion y su talento, es dado ser originales, sobre todo en materias filosóficas. Dejamos enteramente á un lado la cuestion literaria para ver nada más lo que se relaciona con intereses más elevados y de mayor trascendencia. Pues bien, no ha podido ménos de llamarnos la atencion el silencio que guarda el Sr. Ruiz acerca de los filósofos ingleses cuyas obras le han proporcionado el material para construir la suya. Difícil es suponer que ese silencio sea efecto de olvido involuntario; pero entónces, ¿qué significacion puede atribuírsele? Recordamos que al comenzar la *Libertad* la insercion en su folletin de la obra del Sr. Ruiz, el 23 de Mayo pasado, publicó un artículo recomendando dicha obra y haciendo una inexacta narracion del estado que guardaba la cuestion filosófica en la Escuela Preparatoria, y una apreciacion igualmente inexacta de la lógica de Tiberghien, inexactitud que rectificamos inmediatamente. El colega citado suponía que la junta de profesores de la Preparatoria había desechado el texto krausista, (lo cual no es cierto,) "expresando el *desideratum* de que encontrase un texto breve y simple, que exponiendo el verdadero método científico, no contuviese ataque alguno á las creencias científicas (?) *y religiosas de cualquier género que fueren.* El libro (el del Sr. Ruiz) que presentamos hoy al público y que comienza á imprimirse en nuestro folletin, *se amolda á estas condiciones de un modo perfecto.* El nombre de su jóven autor es la mejor garantía de la verdad de este aserto. Entre los representantes de la nueva generacion científica, ninguno reune en un grado más alto que él á la devocion por la verdad, un espíritu más radicalmente imparcial, ni más respetuoso por las creencias de los demas, y sobre todo por *la gran religon que cuenta con la inmensa mayoría de las almas mexicanas.*"

Detengámonos á analizar un poco el artículo de la *Libertad.* Se comienza suponiendo

que la enseñanza de la lógica en las escuelas nacionales, ha dado lugar á graves debates entre los positivistas y los parciales de la metafísica krausista; esto no es enteramente cierto pues el verdadero debate está entre el positivismo y el espiritualismo; si se ha tratado del krausismo es por consideraciones que otra vez expondremos, pero que no afectan realmente el fondo de la cuestion. Se dice luego que los partidarios de la metafísica pretenden demostrar (y demuestran en efecto) que los textos positivistas combaten sistemáticamente la legitimidad de todo sentimiento religioso (y de todo conocimiento científico y filosófico;) pero que sustituyeron dichos textos con el libro de Tiberghien, manifiestamente destinado á la propaganda de determinado dogma religioso; (lo cual no es exacto, pues se trata de un sistema filosófico, que en vez de atacar da una base racional al sentimiento religioso.) Se ve, pues, que la *Libertad* supone una lucha entre dos escuelas igualmente opuestas á las creencias religiosas, aseveracion infundada respecto de una de ellas; y presenta en seguida la obra del Sr. Ruiz como el término medio que viene á zanjar la dificultad, y que ocuparía una posicion equidistante del positivismo y de la escuela metafísica. Aquí viene aquello del "espíritu más radicalmente imparcial, y más respetuoso por las creencias de los demás, y sobre todo por la gran religion que cuenta con la inmensa mayoría de las almas mexicanas."

Léjos estamos de negar al Sr. Ruiz esas bellas cualidades, y queremos suponer que las posee en el grado más elevado; pero no se trata de esto: la cuestion es saber si el libro que ha dado á luz satisface el supuesto *desideratum*; si está exento de los inconvenientes justamente señalados en los textos positivistas, y de los imaginados en la obra de Tiberghien por los que la juzgan sin conocerla. Pues bien, el exámen que hemos comenzado á hacer del referido libro, disipa ya hasta la más ligera duda sobre su carácter esencialmente positivista, y entónces todas las recomendaciones de la *Libertad* vienen por tierra, pues lo único que se ha hecho es dar las doctrinas de Bain y de Mill en una forma ménos aceptable que la que les dieron aquellos escritores. Tal vez ese bello espíritu de tolerancia que tanto se elogia en el Sr. Ruiz hizo que omitiera los nombres de Mill y de Bain para no alarmar la conciencia de sus lectores, pero esta precaucion no puede satisfacer de ninguna manera, pues el inconveniente de esa enseñanza no reside en determinados nombres propios, sino en las mismas doctrinas, cuyo influjo pernicioso parece reconocer la *Libertad*. Resulta de lo dicho que el libro del Sr. Ruiz no ha venido á resolver ninguna contienda; que el soñado *desideratum* queda en el mismo estado que ántes, y que su adopcion por la junta de profesores de la Escuela Preparatoria, significa pura y simplemente el restablecimiento del positivismo en la enseñanza oficial.

J. M. Vigil.

LA DEDUCCION.

La deduccion es una forma del raciocinio, que consiste en determinar una verdad particular sacándola y haciéndola salir de un principio general anteriormente conocido. Es lo opuesto de la *induccion*, que consiste en elevarse de verdades particulares á la determinacion de un principio general.

Cuando el objeto particular que se trata de determinar es directamente observable, no hay que emplear mas que la observacion; pero sucede á menudo que los objetos están demasiado léjos de nosotros en el tiempo ó en el espacio para que podamos alcanzarlos por la observacion. A menudo tambien no sólo queremos conocer lo que es, sino lo que debe ser, lo absoluto y lo necesario, y la observacion no nos basta, atendiendo á que la observacion no nos da sino lo que es en un momento, en un lugar, y no lo que debe ser en todas partes y siempre, necesaria y absolutamente. Si del objeto que se trata de determinar, no sabemos más que su existencia, no hay nada que hacer; pero si conocemos algunas de sus cualidades, y poseemos de esta manera algunos datos acerca de él, preciso es ver si por estos datos le podemos ligar á algun principio general en que la cualidad buscada esté evidentemente unida á la cualidad conocida. Si se puede esto, afirmamos entónces de lo particular lo que hemos afirmado de lo general; hé aquí lo que se llama *deducir.* Supóngase, por ejemplo, que se trata de determinar que *Pedro es mortal;* sé de él que es *hombre,* y permitiéndome este dato incluirle en el principio general de que *todos los hombres son mortales,* de esta afirmacion general puedo hacer salir esta afirmacion particular: *Pedro es mortal.*

La forma de la deduccion es el silogismo, que ha definido Aristóteles *(Prim. Analit.,* lib. I., c. 1.) "una enunciacion en que siendo puestas ciertas aserciones, sólo porque lo son, resulta necesariamente otra asercion diferente de la primera." De esta definicion y de lo que precede se sigue que la deduccion no es ni podria ser una operacion primitiva, puesto que para sacar el conocimiento de lo particular del de lo general, se debe haber entrado ántes en posesion del conocimiento de lo general; sólo entónces puede ensayarse el no estudiar ya á los individuos en sí mismos, y sacar el conocimiento de una de sus propiedades, de las otras propiedades conocidas en lo general. Pero los principios generales nos vienen de dos fuentes muy diversas, y presentan muy distintos caractéres. —Unos se forman inmediatamente en nosotros y nos parecen desde luego evidentes, invariables, necesarios é independientes de toda realizacion; son los principios absolutos que nos da la *razon,* facultad de lo absoluto; por ejemplo este principio: *Todo fenómeno supone una causa.* Los otros son adquiridos en virtud de observaciones, experiencias, comparaciones, abstracciones numerosas; son siempre relativos á una realizacion dada, é indefinidamente perfectibles. Son los principios inductivos que se obtienen por vía de induccion; por ejemplo: *Los volúmenes de los gases están en razon inversa de las presiones.*

Ahora bien, la deduccion emplea estas dos especies de principios generales, y los conocimientos que saca son del mismo valor que los principios de donde los saca. Si parte de los principios absolutos y necesarios, hace salir consecuencias de una certidumbre absoluta, completa é invariable como los mismos principios; es el procedimiento que constituye las ciencias de raciocinio puro, como las matemáticas, en que las verdades adquiridas son para siempre invariables. "Es evidente, dice Aristóteles, (*Ultim. Analit;* lib. I., c. 8) que si los principios de donde se saca la conclusion son universales, hay necesidad de que la conclusion sea una verdad eterna." Si la deduccion parte de verdades generales obtenidas por vía de induccion, las verdades que de allí se hacen salir

van selladas con el mismo carácter de contingencia, de relatividad y de perfectibilidad indefinida; pero no por eso se debilita el valor de la consecuencia. Miéntras subsistan las leyes del universo y el órden que han permitido descubrir tales principios, éstos serán verdaderos, y verdaderas como ellos las consecuencias. "En cuanto á la demostracion y á la ciencia del curso ordinario de las cosas, evidentemente son eternas en la esencia de esas cosas." *(ubi supra.)* Y esto es lo que permite servirse de la deduccion para aplicar las verdades generales obtenidas por induccion, y aun para verificarlas y asegurarse de si son axactas y si los hechos están de acuerdo con las leyes que hemos creído descubrir. En efecto, segun la manera con que se forman las verdades inductivas, todo lo que es verdad del género debe ser verdad del individuo, puesto que el género no contiene más que las cualidades comunes. Ahora, 1º ó no hay órden en el universo, ó por la deduccion podemos sacar de los principios generales que da la induccion las aplicaciones que constituyen las artes; 2º si la ley de tal género está legítimamente formulada, tal ó cuál individuo de ese género deberá estar sometido á ella. Se experimenta sobre esta deduccion, y si el resultado está en contradiccion con la ley, es prueba de que esta ley no es la del género y que debe rehacerse la generalizacion que la ha formulado. Así, en la ciencia, como en las aplicaciones de la vida, la induccion y la deduccion se suponen mútuamente y están en una relacion tal que la segunda no puede existir sin la primera, y la primera puede y debe aplicarse y verificarse por medio de la segunda.

La induccion debe su legitimidad y poder irresistible á este principio necesario y absoluto sobre que reposa: *En las mismas circuntancias y en las mismas sustancias, los mismos efectos resultan de las mismas causas.* Igualmente la deduccion debe la suya á los mismos principios que le sirven de base y fundamento. Cuando concluye la identidad de los efectos y de los fenómenos, de la identidad de causa y de sustancia, se apoya sobre el mismo principio que la induccion, aplicándole á su manera. Cuando para llegar á la conclusion, toma un intermedio entre el objeto dado y la cualidad que hay que descubrir, y que de la relacion de conveniencia que une á ese intermedio por un lado con el objeto y por el otro con la cualidadad buscada, concluye la misma relacion de conveniencia entre el objeto y la cualidad, no es más que la aplicacion de este axioma: *Dos cosas comparadas á una tercera y que son semejantes á esa tercera, son semejantes entre sí,* axioma que se podria llamar *principio de deduccion,* como se llama el otro *principio de induccion.*

Así, los dos procedimientos inductivo y deductivo, y las verdades que nos dan, reposan sobre los principios primeros que suponen, y de los cuales se saca, aun sin saberlo y por una necesidad de nuestra constitucion intelectual, toda la autoridad que les damos. Y es preciso que sea así para que haya algo fijo y estable en la creencia humana. Si no hubiera algo primitivo, incondicional y absoluto, á que se refiriese el raciocinio y que le sirviese de base; algo, en una palabra, necesario, que brillase con todo el esplendor de una evidencia propia, constante, indeleble, toda la cadena de las verdades inductivas y deductivas flotaria en el aire y no se apoyaria en nada.

En su mayor sencillez, la deduccion supone al ménos tres ideas: la idea del principio en general, la idea de los datos, y la idea deducida ó que sale necesariamente de las dos

primeras. En este caso no hay más que un género y un dato intermedio; pero podria haber una série más ó ménos larga, sin que por eso cambiase en nada la naturaleza de la operacion. Un género puede entrar como especie en un género más elevado, pero siempre lo que se afirma en general podrá afirmarse de lo particular que comprende, y si es verdad decir: dos cosas iguales á una tercera son iguales entre sí; tambien es verdad añadir que si una de las tres es igual á una cuarta, las cuatro son iguales entre sí, y así sucesivamente.

Las reglas de la deduccion se sacan de la naturaleza de esta operacion y del objeto que se propone. Como la deduccion establece comparacion entre un principio general conocido y determinado y los datos de un objeto particular que hay que determinar en lo que tienen desconocido, es necesario, 1 ° verificar el principio general, es decir, ver si es un principio legítimamente adquirido, y determinar exactamente su naturaleza y alcance; 2 ° examinar los datos del objeto particular, asegurarse de que bastan para ligarle al principio general á fin de no exponerse á no ir de lo mismo á lo mismo, y referir al género conocido un individuo, que mejor conocido en sus datos, no podria asimilársele. Cuando se considera la deduccion en su forma, en el silogismo, se añade á las reglas precedentes las que exige el ejemplo de las formas verbales.—J. DUVAL-JOUVE.

REVISTA DE PERIODICOS.

México, Octubre 1° de 1882.

La aprobacion de la obra del Sr. Ruiz por la junta de profesores de la Escuela Preparatoria, para que sirviera de texto en la cátedra de lógica de dicha Escuela, inspiró á la *Patria* un buen artículo sobre los graves inconvenientes que resultarían de restablecer el positivismo en la enseñanza oficial. El *Monitor* agregó con este motivo y en igual sentido algunas juiciosas observaciones; y entónces la *Libertad* publicó un artículo, cuyo primer párrafo, destemplada expresion de la cólera que encendió el alma del colega, es el siguiente: "Ni el Sr. Montes, ni el *Monitor*, ni nadie es capaz de probar, ni ahora ni nunca, una sola de las apreciaciones que contiene el suelto anterior y que revelan una ignorancia rabiosa, desesperada de las más simples nociones de filosofía, puesto que en nuestro sentir, solo hay una. En el Sr. Vigil *existe una ignorancia voluntaria de la cuestion*; á los intereses de la causa que defiende *conviene ignorar muchas cosas,* mas los que del aguacero de palabras que cae sobre el positivismo desde las nubes en que flota la *Revista filosófica,* solo retienen algunas declamaciones, algunos truenos perdidos, tienen el don de tocar en la materia á una altura vertiginosa en punto á tortunas y disparates, emitidos con tal solemnidad y tanto magisterio que provocan la risa y no la ira." Este último concepto del colega se encuentra desmentido por el mismo tono del párrafo preinserto, pues en vez de la risa, siquiera de desprecio, se deja ver el violento sentimiento de la ira que emplea las palabras más duras y las más injustas calificaciones. Dejando esto á un lado por considerarlo enteramente ageno de todo debate filosófico, nos limitarémos, sin

embargo, á rechazar el cargo infundado que se nos hace al atribuirnos *una ignorancia voluntaria de la cuestion,* lo cual parece suponer mala fe de nuestra parte en la lucha que venimos sosteniendo contra el positivismo. No podia haber escogido la *Llbertad* arma más inofensiva para atacarnos, pues ni en esta cuestion ni en ninguna otra de las que hemos sostenido por la prensa, probaria nunca esa *ignorancia voluntaria,* por la sencilla razon de que no existe ni ha existido. En cuanto al pobrísimo concepto que de nuestra publicacion tiene periódico tan ilustrado, nada tenemos que decir, y lo único que extrañamos es que tales cóleras se desaten contra producciones que se reducen á "un aguacero de palabras."

Continúa la *Libertad*: "Respecto de los hechos que se refieren en el susodicho párrafo, la cosa es peor, si esto fuera posible. No hay tal crísis en la Escuela Preparatoria, ni tal conspiracion de positivistas, ni tal *lógica* positivista del Sr. Ruiz: son estos puros carneros. La *Junta de profesores* de la Escuela, en una sesion celebrada con todos los requisitos que la ley previene y á la que asistía una considerable mayoría de personas *católicas* adoptó *por unanimidad* el texto de *lógica* formado por el Sr. Dr. Luis E. Ruiz. Para hacerlo así, tuvo presente, que en la lucha entablada entre la secta de Krause y la positivista era necesario buscar un terreno neutral, en que ni se dejara entregada la inteligencia en formacion de los alumnos á los absurdos procedimientos de la escuela metafísica que acaudilla Tiberghien en Bélgica y á quien nadie hace caso, ni entre los espiritualistas mismos, ni á la vigorosa disciplina mental del positivismo que podía despojar á algunas de sus creencias. A este *desideratum* corresponde la lógica del Sr. Ruiz; no hay una sola de las creencias espiritualistas que no deje en pié su autor, ni hay nada sustancial en la ciencia del raciocinio que no esté consignado en ella. Aprovechar de la lógica positivista, cuyos más caracterizados representantes son Mill y Bain, todo aquello que no tendiera á destruir el sentimiento religioso, ni una religion positiva fué el propósito del autor del nuevo libro y este propósito está en plena consonancia con el espíritu del cuerpo de profesores de la Escuela Preparatoria, y es el solo adecuado al sistema de instruccion que la ley fundamental impone al gobierno."

Nada dirémos acerca de los hechos, tales como los refiere la *Libertad*, pues nos repugna entrar en ciertos pormenores, que por otra parte nada tienen que ver con la esencia del negocio. Si ha habido personas *católicas* que aprueben el libro del Sr. Ruiz, sus razones tendrían para ello, sin que á nosotros incumba averiguar esas razones que afectan á la conciencia de cada uno; pero lo que sí aseguramos es que ni la dicha aprobacion ni otras mil de igual naturaleza, harán cambiar en un solo ápice el carácter de la obra aprobada. Por lo demás, aquí vemos repetida la idea del supuesto *desideratum* de hallar una lógica *neutral* que venga á ocupar un término medio entre el positivismo y la escuela de Krause, *desideratum* que queda satisfecho con el libro del Sr. Ruiz. En nuestro artículo anterior nos hemos encargado de esclarecer este punto, y ahora añadirémos solamente algunas palabras. Como ya lo hemos dicho, no son el positivismo y el krausismo, al que tan mal juzga nuestro colega por una ignorancia probablemente involuntaria, los dos extremos de la lucha filosófica, sino el positivismo y el espiritualismo. Ahora bien, querer hallar una situacion intermedia entre esas dos escuelas, es no comprender enteramente la cuestion, porque es suponer posible la solucion de un problema insoluble. Entre la afirmacion y la negacion, entre el sí y el nó, entre el empirismo que admite solamente la experiencia y la razon como facultad de lo suprasensible, no hay, no puede haber situacion intermedia. Los positivistas han olvidado esta vez que precisamente su escuela ha aspirado á asumir esa posicion equidistante entre las afirmaciones del espiritualismo y las negaciones del ateismo y del materialismo, suprimiendo de un solo golpe la metafísica y encerrándose en una abstencion sistemática acerca de los grandes problemas de la filosofía; y ya se ha visto lo que esa abstencion significa, viniendo los hechos á probar que era imposible, y que lógicamente acababa por resolverse en las negaciones ateistas y materialistas. Supongamos, sin embargo, por un instante realizable el pensamiento fundamental del positivismo, admitido y profesado por sus partidarios, segun lo hemos visto ya otras veces; ¿á qué quedaría reducido el decantado *desideratum* de que nos habla la *Libertad?* A una situacion *neutral* entre la absten-

cion positivista y la afirmacion espiritualista; y ¿hay por ventura álguien bastante perspicaz para colocarse en una situacion intermedia entre la afirmacion y la *abstencion?*. . . .

"*Aprovechar de la lógica positivista todo aquello que no tendiera á destruir ni el sentimiento religioso, ni una religion positiva fué el propósito del autor del nuevo libro.*" Será así, pero lo que negamos redondamente es que lo haya conseguido, pues por ventajosa que sea la opinion que tenemos del jóven autor, no llega al extremo de suponerle capaz de realizar esa empresa imposible. En el artículo que hoy publicamos se ve de un modo inequívoco que las doctrinas psicológicas del Sr. Ruiz son pura y simplemente las doctrinas de Bain y de Mill, y muy pronto verémos que esas doctrinas destruyen no solo el sentimiento religioso, base y fundamento de toda religion positiva, sino que hacen sentir por igual sus perniciosas consecuencias en el órden científico, moral y político. Pero, ¿para qué es cansarnos? La misma *Libertad* conviene en los peligros del positivismo para el sentimiento religioso, y como la obra del Sr. Ruiz es esencialmente positivista, resulta que adolece de los graves defectos atribuidos á la escuela por sus mismos partidarios. Si nosotros usáramos el lenguaje de nuestro colega, diríamos despues de esto que la soñada lucha entre el positivismo y el krausismo, y el famoso *desideratum*, y la posicion media entre la afirmacion y la abstencion ó sea la negacion, son *puros carneros;* pero como no acostumbramos chancearnos sobre negocios de tanta importancia como el presente, nos limitamos á fijar la cuestion en sus verdaderos límites, para que el lector juzgue con pleno conocimiento de causa. Bien puede ahora la *Libertad* disparar contra nosotros todos los epigramas de su arsenal inagotable; no es la agudeza del ingenio la que puede destruir ni alterar la verdad de las cosas.

Digno es de llamar la atencion que en medio de esta lucha con tan apasionado calor sostenida por los sectarios de Comte, estos señores han dado, tal vez sin quererlo, un golpe mortal á su escuela. y un triunfo brillante al espiritualismo. ¿Qué otro nombre hay que dar á la confesion paladina de que la vigorosa disciplina del positivismo puede despojar á algunos de sus creencias? ¿Cómo debe calificarse el propósito de que no hay una sola de las creencias espiritualistas que no deje en pié el autor del nuevo libro? ¿Y cuál puede ser la significacion de ese esfuerzo para persuadir que la obra del Sr. Ruiz no es positivista? ¿No se ve en todo esto el reconocimiento explícito de verdades que no hace mucho todavía eran negadas tenazmente por los discípulos de Mill? . . . El tiempo ha pasado; las discusiones promovidas sobre estas materias, los resultados prácticos de la enseñanza han hecho ver con toda claridad la verdadera significacion y tendencia del positivismo, y no siendo ya posible negar la evidencia se aglomeran cargos infundados sobre los adversarios, se rinde homenaje á las doctrinas combatidas, y se procura crear la confusion arrojando el descrédito sobre un sistema que no es más que una de las mejores formas del espiritualismo moderno. Solo así puede explicarse ese extraño afan de atribuir á Tiberghien precisamente uno de los defectos del positivismo, reconocido por sus partidarios. ¿Por qué en efecto, insistir tanto, aunque sin habér dado hasta ahora ninguna prueba, sobre los peligros para el sentimiento religioso que se suponen en las doctrinas del filósofo belga? ¿No parecerían raros semejantes escrúpulos, aun cuando fuesen fundados, en los defensores de una filosofía que conduce directamente al ateismo, y que considera por lo mismo el sentimiento religioso como una de las más funestas preocupaciones? Despues de lo dicho creemos poder resumir la cuestion en los siguientes términos: 1º El verdadero debate no está entre el positivismo y el krausismo, sino entre el positivismo y el espiritualismo.—2º No es posible establecer un término medio entre doctrinas de las cuales una es negacion de la otra.—3º La obra del Sr. Ruiz tiene en consecuencia que adoptar necesariamente uno de los dos extremos, y por lo que hemos visto y seguirémos viendo, ese extremo es el positivismo. No perdemos la esperanza de que reflexionando con calma la *Libertad,* acabará por estar enteramente de acuerdo con nosotros; ya que tanto han avanzado sus simpatías en favor de las doctrinas espiritualistas.

Hasta el momento de concluir esta revista no ha llegado á nuestras manos el *Positivismo* que debió salir el dia 15.

J. M. Vigil.

BIBLIOGRAFÍA.

NOCIONES DE LÓGICA ARREGLADAS POR EL PROFESOR LUIS E. RUIZ.

II.

Antes de pasar adelante en el cotejo que venimos haciendo entre la obra del Sr. Ruiz y los autores que le han servido de guía en la formacion de aquella, creemos conveniente detenernos á examinar la índole de las doctrinas contenidas en la primera parte, y cuya procedencia legítima hemos visto en nuestro artículo anterior. Esto nos parece tanto más importante, cuanto que servirá para poner de manifiesto lo falso y peligroso del positivismo, y por consiguiente, el error que se cometeria adoptando su enseñanza en las escuelas oficiales. La manera poco franca con que suele presentarse la nueva doctrina, y la poca versacion de algunas personas en materias filosóficas, pueden inducir á gravísimos errores, pues no se alcanza á primera vista toda la trascendencia de ciertas cuestiones que parecen sencillas y hasta cierto punto indiferentes. No nos sorprenderia por lo mismo, que hubiera álguien, que despues de leer nuestro primer artículo preguntara simplemente: "¡Y bien! ¿qué sacamos de todo eso? Veo, en efecto, que lo que se enseña en el nuevo libro son las mismas doctrinas de Bain y de Mill; pero no hallo nada en esas doctrinas que pueda alarmar á una conciencia timorata. Si nuestras ideas en su totalidad se derivan ó no de la experiencia; si el conocimiento es esencialmente relativo y la induccion tiene una base puramente empírica, de tal suerte que la deduccion sólo puede efectuarse sobre los datos generalizados de la primera, no viniendo á ser en realidad más que una induccion trasformada, no hay en todo ello más que opiniones de escuela, propias para ejercitar el ingénio de los filósofos, pero que se pueden seguir indiferentemente, sin caer por eso en los errores trascendentales que tanto ponderan ciertos espíritus espantadizos."

A desvanecer esos falos conceptos se endereza nuestro presente artículo, para lo cual no tenemos que hacer más que presentar en términos breves y concisos las consecuencias que lógicamente se desprenden de las doctrinas que venimos impugnando.

Menester es desde luego tener en consideracion que filosóficamente hablando no hay principios indiferentes, pues aun aquellos que se presentan con carácter ménos trascendental, si se examinan con alguna atencion, se hallará que pueden ser fuente fecundísima de errores, llegando así á viciar todo el conocimiento. ¿Qué cosa más inocente á primera vista que la relatividad del conocimiento establecida por el Sr. Ruiz de acuerdo con sus maestros Bain y Mill? Y sin embargo, analizándola un poco se descubre luego no sólo su falsedad por los términos generales con que está expuesta, sino las consecuencias erróneas que de ella se deducen. "Verdad es, dice Tiberghien tocando esta cuestion, (1) que los séres finitos, *como tales,* son puestos en paralelo entre sí y que no se puede fijar uno de ellos sin desviar su atencion de los otros. Pero el sér finito no es necesariamente considerado como tal; puede ser concebido en su esencia indeterminada, sea que se ignoren sus cualidades y relaciones, sea que se haga abstraccion de ellas. Así es como el yo se presenta al pensamiento del niño, que no ha analizado todavía su naturaleza. El mismo infinito no puede ser concebido sino en sí, puesto que es solo, sin relacion con alguna otra cosa. El principio lógico que se invoca es, pues, incompleto. El análisis, bajo forma de observacion ó de dialéctica, tiene precisamente por objeto el considerar cada cosa en sí misma, á fin de reconocerla tal como es. El objeto se presenta desde luego al pensamiento en su unidad, como un todo indiviso, en seguida como un todo determinado, si se trata de un sér finito; sólo entónces es cuando la comparacion puede tener lugar en la determinacion científica, para aclarar la nocion, mostrando lo que el objeto no es." Veamos ahora cómo partiendo del error psicológico combatido por Tiberghien, un notable escritor de nuestros dias ha llegado nada ménos que á negar la personalidad de Dios. "Para que un sér tenga conciencia de sí, dice Vacherot, (2) para que se afirme, se ponga como yo, es preciso que se distinga, que se separe de un no-yo cualquiera. Ahora, ese medio de distincion, ese no-yo falta á la actividad infinita del Sér universal, cualquiera que sea por otra parte su unidad. Dios no podria comprenderse como yo, tomar conciencia de sí mismo sino oponiéndose un no-yo; lo que es imposible, puesto que es todo, en su calidad de Sér infinito y universal. Luego aquí tambien los teólogos más razonables no se dan cuenta de la naturaleza de las nociones que emplean. La contradiccion es manifiesta; es preciso escoger entre los atributos metafísicos y los psicológicos. El Dios *personal* y consciente es necesariamente *finito* é *individual;* el Dios infinito y universal es necesariamente impersonal." Y más adelante: "No se puede concebir á Dios poniéndose como persona, es decir, como yo, sino oponiéndose un no-yo, y por consiguiente, limitándose é individualizándose..... Despues de esta explicacion, no hay ya que hablar de un Dios personal."

No es necesario, despues de esto, insistir en la importancia de la materia que tocamos, y pasamos por lo mismo sin más preámbulo á exponer sumariamente las consecuencias que se derivan de los principios proclamados por la escuela positivista, y que son las mismas que Tiberghien ennumera como procedentes del sensualismo. Estas consecuencias son: 1ª el hombre reducido á la condicion del bruto; 2ª el escepticismo; 3ª el

(1) *La ciencia del alma en los límites de la observacion,* cap. III.
(2) *La metafísica de la ciencia,* tom. II, conv. 14.

materialismo; 4.º el ateismo; 5.º el egoismo y el fatalismo; 6.º el despotismo. Examinemos por su órden cada uno de estos puntos, dejando al lector el cuidado de decidir si tienen ó no razon los que califican de profundamente perniciosa la enseñanza de la nueva doctrina.

"Primera consecuencia. Si la ciencia se reduce á la sensacion, dice Sócrates, Protágoras habla verdad al afirmar que el hombre es la medida de todas las cosas, de la existencia de las que existen y de la no-existencia de las que no existen. En efecto, la sensacion es enteramente individual, cada uno es juez y único juez de sus impresiones, aunque nuestras impresiones puedan ser, con relacion á los mismos objetos, contrarias á las de otro. Las cosas son, pues, para cada uno lo que le parecen ser. Si el mismo viento da frio á uno y calor á otro, el primero dirá con razon que el viento es frio, y el segundo tendrá igualmente razon en decir que el viento es caliente. La sensacion tiene siempre un objeto y no es susceptible de error. Sus objetos no tienen nada absoluto en sí mismos; todas sus propiedades se refieren á nuestros sentidos; son y no son, segun las circunstancias: todo es relativo, (1) todo es verdadero. Apruebo esa opinion, prosigue Sócrates, y sólo me sorprende que Protágoras no diga que el cerdo, el cinocéfalo ú otro sér cualquiera más extraño entre los que sienten, sea la medida de todas las cosas. Habria sido un principio magnífico y del todo insultante para nuestra especie, por el cual nos hubiese dado á entender que miéntras le admiramos por su sabiduría, no supera en inteligencia, no digo ya á otro hombre, pero ni siquiera á una rana. ¡Cómo! dirémos en efecto: Si las opiniones que se forman en nosotros por medio de las sensaciones son verdaderas para cada uno; si nadie es más apto que otro para descubrir lo que experimenta su semejante; si cada uno juzga lo que pasa únicamente en sí, ¿por qué privilegio Protágoras seria sábio hasta el punto de creerse con derecho de enseñar á los otros, poniendo sus lecciones á un alto precio? ¿Y no seriamos nosotros más que unos ignorantes condenados á ir á su escuela, puesto que cada uno es para sí la medida de su propia sabiduría? ¿No dirémos que Protágoras ha querido burlarse al hablar de esa manera?

"Platon tiene razon. La dialéctica es un arte soberanamente ridículo, si todo se limita á sentir. Los sábios no tienen más sentidos que los ignorantes, ni los que tienen son más perfectos. Algunas especies animales aventajan al hombre por lo extenso de la vista, lo fino del oído y lo delicado del olfato. No existe de seguro diferencia esencial entre los nervios del hombre y los de los mamíferos, y puesto que la sensibilidad constituye la ciencia, todos los animales son capaces de cultura científica y de trabajos intelectuales, en proporcion al desarrollo del sistema nervioso. Los animales sábios y parlantes, ó "el hombre reducido al estado de bruto," tal es la primera consecuencia del sensualismo.

"Epicuro, Hobbes, todos los sensualistas, han tenido el sentimiento de esta necesidad, cuando han imaginado en el orígen de la sociedad, al hombre salvaje, vagando en los

(1) Comte ha formulado este mismo principio en los siguientes términos: "Todo es relativo; hé aquí el solo principio absoluto." En lo cual le han seguido todos los positivistas á pesar de las profundas diferencias que los separan. Razon ha tenido, pues, Funck Brentano para colocar á Mill y Spencer en el número de los sofistas modernos.—(R. F.)

bosques, sin voz ni leyes, sin lazo moral ni religioso. Los ensayos de los naturalistas, tales como Lamarck y Darwin, que pretenden que las especies vivientes se trasforman, y que el hombre proviene del mono, que desciende á su vez de un pólipo, no tienen otra causa. Es siempre el hombre confundido con el animal, la razon con los sentidos, la persona con las cosas; es siempre el mismo desprecio de la dignidad que pertenece á los séres racionales. El Dr. Büchner no conoce la historia del sensualismo, pero llega por instinto á los mismos resultados. "Las mejores autoridades que tenemos en filosofía, dice, están ahora de acuerdo en que el alma de los animales no difiere del alma humana "en calidad, sino solamente en *cantidad.* Muy recientemente ha tratado Cárlos Vogt "esta cuestion con el raro talento que se le conoce, y la ha decidido en el sentido que "acabamos de indicar. El hombre no tiene preferencia absoluta sobre el animal, su su- "perioridad intelectual sobre el último es sólo relativa. El hombre no tiene en privile- "gio ninguna facultad intelectual; lo que le da la superioridad no es más que la mayor "intensidad de sus facultades y la conformidad de la union de éstas entré sí. La causa "natural y necesaria de la perfeccion de las facultades del hombre se encuentra en el "desarrollo más perfecto del órgano material del pensamiento. No se puede hallar dife- "rencia esencial ni en la forma, ni en la composicion química, entre el cerebro del hom- "bre y el de los animales. Preciso es haber visto y frecuentado ciertas clases inferiores "de nuestra sociedad para concebir que la escala intelectual, del animal al hombre, no "se interrumpe de ninguna manera. ¿Qué abismo hay entre el negro y el mono?........ "Cítase á menudo el lenguaje como el rasgo característico que distingue al hombre del "animal; los que hacen tal objecion ignoran ciertamente que tambien los animales pue- "den hablar. Tenemos, además, multitud de hechos y de observaciones que demuestran "hasta la evidencia que la voz articulada de los animales, así como sus gestos y su mí- "mica, son susceptibles hasta cierto grado, de desarrollo y perfeccionamiento. Sabemos "que las facultades intelectuales de los animales son en general susceptibles de desarro- "llarse y perfeccionarse como las del hombre. ¡Cuántas cosas admirables vemos ejecutar "por animales educados!...... Imposible es, pues, negar la transicion insensible, que por "innumerables grados intermedios liga al hombre con el animal, tanto por las cualidades "intelectuales como por las corporales...... Por este motivo no conviene que el hom- "bre se dé importancia respecto del mundo orgánico, considerándose como un sér de otra "naturaleza y de orígen superior." (1)

"Es, pues, cosa resuelta: el hombre es un bruto, y los brutos son capaces de observacion, de moralidad, de lenguaje y de perfeccion como nosotros. Aguardemos el resultado de sus estudios. La psicología de los animales hecha por ellos mismos, ha aparecido ya tal vez, y los más malignos de la banda, (perdon por la expresion), andan en busca de los medios para comunicárnosla. Sabrémos entónces cuál es la diferencia en milímetros entre su alma y la nuestra: entre tanto, todo comentario sería superfluo.

"Segunda consecuencia. Si la sensacion es toda la ciencia, no hay ya distincion posible entre la verdad y el error, puesto que nuestras impresiones son siempre lo que deben

(1) *Fuerza y materia*, pág. 251.

ser, aun cuando estén en contradiccion con las de otro. Las unas son tan verdaderas como las otras, aunque nieguen la misma cualidad del mismo objeto: por esta razon sostenia Protágoras que todo es verdad. Pero si todo es verdad, es igualmente verdad que todo es falso. La segunda proposicion no es más que una variante de la primera: ámbas significan que la verdad y el error se confunden. Ahora, la ciencia tiene por objeto la verdad con exclusion del error. Si los dos términos son idénticos, no hay ya ciencia; de aquí el *escepticismo.*

"Platon tiene otra vez razon: el sensualismo de los sofistas es el orígen del escepticismo. Todo cambia en nuestros órganos y en los objetos; imposible es fijar nada en el flujo perpetuo de los fenómenos sensibles. A medida que expresamos nuestros pensamientos, los cuerpos no son ya lo que eran; lo blanco se convierte en negro, lo caliente se pone frio, lo húmedo se vuelve seco: ¿en dónde está, pues, la verdad de las cosas? Además, la sensacion recae sobre el instante actual, no sobre el pasado ni el porvenir; se aplica á los objetos individuales del mundo exterior, no á las cosas suprasensibles, ni aun á las relaciones que los objetos tienen entre sí. Ningun principio cae bajo los sentidos, y sin embargo, la ciencia exije verdades generales. ¿Qué seria la ciencia de la naturaleza sin el conocimiento de las especies, de los géneros, de las causas, de las leyes de la materia? ¿Y á qué sentido debemos estas percepciones? La ciencia es, pues, imposible.

"Esto nos explica la profunda simpatía que reina en todas épocas entre el sensualismo y el escepticismo. El uno proviene del otro. Sexto Empírico y Hume eran francamente sensualistas, y el sistema de la sensacion los ha conducido á la duda. La sensacion, fenómeno subjetivo, no prueba nada respecto de los objetos, y la concepcion de un objeto no puede formarse sin las categorías de sustancia y de causa. Pero si nuestros órganos no nos dicen nada respecto de las causas y de las sustancias, ¿qué garantía queda al testimonio de los sentidos? Sensualismo y escepticismo, es la misma doctrina en dos grados de desarrollo, es tambien toda la filosofía del siglo XVIII en Francia, en estado de tendencia más bien que en el de teoría determinada. Nuestros modernos sensualistas no han llegado todavía á esa severidad lógica que hay que admirar en los representantes ilustrados de la escuela; se contentan con eliminar de la ciencia lo que toca á los intereses morales del hombre, y ni sospechan siquiera que la observacion de la naturaleza no podria hacerse con los solos elementos de la sensibilidad. Su seguridad está garantizada por su ignorancia.

"Tercera consecuencia. Si la ciencia se limita á la sensacion, no podemos racionalmente admitir sino las cosas materiales que se ofrecen á nuestros sentidos: de aquí el materialismo. El alma será el aire, el fuego, la sangre, una secrecion del cerebro, ó como se expresa un sensualista moderno, que evita á veces la palabra propia, el producto ideal de cierta combinacion de materias dotadas de fuerzas. No existe, pues, más que una especie de sustancias en el mundo, los cuerpos, así como no tenemos más que una especie de facultades, los sentidos: las almas ó los espíritus, como distintos de la materia, son una pura hipótesis, contraria á nuestra organizacion intelectual. Y como los cuerpos nacen y mueren, las almas comienzan y acaban con ellos: la inmortalidad del alma es una quimera. En una palabra, el sensualismo y el materialismo son la misma

doctrina, considerada desde el punto de vista psicológico del orígen del conocimiento, ó desde el punto de vista ontológico de la existencia de los objetos. Epicuro, Hobbes y los sensualistas de nuestros dias son materialistas y de ello se jactan. Condillac forma excepcion en su calidad de abate; pero el alma, segun él, es un dato de la revelacion, no de la razon; inconsecuencia que rechazan los discípulos que no tienen la fe. La doctrina de Augusto Comte, que sólo reconoce la observacion sensible, es igualmente materialista. En un materialismo frenológico que no mereceria ser mencionado en una obra séria, sí gracias á la ausencia de cultura filosófica, no tendiera el positivismo á extenderse entre las gentes de mundo.... (1)

"Cuarta consecuencia. Si todos nuestros conocimientos están encerrados en los límites de la sensibilidad, no tenemos ninguna nocion de Dios, ninguna certidumbre de su existencia: de aquí el *ateismo*. Sábese el respeto de Epicuro por los dioses, y de Hobbes por la religion: fábula, medio de policía. Si Dios existe, es un gran cuerpo. Esto es lógico, y vale más que decir con Condillac que los sentidos nos elevan hasta Dios, ó con Augusto Comte que el Sér supremo es la humanidad. Nó, los sentidos no tienen nada de comun con lo infinito y lo absoluto, ni aun con la concepcion de la humanidad. Parece que los séres privados de razon no sospechan la existencia de Dios; hasta aquí al ménos, á pesar de los progresos anunciados por algunos doctores, no se ha descubierto en los animales ningun vestigio de cultura religiosa. ¿Serian acaso más sábios que nosotros? Tal vez; pero yo quisiera saber cómo esa idea de Dios, ó sea abstraccion si se quiere, ha podido entrar alguna vez en el espíritu humano. Direis que el hombre ha hecho á Dios á su imágen. Sea en cuanto á los dioses del paganismo; el arte solo puede defenderlos; pero el Sér infinito y absoluto no se fabrica con las manos. Debeis negarlo, y al negarlo dais testimonio de que teneis su idea. Pregunto, pues, ¿de dónde viene esa idea? Podeis declarar que es falsa, que nada corresponde en la realidad al pensamiento de Dios; no por eso evitareis mi pregunta sobre el orígen de este pensamiento.

"Los modernos sensualistas no sospechan que hay aquí alguna dificultad; parece que creen que son sinónimos religion y supersticion, y que las castas sacerdotales son las únicas que están interesadas en afirmar á Dios. M. Büchner resuelve de una plumada el gran problema que ha detenido á todos los hombres de génio. Comienza por establecer su principio de que no hay materia sin fuerzas ni fuerzas sin materia, principio fecundo para la física, y añade luego sin transicion: "¿Cuál es la consecuencia general y filosófi-"ca de esta nocion tan simple como natural? Que los que hablan de una fuerza creadora "que hubiese creado el mundo de sí misma ó de nada, ignoran el primero y más simple "principio del estudio de la naturaleza basado sobre la filosofía y el empirismo. ¿Cómo "habria podido existir una fuerza que no se manifestase en la materia misma, sino que "la gobernase arbitrariamente y conforme á consideraciones individuales? Con mayor

(1) *Curso de filosofía positiva*, t. III, lec. XLV. El autor se defiende de esta acusacion; *(Discurso sobre el conjunto del positivismo)* pero los términos de su protesta prueban que no supo darse cuenta del valor de sus propias teorías.

"razon, fuerzas que existiesen independientemente, no podian pasar á la materia infor-"me é inerte y producir así el mundo; porque hemos visto que las fuerzas y la materia, "concebidas de una manera abstracta, son concepciones absurdas. El artículo que trate "de la inmortalidad de la materia nos demostrará que el mundo no ha podido ser crea-"do de nada. La nada es una quimera rechazada por la lógica y el empirismo. El mundo "ó la materia, con sus propiedades que llamamos fuerzas, ha debido existir de toda eter-"nidad y existirá absolutamente en toda eternidad, en una palabra, el mundo no ha po-"dido ser creado." (1)

"Hé aquí una bella muestra de la lógica materialista, basada sobre la experiencia; porque la experiencia se vuelve decididamente contra Dios. Un célebre astrónomo, satisfecho de conocer las leyes del mundo, ha podido tratar á Dios de hipótesis, creyendo sin duda que la observacion no alcanzaba al legislador del universo ni permitia en consecuencia ninguna conclusion, positiva ó negativa, respecto de él. M. Büchner es ménos modesto: con la balanza química en la mano, demuestra por hechos, ¡siempre hechos! que no hay Dios. Nada puede prevalecer contra un hecho; Dios no resistirá. ¡Feliz siglo del positivismo, en que la humanidad se verá al fin libre de toda preocupacion de intereses morales y podrá adorarse á sí misma!....

"Quinta consecuencia. Si la ciencia no es más que la sensacion, el bien es para cada uno lo que le causa placer; el mal lo que le causa pena. Ninguna cosa es buena en sí misma, sino sólo con relacion á nosotros: lo que es bueno para uno es malo para otro; y como todo sér obra segun su naturaleza, el único objeto que el hombre tiene que satisfacer es buscar la mayor suma de goces. Tal es su derecho, su deber, su destino. Este mismo destino le ha sido impuesto, no podria sustraerse á él, no es libre, puesto que es materia, es esclavo de sus sentidos, como el bruto que corre en pos del placer. Nueva analogía señalada por Platon en el Filebo, entre el animal y el hombre que se entrega todo entero á las impresiones del momento. De aquí el *egoismo*, el *eudemonismo*, el *fatalismo*. Epicuro y Hobbes están perfectamente de acuerdo en todos estos puntos; casi no hay variantes en esta apreciacion de la vida moral, que ha sido tan minuciosamente reducida á cálculo por Benthan; importa solamente notar que la idea de cálculo, que trasforma el placer en interés bien entendido, es ya una inconsecuencia en el sensualismo puro: para detener el impulso de los sentidos y rechazar un placer actual en favor de un placer futuro más importante, necesita el hombre otro elemento á más de la sensibilidad, necesita al ménos la reflexion.

"¿Qué piensan de esta moral nuestros modernos sensualistas? Creo que no tienen conciencia de ella, que su corazon protesta contra sus máximas, que su doctrina, como filosofía, es un juego de su imaginacion, y que la rechazarian indignados si vieran claramente sus consecuencias necesarias. M. Büchner protesta con energía contra las intenciones que se atribuyen á sus amigos. "Desde que los resultados generales de la filoso-"fía de las ciencias naturales, dice, han comenzado á penetrar en el pueblo, se han temi-

(1) *Fuerza y materia*, pág. 4.

"do los mayores peligros para la sociedad humana, por razon de las tendencias materia-"listas de esas ciencias; se ha llegado áun á predecir la destruccion de todas las ideas "morales, por consiguiente la ruina de la sociedad y un *bellum omnium contra omnes*, "si tales tendencias llegaran á prevalecer." (1) Para quien conoce el materialismo por el estudio de la filosofía ó de la historia, esos temores no son quiméricos, sino legítimos. No hay una sola idea moral, ni la abnegacion, ni el deber, ni la ley natural, ni la imputabilidad de los actos, que pueda conciliarse con el principio egoista y fatalista del sensualismo. No hay una sociedad capaz de resistir el brutal esfuerzo del interés personal, si puede alguna vez ahogar la conciencia y surtir todos sus efectos. Las relaciones de los hombres entre sí serian precisamente una guerra de todos contra todos, segun la exacta expresion de Hobbes; seria el estado de naturaleza descrito por ese gran lógico. Sí, el hombre se conduciria como una béstia feroz, si debiera, segun las prescripciones de la doctrina, sacrificarlo todo á sus goces materiales. M. Büchner no comprende esto, y esa es su excusa; pero no tiene razon en responder á una crítica séria con vanas declamaciones contra el estado social; no tiene razon, sobre todo, en seguir á los supuestos apóstoles de la libertad en Alemania, que rechazan absolutamente la libertad del hombre. El hombre no es libre, ¿y por qué? Porque forma parte de un pueblo, cuyas costumbres dependen del clima, porque está sujeto á las influencias múltiples de su carácter y de las circunstancias exteriores. Hace mucho tiempo que se sabe esto, lo cual no ha impedido nunca á un sér racional, aun cuando negara la razon, que afirme interiormente su libertad. ¡Singular justificacion en verdad! Os defendeis de atacar el órden moral, y minais el órden moral por su base. ¿Ignorais acaso que sin la libertad no hay ya responsabilidad, ni mérito, ni virtud, ni deber? ¿O pretendeis que el hombre es una máquina, y que le basta observar un reglamento de policía para tener derecho al respeto y elevarse á la dignidad de un sér libre?

"Sexta consecuencia. Si el hombre no tiene más que sentidos, ¿qué vienen á ser la justicia ó el derecho, principio de la vida social? Protágoras confundia el derecho con la ley, la legitimidad con la legalidad, y decia que todas las leyes son buenas para los pueblos que las adoptan, por contrarias que puedan ser entre sí. Es la teoría del hecho consumado, la justificacion del éxito favorable, hecha abstraccion de los medios. Hobbes la acepta y desarrolla con su rigor ordinario, sin la menor vacilacion. La distincion del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, no es la fuente, sino el efecto de la ley. Es preciso tener por bueno todo lo que la ley permite ó manda, por malo todo lo que prohibe, aun cuando ordenase renegar de Dios, exponer á los hijos ó matar á una clase de ciudadanos. El asesinato no es culpable en sí mismo, pero llega á serlo por la prohibicion de la ley. Pura convencion. En efecto, remontad al orígen de la sociedad, y representaos el estado de la naturaleza, en que los hombres vivian como lobos: allí no se conocia ni el bien ni el mal; todos tenian derecho á todo, y nadie guardaba consideracion á sus semejantes; la justicia entónces era el derecho del más fuerte, en otros términos, el derecho es la fuerza, como lo sostiene todavía M. Proudhon, como deben suponerlo to-

(1) *Fuerza y materia*, pág. 252.

dos los que asimilan al hombre con el bruto. Pero parece que nuestros antepasados se disgustaron de esa justicia, creyendo sin duda que era funesta para todos; se reunieron, pues, y convinieron, aunque no tuviesen ni razon ni lenguaje: 1º en inventar signos para entenderse; 2º en poner fin al estado de naturaleza; 3º en instituir un estado contranaturaleza, llamado sociedad; 4º en hacer un contrato en regla, luego que supieran escribir, para fijar sus derechos y deberes recíprocos. Todo esto era muy bien imaginado por salvajes, más salvajes que las poblaciones más degradadas que invocan los partidarios del empirismo filosófico, puesto que todavía no se han llegado á encontrar hombres sin palabra ni estado social. Nuestros antepasados renunciaron, pues, generosamente á sus pretensiones sobre todas las cosas, con la esperanza de obtener alguna seguridad; crearon el bien y el mal, la propiedad y la policía, lo justo y lo injusto; pero sus descendientes, convencidos despues de todo de que esas pretensiones son sus derechos, se sienten naturalmente tentados á recobrarlos. Hé aquí por qué hay gentes que dicen que pueden disponer de los bienes y de la vida de otro, y que disponen en efecto. Los otros no valen más, pero no se atreven á obedecer á la inspiracion de la naturaleza por temor de la ley. El temor es la salvaguardia de la sociedad, el contrapeso del instinto; la mejor sociedad será, pues, aquella en que la ley inspire el terror más vivo. Organizad el Estado, dadle todos los poderes, dejad al príncipe derecho de vida y muerte sobre los ciudadanos, sobre los súbditos, á fin de que nadie se permita hablar ni obrar contra el órden establecido, que á nadie se le ocurra tener una opinion ó una creencia sin la autoridad del príncipe. El ideal de la sociedad es el *despotismo* y el *absolutismo*, única forma de gobierno que sea conforme con la naturaleza sensible del hombre.

"Los nuevos partidarios del empirismo filosófico cuentan entre ellos ardientes demócratas. ¿Conocen por ventura las consecuencias políticas del sensualismo? Lo dudo. Verdad es que las advertencias no les han faltado. En una asamblea de naturalistas y médicos alemanes, en Gotinga, un sábio más previsor que los otros, Rodolfo Wagner, les ha dicho públicamente: "La moral que emana del materialismo científico se reduce á estas "palabras: comamos y bebamos, mañana no existirémos. Todos los grandes y nobles pen"samientos son vanos sueños, fantasmagorías, juegos de autómatas de dos brazos, que "corren sobre dos piernas y se descomponen en átomos químicos para combinarse de "nuevo." Pero ellos pretenden que son calumnias y claman contra la hipocresía de la virtud que se espanta con sus máximas; preciso es remitirlos al estudio de Hobbes. En cuanto á M. Büchner poco trata de cuestiones sociales en su libro; se limita á presentar con marcada complacencia el espectáculo de la perversidad humana en el estado de naturaleza, y concluye de aquí que no existe en nosotros ninguna idea innata de moral, de derécho ó de religion." (1)

Creemos que nadie pondrá en duda las consecuencias expuestas, lógicamente deducidas de las escuelas filosóficas comprendidas bajo el nombre de sensualismo, sobre todo, cuando su legitimidad está sobradamente probada con las doctrinas de los mismos sensualistas. Como ya lo hemos visto otras veces, el positivismo se halla comprendido en

(1) *Lógica*, lib. II, cap. 1º

las referidas escuelas, y envuelve por tal motivo las mismas consecuencias, lo cual es muy fácil probar con testimonios irrefragables. Para alejar toda duda sobre este particular harémos algunas citas que acabarán de patentizar la verdad de lo que decimos.

La diferencia puramente cuantitativa entre el hombre y el animal, profesada por Büchner, la vemos establecida casi en los mismos términos por Bourdet. Hé aquí sus palabras: "En vano se querria asignar al hombre un lugar aparte y fuera de la série animal. Las antiguas sutilezas escolásticas que oponian el instinto á la inteligencia, se han desvanecido, y de hoy más el estudio de lo moral en los animales contribuye eficazmente al perfeccionamiento de la fisiología intelectual y psíquica del hombre." (1) Aquí vemos á la inteligencia asimilada con el instinto; los fundamentos de la moral en el estudio de los animales inferiores al hombre, lo cual contribuirá eficazmente al perfeccionamiento de la fisiología intelectual, etc. De esta doctrina al materialismo no hay más que un paso, y en efecto, la supuesta abstencion de los positivistas para ocuparse en la cuestion de la naturaleza del alma, á la que declaran *incognosible,* reduciendo su psicología á una simple fenomenología, se resuelve en definitiva en una verdadera negacion materialista. Vease lo que se entiende por alma en la referida escuela: "No se conocen fuerzas sin materia ni materia sin fuerzas. No se admite un órgano sin funciones, ni una funcion sin un órgano. La esencia de las fuerzas y el orígen de la materia permanecen desconocidos; pero los fenómenos que dependen de la materia nos permiten afirmar la realidad de los cuerpos. El órgano cerebral tiene por conjunto de funciones la inervacion, las percepciones internas y externas, la imaginacion, el juicio, la voluntad, la motilidad, la expresion, el lenguaje, los instintos protectores de la individualidad y de la colectividad. *Este conjunto de las funciones del cerebro és el alma.*" (2)

Si se niega el alma porque no puede ser objeto de observacion, igual razon hay para negar á Dios; efectivamente: "Toda teoría de la creacion del mundo va á estrellarse forzosamente contra la infinidad del tiempo ó del espacio. Si prevalece la idea de los dioses personales, la idea de las cosas en el mundo desaparece; y si se mantiene la idea de la materia, la de Dios no puede subsistir, siendo un contrasentido la coexistencia de esas eternidades rivales. Por el contrario, de una sola eternidad, la del mundo, todo se deduce sin esfuerzo: el mundo se compone de materia inorgánica y organizada que tiene sus leyes inmutables é inmanentes. Voltaire dice con demasiada complacencia:

L'univers m'embarrase, et je ne puis songer
Que cette horloge existe et n'ait pas d'ouvrier,

porque la naturaleza no es una obra, existe en sí. Voltaire añade:

Si Dieu n'existait pas, il faudrait l'inventer.

Es precisamente lo que han hecho Descartes, Newton, el mismo Pascal, cuando su Dios nos da el impulso, la órden de marcha, el papirotazo del movimiento." (3)

(1) *Vocabulario de los principales términos de la filosofía positiva;* art. *Animal.*
(2) *Ibid;* art. *Alma.*
(3) *Ibid;* art. *Panteismo.*

Una vez eliminada la idea de Dios de la conciencia, y su realidad de la creacion, ¿á qué queda reducido el sentimiento religioso? Oigamos: "La religion corrompe la moral, que no consiste para ella en el cumplimiento de una voluntad libre, ilustrada y personal, sino en la sumision á un sér al cual se prodigan los términos de la más baja adulacion, al mismo tiempo que se le pinta abominable en su severidad y en sus venganzas, habiendo creado el infierno con preciencia, y preparado un paraiso casi imposible. Si la religion consiste en la adhesion á ciertos dogmas y en la posesion de ciertas cualidades de carácter, se puede llamar religiosas á gentes que, sin ser siquiera deistas, adoptan por ideal una conducta tan meritoria y pura como la inspirada por un sér bueno y encantador, y que no seria el autor de este mundo deshonrado por la injusticia y el sufrimiento." (1)

Establecido el divorcio, ó mejor dicho, el antagonismo entre la religion y la moral, se hace necesario saber en qué consiste esta última desde el punto de vista del positivismo; hélo aquí: "Toda moral proviene de dos impulsos: el uno egoista, el otro dirigido á los demas ó altruista. El primero es consecuencia necesaria de las necesidades de conservacion individual por la nutricion; el segundo surge del amor que atrae á ambos sexos para la perpetuidad de la especie despues de la existencia efímera del individuo. En vano se llaman groseros esos impulsos que nacen de la naturaleza, siendo uno de los errores del catolicismo haber presentado como inmorales nuestras alegrías y nuestros placeres que dependen de la nutricion y de la sexualidad, impuestos por el mismo Dios que los condenará en sus efectos, segun las falsas doctrinas del clero. Miéntras no se habian descubierto en el cerebro las propiedades elementales de tales ó cuales nervios conductores de la motricidad ó de la sensibilidad, y por consiguiente, la porcion nerviosa todavía indeterminada que preside á las funciones intelectuales y morales, se consideraron la sensibilidad, el movimiento y los diversos fenómenos de la vida moral é intelectual como productos heterogéneos, cuando son tan exactamente reducibles á las leyes de la fisiología, y cuando la higiene hace salir de ellos reglas aplicables á la moral y al progreso de las sociedades." (2)

Interminable seria nuestro trabajo si tratáramos de reproducir todo lo que han dicho los positivistas sobre las importantes cuestiones que quedan señaladas y las soluciones diversas que les han dado, pues aunque no todos estén conformes, á causa de la anarquía que entre ellos reina, y que parece ser uno de los caractéres distintivos de la escuela, los principios comunes de que parten la base sensualista que forma el punto cardieal de sus doctrinas, los arrastran irresistiblemente á las conclusiones con tanta claridad y exactitud ennumeradas por el filósofo belga. Y esto es lógico y natural. Si estamos encerrados en la esfera sensible, claro es que no podemos conocer más que fenómenos, conocimiento precario sobre el cual no es posible establecer nada sólido ni científico. La duda surge por todas partes; la induccion, fundada en la inmutabilidad y universalidad de las leyes de la naturaleza, vacila y se desploma, pues ese concepto es fruto de

(1) *Ibid;* art. *Religion.*
(2) *Ibid:* art. *Moral.*

la misma induccion, cuyos resultados conservan siempre un carácter hipotético, y el escepticismo tiene que aparecer con su cortejo de deplorables consecuencias en todas las esferas de la actividad humana. Esto es lo que aparece á cada paso en las obras de Mill, de Bain y de Spencer. En cuanto á las teorías políticas que nacen del positivismo, recuérdense los principios absolutistas de Comte, que en este punto fué el más consecuente consigo mismo. Positivista y liberal son términos que se contradicen, como se contradicen la fuerza y el derecho, el hecho consumado y la justicia, la fatalidad y el libre albedrío. Podemos, pues, establecer que el positivismo, como toda doctrina sensualista, degrada al hombre nivelándole con el bruto, y conduce necesariamente al escepticismo, al materialismo, al ateismo, al egoismo y al despotismo. Ahora bien, una doctrina que tales frutos produce, puede y debe ser considerada como profundamente perniciosa para la juventud, cuya educacion intelectual y moral debe ser objeto de especial atencion y cuidado en una sociedad que prepara sériamente el bienestar de las generaciones futuras.

J. M. Vigil.

REVISTA DE PERIODICOS.

México, Noviembre 1° de 1882.

El primer artículo del estudio que venimos haciendo sobre las *Nociones de lógica* del Sr. profesor Ruiz, no ha sido del agrado de este señor, y nos ha contestado con tal motivo en la *Libertad* del dia 7 del pasado, señalando los defectos de método y de lógica en que segun su ilustrado parecer hemos incurrido, y fijando ciertos hechos y ciertas cuestiones que se ligan estrechamente con la cuestion actual. Confesarémos con toda ingenuidad que nunca creímos que nuestros pobres y desaliñados conceptos mereciesen la aprobacion del Sr. Ruiz, ni mucho ménos nos hemos lisonjeado con llevar tal fuerza de conviccion á su espíritu que confesase de plano los errores de la escuela cuyas doctrinas profesa; nuestro objeto es obrar en el ánimo de los lectores imparciales, poner ante su vista los peligros de esa llamada filosofía, que á pesar de sus exajeradas pretensiones no ha prestado todavía ningun servicio efectivo al progreso intelectual ó moral de la humanidad; hé aquí todo. En cuanto al Sr. Ruiz, vendrá más tarde la reflexion, se calmarán las pasiones, sobre todo, el amor propio que tan poderoso es en los jóvenes de imaginacion ardiente; la razon acabará por sobreponerse á las preocupaciones que en su espíritu ha engendrado la enseñanza positivista, y entónces por sí solo, y sin necesidad de ningun estímulo exterior, modificará sus ideas, adquirirá nociones más exactas sobre la verdadera filosofía, y verá que no es el positivismo esa mravilla á la que hoy rinde el ferviente culto de su entusiasmo. Abrigamos esta esperanza por el buen concepto que nos merecen el talento y laboriosidad del Sr. Ruiz; pero entre tanto tenemos que resignarnos á disgustarle con nuestros trabajos, limitándonos á aguardar que no obstante su poquísima importancia, atraerán su atencion hácia ciertos puntos cuyo estudio apresurará el resultado que tanto deseamos.

Desde luego nuestro artículo carece de *razones* y de *justificacion* á los ojos del Sr. Ruiz; parece que con una de esas dos cosas bastaba; en seguida, encuentra defectuoso el método que hemos adoptado porque no está conforme con el que supone mejor, y á este fin nos da de paso una leccion sobre lo que *debiamos* haber hecho. Oigamos al maestro: "Hasta los ménos conocedores de la ciencia, hasta los ménos habituados á cuestiones prácticas, saben perfectamente que el camino que se *debé* seguir al analizar un libro, al formular un juicio acerca de una obra, es el siguiente: 1.° considerar el fin que se propone el autor y 2.° *valorizar* (otros dirian *valorar*) los medios empleados para llegar á aquel fin. Respecto al primer punto, una vez determinado el fin, *debia* averiguar científicamente si tal fin es bueno ó malo y en consecuencia darle su aprobacion ó negarla. En cuanto al segundo punto, cuyo análisis se subordina á la consideracion del primero, *debia* averiguar si esos medios conducen ó no, á aquel fin, si son todos, si falta alguno, si alguno ó algunos contienen errores ó falsedad, etc." El Sr. Ruiz con su perspicacia natural previó que podiamos contestarle "que se pueden seguir diversos caminos para analizar un libro;" mas repone luego: "Es verdad, pero no es ménos exacto, que todos los caminos son buenos y que precisamente el acierto está en saber elegir." ¿Y por qué no es bueno el camino que elegimos? Porque nos limitamos "á estudiar la primera parte, que respecto á toda la obra es pequeñísima y de escasa importancia." Tenemos, pues, que segun el Sr. Ruiz no hemos seguido el mejor camino para analizar su obra, esto es, examinar el objeto que se propuso y los medios de que se valió, porque sólo hemos estudiado la primera parte.

Nuestro ilustrado censor nos permitirá que en cambio de las sábias reglas que nos aconseja, le recordemos otras, sin las cuales las primeras no valen nada, y que más que por la ciencia, son dictadas por el sentido comun. Esas reglas son: 1.ª ántes de censurar un escrito es preciso leerle en su conjunto; y 2.ª para que la censura sea razonada es menester comprender lo que se combate. Ahora bien, ¿ha hecho esto el Sr. Ruiz? Notoriamente no, como diria su señoría; porque juzga de todo nuestro trabajo cuando apenas hemos publicado el primer artículo, y porque no conociéndole, malamente puede comprender el objeto que nos proponemos, ni fallar magistralmente sobre si hemos cumplido ó no con dicho objeto. Por lo demás, si el Sr. Ruiz se hubiera tomado el trabajo de reflexionar un poco ántes de escribir, habria hallado que en nuestro pirmer artículo no hemos ido tan descaminados, pues de él resultan fijados con toda claridad el objeto positivista de su obra, y los medios de que se valió para realizarlo. Convenimos en que la primera parte es pequeña, pero no de escasa importancia filosófica, pues en ella se encuentran consignados los errores fundamentales del positivismo, tomados de las escuelas sensualista y empírica, y para hacer desaparecer toda equivocacion, debiamos precisar el valor que en el sistema del Sr. Ruiz se da á ciertas palabras que se prestan á muy diversas interpretaciones.

Ha causado gran sorpresa al Sr. Ruiz, ver que todo nuestro artículo "se funda en un sofisma notorio é impasable." El sofisma consiste, segun aquel señor, en que hemos expresado "que todos los pensadores positivistas son malos," y "que todo lo que forma la obra publicada es tomado de los autores positivistas." Nuestro ilustrado crítico ha su-

frido aquí una doble equivocacion, y su sorpresa por lo mismo, no tiene razon de ser. En primer lugar, no hemos dicho que todos los pensadores positivistas sean malos; si tal idea nos hubiese ocurrido, al punto la habriamos desechado, recordando que el Sr. Ruiz, pensador positivista, es una excelente persona. En segundo lugar, tampoco hemos dicho que todo lo que hacen aquellos pensadores sea malo, como pasa á afirmarlo el Sr. Ruiz, citándonos con intencion de confundirnos las lecciones de astronomía de Comte y la Economía política de Mill; pues nunca podriamos calificar de malas, por ejemplo, los curaciones acertadas que efectuase el Sr. Ruiz ó cualquiera otro de los pensadores positivistas que ejercen la noble profesion de la medicina. Por último, tampoco hemos dicho que se ha "condensado en el libro de que se trata, *todo* lo hecho por los positivistas," pues hemos indicado, por el contrario, las lagunas y supresiones que hizo el Sr. Ruiz en su primera parte, así como ciertas añadiduras que dejan su texto ininteligible. Resulta de esto, que aquí, como en lo anterior, tomó el Sr. Ruiz sus ilusiones por la realidad, maravillándose en seguida de su propia creacion y empeñándose en ver proposiciones generales en donde no las hay ni siquiera particulares, lo cual no deja de ser raro en un autor de lógica.

Dice el Sr. Ruiz:

"El Sr. Vigil extraña mucho que en el principio del libro, al referirme al Espíritu, solo lo caracterice por su contraste con la materia, y no me detenga en definirlo y tratar todas las cuestiones importantísimas á que su estudio puede dar lugar. Si el Sr. Vigil se hubiera colocado al analizar la obra, en el importante lugar que le correspondia, se hubiera evitado esta sorpresa. En efecto, ¿qué fin se propone alcanzar el libro que escribí? Se propone enseñar la Lógica; luego esta materia y no la Psicología, constituye su objeto fundamental. Señalé algunos hechos de Psicología, porque son indispensables para el aprendizaje de la Lógica; y como solo necesitaba dejar apuntado lo rigurosamente indispensable para la inteligencia de la Lógica, no me detuve ni á considerar, ni á intentar resolver valiosísimas cuestiones psicológicas: dejé terminantemente consignada la fundamental diferencia entre el espíritu y la materia, segun los dictados de la ciencia y esto bastaba á mi propósito."

Parece que el Sr. Ruiz no ha expresado aquí todo su pensamiento, y nos permitirá por lo mismo que nos tomemos la libertad de completarle. Bien sabiamos que lo que teniamos á la vista no era un libro de psicología sino de lógica, y nunca esperamos ni podiamos exigir en las nociones que examinábamos un extenso tratado de la primera ciencia; pero hemos creído, salvo el mejor parecer de nuestro inteligente crítico, que por breves que fueran las "nociones de psicología," por reducidas que estuviesen á lo estrictamente indispensable para entrar con buen éxito en el estudio de la lógica, no impedia esto dedicar dos ó tres líneas para establecer de una manera positiva el concepto que el autor se hubiese formado del espíritu. La verdadera razon para que el Sr. Ruiz guardase silencio sobre esta importante cuestion, es que en su escuela no se sabe lo que es el espíritu, que no se le da existencia sustancial y que se le confunde por lo mismo con el cuerpo, lo cual no es más que el materialismo en propios términos. Difícil es hacer sobre estos puntos tratados más extensos que los de Mill, Bain y Spencer, y

sin embargo, en estos autores hallamos el mismo silencio, ó mejor dicho, la misma negacion del Sr. Ruiz, lo cual prueba evidentemente que nada tiene que ver en esto lo más ó ménos largo de las "Nociones," y que al haber fijado con exactitud dicha cuestion, nos colocamos precisamente en el lugar que nos correspondia para deshacer una de tantas confusiones que con la mayor destreza se ha procurado crear en este negocio. Pero para que no se crea que obramos de mala fe, metiéndonos en el campo de las suposiciones gratuitas, atribuyendo á nuestros adversarios ideas y opiniones que no abrigan, excitamos al Sr. Ruiz para que nos conteste categóricamente si admite al espíritu como sustancia distinta del cuerpo, y si acepta en consecuencia la espiritualidad del alma y su inmortalidad. Ya ántes nos dijo la *Libertad*, hablando de la obra del Sr. Ruiz, que *no hay una sola de las creencias espiritualistas que no deje en pié su autor;* pues bien, dígnese el autor contestar á la interpelacion que le hacemos para ver hasta qué punto es exacta la afirmacion del periódico positivista.

El Sr. Ruiz continúa: "Una parte de su artículo la consagra el Sr. Vigil á hacer ver, que mucho de la fraccion de la obra que analiza, lo he tomado de la obra de Bain; está es la verdad; pero el Sr. Vigil no debia haberse limitado á solo eso, sino á probar que la parte tomada era mala, eso no lo hizo, y *desgraciadamente para él ni puede hacerlo.* En este asunto el criterio está formado por la ciencia, que sanciona lo que traduje, no porque sea de Bain, sino porque es *verdadero y bueno.*" Aquí tiene el Sr. Ruiz el inconveniente de no dejar que la gente acabe de hablar para contestarle. En la parte publicada nos redujimos á hacer constar que su obra es positivista, indicando su legítima filiacion, y parece que conseguimos nuestro objeto, pues que el mismo autor lo reconoce. En cuanto al carácter de la teoría positivista, el Sr. Ruiz se expresa como partidario convencido, ó más bien como sectario fanático, puesto que ni siquiera concibe la posibilidad de refutar esas doctrinas calificadas nada ménos que de *buenas* y *verdaderas.* Ya hemos dicho que no intentamos persuadir al Sr. Ruiz, y le dejamos por lo mismo en la pacífica posesion de su creencia; continúe, pues, llamando verdadero y bueno, lo que á los ojos de la sana razon es falso y erróneo; únicamente le invitamos á que examine el artículo que ahora damos á luz; que vea si el positivismo conduce á las consecuencias allí establecidas, y nos diga en seguida con su genial franqueza si el escepticismo, el materialismo, el ateismo, el despotismo, etc., son doctrinas *buenas* y *verdaderas.* Este es el medio de que la sociedad en general sepa á qué atenerse sobre esa sapientísima filosofía, y acabe de reconocer la necesidad de formar la base de la educacion intelectual y moral de la juventud.

Viene en seguida el Sr. Ruiz contándonos que no es cierto que haya en la Escuela Preparatoria discusion filosófica alguna, ni mucho ménos que ese debate sea entre el positivismo y el espiritualismo; que lo que en realidad hay es una cuestion científica importantísima, y que los hombres *de corazon y pensamiento* deben contribuir á resolver en favor del progreso nacional y segun los principios de la ciencia. Antes de todo, seria conveniente que los positivistas se pusiesen de acuerdo para no contradecirse mútuamente. No hace mucho que ese mismo periódico hablaba en tono dogmático de "la lucha entablada entre la secta de Krause y la positivista;" ahora viene saliendo el Sr. Ruiz con que no hay ninguna discusion filosófica, ni mucho ménos entre el positivismo y el espiritualismo. ¿En qué quedamos, pues? ¿Hay debate ó no hay debate? ¿Ese debate es fiolsófi-

co como dice *La Libertad*, ó no es filosófico como afirma el Sr. Ruiz? Miéntras los peritos resuelven esta cuestion veamos de qué manera trata el Sr. Ruiz la parte histórica del negocio: "Los profesores de la Escuela Preparatoria, no una, sino dos veces, han reprobado la obra de Tiberghien. . . ." Dispense usted, señor doctor, los profesores de la Escuela Preparatoria no han reprobado ni una ni mucho ménos dos veces la obra de Tiberghien; pues ¿qué es lo que ha pasado? Infórmese usted y lo sabrá; nosotros lo hemos dicho ya *dos veces*, y no creemos que haya necesidad de repetirlo. Si tuviéramos el órgano de la pedagogía un poco desarrollado, entrariamos aquí en extensas consideraciones sobre el deber en que está todo escritor que narra hechos, de averiguar su verdad y exactitud; pero como no acostumbramos dar consejo á quien no nos lo pide, nos limitamos â consignar la rectificacion respectiva, y pasamos adelante. El Sr. Ruiz sigue discurriendo sobre la base falsa de que la obra de Tiberghien ha sido reprobada porque los profesores mencionados "la juzgan totalmente inadecuada para servir como texto en el 5 º año de los estudios, eminentemente científicos, de la Escuela Preparatoria. No la han juzgado como obra filosófica, sino que la gran mayoría del profesorado, con su honradez característica y su criterio científico, ha desechado la obra porque es del todo inadecuada para una escuela tan importante." El Sr. Ruiz dice en seguida que tanto el director como un grupo de profesores de la Preparatoria le encargaron la obra que ha escrito, lo cual no ha dejado de sorprendernos respecto del primero, puesto que el señor director ha manifestado ideas contrarias al positivismo como lo indica el grande empeño que tomó en el cambio que se hizo sobre este particular; y por último, despues de señalar la marcha que sigue la enseñanza en la referida escuela, termina fijando el carácter que debe tener la lógica, reducida á la síntesis de los estudios hechos separadamente. Esta opinion coincide con la de Littré acerca de la filosofía, opinion distinta enteramente de la profesada por Stuart Mill, y nos llama la atencion que el Sr. Ruiz se separe en un punto tan importante de la rama positivista que parece seguir de preferencia. Sea de esto lo que fuere, ese divorcio, ó mejor dicho, antagonismo que se pretende establecer entre las ciencias y la filosofía, es una consecuencia forzosa del sistema que reduce todos nuestros conocimientos á la esfera de lo sensible, lo que viene á confirmar el concepto de que el positivismo en vez de filosofía, es la negacion de toda filosofía. La verdad es que esta cuestion tal como la quiere limitar el Sr. Ruiz, entra de lleno en el terreno filosófico, y viene por lo mismo á destruir lo que ántes ha afirmado, y si á esto se agregan las inevitables consecuencias á que arrastra el positivismo al eliminar todo conocimiento suprasensible, se verá con plena claridad, en contra de lo que establece dicho señor, que la cuestion indicada afecta directamente á todas las creencias y á todos los principios, tanto en el órden religioso, como en el moral, social y político. Por lo demas, deseariamos saber de qué manera llegan á formarse "recto corazon y sinceros principios liberales" por el estudio de las matemáticas, de la astronomía y de la historia natural.

Hemos procurado contestar cada uno de los puntos que toca el Sr. Ruiz en su artículo; el lector imparcial decidirá si hemos conseguido el objeto que nos propusimos, por grande que sea la pena que nos cause disgustar á nuestro inteligente adversario.

J. M. Vigil.

BIBLIOGRAFÍA.

NOCIONES DE LÓGICA ARREGLADAS POR EL PROFESOR LUIS E. RUIZ.

III.

En los artículos precedentes hemos fijado con toda exactitud dos cosas: el carácter positivista de las doctrinas contenidas en la primera parte de la obra del Sr. Ruiz, y las consecuencias erróneas que se deducen de ellas, lo cual basta por sí solo para demostrar su falsedad. Esa primera parte es la más pequeña, pero tambien la más importante del libro, porque en ella se fundan los errores que trascienden á la lógica, como luego verémos, y esto hará comprender al lector la razon que tuvimos para dedicar á las "Nociones de Psicología" un exámen que á primera vista pudiera parecer demasiado extenso. Siguiendo el órden establecido por Bain, comienza el Sr. Ruiz por la deduccion, que es definida en los términos siguientes: "La deduccion consiste *esencialmente* en hacer ver, que un caso ó un pequeño grupo de casos, están comprendidos en una *generalizacion préviamente establecida.*" Esta definicion, derivada directamente del principio que encierra todos nuestros conocimientos en los datos de los sentidos, y no admite por lo mismo más que la base empírica de la experiencia, viene á fijar el verdadero significado que los positivistas dan á la deduccion, que no es en realidad sino una induccion trasformada, como ya otras veces lo hemos dicho. Hay, en efecto, que comenzar por los casos particulares, se procede luego á la generalizacion para ver en seguida si un caso determinado está comprendido en esa generalizacion. Así vemos que Stuart Mill establece esta proposicion: "*Todas las ciencias deductivas son inductivas,*" que explica de esta manera: "El exámen de la naturaleza de la evidencia de estas ciencias deductivas, consideradas comunmente como sistemas de verdades necesarias, nos ha conducido en el capítulo precedente, á las siguientes conclusiones. Los resultados de esas ciencias son sin duda necesarios, en cuanto que proceden necesariamente de ciertos primeros principios llamados axiomas y definiciones; es decir, que son ciertamente verdaderos, si lo son esos

axiomas y definiciones; porque la palabra necesidad, áun tomada en este sentido, no significa nada más que certidumbre. Pero su derecho á ese carácter de necesidad, entendido en muy distinto sentido, como que implica una evidencia superior, independiente de la observacion y la experiencia, debe depender de la comprobacion prévia del derecho de los mismos axiomas y definiciones al mismo privilegio. En cuanto á los axiomas, hemos encontrado que, considerados como verdades experimentales, son de una evidencia superabundante. Siendo tales, preguntábamos si era necesario suponer á estas verdades otra confirmacion fuera de la confirmacion experimental; atribuir á nuestra creencia en esas verdades otro orígen fuera del orígen experimental. Hemos juzgado que á quienes sostienen la afirmativa tocaba dar la prueba, y hemos discutido largamente los argumentos traidos en su apoyo. Habiendo dado por resultado este exámen, rechazar tales opiniones, nos hemos creido autorizados á concluir que *los axiomas no son mas que una clase, la clase más universal, de inducciones de la experiencia, las generalizaciones más fáciles y simples de los hechos dados por los sentidos ó por la conciencia.*" (1)

Aquí se presenta una cuestion de altísima importancia, que el Sr. Ruiz pasó en silencio, pero que nosotros debemos tocar para hacer manifiesto el error de la doctrina que venimos combatiendo. La cuestion se reduce á saber cuál es el fundamento de la deduccion. Bain la resuelve en estos términos: "Los axiomas de la deduccion suponen la uniformidad de la naturaleza." Veamos su explicacion: "Esta verdad es evidente, si los axiomas se derivan de la experiencia. Hemos observado en un gran número de casos, que los objetos que coexisten con un tercer objeto, coexisten entre sí; pero no hemos comprobado esta coexistencia en todos los casos posibles: no hemos observado ni lo que existia ántes de nosotros, ni lo que existe fuera de nuestra esfera, ni en fin lo que existirá en el porvenir. Sin embargo, conforme á los casos observados, no vacilamos en generalizar el principio y extenderle á todos los casos no observados. Presumimos, pues, que "la naturaleza es uniforme," que los acontecimientos de hoy serán los acontecimientos de mañana, siendo las mismas circunstancias." (2) Confundida en el punto de vista del positivismo la deduccion con la induccion, no es extraño que á la primera se le dé el mismo fundamento que á la segunda. En efecto, todos los filósofos están de acuerdo en que la base de la induccion está en la estabilidad y universalidad de las leyes de la naturaleza. "El principio de induccion, dice Royer-Collard, reposa sobre dos juicios: el universo es gobernado por leyes estables, hé aquí el primero: el universo es gobernado por leyes generales, hé aquí el segundo. Síguese del primero, que conocidas en un solo punto de la duracion las leyes de la naturaleza, lo son en todos; síguese del segundo, que conocidas en un solo caso, lo son en todos los casos perfectamente semejantes. Así la induccion nos da al mismo tiempo el porvenir y la analogía. Su carácter propio es concluir de lo particular á lo general, siendo por esto diametralmente opuesta á la deduccion ó al raciocinio puro, que concluye siempre de lo general á lo particular." (3)

(1) *Sistema de lógica*, lib. II, cap. VI.
(2) *Lógica deductiva é inductiva*, Introduccion, 25.
(3) *Fragmentos filosóficos*, en la traduccion de las Obras de Reid,

Stuart Mill reconoce el mismo principio. "La induccion propiamente dicha, en cuanto que se distingue de las operaciones mentales, impropiamente designadas algunas veces bajo este nombre, puede definirse en breves términos una generalizacion de la experiencia; y consiste en inferir de algunos casos particulares en que un fenómeno se observa que se encontrará en todos los casos de cierta clase, es decir, en todos los casos que se parezcan á los primeros en lo que ofrecen como esencial. Por qué medio pueden distinguirse las circunstancias esenciales de las que no lo son, y por qué algunas circunstancias son esenciales y otras no, no estamos todavía en estado de explicarlo. Debe observarse desde luego que hay un principio implícito en el mismo enunciado de lo que es la induccion, un postulado relativo al curso de la naturaleza y al órden del universo, á saber: que hay en la naturaleza casos paralelos; que lo que sucede una vez sucederá todavía en circunstancias suficientemente semejantes, y sucederá además tantas veces cuantas se vuelvan á presentar las mismas circunstancias. Esto, repito, es un postulado implícito en cada induccion: y si consultamos el curso actual de la naturaleza, encontramos allí su garantía. El universo, en cuanto le conocemos, está constituido de tal manera, que lo que es verdad en un caso cualquiera, es verdad en todos los casos de cierta naturaleza. La única dificultad consiste en saber *cuál* es esa naturaleza." (1)

Una vez establecido que la uniformidad de las leyes de la naturaleza es el fundamento de la induccion, queda por averiguar cómo hemos llegado á adquirir ese conocimiento: aquí nos encontramos frente á frente con la gran cuestion del orígen del conocimiento, la solucion, por lo mismo, tiene que ser conforme á las doctrinas profesadas por las escuelas filosóficas. En efecto, los sensualistas se ven obligados á dar á aquel principio ó postulado, como le llama Mill, un orígen puramente empírico. "Cualquiera que sea la manera más conveniente de expresarla, dice este autor, la proposicion de que el curso de la naturaleza es uniforme, es el principio fundamental, el axioma general de la induccion. *Será, sin embargo, engañarse gravemente el dar esa vasta generalizacion por explicacion del procedimiento inductivo.* Todo lo contrario; sostengo que ella misma es un ejemplo de induccion, y de una induccion que no es de las más fáciles y evidentes. Léjos de ser nuestra primera induccion, es una de las últimas, ó á lo sumo, una de las que alcanzan más tarde una exactitud filosófica rigorosa. Como máxima general casi no ha entrado mas que en el espíritu de los filósofos, quienes, como tendrémos más de una ocasion de notarlo, no siempre han apreciado bien su extension y límites. La verdad es que esta misma gran generalizacion está fundada en generalizaciones anteriores. Ella ha hecho descubrir algunas leyes más ocultas de la naturaleza, pero las más manifiestas debieron ser conocidas y admitidas como verdades generales, ántes que se pensara en este principio. No se hubiera podido afirmar nunca que todos los fenómenos se realizan conforme á leyes generales, si no se hubiera adquirido desde luego, con motivo de una multitud de fenómenos, algun conocimiento de las leyes mismas, *lo que no podria hacerse sino por induccion.*" (2)

(1) *Sistema de lógica*, lib. III, cap. III.
(2) *Ubi supra*.

Tenemos, pues, que en el punto de vista del filósofo inglés, el fundamento de la induccion, ó sea la uniformidad de las leyes de la naturaleza, tiene por base la misma induccion, lo cual, en vez de resolver la cuestion, viene á ser un verdadero círculo vicioso. Pero es sabido que los resultados de la induccion por su naturaleza son hipotéticos, puesto que son de una extension mayor que las premisas, se seguirá, pues, que la uniformidad de la naturaleza será en sí misma una hipótesis que hace incierta la base fundamental de la induccion. Esta es la consecuencia necesaria á que va á dar Mill. "Hemos concluido, dice, la revista de los procedimientos lógicos que sirven para reconocer ó verificar las leyes, en otros términos, las uniformidades de sucesion de los fenómenos, y las uniformidades de la coexistencia que dependen de las leyes de su sucesion. Como lo hemos reconocido al principio, y hemos podido verlo con más claridad en el curso de nuestra investigacion, la base de todas esas operaciones lógicas, es la ley de causalidad. La validez de todos los métodos inductivos dependen de la suposicion de que todo acontecimiento, el principio de todo fenómeno debe tener una causa, un antecedente cuyo consecuente es invariable é incondicionalmente.... Pero, ¿esta universalidad está probada? Puede decirse, sin duda, que la *mayor parte* de los fenómenos están ligados como efectos á un antecedente, á una causa; en otros términos, que no se producen nunca sin que les haya precedido un hecho asignable; pero esa misma circunstancia de ser algunas veces necesarios los procedimientos complicados de la induccion, muestra que hay casos en que ese órden regular de sucesion no se revela á nosotros inmediatamente y sin ayuda. Si, pues, el procedimiento que asimila estos casos á todos los otros supone la universalidad de la ley misma que á primera vista no parecen confirmar, ¿no hay aquí una *petitio principii?* ¿Podemos probar una proposicion por un argumento que la toma por concedida? ¿Y sí no puede ser probada así, sobre que prueba reposa?" (1)

La dificultad, como se ve, es bastante grave, y no podia presentarse de una manera más clara y perceptible. Para resolverla, comienza Mill por impugnar la solucion metafísica, y para ésto, dirige sus ataques al principio de causalidad, como lo han hecho todos los escépticos. Protesta "contra la pretension de dar por prueba de un hecho de la naturaleza exterior, la tendencia, por fuerte y general que sea, del espíritu humano á creerla." Dice que esa necesidad permanente de creer en el principio de causalidad, no existe, pues *no hay proposicion de la que pueda decirse que toda inteligencia humana deba eterna é irrevocablemente creerla."* En la hipótesis de que el órden actual del universo fuese destruido y reemplazado por el caos en que los acontecimientos se sucediesen sin regla, y en que el pasado no fuese ya una garantía del porvenir, si por milagro algun sér humano escapara de la destruccion para ser testigo de tal cambio, es cierto que no creeria ya en ninguna uniformidad, puesto que la uniformidad habia cesado, de donde infiere "que la creencia en la uniformidad no es un instinto, ó si lo es, puede, como todos las otros, ser dominado por un conocimiento adquirido." Supone que el género humano no ha creido siempre en una sucesion uniforme de los acontecimientos segun leyes determinadas, dando como prueba que los filósofos griegos colocaban el

(1) *Ibid.* lib. III, cap. 21

azar y la espontaneidad entre los agentes de la naturaleza. Establece, por último, el fundamento de dicha ley en una induccion por simple enumeracion, señalando los casos en que esa induccion es verdadera, y termina con estas palabras: "Preciso es notar que no tenemos los mismos motivos de confianza respecto de los casos cuyas circunstancias nos son desconocidas, hallándose puestas fuera del campo de nuestra experiencia. En esas partes remotas de las regiones estelares, en que los fenómenos pueden ser enteramente diferentes de los que conocemos, seria insensato afirmar atrevidamente el imperio de la ley de causalidad, lo mismo que el de las leyes especiales reconocidas como universales en nuestro planeta. La uniformidad en la sucesion de los acontecimientos; en otros términos, la ley de causalidad, debe ser aceptada como una ley, *no del universo*, sino sólo de esta parte del universo abierta para nosotros á investigaciones seguras, con extension hasta un grado razonable á los casos adyacentes. *Extenderla más léjos es hacer una suposicion sin prueba, y cuya probabilidad seria ocioso querer valorar, en la ausencia de toda base experimental.*" (1)

Hemos llegado á la última palabra del positivismo, y esa última palabra no es más que el escepticismo. Hemos visto que en aquel sistema la deduccion presupone la induccion, y la induccion la uniformidad de las leyes de la naturaleza, pero esta uniformidad supone á su vez la induccion, puesto que no hemos podido llegar á su conocimiento sino por medio de generalizaciones parciales y sucesivas. Pero como la base de que se parte es puramente experimental, y la experiencia, como todo conocimiento sensible no nos da nada general, resulta que la misma ley que debe normar la experiencia siendo fruto de la experiencia, carece de los caracteres propios de la ley, que son la universalidad é inmutabilidad, y por consiguiente, quedamos encerrados en un círculo de probabilidades que excluyen toda certeza, lo cual forma la duda sistemática de los escépticos. Observarémos de paso que en el punto de vista en que se colocó el filósofo inglés, es perfectamente lógico, pues llegó sin vacilar á las últimas consecuencias, poniendo de manifiesto la inanidad fundamental de la escuela positivista. Un escritor muy notable, M. Taine, publicó en la *Revue de deux mondes* un análisis de la obra de Mill, en que admitiendo el punto de partida de este filósofo, atribuye, sin embargo, á la ley de causalidad y á algunas otras de las leyes más universales, una certidumbre que traspasa los límites de la experiencia humana, decidiéndose sobre la fe de nuestra facultad de abstraccion, en que parece reconocer un principio de prueba independiente; "incapaz, sin duda, de revelar verdades no contenidas en la experiencia, pero que da de la universalidad de esas verdades una garantía que la experiencia no da." "No estoy seguro de comprender perfectamente el pensamiento de M. Taine, dice Mill, pero confieso que no veo cómo una simple concepcion abstracta, sacada de la experiencia por una operacion de nuestro espíritu, pueda dar testimonio de un hecho objetivo en el universo más allá de lo que testifica la misma experiencia; ni cómo al interpretar el testimonio de la experiencia por una fórmula general, se pueden suprimir las limitaciones de ese mismo testimonio."

El filósofo inglés tiene completa razon contra el escritor francés, que adoptando la ba-

(1) *Ubi supra.*

se del primero, retrocedió, sin embargo, ante las consecuencias, y para salvar la dificultad cayó en una contradiccion. Querer sacar la universalidad y la necesidad, ó sea el conocimiento racional, de datos experimentales, es querer sacar agua de una piedra pómez, como decia Kant, *ex pumice aquam,* pues experiencia y necesidad se contradicen. De esta manera, los positivistas se encuentran ante una alternativa ineludible, pues ó bien permaneciendo fieles á su principio acaban por destruir la base de todo conocimiento, como Mill, ó bien dan á la generalizacion un valor que no tiene y entran por ese mero hecho en el campo de la metafísica, como Taine. La verdad es que la experiencia sin la razon no vale nada, y que la teoría de Mill está probando la falsedad del sistema. "Sea este ejemplo, dice Tiberghien: los cuerpos más densos que el aire, observados hasta ahora, se precipitan hácia el centro del globo cuando son abandonados á sí mismos: luego todos los cuerpos en las mismas circunstancias se precipitarán igualmente. La conclusion, en cuanto que es sacada de la observacion, es ilegítima; porque la observacion no recae sobre el porvenir; ¿quién sabe si las leyes del movimiento de los cuerpos van á cambiar, ó por mejor decir, quién sabe si hay leyes? ¿Qué prueban algunos fenómenos comprobados durante algunos siglos respecto de todos los fenómenos que hay que comprobar en todos los tiempos? La causa de la atraccion es desconocida. La conclusion del raciocinio inductivo es, pues, puramente hipotética, y ninguna experiencia podria autorizar la forma de proposicion universal que asume. Sin embargo, se admite sin dificultad por los sábios y los filósofos; ¿por qué? Porque se toma en cuenta la diferencia que existe entre los espíritus y los cuerpos, y se acepta de buena gana como un lema de la metafísica, que la actividad de la materia está arreglada, encadenada, que es continua y se produce siempre de la misma manera en las mismas circunstancias, en virtud de la inercia, atendida la ausencia de toda voluntad perturbadora. Este encadenamiento perfecto se expresa en la idea de la fatalidad de la naturaleza, opuesta á la libertad del espíritu, y la fatalidad quiere decir que todo en el mundo físico está sometido á leyes constantes, á las cuales ningun cuerpo podria sustraerse y que ningun sér superior viene á turbar con sus caprichos. Hé aquí la estabilidad de las leyes de la naturaleza, la cual no viene de la física como ciencia de observacion, sino de la metafísica como ciencia racional, *a priori,* y se añade á menudo sin darnos cuenta de ello, á las conclusiones experimentales para conferirles un valor que la experiencia no les da......

"Así, la induccion y la analogía son completamente impotentes sin la estabilidad de las leyes de la naturaleza, y esta estabilidad no puede establecerse sino por la metafísica, nunca por la experiencia. Pero una vez demostrada ó aceptada la permanencia de las leyes, nada impide considerar las conclusiones experimentales como legítimas bajo condiciones determinadas. Entónces la hipótesis se convierte en verdad; la probabilidad se cambia en certidumbre, gracias á una deduccion latente. En el ejemplo citado se dirá: Todos los cuerpos gravitan hácia su centro de atraccion, porque la actividad de la materia está sometida á leyes constantes, y de esta manera los fenómenos que se han producido en el pasado, deben reproducirse infaliblemente en el porvenir bajo el imperio de las mismas causas. Desde el momento en que un resultado de la induccion se certifica por un principio superior, pasa con razon como premisa universal en el silogismo, y sir-

ve para demostrar todos los casos prrticulares que caen hasta el infinito bajo la aplicacion de la misma ley. Todos los cuerpos en la superficie de la tierra tienden hácia el centro del globo: luego tambien los metales; luego tambien las piedras; luego tambien los líquidos; luego tambien los gases más densos que la atmósfera." (1)

A menudo nos hablan nuestros positivistas del *método científico* como la razon última ante la cual debemos inclinarnos respetuosamente no teniendo nada que replicar. El mismo Sr. Ruiz ha querido reducir á estas proporciones la cuestion suscitada en la Escuela Preparatoria, pretendiendo desterrar de aquel plantel la filosofía en nombre de la ciencia. Tiempo es ya de fijar el valor de ciertos términos deslumbradores, y ver lo que realmente se oculta debajo de ellos. Para los positivistas el método científico no es más que el método empírico, único que admiten, pues es el único que cabe en los principios que forman su punto de partida. Verdad es que conservan la palabra deduccion, como conservan las palabras espíritu y psicología, pero esas palabras han perdido enteramente su legítima significacion filosófica, pues segun hemos visto se trata de una psicología sin alma, de un espíritu sin sustancia, y de una deduccion sin principios generales. Colocados en esa pendiente les es imposible detenerse, viéndose obligados á ir hasta la sima sin fondo del escepticismo con todas sus negaciones, que es á lo que viene á quedar reducida la ciencia. No pudiendo servir á dos señores simultáneamente, lo relativo y lo absoluto, segun la exacta expresion de Littré, para ser sábio en el sentido positivista, es preciso ser ateo, materialista y escéptico, sin reflexionar que en las filas de la nueva escuela no aparece todavía un hombre de los tamaños de Newton, Leibniz, Kepler, Bernard ó Pasteur, que no habrían llegado sin duda á la altura en que brillan si se hubieran encerrado en las frias y estériles regiones del empirismo sensualista.

"Desde Sócrates y Aristóteles, dice Brochard, (2) era un axioma indiscutible que sólo hay ciencia de lo general, siendo los hechos particulares demasiado movibles y fugitivos para servir de base á la ciencia. Stuart Mill diria más bien: no hay ciencia sino de lo particular, porque sólo lo particular es real. Siendo por él definida la lógica, la ciencia de la prueba, se trata de definir los hechos en tanto que sirven para probarse unos á otros. Lo que funda la certidumbre de la lógica, tal como la entiende, es que toma los hechos por punto de partida (3) y no los pierde de vista un solo instante. Para explicar el rigor de sus procedimientos, hay que excluir sin compasion todo lo que no es dado directamente en la realidad. Los hechos no serán representados en el espíritu por intermediarios: ellos solos tendrán una virtud eficaz; no recurrirán á mandatarios, sino que harán por sí mismos sus propios negocios. Podria decirse bajo una forma paradojal, pero que expresa bien el pensamiento de Mill, que con los hechos instituye la ciencia: los hechos son los que en el espíritu forman la ciencia, ordenándose por sí mismos, segun su propia naturaleza, en ciencia y en prueba. La idea ó el concepto es un intermediario sospechoso y superfluo que es preciso eliminar. Es en el órden lógico una

(1) *Organizacion del conocimiento*, lib. 1, cap. 3.
(2) *Revue philosophique*, tom. XII, pág. 451.
(3) *Lóg.*, I, 2, 1, *etc.*

tentativa análoga á la que en el órden económico quiere aproximar al consumidor y al productor, suprimiendo los intermediarios. No puede decirse que sea ésta una lógica realista, porque tal palabra se ha empleado históricamente para designar una concepcion enteramente opuesta, pero es una lógica *real*, que recae sobre las cosas y no sobre las ideas. Es lo que quiere decir Stuart Mill cuando llama á la lógica tal como la entiende *lógica de la verdad*, en oposicion á la *lógica de la consecuencia (consisteney)* (1). Deja entenderse que los *hechos* de que aquí se trata no son realidades exteriores al espíritu, cosas en sí. Sólo M. Spencer se atreverá á llevar el realismo hasta allá. Para Mill son solamente las sensaciones ó las imágenes producidas inmediatemente en nosotros al contacto de las cosas, en una palabra, los equivalentes ó aproximaciones más exactas que tenemos de las cosas mismas. Por dispuesto que esté uno á acercarse á la realidad, nadie, y Stuart Mill ménos que nadie, puede pensar en hacer abstraccion total del espíritu. Los hechos no son más que estados de conciencia. Mill es y permanece siendo fiel discípulo de Berkeley. Pero en tanto que estos estados de conciencia son inmediatos y primeros, que son dados y concretos, se puede tomarlos por las cosas mismas y sobre todo, distinguirlos de las creaciones ó combinaciones ulteriores que el espíritu forma al unirlos entre sí. Hé aquí el principio de la lógica tal como la concibe Mill."

No debemos sorprendernos despues de esto, que los mismos axiomas que sirven de fundamento á las matemáticas, sean considerados como frutos de la induccion. Bain reduce esos axiomas á los dos siguientes: 1º el axioma de la coincidencia mediata (cosas iguales á una tercera son iguales entre sí); 2º el axioma de la igualdad de las sumas de cantidades iguales (las sumas de cantídades iguales son iguales). Excusado es decir que el Sr. Ruiz participa de la misma opinion, pasando en seguida á probar con Mill el carácter empírico de los axiomas, valiéndose de los mismos ejemplos y reduciendo á unas cuatro hojas las veinte y tantas páginas que el filósofo inglés consagra á esta importante cuestion. Ya el patriarca del positivismo, Augusto Comte, habia establecido que "la geometría y la mecánica deben ser consideradas como verdaderas ciencias naturales, fundadas lo mismo que todas las otras en la observacion," atribuyendo la opinion comun que considera la geometría como una ciencia puramente racional, á un "resto de influencia del espíritu metafísico que tan largo tiempo ha dominado áun en los estudios geométricos." Para contestar los argumentos que oponen á semejante teoría los partidarios del conocimiento racional, Bain establece tres consideraciones entre los cuales figura, la siguiente: "Segun las leyes de la creencia, toda experiencia que *no ha sido contradicha* tiene en su favor toda la fuerza de que es capaz nuestra creencia instintiva," y en este caso están las verdades matemáticas. El Sr. Ruiz no encontró suficiente este argumento, y tuvo razon, prefiriendo traducir algo de lo mucho que trae Mill sobre este punto. Por ejemplo, cuando contesta con *une des propriétés caracteristiques des formes géometriques, qui les rend aptes á être figurées dans l'imagination avee une clarté et une prècision ègales á la réalité.* (Mill). "La experiencia ha enseñado que una de las propiedades características de las formas geométricas, consiste en que

(1) *Sistema de lógica*, lib. II. cap. III, 9.

pueden ser figuradas en la imaginacion con tanta claridad y precision como las formas realizadas en el exterior." (Ruiz.) Francamente, nos parece más consecuente con los principios positivistas la opinion de Ueberweg formulada en estos términos: "Aunque las proposiciones fundamentales tengan en sí mismas una certidumbre simplemente asertiva, sin embargo, el sistema matemático, producto del trabajo de los siglos, tiene como todo, como conjunto, una certidumbre apodíctica que extiende sobre las proposiciones particulares." De lo que parece segun observa Tiberghien "que los antiguos no estaban tan convencidos como nosotros de que la línea recta es el camino más corto de un punto á otro, y que nuestros descendientes, gracias á la experiencia, estarán mucho más seguros todavía de que el cuadrado de 2 es 4."

Creemos innecesario detenernos más en probar una verdad que de seguro ha penetrado ya en el ánimo del lector, y es que la deduccion, tal como la entienden los positivistas y es connotada en la definicion que de ellos ha tomado el Sr. Ruiz, no es tal deduccion, pues se concibe ésta sin principios superiores á toda experiencia, que sólo la razon puede darnos. Además, si estamos reducidos únicamente al método empírico, que equivocadamente llaman científico los positivistas, hay que renunciar á la esperanza de construir cualquiera ciencia, pues nunca pueden tener tal virtud los hechos aislados del mundo fenomenal. En efecto, ¿cómo resolver la cuestion relativa á la legitimidad del conocimiento, una vez que se ha eliminado al yo como punto de partida y á Dios como principio de todo cuanto existe, tanto en el órden subjetivo como en el objetivo? ¿Cómo asegurarnos de que nuestras ideas corresponden á los procedimientos de la naturaleza en el mundo exterior? ¿Cómo escapar, en suma, á las negaciones del escepticismo absoluto, ni qué valor puede tener esa induccion que tan alto se preconiza, cuando se le ha quitado la única base en que puede apoyarse sólidamente?...... "Quiéralo ó no M. Mill, dice Lachelier, (1) lo cierto es que ese escepticismo es el fruto natural y siempre renaciente del empirismo. Si la naturaleza no es para nosotros más que una série de impresiones sin razon y sin vínculo, bien podrémos afirmarlas ó más bien sufrirlas, en el momento que se producen; pero no podemos predecir, ni siquiera concebir su produccion futura. Lo que el empirismo llama nuestro pensamiento, en oposicion á la naturaleza, no es más que un conjunto de impresiones debilitadas que se sobreviven á sí mismas: y buscar el secreto de lo porvenir en lo que no es más que la vana imágen de lo pasado, es pretender descubrir en sueños lo que debe sucedernos durante la vigilia. Nosotros queremos asentar la induccion sobre una base sólida: *no la busquemos más tiempo en una filosofía que es la negacion de la ciencia.*"—J. M. VIGIL.

EL MATERIALISMO.

El hombre es doble, alma y cuerpo, alma superior al cuerpo por las facultades y por el destino: tal es la creencia fundamental del espiritualismo. Por el contrario, el materialismo cree que no hay más que el hombre físico, ejecutando diversas funciones por diversos órganos; que el cerebro es capaz de pensar, sentir y querer, como los pulmones de respirar, y el estómago de digerir. A sus ojos lo que se llama lo moral del hombre, no es más que lo físico bajo otro punto de vista: los espiritualistas han tomado un órgano por un sér.

Trátase aquí de establecer la distincion entre el alma y el cuerpo; la existencia de un sér invisible, distinto del órgano, que es en cada uno de nosotros el *yo*, y de reducir á su justo valor los argumentos en que se apoyan los materialistas para confundir naturalezas esencialmente diferentes, suprimiendo en el hombre al hombre mismo. Hé aquí desde luego las pruebas que invenciblemente atestiguan, segun nosotros, la existencia del alma.

1º Los astros se mueven, el ámbar se electriza, el iman se vuelve hácia el Norte, la sangre circula: hé aquí otros tantos hechos ¿cuál es su causa? Antes de encontrarla, se la ha buscado largo tiempo tal vez; propuesta esa causa, no ha sido universalmente admitida; algunos la han negado, proponiendo en seguida otra; éstos encuentran una sola, aquellos varias, y ninguno está de tal manera cierto de haber hallado la verdad que no abrigue escrúpulos ni busque todavía. La causa del movimiento de los astros es su natu-

(1) *Del fundamento de la induccion*, pág. 30.

raleza eterna, un génio que reside en cada uno de ellos, una fuerza animada que los aproxima ó los aleja, el mecanismo de Descartes, la atraccion de Newton. La causa de la electricidad es un fluido, quizá dos. La causa del magnetismo es un fluido qne se mueve en los cuerpos, á ménos que sea una corriente que envuelve la tierra. La causa de la vida es Dios, quien sólo produce y dirige el movimiento: es la irritabilidad, el fluido nervioso, los espíritus animales. No conozco, pues, directamente todas esas causas que animan la naturaleza y mi propio cuerpo: las supongo; mi espíritu descansa un momento en ellas, despues las abandona para continuar su carrera en el descubrimiento de nuevas causas.

Hay una, sin embargo, que no ignoro en ningun tiempo, que jamás discuto, que nunca niego; no la supongo, la veo. Decir que la veo en su efecto, sería expresarme mal: veo su efecto en ella cuando le produce, y cuando, energía pura, le retiene todavía. Esta causa es yo. Al testificarme mi conciencia un pensamiento y una voluntad, no experimento ninguna dificultad en saber quién piensa y quién quiere: la causa de estos fenómenos está bajo mi mirada; no se hace más ó ménos cierta; no creo en ella con mayor firmeza á medida que la observamos; el tiempo y la reflexion no me enseñan nada sobre esto; desde el principio mi fé es entera y permanece inalterable.

Yo, que me conozco, soy pues distinto de todas las otras causas que imagino. Y no es que me conozca por accidente, es mi esencia misma. Pensar ó saber que pienso, sufrir ó saber que sufro, querer ó saber que quiero, es todo uno: es imposible suprimir el acto que produzco, de la conciencia que tengo de él; suprimida esta conciencia, aquel no existe. Por el contrario, puedo ignorar, y realmente ignoro hechos innumerables que suceden en el mundo por la operacion de otros agentes. Ignoro enteramente la multitud infinita de las cosas que pasan á esta hora léjos de mí. No sabría que mi sangre circula, no sabría que tengo nervios y cerebro, si otros hombres no me lo enseñaran. La sangre circula en las arterias ó venas de los hombres desde que hay hombres; el decubrimiento de la circulacion de la sangre es de ayer. Tengo, pues, el derecho de decirlo sin temor de ser desmentido: si hay en el mundo dos epecies de causas, la una que conozco directamente y cuyos actos siempre conozco; la otra que no conozco sino indirectamente, que obra sin que yo lo sepa, que no es nunca, aun cuando aparezca con la más alta evidencia, sino una hipótesis, esas dos especies de causas son esencialmente distintas; yo soy la primera de esas causas y sólo ésa.

2 º Yo tengo conciencia de un solo sér; todas mis acciones, todas mis modificaciones se refieren á un solo centro. Yo quiero, amo, aborrezco, sufro, gozo, recuerdo, raciocino; es un mismo sér que afirma de sí todas esas operaciones diversas; yo soy quien quiero, quien amo, quien raciocino. Cuando en el mismo instante tengo calor en una mano y frío en la otra, no hay dos séres, de los cuales uno tenga calor y el otro frío; es el mismo el que experimenta á la vez esas dos sensaciones contrarias; soy quien tengo calor, yo que en el mismo momento tengo frío. Yo no soy varios, soy uno; ahora, cada hombre dice otro tanto de sí mismo. Yo que soy uno, ¿qué soy? ¿materia tal vez? Pero si la materia es extensa y siempre extensa, divisible y siempre divisible, toda parte contiene otras partes al infinito: ninguna unidad, pues; ningun individuo, ninguna persona; me busco en vano en esa multitud, ciertamente no estoy allí. Si pues para creerme corpóreo, es preciso que renuncie á creerme un solo sér, forzado á rechazar una opinion ó el más evidente testimonio del sentido íntimo, abdicando de mí mismo, no vacilo, y tengo al materialismo por una falsedad. Si quereis que la materia no sea divisible hasta lo infinito, sino que se componga de elementos simples, siempre es compuesta, y yo no soy tampoco un número determinado, lo mismo que no soy una infinidad de séres; yo soy yo, soy uno.

Extendiendo esta conclusion, afirmo que donde quiera que la materia se encuentra, le es igualmente imposible producir los efectos que no podria producir en mí. Puesto que en ninguna parte hay pensamiento, voluntad, sentimiento sin conciencia, y que la unidad de conciencia trae consigo invenciblemente la unidad del sér, está prohibido á la materia pensar, porque para pensar se necesita saber que se piensa; le está prohibido querer, porque para querer se necesita saber que se quiere, y se necesita además un pensamiento que la voluntad produzca. Llegando más léjos todavía, afirmo que donde quiera que hay

una causa, tenga ó nó conciencia de sí misma, hay un sér simple. Toda causa es necesariamente una, y una causa múltiple no será nunca sino una composicion de causas igualmente distintas, sea que se contrarien ó se concierten.

3 º Pero la vida tambien es una, como el principio del pensamiento, como toda causa. ¿Por qué no sería yo? Sin duda que todas las causas son simples; pero igualmente simples por la esencia, difieren por la accion, y por esto se distinguen. Toda la virtud de la vida consiste en reducir á la armonía elementos numerosos, ántes esparcidos: recibe, excluye, compone y descompone. Suprimid el número, no puede ya ejercerse, no existe. No es ésta la virtud del alma: ella no combina, no desagrega, no necesita, de toda necesidad, un conjunto de moléculas que colocar en órden; su efecto propio es el pensamiento, el sentimiento, la voluntad inmateriales é indivisibles. Suprimid el cuerpo y toda materia, ella puede ser, puede obrar. Que el cuerpo obedezca ó no á su mandato, basta que haya mandado; en la inercia de los órganos su autoridad permanece entera, se aumenta aún con esa misma inercia, sea que se esfuerce en vencerla, ó que renunciando á ello se repliegue sobre sí y reanime la vida interior. Así el alma vive en sí misma, la fuerza vital es toda exterior, no son, pues, dos causas iguales, ni tampoco una sola y la misma causa.

4 º Quien habla de formas, de colores, entiende que hay en el espacio partes cercanas, una sustancia múltiple ó cierto número de sustancias. Suprimid el número, suprimis el fenómeno. Estas ideas, están pues, invenciblemente ligadas, la una da la otra de toda necesidad. Por el contrario, ¿qué es un pensamiento, una voluntad, un sentimiento? ¿Traen consigo estos fenómenos la nocion de extension, de número? Nó, sin duda. Una sustancia simple es, pues, incapaz de color, de forma, etc., como una sustancia múltiple es incapaz de pensamiento, de voluntad, etc., de todos esos fenómenos que nada tienen que ver con el espacio y la pluralidad. La sola comparacion de los hechos internos y externos, hecha abstraccion de la conciencia que nos revela directamente la sustancia de los primeros, cayendo sobre la sustancia de los otros, esa comparacion, decimos, basta para establecer la inmaterialidad del alma.

5 º La naturaleza obra sábiamente, proporcionando en todos los casos los medios al fin. Nadie pone en duda este principio: naturalistas y metafísicos confian igualmente en él. Los que consideran al mundo como efecto de una causa inteligente y libre, y los que no ven más que el desarrollo fatal de una materia eterna y necesaria, por léjos que estén unos de otros, se encuentran en ésto. Si pues el hombre es uno, no habrá más que un destino hácia el cual convergerán todas sus facultades; si por el contrario, se encuentra que hay dos órdenes de facultades al servicio de dos destinos extraños uno al otro, será preciso concluir que hay dos séres tambien. Ahora, no se necesita una observacion muy profunda para reconocer en el hombre ese doble movimiento. Supongamos que sea un sér puramente físico, su destino será la perfeccion de la vida física; tendrá lo que tiene ahora, órganos de digestion, de respiracion, de circulacion, etc.; sentidos para alimentar y preservar esa máquina interior; instintos para moderar su movimiento y reposo; inteligencia, en fin, bastante para conocer lo que le es útil, para perfeccionar y suplir el instinto. Tal es, efectivamente en general, la organizacion de los animales: nada en ellos turba el destino físico, nada le sobrepasa, todo le sirve. El adagio de Hipócrates se aplica aquí con rigor, todo concurre, todo conspira, todo consiente. Observad al hombre, y quedais desconcertados: esa unidad que debeis encontrar en él, no existe. Sér inteligente, una sed insaciable de verdad le devora; la ama por sí misma, busca su belleza, no sus frutos. A veces encuentra esos frutos que no procura: la industria, hija de ciencias en apariencia estériles, lo atestigua; pero la teología, la filosofía, nada tienen que hacer con la salud del cuerpo; la metafísica, tan vana á los ojos de los materialistas, seduce y seducirá siempre á las inteligencias. ¡Qué contradicion en mi sér hecho para vivir y vivir bien! Esta sábia naturaleza da al hombre alas para arrastrarse. Más todavía, compramos la verdad al precio de nuestros placeres materiales, de nuestra salud, de nuestra vida misma, miéntras que debe ser esclava de nuestra vida, de nuestra salud y de nuestros placeres. ¡Oh prodigio de sabiduría!

Nuestras pasiones tambien no deberian tener más que un objeto, el bienestar del cuerpo. ¡Cuánto nos separan, sin embargo, del mundo de los sentidos, nos elevan del mundo

material en que deberian fijarnos, nos obligan á romper con las delicias de la vida, y con la vida si es preciso! El hombre expone á cada instante esta existencia que es su todo, la sacrifica por bienes invisibles. En fin, en una criatura toda corpórea ¿qué significa una ley moral que relega la solicitud de la dicha debajo de la solicitud del deber, y en el último extremo la solicitud de la dicha corporal?

El hombre tiene evidentemente dos destinos, y evidentemente es doble. El cuerpo tiene su perfeccion, que es el mejor estado de los órganos; el alma tiene su perfeccion, que es el cumplimiento de la verdad, del amor y de la virtud. La carrera del alma es infinita, la del cuerpo limitada á algunos dias; por consiguiente, secundaria y subordinada; y esos combates que el alma da al cuerpo no son una contradiccion del poder que ha hecho á ámbos, sino la razon misma que pone cada cosa en su lugar, lo principal ántes de lo accesorio, el tiempo despues de la eternidad.

Hé aquí los principales argumentos, muy sólidos segun nosotros, en que reposa la distincion del alma y el cuerpo. ¿Tratamos por ventura de negar que si se pudiera ir hasta el fondo, comprender la naturaleza, la esencia de los últimos elementos en que se resuelven las cosas materiales, se llegaría hasta un elemento simple, una mónade, una fuerza? De ninguna manera; nosotros no tratamos de negarlo ni de afirmarlo tampoco. No es ésta la cuestion entre el materialismo y el espiritualismo. Descartes y Leibniz son contrarios en este punto. Descartes es espiritualista, y ¿quién se atrevería á acusar á Leibniz de materialista?

Tampoco se trata del espiritualismo en las investigaciones de los sábios que estudian las condiciones materiales de las sensaciones. Bien pueden describir el artificio de las impresiones, contar los nervios y los músculos; adelantarán la física y la fisiología, pero es preciso que lo reconozcan porque es la verdad, por más que expliquen hasta en sus menores detalles el juego de los órganos, no saldrán de la impresion del movimionto; por adelante que vayan, estarán siempre muy léjos de la sensacion de la conciencia; entre las condiciones y el fenómeno, entre la impresion y la sensacion, entre el movimiento y la cónciencia no hay relacion ninguna.

¿Qué importa? dirán los materialistas. ¿Qué importa que el movimiento y la conciencia sean de esencia diferente, si el uno determina á la otra, si á consecuencia de lo que pasa en los órganos se producen pensamientos, sentimientos, voluntades que dependen de los primeros? Lo que se llama el alma no será siempre mas que otro aspecto del cuerpo. Dicen bien; este es el nudo de la cuestion. El argumento, tan antiguo tal vez como la reflexion humana, se ha fortificado al través de los siglos con todos los hechos nuevos que la ciencia ha recogido, y sería invencible á estas horas, si otra experiencia que desmiente á aquella, no se aumentara tambien de dia en dia, recordando á los hombres que el cuerpo no es señor absoluto de nosotros mismos; que el alma obra sobre él, y recíprocamente, manteniéndose por su energía en medio de los más rudos ataques.

El estado del cerebro hace, pues, nuestro espíritu y nuestro carácter, nuestras ideas y nuestras pasiones, segun los materialistas; modificadle y modificais la moral del hombre: se siguen invariablemente. Lo abierto del ángulo facial determina lo abierto del espíritu. El volúmen del cerebro da espíritus vastos y espíritus estrechos. La salud y las enfermedades del cerebro traen consigo la salud de la razon y sus enfermedades: actividad, inercia, regularidad, desórden de la inteligencia, tienen allí su única causa. Vienen los hechos en apoyo, y los materialistas nos sorprenden por la multitud de observaciones. Los espiritualistas á su vez traen hechos enteramente contrarios: espíritus notables bajo una frente deprimida, é imbéciles bajo una frente prominente; grandes espíritus en una cabeza pequeña, y pequeños espíritus en una grande; en fin, graves lesiones del cerebro sin locura, y locura sin lesion. Los hechos desmienten á los hechos, la observacion destruye á la observacion. Preciso es confesar que esta es una base muy vacilante para levantar un sistema, sea materialismo ó espiritualismo. Direcciones fácilmente engañosas, evaluaciones arbitrarias, medidas exclusivas en que no se tiene en cuenta lo duro ó blando del cerebro, ni otras influencias que un momento despues se consideran como decisivas y que pueden contrariar ó secundar la influencia que se quiere sea dominante; todo eso no es ciencia, y tendriamos que desesperar de resolver alguna vez la cuestion entre el materialismo y el espiritualismo, si de una y otra parte sólo se dispusiera de se-

mejantes argumentos. Fijémonos en hechos claros é indiscutibles. Preténdese que la locura es siempre efecto de una alteracion cerebral; ¿es exacta esta observacion? Seguramente que la locura más de una vez proviene de esta causa; pero tiene tambien otras: la ambicion, el amor, la devocion, que no se negarán sin duda. ¿Son éstas causas físicas? Además, si la locura más de una vez tambien se cura por un tratamiento físico, à menudo desaparece por un tratamiento moral. En muchos casos los dos procedimientos separados tienen buen éxito, y en otros muchos se combiuan con felicidad. Ahora, una idea qae se fija, una pasion que se vuelve exclusiva por debilidad de la voluntad, no es sin duda una lesion nerviosa; y el médico que corrige un mal juicio, que distrae al enfermo de una pasion dominante, no obra ciertamente sobre el cerebro, ni repara ninguna lesion. ¿No se ve aquí manifiestamente un sér que puede, es verdad, recibir menoscabo de un sér extraño, pero que es en difinitiva dueño de sí propio, puesto que puede por su sola virtud, por su solo movimiento, perder la salud y recobrarla despues de haberla perdido?

Los materialistas añaden á la influencia del cerebro, la de la edad, del temperamento, del sexo, del clima, del régimen, de las enfermedades. Aquí tambien abundan los hechos; pero hay algunos por desgracia de los materialistas, que se les escapan y arruinan sus conclusiones. Cierto es que la edad hace mucho al caso, y que no hay hombre de genio en la lactancia; pero no hace todo, y hay niños á toda edad, como á toda edad hay ancianos. En vano ha adquirido el cerebro consistencia con los años; para madurar el pensamiento se necesita otra cosa: la reflexion, la experiencia, que nada tienen que ver con la dureza y la elasticidad. Todo el arte humano no nos hace envejecer un segundo, pero acelera ó retarda la madurez del espíritu por los preceptos, por la insensible trasmision de una sabiduría inmaterial. Segun Cabanis, la rapidez de la sangre en los primeros años de la temeridad, y su curso lento trae la circunspeccion; y en efecto, la circulacion más ó ménos rápida da la sangre, influye en nuestras ideas y en nuestros deseos; pero el que ha sido víctima de su temeridad, se corrige: ¿acaso su sangre corre ménos rápida? ¿Y el ardor del alma que nos impele á las grandes empresas, depende del calor de la sangre, cuando se ve á todo un pueblo precipitarse, cuando se ve en cuerpos helados una energía indomable, la energía que inspiran las nobles ideas y los grandes sentimientos? El corazon late con mayor rapidez en esos arrebatos, pero el alma es quien le hace latir.

El temperamento inspira ciertas pasiones, y el régimen las exalta ó amortigua; pero ¿se quiere concluir de aquí que el temperamento y el régimen nos dan todas nuestras pasiones y hacen toda nuestra intemperancia ó nuestra virtud? Segun esto, las brillantes conversiones, de donde han salido los justos y los santos, son revoluciones de humores. Sócrates, nacido vicioso, y hecho más tarde un sábio, al atribuir este cambio á la filosofía le rinde un honor inmerecido, pues no ve el cambio que se ha operado en sus órganos. San Pablo y San Agustin creen rendirse á una doctrina inmaterial; se agitan por despojar al hombre viejo y crear al hombre nuevo: hay en efecto, un hombre nuevo en ellos, el que crea la vida que sin cesar destruye y trasforma sin cesar.

Creamos en la influencia omnipotente del sexo sobre la inteligencia y el corazon; pero olvidemos á Clelia, á Juana de Arco, á Jacqueline Pascal, igual á su hermano por la energía y las virtudes varoniles comunes á toda la familia de los Arnauld; olvidemos sobre todo, que el amor de la patria, el amor de la verdad y el sentimiento religioso han inspirado ese valor inquebrantable. No es permitido negar la influencia de los climas; pero no es permitido tampoco creerla invencible sobre las instituciones, la experiencia ó el génio de un hombre. En Francia se cree en el poder del clima y en la omnipotencia de las ideas.

En resúmen, los materialistas prueban con hechos ciertos que el cuerpo obra sobre el alma, y los espiritualistas á su vez prueban con hechos igualmente ciertos, que el alma obra sobre el cuerpo y sobre sí misma. Los unos nos prohiben creer que somos puros espíritus; los otros nos prohiben creer que somos pura materia, á merced de las leyes fatales de la naturaleza. La filosofía, recojiendo todas las verdades, afirma que el hombre es al mismo tiempo espíritu y cuerpo, espíritu asociado pasajeramente á un cuerpo para recibir y devolverle su influencia, formando con él un todo natural. "La verdad no destruye á la verdad."—E. Bersot, *miembro del Instituto.*

REVISTA DE PERIODICOS.

México, Diciembre 1° de 1882.

El Sr. Ruiz continúa encontrando mil defectos en el exámen que venimos haciendo de su obra y en la contestacion que dimos á su crítica. El 12 del pasado nos dedica en la *Libertad* un largo artículo que vamos á extractar para solaz y edificacion de nuestros lectores, pues manifiesta de un modo evidente los extremos lamentables á que llegan los mejores inteligencias, cuando son ofuscadas por la pasion y el espíritu de secta. El estado de excitacion en que se encuentra el Sr. Ruiz no le permite ya discernir lo blanco de lo negro, ni entender lo que escribimos, ni hacer justicia á sus adversarios; cediendo al ímpetu de su cólera dice lo primero que le ocurre, amontona frases de sentido dudoso, niega hechos que todos conocen, nos trata de sofistas y de ignorantes, y con ésto queda muy satisfecho creyendo que nos ha pulverizado, ó mejor dicho, que ha reducido á escombros el grandioso edificio de la filosofía contra la cual se ensaña. Nó, Sr. Ruiz; vd. dirá lo que quiera, pero por ese camino sólo conseguirá comprometer la causa que defiende, pues áun los mismos positivistas que conserven la calma necesaria para juzgar la cuestion que se debate, desaprobarán eso que vd. probablemente llama defensa, y que rebaja el valor de su escuela á los ojos de toda persona sensata.

El Sr. Ruiz se sorprende de que en nuestro segundo artículo, destinado al exámen de las *Nociones de lógica*, no aparezca ni una sola vez el libro que "tiene el mérito de haber sido aprobado por los profesores de la Escuela Nacional Preparatoria y reprobado" no por nosotros, sino por la respetable Junta directiva de instruccion pública. La sorpresa del Sr. Ruiz cesará cuando le digamos que lo que atacamos en su libro son las doctrinas que enseña, y como esas doctrinas no le pertenecen, sino que han sido tomadas en su fondo y forma de otros autores, tanto el Sr. Ruiz como su libro, vienen á ocupar un lugar enteramente secundario en este negocio, y no es menester ni siquiera mentarlos para llegar al objeto que nos proponemos. Teniendo en cuenta, además, la irritabilidad del Sr. Ruiz, nos parece conveniente llevar la cuestion á un terreno más elevado y más impersonal, lo que deberia agradecernos el autor cuya obra tiene el mérito, etc.

Por una especie de intuicion ó doble vista sabia ya el Sr. Ruiz, desde ántes que escribiéramos, que no podriamos atacar su libro con justicia, ni mucho ménos refutarle, y esta creencia la ha visto naturalmente confirmada despues de leer nuestros artículos primero y segundo. En efecto, ¿qué hemos hecho en ese segundo artículo? "*Nada. O mejor dicho, algo peor que nada*, pues todo él se ha reducido á *probar*, oiga bien el Sr. Ruiz, á *probar* que el positivismo tiene por consecuencias necesarias: 1.° reducir al hombre á la condicion del bruto; 2.° el escepticismo; 3.° el materialismo; 4.° el ateismo; 5.° el egoismo y el fatalismo; 6.° el despotismo, y todo esto, como se ve, es *nada, ó algo peor que nada*, es la apología más cumplida del positivismo, que la sociedad entera se apresurará á abrazar con entusiasmo al ver los ricos y sazonados frutos que produce. Despues de leer nuestro artículo quedaba uno de dos caminos que escoger, ó probar que el positivismo no conduce á tales consecuencias, ó que esas consecuencias son *buenas y verdaderas;* esto era lo que aguardábamos; pero el Sr. Ruiz adoptó el medio más fácil y expedito, decir que no habiamos hecho *nada, ó mejor dicho algo peor que nada*, y con esto quedó muy satisfecho. En cuanto á que aparezcan en nuestro estudio los nombres de Tiberghien, Büchner, Bourdet, etc., consiste en que tenemos la costumbre de citar á los autores que copiamos; ignoramos si esto estará en pugna con el método *científico* del Sr. Ruiz. Bueno es advertir que segun el autor, en nuestro primer artículo cometimos un sofisma porque nos limitamos á señalar la copia literal de Bain y de Mill, *debiendo* probar que esas doctrinas eran malas; y en el segundo cometemos otro sofisma porque damos la prueba que se nos pedia. ¿Qué entenderá el Sr. Ruiz por sofisma?

Pasa el autor á examinar nuestra *Revista de periódicos*, y dice: "Agradezco infinito al ilustrado Sr. Vigil, las galantes frases que me dirige, (no hay por qué, señor doctor), así como la grata esperanza que manifiesta tener, acerca del cambio de mis opiniones..... Convengo en que con el aumento de edad haya algun cambio en mis actuales opiniones; pero si no puedo señalar al Sr. Vigil cuál será este cambio, sí puedo desde ahora decirle en qué sentido se hará. Y *tengo* grande pena, al *tener* que llevar un desengaño á su sen-

sible corazon, asegurándole desde este momento, que el cambio de mis ideas se hará de menor á mayor progreso, y jamás hácia atrás; por lo mismo, es dificilísimo que de las mias vuelva á las de él, cuando *es muy claro,* que las suyas van ya perteneciendo á la historia antigua.„ Tenemos, pues, que el Sr. Ruiz sabe que con los años habrá un cambio en sus opiniones, aunque no sabe cuál será ese cambio, pero sí en qué sentido se hará. ¿Entiendes, Fabio? Ahora, el cambio se hará de menor á mayor progreso, es decir, que será en el porvenir más que positivista; pero como el positivismo es el conjunto de todas las negaciones, y el Sr. Ruiz parece estar creyendo que el progreso consiste en negar, de tal suerte que miéntras más niega uno es más progresista, quisiéramos que tuviera la bondad de decirnos qué puede negar más despues de negar á Dios y al alma humana. En cuanto á que nuestras opiniones vayan perteneciendo á la historia antigua, observarémos únicamente que Gorgias, Protágoras, Pirron, Sexto Empírico, etc., de quienes descienden por línea recta nuestros positivistas, no son representantes muy modernos de ese progreso negativo que tanto encanta al autor de las *Nociones de lógica,* quien ha visto un „fenómeno psíquico„ en el desarrollo de las mejoras materiales!!!

Afirma el Sr. Ruiz que lo que dijimos con motivo de las reglas que le recordamos á propósito de las que nos aconsejó, „carece de verdad„ (?); que esas reglas no son tales reglas, y que si algo contienen, está comprendido en las que formuló su señoría. Hé aquí las pruebas que recomendamos al lector, pues no carecen de originalidad: 1.° „En este caso no se trata de censura, sino de crítica.„ ¿Se serviria decirnos el autor la diferencia apreciable entre una y otra, y su aplicacion en el presente caso para que nuestras reglas no sean reglas? En cuanto á eso de *puya,* probablemente el Sr. Ruiz quiso decir *pulla,* porque *puya* es „la punta acerada que en su extremidad superior tienen las varas ó garrochas de los picadores ó vaqueros, con la cual estimulan ó castigan á las reses,„ y nosotros no somos vaqueros ni picadores, ni sabemos quién podria representar en esta circunstancia el papel de res. 2.° Nuestras reglas están de más porque no es posible averiguar el fin de un escrito sin leer su contenido, ni considerar el fin ni valorar los medios sin comprender. De esta necesidad deduce el Sr. Ruiz su inutilidad, y de que estén comprendidas en las que formuló saca que son *dos desatinos,* así es que sus reglas, por propia confesion, contienen desatinos. No puede negarse que el Sr. Ruiz trata á la lógica con muchísima confianza.

El autor de las *Nociones* aprobadas, etc., nos repite que no seguimos un buen método al examinar su obra, y que nuestros artículos tienen por base *sofismas notorios é impasables.* El Sr. Ruiz no aduce prueba ninguna de su dicho, pues parece que profesa la doctrina que Benthan llamaba el *ipsedixitismo,* (de *ipsedixi* yo lo dije) y tenemos que conformarnos con su respetable opinion. En cuanto á que el silencio de la obra sobre cuestiones fundamentales no ataque ninguna creencia religiosa ni opinion política alguna, es una evasiva positivista que pudo engañar á los incautos cuando no se conocia á fondo el espíritu de la secta; pero ahora..... Sr. Ruiz, busque vd. contestaciones un poco más nuevas, que hagan posible siquiera la vacilacion en los lectores.

Se recordará que excitamos al Sr. Ruiz para que nos contestara categóricamente si admitia al espíritu como sustancia distinta del cuerpo, y si aceptaba en consecuencia la espiritualidad del alma y su inmortalidad. Hé aquí su contestacion: „En cuanto á su interpelacion tendré el *gusto* de contestársela, pero en su oportunidad; *no gusto de hacer difuso todo.*„ Está bien, señor doctor, puede vd. contestarnos cuando *guste,* ya que sólo *gusta* de hacer difuso algo, y aunque á nosotros nos parecia que no era hacer difuso todo contestar *sí ó nó,* es muy dueño de escoger la oportunidad y hacer todas las difusiones que *guste.*

Sorpréndese el autor de que despues de haber analizado 30 páginas de la obra *que habiamos leído,* formuláramos la conclusion de que es positivista, y añade: „Semejante cosa solo puede habérsele ocurrido al Sr. Vigil ó á Tiberghien,„ ó al Sr. Ruiz que posee la rara penetracion de saber lo que ha de decirse en un escrito ántes de leerle. *Medice, cura te ipsum.* Pero á fin de evitar todo escrúpulo, suplicamos encarecidamente al autor que se tome el trabajo de decirnos si su obra es ó no es positivista; pero por el Gran Fetiche, Sr. Ruiz, no nos emplace vd. para una oportunidad indefinida; haga vd. una difusion y contéstenos sí ó nó.

Llegamos á la parte patética. Oigamos:

"El Sr. Vigil se empeña en hacer creer, aun cuando sea indirectamente, que los muy ilustrados profesores de la Preparatoria han tolerado siquiera alguna vez, á ese *fárrago de desatinos* que se llama "Ciencia del conocimiento, por Tiberghien." No, Sr. Vigil, aun cuando vd. se empeñe, jamás los profesores han aprobado semejante libro; y la razon es sencilla, ni ellos, ni ninguna persona que tenga cultura científica, puede avenirse con *tantos disparates.* Si vd. quiere probar, no solo con su dicho, sino con un testimonio competente lo relativo á este asunto, puede publicar las actas relativas, que están en la secretaría de la Escuela Nacional Preparatoria."

Desde luego protestamos contra el empeño que se nos atribuye de que se crea indirectamente, pues no conocemos esa division de creencia directa é indirecta. Si lo que se quiere decir es que nos hemos empeñado en que se tenga por cierta una cosa que no lo es, el Sr. Ruiz se ha separado dos veces de la verdad, lo cual no deja de ser grave para un autor de lógica. Recuerde su señoría que nos dijo con ese énfasis que distingue á los sectarios del *ipsedixitismo:* "Los profesores de la Escuela Preparatoria, *no una, sino dos veces,* han reprobado la obra de Tiberghien." Nosotros contestamos, lo que es cierto, que ni una, ni mucho ménos dos veces, habia habido tal reprobacion. ¿Quiere decir esto que fué aprobada? Por Dios, Sr. Ruiz, cuando quiera vd. disfrazar la verdad, procure hacerlo de una manera más *científica,* y sobre todo, no pretenda disculparse echando sobre los hombros del vecino el peso de sus propios deslices. Si vd. quiere confundirnos, el medio es muy sencillo; pruebe vd. que la obra de Tiberghien ha sido reprobada una sola vez, con eso nos contentamos, y aceptamos sin más ni más la nota que merece el que oculta la verdad á sabiendas, de lo contrario...... Pero pasemos adelante. En cuanto á eso de que la lógica de Tiberghien es un *fárrago de desatinos y disparates,* observarémos al Sr. Ruiz que se ha salido completamente de tono, y que no es de esa manera inconveniente y destemplada como trata á su adversario, sea quien fuere, un autor que se respeta á sí mismo; porque ó bien vale más que él y hace un abuso punible de su superioridad, ó vale ménos y entónces el abuso se convierte en ridículo. Por lo demás, el Sr. Ruiz ha dictado ya las reglas á que debe someterse el análisis de un libro, y esperamos que las aplicará en el exámen que está obligado à hacer de la obra del filósofo belga, despues del furibundo anatema que contra ella ha fulminado.

El Sr. Ruiz dice que no debe sorprendernos que el señor director de la Preparatoria le encargara las *Nociones,* porque este señor, "ageno à toda secta filosófica," se propone desvanecer los obstáculos que se oponen á la escuela, y como Tiberghien, "es el escollo más grande que hasta hoy se ha presentado al *adelanto* científico de la Preparatoria," era preciso desterrarlo y sustituirlo con un libro que "ageno á debates filosóficos" se propusiera organizar los conocimientos científicos. El Sr. Ruiz vuelve á equivocarse como de costumbre; no es cierto que el señor director de la Preparatoria sea ageno á toda secta filosófica, pues es espiritualista neto, enemigo irreconciliable del positivismo, y en esto estriba precisamente nuestra sorpresa, pues no comprendemos cómo con tales convicciones ha patrocinado una obra positivista. En cuanto á que el libro de Tiberghien sea un escollo para el *adelanto* científico, el Sr. Ruiz nos permitirá que no le creamos bajo su palabra, y esperamos por lo mismo que pruebe su aserto conforme á las sábias reglas que ha formulado. Por último, el autor ha olvidado el carácter de su propia obra en la cual debate el orígen del conocimiento, la teoría empírica del silogismo, etc. ¿Creerá por ventura que no son éstos debates filosóficos?....

Concluimos por ahora con la conciencia tranquila, pues tenemos la satisfaccion de saber que el Sr. Ruiz, léjos de molestarse con nuestras observaciones, *las celebra infinito,* porque le ofrecen la ocasion de que con sus razonamientos, no sofísticos por supuesto, procure desvanecer los errores que queremos propagar en nuestro periódico, atacando las *buenas y verdaderas* doctrinas del ateismo, el materialismo, el despotismo, etc. Así sea.

Damos las más expresivas gracias á nuestros estimables colegas la *República* y el *Centinela Católico* por el juicio benévolo que han formado de nuestros trabajos. La aprobacion de las personas sensatas é imparciales es la mejor recompensa que puede alcanzar el escritor que se dedica á la defensa de una causa justa.

J. M. VIGIL.

LA RELIGION POSITIVISTA.

(Traducido de la obra de M. E. Caro intitulada "Estudios morales sobre el tiempo presente.")

I.

No se puede dudar del número incalculable de mesías que se codean diariamente en las calles. Verdaderamente parece que es la cosa más sencilla del mundo, el fundar una religion. Estamos bien léjos de la crítica negativa y disolvente de Voltaire y Hume. Ellos destruian las religiones; nuestros contemporáneos las construyen á competencia. Seria muy largo contar las religiones dadas á luz en Francia de treinta años á esta parte, y desaparecidas sucesivamente ante la indiferencia del público. Nada detiene á los propagadores de los nuevos cultos, que esperan vencer á fuerza de fe en sí mismos, la apatía de sus compatriotas, y cada dia ve brotar el Evangelio del porvenir. ¡Trabajo inútil! quedan aislados en su pequeña iglesia, de la cual son à la vez el dios, el profeta, el servidor y muchas veces tambien el público.

M. Comte habia encontrado un intérprete eminente de sus ideas. M. Littré habia puesto al servicio de la sociología su dialéctica penetrante. El positivismo revestia, bajo la pluma de este hábil escritor, formas inesperadas. Él se hacia leer. Pero ¡ay! el acuerdo ha cesado entre el maestro y el gran discípulo, en el momento en que la filosofía positivista aspiraba á formar una religion.

No tenemos necesidad de decir que la fase religiosa del positivismo no quita nada al interés científico de esta filosofía que merece ser examinada y discutida aparte. No tenemos tampoco necesidad de recordar qué respeto se debe á la vida entera de M. Comte, á esa carrera sacrificada al interés exclusivo de lo que él creia la verdad, á esa vejez absorbida hasta el último dia por un trabajo inmenso, á ese grande acto de abnegacion por la salud del mundo, que confundia con el triunfo de su doctrina. No traicionarémos este respeto en las páginas que van á seguir, al mismo tiempo que mantendrémos nuestro derecho á una entera franqueza.

La nueva era, la era religiosa del positivismo comienza con el primer volúmen de la grande obra intitulada: "Sistema de política positiva;" y como es bueno marcar con precision los hechos fundamentales de las religiones, la época exacta de esta trasformacion de Aristóteles en San Pablo, es el mes de Julio de 1851.

La ambicion de M. Comte no tiende solamente á arruinar las creencias del pasado, sino á edificar una sociedad nueva. La reforma filosófica es para él el prefacio de otra reforma que alcanza á la vida individual y social en sus principios fundamentales. Todo está aniquilado, todo va de nuevo á levantarse.

Fiel á su axioma favorito que no se destruye sino lo que se reemplaza, M. Comte vá á refundir en el crisol de su pensamiento, una sociedad, un mundo, un dios. Continúa con un ardor digno de mejor suerte, el discurso sobre la historia universal, adaptándole á sus principios; construye de todas piezas una religion; populariza el nuevo dogma en un Catecismo en once conversaciones, entre una mujer y un sacerdote de la humanidad; en fin, expone de una manera rigurosa y hasta los menores detalles, el método de trasformacion que pretende hacer sufrir á la sociedad, luego que la sociedad se ponga en sus manos; y al paso en que van las cosas, no podeis dudar que esto sea mañana ó pasado mañana á más tardar. Nosotros tenemos la ventaja, con M. Comte, de saber exactamente la suerte que nos está reservada.

El porvenir está en la mano de M. Comte, y no es M. Comte quien cerrará la mano, como Fontenelle. Su entusiasmo es de una prolijidad y una difusion sin ejemplo.

Nada en el mundo puede dar una idea de ese estilo superabundante, confuso, recargado de epítetos, devorado de palabras parásitas, saturado de matemáticas, con yuxtaposiciones sin fin, adiciones de palabras, repeticiones de ideas, giros de un candor excesivo, maneras de una inexperiencia adorablemente cómica. Es una mescolanza de expresiones tomadas de todas las ciencias conocidas y desconocidas. Y, cosa extraña, no vayais á creer por lo ménos que M. Comte sea un bárbaro y desdeñe sacrificar á las musas. En más de un pasaje nos revela la más viva solicitud por su reputacion literaria. Se preocupa del arte de escribir. A veces quiere poetizar su estilo, por ejemplo, cuando habla de las mujeres y del amor, y se diria entónces que es un compás jugando con las gracias.

A veces tambien se mete en el trabajo de explicarnos los delicados artificios de que se sirve para perfeccionar su manera de escribir. "Para utilizar tanto como es posible mi solicitud literaria, debo, dice él, caracterizar las diversas prescripciones que me he impuesto gradualmente, *con especialidad hácia* la segunda mitad de mi construccion religiosa, y sobre todo, en cuanto al tomo final. A fin de evitar las frases demasiado largas, jamás he permitido que ninguna excediese de dos líneas manuscritas, ó cinco impresas. La vista y el espíritu han obtenido descansos convenientes, restringiendo á siete frases la más grande extension de mis renglones, que no son solamente tipográficos. Sin que la prosa *deba* aspirar á la perfeccion musical de la poesía, me he esforzado en aproximarla, prohibiéndome todo hiato, aun entre dos frases ó dos renglones. Por otra parte, he evitado el reproducir *cualquiera* palabra, no solamente hácia cada frase, sino para dos frases consecutivas, aun cambiando de renglones, salvo *en cuanto* á los

monosílabos auxiliares... Cuando el hábito me ha facilitado suficientemente este nuevo yugo, ha venido á ser la *fuente* continua de mejoras imprevistas, no solo *hácia* el discurso, sino aun para el pensamiento.» Estas líneas están extraidas de la página 9 del cuarto volúmen.

M. Comte es un papa humanitario; se arroga sobre su pequeña iglesia una supremacía inimaginable. Morigera, amonesta, corrige, reprende, absuelve con una sangre fria magnífica. Leed solamente su singular *Discurso pronunciado en los funerales de M. Blainville el 15 César 62* (estilo positivista), *y redactado al dia siguiente con más desarrollo*. Las complacencias de la oracion fúnebre no se prodigan allí, y se leen frases tales como éstas: «Blainville carece del fuego sagrado que en todas partes impulsa directamente al activo seguimiento del bien, á la vez sin descanso y sin esfuerzo, con la sola mira de una satisfaccion interior inevitable. *Hácia* esta fuente exclusiva de nuestra verdadera unidad, la menor mujer digna de su sexo sobrepasa necesariamente al más poderoso pensador privado de ternura. La bondad del corazon importa más que la fuerza del carácter en el pleno vuelo de una carrera puramente teórica..... Blainville no fué dichoso. Su triste fin representa demasiado el conjunto de su vida. Esta muerte imprevista y sin dolor, no conviene mas que á los egoistas, puesto que impide el dar ó recibir ningun adios.» El orador añade ingenuamente, en nota, que el principio de este discurso habia determinado la brusca partida de los asistentes.

Si es riguroso hácia los muertos, el gran pontífice no guardará consideraciones á los vivos. Un artista de talento, M. Etex, sabe algo de esto. Es un discípulo, à lo que parece, pero un discípulo flotante. Los prefacios de los diferentes volúmenes son á su vez irritados ó lisonjeros respecto de este catecúmeno irregular, y, como todo debe ser relativo en la escuela de lo relativo por excelencia, cuando M. Etex es disidente, se borra su *Curso de dibujo* de la *Biblioteca del proletariado*, y cuando M. Etex vuelve al redil, se reintegran sus obras en la lista de honor de las publicaciones positivistas.

Todo esto deberia pasar en familia, segun un proverbio eminentemente positivo. Diremos otro tanto de ciertas cuentas domésticas, que seguramente no perderian nada en no ostentarse en prefacios. Concíbese que los partidarios de la nueva religion hayan concertado sus esfuerzos para arrancar de la miseria una vejez consagrada á inmensos trabajos; pero tal vez no es necesario hacer tanto ruido con esas suscriciones y pregonarlas con tanta pompa. Quizá tambien era inútil fulminar tan violentos anatemas contra los *adherentes demasiado abstractos que rehusen ayudar al fundador de la nueva filosofía á vencer la miseria suscitada por un infame despojo.* ¿A qué fin dar á cada suscritor el bello título de *cooperador del libre subsidio*, si esta libertad del subsidio es negada en la práctica? En interés de M. Comte y de su dignidad, se habría debido hacer desaparecer de sus libros la relacion circunstanciada de su lista civil y todos los pequeños chismes relativos al empleo de los fondos. ¡Cómo se presta todo esto á la risa de los incrédulos!

No nos es posible abstenernos tampoco de lamentar profundamente las indiscretas efusiones del lirismo pontifical respecto de esa casta compañera inmortal, en la cual M. Comte pudo encontrar á la vez la *madre subjetiva* que supone su segunda vida, y la *hija objetiva* que debia embellecer una existencia temporal. Remitimos á los que tuvieren

curiosidad de los pormenores sobre esa Beatriz *subjetiva y objetiva,* á la extraña dedicatoria colocada al frente del primer volúmen de la *Política positiva.*

Yo votaria igualmente, en interés de la gloria de M. Comte, por la supresion de cierta carta á S. M. el czar Nicolás, colocada al principio del tercer volúmen. Las relaciones de carácter y de situacion entre el jefe espiritual de la República occidental y el emperador de todas las Rusias, están en las primeras líneas, indicadas con una franqueza sorprendente: "....Este pensador (M. Comte) desde su marcha decisiva en 1822, combatió siempre la soberanía del pueblo y la igualdad, más radicalmente, en nombre del progreso, que lo que habia podido hacerlo ninguna escuela retrógrada. Al mismo tiempo, este autócrata [el czar] desde su advenimiento en 1825, jamás cesó de colocarse dignamente á la cabeza del movimiento humano en sus vastos Estados, preservándolos con una sábia firmeza, de la agitacion occidental. Preparada de este modo, esta comunicacion puede caracterizar las relaciones normales que exige el buen órden entre los verdaderos teóricos y los eminentes prácticos." Despues viene la exposicion del sistema, seguida de algunos consejos excelentes al czar sobre la policía de las publicaciones en Rusia. M. Comte recomienda á S. M. un poco más de severidad. Ya la autoridad del czar se emplea sábiamente en preservar á la Rusia de una multitud de escritos de que el Occidente está infestado. *El positivismo le aconsejará que vaya más léjos en cuanto à las producciones nacionales.* M. Comte encuentra que la libertad de la prensa es demasiado grande en San Petersburgo. Termina con la expresion viva de un voto, de una esperanza más bien. Este voto, esta esperanza, es que el *jefe natural* de los conservadores europeos aprecie muy pronto y tome bajo su proteccion decidida una doctrina que consolide y desarrolle la política conservadora. El eminente patricio, el czar, en busca del Bósforo, no respondió á esta carta atractiva, y en el prefacio del tomo siguiente, M. Comte se queja amargamente de la *incivilizacion de este jefe, demasiado preocupado del Bajo-Imperio.* Se excusa con mucho trabajo de las vivas felicitaciones prodigadas á S. M. en el volúmen anterior; el encanto está roto. El czar es advertido solemnemente que, persistiendo en *su aberracion* corre el riesgo de perder, para con la posteridad, todos los títulos *resultados* de una larga carrera. En suma, el incidente ruso, como agradablemente dice M. Comte, ha cambiado un poco el punto de vista: "Debê presumirse poco que ningun czar aprecie bastante sus ventajas para ilustrarse y perfeccionarse, procurando al positivismo una proteccion equivalente á la que el gran Federico supo conceder al enciclopedismo." Por estas líneas, selladas de melancolía, termina el último prefacio de M. Comte; sus prefacios, como se ve, no son más que largos y cándidos desahogos en el seno del público.

No hay que aguardar que M. Comte, el admirador del czar, sea muy indulgente respecto de la prensa. Le hemos visto reprochar al czar su demasiada indulgencia hácia las publicaciones moscovitas. Él no incurrirá en el mismo reproche cuando sea el amo. El fracaso absoluto, el aborto total de la *Revista Occidental* fundada en 1852, con plena ignorancia del mundo entero, le ha demostrado una vez más, la necesidad de *extinguir* el periodismo. "Al terminar el interregno espiritual, la religion positiva hace cesar naturalmente la usurpacion que suscitó entre los letrados occidentales. El sacerdocio de la

humanidad debe, pues, prohibirse todo participio en la institucion que deberá pronto herir como radicalmente anárquica." Esto es claro.

Indiquemos rápidamente cuáles eran el estado actual, las fuerzas del positivismo y sus probabilidades de éxito en el año de gracia de 1854. El vuelo del positivismo, como dice M. Comte, debe medirse un poco sobre la extension del subsidio sacerdotal. Ahora, el presupuesto del gran sacerdote estaba entónces en vía de progreso notable. Fundado el 12 de Noviembre de 1848, sube á 3,000 francos en 1849, á 3,300 en 1850, á 4,200 en 1,851, á 5,600 en 1852, á 7,400 en 1853. Segun las fuentes que alimentaban el subsidio sacerdotal, M. Comte encuentra lo que llama *tres focos positivistas:* uno en Paris, los otros dos en Holanda é Irlanda. Pero no es sino en el centro parisiense en donde M. Comte puede apreciar directamente la plenitud y la consistencia de las convicciones "Solamente allí ha surgido ya el bosquejo decisivo de la verdadera regeneracion, no ménos social que intelectual, *bajo un digno concurso de ambos sexos.* Diderot y Condorcet no podian esperar que, un siglo despues de la *Enciclopedia,* su sucesor uniria *nobles parejas* por el compromiso de la viudez eterna, y consagraria á la humanidad hijos plenamente dispensados de Dios. Tales triunfos anuncian que la metrópoli humana pertenecerá pronto á los positivistas, cuando la libertad espiritual les permita desarrollar el culto público, tanto como la adoracion íntima y las consagraciones domésticas." Fuera de estos tres focos, holandés, parisiense é irlandés, confiesa tristemente M. Comte que no registra en su libro de oro (es necesario llamarlo de esta manera, puesto que es el registro de las suscriciones) más que adhesiones aisladas y raras simpatías.

En suma, grandes esfuerzos, gruesos volúmenes, noventa y un suscritores, tres focos positivistas, tal era en 1854 el balance de la nueva religion.

II.

"En el nombre del pasado y el porvenir, los servidores teóricos y los servidores prácticos de la humanidad, vienen á tomar dignamente la direccion general de los negocios terrestres, para construir al fin la verdadera providencia moral, intelectual y material excluyendo irrevocablemente de la supremacía política á todos los diversos esclavos de Dios, católicos, protestantes ó deistas, por ser á la vez retrógrados y perturbadores." Tal fué la proclamacion solemne por la cual, en el Palais-Royal, el 19 de Octubre de 1851, despues de un discurso de cinco horas, M. Comte tomó posesion del porvenir. Sin duda agradó esta fórmula á su autor; nosotros la encontramos citada con complacencia á la cabeza del *Catecismo positivista,* repetida con toda clase de honores á la conclusion de la vasta obra sobre la *Política.* Podia servir de epígrafe á la obra. Resume con una perfecta claridad su espíritu general y sus tendencias. Anuncia netamente la intencion y la mision de M. Comte, que es arrojar de la vida y de la historia á los esclavos de Dios, para traer el reino de los servidores de la humanidad. ¡Dios ha muerto, viva el nuevo dios!

El ateismo es viejo en el mundo. ¿En qué consiste, pues, la originalidad incontestable del sistema de M. Comte? Consiste en querer constituir una religion casi mística, tomando por base un materialismo absoluto. Antes de abordar la teoría del Gran Sér, esencial es reasumir en sus rasgos generales, la filosofía crítica que le precede, por más que bajo ciertos puntos de vista la religion positivista sea independiente.

M. Augusto Comte ha establecido su doctrina en un tratado considerable de *Filosofía* publicado algunos años ántes que la *Política positiva.*

La ambicion confesada por el positivismo es nada ménos que renovar el espíritu humano, reduciendo los fenómenos morales y sociales á la ley de las explicaciones científicas, y sustituyendo definitivamente las nociones y métodos positivos á las doctrinas religiosas y metafísicas, que no han sido otra cosa que el régimen provisional de la humanidad. La teología está moribunda, la metafísica ha muerto, ya no hay un solo símbolo religioso, ni una demostracion filosófica que se pueda imponer á las inteligencias. En medio de esta grande anarquía intelectual, en este descrédito inmenso de las doctrinas que, hasta hoy, han guiado á la humanidad inexperimentada, hay un hecho que crece diariamente, el reinado de las ciencias positivas, y miéntras que los antiguos símbolos caen en el desprecio público; miéntras que las afirmaciones filosóficas se convierten cada dia en la burla de los fuertes; las ciencias exactas y las nociones experimentales ganan en crédito, en autoridad: tienen la gran ventaja de imponer á los espíritus una conviccion irresistible, y de no admitir herejías, que, en este caso, serian puros absurdos. La ciencia se apodera de todo el lugar que le cede la expirante fe de las religiones ó la hipótesis desacreditada de las filosofías; pero el dominio actual de las nociones positivas está incompleto; los fenómenos sociales se le escapan, y miéntras que este órden particular de fenómenos no sea puesto bajo la ley regular de las ciencias positivas, estas ciencias estarán defectuosas y dejarán una sombra de autoridad á las doctrinas supersticiosas. Las ciencias positivas no estarán completas, hasta el dia en que hayan tomado el legítimo dominio de los fenómenos sociales, políticos, religiosos, usurpado por la mentira y la ilusion. En ese dia, habrán muerto para siempre la religion y la metafísica; ese dia habrá tambien una *filosofía positiva,* cuya tarea será reunir en una sola ciencia, todas las ciencias aisladas, parciales, y formar un sistema coordinado en que cada una entre como parte integrante. Ligadas estrechamente por la comunidad de orígen, por la identidad de métodos y caractéres, todas las ciencias se reunirán en un vasto conjunto, en una gran filosofía, cuyo carácter será la unidad, y que tendrá por ciencias especiales los diferentes órdenes de fenómenos; los fenómenos del mundo anorgánico por las matemáticas, por la astronomía, por la física y por la química; los fenómenos del mundo orgánico por la biología; los fenómenos morales y sociales por una ciencia nueva, la *sociología.*

La sociología completa de esta manera el sistema de las nociones positivas, y el positivismo está constituido; por las ciencias particulares, corresponde á todos los órdenes de fenómenos variados que caen bajo la percepcion de la humana inteligencia; se ofrece á sus amigos lo mismo que á sus enemigos, con la ventaja de un método sencillo y de una unidad incomparable. Así como espera recomenzar por la ciencia, la obra errada deplo-

rablemente por la supersticion y la hipótesis, así es como espera rehacer de arriba abajo, la educacion del género humano. ¿Cuáles son los caractéres de la nueva filosofía? No tiene más que uno, que reune los demás: la eliminacion de lo absoluto. Si la metafísica, cuya esterilidad solo iguala la de la religion, ha extraviado tanto tiempo al espíritu humano en sistemas sin salida, es que habia emprendido lo imposible. Circunscrita sábiamente á lo que puede conocer de un modo experimental; sin tratar de estudiar más que lo que puede saber, clasificando los efectos sin preocuparse de las causas; dejando al pasado los atrevimientos juveniles de la inexperiencia y las temeridades de la debilidad que se ignora, la nueva filosofía será llamada justamente positiva. No intentará nada que no esté en la medida de lo posible y de lo cierto; sabrá desconfiar de esas presunciones que caracterizan cada ciencia naciente y le inspiran el loco pensamiento de penetrar en la esencia de las cosas; no aceptará en su dominio más que las nociones claras, demostrables, que se imponen á las inteligencias con ese carácter de evidencia que acompaña las experiencias de la física; someterá á un lento análisis las hechos particulares, observándolos con un escrúpulo minucioso, agrupándolos segun sus analogías, interrogando largo tiempo la experiencia ántes de elevarse por la induccion reflexiva á las verdades generales que, nacidas de la experiencia, guardarán el carácter esencial y quedarán siempre relativas. Basta decir que la filosofía positiva arrojará despiadadamente de su seno todos esos pretendidos axiomas y demostraciones ilusorias, sobre los cuales se edifican desde hace tantos siglos, las quimeras de la metafísica. Basta decir que repudiará como sueños, todas esas concepciones fundamentales, de sustancia, de causa. de razon primera y de esencia de las cosas, en las cuales se ha perdido hasta aquí la razon, estérilmente laboriosa, de la humanidad. Necesario es dejar estas cuestiones insolubles á la infancia del mundo, y ocupar útilmente la edad viril del género humano, que tantas decepciones debieran corregir, suponiendo que no sea incorregible. Hé aquí, pues, lo que no deja duda: la naturaleza de las cuestiones cambia en la nueva filosofía. No más indagacion sobre las causas primeras y sobre las causas finales; en cambio una indagacion séria, definitiva sobre los fenómenos del órden moral y del órden social. De absolutas, se convierten las cuestiones en relativas; los métodos cambian como las cuestiones que hay que resolver; la hipótesis se deja por la demostracion matemática. En ambos casos, una conviccion irresistible y duradera sustituye á una fe complaciente y efímera. Tal es la ciencia positiva, conjunto vasto de todas las ciencias traidas por un poderoso esfuerzo á la más rigurosa unidad, y rechazando con el más severo cuidado, todas las nociones que no son relativas, todas las nociones que no son nociones de los fenómenos ó de las leyes, es decir, de los fenómenos generalizados. En el círculo, de esta manera reducido, de las verdades positivas, ya no se creerá, se sabrá.

Es fácil ver, sin que sea necesario insistir más sobre los principios constitutivos del positivismo y cuál es el espíritu general que lo anima, tentativa poderosa para coordinar todas las ciencias en un vasto sistema, igual á la realidad de las cosas; desprecio sistemático hácia todos los procedimientos de demostracion que no están rigurosamente calcados sobre la experimentacion de las ciencias físicas ó sobre el método de las ciencias

exactas; reduccion severa de todas las cuestiones que puede agitar el espíritu á las simples cuestiones de hecho, las solas accesibles al saber humano; intolerancia completa respecto de la religion que impone una fe ciega, como respecto de la metafísica que une á la misma ceguedad una hipocresía más, la hipocresía de la demostracion; encarnizada negacion de todo lo que traspasa la medida de lo contingente y de lo relativo; escepticismo sistemático respecto de lo absoluto, de lo infinito, de las sustancias y de las causas. Tal es el último tèrmino en que viene á rematar esta doctrina, ligada fuertemente en sus detalles, inspirada por una pasion mezquina y violentamente sistemática, la pasion de la unidad en la ciencia, de la unidad obtenida á todo precio, y reduciendo á condiciones uniformes de certidumbre, los órdenes de las realidades más heterogéneas.

No se declara impunemente insolubles y ociosas las grandes cuestiones de donde depende tan íntimamente la vida moral y la humanidad. Declarar tan alto que no se quiere tomar en consideracion más que los fenómenos humanos, y rehusar á la inteligencia todo derecho de indagacion sobre la sustancia de estos fenómenos ó sobre la razon primera del mundo, es dejar comprender de una manera suficientemente clara, que se tienen por quiméricas esa sustancia y esa razon primera. Condenar al hombre á dudar eternamente del alma y de Dios, es virtualmente no creer en ellos. Así es que seria un trabajo fácil el hacer ver cómo está el materialismo en el mismo corazon de la filosofía positiva, á pesar de las intenciones y declaraciones contrarias. ¿Quereis saber á fondo qué es la humanidad? M. Comte os dirá que es el grado superior de la animalidad. ¿Quereis saber lo que es la libertad? Os responderá en un singular lenguaje, que es *un espejo fiel del órden exterior:* que no es otra cosa que la correspondencia perfecta de nuestras funciones, con el órden de los fenómenos exteriores, que constituye el órden real; y para no dejar ninguna incertidumbre sobre la naturaleza de este libre albedrío, que se parece mucho más á la fatalidad de los fenómenos físicos que á la facultad de un sér independiente, M. Comte añade que pasa con nuestro acto libre exactamente como con la caida de una piedra, cuya libertad se manifiesta caminando, *segun su naturaleza, hácia el centro de la tierra, con una velocidad proporcional al tiempo.* En cuanto á las luchas quiméricas de nuestra libertad que creía sostener contra las solicitaciones de los deseos culpables, hace mucho tiempo que el Dr. Gall, aprobado plenamente por M. Comte, ha hecho justicia á esos combates ficticios, que no son otra cosa que la oposicion real entre la masa posterior del cerebro, donde residen los instintos personales, y su region anterior, donde reinan los impulsos simpáticos y las facultades intelectuales. La moral ha concluido; la palabra *derecho,* dice textualmente M. Comte, debe ser cuidadosamente apartada del lenguaje de la moral y de la política, como la palabra *causa* del verdadero lenguaje de la filosofía. Se tiene que M. Comte mantiene la idea y la palabra del deber, y que, al revés de ciertos revolucionarios que no quieren reconocer en el hombre más que derechos, insiste varias veces para marcar con fuerza las obligaciones sociales á las que somete al individuo. Sé tambien que su pensamiento acaba por extraviarse en una especie de misticismo político que impone al hombre las exigencias más imperiosas, sin conferirle ningun título al respeto de otro, sin ofrecerle ninguna garantía séria contra la usurpacion abusiva de las personalidades extrañas; pero toda esta parte de la doctrina

está llena de oscuridad y vaguedad. ¡Qué pensamiento tan extraño es imponer obligaciones imperiosas al hombre, que tienen exactamente la libertad de la piedra que cae! ¡Y trazais reglas á esta voluntad que no se pertenece! Otra contradiccion: imponeis al hombre deberes hácia la sociedad, hácia el Estado, y no quereis que la sociedad y el Estado tengan hácia él deberes, cuyo cumplimiento pueda exigir. El derecho no es otra cosa que la reciprocidad del deber, y si me retirais todos mis derechos para imponerme todos los deberes, cometeis un acto de tiranía.

Vos, el Estado, podreis todo sobre mí, y yo no tendria ninguna reivindicacion que ejercer contra vos, ni aun en el interior de mi conciencia, que pierde su dignidad al perder sus garantías. Me entregais á las más espantosas arbitrariedades de una dictadura sin regla, sin censura, sin freno. Es la ordinaria conclusion de esas doctrinas llenas de grandiosas promesas. y que se dan orgullosamente por la emancipacion definitiva de la humanidad. No lo creais; el advenimiento de esas políticas aventureras, sería al dia siguiente una esclavitud irremediable. El derecho no es toda la moral, sin duda, pero es una parte esencial de ella; y seria una imbécil generosidad la que lo sacrificara, aun entre las manos de M. Comte. El derecho es nuestra salvaguardia, procuremos no perderlo.

Ni libertad, ni derecho; la naturaleza humana reducida á no ser mas que el grado superior de la animalidad; hé aquí algunas conclusiones que naturalmente despertarian la desconfianza sobre el verdadero alcance de esta doctrina. Vamos á ver, de una manera más clara todavía, que la filosofía positiva no es, como lo pretende, un escepticismo provisional, que se contenta con emplazar por un término indefinido, todas las cuestiones de sustancia y de causa, sino el materialismo científica y religiosamente constituido, dando el más extraño de los cultos como complemento de la más seca de las ciencias, y trasformando el ateismo en religion por uno de esos golpes de audacia que no siempre son golpes de génio.

A primera vista, podría uno ser juguete de las palabras: á cada instante se trata de la supervivencia de los nobles difuntos; trátase tambien del Gran Sér y del culto que se le debe. Pero es preciso entenderse con M. Comte. ¿Cuál es la supervivencia que promete al hombre? Tan poca cosa, en verdad, que vacilo en decirlo. Desde luego, la inmortalidad será un privilegio, un monopolio: el privilegio y el monopolio de las virtudes positivistas. Todos aquellos que, como nosotros, incrédulos, infieles, hayan repudiado la doctrina, ó aquellos, más numerosos aún, que sin conocerla, hayan vivido en la indiferencia y el olvido de las virtudes particulares que reclama, y que hacen de un hombre un sér *convergente* y *asociable*, digno de ser incorporado por sus cualidades similares á la humanidad positivista; todos esos, vil peso de la tierra, deshonra de la vida y de la historia, perecerán por entero, y no quedará de ellos, si es que queda algo, mas que un nombre execrado. La nada y tal vez la maldicion de los hombres, hé aquí todo su porvenir. Los positivistas y sus hermanos, aquellos que por nobles instintos y virtudes especiales son positivistas sin saberlo y practican espontáneamente la doctrina que no conocen; esos séres privilegiados, y, para hablar su lenguaje, séres convergentes y asociables, están reservados á muy distinto porvenir y recibirán los honores de una legítima inmortalidad.

Pero, ¡qué porvenir, gran Dios! y qué extraña inmortalidad la que les es prometida, como prima á la abnegacion, á la obediencia, á una fe ciega en M. Comte y sus oráculos! M. Comte es el inventor de una nueva especie de inmortalidad, la inmortalidad *subjetiva.* Es una especie de vida que no tiene nada de objetivo, es decir, que no tiene realidad exterior, y se concentra exclusivamente en el pensamiento y en el recuerdo de otro; es una vida por reflejo, una existencia enjertada en la imaginacion y en la memoria de los vivos. Los *nobles difuntos* se sobreviven á sí mismos por la gloria, por las alabanzas, por la estima ó afeccion de que son objeto. Hé ahí una manera singular de existir, y que se confésará sin trabajo, tiene muy poca realidad para no parecerse á la nada.

Tal es la inmortalidad prometida por M. Comte á sus adeptos; tal será el precio de las existencias consagradas al servicio y la propagacion de la doctrina y de los gloriosos sufrimientos, prenda de la fé nueva. Todo perece con nosotros á la muerte, todo, salvo nuestro recuerdo que es suficiente para inmortalizarnos.

M. Comte es materialista, lo que no le impide tener su teoría sobre la inmortalidad; no cree en Dios, lo que tampoco le impide tener su teodicea.

"La humanidad se sustituye definitivamente á Dios, sin olvidar jamas sus servicios provisionales." Hé aquí la formal declaracion del *catecismo positivista.*

En presencia de un texto tan decisivo, todos nuestros escrúpulos pueden enmudecer, y no vacilamos en decir que M. Comte no cree en Dios.

Y sin embargo, le vemos indignado contra el ateismo, que no es otra cosa, á sus ojos, que un panteismo abstracto y vago, una especie de fetiquismo poético, cuando se esparce en efusiones en el seno de la naturaleza, ó bien un *teologismo* irracional é inconsecuente, cuando pretende explicar á su manera la formacion del universo y el orígen de la vida, puesto que entónces prosigue las mismas cuestiones que la teología y la metafísica, rechazando el único método que puede adaptárseles. El ateismo está por debajo de la teología, por debajo de la metafísica. Es, pues, injuriar á nuestro autor el imputarle un error tan fuertemente desaprobado; y como no entra en nuestras intenciones hacer de M. Comte un ateo á su pesar, diremos que, aun cuando no crea en Dios, el fundador del positivismo no es ateo.

¿Cuál es, pues, la teodicea que se puede poner de acuerdo con una negacion tan explícita, tan encarnizada contra Dios? ¿Cuál es ese misterioso Gran Sér, cuya idea se cierne con magestad sobre la obra enciclopédica de M. Comte? Este Gran Sér, que tambien llama á veces la Gran diosa, es la humanidad, y la historia de la idea del Gran Sér, no es la parte ménos curiosa del sistema. Constituye por sí sola toda la filosofía de la historia del positivismo.

La religion positivista es el término supremo de las grandes agitaciones que han llenado los siglos. Es el desenlace necesario del largo drama humano, proseguido al través de las edades y laboriosamente reconstruido por M. Comte, que se ha convertido en el rival de Bossuet en su voluminoso tratado de *Política positiva.* La grande, la única ley de la historia, es la que determina el progreso lento, pero infalible, del género humano atravesando desde el principio por un largo período de iniciacion, ó *período teológico* llegando al período revolucionario marcado por el advenimiento de la *metafísica,* para

al fin descansar su inquieta conciencia en el seno del *positivismo* constituido definitivamente. El estado teológico, es la era de los dioses. Este largo período llena por sí solo casi todo el pasado. La metafísica reina hace apenas un siglo, y es dueña del presente. El porvenir es del positivismo. Como todos los períodos de transicion, el período metafísico no durará mas que un momento; no será mas que una pausa entre dos grandes épocas: la de la fe ciega en dioses imaginarios, y la de la fe esclarecida en la realidad ideal, en las cuales vienen á resolverse todas las dudas y á conciliarse todas las disidencias.

El período teológico se descompone en tres épocas: la época del fetiquismo, la del politeismo, y en fin, la del monoteismo. En el fondo de cada una de estas concepciones religiosas, M. Comte encuentra en gérmen la nocion de la humanidad más ó ménos alterada por la imaginacion y el capricho. El hombre, sin tradicion todavía, sin recuerdo, sin historia, incapaz aún de una nocion abstracta, pobló el mundo físico de voluntades y de inteligencias semejantes á la suya. Fué, por decirlo así, una vasta dispercion de la humanidad en el universo de los cuerpos. El hombre adoró, en la madera y en la piedra, lo que ponia espontáneamente y que no habia debido adorar sino en sí mismo. Despues, elevándose poco á poco su espíritu, y volviéndose más capaz de ideal, retiró el hombre á los cuerpos inertes esta divinidad prestada, para colocarla en las celestes esferas, en el Olimpo, por ejemplo. Pero el hombre no se elevó todavía hasta la gran nocion de la unidad. Verdad és que imaginó en Grecia dioses que no eran otra cosa que ejemplares depurados de la humana naturaleza; pero se imaginó varios. En Oriente fué en donde una gran elaboracion de ideas produjo el monoteismo. El Jehová de Moisés marca el advenimiento de un solo Dios á la conciencia del género humano. La unidad futura del Gran Sér se presiente ya, y Moisés naturalmente es el precursor de M. Comte. Pero Jehová permanece aún en las más altas esferas. Está muy léjos de la humanidad. Con el cristianismo, la divinidad en fin, reviste la naturaleza humana.

La doctrina del Mediador aproxima el cielo y la tierra. Un paso más y llegarémos al positivismo. Pero este paso es difícil de dar. La humanidad se ha desarrollado, depurando cada dia más y más la idea de su propia naturaleza y sustituyéndola insensiblemente á esos séres sobrenaturales, que llamaba y que permanecian sordos á su voz en su impenetrable nada. Pero aun queda con la preocupacion de un Dios exterior, extraño á ella, de un Dios objetivo. Ha quedado en los limbos de la teología: ha conservado sus símbolos.

La metafísica, con su despiadada crítica, es quien va á destruir las últimas ilusiones de la teología agonizante. Ella suscita en las conciencias la duda, la inquietud, la rebelion. Hiere de muerte la fe en las almas. Pero, cosa extraña, omnipotente en destruir, es impotente para fundar. Echa por tierra las religiones; arroja de la conciencia y del cielo los séres sobrenaturales que tanto tiempo los han poblado; sustituye á ellos abstracciones impalpables, fantasmas de idea, entidades escolásticas, bajo el nombre de causa primera, de infinito, de absoluto. Se convierte, por el panteismo, en un fetiquismo inconsecuente, por el deismo en un cristianismo enervado, por el ateismo, en fin, en un teologismo irracional. La metafísica está destinada á eclipsarse, como todos los regímenes de

transicion: desaparecerá como todo lo negativo. Ella desaparecerá ante el positivismo, que solo terminará la grande anarquía de las ideas y cerrará este gran interregno de Dios, levantando en la razon universal el altar del Gran Sér. En la fe y en el culto de este Gran Sér va al fin á descansar la razon agitada de las naciones desde tan largo tiempo en busca de un Dios.

La fuerza del positivismo consiste en hacer con pleno conocimiento de causa lo que los siglos precedentes hacian sin saberlo. La suprema idea de la humanidad ha regido en todo tiempo, y dominado, aun sin saberlo, todas las religiones. Pero ella no habia tenido conciencia de sí misma; se *objetivaba* en séres sobrenaturales: se disfrazaba bajo símbolos. ¿Dónde no ha colocado el hombre sus divinidades imaginarias? ¡Cuántas idolatrías errantes y mentirosas apoteósis en esas edades de ignorancia de la humanidad, en que no tenia de sí misma más que un sentimiento oscuro y flotante; que iba de los errores groseros del fetiquismo, reflejo materializado de la voluntad y de la inteligencia humanas, á las ilusiones brillantes del politeismo griego, localizando en moradas escogidas sus divinidades quiméricas, y de la concepcion grandiosa, aunque demasiado abstracta, del Jehová de Moisés, gérmen primero del futuro monoteismo, á la doctrina del Mediador que da en fin la forma humana â esta grande idea de la divinidad extraviada durante tantos siglos en espacios imaginarios! El infinito ha caido en lo finito, en él quedará. El positivismo descorre los últimos velos, disipa las postreras sombras, y detrás de las sombras disipadas muestra al hombre esa grande existencia que crece siempre, la sola digna de su culto, la humanidad, sér ideal y real á la vez: real, puesto que se desarrolla al través de las edades bajo formas concretas y determinadas; ideal, porque supone para ser concebido cierto esfuerzo de abstraccion. La humanidad se ha reconocido al fin; tiene ya conciencia de su realidad y de su unidad en el seno del positivismo; retira con un justo orgullo su divinidad ilusoria á los antiguos objetos de su culto, á Júpiter como á Brahma, á Jehová como á Jesucristo, vanos fantasmas que habia decorado con sus atributos, vagos reflejos de la humanidad, tipos grandiosos y quiméricos que no eran poderosos sino por sus terrores, y no triunfaban mas que por su debilidad. Lo finito ha destruido lo infinito, ante el cual ha temblado durante tanto tiempo, y que no era otra cosa que su sombra aumentada en las nubes.

Hénos aquí llegados á la grande época tanto tiempo presentida al través de las agitaciones y los sueños dolorosos del género humano. Así, al fin del volúmen en que M. Comte nos expone su filosofía de la historia, exclama con una solemnidad digna de la gran causa que sostiene, què la evolucion preparatoria del Gran Sér ha terminado; que su iniciacion ahora está consumada, y que la humanidad surge en fin, fundando en la paz y la verdad el irrevocable advenimiento de la religion universal.

Fáltanos examinar un poco más de cerca cuál es esa *Gran Diosa*, como la llama M. Comte. Porque, en fin, es muy vago ese término: la *humanidad*. ¿A quién dirigir mis homenajes? ¿A dónde llevar mi culto? ¿En dónde reside esa divinidad impalpable? Si la humanidad es, en sus variadas fases, la evolucion misma del Gran Sér; si este Gran Sér se engendra eternamente en la conciencia vaga y abstracta de las generaciones; yo pregunto á M. Comte á dónde debo ir á buscar esta realidad ideal de que mi pensamiento,

de que mi corazon tiene necesidad. Cuando se me habla de adorar á esta divinidad, yo me pregunto lo que es ella. ¿Es la humanidad desvanecida del pasado? Pero ya sabemos que M. Comte no admite la inmortalidad en el verdadero sentido de la palabra: la persistencia real del alma despues de la muerte. ¿Es la humanidad puramente posible del porvenir? Pero, por definicion, aun no existe. Si las generaciones pasadas y las generaciones futuras son dioses imposibles, ¿irémos á buscar al Gran Sér en las generaciones actuales? Pero, ¿quién de nosotros no está pronto á protestar desde el fondo de su conciencia contra esta imputacion irrisoria de divinidad? Si Molière ha podido hacer un *Mèdico* á pesar suyo, ¿M. Comte hará de nosotros dioses á pesar nuestro? Hay en todo esto muchas oscuridades que nos parecen impenetrables, y dificultades que creeriamos de buena gana insolubles. Veamos cómo M. Comte resuelve el problema, y de qué se compone, en definitiva, este Gran Sér tan solemnemente anunciado.

El positivismo, que tiene por principio fundamental el apartar las hipótesis; sustituir el estudio de las leyes á la investigacion de las causas; en una palabra, indagar el cómo de las cosas, dejando el por qué á los soñadores; el positivismo se inquieta poco de los orígenes y de la razon primera del mundo. Él lo toma tal cual es, sin tener cuidado de lo que ha sido, tampoco de la manera con que ha sido fundado. Ve sobre el planeta que habitamos, una raza preponderante que triunfa diariamente de las resistencias de la naturaleza, y que pliega á su yugo la animalidad domada. Hay aquí los signos de una incontestable soberanía. M. Comte observa al mismo tiempo que esta raza superior tiene el privilegio maravilloso de ligar por la memoria el pasado al presente, y por la induccion el presente al porvenir. Esto es bastante para constituir un Gran Sér colectivo, una vasta y grande realidad. La unidad del género humano se cumple sin esfuerzo en nuestro pensamiento. ¿No sentimos esta trama sagrada de la solidaridad universal, que nos liga tanto á nuestros antepasados como á nuestros descendientes? ¿No sentimos en nosotros el peso del pasado que nos arrastra á las vías preparadas por los sufrimientos y trabajos de nuestros padres, como sentimos en nosotros la responsabilidad del porvenir, al cual debemos el crecido patrimonio de la civilizacion? Se ha trabajado por nosotros, nosotros trabajamos para otros; ¿pero esos otros no son nosotros mismos, como hemos sido nuestros abuelos? Este hecho, la herencia de las generaciones, muestra de una manera muy clara la realidad y unidad del único Gran Sér que conocemos; el género humano. En ella está la idea muy general de esta nueva teodicea. Hemos tratado de expresarla de la manera más sencilla y más breve, para ayudar al lector á comprender los raros detalles en los cuales vamos á entrar.

(Concluirá.)

REVISTA DE PERIODICOS.

México, Enero 1° de 1883.

Hemos creido conveniente dar por terminado el exámen de la obra del Sr. Ruiz, aunque tendriamos todavía algunas observaciones que hacer, porque en primer lugar, hemos puesto de manifiesto los puntos capitales de la cuestion y son, probar que el libro de que se trata es esencialmente positivista; señalar las consecuencias necesarias que se derivan del positivismo, y el error fundamental de este sistema que vicia todo el conocimiento humano. En segundo lugar, lo decimos con entera franqueza, deseamos que nuestro apreciable crítico salga de la difícil situacion en que se ha colocado, comprometiendo su buen nombre de sábio y de filósofo. El Sr. Ruiz, por uno de esos errores que sólo pueden ser fruto de la inexperiencia y de la exaltacion propias de la juventud, ha convertido en cuestion de amor propio, una cuestion filosófica, y se ha creido obligado á contradecir todo lo que nosotros asentamos, aunque no estuviese suficientemente preparado para un debate de esta naturaleza. Como sucede en casos semejantes, la falta de razones se ha suplido con aserciones gratuitas, con cargos infundados, con reproches injustos, con arranques pueriles y con desahogos inoportunos, que podrian dar una idea desfavorable del carácter del Sr. Ruiz, á quienes no tienen la honra de conocerle como nosotros, que no vemos en todo eso sino arrebatos de acaloramientos pasajeros, que en nada alteran el buen concepto que tenemos formado del jóven autor. Si pues hemos conseguido por una parte el objeto que nos proponiamos, y por otra, ningun interés tenemos de molestar al Sr. Ruiz, como sucede indudablemente con nuestros desaliñados trabajos, preferimos dejarle descansar, para que en calma saboree los triunfos que ha obtenido, y se entregue al estudio y á la meditacion, que le harán rectificar muchas opiniones que ahora le parecen de verdad evidente, y prepararán ese cambio que seguimos entreviendo por más que el jóven positivista se encapriche en negarlo de antemano.

El domingo 10 del pasado Diciembre, nos dedicó el Sr. Ruiz un artículo de los que acostumbra, que solo se diferencía de los anteriores desde el punto de vista del tamaño, pues es más corto; pero que en lo demás puede considerarse como una nueva edicion de lo que ya nos ha dicho y tenemos aprendido de memoria. Para el Sr. Ruiz, no hemos presentado ningun razon en contra de su obra, sino que nos hemos limitado á *aducir creencias* [?] á citar autoridades, "muchas de ellas con notoria falta de acierto y oportunidad, etc.," y asegura que cometimos un *sofisma*, porque al examinar su definicion de la deduccion, tocamos un punto de altísima importancia que pasó en silencio. Nosotros dijimos: "Confundida en el punto de vista del positivismo la deduccion con la induccion, no es extraño que á la primera se le dé el mismo fundamento que á la segunda." El Sr. Ruiz nos contesta con las siguientes palabras que se hallan en la página 125 de sus *Nociones:* "Segun esto, pareceria que debia desaparecer de la lógica la deduccion, puesto que aun en el silogismo el razonamiento consiste en una induccion concreta, y en tal sentido, aquel estudio debia quedar comprendido en la induccion; pero en realidad no es así, hay distincion real en ambas partes de la lógica. La parte que trata del modo de establecer las proposiciones generales, se llama induccion. Y la parte que enseña á interpretar estas proposiciones se llama deduccion." Cualquiera diria que el Sr. Ruiz habia venido á confirmar con sus propias palabras lo que hemos dicho, y que el párrafo citado, léjos de ser una respuesta, es una confirmacion de lo que asentamos. En efecto, el apreciable doctor no distingue entre las proposiciones generales y las generalizadas, mejor dicho, no admite ni puede admitir más que las últimas, aunque les da el nombre de las primeras; ahora, la induccion se funda en proposiciones generales, ésta es la condicion de su legitimidad; pero como el Sr. Ruiz de acuerdo con su sistema, quiere fundar la deduccion en los datos de la induccion, resulta lo que ya muchas veces hemos dicho, que la deduccion no es más que una induccion trasformada, y que por lo mismo, "confundida en el punto de vista del positivismo la deduccion con la induccion, no es extraño que á la primera se le dé el mismo fundamento que á la segunda."—Gracias, señor doctor.

El Sr. Ruiz se lamenta de que, debido á nuestra educacion literaria, desconozcamos el método científico; será así; pero séanos lícito lamentar tambien que nuestro apreciable censor, entregado enteramente á los encantos del empirismo, haya olvidado la filosofía, "y es en verdad grande calamidad para la patria, que un hombre de tanto talento, no rehaga su educacion, estudiando un poco esas materias, cuya discusion tanto le agrada." Por lo demás, hé aquí el *sofisma* que cometimos, segun sus propias palabras: "Al empezar su artículo, se propone examinar la definicion que doy de la deduccion; despues se divaga [?] y por último, tomando por base *tan solo* esta definicion, concluye respecto de toda la materia que forma el asunto de la deduccion, *y de un modo peregrino,* diciendo que no hay deduccion." Con pena manifestarémos que este pasaje prueba que el Sr. Ruiz no leyó con atencion nuestro artículo, ni en consecuencia le entendió; suplicámosle por lo mismo que se tome el trabajo de repetir su lectura, pues ciertos estamos que rectificará la *peregrina* opinion que de él se ha formado.

En la parte que dedica á nuestra *Revista de periódicos,* pasó el Sr. Ruiz como entre

brasas. "Por fin, dice, despues de tantos rodeos, ya confesó el Sr. Vigil que el *célebre* (esta es ironía) Tiberghien nunca ha sido aprobado por los ilustrados profesores de la Preparatoria." Aplaudimos la manera ingeniosa con que el autor de las *Nociones* ha salvado la dificultad: en vez de probar que los profesores de la Preparatoria habian *reprobado*, segun afirmó, la obra de Tiberghien, asienta con aire de triunfo que *por fin* confesamos lo que nunca hemos negado, que dicha obra no ha sido aprobada....... Este no es sofisma ¿verdad?...... En cuanto á lo que se nos dice de Tiberghien y P. Janet, del viento favorable de *arriba*, y el cefirillo favorable de *arriba*, etc., son inocentes desahogos que realmente no merecen la pena de ser tomados en consideracion: únicamente advertirémos que esa derrota de que se nos habla con júbilo infantil, no fuimos nosotros quienes la sufrimos, sino P. Janet, y el Sr. Ruiz debe estar orgullosísimo de que le hayan dado ese fácil triunfo, que por nuestra parte no envidiamos. Desearíamos, sin embargo, para que el triunfo fuera completo, que remitiera su obra á la Facultad de letras de Paris y á la Universidad de Bruselas, en donde creemos que no faltan profesores de "honradez, ilustracion y sensatez," que preferirian las *Nociones* á esos fárragos de *disparates*, escritos por profesores de tres al cuarto, como Tiberghien y P. Janet. Esto nos llenaria de satisfaccion, pues somos apasionados de las glorias nacionales. El Sr. Ruiz concluye anunciándonos que en este asunto siempre hemos de perder, tanto en el terreno de la discusion, como sometiendo nuestras ideas *á personas imparciales, ilustradas y de honradez.* En efecto, el *ipsedixitismo* ha declarado que para ser imparcial, ilustrado y honrado, es preciso aprobar las *Nociones*. En cuanto á la discusion........ ¿Tuviera la bondad el Sr. Ruiz de decirnos sin muchas *difusiones*, si admite por fin al espíritu como sustancia distinta de la materia? ¿Si su obra es positivista? ¿Si el positivismo envuelve como consecuencias lógicas el materialismo, el ateismo, el escepticismo, etc.? ¿Si la deduccion y la induccion?...... Pero esto basta para poner tan clara como la luz del sol nuestra derrota en el terreno de la discusion. Muy insignificantes serán nuestros argumentos; recuerde, sin embargo, el Sr. Ruiz, que un piquete de alfiler es suficiente para desinflar un globo.

J. M. VIGIL.

BIBLIOGRAFIA FILOSOFICA.

B. PEREZ. *La educacion desde la cuna, ensayo de pedagogía experimental.* Paris, Germer Baillière, 1880.—El autor continúa con laudable celo sus interesantes observaciones sobre el desarrollo intelectual del niño. Su nuevo libro no es, en efecto, mas que continuacion y como aplicacion á la pedagogía de la obra de psicología pura que ya ha publicado bajo este título: *Los tres primeros años de la infancia.* Aquí tambien, aunque se trate de educacion, de disciplina y direccion, la observacion psicológica no pierde sus derechos; y hay que felicitarse de ello. Efectivamente; en los primeros años de la infancia, el pedagogo prudente tiene que limitarse á un papel de discrecion y de reserva: la grande educadora en esa edad es la misma naturaleza, y muy insensata seria la educacion, que por torpes escitaciones y represiones inoportunas, viniese á contrariar el natural desarrollo del cuerpo y del espíritu. La educacion en la cuna no debe diferir ni distinguirse de una psicología atenta y vigilante.—*(Revue philosophique.)*

LA RELIGION POSITIVISTA.

(Traducido de la obra de M. E. Caro intitulada "Estudios morales sobre el tiempo presente.")

(CONCLUYE.)

Pascal, Leibnitz y Condorcet han preparado la construccion religiosa de M. Comte: el primero por su magnífica comparacion de la especie humana con un hombre universal que crece dia con dia; el segundo, por la gran ley que rige el sistema entero de las mónades y que subordina el presente al pasado, el porvenir al presente; Condorcet, en fin, por su sencilla y luminosa concepcion del género humano, considerado como un solo pueblo. M. Comte reconoce en estos tres grandes hechos filosóficos los antecedentes directos de su doctrina. Indica tambien á los espíritus inexpertos, como un socorro á su debilidad, la meditacion de estas dos ideas: la familia y la patria. No que haya elementos en el sér esencialmente indivisible; pero las ideas de la familia y la patria, son, dice, los preámbulos sucesivos de la humanidad, es decir, miras parciales por las cuales la inteligencia se habitúa insensiblemente á la nocion del Gran Sér. Es tiempo de llegar á una definicion, que tomarémos de M. Comte, para garantizarnos de cualquiera alteracion involuntaria.

"El Gran Sér, dice, es el conjunto de los séres pasados, presentes y futuros, que concurren libremente á perfeccionar el Sér universal. Toda especie social tiende naturalmente hácia tal convergencia. Pero la unidad colectiva no puede realizarse en cada planeta, mas que en la raza preponderante, cuyo vuelo colectivo impide necesariamente el de los animales ménos elevados. Por esta razon, la definicion sistemática del sér compuesto, no tiene necesidad de mencionar su naturaleza específica. Por otra parte, la espontaneidad del concurso y su destino exterior, son évidentemente indispensables para

su consistencia y su perpetuidad. Así, pues, si se aparta todo lo que puede subentenderse sin confusion, se limita uno á definir el Gran Sér como el conjunto contínuo de los séres convergentes.»

La humanidad, tomada en su conjunto, se descompone en dos clases de séres, que M. Comte llama dos poblaciones: los vivos (poblacion objetiva), y los muertos, á los cuales es preciso reunir los que están por nacer (poblacion subjetiva). Los vivos trabajan para sus descendientes, pero bajo el impulso de sus antecesores. La poblacion subjetiva que está por nacer, es el objeto de nuestra actividad; pero la fuente de esta actividad está en la poblacion subjetiva de los muertos. Ella es quien nos trasmite los procedimientos de todas nuestras operaciones. Obramos por ellos y con ellos. Separémos la poblacion del porvenir que marca el objeto de la actividad universal, pero que nada tiene de preciso, no teniendo todavía nada de realidad; quedan en presencia dos grandes poblaciones, la una objetiva cuya cantidad no varía sensiblemente; la otra subjetiva que aumenta sin cesar. Estas son las dos faces, los dos aspectos del Gran Sér indivisible. Los muertos representan la dignidad del Gran Sér; los vivos su eficacia. Los muertos no pueden obrar sino por el intermedio de los vivos; dependen, pues, de ellos por la accion; pero los vivos no podrian obrar sino bajo el imperio y el ascendiente de los muertos; dependen de ellos por la influencia. Los muertos pesan irresistiblemente sobre los vivos por la eficacia del ejemplo, por el concurso de las edades y la fuerza de las tradiciones.

Si algun curioso me preguntase lo que significan estas calificaciones extrañas de poblacion subjetiva y objetiva, nada más facil de explicar, y será así mismo ocasion de marcar hasta qué punto es fácil envolver las ideas más sencillas bajo el aparato de las fórmulas, y de oscurecer la evidencia, diria tambien las verdades más ciertas, como para darles la apariencia de la profundidad. La poblacion de los vivos es objetiva, porque tiene una existencia real, personal, determinada, concreta; la poblacion de los muertos está reducida al triste estado de una poblacion subjetiva, porque no tiene más que una existencia abstracta, vaga, indeterminada, en el recuerdo de los vivos. La vida no es más que un reflejo de sí misma en el pensamiento de los demás. Ellos no existen màs que subjetivamente. porque no existen más que por la gracia de quienes los recuerdan.

Y sin embargo, si se apura el pensamiento íntimo de M. Comte, se acabará por apercibirse que la pálida poblacion de los difuntos es la sola que constituye el Gran Sér. Fijaos bien en que M. Comte no admite la inmortalidad en el sentido comun de la palabra, y que para él no hay otra inmortalidad que esa vida subjetiva en el pensamiento de los vivos. No hay, pues, realidad en la existencia prolongada de los muertos. Esa existencia no es más que una abstraccion, ó más bien, sólo un recuerdo. Y á pesar de esto, ¡cosa rara! esa poblacion vaga y flotante de recuerdos, de reflejos y fantasmas, es la que agota toda la realidad del Gran Sér. Las generaciones futuras no figuran todavía; las generaciones presentes no están aún juzgadas, y es preciso haber sufrido el juicio positivista para ser incorporado á la sublime diosa. Somos en esto de una exactitud literal; tenemos una especie de punto de honor, en no ser más que fieles narradores.

«Los vivos, dice M. Comte, se encuentran doblemente colocados bajo el patrocinio

creciente de los muertos, que á la vez son sus protectores y sus modelos. Sólo éstos pueden representar á la humanidad, que consiste esencialmente en su conjunto; miéntras que aquellos, nacidos siempre sus hijos, se convierten generalmente en sus servidores, á ménos que no degeneren en parásitos. Aun cuando la vida objetiva fuese juzgada inmediatamente, soporta rara vez bastante eficacia para que su principal tendencia no pueda borrarse bajo su corrupcion ulterior. Hasta que ella esté terminada, los atributos humanos no podian surgir suficientemente aun en los mejores tipos, siempre alterados por las desviaciones inherentes á las necesidades corporales. El alma no puede prevalecer más que en la existencia subjetiva que, salvo excepcionales reprobaciones, únicamente pertenece á las funciones asociables, cuando los fenómenos puramente personales han cesado irrevocablemente.»

Esto quiere decir que los mejores entre los vivos no pueden ser incorporados definitivamente en el Gran Sér. Miéntras que vivan la prueba no está terminada, y pueden, á cada momento, dar un cruel mentís á las esperanzas fundadas en su virtud.

Ahora, el Gran Sér no quiere estar compuesto más que de existencias suficientemente asimilables; excluye las otras. No se debe comprometer nunca, por una admision temprana de los vivos, ese carácter supremo que hace del Gran Sér un conjunto contínuo de séres convergentes. Si, como M. de Blainville, un sér mucho tiempo convergente resulta, hácia al fin de su vida, divergente, es necesario siempre reservarse el derecho de excluirle; será negocio del concilio positivista excluir ó admitir las existencias cumplidas y definitivamente probadas. Por otra parte, sobre las más perfectas existencias es bueno que haya pasado la muerte. La muerte purifica nuestras mejores cualidades y hace olvidar nuestros defectos. El recuerdo idealiza á los muertos, como idealiza á los ausentes. A medida que se aleja la última hora, arrebata consigo, como un despojo fúnebre, las pobrezas y miserias de la humana naturaleza. El muerto crece tambien por lo lejano de la perspectiva; se idealiza en nuestro pensamiento, entónces se convierte en miembro, por la eternidad, de la gran poblacion subjetiva que componen los nobles difuntos.

El verdadero, el sólo Gran Sér, porque es el único que sea definitivo, se compone de los muertos; pero de los muertos que son dignos de vivir en el recuerdo, es decir, segun la gran fórmula, de aquellos solamente cuyo *vuelo objetivo* ha dejado dignos resultados. ¿Qué sucede, pues, con las otras existencias? ¿Qué es de los parásitos que han cargado la tierra con un peso inútil, ó de los descreidos que rehusan converger hácia el Gran Sér? Mueren para siempre y sin remision. M. Comte no tiene para ellos bastantes palabras de desprecio. Los abandona á todos los horrores de la nada; pero, en definitiva, como esta nada difiere poco del Gran Sér, ¡que tomen su partido! No vivirán en las tablas de conmemoracion de M. Comte; su nombre será despiadadamente excluido del almanaque positivista. Hé aquí todo.

En cambio, este paraíso del Gran Sér, cerrado por una mano avara á los incrédulos, es abierto con mano liberal á otras individualidades, repudiadas sin razon por las ciegas teologías. El Gran Sér abre su ancho seno á todas las razas susceptibles de adoptar la comun divisa de las almas superiores: vivir para otro. Ahora ¿qué séres viven más

para nosotros que el caballo, el buey y el asno, que M. Comte llama nuestros libres auxiliares animales? ¿Qué séres nos prestan más grandes servicios en esta liga necesar.a, en esta coalicion de todas las actividades contra las resistencias de la materia y las fatalidades de la naturaleza? Es preciso recompensarlas; la cosa no se puede dudar, y el positivismo lo hace incorporándolos al Gran Sér. Calígula hacia cónsul á su caballo; M. Comte, suponiendo que tenga un caballo, lo hace un dios. ¡Qué gloriosa y nueva perspectiva para todos estos nobles auxiliares, que gastan su vida en arrastrar á sus colegas! Despues del abasto el Olimpo.

Esto no es más que justicia. No hacemos otra cosa que devolver de esta manera á los animales un poco de lo que les hemos robado. Si no hubiéramos venido á tomar un lugar en este planeta, ellos constituirian un Gran Sér. Hemos venido á quitarles el derecho á la divinidad. Nuestra preponderante raza se ha sustituido á las razas inferiores. Toda especie animal, dice expresamente M. Comte, es un Gran Sér, más ó ménos abortado á consecuencia de la preponderancia que ha tomado la raza humana. Es, pues, justo que incorporémos á la humanidad subjetiva aquellos animales que nos han prestado más servicios en la humildad de su condicion. A fuerza de hacerse útiles, han subido á los rangos snperiores de la especie humana. Han sido nuestros bienhechores oscuros. ¡Que ellos sean nuestros protectores y nuestros modelos!

Con este sistema cómodo de teodicea, se concibe que puede haber una infinidad de Grandes Séres, puesto que el Gran Sér no es más que la raza preponderante de un planeta. M. Comte lo confiesa muy graciosamente:

"La supremacía de nuestro verdadero Gran Ser, dice, es puramente relativa á nuestras investigaciones y á nuestras necesidades. Indudablemente se puede concebir que, aun sin salir de nuestro mundo, exista en nuestro planeta un organismo todavía más eminente; pero además de que no podemos saber nada, esta cuestion será siempre tan ociosa como inabordable, puesto que un sér semejante no afectaría de ninguna manera á nuestros destinos. Si es cierto que no tenemos necesidad de todas las nociones que nos son efectivamente accesibles, por el contrario, estamos ciertos de conocer tarde ó temprano lo que nos interesa verdaderamente como obrando sobre nosotros, ofreciéndonos desde luego esa influencia cualquiera base de apreciacion. Apartando, pues, toda comparacion vana entre los diversos Grandes Séres que puedan existir, nos basta reconocer que el nuestro es superior á todas las existencias que nos son apreciables. Sentimos por otra parte que nuestros destinos están necesariamente subordinados al suyo; que constituye así el principal objeto de todos nuestros trabajos. Segun esta doble conviccion, se puede fácilmente hacer constar que una restriccion semejante de potencia viene á ser la fuente directa de la superioridad general, sobre todo, moral y social, del reinado de la humanidad sobre el de Dios."

Hé aquí, pues, una cosa bien clara. Puede haber una infinidad de Grandes Séres; pero nos son perfectamente indiferentes; son para nosotros como si no existieran. La humanidad sola nos interesa, puesto que pertenecemos á la humanidad.

Pero el Gran Sér, dirá algun escéptico, está bien léjos de nosotros. Se encuentra en el fondo de nuestra conciencia; allí reside, en el silencio, en el secreto, en la sombra; allí es

donde necesitamos adorarle. Pero este santuario es á menudo muy poco accesible. ¿Sólo reside el Gran Sér en esa abstraccion casi impalpable de un recuerdo idealizado por la muerte? Temo mucho que no se deje en paz al Gran Sér en este templo. que muy bien se parece á una tumba.

M. Comte prevé la objecion y responde á ella victoriosamente, de modo que encanta á los más incrédulos. El Gran Sér tiene una personificacion graciosa en la tierra: es la mujer. El sexo afectivo, hé aquí adonde podemos llevar nuestros homenajes y dirigir nuestro culto. Es el agradable intermedio entre el Gran Sér y nosotros. Pero para que la mujer sea un intermediario suficientemente puro, M. Comte sueña en su honor una revolucion fisiológica que la hará completamente independiente del hombre. Cree de su deber, segun dice, introducir una hipótesis atrevida. Muy atrevida, en efecto, porque no nos atrevemos á trascribirla. Remitimos al curioso fisiologista á las páginas 68 y 276 del cuarto volúmen. Que baste á nosotros los filósofos, el saber que M. Comte establece en el porvenir, con provecho de la mujer, una especie de hermafrodismo artificial, que es la más bufona de las invenciones. La mujer, definitivamente emancipada del hombre, será un intermediario más digno; y el hombre, libre de las preocupaciones brutales, deberá un vuelo más noble á su necesaria castidad. El Gran Sér ganará con ello mayor número de servidores desinteresados, y todo será lo mejor.

Tal es, en sus principales rasgos, la teoría fundamental del Gran Sér. Réstanos ahora entrar en el detalle de la institucion religiosa y en la organizacion del culto.

III.

La originalidad del ateismo de M. Comte, lo hemos dicho ya, es ser un ateismo religioso. Que su doctrina sea el ateismo, nadie puede dudarlo, salvo M. Comte, que se defiende de ello con más buena fe que razon. No puede defenderse sino jugando con las palabras. Pero lo que sí es cierto, es que el sistema de M. Comte se distingue por un carácter muy particular, de las otras formas que el ateismo ha revestido al través de los siglos. Se presenta en el mundo con pretensiones religiosas. Tiene la singular ambicion de instituir un culto. M. Comte ha ensayado por eso poner de acuerdo dos instintos que hasta entónces se habian dado largos combates en el alma humana: el instinto religioso, y cierta inclinacion á la rebelion, á la independencia, al desprecio de la invisible autoridad. Parece ciertamente que para determinadas personas, es más difícil renunciar al culto que á Dios. Para ellas es para quienes M. Comte ha querido ser á la vez Aristóteles y San Pablo. Para ellas es para quienes ha escrito esas páginas, penetradas de una uncion mística. Para ellas, en fin, M. Comte se ha hecho el legislador de los nuevos ritos, el inspirado cantor de los nuevos himnos, á la vez poeta y Papa, hierofante y teólogo, predicador y maestro de ceremonias. No ha descuidado ningun detalle; todo está pre-

visto, definido y ordenado. El culto está pronto á funcionar; y aun ha funcionado para algunos raros adeptos.

El culto tiene por objeto el mejorar al hombre por la asídua contemplacion del Gran Sér. Ahora bien, sabemos que la existencia del Gran Sér es puramente subjetiva. El culto será, pues, exclusivamente subjetivo en su principio. Consistirá en lo que M. Comte llama la *evocacion cerebral* de los séres *queridos*. No podemos evidentemente contemplar al Gran Sér sino en sus *personificaciones*, sin lo que nuestra meditacion se perderia en no sé qué esfuerzo abstracto. Estas personificaciones que nos es dado contemplar, son precisamente las que nos tocan más de cerca, que nos interesan más inmediatamente. *Evocarémos cerebralmente* la imágen de un amigo difunto, ó de una amante idealizada por la muerte. Oréstes evocará á Pílades, Dante á Beatriz, y únicamente en estas contemplaciones de los séres queridos es en lo que consiste el culto interior. Es preciso emplear todas sus fuerzas en reanimar la imágen de un sér adorado, y para llegar á este objeto, M. Comte nos da las reglas más precisas, que todas se resumen en esto: determinar el medio inerte ántes de colocar allí la imágen viva. Esta determinacion exterior se descompone en tres partes esenciales, procediendo siempre del exterior al interior, segun el principio gerárquico de la escuela: es necesario precisar desde luego el lugar, despues el sitio ó la actitud y al fin el traje. Aunque el corazon se puede impacientar desde el principio por tal retardo, bien pronto reconocerá su íntima eficacia, cuando vea la imágen querida adquirir así gradualmente una fuerza y una claridad que al principio parecian imposibles.

Pero lo que M. Comte recomienda sobre todo, en la práctica del culto subjetivo y de la evocacion cerebral, es idealizar más y más el tipo preferido. El matemático se revela en la manera con que quiere que se trabaje en esta idealizacion progresiva. Es preciso, dice, *idealizar casi siempre por sustraccion y rara vez por adicion*, olvidar los defectos de los muertos para no acordarnos más que de sus cualidades. Dante habia presentido esta ley, segun nos asegura M. Comte, cuando imaginó esa bella ficcion, en la cual, para prepararse á la beatitud, se baña desde luego en el rio del olvido, y en seguida en el Eunoe que restituye solamente el recuerdo del bien.

De este modo, el culto viene á ser la consagracion de esta realidad ideal que es la misma esencia del Gran Sér. El Gran Sér es ideal, puesto que depuramos progresivamente los tipos que lo representan en nuestro pensamiento. Es real, puesto que estos muertos queridos prolongan, gracias á nuestras evocaciones, una existencia que no acabará sino con nuestro recuerdo. Esos séres que hemos amado, existen así en nosotros y por nosotros. Están libres de las necesidades materiales y de las funciones vitales, pero no cesan de vivir. Su vida se ha trasplantado, implantado en la nuestra. Oigamos á M. Comte:

"El dulce cambio de sentimientos y de ideas que manteniamos con ellos durante su objetividad, es á la vez más íntima y más contínua cuando se han despojado de la existencia corporal. Aunque la vida de cada uno de ellos se encuentra desde entónces mezclada profundamente con la nuestra, su originalidad mental y moral de ninguna manera es alterada, cuando su carácter fué verdaderamente distiuto. Se puede aún decir que

las principales diferencias resultan más pronunciadas á medida que este íntimo comercio se desarrolla mejor. Esta concepcion positiva de la vida futura es ciertamente más noble que la de cualesquiera teologistas, al mismo tiempo que la única verdadera."

La evocacion cerebral de los muertos prepara el acto que es el último término del culto, la efusion ó la oracion. Cuando hemos vuelto á ver con claridad la imágen adorada, nuestro corazon se abre, nuestra alma se dilata, y la oracion viene á santificar las intimidades de nuestro sér. El positivista reza, ante todo para extender sus mejores afecciones, pero tambien puede pedir, con tal que todas sus peticiones no tengan por objeto más que el progreso de su alma y la mejora de sus sentimientos.

Tal es la teoría del culto. Descendamos ahora á las explicaciones.

Ante todo, es preciso distinguir el culto privado del culto público. El uno se dirige á la familia, el otro á la humanidad. O más bien, el uno se dirige á la humanidad por el intermedio de la familia, el otro se dirige al Gran Sér directamente y sin intermedio. M. Comte recomienda con insistencia la práctica del culto privado, como el preámbulo indispensable y la garantía del culto público. "Nuestra diosa, dice, no consiente más adoradores sinceros que aquellos que se han preparado á su culto augusto por una práctica digna de homenajes secretos, debidos diariamente á sus mejores órganos, sobre todo, subjetivos y tambien objetivos. Sobre todo, la práctica asídua del culto privado es la que distinguirá finalmente á los verdaderos positivistas, de los falsos hermanos que nos van á estorbar tan pronto como la verdadera religion prevalezca." ¿En qué consiste, pues, el culto privado, tan solemnemente preconizado por el San Pablo del positivismo?

Aquí tambien es preciso distinguir. El culto privado se descompone en dos partes, la una personal, la otra doméstica.

El culto privado *personal* da nacimiento á una gran institucion *sociolátrica*, la institucion de los *verdaderos ángeles custodios.*

Es fácil de adivinar, conforme á las tendencias generales del sistema, que los verdaderos ángeles custodios son las mujeres. Fundándose toda la existencia del Sér Supremo en el amor, el *sexo afectivo* constituye naturalmente su representante más perfecto, al mismo tiempo que su principal ministro. Cada uno de nosotros, en el estado normal, encuentra así á su alrededor verdaderos ángeles custodios, que debe invocar como sus protectores y sus modelos. La madre, la esposa y la hija, personifican en sí los tres modos de la perpetuidad humana, el pasado, el presente y el porvenir, como tambien representan, en un tierno símbolo, los tres grados de la solidaridad que nos liga á los superiores, á los iguales y á los inferiores. ¡Cuántas cosas en una madre! ¡Qué profundidad de simbolismo en la esposa y en la hija! El culto de los ángeles custodios exije tres oraciones cuotidianas. La primera, la del levantarse, más extensa que las otras dos, debe disponernos al buen empleo de nuestras fuerzas. La última expresa el reconocimiento que debemos á esta proteccion cuotidiana. La del medio dia está destinada á hacer penetrar en medio de nuestros trabajos *la influencia afectiva* de que nuestras ocupaciones tienden siempre á apartarnos más ó ménos. La primera y la segunda oracion tendrán lugar en el altar doméstico. La última debe ser en el lecho y prolongarse tanto

como sea posible, *hasta la invasion del sueño*, á fin *de mejor asegurar la calma cerebral*, esa hora nefasta en que estamos ménos que nunca garantizados contra las *tendencias viciosas*.

El culto privado *doméstico* se distingue del precedente por la grande institucion de los sacramentos sociales. El conjunto de nuestra vida debe ser considerado como la série de las preparaciones destinadas á incorporarnos finalmente al Gran Sér, cuando dignamente le hayamos servido. Los nueve sacramentos están destinados á santificar las fases generales de la vida privada, ligándolas más y más á la vida pública. Estos son: la presentacion, la iniciacion, la admision, el destino, el matrimonio, la madurez, la retirada, la trasformacion, y en fin, la incorporacion. "Su invariable sucesion, dice M. Comte, constituye una série de preparaciones, segun las cuales, durante el conjunto de su vida objetiva, cada digno servidor de la humanidad tiende gradualmente hácia la eternidad subjetiva que debe erigirla en órgano propio de la diosa." Estos nueve sacramentos, la mayor parte de los cuales es un plagio del cristianismo, siguen de esta manera al hombre desde su cuna hasta el último dia. El primero no es otra cosa que una especie de bautismo positivista. M. Comte no olvida ni siquiera al conferir este sacramento inicial, al padrino y la madrina, que llama con una solemnidad ligeramente cómica, *una pareja artificial*. El segundo sacramento marca el paso de la educacion espontánea, que dirigia la madre, á la educacion sistemática, emanada del sacerdocio. *La admision* autoriza al jóven, á los veintiun años, á servir libremente á la humanidad, de la cual hasta entónces recibió todo sin volverle nada. *El destino* consagrará la funcion útil, escogida definitivamente por el jóven servidor del Gran Sér, despues de ensayos libremente intentados y suficientemente prolongados. Cuando el hombre sea capaz de participar plenamente de la existencia social, fundando una nueva familia, recibirá el quinto sacramento, *el matrimonio*, que no implica una determinacion de edad muy precisa, sino solamente un límite inferior de veintiocho años para el hombre y veintiuno para la mujer. Este sacramento se completa por la institucion de la viudez eterna, y por el compromiso que contraen los consortes en el caso de que uno de los dos enviudara, de consagrarse al *matrimonio subjetivo*. Compromiso solemne, que parece ser, á los ojos de M. Comte, la consecuencia de la monogamía. En efecto, las segundas ó terceras nupcias ¿no son una especie de poligamía sucesiva? y por no ser simultáneo, ¿este doble ó triple matrimonio es más legítimo? A los cuarenta y dos años, el hombre, llegado al término de su desarrollo orgánico y de su preparacion social, recibirá el sacramento de la *madurez*, que debe marcar su apogeo. En este momento solemne, el sacerdocio notifica al hombre la inflexible responsabilidad que va á comenzar para él; las faltas hasta aquí reparables, se convierten entónces en decisivas, y serán el irrecusable texto segun el cual se pronunciará el juicio final. A los sesenta y tres años, el funcionario de la humanidad, viene en el sacramento de *la retirada*, á abdicar su agotada actividad. Este sacramento no será del gusto de todo el mundo. Los unos, por ejemplo, estarán obligados á entregar á un sucesor designado, el capital que les ha servido de instrumento. Se les permitirá solamente el sacar de la masa sus provisiones personales. El resto debe entrar á la libre circulacion *de los funcionarios activos*.

La institucion del octavo sacramento es para M. Comte la ocasion de maldecir uno de los más augustos sacramentos de la Iglesia católica, el que viene á consolar al moribundo mostrándole, en cambio de la luz terrestre, los esplendores del dia que nunca acabará. Esto es á los ojos de M. Comte, *una solemnidad monstruosa, en que el catolicismo, olvidando su destino por quedar fiel á su carácter anti-social, erige el rompimiento de todas las ligas humanas en condicion necesaria de una eternidad no ménos egoista que quimérica. Al contrarío, en el sacramento de la transformacion, el sacerdocio de la humanidad, mezclando los pesares cívicos á las lágrimas domésticas, representa la existencia, pronta á abrirse como el perfeccionamiento subjetivo de los servicios objetivos que la hayan merecido.*

Siete años despues de la extrema consagracion, el *sacramento subjetivo* completa la série de las preparaciones objetivas. Es la *incorporacion.*

"Cuando todas las pasiones perturbadoras estén bastante extinguidas, sin que los mejores documentos especiales se hayan perdido, un juicio solemne cuyo gérmen toma la sociocracia de la teocracia, viene irrevocablemente á fijar la suerte de cada uno. El sacerdocio, habiendo pronunciado la incorporacion, preside el pomposo trasporte de los restos santificados que, hasta entónces depositados en el campo cívico, vienen á ocupar un lugar eterno en el bosque sagrado que rodea el templo de la humanidad. Cada tumba se encuentra adornada de una simple inscripcion, de un busto ó una estátua, segun el grado de la glorificacion obtenida. La simple condenacion de una memoria dudosa se limita á ser irrevocable la sepultura municipal en el campo cívico. La condenacion doble, el anatema completo, consiste en trasportar la carga funesta al desierto de los réprobos entre los ajusticiados, los suicidas y los duelistas; tal es la ley."

Hemos expuesto con algun detalle el culto privado, porque la ocasion nos ha parecido buena para hacer ver, en toda su penuria, la imaginacion de los fundadores de religiones nuevas. ¡Y qué! ¡Derribais la metafísica y la religion! ¡Proclamais la caida de Dios! ¡Fundais sobre nuevas bases la naturaleza y la humanidad! ¡Rehaceis un culto, y todo esto para acabar por no sé qué parodia monstruosa de los cultos consagrados! En verdad, no valia la pena hacer tanto ruido. Bastaba decir que en lugar de Jesucristo poníais á la humanidad.

El culto público exigiria una larga exposicion. Nos bastará indicar lo esencial. M. Comte no puede determinar de antemano el género de arquitectura que la religion positivista hará nacer insensiblemente. Entre tanto, alojará su culto en los templos católicos. Pero al ménos puede marcar el lugar que deben ocupar los edificios positivistas y la direccion que convendrá darles. Los edificios sagrados deberán levantarse en medio de las *tumbas* escogidas en que reposan los nobles servidores del Gran Sér; deberán tambien ser dirigidos hácia la metrópoli general, que no puede ser mas que Paris. En cuanto á la distribucion interior, no necesita más que una prescripcion inmediata; pero M. Comte se fija en ello muy especialmente. Es necesario que el santuario pueda contener una sétima parte del auditorio, para que el gran sacerdote, al oficiar, se encuentre rodeado de las mujeres escogidas que constituyen la mejor y más bella representacion del Gran Sér. ¡Cuántas inspiraciones no beberá en este medio simpático y escogido! M.

Comte no ha fijado un límite superior de edad para admitir á las mujeres en el santuario. Yo he querido reparar la omision; he vacilado mucho tiempo entre los veinticinco y los treinta años. Me decido por los veinticinco. En cuanto á las otras condiciones estéticas, será negocio del gran sacerdote. No usurpemos sus agradables atribuciones.

Una grave cuestion es la del signo usual y de la fórmula positivista que hay que sustituir á la señal de la cruz y á la fórmula cristiana que la acompaña. Siendo M. Comte frenólogo, resuelve de esta manera la dificultad. Se pondrá sucesiva y rápidamente la mano sobre los tres órganos cerebrales del amor, del órden y del progreso. En lugar de decir: en el nombre del Padre, se dice: *el amor por principio;* en lugar de: en el nombre del Hijo, se dirá: *el órden por base,* y en fin, *el progreso por objeto* en lugar de: en el nombre del Espíritu Santo; el *Amen* será suprimido.

Seria demasiado largo hablar de las procesiones, de los estandartes de dos vistas, de las fiestas de todas clases que se celebrarán periódicamente, y en el número de las cuales no se deben olvidar dos nuevos géneros muy agradables, las *fiestas estáticas* y las *fiestas dinámicas.* Pero no podemos absolutamente pasar en silencio el famoso calendario positivista, que ha parecido al público una cosa tan divertida, que cinco ó seis ediciones se han agotado en dos ó tres años.

¡Excelente M. Comte, que ve en la prodigiosa venta de su almanaque la irrecusable prueba del éxito de su doctrina!

Hemos dicho el *calendario,* seria más justo hablar en plural. Hay dos calendarios positivistas: el uno definitivo y que consagra el culto abstracto de la humanidad, el otro simplemente provisorio y destinado á la época de transicion. El primero tiene por objeto representar fielmente ya la teoría fundamental de la familia y de la sociedad regeneradas, ya la evolucion lógica de la iniciacion humana. Los trece meses, porque hay [illegible] en el positivismo, están consagrados, los seis primeros, á los lazos fundamentales [illegible] el matrimonio, la paternidad, la filiacion, la fraternidad, la domesticidad; [illegible] siguientes, á los estados preparatorios que el género humano ha atravesado, como el fetiquismo, el politeismo y el monoteismo; los cuatro últimos á las funciones [illegible] de la sociedad regenerada, la mujer ó la vida afectiva, el sacerdocio ó la [illegible], el proletariado ó la vida activa, la industria ó el poder práctico. Pero el culto abstracto no exige una organizacion inmediata; supone convicciones prévias que no existen aún ó que no son bastante profundas.

Entretanto, hay que contentarse con un calendario ménos abstracto, que tenga por objeto la *glorificacion concreta del pasado*, es decir, la conmemoracion de los grandes antepasados de la familia humana y de los más nobles servidores de la humanidad. Pero entre estos padres ilustres, cuya memoria es preciso consagrar, hay diferentes grados. Hay, si así puedo decir, los grandes santos, los santos pequeños, los santos de especie media; que darán tres géneros de tipos: mensuales, semanarios y cuotidianos. Los *trece tipos mensuales*, protectores y patronos de los trece meses del año positivista, son: [illegible], Arquímedes, César, San Pablo, Carlomagno, Dante, Gutenberg, [illegible], Descartes, Federico, Bichat. En cada mes, hay *cuatro tipos semanales*, lo que da cincuenta y dos por año. En cada semana, hay *seis tipos cuotidianos,*

porque el *tipo semanario* se localiza en el sétimo dia. Se encuentra algo de arbitrario en la reparticion de los nombres ilustres que componen estas tres categorías. Hércules se indigna de estar subordinado á Numa, y San Juan Bautista se ruboriza por la vecindad incivil de Mahoma, que no sólo es su vecino, sino su jefe de fila. Por su parte, Platon se pregunta por qué no tiene á sus órdenes más que una sola y mezquina semana, miéntras que el orgulloso Aristóteles muestra su triunfo durante todo un mes. En el mes de César, Demóstenes está pegado á Filipo, y ámbos quisieran de buena gana verse separados. Beethoven marcha bajo las órdenes de Mozart, y José de Maistre obedece de mal talante al burlon David Hume. En cuanto al doctor Gall, se instala magestuosamente en una luneta de orquesta, miéntras Kepler y Copérnico entran en el patio, perdidos entre la multitud. Estos son puros detalles, que hacen infinitamente agradable la meditacion del almanaque. No olvidemos la nomenclatura de los dias de la semana.

Lúnes	el matrimonio	maridi.
Mártes	la paternidad	patridi.
Miércoles	la filiacion	filidi, etc., etc.

Nos dan en seguida: fratridi, domidi, matridi, humanidi, lo que hace un conjunto sumamente agradable. *Maridi,* el 15 *Alarcon Sakespeare* 67 será una fecha muy chistosa para escribir al pié de una carta.

Querriamos, ántes de concluir, dar una rápida noticia sobre la constitucion futura del clero positivista. Habria curiosas revelaciones que hacer. Una palabra solamente sobre los diferentes grados de la santa milicia. Se compondrá de tres órdenes sucesivos: los aspirantes admitidos á los veintiocho años, los vicarios á los treinta y cinco, y los sacerdotes á los cuarenta y dos.

Los primeros son simples novicios; aun no pertenecen al poder espiritual; no tienen residencia fija y se contentan, esperando el sacerdocio, con percibir un sueldo de 3,000 francos. Los vicarios ya pertenecen irrevocablemente al sacerdocio. Renuncian á su patrimonio temporal, y reciben, en compensacion, un sueldo anual de 6,000 francos. Sus funciones se limitan á la enseñanza y á la predicacion. No es el matrimonio, es el celibato lo que les está prohibido. Los sacerdotes ejercen el poder espiritual en toda su plenitud; desempeñan en las familias y en las ciudades, el triple oficio de consejeros, de consagradores y reguladores, todo á razon de 12,000 francos anuales, sin contar las indemnizaciones de visitas diocesanas. En fin, en la cumbre de la gerarquía, encontramos al gran sacerdote de la humanidad, que naturalmente recidirá en la metrópoli del Occidente regenerado, perífrasis positivista que significa Paris. Su sueldo personal es de 60,000 francos, *además de los gastos materiales que exija su inmenso servicio.* Será asistido, en el ejercicio de su vasta autoridad, por *cuatro superiores nacionales,* cuyo sueldo equivaldrá á la mitad del suyo. Se ve que todo está perfectamente previsto, y que la parte hacendaria está tratada con una tierna solicitud. En el presupuesto del positivismo, no tengais cuidado de que el presupuesto de los cultos se olvide.

En cambio, nada iguala al santo furor de M. Comte contra la Universidad. Que lo pueda un dia y desaparecerá.

"La restauracion oficial de la Universidad, dice M. Comte, fué la principal falta del dictador militar. A pesar de la ruidosa influencia de las corporaciones metafísicas, una dictadura enérgica puede suprimir hoy su presupuesto, sin suscitar ninguna resistencia en favor de una institucion embrutecedora y corruptora. No satisfaciendo ninguna necesidad profunda, la Universidad francesa puede pasarse, ménos que ningun clero, de la proteccion legal, que las libres simpatías no podrian reemplazar ahora. Ella perderá toda existencia colectiva con su presupuesto y su monopolio, á pesar del atractivo que todavía parece inspirar el estudio de las palabras y de las entidades. En cuanto á las escuelas especiales, podrian desaparecer todas hoy, *salvo las escuelas veterinarias*, sin comprometer realmente ningun servicio público ó privado."

El Instituto está envuelto en el mismo anatema; desaparecerá en la misma tormenta. La dictadura positivista cesará de asalariar á estos *clubs teóricos*, estos motines permanentes de medianías contra toda superioridad, estas academias degeneradas, obligadas á instituir dos semi-Fontenelle, por falta de soportar un Condorcet. Los decretos del porvenir están preparados; no falta más que la firma de la humanidad.

Hemos llegado al término de esta larga exposicion, y nos preguntamos qué conclusion debemos sacar. Fácil es imaginarse que no vamos á discutir en detalle todas estas invenciones que desafian toda polémica séria por su extravagancia exagerada. La sola crítica que dirigirémos á M. Comte, tal vez le hubiera sorprendido; le acusarémos de timidez, de inconsecuencia, y para decirlo de una vez, de hipocresía.

Sí, cuando se hace tanto para destruir, no hay que detenerse en el camino. Todo punto de detencion es una inconsecuencia. Hé aquí la lógica rápida de los sistemas en la izquierda hegeliana. Feuerbach, como M. Comte, detesta todas las metafísicas y todas las religiones; declara tambien, que durante largos siglos el hombre se ha sacrificado á los necios ídolos de una filosofía ilusoria, y que ha honrado por un imbécil suicidio vanas abstracciones. Afirma que no es Dios quien ha creado al hombre, sino el hombre el que ha creado á Dios, objetivando la concepcion que tenia de sí mismo. Es el hombre el que ha desprendido la más noble parte de su alma, atribuyéndole cándidamente una existencia distinta, y à su vez le ha nombrado Brahma, Júpiter, Jehovah, Jesus. ¡Qué el hombre se habitúa, en fin, á tomarse á sí mismo por término supremo de su culto! ¡Que el género humano se siente Dios! Esta era la conclusion del famoso libro de Feuerbach, *la esencia del cristianismo;* pero esa conclusion fué superada. Ved venir á M. Max Stirner, y á sus ojos, Feuerbach no es mas que un devoto, aun más, un gazmoño; tiende todavía á la *trascendencia;* admite un sér extraño al hombre y superior á él. Aun es el puro discípulo de *la inmanencia*, el libre filósofo que, libre de toda preocupacion, devuelve personalmente á cada hombre la posesion de lo absoluto.

M. Comte es un retrógrado de la misma especie que Feuerbach. Destruye á Dios. ¡Muy bien! pero le reconstruye, ¡qué inconsecuencia! ¿Valia la pena de hacer tanto ruido por tan poca cosa? Todos los argumentos, sábiamente dirigidos contra la religion ó el deismo filosófico por M. Comte y por M. Feuerbach, se vuelven forzosamente contra su sistema humanitario. Cosa extraña y que bien prueba la eterna solidaridad de los sistemas tanto en el error como en la verdad. La dialéctica viva y afectada de Stirner contra

Feuerbach, se aplica con una admirable precision á la doctrina de M. Comte. ¿Qué es, pues, podemos decir tambien nosotros al jefe de la religion positivista, qué es esa idea del hombre generalizado que poneis en lugar de Dios? ¿Qué es ese pálido y gigantesco fantasma de la humanidad subjetiva, que crece sin cesar, que se alimenta de mis lágrimas, de mi sangre, de mi sudor, que pretendeis honrar con tan extraños sacrificios, con tantas abnegaciones, privaciones y trabajos? Es todavía un Dios exterior, aun un azote de los siglos por venir, tirano futuro de la historia, verdugo implacable de nuestras conciencias, déspota fuerte de nuestras flaquezas, poderoso por nuestras miserias! ¡La humanidad, todavía una abstraccion, todavía una religion, es decir una servidumbre!

Nosotros tambien, como M. Stirner, podemos preguntar á M. Comte: ¿Qué habeis, pues, pretendido hacer? ¿Cambiar un nombre? ¿Es esto todo? se decia Dios, vos direis la humanidad. ¡Bella conquista, hermoso triunfo! ¿En dónde está, pues, la verdadera libertad, y cuándo dejarémos de ser engañados? Y, como el último hegeliano, concluirémos diciendo que este largo engaño, que ha durado más de seis mil años, no cesará, sino hasta que cada uno de nosotros haya echado por tierra todas las abstracciones, arruinado todos los ídolos, aniquilado todos los cultos, el derecho, el deber, el amor, la fraternidad, la humanidad; no más Dios; pero tambien no más humanidad divinizada, formas insidiosas bajo las cuales trata de renacer la vieja idolotría. Como Stirner, en fin, proclamarémos que no hay nada fuera del individuo; que el individuo es el único Dios; que yo soy para mí mismo el Dios solo y el único sacerdote de mi solitaria divinidad; que fuera de mí comienza la nada; que lo absoluto del sér está en mí, en mí solo. Aquí, al ménos, no hay más inconsecuencias pusilámines. No somos ya revolucionarios tímidos de la metafísica, vamos hasta el término de nuestra gigantesca insurreccion contra Dios. Negad á Dios, y yo os desafio á que no llegueis lógicamente á esta horrible y monstruosa idolatría del yo humano. Hay alguna fuerza de espíritu para llegar hasta este gran delirio.

M. Comte se ha detenido á medio camino. Nos da un dios de su invencion, el dios más pálido, el más impotente, la más estéril abstraccion, el reflejo más descolorido de la existencia humana. No cree en la existencia de una realidad superior y distinta del mundo de una causa suprema que contiene en sí la razon universal y el último fin de las cosas. Y pone su espíritu y el de sus adeptos en la más extraña de las torturas para hacerles imaginar esa abstracta existencia, esa realidad subjetiva, misteriosamente refugiada en el recuerdo de los vivos, pálida divinidad, silenciosa huésped de esos limbos interiores que cada uno lleva en el fondo de su pensamiento, y de la que nos complacemos, de vez en cuando, en evocar alguna imágen fugitiva, algun tipo borrado. Se convendrá en que esto es una mansion singular y un dios extraño. ¿Quién puede creer que la implacable lógica se pagará de un símbolo tan cándido? ¡Y qué! vos le habeis enseñado el ser desilusionado ante un tipo augusto y sublime, ideal supremo de nuestra razon, objeto de nuestro inmortal deseo, y cándidamente creeis que se detendrá justamente en los límites que le habeis trazado y que respetará vuestras pueriles quimeras! ¡Chistosa ilusion! ¡Querer imponernos el culto de la diosa Humanidad cuando se nos ha quitado á Dios!

El ateismo religioso de la escuela positivista quedará como una de las más extrava-

gantes invenciones del siglo. Los positivistas lo han sentido bien. Ellos se esfuerzan en repudiar esta parte de la herencia de M. Comte. Pero es precisamente esta alianza la que hacia la originalidad de la doctrina. La doctrina depurada no es más que el escepticismo metafísico, establecido y reclamado en nombre de la ciencia positiva.

REVISTA DE PERIODICOS.

México, Febrero 1° de 1883.

Hoy hace un año que comenzamos la publicacion de la presente *Revista*, y nos parece conveniente decir con este motivo algunas palabras sobre el objeto que tuvimos y hemos tenido constantemente á la mira durante los doce meses que terminan. Nunca tal vez, como ahora, ha reinado anarquía tan deshecha en el campo filosófico: las ideas más contrarias, las opiniones más opuestas encuentran ardientes defensores, que ora aisladamente, ora formando agrupaciones bajo nombres colectivos, trabajan con fe y entusiasmo en pro de la bandera que adoptan, estimulándose de esta manera la asombrosa produccion de obras filosóficas que diariamente vemos anunciadas por la prensa de todo el mundo. Natural era que esta agitacion, que conmueve al pensamiento en sus más hondos arcanos, encontrase eco en nuestra patria, que en su sed de progreso y mejora, procura estar siempre al corriente del ensanche que adquieren los conocimientos humanos en aquellos paises que marchan al frente de la civilizacion; pero sean cuales fueren las ideas que sobre puntos determinados profese cada uno, se comprenderá fácilmente que no podría ser útil ni provechoso para los intereses generales de la sociedad, el predominio exclusivo de ciertas opiniones, que á los ojos de sus sectarios pueden aparecer como la última conquista de la inteligencia, pero que no son en realidad sino viejos errores disfrazados con ropajes nuevos, y se haria por lo mismo indispensable buscar la luz y la verdad por medio de un exámen franco y una discusion razonada.

Conociendo íntimamente la necesidad y magnitud de la obra, al mismo tiempo que la debilidad de nuestras fuerzas, no vacilamos sin embargo en acometerla, fiados en la bondad de la causa que defendiamos y en los excelentes elementos con que contábamos; porque si nos complacemos en reconocer talento, instruccion y áun dotes de genio en algunos jefes de las escuelas modernas, con cuyas doctrinas no vamos de acuerdo, ninguna de esas cualidades escasea en la numerosa falanje de pensadores, que someten á un criterio sano y rigoroso, sistemas que á primera vista pueden deslumbrar á los incautos ó mal prevenidos. "Determinar el valor de ciertas doctrinas filosóficas; exponer lo que han alcanzado los pensadores más profundos sobre esos grandes problemas que han fatiga-

do y fatigan la inteligencia humana; dar á conocer en cuanto sea posible el movimiento filosófico de nuestra época, empleando de preferencia los trabajos de ilustres escritores: tal es el objeto de la presente publicacion.» Estas pocas palabras con que anunciamos la *Revista*, encierran el programa que nos propusimos seguir, su importancia efectiva y el modesto papel que nos atribuiamos. Nunca ha pasado por nuestra mente la idea de erigirnos en jefes de una nueva escuela; tampoco la más humilde si se quiere, aunque no ménos presuntuosa, de sostener por nuestras propias fuerzas sistemas que han brotado bajo otro cielo y en muy diversas circunstancias; comprendemos el alto valor que encierran las denominaciones de *sábio* y de *filósofo* para declinarlas cortesmente en quienes sin duda se reconocen méritos bastantes para llevarlas: nosotros no somos más que oscuros servidores de un pensamiento útil y provechoso para la juventud y para la sociedad en que vivimos, y creimos que á pesar de nuestra insuficiencia, podriamos desempeñar el papel de divulgadores, haciendo ver que lo que por un momento pudo estimarse como un conjunto de verdades definitivamente adquiridas en el terreno de la ciencia, estaba léjos de haber afianzado su imperio en el mundo de la verdad y la razon.

No se nos ocultaba que nuestra empresa provocaria objeciones más ó ménos apasionadas y vehementes entre los que se consideraban dueños pacíficos y absolutos del dominio filosófico, pues sabemos muy bien lo susceptibles é irritables que son las preocupaciones de secta; y en efecto, difícil seria reducir á número los escritos publicados en contra de nosotros, desde el artículo sério con ínfulas de impugnacion, hasta el chascarrillo que con pullas ó desahogos epigramáticos, generalmente dirigidos contra nuestra persona, se ha tratado de herir doctrinas que reposan en algo más sólido que la frivolidad, natural enemiga de la meditacion y el estudio. Nuestro camino, sin embargo, estaba de antemano trazado: no buscar, pero tampoco esquivar la discusion reposada, guardando siempre los miramientos debidos al adversario, sea quien fuere; hacer á un lado con la más completa indiferencia, insultos y diatribas, que llevan consigo su propia refutacion. En cuanto á lo primero, no toca á nosotros decir el resultado de las polémicas que hemos sostenido: impresas están todas las piezas de los debates, y en cualquier tiempo puede consultarlas quien tenga algun interés en conocer el grado que ha alcanzado en nuestro país y en nuestros dias, la cultura filosófica. Respecto de lo segundo, no disimularémos nuestra satisfaccion al haber hecho patente la diferencia que media entre las armas de la razon y las que la pasion emplea, pudiendo añadir que si hemos sido poco hábiles en el manejo de las primeras, al ménos no hemos envilecido ni degradado nuestra causa, echando mano de las que solo sirven para quienes de aquellas carecen.

Las hostilidades no pararon en esto, sino que se quiso eliminarnos por medio de una maniobra calculada con cierta destreza, de la cátedra que servimos en la Escuela Preparatoria. Con toda sinceridad declaramos que estamos muy léjos de hacer alusion á nadie en particular sobre este negocio, cuya parte secreta no nos es suficientemente conocida; más todavía, tenemos la conviccion de que esta vez, como sucede con frecuencia, la buena fe de algunas personas, fué víctima de una verdadera sorpresa; esto no altera, sin embargo, la realidad de las cosas, puesto que se tendrian simplemente á restablecer una enseñanza, al mismo tiempo que se sostenia lo contrario. Si nada más que de nosotros se hubiera tratado, en el acto nos habriamos separado de un puesto que no nos ofrece ningun atractivo individual; pero por una parte, la dignidad del profesorado que en nosotros veíamos atracada, y por otra, los elevados intereses morales que se nos confiaron desde el momento en que se nos llamó á servir dicha cátedra, detuvieron nuestro primer impulso, y nos limitamos entónces á poner de manifiesto los hechos tales como eran en la realidad, esperando tranquilos la resolucion de quien únicamente tiene facultad para dictarla. Esa resolucion nos fué favorable, y con ese motivo se han emitido especies, cuyo valor nos es necesario fijar. Háse dicho, por ejemplo, que hemos intrigado, valiéndonos de ciertas influencias para obtener determinado resultado. Esto, perdónesenos la expresion, no pasa de una vulgaridad que sólo el despecho puede haber inventado. Bueno es advertir desde luego que si á tales medios hubiéramos apelado, no habriamos hecho otra cosa que defendernos con las mismas armas con que se nos atacaba; pero ni nuestro carácter se presta á esa clase de evoluciones, ni habia necesidad de ellas, cuando

teniamos un camino más recto y seguro para llegar al fin propuesto: poner la verdad á descubierto; hacer imposible toda equivocacion en punto tan grave, y de tanta trascendencia. Nuestra situacion, por lo demás, ha sido perfectamente definida, pues depende de algo superior á la voluntad de personas con quienes nos hallamos en relacion coordinada.

Tales son en resúmen las diversas peripecias por las cuales ha pasado la cuestion filosófica en el año que termina, y que hemos creido necesario mencionar, no obstante la repugnancia que algunas de ellas nos inspiran. Siempre hemos huido de paralelos odiosos, pero siempre hemos querido tambien fijar nuestra posicion disipando cualquiera sombra que sobre ella se pretenda arrojar. Libres de todo espíritu de secta, exentos de esos intereses bastardos que tuercen y desvirtúan las acciones humanas, jamás en nuestro corazon se abrigan pasiones mezquinas, pues ni aborrecemos ni envidiamos á nadie, ni mucho ménos disputamos la posicion de quien quiera que sea. Si hemos emprendido la presente publicacion, es porque creemos que será de alguna utilidad, creencia que hemos visto robustecida con los testimonios de adhesion que hemos recibido de personas imparciales, tanto de la Capital como de los Estados; lo demás, nos deja perfectamente tranquilos, pues sabemos por una larga experiencia el valor verdadero que debe darse al sarcasmo y al dicterio, siempre impotentes para menoscabar en lo mas mínimo los legítimos intereses de la razon y la verdad.

***

Con el título *Ateneo de Madrid.—Conferencia de D. Francisco Hinojosa,* hallamos en el *Estandarte,* de 14 de Diciembre pasado, lo siguiente:

"El importante tema de las *ideas positivistas en la filosofía del derecho* fué el objeto de la leccion brillantísima que dió anoche, en nuestro primer centro científico, el jóven catedrático de la Universidad central, director de nuestro colega *El Dia.*

"Empezó con un órden verdaderamente encantador, demostrando que sabe lógica á conciencia, exponiendo el método que se proponia seguir. Dijo que daria dos conferencias: en la primera se limitaria á exponer los principios que han llevado, y en los que intentan fundar la filosofía del derecho, los secuaces del positivismo: y en la segunda haria su crítica.

"La de ayer no pudo ser un trabajo más acabado de exposicion. En sentir del Sr. Hinojosa, en la misma doctrina de Kant, del que arranca el movimiento filosófico contemporáneo, puede hallarse el gérmen de la escuela fundada por A. Comte, perfeccionada por Darwin y Herbert Spencer en Inglaterra, por Schiatarella y tantos otros en Italia, aunque ya con carácter más racional, separándose de las enseñanzas del maestro, y tomando un tono más bien sensualista que positivista puro.

"Hizo constar que dentro de la genuina doctrina positivista no era posible ni estudiar ni concebir el derecho; pues se niega en aquella todo conocimiento de orígen y de causalidad. Que propiamente en la clasificacion de las ciencias, hecha por aquel autor, no cabe la de la justicia: para probarlo, examinó la Biología y la Sociología, únicas en que podria comprenderse. Sólo desviando y negando uno de los cánones fundamentales del positivismo, aunque con aparente empeño de conservarlos, han podido los secuaces de Comte, en especial los italianos, escribir tratados de Filosofía del Derecho.

"Para que resaltasen, y lo hizo de elocuente modo, los efectos de las doctrinas jurídicas del positivismo, citó la conducta seguida por los jurados de Italia, absolviendo con demasiada frecuencia á los criminales, y contra lo que no habia podido ménos de llamar la atencion del Gobierno y de los sábios el jurisconsulto y senador Mamiani, aunque afecto á esa escuela, de la que los tribunales de hecho sólo se limitan á sacar las consecuencias.

"Más que una conferencia, tal doctrina se vertió en ella y tal estudio revelaba, fué el discurso del Sr. Hinojosa un acabado resúmen de un curso dado por un verdadero maestro.

"En cuanto á la forma, nada hémos de decir: conocida es la frase elocuente y castiza del traductor de Prisco."

J. M. Vigil.

EL POSITIVISMO.

Esta palabra, con tanta frecuencia hoy repetida, no apareció en el lenguaje filosófico sino en la primera mitad del presente siglo, siendo inventada por Augusto Comte para designar una doctrina que, al darse por nueva y pretender romper con todas las que el pasado nos habia legado, quiso marcar su advenimiento por una denominacion inusitada. Pero, ¿es tan nuevo el sistema como su título? Tal vez se dude de ello despues de leer la sumaria exposicion que vamos á hacer. La palabra ha hecho fortuna: designa hoy cosas muy diversas; un método para uso de los sábios que no admiten más que la experiencia y el cálculo, una inclinacion del espíritu á eliminar toda preocupacion de lo ideal, una idea preconcebida contra la metafísica y la religion, y en fin, un sistema de filosofía cuyos adeptos, sin ligarse por una misma profesion de fe, se reconocen ménos por la uniformidad de sus doctrinas, que por la unanimidad de sus negaciones. Desde el dia en que Augusto Comte, desconocido entónces, escribia al frente de sus libros sin lectores este título: *Curso de filosofía positiva*, parece que fueron abandonadas varias de sus ideas entre las más originales: los que se dan por discípulos suyos, no aceptaron de su herencia sino una parte, no siempre la misma, y el positivismo, como toda escuela vivaz, ha echado más de una rama. Le expondremos aquí poco más ó ménos tal como su fundador le habia concebido, aunque él mismo no haya permanecido siempre fiel á su primer pensamiento, y notarémos brevemente las correcciones que le han hecho sufrir sus más eminentes sucesores.

El positivismo, nacido en el espíritu de un matemático, no es, sin embargo, una concepcion formada *a priori;* se presenta como una revolucion, pero reconoce antecedentes, y áun los tiene más antiguos y más numerosos de lo que su gran maestro imagina. Comte se declara sucesor de Descartes y Leibniz, más se podria considerar de Bacon, de Hobbes y de toda la escuela empírica: llama á David Hume "su principal precursor en filosofía," y entonces está muy cerca de la verdad; por otros motivos podria citar á

Saint-Simon, de quien toma mucho al mismo tiempo que le contradicé, y á Broussais á quien no contradice lo bastante. Por otra parte, mejor que un sistema, pretende ofrecernos un resultado del desarrollo de la civilizacion, una de las fases por donde la humanidad pasa necesariamente, ó más bien, aquella en que debe fijarse definitivamente, y que las otras no han hecho más que preparar. A creerle, toda la historia viene á dar al positivismo, que es "la propiedad general del siglo XIX;" así la doctrina de esa escuela que debe absorver todas las otras, su método, su objeto, su orígen, no se explican sin una cierta interpretacion de la historia. El positivismo se apoya sobre una ley de la evolucion del pensamiento; la confirma á su turno; está hecho para justificarla, como ella está hecha para darle un carácter de necesidad. Es un círculo. La historia y la filosofía se confunden, y seria difícil decidir á primera vista si Comte ha sacado la idea del positivismo de sus reflexiones sobre la historia, ó si ha tratado de plegar los acontecimientos históricos á una fórmula preconcebida, sin sentir escrúpulo al falsearlos. Esta segunda hipótesis parece, sin embargo, más verosímil. Segun los positivistas más caracterizados, el gran descubrimiento de Comte es sin duda alguna el de "la ley de las tres épocas," siendo en efecto, el que puede servir de introduccion á todo lo demás; pero es lícito creer, que no habria concebido tal ley, si hubiese fijado ya en su espíritu la idea de las condiciones de la ciencia, de su método y de su objeto: esta idea es el rayo de luz que ilumina á sus miradas las profundidades del pasado, le revela al través de la confusion de los hechos las reglas de los acontecimientos, y entre los extravíos incesantes de un camino mal trazado, la direccion constante de la marcha de las sociedades y su progreso hácia un estado definitivo.

Esta idea, verdadéra ó falsa, no es original, y todos los que conocen someramente la historia de la filosofía, saben cuán antigua es. Es la vieja teoría empírica tantas veces propuesta y tantas veces refutada: real es el solo objeto de la ciencia porque es lo solo *positivo;* pero no hay más que una sola realidad: los hechos actuales, tales como los sentidos los perciben, relativos á nuestros solos medios de conocer, relativos ellos entre sí. "No hay más que una sola máxima absoluta, y es que nada hay absoluto." Esa doctrina de "la relatividad universal," cuya expresion clara y precisa se encuentra ya en Heráclito, es uno de los puntos cardinales del positivismo. No sólo no pueden ser conocidos los hechos sin que se distingan unos de otros; no sólo no pueden ser percibidos en sí mismos, ni se nos expresan más que segun las leyes de nuestra organizacion; sino que tambien dependen unos de otros; éstos son condiciones con relacion á aquellos, y esas mismas condiciones son relativas á otros hechos, y así sucesivamente hasta el infinito, sin que nunca se pueda alcanzar ni áun siquiera concebir un primer término encima ó fuera de la série. Cuando el espíritu se detiene está todavía en frente de una condicion, sin que pueda decir si es primera ó última, pues es "impenetrada" y se encuentra al borde de lo ininteligible. El objeto de la ciencia, por lo mismo, es percibir sucesiones y similitudes entre los fenómenos, descubrir las semejanzas y las sucesiones constantes. Esos fenómenos, hay que notarlo bien, son todos exteriores; los llamados internos por los filósofos no son observables; si se pretende distinguirlos de sus elementos externos no queda nada, si no es el esfuerzo hecho para alcanzarlos. La ciencia del hombre es,

pues, la ciencia del mundo; el método subjetivo es estéril, y uno de los principios más fecundos de la nueva filosofía es que debe irse del universo al hombre, quien le refleja y no existe como sujeto de estudio, sino en tanto que le refleja. Hé aquí el punto de partida del positivismo: es el axioma fundamental que hay que adoptar ántes de entrar en la escuela. Así se zanja, casi sin discusiones, la antigua disputa entre el empirismo y el espiritualismo. La solucion no depende de investigaciones ociosas sobre la naturaleza humana ó sobre la esencia de las cosas; se impone por la historia y por la crítica de las ciencias, que no han progresado sino apegándose á la observacion de los hechos y restringiéndose á la investigacion de otros hechos, observables como los primeros, y que los determinan. En cuanto al objeto que las ciencias se proponen, puede indicársele en una sola palabra: las ciencias nos dan la facultad de prever los hechos, de hacernos dueños de los que podemos determinar, y de saber evitar ó convertir en nuestro provecho los que no nos es posible modificar.

Este concepto de la ciencia implica la exclusion de toda investigacion acerca de las causas eficientes y finales. Explícase que el espíritu humano se haya empeñado en descubrirlas, ó más bien en imaginarlas: los fenómenos son móviles, y las sensaciones que producen en nosotros no son más que movimientos fugitivos: ¿puede servir de base á la ciencia esa realidad que comienza y acaba á cada instante? ¿No se disipará el conocimiento al perseguir ese objeto impalpable, y no estará la verdad condenada á hacerse y deshacerse perpetuamente como los mismos hechos? Los antiguos filósofos comprendieron esta dificultad y la resolvieron inventando supuestas sustancias ó causas que resisten al desvanecimiento de todas las cosas: soñaron un mundo invisible que fuese la razon y causa de todo lo que vemos, y definieron la filosofía la investigacion de las causas y de los fines, la ciencia de lo invisible. Pero su empresa era á la vez imposible é inútil: su imposibilidad está demostrada por los resultados contradictorios y siempre hipotéticos, á que han llegado, y por la inmovilidad de la metafísica, que repite al través de los siglos los mismos errores, sucesivamente recogidos y abandonados; su inutilidad se descubre por un exámen más atento de la verdadera naturaleza de los fenómenos. No son los hechos lo que piensa el vulgo de los filósofos; no son esa esencia cambiante de que habla Platon; sino que tienen en sí algo constante y universal, á saber, sus relaciones recíprocas que subsisten al través de todos los cambios. Puede, por lo mismo, la ciencia ser estable y sin embargo, positiva; puede encontrar esos puntos fijos que reclama para asentar verdades definitivas; y estas no son causas, sino leyes de sucesion. Esta resolucion de abstenerse del nombre y de la idea de causa; esta proscripcion de toda investigacion concerniente al orígen y fin de las cosas, están más claramente todavía expresadas en Comte que en sus discípulos, que se adhieren, sin embargo, á veces con tímidas reservas, á esa sentencia contra la metafísica.

¿La ciencia es, pues, materialista? Bien se guarda de ello. El materialismo es una teoría metafísica, un esfuerzo para resolver cuestiones insolubles; los que le proponen son espíritus "anticientíficos;" imaginan una sustancia activa, invariable, que permanece la misma bajo la diversidad de los fenómenos, algo absoluto é invisible que ninguna experiencia ha alcanzado nunca: son, en suma, rezagados de la era metafísica. El positi-

vismo suprime el problema al que ellos creyeron deber adherirse, y que le es plenamente indiferente. Hay que decir, no obstante, que esa afectada indiferencia no se mantiene siempre, y sin querer imponer el nombre de materialistas á escritores que no le aceptan, puédese notar que si repudian toda metafísica de la naturaleza, reducen toda realidad á fenómenos sensibles, y éstos á sus elementos mecánicos; que por consiguiente, al afectar ignorar si hay materia, no reconocen más que lo material, y que en fin, reducen nuestras facultades á funciones cerebrales, y el alma al conjunto de la organizacion. De la misma manera, su concepcion de la ciencia implica la negacion de Dios; pero ellos se defienden de ser ateos. El ateo, dicen, no es un espíritu verdaderamente emancipado; es todavía un teólogo á su manera; tiene un sistema sobre la existencia y el orígen de las cosas; explica el mundo por el choque de los átomos ó por alguna fuerza que llama la naturaleza. El filósofo positivista no sabe nada, no dice nada de todo esto. Tal es al ménos su designio. Sin embargo, Comte no hace escrúpulo de salir de tal reserva; no perdona á Broussais que haya creido en la existencia de una causa primera; incurre en la reprobacion de Saint-Simon que le echa en cara "su seco ateismo," y sabidos son los términos en que habla de Dios y de sus servicios providenciales, proponiendo que se le conduzca á las fronteras. Las más veces no ha podido el positivismo mantenerse en el terreno en que habia querido colocarse. Salvo muy raras excepciones, sus adeptos han olvidado que no debian afirmar ni negar la existencia del alma y de Dios. Ni podia ser de otra manera; asegurar que se los ignora, es afirmar que no existen, puesto que la medida y la prueba de la realidad se hallan definitivamente en el conocimiento. "No debe considerarse, dice M. Littré, la filosofía positiva, como si tratando únicamente de las causas segundas, dejase libertad para pensar lo que se quiere de las causas primeras. Nó, no deja sobre esto libertad ninguna," y echa en cara á Stuart Mill el conceder que la cuestion está abierta.

Hé aquí cuáles son las condiciones, el objeto y los límites de la ciencia; hé aquí el modo de pensar *positivo*, que se puede oponer á los otros dos que la humanidad ha atravesado, que no han desaparecido todavía, y cada uno de los cuales ha dominado á su turno, en un órden que constituye la ley histórica "de las tres edades."

El modo teológico, el más imperfecto de los tres, que ocupa, sin embargo, por sí solo la mayor parte del pasado, ha determinado bajo el nombre de religiones, todas las concepciones del mundo, de donde está ausente la idea de una sucesion invariable de los fenómenos. La humanidad extiende entónces á la naturaleza entera las ilusiones que se ha forjado sobre sí misma: porque el hombre se imagina que puede á su antojo producir fenómenos, interrumpir su sucesion fatal, introducir otros nuevos en la cadena que sin cesar se desarrolla; se figura que fuera de sí mismo, en el universo, cada cambio tiene una razon y una causa, manifiesta una voluntad y una intencion. Todos los hechos de que es testigo, le parecen resultados de determinaciones espontáneas, y atribuye cada uno de ellos en particular á fuerzas que los producen uno á uno, como él cree producir los movimientos de su cuerpo. Esos agentes invisibles, al mismo tiempo semejantes y superiores á sí mismo, no aparecen en la escena, pero crean todos los acontecimientos: son animados como él, y más poderosos, puesto que se revelan por efectos de que él es

incapaz: son dioses. Al principio su número es infinito como el de los hechos, pero pronto se restringe, á medida que sabe reunir, bajo una sola idea, grupos de fenómenos semejantes: con el progreso de la generalizacion se reduce á la unidad, acabando por atribuir á un solo sér animado la produccion de todos los hechos posibles. Así se pasa en un órden que no es arbitrario, por los errores del fetiquismo, del politeismo y del monoteismo.

Pero hay en el universo una uniformidad que no puede compadecerse con lo arbitrario de una voluntad libre: al observar la constancia de los hechos, el espíritu se desengaña de sus primeras explicaciones; cesa de concebirlo todo á imágen del hombre, de creer en esas fuerzas sublunares ó celestes, causas inaccesibles de los fenómenos, y las reemplaza por abstracciones realizadas, potencias, cualidades ocultas que imagina no ya fuera del mundo mismo, sino en una region invisible de este mundo. No hay ya lugar en la naturaleza para las ninfas ó las driadas: se habla de alma vegetativa, de principio vital; y se imagina sobre todo esto una causa final, que la naturaleza, aunque impersonal, se propone realizar incesantemente. En realidad, todas estas son otras tantas expresiones abstractas y colectivas de los fenómenos, ó si se quiere, simples signos mnemotécnicos que fijan su recuerdo. Tal es el modo metafísico, ya superior al otro, y cuyo principal mérito es ser la negacion del que le precede; no crea nada, pero despeja el terreno, y las "entidades metafísicas" que introduce en la ciencia, por lo mismo que son sombras sin consistencia, se desvanecen al primer esfuerzo de una reflexion más madura. Es una fase de transicion: el modo positivo está cerca; hasta se puede decir que le acompaña, se mezcla con él, y tiende á eliminarle. La experiencia ve huir ante sí el fantasma de lo absoluto; sustituye el método objetivo al subjetivo, y nos persuade de que lo que es necesario para la razon no es para las cosas, y de que una causa infinita, de ser concebida por la una, no tiene por eso lugar entre las otras.

No se debe, en efecto, reprochar á Comte, á ejemplo de algunos críticos, que haya separado esos tres modos que pueden coexistir en la sociedad, y que á menudo se dividen, sin excluirse, una misma inteligencia. El mismo autor del *Curso de filosofía positiva* ha hecho esta observacion: las tres edades, dice, no están separadas por límites fijos; en el espacio en que cada una está encerrada, penetra la otra y produce movimientos internos que la turban. Apenas comienzan á desbastarse las concepciones teológicas, cuando se pueden ya señalar las huellas de un trabajo metafísico, que obliga á las primeras á corregirse, y áun de una ciencia positiva, restringida entónces pero ya poderosa. Bajo esta doble crítica es como se ve al fetiquismo hacer lugar al politeismo, y á éste desaparecer ante la hipótesis de un solo Dios. Verdad es que M. Littré se expresa más categóricamente: "No sólo, dice, no son contemporáneos los tres modos, sino que son exclusivos entre sí." Por lo demás, los ha definido con más precision que Comte. La filosofía teológica, dice, es obra de la razon que concibe voluntades en las cosas; la filosofía metafísica, obra de la razon que pone en las cosas las miras del espíritu; la filosofía positiva obra de la razon que toma en las cosas lo que debe ser puesto en el espíritu.

Esta teoría histórica no es enteramente nueva; no se aleja mucho de la de Vico, que reconoce bajo otros nombres la edad divina, heróica y humana; Turgot y Kant la han

bosquejado de paso, y el médico Burdin decia ya á Sanit-Simon en 1813, que las ciencias comienzan por ser conjeturales y se hacen en seguida positivas. Pero no intentamos negar á Comte la parte que le toca en ese gran descubrimiento que Mill llama "la espina dorsal de la filosofía;" y hasta seria injusto no reconocer que los dos volúmenes consagrados á poner en claro esa ley, y que resúmen un número infinito de hechos históricos, aunque no estén ya á la altura de la erudicion contemporánea, manifiestan singular fuerza de espíritu, y dan mucho que pensar. Pero la ley de las tres edades no parece una de esas miradas de génio que bastan para inmortalizar á su autor. Comte se sirve de ella para presentar su doctrina como la última jornada del progreso; otros podrian con igual razon hallar allí fundamento para condenar al positivismo como el último grado de la decadencia; y podrian ver como una caida esa marcha que á él le parece una ascension. Por otra parte, no ha llegado á distinguir con toda precision los dos primeros modos; ha juzgado sin competencia la metafísica que le era poco conocida, reduciéndola á alimentarse de entidades imaginarias. Comte ha establecido simplemente que hay en la humanidad individuos, y tal vez razas, que han recibido aptitudes diversas; unos se entregan de mejor voluntad á las adivinaciones del sentimiento y de la fe, otros á las especulaciones de la razon, y otros son, en fin, "esos hijos de la tierra que no creen más que á sus ojos y á sus manos." No ha probado siquiera que el positivismo fuese para una sola inteligencia un estado definitivo, puesto que él mismo ha salido de allí, con escándalo de sus mejores discípulos, para volver á una especie de fetiquismo. No es, pues, tan cierto, como piensa M. Littré, "que ya no haya ni para la teología ni para la metafísica reaccion ofensiva." Pero esta teoría histórica se complica con una clasificacion de las ciencias, más original tal vez, y de seguro más instructiva.

Entre las ciencias que se dirigen hácia el estado positivo, las hay más ó ménos refractarias al movimiento, y la corriente que las arrastra no las lleva con igual velocidad. Unas llegan casi al nacer á la perfeccion positiva; otras se libran con trabajo de las ataduras de la religion ó de la metafísica. Esta diferencia en sus progresos se explica por diferencias de simplicidad. Las ciencias se dividen en dos grandes familias: unas son *abstractas*, tienen por objeto las leyes que gobiernan los hechos elementales de la naturaleza, y que habrian sido compatibles con hechos de otra especie. Otras son *concretas*, se aplican al estudio de las combinaciones particulares de fenómenos reales. Por ejemplo, se colocarian en el primer grupo, la física, la química, la fisiología; en el segundo, la mineralogía, la botánica, la zoología. "La ciencia concreta se refiere á los séres y á los objetos, la ciencia abstracta á los acontecimientos." Las ciencias concretas, cuya complexidad es extraña, son al mismo tiempo las primeras en nacer y las últimas en perfeccionarse: sus progresos dependen de los de las ciencias abstractas; miéntras no se han determinado las leyes de los hechos, sus combinaciones deben ser, ó al ménos parecer fortuitas. Así es que ninguna de ellas, ha llegado todavía á constituirse: no hay, pues lugar á clasificarlas.

Las ciencias abstractas son en número de seis, que forman una série, cada uno de cuyos términos se liga con el que le precede por un lazo de subordinacion. Esas relaciones dependen de la naturaleza de los hechos que estudian. Se puede sentar en princi-

pio que los hechos más simples son los más generales; las ciencias, estarán, pues, sometidas á esta ley, á saber: que su generalidad y su complexidad crecen en razon inversa una de otra; es, en otros términos, la ley que los lógicos han aplicado desde hace mucho tiempo á la comprension y á la extension de las ideas. Pero Comte la cree nueva y le añade esta correccion que le pertenece: los hechos más complicados se componen de hechos más simples, y por consiguiente, las ciencias que tienen menor generalidad dependen de las más universales. El hecho más simple, y por consiguiente el más general es el número; la ciencia más elemental y más universal, la que se encuentra en todas las otras, será la ciencia del número; si á las leyes del número se unen las de la extension, se pasa á la geometría, despues á la mecánica que añade á las dos primeras categorías, enteramente admitidas, las del equilibrio y del movimiento. Estas tres ciencias reunidas constituyen las matemáticas. Sobre ellas vienen, segun el órden de su generalidad decreciente y de su complexidad siempre mayor, la astronomía, la física que comprende todo un grupo de ciencias que Comte no ha llegado á determinar nunca con precision; despues la química, la biología y en fin la sociología, ya que es menester conservarle la palabra tan singularmente formada por el autor. Esta clasificacion de las "seis ciencias fundamentales" no es una simple nomenclatura; es una concepcion del mundo: significa que los elementos de todas las cosas son matemáticos; el resto no es más que combinacion del número, de la extension y del movimiento. La vida moral se explica por la vida fisiológca, ésta por la química, la química por la física, y todas por las matemáticas. Cada grado de la série no subsiste sino "por el impulso deductivo de todas las órdenes ménos complicadas." Recíprocamente, las proposiciones de las ciencias más elevadas, si las somete á un análisis perseverante, se resuelven en una proposicion matemática, de que son trasformaciones. Todo es, pues, en definitiva, número, extension, figura, ó combinaciones de estos elementos, y el mundo se resuelve en elementos materiales y mecánicos. El progreso de las ciencias consiste en reducir lo compuesto á lo simple, lo particular á lo general, y todas las cualidades á cantidades. La filosofía universal es la matemática. Un crítico resume y aprecia en dos palabras toda esta doctrina, que se veria uno tentado á llamar metafísica, á despecho del que la propone: "Lo superior se explica en ella por lo inferior."

Miéntras una ciencia está más avanzada en la série, es más complexa, y por consiguiente más difícil. El órden indicado es, pues, el que debe seguirse en el estudio de cada una de ellas: es tambien el de sus progresos al través del tiempo. Y no puede ser de otra manera, puesto que los métodos de la primera son necesarios á la segunda, y así sucesivamente, y que la que se halla colocada más arriba supone la perfeccion, ó al ménos el desarrollo ya considerable de las que están situadas más abajo, y adelanta, retrocede ó se detiene segun que éstas están en progreso, decadencia ó reposo. Cada una de ellas pasa por las tres fases históricas que atraviesa la civilizacion entera: las más simples consuman más pronto su evolucion, y son las primeras en llegar á su estado positivo; las otras son rehacias. La historia verifica esta ley de desarrollo. En los siglos más remotos hay ya ciencias en estado positivo, miéntras que otras se arrastran por el carril de las concepciones metafísicas ó teológicas. Las matemáticas no han sido nunca

teológicas, y es difícil enconcrar en ellas alguna huella de metafísica: se puede soñar una divinidad de la juventud ó de la belleza, ó algun espíritu agregado á las esferas para moverlas, pero no un dios del número ó del peso. Hay dos signos por los cuales se puede reconocer que el conocimiento de un sistema de hechos ha llegado á ser positivo, y son poder preverlos y gobernarlos. Desde entónces no hay ya medio de creer en las voluntades cambiantes ó en las fuerzas ocultas. Nadie piensa en pedirle á Dios que abrevie el tiempo, pero se le pide que llueva. La química está todavía llena de preocupaciones metafísicas, y hay muchas más en la biología. En cuanto á la sociología estaba enteramente por crear ántes de que Comte hubiese aparecido; pero él se jacta de haberla perfeccionado en su parte más esencial, proveyéndola de un método que le da un carácter científico. Así resumé Comte su doctrina sobre este punto: "Nuestras diversas teorías reposan dogmáticamente unas sobre otras, segun un órden invariable que debe arreglar históricamente su advenimiento decisivo, habiendo debido siempre desarrollarse más pronto las más independientes." Sus discípulos confiesan, sin embargo, que á menudo las ciencias inferiores tienen necesidad de las superiores, y que hay una reaccion de las tardías sobre las que han sido precoces. Esta concesion no deja de templar el rigor de la clasificacion.

El mismo Comte no parece haberla mantenido siempre tal como la propuso en la primera fase de su vida. Pareciόle inatacable miéntras no emprendió el estudio de los fenómenos de la vida; pero una vez llegado á esa altura, tuvo dudas sobre la organizacion que habia establecido de una manera plausible para las ciencias inferiores. Los hechos del órden físico pueden reducirse á un simple mecanismo; se siguen sin prepararse ni subordinarse, y el que viene al último no puede ser tomado por causa de los que le han precedido: la chispa no está hecha para la explosion ni ésta la necesita. Pero en las acciones vitales hay fenómenos que parecen determinar, en calidad de fines, otros fenómenos que son medios; éstos están subordinados á aquellos, y léjos de explicarlos, no se explican sino por ellos. La actividad física ó química tendria entónces su razon en la actividad vital, y seria imposible mantener la dependencia de los hechos en el sentido en que habia creido poderla establecer. De aquí vacilaciones y á veces contradicciones; de aquí esas bellas palabras tan poco consecuentes con el conjunto de su doctrina, y que semejan á una renuncia al análisis hasta el último extremo: "En presencia de los séres organizados advierte uno que el detalle de los fenómenos, cualquiera que sea la explicacion más ó ménos suficiente que se dé, no es el todo ni siquiera lo principal; que lo principal, y casi se podria decir el todo, es el conjunto en el espacio, el progreso en el tiempo, y que explicar un sér viviente, seria mostrar la razon de ese conjunto y de ese progreso que es la vida misma." ¿No es esto confesar que en el sér viviente se encuentra algo más que en los elementos físicos ó químicos, y que no se le podria reducir á esos elementos? Parece que esta duda se le impuso más fuertemente todavía, cuando fijó la reflexion sobre el primero de los séres organizados, sobre el hombre; y llegó á confesar que el conocimiento de la naturaleza humana es como la clave de la biología toda entera; que es del hombre de donde hay que descender al resto de la naturaleza animada. Despues de haber explicado la vida moral por la actividad cerebral, parece

que hace á veces una evolucion en sentido inverso, explicar la organizacion por el pensamiento, y para hablar su lenguaje, subordinar la biología á la sociología, é interpretar la naturaleza por la humanidad. "La ciencia sociológica, dice entónces, la ciencia moral de la humanidad, es la ciencia final de que la misma biología no es más que el último preámbulo." A ella es á la que da "la supremacía científica, la precedencia filosófica." Ve en los animales "séres humanos más ó ménos abortados," y pronuncia que "la vida animal seria ininteligible sin los atributos superiores que la sociología sola puede apreciar." Si debemos creer tales declaraciones, las ciencias inferiores no son, pues, simples preliminares de esa ciencia suprema; en ella es donde encuentran explicacion, por ella llegan á ser inteligibles, y en consecuencia, á ella es, y no á las matemáticas, á quien pertenece "la dominacion universal." M. Ravaisson ha señalado con sagacidad esa evolucion de un pensamiento, que se habia vuelto, casi sin saberlo, infiel á su sistema. Sin embargo, no deberia concluirse de aquí que Comte haya acabado por admitir causas finales; no ve en la humanidad y en su historia, que sola puede revelarla, más que fenómenos en relacion con otros fenómenos; pero se muestra un poco vacilante sobre la naturaleza de estas relaciones, lo que le han echado en cara sus discípulos.

Se pregunta uno cuál es el lugar de la filosofía en esa organizacion de las ciencias. Si se trata de esa filosofía anticuada que se apega "á doctrinas metafísicas perdidas en las nubes de la subjetividad," el positivismo tiene por objeto excluirla y reemplazarla; la borra del número de las ciencias; pero le sustituye otra filosofía, la verdadera segun él, que sin tener su lugar fuera de las ciencias, es decir, fuera de la realidad, no se confunde sin embargo con ellas. Esa filosofía es muy clara en cuanto que niega la indagacion de lo invisible, de las causas eficientes y de las causas finales; pero es ménos precisa en sus afirmaciones. Stuart Mill y M. Littré la comprenden de diferente modo. Segun el filósofo inglés, la filosofía de una ciencia difiere de la ciencia misma, como el empleo razonado de la inteligencia difiere de la reflexion que se puede hacer sobre los procedimientos que ha seguido. La filosofía de una ciencia, dice poco más ó ménos, es esa ciencia considerada no en sus resultados ni en las verdades que establece, sino en los medios de que se sirve para descubrirlas, en los signos por los cuales se las puede reconocer, en su disposicion clara y metódica. La filosofía general es la coordinacion de todas estas ideas; es la lógica de la ciencia, el estudió de las condiciones del conocimiento. M. Littré lo entiende de muy distinta manera, y se alza contra una interpretacion que volveria á la ciencia el método subjetivo, y daria lugar preponderante á la psicología. La filosofía, segun él, es una concepcion del mundo, no del hombre, y no se confunde con la lógica Esta es formal, la filosofía es real; la una es una manera de ser de la inteligencia, la otra una vista de las cosas; se llega á aquella por la psicología, á ésta por la naturaleza. Cada ciencia se convierte en una filosofía cuando coordina los hechos generales ó las verdades fundamentales que le pertenecen; y tiene por materia hechos del mismo género arreglados, subordinados y generalizados. De todas estas filosofías parciales se forma una filosofía total que resume las leyes de las leyes, las relaciones de las relaciones, á su estado más general. El más alto grado de generalizacion de la experiencia, hé aquí su fin; no tiene objeto propio. Comte le ha constituido "extendiendo científicamente el

punto de vista positivista á todos los objetos del conocimiento humano." En otros términos, el contenido de la filosofía es exactamente el mismo que el de las ciencias, y emplea el mismo método. Como no es posible perfeccionar una ciencia sin coordinar sus verdades, ni reflexionar sobre el conjunto de las ciencias sin comparar sus resultados, la filosofía se confunde con las ciencias; no tiene nada propio, ni su objeto, ni sus procedimientos, ni sus conclusiones. Proviene de dos operaciones: determinar los hechos generales de cada una de las ciencias fundamentales; agrupar esos hechos y reducirlos á sistema. En suma, "recoger los hechos superiores de todo el saber humano, coordinarlos segun un método natural, sacar de allí una concepcion real del mundo, constituir una nocion harto positiva para estar en pleno acuerdo con los elementos científicos, y harto general para asignar su lugar y valor en el conjunto, tal es la filosofía positiva," que es "el vínculo general del saber." Esta definicion, que nos parece una de las fórmulas ya envejecidas del empirismo, una negacion renovada de toda realidad inaccesible á los sentidos, M. Littré la considera como la obra capital de su maestro. Es de notar que los positivistas no están de acuerdo en su admiracion; todos colocan á su patron en el rango de los más grandes genios, "encima de Descartes y de Leibniz;" pero unos designan como su mayor descubrimiento la ley de los tres estados; otros la clasificacion de las ciencias; éstos la constitucion de la "sociología," y aquellos la concepcion de la filosofía. Este último título es el que parece más brillante á M. Littré y le arranca este entusiasta homenaje: "Por la primera vez se ha probado que el saber forma un todo, que tiene su vínculo no en un sistema cualquiera concebido por la inteligencia, sino en la naturaleza de las cosas, en la evolucion de la historia, en el encadenamiento didáctico. De cualquier lado que la filosofía positivista lleve sus miradas, las grandes conexiones le aparecen; el soplo de una generalidad fecunda la inspira, y le viene el encanto de allí mismo de donde le viene el poder."

La filosofía positiva se compone, pues, de seis ciencias segun Comte; de siete segun Littré, sin que entre ellas encuentre lugar la psicología, proscrita por Comte, ó lo que viene á ser lo mismo, confundida con la fisiología, ó más bien con la frenología. La observacion por la conciencia, segun él, es un procedimiento estéril en que el hombre, suponiendo que pueda observar algo, no observa más que hechos personales, sujetos á variar; y necesita sustituir la observacion exterior, la de los órganos y de los productos de las funciones cerebrales, tales como se manifiestan en la historia. ¿Cómo podriamos "observarnos observando ó raciocinando?" La atencion que consagráramos á esta operacion, aniquilaria su objeto al suspender el mismo procedimiento que se quisiera estudiar. Es, pues, por el exterior por donde hay que emprender el estudio de la naturaleza humana. "Las funciones morales é intelectuales" son propiedades cerebrales inherentes á diversas partes del encéfalo. Gall ha puesto los fundamentos de esta parte de la fisiología: Comte, al ensayar el reparto de las facultades entre diversos órganos, se lisonjea de haberla elevado al estado positivo, y expone como última palabra de la ciencia una clasificacion de las "dieziocho facultades elementales" del espíritu, que descubre una vez más el vicio capital de su educacion: la ignorancia de la filosofía. Stuart Mill se ha negado á seguirle hasta allá, y protesta contra esa condenacion de la psicología: Littré la

conserva explicándola. En su opinion, la psicología no es el punto de partida de la filosofía, sino que depende de todas las ciencias que le preceden, y que se constituyen perfectamente sin ella. "Es cierto que el conocimiento de las leyes de la inteligencia no es posible sino despues y por el conocimiento de toda especie de leyes inferiores;" se liga á toda la série de los conocimientos, y el mismo pensamiento depende de la figura y del número. La sustancia nerviosa, que es el órgano de toda inteligencia, ¿no está constituida por elementos materiales que no se separan de sus condiciones? El trabajo intelectual tiene por equivalente un trabajo químico, que equivale á cierta cantidad de calor, la cual equivale á su turno á cierta cantidad de movimiento. Así, no hay hiato; la psicología está comprendida en la biología, y "la constitucion material de la sustancia nerviosa es el punto de union entre el espíritu humano y las leyes ó hechos generales." Esta es la verdadera doctrina positivista, y si Stuart Mill se aleja de ella, es porque pertenece á "otro modo de filosofar:" se ha pasado al lado de los metafísicos, al sostener que se debe comenzar por observarse á sí mismo, ántes de comprender los signos que nos revelan en nuestros semejantes la existencia de las facultades de que estamos provistos; que esta observacion es posible, y áun se extiende á varios hechos simultáneamente; que no se puede establecer de otra manera la correspondencia entre la actividad mental y las funciones orgánicas; y sobre todo, definiendo la filosofía: "el conocimiento científico del hombre en cuanto que es un sér intelectual, moral y social." No hay ciencia de lo subjetivo: "subjetivo no puede significar más que la facultad de elaboracion distribuida entre las celdillas nerviosas." La psicología no es, pues, más que la fisiología cerebral, y el estudio de los fenómenos "psíquicos" se limita á las funciones, á las facultades, á los poderes del órgano psíquico; sólo que los productos de estas facultades dan lugar á otros estudios, porque toman en la historia una especie de existencia progresiva. Así es que, despues de haber estudiado las facultades estéticas, morales é intelectuales, como funciones del cerebro, seria preciso considerar sus resultados exteriores en la escena de la historia, y de este modo se constituirán la estética, la moral, la ideología, que Littré extrae "del pedruzco de la sociología," y que establece á título de sétima ciencia en "la jerarquía grandiosa que es el alma de la filosofía positiva," reconociendo, sin embargo, que "toda filosofía positiva será materialista bajo este aspecto;" lo que nos dispensa de examinar ideas cuya crítica no es de este lugar.

Queda, pues, en el positivismo poca cosa de las ciencias filosóficas generalmente reconocidas; lo que más se les semeja hay que buscarlo en la "sociología," constituida de todo á todo por Comte, si creemos á Littré; apénas bosquejada "y completamente fallida" segun Stuart Mill. Pero muchos de los discípulos de Comte rehusan su aquiescencia á una gran parte de sus trabajos políticos, que refieren "al período patológico" de su vida. No convendria insistir sobre esto para desacreditar una doctrina que tiene derecho á una séria exposicion; bastará indicar las críticas que Comte ha dirigido contra las "ciencias sociales" y los remedios que propone para corregir sus defectos.

Esas ciencias han pasado como las otras por los errores inherentes á la teología y á la metafísica. Al principio, las reglas de conducta y el destino de las sociedades parece que dependen de mandamientos divinos; más tarde se las liga á una supuesta ley moral.

El primer régimen es el del derecho divino; el segundo el de los derechos naturales; al pasar del primero al segundo, se sustituye á los mandamientos de Dios "la ley imaginaria del sér imaginario naturaleza," todavía soberana en la moral, que erige en regla una simple creacion del espíritu. Poco á poco se ha usurpado la licencia de pensar á su antojo sobre estas materias, y se ha reivindicado la libertad de conciencia; pero "no hay libertad de conciencia en astronomía, en física, en química, en fisiología; si otra cosa sucede en moral y en política, es porque allí no hay principios establecidos." Cuando los haya, lo que no puede tardar con el advenimiento del positivismo, no deberá ya consultarse la opinion comun: cierto número de hombres, preparados para tal encargo "fabricarán" las ideas para el resto de la sociedad. No se tendrá más derecho de revocar sus resoluciones que de refutar á Newton. Las voluntades individuales no son tan respetables como se dice: debe haber en cada nacion un poder director y ciudadanos dirigidos, y cada uno debe permanecer en el lugar que le señalan sus aptitudes. La soberanía del pueblo es el dogma más funesto á la civilizacion; "es una especie de traslacion al pueblo, del derecho divino que tanto se ha echado en cara á los reyes." A estas causas de deterioro que amenazan al porvenir de la humanidad, hay que agregar la aparicion de una supuesta ciencia, la economía política, simple rama de la vieja metafísica, que no tiene nada positivo, nada científico, y que debe desaparecer. Inútil es notar que Stuart Mill protesta contra esta sentencia, y que ningun positivista se ha sometido á ella.

Para edificar una moral y una política positivas, debe emplearse el solo método que conviene al estudio de los hechos: la interrogacion é interpretacion de la experiencia. Las leyes de la sociedad no pueden deducirse de las leyes de la naturaleza humana: por el contrario, éstas no son conocidas sino por aquellas. No sólo es la historia propia para verificar los resultados de la observacion, sino que contiene en sus anales los solos hechos que hay que observar. Todos los fenómenos de la vida individual son determinados no sólo por las tendencias de la naturaleza humana, sino por la influencia acumulada de las generaciones pasadas sobre la generacion actual. Los séres humanos están hechos por la sociedad, más bien que estar ésta constituida por aquellos: la historia es, pues, la única fuente en que hay que beber. Si acaso sugiere una teoría sociológica contraria á las leyes de la biología, es porque se le ha interrogado mal; porque la vida social depende de la vida orgánica. Ahora bien; la historia, como la biología, contiene dos elementos: el uno estable, como la vida vejetativa, y el otro en movimiento como la vida intelectual: la sociología tiene, pues, una parte estática y otra dinámica. Respecto de la primera, casi nada hay que decir: el elemento permanente y director de la sociedad, se constituirá naturalmente por un cuerpo de sábios positivistas, unánimes en sus creencias, y formando un cuerpo espiritual que impondrá sus opiniones. Stuart Mill confiesa sencillamente que "esta tentativa es poco satisfactoria."

La dinámica social tiene por objeto determinar las leyes de la evolucion de la sociedad, y supone como adquiridas estas dos verdades: hay una evolucion natural; esta evolucion es un progreso. "Ese progreso social consiste en el aumento de nuestros atributos humanos comparados con nuestros atributos animales y puramente orgánicos"; tie-

ne por señal distintiva el triunfo del hombre sobre la bestia. Este movimiento es lo que se llama civilizacion, y la gran regla moral es la obligación de secundarle. Los deberes individuales se derivan tambien de los deberes sociales. Pero el hombre tiene diversas facultades, todas eminentes, todas superiores á las de la bestia; las tiene morales, intelectuales, estéticas; ¿á cuál debe darse preponderancia en el desarrollo? A la inteligencia; no porque sea la más fuerte, sino porque dirige las otras, fortificando los instintos y reuniendo en una misma corriente las pasiones, divergentes cuando son ciegas. La palabra de Bacon es verdadera: las ideas dirigen al mundo. Más tarde, Comte, presa de los accesos de un misticismo enfermizo, desposeerá á la inteligencia de la supremacía que otorgará á la sensibilidad, y decretará que al corazon toca mandar y á la inteligencia servir; pero entónces le vemos ocupado en desmentir casi todos los principios de su primera doctrina, tratando al mismo tiempo "de subordinar la ciencia de la cantidad á los fines morales y sociales de la humanidad."

Al fijar sus meditaciones en la historia, concibió sin duda ese grande amor á la humanidad, que le inspiró algunas grandes ideas, perdidas en medio de concepciones extravagantes. De allí saca toda su moral: al principio del egoismo sustituye el del interés general de la raza humana: nada es para él más respetable que ese gran sér colectivo "que remonta en las profundidades desconocidas del pasado, abraza el presente con sus diversidades, y desciende al porvenir infinito é insondable." Antes de convertirla en Dios, la habia hecho el sujeto mismo de la ley moral: tenemos en nosotros una benevolencia natural y un instinto de sociabilidad que nos atrae á los otros hombres; é inclinaciones egoistas que por naturaleza parecen sobreponerse á las otras. La educacion del espíritu debe tender á hacer predominar las primeras, que constituyen, en contraposicion al egoismo, una inclinacion que se acostumbra llamar en la escuela "altruismo." Esta especie de educacion debe comenzar ante todo por la higiene; porque los instintos crecen ó disminuyen con los órganos á que están adheridos; es preciso, pues, "atrofiar" el órgano de las inclinaciones personales, á fin de mortificarlas; desarrollar el órgano del altruismo para sustituir este solo sentimiento á todos los otros; porque es el eje de la vida moral. Esta bella máxima: "hacer á los demás lo que quisiéramos que se nos hiciese," está todavía contaminada de egoismo; es preciso eliminar hasta el menor pensamiento del yo: vivir para otro, hé aquí la divisa; ahogar en nosotros la totalidad de los deseos personales, hé aquí el deber: *amem te plus quam me, nec me nisi propter te.* Así están proscritos hasta los placeres inocentes, si no son útiles á la sociedad; ó al ménos debe lamentarse como "una enfermedad inevitable" la debilidad que nos arrastra á ellos. Fuera del deber no hay más que el pecado: así es que el hombre no tiene más que un solo derecho, "el de cumplir con su deber." Hase dicho de esta moral que era calvinista, tambien se la podria llamar estoica, pues tiene del estoicismo la tendencia á la unidad sistemática, que le reprocha Mill como defecto de orígen francés, y tiende á la unidad de práctica, al acuerdo de todos los actos reducidos á una sola intencion. Sistematizar su existencia, no querer más que una sola cosa, no concebir más que un solo motivo, hé aquí la perfeccion. Es quizás la primera vez que el empirismo, llevado hasta el extremo en la teoría, no tenga por consecuencia el egois-

mo en moral. Esta contradiccion, que coloca á Comte entre los moralistas del sentimiento, es debida á una vista tal vez inconsciente de la naturaleza humana, y á ese vivo sentimiento de que hay en ella inclinaciones de dignidad desigual, que no deben desarrollarse ni satisfacerse todas.

Concíbese que animado de ese grande amor al género humano, se haya dejado ir hasta divinizar su objeto y hacer de él una religion. Seria injusto poner á cargo del positivismo "las especulaciones sentimentales" que ha rechazado por la voz de sus representantes más autorizados; pero no se las puede pasar en silencio, pues todavía tienen adeptos, y hay, por otra parte, un interés histórico en mostrar al enemigo declarado de toda concepcion teológica, erigiéndose, para satisfacer un sentimiento que encuentra en su corazon y en el de todos los hombres, en gran sacerdote del culto de la humanidad. La raza humana considerada en su conjunto, con su pasado y su porvenir, hé aquí el gran sér que se debe adorar, superior á Dios por lo mismo que aprovecha nuestro amor y tiene necesidad de nuestros servicios; más digno de ser amado porque no puede recompensar á sus fieles ni inducirlos á los cálculos del amor mercenario. Sobre todo, las mujeres, "ese sexo amante," simbolizarán á la humanidad; y la madre, la esposa y la hija la representarán en las tres divisiones del tiempo. El culto que se les debe, salvo el caso de indignidad, se celebrará por ochenta fiestas anuales, y se distribuirá en nueve sacramentos. Dicho culto implica prácticas de todo género, signos exteriores como el que consiste "en tocar sucesivamente los principales órganos que la teoría cerebral asigna á sus tres elementos," y que reemplaza el signo de la cruz. Es dirigido por un clero compuesto de "la clase especulativa," encargada al mismo tiempo de la educacion, del ejercicio de la medicina, y que deja el poder temporal á los jefes de industria. El gran pontífice, juez infalible, es el fundador de la doctrina, y despues de un primer período de siete años, se deberá poner en sus manos la direccion de la enseñanza. Cinco años despues, el jefe del poder ejecutivo abdicará en provecho de tres proletarios positivistas, que tendrán el encargo de hacer la guerra á la inteligencia rebelada contra el corazon, hacer quemar todos los libros, con excepcion de unas cien obras; dividir la Francia en diezisiete repúblicas, y preparar por último el advenimiento definitivo del positivismo; que se fija á los treinta y tres años, contados desde el momento en que el filósofo, convertido en profeta, propone sus reglas. Nada falta á este delirio místico: la tierra se ha trasformado en gran fetique, el espacio se convierte en el destino ó la fatalidad, los números tienen virtudes misteriosas. Despues de haber cerrado en nombre de la ciencia la esfera "de lo inconocible," Comte la empuja á las aberraciones de la supersticion; la filosofía suprimida hace lugar á las puerilidades de la imaginacion, y la religion á la idolatría.

Cierto es que muchos positivistas están dispuestos á lamentar tales especulaciones, y á deplorar, como dice Stuart Mill, "esa triste decadencia de un grande espíritu, sus pensamientos extravagantes y su colosal confianza en sí mismo." Sin embargo, entre los mejores de ellos hay algunos que le han seguido hasta sus excesos; varias de esas ideas que podian creerse para siempre olvidadas, han reaparecido á toda luz en una insurreccion memorable, que quiso inaugurar una política positiva; y cuéntase que el

hombre respetable que presta á la doctrina el apoyo de su ciencia y carácter, ha derramado lágrimas al acordarse que habia contribuido á propagar tales ideas.

El positivismo, tal como Comte lo habia concebido, es, pues, una doctrina completa; verdad es que no tiene metafísica, ó al ménos se jacta de no tenerla, aunque se habla á veces con demasiada resolucion sobre "la inmensidad cerrada;" pero tiene su psicología, su lógica, su moral, su política y su filosofía de la historia. Su psicología es más ó ménos francamente materialista, y los escritores que la entienden de otra manera no son reconocidos por "filósofos del modo positivo." Su lógica es la del puro empirismo, tal como Hobbes la escribiria hoy; su moral no es sino una generalizacion de la historia; su política el absolutismo, y su filosofía de la historia una aventurada interpretacion de los hechos. Pero de ese conjunto de ideas que llenan tantos volúmenes, parece que muchas han desaparecido ya, y los discípulos han hecho de ellas un recuento que sólo deja subsistir el menor número. Este hace difícil de hallar el rasgo saliente por el que pueda reconocerse á un positivista. Fuera de M. Robinet, que es, segun Stuart Mill, "un discípulo segun el corazon de M. Comte, un hombre á quien no detiene ninguna dificultad ni espanta ningun absurdo," cada uno de los hombres eminentes que aceptan ese título, exige hacer reservas. M. Littré le reivindica, pero no reconoce por suyas más que las doctrinas del "Curso de filosofía positiva," y todavía nota allí más de un error notable haciéndole oportunas correcciones; M. Taine está "al lado del positivismo," pero parece que no piensa acercársele más; M. Robin le presta la autoridad de su ciencia, pero esa ciencia está lejos de confirmar las teorías fisiológicas de Comte, y sólo se les semeja en reducir toda la actividad intelectual y moral á propiedades del sistema nervioso; pero de esto ya habian dado ejemplo Cabanis y Broussais. Verdad es que el positivismo ha pasado á Inglaterra, en donde le introdujo M. Lewes, pero los psicólogos ingleses, determinados todos á practicar la observacion por la conciencia, y á reservar "la cuestion de lo inconocible" ó la de lo absoluto, son descendientes de Hume y de James Mill, más bien que imitadores de Comte. Entre los sábios, Huxley ha combatido la famosa triada histórica y la clasificacion de las ciencias; entre los filósofos, Spencer critica más bien que aprueba el conjunto de las doctinas positivistas. Stuart Mill, á quien la escuela quisiera adoptar por su lógico, casi no merece tal título sino en cuanto á su gusto por las ciencias de observacion y el análisis, y por su repugnancia á la metafísica, lo que no le ha estorbado arruinar por una discusion séria, las aserciones más esenciales del sistema que Littré trató de defender. En suma, si se quita del "comtismo" lo que cada uno de sus partidarios se rehusa á admitir, no quedará más que cierto número de proposiciones comunes á todas las filosofías empíricas, y deberá decirse con un escritor positivista: "La verdadera originalidad de la filosofía positivista, está en el método, mucho más que en la doctrina." Y todavía ese método no es original en sí mismo. Lo nuevo, poco más ó ménos, es su extension á todos los problemas, y la negacion de los que no puede resolver.

E. CHARLES,
Rector de la Academia de Clermont-Ferrand.

REVISTA DE PERIODICOS.

México, Marzo 1º de 1883.

Comenzarémos por corregir dos erratas que se deslizaron en nuestra revista anterior, y son las siguientes: En la página 207, línea 41, se lee: "puesto que se *tendrian* simplemente á restablecer una enseñanza," en lugar de "puesto que se *tendia* simplemente, etc." En la misma página, línea 45, se dice: "la dignidad del profesorado que en nosotros veiamos atracada," en vez de *atacada,* como es fácil suponer. Por lo demás, la completa falta de escritos sobre materias filosóficas, nos va á poner en la necesidad de suprimir esta parte de nuestra publicacion. Hace un año se notaba cierta animacion en el periodismo mexicano para tratar cuestiones que más ó ménos directamente se relacionan con la filosofía, y creimos por lo mismo, conveniente dedicar una seccion especial para dar cuenta de esos trabajos, en que veiamos la expresion de un movimiento intelectual que debia ser tomado en consideracion. La experiencia, sin embargo, nos ha venido á probar que nos equivocamos enteranente; que aquella animacion reconocia causas muy distintas de las que le suponiamos, teniendo en consecuencia que desaparecer con ella como ha sucedido. No nos detendrémos en fijar esas causas, porque seria salirnos de nuestro propósito, penetrando en un terreno que nada tiene de filosófico; limitémonos á señalar un hecho, que no carece de significado. Tal véz más tarde se renueve la discusion, pues no nos sorprenderá que se hagan esfuerzos para restablecer una enseñanza que cuenta con fervorosos adeptos, en tal caso volverémos nosotros á emitir nuestras opiniones con la franqueza que acostumbramos, no porque nos lisonjeemos con decir algo nuevo á adversarios cuya ilustracion es notoria, sino porque es conveniente que todas las opiniones se examinen bajo sus diversos aspectos, pues de esta manera, áun las personas agenas á cierta clase de estudios, pueden formarse un juicio exacto en cuestiones de un interés general. Las luchas filosóficas no son nuevas; áun en las épocas de más ignorancia y de ménos libertad intelectual, los pensadores se han dividido formando escuelas que se han disputado ardientemente el dominio de las ideas. Se comprende que sectarios apasionados que se figuran que fuera de sus opiniones no hay más que errores é ignorancia, se impacienten de que haya alguien que ponga en duda la infalibilidad de sus oráculos, y menoscabe de alguna manera el prestigio y los intereses que se abrigan á la sombra de esa infalibilidad; pero es preciso ver las cosas desde un punto de vista más elevado, reconociendo que no siempre el espíritu de secta se identifica con la conveniencia social. No debe extrañarse, pues, que si hay quienes opinen que el mayor servicio que puede prestarse á la juventud es inocular en su espíritu los gérmenes del ateismo, del materialismo y del escepticismo, haya quienes juzguen de un modo enteramente contrario, y que usen por lo mismo del derecho de exponer su pensamiento con entera libertad. Los primeros se irritarán y agotarán contra los segundos las armas del *desden trascendente,* pero esos arranques de cólera no disminuirán en un solo ápice la dósis de verdad que se contenga en las doctrinas opuestas. Conocidas como son las ideas que profesamos y la marcha que en su exposicion y defensa seguimos, nada tenemos que ofrecer de nuevo, y esperamos que los lectores encuentren siempre en esta publicacion, la misma buena fe, la misma imparcialidad y el mismo respeto hácia nuestros adversarios.

J. M. Vigil.

LA NEGACION POSITIVISTA

Y SU

VALOR CIENTIFICO

DISCURSO PRONUNCIADO EN NTRA. SRA. DE PARIS, POR EL PADRE FÉLIX

Señores.

Hemos visto á la negacion materialista, lo mismo que á las anteriores, enarbolar la bandera de la ciencia y no dejar más que ruinas en los dominios científicos. Hemos visto que el materialismo, negando el alma como sustancia distinta del cuerpo, á la vez que acaba con los elementos que la componen y con las palabras que sirven para expresarla, echa por tierra la gran ciencia que ha ilustrado tantos ingenios, la psicología ó la ciencia del alma. Pero todavía lleva más adelante el materialismo sus devastaciones en el imperio de los conocimientos; porque negando el espíritu y proclamando el reinado exclusivo de la materia en el hombre, niega al mismo tiempo la libertad, proclamando el reinado exclusivo del mecanismo y de la fatalidad; y la negacion absoluta de la libertad trae consigo la negacion y la destruccion absoluta de la ciencia moral ó de la moralidad de los actos humanos. No más ciencia psicológica; no más ciencia moral: tales son los dos resultados infalibles del triunfo del materialismo.

Hasta aquí, señores, hemos visto cuatro grandes negaciones que bajo sus golpes destructores arrastran consigo, unas en pos de otras, la ruina de la verdad y de la ciencia como restos de un edificio que se demuele, piso por piso y piedra por piedra: hemos visto al naturalismo, al panteismo, al ateismo y al materialismo, siguiéndose y confundiéndose muchas veces en un horrible amontonamiento de ruinas científicas. Parecia que tocábamos ya á las últimas fronteras de la negacion, y que no podiamos proseguir sin volvernos atrás. Pero estaba reservado á nuestro siglo formar con los restos de todos esos sistemas, otro que aunque asimilándoselos, se distingue de ellos por una fisonomía

especial y se presenta entre nosotros como la reunion más completa de negaciones que se ha visto nunca en la historia del espíritu humano. Y lo que en particular caracteriza ese sistema, y le reviste de un interés especial desde el punto de vista en que estamos colocados, es que esa vasta sistematizacion de errores, y ese enorme conjunto de negaciones se nos ofrece precisamente como la más alta expresion del saber y la más completa organizacion de la ciencia en el siglo XIX. Ese sistema tan extraño se ha dado un nombre más extraño todavía: se llama el *positivismo*.

¡El positivismo! Esta palabra, inventada para expresar un conjunto de negaciones, es más que todo una cosa bien extravagante. La palabra *positivo* tiene en las tradiciones de nuestra lengua francesa sentidos muy diferentes segun la especialidad de las cosas que expresa y que nadie entre vosotros puede ignorar. Trabajo nos cuesta, por lo tanto, comprender á los hombres que nos traen con aire de reveladóres esa novedad singular que se llama el positivismo; y no podemos ménos de preguntarnos si nos hablan con formalidad esos cándidos reformadores, cuando nos dicen, mirándonos con tanta altivez y con tan raro desden: "Nosotros, los sábios, somos positivistas: nosotros profesamos la "ciencia y la filosofía *positiva:* ciencia del progreso, filosofía del porvenir, que ha de "regenerar al mundo y trasformar á la humanidad."—Oráculo de profetas, símbolo de novadores, que anuncia, no sólo una nueva revolucion social, sino como ellos dicen en su prodigioso idioma, *una nueva educacion de las inteligencias.*

Por honor á nuestro carácter nacional, que tiene tanto anhelo por la claridad y tanta sed de luz, es necesario entenderse ántes respecto al sentido de las palabras; y para esto es preciso que el positivismo consienta en darse á conocer, definiendo y exponiendo su propia doctrina. Investiguemos, pues, ántes que todo, cuál es la fórmula explícita de su símbolo, el secreto de sus ambiciones, el resultado de sus esfuerzos, lo que cree, lo que espera, lo que es realmente. Despues de exponer á vuestras inteligencias, en su verdadera fisonomía, esa creacion prodigiosa del siglo XIX, pondrémos de manifiesto lo que vale bajo su aspecto científico esa pretensa *organizacion* de la ciencia.

Causará á algunos extrañeza que consagremos un discurso entero á la exposicion y á la refutacion de esa forma fantástica de la negacion contemporánea; y yo confieso, señores, que si el positivismo no tuviera otra importancia que la que pudiera darle su valor intrínseco, no habria que ocuparse mucho en un sistema que lleva tan léjos como es posible la singularidad científica, la extravagancia religiosa y la contradiccion filosófica. Pero el positivismo tiene á su favor dos cosas que explican el éxito que relativamente alcanza; y la fascinacion que produce en la inteligencia de los jóvenes: y son, por una parte, el mentís que lanza contra las más sagradas afirmaciones; por otra, la libertad que da á las más detestables pasiones: tantas cosas verdaderas como niega en el órden intelectual; tantas cosas vergonzosas como legitima en el órden moral: esto es lo que me decide á exponer primeramente, refutando despues en sus principios fundamentales la doctrina positivista.

I.

El positivismo, nacido en nuestro suelo, y por decirlo así, á nuestra vista, sigue siendo para el mayor número de nosotros como uno de esos países extranjeros de que se oyen contar cosas prodigiosas, y á los que casi no se conoce más que por las relaciones de los viajeros que los han cruzado. Por eso, ántes de entrar en la refutacion directa de ese sistema tan antipático al buen sentido del género humano, y sobre todo, al génio de Francia, creo necesario empezar por haceros de él una exposicion clara y francamente imparcial. Bien sé que esa exposicion de los grandes errores ofrece sus dificultades, porque tropieza fácilmente en uno de dos escollos: calumniar ó lisonjear; desfigurar ó embellecer; ser injusto con el error á fuerza de amor á la verdad, ó ser injusto con la verdad á fuerza de contemplaciones con el error. ¿De qué manera pasarémos entre esos dos escollos, al exponer rápidamente las doctrinas positivistas, con una imparcialidad completa y con una justicia consumada? Hay para ello un medio que me ha parecido tan sencillo como leal; mostraros suscintamente al positivismo pintado por sí mismo.

Así, pues, señores, prestadme por algunos momentos una paciente atencion, y no os escandaliceis, porque voy á hablar como buen positivista, es decir, como muy mal católico, y debo añadir, como muy mal filósofo.

Para entrar con conocimiento de causa en la nueva secta, hé aquí lo que primero debe admitir el iniciado. Ha de saber que todas nuestras concepciones, de cualquier órden que sean, pasan sucesivamente por tres estados, cuyo órden determina la naturaleza de las cosas y está señalado en la historia por distintas etapas: el estado teológico, el estado metafísico y el estado positivo. Este desenvolvimiento del espíritu humano es universal y no reconoce excepcion. En el estado *teológico*, el hombre, trasportando al mundo exterior la idea que de sí tiene, *supone* que los objetos se mueven por la accion de voluntades superiores, pero en la esencia análoga á la suya. De aquí la hipótesis de los ángeles y de las divinidades paganas; de aquí tambien la hipótesis de Dios. En el estado *metafísico*, el hombre sustituye entidades abstractas á las concepciones concretas de las teologías; y *supone* á esas entidades, que son producto de su propia imaginacion, con una realidad y una objetividad que no existen. De aquí un conjunto de especulaciones estériles y de supuestos conocimientos metafísicos, tan faltos de realidad como la misma teología. Por último, en el estado *positivo*, que es la era de las verdaderas grandezas de nuestra humanidad, el hombre reconoce su verdadera situacion en medio del órden universal de que forma parte; y llega á hacer un gran descubrimiento, cual es que los movimientos de los séres y el conjunto de sus fenómenos están determinados, no por *voluntades libres*, sino por las *propiedades* de las cosas, por fuerzas *inmanentes*, cuyo conocimiento sirve de base á toda la ciencia.

La verdadera filosofía de la historia consiste en poner de manifiesto á la luz de los hechos la sucesion regular y normal de esos tres estados en el desenvolvimiento del espíritu humano, los cuales constituyen el triple *régimen mental* de la humanidad.

Así veis cómo el régimen *teológico*, partiendo desde la cuna de las religiones y de las sociedades, pasa por esas varias faces, se simplifica progresivamente, se va haciendo cada vez más abstracto, y á cada simplificacion que en él se produce, va teniendo ménos parte en la vida de los hombres. Veis además siempre á la luz de los hechos, el régimen *metafísico*, al principio subordinado al imperio del dogma, despues en rebelion abierta con los dominios teológicos, ganando cada dia terreno á la teología y tomando atrevidamente la direccion de las inteligencias en la era de las revoluciones que todavía dura. Veis, por último, al régimen *positivo* suplantando cada vez más á la misma metafísica, y despues de haberse ido apoderando sucesivamente de todas las ciencias, *eliminar* todo lo que no es él y absorber cuanto en él pueda entrar, y hoy dia pone el pié triunfante en el dintel mismo del órden social.

Tal es la sucesion de los tres estados por los cuales pasa de una manera fatal el espíritu humano. El último excluye á los otros dos, y los condena á un desuso definitivo y á una impotencia irremediable, á causa de su oposicion radical con él.

No es difícil comprender de dónde procede ese antagonismo radical entre los dos primeros estados y el tercero. La índole general de las cuestiones es enteramente opuesta entre la filosofía teológica ó metafísica, y la filosofía positiva, puesto que la una se ocupa en lo absoluto y la otra en lo relativo, y nada más que lo relativo. Tal es la línea profunda de demarcacion que en adelante ha de separar el pasado y el porvenir del espíritu humano. Hasta ahora, el hombre ha dejado lo finito y lo relativo, para ir en pos de lo absoluto, y lo infinito; y lo infinito y lo absoluto son inaccesibles al espíritu humano, no siendo susceptibles de demostracion ni de refutacion. El espíritu humano, en sí mismo no es lo absoluto ni lo infinito: preguntarle el secreto de uno y otro, es pedirle lo que no tiene ni puede dar. Por tanto, encerrarse en el círculo de lo que la escuela llama lo *contingente* y lo *relativo*, constituye una diferencia capital entre una y otra filosofía, y abre entre ellas un abismo que impedirá al mundo del porvenir volver á las doctrinas de lo pasado.

Este es el partido definitivo y la resolucion inquebrantable que toma el positivismo. Así es que de hoy en adelante el positivismo no discutirá ya con los teólogos ni con los metafísicos, sino que les volverá la espalda y los pondrá *fuera de la ciencia*. Y esa exclusion que pronuncia el positivismo contra la teología y la metafísica, no la pronuncia ménos contra la psicología y la moral, tal como los filósofos le han comprendido en nuestros dias. La psicología ó la ciencia del alma, considerada como sustancia inmaterial, no es ménos quimérica en su objeto que la misma metafísica; y los hechos de conciencia, considerados como distintos de los fenómenos fisiológicos, no tienen más que un valor puramente *nominal*. La moral aceptada como legislacion de nuestra vida espiritual, escrita en el fondo del alma por el dedo divino, tampoco es en sí misma otra cosa que una bella ilusion. La verdadera moral, la que consagra la ciencia, descansa por completo en la distincion de los instintos *egoistas* y de los instintos *altruistas*, ó sea los que concen-

tran al hombre en sí mismo, y los que lo inclinan hácia los demás. El egoismo y el altruismo son los dos polos en la vida moral de la humaidad.

Una vez descartadas todas las regiones de la hipótesis y reconocidas como inaccesibles á las miradas de la verdadera ciencia, los dominios científicos se estrechan de un modo notable, pero es para iluminarse más. El positivismo, colocado fuera de lo imaginario y de lo quimérico, toma en medio de la luz de la ciencia, el punto de partida que ha de llevar la ciencia de claridad en claridad desde su base más profunda hasta su más elevada cumbre, es decir, desde los primeros elementos de las matemáticas hasta la cima luminosa de la *sociología* ó ciencia de la sociedad, último término á que ha de llegar un dia la filosofía positivista.

Ya veis, pues, lo que de hoy en adelante ha de entrar en ese reino de la luz pura y constituir los elementos de la ciencia nueva: hechos, y nada más que hechos; hechos, con las leyes inherentes á su naturaleza y las fuerzas *inmanentes* de la materia. Es necesario desarraigar esa preocupacion que tan cuidadosamente han infundido los teólogos y los filósofos, de "que hay dos órdenes de hechos perfectamente distintos, los que caen "bajo los sentidos, y los que solo descubre la conciencia;" porque esa distincion es el vicio fundamental de la ciencia de lo pasado. "Todos los hechos son esencialmente *homogéneos*, y no hay más que un procedimiento para conocerlos, que es la experiencia ó la observacion. Todo fenómeno real debe ser observable; y para eso es necesario que caiga bajo los sentidos. Toda otra observacion es esencialmente vana.

Por eso, en vez de lanzarse con la imaginacion en busca de las *causas* y de la *esencia* de los séres, el procedimiento único y universal que de hoy en adelante ha de conducir al verdadero conocimiento de aquellos séres y de sus leyes, es aplicarse á estudiar por medio de la observacion las cosas en sí mismas, con sus fuerzas *inmanentes*; y sustituir á las aventuras de la especulacion teológica, metafísica, moral, ó psicológica, las investigaciones precisas del cálculo, aplicado á las realidades materiales. Ahora bien, seis ciencias que están ligadas entre sí, y se auxilian unas á otras, encierran dentro de sus grandes líneas el conjunto de los hechos observables y el campo de las investigaciones científicas: estas seis ciencias son: las matemáticas y la astronomía; la física y la química; la biología y la sociología: las matemáticas, que son la ciencia del número, de la dimension y de la extension abstracta; la astronomía, que es la ciencia de los movimientos de los cuerpos y de su extension determinada; la física, que es la ciencia de las leyes generales que rigen á la materia; la química, que es la ciencia de las afinidades de los cuerpos y de sus elementos moleculares; la biología, que es la ciencia de los séres vivientes; y la sociología, que es la ciencia del hombre social. Cuanto es posible *saber* está encerrado en el círculo descrito por los contornos de esas seis ciencias; y esa es la esfera exclusiva en que la ciencia está llamada á moverse en lo porvenir.

Tal es el edificio científico que el positivismo construye para elevar el espíritu humano. Su base es ese diamante inquebrantable que se llama la ley matemática; y en su más alta cumbre muestra la ciencia de la vida y la ciencia de la sociedad, ó en términos positivistas, la *biología* y la *sociología*. Entre esas dos ciencias, de las cuales una es la expresion de lo más sencillo y otra de lo más complejo, la obra maestra de la filo-

sofía positivista es ordenar todas las ciencias, escalonarlas gradualmente unas en pos de otras, tomando cada una su punto de apoyo en la que le precede y sirviendo de fundamento á la que ha de seguir: desprender de esas ciencias las leyes que las rigen; y llegar desde todas esas leyes, caminando de simplificacion en simplificacion, hasta la ley universal y general que las domina todas. En adelante la filosofía no debe ser más que el resúmen, ó por mejor decir, la simplificacion de las leyes generales *inmanentes* en la naturaleza, y comprobadas por la ciencia

Este es el milagro que el positivismo está en vías de llevar á cabo. El positivismo ha trazado de una manera definitiva el recinto de la ciencia; de suerte que abrazar lo que él abraza, es abrazar la realidad entera. La filosofía positiva se asemeja á las primeras circunnavegaciones que han mostrado al hombre los límites del globo terrestre: da la vuelta á la realidad, como los navegantes han dado la vuelta al mundo. Más allá y más arriba de este mundo en que el entendimiento humano encuentra todo lo que puede saber, las miradas del sábio no descubren sino regiones imaginarias, que se llaman, unas veces teología, otras metafísica, ya psicología, ya moral, y que son como esos cielos fantásticos que la ignorancia de la astronomía creó y en cuya creencia mantuvo por largo tiempo á los pueblos en su infancia.

Tal es la fe robusta que el positivismo tiene en su propia suficiencia; y esta fe hace nacer en él esperanzas fabulosas. El positivismo tiene acerca de sus destinos, visiones, esperanzas y ambiciones que apenas se podrian creer si no se supiese de todo lo que es capaz el orgullo del espíritu humano, cuando no creyendo ni esperando en Dios, tiene en sí mismo una fe sin medida y una esperanza sin límites. Sin duda lo que acabais de oir es prodigioso; pero hay en la secta nueva algo que me parece más asombroso aún, y es lo atrevido de sus profesías y lo extraordinario de sus esperanzas. Sigamos oyendo al positivismo.

"Hoy el régimen positivo lo invade todo y domina en todas partes, excepto en el terreno social. Pero el que siga con ojos atentos el desenvolvimiento de las ciencias, y las vea cómo van desalojando de sus posiciones á las nociones teológicas, metafísicas, morales y psicológicas, verá de una manera evidente que la série se completará: y el advenimiento del reinado positivo en todas las ramas de los conocimientos humanos, trae necesariamente consigo su advenimiento en el único órden de cosas de que está excluido aún, que es el órden social.

"En medio de los partidos que luchan, el terreno se oculta en todas partes bajo los piés de los contendientes; y todo converge hácia la nocion positiva del mundo.

"Al declinar la autoridad sobrenatural aparece una nueva autoridad, que es el positivismo. y todo se va colocando clasificando y coordinando en derredor de ella.

"Si miramos lo que queda detrás de nosotros, verémos á la historia mostrándonos la dilatada corriente de las ideas teológicas y metafísicas en todo su desenvolvimiento; pero ya comienza á señalarse otra vertiente, y el manantial de las ideas positivas brota á su vez y en adelante correrá con libertad por el lecho que él mismo se abre y por la pendiente que lo precipita.

"La humanidad en su infancia estaba regida por la ley de la *trascendencia:* en su

madurez la regirá la ley de la *inmanencia*. La trascendencia era la teología ó la mefísica que explicaba el mundo por la accion de causas que iban á buscarse fuera de él. La inmanencia es la ciencia positiva, que explica el mundo por la accion de las causas que están en él. Estas dos corrientes han luchado largo tiempo una con otra; pero el dilatado conflicto en que han estado toca á su término;" y nada en el mundo puede ya detener la carrera fatal que lleva al positivismo en el carro del progreso al gobierno de las inteligencias y al dominio del porvenir.

Lo que profetiza de una manera más infalible á los ojos del positivismo su triunfo definitivo é inmediato, es el derrumbamiento general y la decadencia irremediable de todo lo que precede á su advenimiento. Si se le oye á él, no hay ya símbolo religioso que pueda contar en adelante con el asentimiento de todos los hombres; no hay ya doctrina metafísica capaz de imponerse á todas las inteligencias: y por lo tanto no hay ya nada que pueda impedir el reinado del positivismo. Lo sobrenatural está relegado para siempre á la region de las quimeras; y la metafísica se ha perdido para siempre en el vacío de sus abstracciones, ó por mejor decir, de sus sueños. Al mismo tiempo que se verifica esta doble decadencia, las ciencias positivas se levantan alcanzando cada dia más autoridad; y sobre uno y otro régimen del espíritu humano, que se han hecho ya imposibles, es inevitable el triunfo del régimen positivo. El positivismo no es ya sólo la doctrina del porvenir, sino la del presente; su triunfo ha comenzado y continúa: no le falta más que completarse. Y si consentimos en creerlo; si queremos reconocer su importancia contemporánea y su dominacion ya casi universal, poco falta, señores, para que vosotros y yo estemos ya sometidos al tercer régimen mental; y sin duda alguna el dia ménos pensado, la humanidad entera, asombrada de verse trasportada al nuevo régimen, sin saberlo, exclamará al despertarse, desde un extremo al otro del mundo: "Soy positivista."

Ya lo veis, señores, el positivismo no es modesto; bien se ve que la humildad no es una virtud positivista, porque es imposible admirarse y jactarse con una seguridad más rara y una calma más olímpica. Así es que experimento cierto pesar al venir á turbar á sus reveladores y á sus oráculos en el placer celestial que sienten, segun parece, al proclamarse señores del mundo y reguladores del pensamiento. Sin embargo, por más que colocados en el fondo de su olimpo de semidioses, nos miren desde tan alto á nosotros los pobres mortales, necesario es que se dignen poner el pié en el terreno á que nos provocan, y nos den alguna cuenta, en el punto mismo de vista en que se colocan, de la presuncion que ostentan y de las ambiciones que manifiestan. Tenemos derecho á preguntarles qué son y qué han hecho para legitimar una fe tan colosal y unas esperanzas tan gigantescas: una fe capaz de trasportar, no sólo los montes, sino los mundos; unas esperanzas capaces de trastornar las cabezas más fuertes y de sacar de quicio á los espíritus más firmes.

Si yo tuviera delante de mí á esos cándidos maestros del espíritu humano, é iniciadores del nuevo régimen mental, ved aquí sobre poco más ó ménos lo que quisiera decirles por su interés y por el nuestro, ántes de discutir á fondo el sistema que acabo de exponer.

Señores positivistas, en verdad que no sois poco ambiciosos; vosotros mismos no haceis misterio de eso. Nos anunciais con una solemnidad que no es comun en el ingenio no sólo una nueva reforma del mundo, sino lo que es mucho más grave y radical todavía, lo que llamais en vuestra lengua *una nueva educacion de las inteligencias.* Ahora bien: esos nuevos maestros de las inteligencias, si es que os comprendo bien, sois vosotros, vosotros mismos, vosotros sólos: y en verdad que semejante ambicion, ya lo conoceis, bien vale la pena de que se la justifique con algun título eminente. Vosotros profetizais más que milagros; siendo así nos habeis de permitir que os planteemos esta cuestion. ¿Quiénes sois? Sí: eso que los judíos preocupados preguntaban al santo precursor de Cristo, sentimos la necesidad de preguntároslo á vosotros que os presentais como los mensajeros del progreso y los Mesías del porvenir. Dignaos, pues, respondernos quiénes sois y qué decís acerca de vosotros mismos. Que sois profetas, y profetas de vuestra gloria, eso ya lo sabemos; pero sólo el porvenir posee el secreto de vuestro triunfo ó de vuestra derrota, y ya la historia dirá algun dia al mundo lo que se debia pensar acerca de las profecías del positivismo. Dejemos, pues, á un lado el ministerio profético, que no tiene nada que ver con la ciencia, y decidnos lo que sois ante ese siglo al que quereis educar y ante nuestras inteligencias á las que pretendeis servir de maestros. ¿Sois reveladores? ¿Sois inventores? ¿Sois organizadores?

¿Reveladores? Así deberia ser, sin duda alguna, para legitimar vuestra ambicion y justificar vuestra empresa: porque, ¿cómo es posible que sin haber recibido desde lo alto el signo auténtico de una nueva revelacion, vengais con toda formalidad en el siglo XIX á proponernos una nueva educacion de las inteligencias, ó para decirlo en otros términos, una refundicion del espíritu humano? Si no sois dioses, y nada que yo sepa nos ha demostrado que lo seais, vuestra ambicion es cuando ménos sorprendente. Lo que nos anunciais tiene traza de divino: mostradnos, pues, un reflejo de Dios en vuestra frente. ¿Cuál es vuestra revelacion? ¿Qué verdades desconocidas traeis al mundo? ¿Con qué nuevo dogma enriqueceis al espíritu humano?

¡Ah! ese espíritu humano os ha comprendido ya, y ese siglo os ha visto á toda luz; y sabe que vuestras revelaciones no son más que supresiones, que en vez de multiplicar las verdades, las disminuís; que en vez de iluminar nuestras inteligencias con nuevas luces, no haceis más sino apagar las antiguas. Sí: vosotros apagais con vuestro soplo esas radiantes antorchas que iluminan desde lo alto todos los laberintos de la inteligencia como son la teología, la metafísica, la psicología y la moral; y con todo eso decís: *Fiat lux.* ¡Y ese es vuestro papel como reveladores y vuestro ministerio como iluminadores! Apagar la teología, apagar la metafísica, apagar la psicología, apagar la moral misma; y creer despues firmemente que una vez extinguidas con vuestro potente soplo todas esas grandes antorchas del espíritu, el género humano verá más claro, y que arrojada la luz de todos los puntos culminantes, va á subir de abajo arriba contra todas las leyes establecidas. ¡Oh, reveladores! Dejadnos nuestras antorchas, y guardaos vuestras revelaciones.

No sois reveladores, nó. ¿Qué sois, pues? ¿Sois *inventores?* Pues entónces seria preciso que al ménos nos dijéseis cuáles son y dónde están vuestras invenciones. ¡Mas ah!

Bien conozco vuestras invenciones, que darian no poco que reir á este grave auditorio y que no recordaré. No, señores, no quiero proporcionarme el placer harto fácil de hacer pasar por delante de vuestros ojos las fantásticas invenciones que han dado á ciertos maestros del positivismo la celebridad de la extravagancia más aún que la del ingenio. Dejaré á un lado los fenómenos veletudinarios de ese famoso *régimen mental.* Me haré cargo del positivismo ménos imaginativo, ménos enfermizo y ménos propenso á las crísis de la alucinacion; del positivismo más franco y más razonable, más político y más castigado, más retocado y más corrécto; en suma, del positivismo más *positivo.* Lo tomaré tal como hace un momento nos lo mostraba su oráculo más ilustre; y le diré: ¿Qué has hecho por el progreso de la ciencia? A cada momento estoy oyendo en tus discursos esa palabra cabalística: la ciencia. Pues bien: nosotros, que no somos positivistas, querriamos saber lo que ha hecho el positivismo en el siglo XIX para que pueda considerársele como el númen de la invencion científica.

Vosotros nos decís con grande estrépito, que independientemente de la teología, de la metafísica, de la psicología y de la moral, es decir, de todo lo que vosotros no admitís, hay seis ciencias entre todas las demás que limitan y demarcan los dominios científicos; á saber: las matemáticas y la astronomía, la física y la química, la biología y la sociología. Nos decís además que esas ciencias están enlazadas por relaciones naturales que es casi imposible no ver si se tienen los ojos abiertos. ¡Qué descubrimiento, gran Dios! Que hay seis ciencias y que esas seis ciencias se corresponden y se llaman mútuamente. Ved ahí una cosa maravillosa; y en verdad que creemos comprenderos. Pero, ¿no podrémos saber cuál de esas seis ciencias es la que vosotros habeis inventado, ó al ménos la que habeis engrandecido ó perfeccionado de un modo notable? ¿ó siquiera la que por el áspero camino del trabajo habeis levantado hasta la gloria de los grandes descubrimientos que han dejado impreso un surco luminoso en pos de los pasos de tantos ingenios ilustres en la ciencia? ¿Dónde están vuestros Kepleros, vuestros Galileos, vuestros Newtons, vuestros Leibniz, vuestros Laplaces y vuestros Lavoisiers? Voy buscando entre vosotros un solo hombre que haya sorprendido en la creacion un secreto del Criador: voy buscando un verdadero *inventor;* y no lo encuentro.

No sois, pues, inventores, como tampoco sois reveladores. Y entónces ¿qué sois? ¡Ah! ya os oigo reivindicar una gloria que no tiene semejante en la ciencia. "Nosotros somos, decís, los *organizadores* de la ciencia moderna en el siglo XIX." ¡Los organizadores de la ciencia....! Pero, ¿de qué manera? ¿A la manera de Aristóteles, á la de Santo Tomás de Aquino, ó á la de Bacon? Mirad bien que áun sin tomar en cuenta la comprension, la amplitud y la profundidad del ingénio, os separa un abismo de esos grandes organizadores de la ciencia. Ellos lo abarcaban todo, ó al ménos no excluian nada. El primero tomó por centro la filosofía, el segundo la teología y el tercero la física; pero ninguno de los tres conocia esa excomunion intolerante de una parte de la ciencia respecto de la otra; ni se les habia ocurrido que para organizar la ciencia fuese preciso separar de una vez la mitad ó las tres cuartas partes de ella: sobre todo, nunca se figuraron que fuese preciso *eliminar* sistemáticamente sus bases más profundas y sus puntos más sublimes. Pero vosotros, señores positivistas, ¿qué otra cosa haceis sino eliminar y eliminar incesantemente?

Os hablo de la ciencia que ilustraron San Agustin, San Anselmo, Santo Tomás y San Buenaventura, ó sea de la teología. ¿La teología? decís: está eliminada.—Os hablo de esa otra ciencia que recuerda los grandes nombres de Aristóteles y Platon, de Descartes y de Leibniz, de Bossuet y de Fenelon, ó sea de la metafísica. ¿La metafísica? decís: está eliminada. Os hablo de esa ciencia del alma que tambien tuvo por intérpretes los más grandes ingenios, ó sea de la psicología. ¿La psicología? preguntais: está eliminada. Os hablo, en fin, de la moral eterna, de los hechos morales, de los fenómenos de la conciencia. ¿La moral, dice el positivismo; los hechos de la conciencia, los fenómenos morales? Están eliminados; eliminados, os repito.

¿Y á eso se reduce vuestra nueva organizacion? ¿Y ese es el método fecundo que ha de multiplicar en lo porvenir los milagros de la ciencia: la *eliminacion*, siempre la *eliminacion*? De manera que al par que con las grandes líneas de esas seis ciencias, cuyas mútuas relaciones y armonías correlativas nos poneis de manifiesto bien ó mal, nos trazais, como hizo Dios con los límites de la tierra, las fronteras de la ciencia; describís, con la regla y el compás en la mano, una especie de base destinada á servir de sosten á toda la arquitectura científica, y nos decís con tono imperativo: todo lo que no está comprendido en ese recinto, está *fuera de la ciencia.*

¿Y á eso llamais la organizacion de la ciencia y la educacion de las inteligencias; á una série de negaciones y de destrucciones? ¡Ah! yo os lo juro por la ciencia misma; vuestra obra no es un edificio levantado con verdades nuevas para que se cobije bajo de él el ingenio del porvenir: es la prision del espíritu humano construida con los restos del materialismo, del ateismo, del panteismo y de todos los errores que de un siglo á esta parte están amontonados en el camino real de la ciencia. Vuestra obra es un conjunto de negaciones; es un plagio de filosofía negativa: es la negacion misma, en la más vasta escala que el espíritu humano la ha practicado nunca. Y por una de esas ironías vengadoras que la verdad echa sobre el error cuando la ultraja, viene á suceder que esa soberbia palabra *positivismo*, que quiere significar la plenitud de la afirmacion, no sirve sino para designar la plenitud de la negacion. Retiraos, pues, que ya estais juzgados. No sois reveladores, nó. No sois inventores, nó. No sois organizadores, nó. No sois más que *eliminadores*. No sois la multiplicacion de la ciencia, sino su disminucion; no sois el engrandecimiento de las inteligencias, sino su empequeñecimiento; no sois un edificio levantado con verdades conquistadas, sino un monton de ruinas formado con el polvo de las verdades destruidas; no sois la armonía de las afirmaciones, sino la amalgama de las negaciones.

¡Y á ese monton de ruinas, à ese casucho formado de escombros, es á lo que llamais soberbiamente el edificio de la ciencia nueva! Vamos, pues, á demostrar, ántes de concluir, que esa construccion no puede sostenerse; que no hay en el mundo nada ménos científico, ni más desmentido por la ciencia que esa titulada organizacion de la ciencia.

(Concluirá.)

EL SER.

La nocion del sér es sin contradiccion la más universal, y por consiguiente, la más simple que se encuentra en nuestro espíritu: ninguna cosa puede ser concebida si no se la concibe al mismo tiempo como una cosa que es ó que puede ser; y recíprocamente, lo que no es ni puede ser no podria concebirlo ninguna inteligencia. Una definicion del sér es, pues, absolutamente imposible, puesto que los elementos necesarios de toda definicion, es decir, el género y la diferencia, suponen ya la clasificacion de los séres y de sus cualidades. Así, no debe buscarse un sentido á esta proposicion de la Escuela: "El sér es aquello á lo que no repugna la existencia;" porque, ¿qué es la existencia, sino el modo más general y esencial del sér, aquello por lo cual se distingue de lo que no es? ¿No es una misma cosa ser y existir, y acaso nos parece uno de estos términos más claro ó más oscuro que el otro? Es verdad que se distingue el sér imaginario ó simplemente posible, del sér real, es decir, el sér que existe, del que no existe; pero esta distincion justificada por las necesidades del lenguaje, no toca el fondo de las cosas. Toda obra de imaginacion se compone de elementos reales, cada uno de los que, tomado aparte, existe positivamente, al ménos en cierto grado, aunque en su conjunto no correspondan á ningun objeto de la experiencia. El hombre no tiene la facultad de producir por su sola voluntad nociones absolutamente simples, ó lo que viene á ser lo mismo, no puede representarse lo que no existe de ninguna manera ni en sí ni fuera de sí. Hay más: el órden en que las nociones verdaderamente simples de la razon ó de los sentidos se combinan entre sí por la imaginacion, no es á menudo más que una ley de nuestra existencia intelectual y moral, es decir, un modo muy real del sér considerado en ciertos límites y desde cierto punto de vista. En efecto, cuando se considera en cierta extension y sin prevencion ninguna la historia del pensamiento humano, no se tarda en advertir que todos los errores de que está llena, que todas las ficciones inventadas al capricho y aceptadas por tales, como un medio de olvidar la triste realidad, están subordinados á reglas generales, á una marcha uniforme é invariable que es un encaminamiento á la verdad.

Consecuencia inmediata de lo que acabamos de decir, es que nuestra inteligencia no concibe la nada, ni puede darle ningun lugar en la idea que se hace de la forma de las cosas. Para concebir la nada, seria preciso en cierta manera hacer el vacío en nuestro espíritu y suprimir hasta los elementos más simples y más necesarios del pensamiento, puesto que todo pensamiento, toda idea, es el pensamiento ó la idea de algo, es decir, de un sér, sin contar que la idea tiene su existencia propia, que es por sí misma algo, y participa del sér independientemente del objeto que representa. No es esto todo: al hacer abstraccion de todos los hechos cuyo conjunto constituye el pensamiento, seria preciso suprimir al mismo tiempo el sujeto en que esos hechos nos aparecen, es decir, el es-

píritu, el *yo* inteligente; porque no hay espíritu sin pensamiento ni conciencia. Pero, ¿cómo satisfacer á esta doble condicion? Hay ideas, y por consiguiente, hay cosas que nos es imposible suponer anonadadas, sean cuales fueren los esfuerzos que hagamos sobre nosotros mismos, porque tienen precisamente por carácter resistir á toda suposicion de este género, como el tiempo, el espacio, el infinito. Que se destruya el universo entero nos quedará el espacio que le contiene, y con el espacio todas las propiedades geométricas que le pertenecen, todas las relaciones que resultan de la nocion de extension. Que se supriman todos los fenómenos de que pueden darnos idea la conciencia y los sentidos, nos quedará el tiempo en que han comenzado, en que se suceden y deben acabar nos queda esa terrible y misteriosa eternidad que ha precedido al tiempo mismo, y de que el tiempo, segun la expresion de Platon, no es más que la imágen móvil. En fin, con las nociones del tiempo y del espacio, ó de la eternidad y la inmensidad, ¿cómo escapar á la idea del infinito, es decir, del sér considerado en su plenitud y suprema perfeccion? En cuanto á hacer abstraccion del mismo espíritu, en el instante en que se despliega toda su actividad, en el instante en que se esfuerza por suprimir en su seno todo lo que pone obstáculo al pensamiento de la nada, es una contradiccion tan manifiesta, que apénas hay necesidad de señalarla. Hablamos, sin embargo, de la nada; pero es una nada puramente relativa; es tal ó cual sér, ó más bien, tal ó cual forma del sér que no existe todavía ó que ha cesado de existir con relacion á tal otra, en un punto determinado de la duracion y la extension. La idea de la nada así comprendida, supone necesariamente el conocimiento y la existencia del sér; no sólo del sér absoluto, sino de los séres contingentes de que se compone el universo; no es, propiamente hablando, sino la negacion del todo hipotética de éstos últimos; porque ninguna experiencia puede hacer constar para nosotros la nada, excluida ya del dominio de la razon. De que un objeto que sabemos muy bien que ya ha existido, haya desaparecido á nuestros ojos, no se sigue de ninguna manera que se haya anonadado; de que otro, considerado solamente como posible, no nos deje percibir ninguna huella de su presencia, no tenemos el derecho de concluir que no existe. Cuando se trata de darse cuenta del orígen de las cosas, hay que guardarse mucho de poner en cierta manera sobre la misma línea, y considerar como dos principios igualmente necesarios el sér y la nada, diciendo que de la nada han salido todas las existencias de que el mundo está poblado. El sér sólo es el principio, al mismo tiempo que la causa y sustancia, el orígen y fundamento de todo lo que es. Nos es absolutamente imposible trasportarnos por el pensamiento fuera de él, ni admitir por consiguiente á su lado una nada que le sea igual y contemporánea. Esa impotencia en que estamos, de trasportarnos por el pensamiento fuera del sér, nos obliga á buscar un antecedente ó una base cualquiera á todo lo que cambia y pasa, y no nos permite detenernos sino ante lo eterno é infinito, es decir, ante el sér propiamente dicho, concebido en su unidad y perfeccion. De aquí todas las ideas ó todas las leyes de la razon, y la necesidad de reunirlas en un solo principio, que es la creencia en la existencia de Dios.

Acabamos de ver que la nocion del sér es el fondo comun del pensamiento humano, y que la idea de la nada no encuentra allí ningun lugar: ¿será preciso admitir con algu-

nos escépticos modernos, que entre el pensamiento y el sér mismo hay todo un abismo, y que encerrados en las formas de nuestra inteligencia, como en una prision sin salida, no tenemos ningun medio de saber si hay verdaderamente alguna cosa, ni cuál es su naturaleza? Se encontrará en otra parte la crítica profunda de este sistema, que so pretexto de evitar la hipótesis, condena á la razon humana á la duda más irremediable; bastarán aquí algunas observaciones que le harán caer por su base y con él toda especie de escepticismo. Si por una parte el pensamiento, ó más bien la razon, que es su facultad más esencial y elevada, excluye, como lo hemos probado, la idea de la nada; si el pensamiento, por otra parte, no tiene nada absolutamente de comun con el sér, ¿qué es, pues, considerado en sí mismo y en su propia esencia? ¿Qué es el espíritu al que le atribuimos, es decir, el sujeto, el *yo* en que se manifiesta y ejerce? No hay medio entre estas dos proposiciones: ó es alguna cosa ó no es nada; ó existe ó no existe. Pero, lo repetimos, es imposible que haga abstraccion de sí mismo y se considere como una pura nada; luego existe; luego es alguna cosa, es decir, que hay sér en él, que participa de la naturaleza del sér, que expresa en un grado cualquiera su forma y esencia. Mucho más: si el pensamiento no puede concebir nada, nada puede comprender más que á sí mismo; y si todo otro principio de existencia es una vana ilusion, entónces no sólo es, como lo creemos con justo título, una de las formas ó de los atributos del sér, sino que es el sér mismo en toda su realidad, es el sér absoluto y único, en una palabra, es Dios; pero un dios impotente, privado de la facultad de obrar y producir, que gira eternamente en un círculo de estériles concepciones. Esta consecuencia es de tal manera inevitable, que ha pasado de la lógica al dominio de la historia, siendo aceptada en toda su extension por algunos filósofos alemanes, herederos inmediatos de las ideas de Kant y penetrados de su influencia. Pero por ser perfectamente legítima, no por eso es más verdadera. La identidad absoluta del sér y el pensamiento; la sustitucion del pensamiento á todo otro principio y á todo otro modo de existencia, no se concibe mejor, sea cual fuere el punto de vista desde el que se la considera, que la negacion misma del ser. En efecto, como lo hemos ya observado en otra parte, la condicion esencial de todo acto del pensamiento, de toda idea, es ser el pensamiento, ser la idea de alguna cosa, ó referirse á un objeto, es decir, á un sér. Sin duda que el pensamiento puede reflejarse á sí mismo, pero es á condicion de tener al mismo tiempo y de haber tenido ántes otro objeto; en el caso contrario representaria la nada, lo que hemos demostrado ser imposible. No podemos, por otra parte, formarnos una idea del pensamiento ó de la razon en general, sino por nuestra propia razon, y nuestra razon es ciertamente desbordada por el sér ó por las cosas de otra manera no habria misterios ni oscuridades para ella; el error seria una palabra vacía de sentido. Por otra parte, cuando se llama en su ayuda la experiencia psicológica, ¿por qué estaria el sér todo entero encerrado en el pensamiento más bien que en el sentimiento, en la voluntad y en la fuerza eficaz de la voluntad, en la potencia creadora? Ningun esfuerzo de lógica conseguirá borrar nunca las diferencias radicales que separan esos diversos modos de existencia, y hacerlos pasar por simples modos del pensamiento. El pensamiento no es, pues, todo, y por consiguiente, no podria identificarse con el sér, aunque pueda separarse de él.

Se ve que por una contradiccion extraña, pero absolutamente inevitable, los que han querido separar el pensamiento y el sér, han sido conducidos por el contrario, y han conducido á los demás, á confundirlos; y los que los han confundido, que hacen consistir el sér todo entero en el pensamiento, han quitado á éste, al quitarle los objetos representados por él, la condicion misma de su existencia. Aquí tambien podemos invocar el testimonio de la historia. En el sistema de Hegel, en que el último de estos principios es profesado con entera franqueza y llevado hasta sus últimas consecuencias, vemos la nada y el no-sér puro *(Das reine Nichts)* ser al mismo tiempo el primer término del sér y del pensamiento. Pero, ¿cómo seria de otro modo? Fuera del sentido comun, fuera de la fe universal y espontánea del género humano, que la filosofía debe explicar sin tratar de destruir, no hay más que contradicciones que alcanzar. Ahora, el sentido comun, la fe universal del género humano, ha consagrado siempre estas tres proposiciones que acabamos de defender:

1ª Refiriéndose cada una de nuestras ideas á alguna cosa, sea alguna cosa que es, sea alguna cosa que puede ser, sea un objeto, sea una cantidad, sea una relacion, la nada absoluta es imposible de concebir, y hablar de ella es contradecirse á sí mismo.

2ª Lo que es no puede mostrarse á nosotros sino por las facultades de la inteligencia ó por el intermedio del pensamiento; nos es imposible suponer que lo que es sea otra cosa que lo que concebimos necesariamente como tal, y recíprocamente, que las concepciones más necesarias de nuestra inteligencia, que las formas más absolutas de nuestro pensamiento sean extrañas á lo que es; porque con nuestras facultades intelectuales es como siempre tratamos de representarnos un sér absolutamente extraño á nuestra inteligencia.

3ª El pensamiento ó la inteligencia, aun cuando se la conciba sin límites, no es más que un modo ó un atributo del sér; no es el sér todo entero: sus formas y sus leyes no pueden explicarnos ni los fenómenos del movimiento, ni los de la sensibilidad, ni la existencia de una fuerza, sea espiritual ó material, fatal ó libre.

Independientemente de las ciencias particulares, cada una de las cuales se ocupa en una clase determinada de los fenómenos y séres accesibles á nuestra inteligencia, ¿no hay una ciencia general que tenga por objeto el sér en sí mismo, el sér en tanto que es sér, y sus modos más universales? Aristóteles es el primero de todos los filósofos que haya puesto esta cuestion de una manera clara y precisa; pero estaba resuelta en un sentido afirmativo mucho tiempo ántes que él. En efecto, la ciencia del sér no es otra cosa que la misma filosofía, y no una parte de ella, la que lleva el nombre de ontología ó metafísica, sino la filosofía toda entera. Cuando creyendo encerrarnos en el estudio de nosotros mismos, hacemos el análisis de nuestra inteligencia, y nos damos cuenta de las ideas y facultades que la componen, ¿no es como si investigáramos cuáles son las formas más generales del sér, puesto que nada de lo que es, puede concebirse como extraño á nuestras facultades ó fuera de nuestras ideas más generales y esenciales? Cuando más tarde discutimos la gran cuestion de la certidumbre, cuando queremos saber si las leyes más imperativas de nuestra razon no son puras ilusiones ó modos enteramente personales de nuestra existencia, ¿no es en las relaciones del sér y del pensamiento en lo que nos ocupamos? El problema del bien y del mal, de lo bello y de lo feo, del vicio y de la virtud, de los castigos y recompensas en otra vida, nos pone sobre la huella del órden universal, nos obliga á informarnos de la ley y del poder que presiden al conjunto de las cosas; en fin, es el sér en su modo más elevado; es el sér en su plenitud y perfeccion, el que tratamos de comprender bajo el nombre de Dios. Aun cuando la filosofía haya cambiado con frecuencia de plan y de método, no por eso ha cambiado de objeto desde los primeros dias de su existencia; ha sido siempre, y es todavía hoy la ciencia de las ciencias, la ciencia de lo universal y absoluto, la ciencia de las causas y de los principios, en una palabra, la ciencia del sér. Es, pues, un trabajo enteramente estéril el que algunos se han tomado buscando para ella una nueva definicion. Toda definicion nueva que no tenga por objeto negarla ó destruirla, entrará en las definiciones antiguas que acabamos de citar.—*(Diccionario de las ciencias filosóficas.)*

EL INSTINTO.

Si nos referimos á la etimología de esta palabra, el instinto es una excitacion interior que determina al animal ó al hombre á ciertos actos, sin participacion de la inteligencia ó de la voluntad. Tal es en efecto la idea que se tiene generalmente del instinto, porque se le opone en el lenguaje ordinario á la inteligencia y al hábito, y se le distingue tambien de las fuerzas de la naturaleza que obran sobre la materia bruta ú organizada. Pero es precisamente una cuestion de grave interés y vivamente controvertida, el saber si ese es en efecto el instinto, si el lenguaje popular no se engaña convirtiéndole en una fuerza distinta de todas las fuerzas ántes nombradas. La historia de la filosofía justamente ofrece tres doctrinas diferentes, sostenidas todas por autoridades considerables, que confunden el instinto, la una con un puro mecanismo, la otra con la inteligencia ó la razon, y la última con el hábito. A estas tres doctrinas se añade y opone la opinion vulgar que ha dado su nombre al instinto y que cuenta tambien en la ciencia con numerosos é ilustres defensores.

La primera doctrina es la de Descartes y de los cartesianos, siendo consecuencia necesaria de la hipótésis de los animales-máquinas. Si las béstias no tienen alma, el instinto no puede ser ni la inteligencia, ni el hábito, ni ningnn otro poder que resida en un alma ó que obre sobre un alma. Uno de los motivos más poderosos que conducia á Descartes á la hipótesis del automatismo de las bestias, fué una apreciacion muy juiciosa de ciertos caractéres de sus actos instintivos. Observó en ellas una industria de tal manera maravillosa, segura y delicada, que de aquí concluia justamente que la inteligencia no podria obrar con tanta precision y que sólo una máquina, esta vez gratuitamente, podia funcionar con esa regularidad y esa razon aparente; sobre todo, cuando comparaba en los mismos animales, esos actos tan bien mesurados, con otros del todo diferentes, que testifican una falta completa de razon. Las ideas de Buffon sobre el instinto, difieren naturalmente muy poco de las de Descartes, puesto que su hipótesis de las conmociones orgánicas, casi no se diferencía de la de los espíritus animales.

Una segunda doctrina confunde el instinto con la inteligencia, si no es que con la misma razon; es la que sostienen hasta en sus excesos Rovario (autor de un tratado intitulado: *Quod animalia bruta sæpe ratione utantur melius homine)*, el escéptico Montaigne, burlándose sin duda, y con más moderacion Réaumur y G. Leroy. *Esse apibus divinæ particulam auræ,* dice el poeta antiguo admirado ante los trabajos de las abejas. Esta doctrina, cuando no se refuta por sí misma á causa de su exageracion, no establece ninguna diferencia de orígen entre las acciones que producen en multitud los últimos de los animales, los insectos, cuya perfeccion misma hacia creer á Descartes que no podian ser ejecutadas sino por máquinas, y sus actos más imperfectos, ménos precisos, más generales de que casi son sólo capaces los animales superiores. Réaumur, por ejemplo, atribuye la prevision á las abejas, y G. Leroy la reflexion á las béstias en general.

La tercera doctrina que confunde el instinto con el hábito, es la de Locke, y sobre todo, de Condillac; modificada, corregida, fortificada, cuenta hoy todavía con numerosos defensores. La opinion de Condillac se resume netamente en estas palabras: "El instinto no es más que el hábito privado de reflexion." La reflexion, dice, preside al nacimiento de los hábitos, pero á medida que se fortifican, aquella se retira poco á poco y acaba por desaparecer completamente. Es el contrapeso del antiguo adagio: *Consuetudo est altera natura.* Aquí el instinto que pasa generalmente por natural, en una palabra, la naturaleza, se deriva del hábito. Opónese á esta doctrina que los insectos, que no han conocido á sus padres, y que lo más frecuentemente nacen con otra forma y otras necesidades que ellos, ejecutan sus trabajos desde el primer dia con la misma perfeccion, sin que hayan podido adquirir el hábito ni por su propia experiencia, ni por imitacion. Pero Pascal preguntaba ya si lo que se llama naturaleza no seria una positiva y antigua

costumbre contraida en el largo curso de los siglos. Los partidarios de esta doctrina responden en efecto, que el instinto es el resultado de un hábito adquirido, no por un individuo, sino por toda la série de las generaciones de una misma especie. Si se les objeta que en este sentido cada generacion deberia aumentar el patrimonio y trasmitir por herencia hábitos más perfectos, lo que contradice la invariabilidad de las costumbres de los animales desde Aristóteles y Plinio, responden que ese perfeccionamiento no se consuma sino con una extrema lentitud, y que si hay especies realmente estacionarias, es porque han debido alcanzar los límites del progreso de que son capaces. En definitiva, la inteligencia es tambien el principio del instinto, puesto que lo es del hábito.

La doctrina que define el instinto segun el sentido etimológico, distinguiéndole á la vez de la inteligencia y del hábito, está gloriosamente representada en la ciencia por Federico Cuvier y M. Flourens. Comparando la inteligencia y el instinto, dan por caractéres distintivos de ámbos que en el instinto todo es ciego, necesario, invariable, particular; miéntras que en la inteligencia todo es electivo, condicional, modificable y general. El castor construye su cabaña por instinto, impelido por una fuerza irresistible y constante, que obra siempre de la misma manera y áun cuando esté colocado en condiciones que le sea inútil; y no puede desplegar esta industria admirable sino para construir. No es esto decir que esa doctrina rehuse á las bestias la inteligencia; por el contrario, se la concede en proporciones que varian segun las especies, pero como una facultad que se añade al instinto sin confundirse con él. Si esa doctrina refiere por ejemplo al instinto, con la arquitectura del castor el acto del perro que entierra los restos de su comida, á la inteligencia atribuye las acciones variables, individuales, y por decir así, personales de ese mismo perro, del mono ó del elefante. M. Flourens establece áun como una ley, cuyos principales fundamentos habia establecido F. Cuvier, que el instinto y la inteligencia están en los animales en razon inversa uno de otra; que los animales que tienen los instintos más desarrollados, son precisamente los ménos inteligentes; por ejemplo, las abejas, las arañas ó los castores; que los más inteligentes tienen por el contrario los instintos ménos pronunciados, sin exceptuar de esta ley al mismo hombre, en quien la inteligencia alcanza el grado supremo, la razon, y que no tiene sino vagos y raros instintos. Comparando el hábito y el instinto, Cuvier reconoce que en los actos de hábito como en las acciones instintivas, existe tal dependencia entre las necesidades y los órganos, que el acto sigue inmediatamente á la necesidad, sin la intervencion de la inteligencia para mandar ó combinar los movimientos. Pero miéntras que esa dependencia proviene en el hábito, de la retirada al principio insensible y despues definitiva, de la inteligencia que ha comenzado por intervenir, es natural y primitiva en el instinto.

Cuando se confunde el instinto con la inteligencia ó con el hábito, no hay lugar á preguntarse cuáles son los instintos en el hombre. Pero es una cuestion muy natural cuando se hace del instinto un poder especial. Es tambien una cuestion el saber si los instintos no se refieren más que á los actos que tienen por objeto la conservacion de la vida y la propagacion de la especie, ó si el hombre tiene instintos en el órden moral. La solucion de la primera cuestion depende necesariamente de la solucion que se dé á la segunda. Hay filósofos que pretenden que el instinto no tiene relacion sino con la vida orgánica y reducen á muy corto número los instintos del hombre, citándose por ejemplo el instinto de la succion, de la deglucion y de la conservacion. Por reducida que sea tal lista, está siempre muy mal determinada. Hay algunos que introducen el instinto en la sensibilidad moral y aun en la inteligencia, entre otros Th. Reid y M. A. Garnier. Así el primero reconoce un instinto de la creencia, y el segundo encuentra en un instinto particular el principio de todos los actos morales que el hombre ejecuta más tarde con reflexion. Segun esa manera de ver, los instintos del hombre son inumerables, y la palabra *instintivo* viene á ser sinónimo de *espontáneo*. Donde quiera que la reflexion no interviene, á ménos que se trate de un hecho de hábito, deberá referirse el acto al instinto; y como la reflexion no comienza nada, como un acto ha sido siempre espontáneo ántes de ser ejecutado con reflexion, se sigue que habria un instinto en el orígen de todas las manifestaciones de la actividad del alma.—*A. Lemoine*, antiguo inspector de la Academia de Paris.

LA NEGACION POSITIVISTA

Y SU

VALOR CIENTIFICO

DISCURSO PRONUNCIADO EN NTRA. SRA. DE PARIS, POR EL PADRE FÉLIX

II.

(CONCLUYE.)

Y notad bien ante todo, señores, que no se trata aquí de las personas, sino de las cosas; porque al negar el valor científico del positivismo, no tengo el menor afan de rebajar el valor personal de los hombres que se han erigido en apóstoles suyos; ántes bien, reconozco que algunos hombres honrados han puesto al servicio de esa idea prodigios de trabajo, y tesoros de saber, que hubiesen dado más fruto sirviendo á una causa mejor.

Ciertamente debemos decir, en obsequio á la verdad, que el positivismo no ha producido hasta ahora su Aristóteles, ni su Bacon, ni su Leibnitz, ni su Newton, ni su Keplero. Pero líbrenos Dios de imputarle eso como un crímen: no es el ingenio del que lo quiere; porque el ingenio es un astro que rara vez se muestra en el horizonte de las inteligencias. Respecto á la ciencia ya es otra cosa. Con cierta dósis de buena inteligencia, de buena memoria y de buena voluntad, se puede ser sabio si se quiere: los positivistas lo han querido y han llegado á serlo. Pero no son sabios porque son positivistas: su positivismo no entra para nada en su saber. Son sabios *á pesar* de que son positivistas; porque en la esfera donde ellos se mueven, se llega hasta alcanzar cierto grado de ciencia, cualquiera que sea la filosofía que se profese, ó aunque no se profese ninguna. En fin, sea de ello lo que quiera, la cuestion que aquí se presenta deja fuera de discusion el valor personal de los sabios positivistas: sólo se trata de saber lo que el positivismo, como positivismo, vale ante la ciencia: esa es toda la cuestion: esa cuestion es eminentemente desinteresada: y los positivistas no pueden encontrar mal, que nosotros investiguemos con la mayor lealtad lo que el positivismo hace realmente en favor de ese progreso de la ciencia que en sus sueños busca para la humanidad.

Penetremos en lo íntimo de las cosas, y vereis como todo protesta en alta voz en nombre de la ciencia contra las pretensiones científicas del positivismo. Porque en efecto, la ciencia misma, examinando ese sistema, descubre en él tres vicios radicales que prueban su nulidad científica áun á los que le miren con ménos atencion: á saber, la hipótesis gratuita, la contradiccion universal y la falsedad absoluta.

Lo que ante todo llama la atencion en esta prodigiosa doctrina, es que tiene en su base el vicio radical que ella misma echa en cara á todo lo que pretende destruir en nonbre de la ciencia, es decir la *hipótesis*. Oid hablar á ese ingenio tan exigente, tan rigoroso, tan severo y tan matemático, que se llama el positivismo, y vereis que todo lo que elimina de la ciencia lo elimina como hipótesis y á título de hipótesis. Si lo oís, todos somos juguetes de la hipótesis: los teólogos suponen todo un mundo de realidades teológicas: los metafísicos suponen un mundo de realidades metafísicas; los psicólogos suponen un mundo de realidades psicológicas; los moralistas suponen un mundo de realidades morales. Nosotros estamos siempre suponiendo. El positivismo no ve por do quiera sino suposiciones, lo mismo en las creencias más acreditadas que en las convicciones más universales: incesantemente nos está hablando de la *supuesta* causa primera, del *supuesto* Dios, de la *supuesta* alma. En una palabra, la hipótesis, y siempre la hipótesis, es lo que se cree con derecho á echarnos en cara siempre y en todas partes, como el obstáculo radical que se opone al triunfo de la ciencia.

Despues de formar ese proceso en nombre de la ciencia á la tiranía de la hipótesis, parecia natural que el positivismo estuviese á cubierto de las ilusiones de la hipótesis; porque cuando hay valor para excomulgar con tanta altanería casi todas las doctrinas que profesa el género humano como puramente *hipotéticas*, no se concibe que se levante sobre meras hipótesis todo un sistema en que se denuncia á los más grandes ingenios de la humanidad como esclavos de la hipótesis. Y sin embargo, ese es el espectáculo que el positivismo ofrece al mundo sabio en el siglo XIX. Sí: ese grande enmigo de la hipótesis todo lo levanta sobre hipótesis. Preguntad al positivismo dónde están sus bases ciertas y sus principios evidentes, y en todas partes hallareis hipótesis en vez de principios. ¡Y qué hipótesis, señores! Hipótesis que en otro siglo hubieran causado risa á los discípulos más vulgares de la ciencia, y que harán encoger de hombros á los filósofos del porvenir.

Enemigos declarados de la hipótesis ¿os habeis olvidado de lo que vosotros mismos os veis obligados á suponer?

En primer lugar suponeis que hasta el siglo XIX, el espíritu humano, á pesar del ingenio y de la virtud de sus órganos más famosos se ha visto sometido por la fuerza de las cosas al yugo humillante de las hipótesis gratuitas y de las creencias quiméricas. Y este hecho ni siquiera os tomais el trabajo de demostrarlo. ¿Y cómo podriamos aceptar sin pruebas una suposicion semejante? ¿Cómo habiamos de admitir sin demostracion una ley de progreso intelectual, en cuya virtud las inteligencias habian de estar fatalmente condenadas por espacio de largos siglos á afirmar lo falso y creer lo imaginario?

¡Qué hipótesis, señores, la que supone que la fatalidad del error y el reinado inevita-

ble de la quimera ha sido una cosa universal y perpetua hasta nuestros dias! ¡Cómo! La humanidad está formada de tal manera y la ley invencible que la rige es tal, que necesita comenzar, en el órden de los conocimientos, por el régimen mental teológico, el cual régimen mental es el error y nada más que el error, y luego ha de pasar del régimen teológico al régimen metafísico, cuyo segundo régimen es tambien el error; sólo que en vez de voluntades libres y quiméricas, hay en él entidades metafísicas imaginarias. Y esos dos estados han de durar siglos y más siglos; y se les encuentra en todas partes; y en todas partes afectan de tal suerte á todas las inteligencias, que ninguna puede sustraerse á la ley de su imperio: hasta que al fin se abre el famoso cielo, ó sea el tercer régimen mental, en que por vez primera el espíritu humano se liberta de la tiranía de la preocupacion y de la oscuridad del error, para ver la luz de la verdad y disfrutar de la libertad de la ciencia. ¡Oh soberbios enemigos de la hipótesis, vosotros los que confiscais en utilidad vuestra los gloriosos títulos de sabios y de filósofos! ¿decidnos qué os parece esta hipótesis, científica y filosóficamente considerada?

Y sin embargo, esta no es aún sino la menor de vuestras hipótesis. Vosotros suponeis además como dogma fundamental de vuestra ciencia nueva, que todos los hechos, de cualquiera clase que sean, están sometidos *al mismo método de comprobacion.* Suponeis que toda realidad debe ser conocida por *sólo la observacion*, y que ninguna puede alcanzase directamente por medio del raciocinio. Suponeis que no hay más que una ciencia, que esa ciencia es *el encadenamiento de hechos ligados entre sí por relaciones que pueden observarse directamente*, y que todo lo que entra en esta definicion es sólo un sueño y una aprehension. Suponeis que el método que resuelve los problemas del mundo material y del mundo industrial, es el único que puede tener eficacia para la solucion de los problemas que interesan al espíritu humano, y por tanto el único método verdaderamente científico. Declarais, en fin, á manera de oráculo autocrático, que es preciso desarraigar esa preocupacion tan cuidadosamente difundida por los teólogos y filósofos, de que hay dos clases de hechos diferentes, los hechos que caen bajo los sentidos y los que sólo percibe la conciencia; y suponeis como uno de vuestros axiomas más incontestables, que todos esos hechos son esencialmente *homogéneos.*

Pues bien: pregunto yo aquí al positivista más convencido. Todas esas afirmaciones fundamentales y todas esas fórmulas sacramentales de la nueva escuela, ¿son verdades evidentes por sí mismas? ¿Habrá que concederos sin discusion y sin exámen, como si fuese un axioma, que todos los hechos, de cualquiera naturaleza que sean, están sometidos á *la misma ley* para su comprobacion? Pues eso es exigir que se os conceda lo que estais obligados á demostrar. ¿Quién de vosotros ha probado que en el órden de los conocimientos toda realidad depende sólo de la observacion? ¿Cómo demostrais que una cosa no puede ser *real* si no puede ser *directamente observada por los sentidos?* Decís que eso no es necesario demostrarlo: pues en verdad que ese procedimiento científico no puede ser más cómodo. Y no es esto sólo; es preciso concederos tambien que no hay más que una ciencia y que esa ciencia no es más que el encadenamiento de hechos directamente observables, lo cual es pedir que se empiece por concederos aquello en que consiste toda cuestion. Porque en efecto, ahí está la cuestion toda entera. ¿No hay más

que una ciencia? Y esa ciencia ¿no puede contener otra cosa más que hechos directamente observables? Y todo lo que no entra en esa categoría ¿es forzosamente imaginario? Y ese método ¿es realmente el único que merece el honor de llamarse científico? Vosotros así lo afirmais; pero nosotros lo negamos, y con nosotros lo niega todo el género humano.

Vosotros, que tan profundo horror teneis á la hipótesis, ¿no experimentais un sentimiento de pudor filosófico al formular sin sombra de prueba una proposicion tal como la de que *todos los hechos son esencialmente homogéneos?* Si ese axioma es la evidencia misma ¿cómo es que por espacio de tantos siglos se han obstinado las inteligencias en no verla? Y si esa fórmula no lleva consigo la luz que brilla en los axiomas, ¿cómo no veis que necesita ser demostrada? Y si necesita ser demostrada, ¿por qué la estableceis como principio? ¿Por qué estableceis esa hipótesis gratuita como base de todo ese edificio científico que descansa en el vacío?

Necesito reducirme todo lo posible, señores, y sin embargo no hemos acabado aún de exponer todas las hipótesis positivas. ¡Oh! el positivismo supone todavía otras cosas; y yo llegaria hasta lo infinito si me propusiera exponer todas sus hipótesis gratuitas. Supone que las cosas no tienen principio ni fin. Supone una série de causas sin causa primera: una série de leyes sin legislador supremo, y una série de movimientos sin primer motor. Supone la *inmanencia* intrínseca de las fuerzas de la naturaleza y la fatalidad de su imperio. Supone que lo sobrenatural es imaginario y lo absoluto quimérico. Supone que todo lo que no es visible, comensurable y tangible, es la pura nada. Supone que no hay teología, metafísica, psicología ni moral, en una palabra, señores: el positivismo supone que él solo tiene razon y que todos los demas estamos en el error: que él es la verdad pura, la verdad íntegra, la ecuacion exacta entre la inteligencia y lo inteligible; y que todo lo que no es el positivismo apenas merece que se le conceda el honor vulgar de tener sentido comun.

Ved ahí lo que hacen esos hombres, que dicen mirando con un supremo desden al resto de la humanidad: "la Escuela á que yo pertenezco se compone de espíritus positivos, rebeldes á todas las seducciones de la hipótesis y resueltos á no tomar en cuenta sino los hechos demostrados." ¡Ah! las seducciones de la hipótesis triunfan, y no poco, en esos espíritus tan rebeldes á las seducciones de la hipótesis. Pero, ¿qué estoy diciendo? La hipótesis no es sólo la seduccion del positivismo, sino su táctica: no es en él una debilidad, una distraccion ó un olvido, sino un sistema. El positivismo tiene formada de antemano su resolucion de establecer de una manera arbitraria todos sus puntos de partida, y resistirse en nombre de la ciencia al exámen científico de ellos. Y en efecto: hay una cosa que se ve por todas partes en los libros positivistas; y es que el positivismo tiene, no sólo propension á la hipótesis, sino manía por ella: así es que se va á derecha y á izquierda, por los dominios de la ciencia ó por los espacios de la literatura, repitiendo siempre lo mismo, á saber, que todos los hechos son *homogéneos*, que los hechos de conciencia son puramente imaginarios, que lo absoluto no existe, que la metafísica es una quimera; es decir, precisamente todo lo que necesitaria demostrar.

Tal es, señores, el primer vicio radical de la doctrina positivista desde el punto de

vista científico, suponerlo todo, y no demostrar nada. Es decir, que se encuentra, respecto á todas las grandes afirmaciones, y entre ellas las que pertenecen al órden natural, en una situacion análoga á la que hemos visto que ocupa el naturalismo respecto á lo sobrenatural.

Pero no es este el único vicio que afecta al positivismo en su base: tiene otro no ménos capital, que es la contradiccion científica elevada á la más alta potencia; así como es hipotético en todas sus bases, es contradictorio en todos sus procedimientos. El positivismo parte de la hipótesis y camina en medio de la contradiccion.

A este propósito, podriamos hacer notar, ántes que todo, que el positivismo cae desde su primer punto de partida en la enorme contradiccion de proclamar en la ciencia el reinado exclusivo de los hechos, y de recusar al mismo tiempo, en nombre de la ciencia, todo un conjunto de hechos. Porque, como acabais de ver, el positivismo repite incesantemente su célebre fórmula: los hechos, y nada más que los hechos: y al mismo tiempo arranca al dominio de la ciencia los hechos más palpables que se producen por doquiera así en la cumbre como en el centro de nuestra vida: tales son: el hecho de la historia humana, que toda ella afirma lo sobrenatural: el hecho del pensamiento, que conoce y percibe lo invencible: el hecho de la inteligencia, que afirma lo absoluto: el hecho de la conciencia, que lleva impreso el sello de la ley moral: hechos todos tan palpables como muchos otros que admite y reconoce, y que sin embargo mira con desden y pasa junto á ellos calificándolos de quiméricos y de imaginarios.

Pero todavía hay en el positivismo una contradiccion más radical; que es la de eliminar la metafísica y al mismo tiempo suponerla. Por una parte el positivismo descansa en la eliminacion de la metafísica. La metafísica inspira al positivista una repulsion áun más profunda que lo sobrenatural, porque el positivismo tiene más que nada horror á lo absoluto y la metafísica vive de lo absoluto. De aquí procede su odio instintivo á la metafísica: de aquí el grito de «atrás la metafísica; eliminemos por completo la metafísica.» Y por otra parte, el positivismo acepta las matemáticas como la primera de sus bases. ¿Y quién no ve que las matemáticas tienen puntos de contacto necesarios con la metafísica y que proclamar la ley matemática es proclamar la existencia de la metafísica? ¿Por ventura las matemáticas pertenecen puramente al dominio experimental? No en verdad: los axiomas algebráicos son racionales, no son empíricos. Y en prueba de ello, ¿podria la experiencia sola demostrar una verdad algebráica ó geométrica? ¿Habeis visto en la naturaleza un círculo que os dé á la simple vista la idea matemática del círculo? ¿Conoceis un triángulo rectángulo que os dé la nocion absoluta y verdadera del triángulo rectángulo? Nó: la verdad matemática no está en los cuerpos que analizais, ni en la materia ó en la extension que medís, sino que los domina: sirve para calcular su extension, su peso y su movimiento, pero no está en ellos. ¿Dónde está, pues, el lugar en que reside el mundo matemático? Está en esa misma metafísica, que no podeis suprimir sin suprimir la base sobre la que intentais levantar todo el edificio de la ciencia.

Tal es, pues, la contradiccion radical hácia la cual llamamos aquí la atencion de los pensadores que miran lo sustancial de las cosas: basarlo todo en la ley matemática y

suprimir despues la metafísica, que es la base de las matemáticas: base eterna, union divina, en que las matemáticas se enlazan con la metafísica, y una y otra con el mismo Dios. Sin duda alguna ha sido preciso que á los fundadores del positivismo les haya faltado el sentido filosófico, para no haber visto el íntimo y esencial himeneo que une el axioma matemática con la verdad metafísica, y para haber concebido la singular idea de levantar sobre las ruinas de lo absoluto y de la metafísica un sistema que de grado ó por fuerza descansa en la metafísica y en lo absoluto.

Y puesto que hemos pronunciado esta palabra, vamos á acabar de una vez con esa deplorable manía que el positivismo tiene con lo *absoluto:* vamos á hacer ver, áun á los que tengan ménos claridad de vista, el círculo vicioso en que se encierra al negar en todas partes ese absoluto que en todas partes supone, y sin la cual la ciencia misma le desafía á que pueda asentar la base de ninguna construccion científica. Tambien en esta parte el positivismo descansa por completo en una enorme contradiccion. No quiere admitir más que lo relativo. En todo y por todo niega lo absoluto, lo ataca de frente y se esfuerza en arrojar del espíritu humano y de la ciencia hasta la idea de él. Y siendo así, señores, ¿concebís que sea éste el positivismo que aspira, no sólo á renovar y perfeccionar, sino tambien á organizar y formar la ciencia; la ciencia, que no vive más que de lo absoluto, que no se sostiene ni se mueve más que por lo absoluto? ¡Cómo! ¿Os proclamais hombres de ciencia, y no admitís más que lo relativo, y no aceptais más que hechos, grupos ó séries de hechos esencialmente variables? ¿Y al tratar de constituir la ciencia, aspirais al honor de fundar lo inmutable? Porque al fin, ¿qué cosa más inmutable que una ciencia, cuya base son las relaciones necesarias que unen las conclusiones ciertas á los principios evidentes?

Negais lo absoluto, y sin embargo raciocinais. ¿Pues por ventura el raciocinio no es en sí mismo una proclamacion de lo absoluto? Decidme: ¿en qué están basados vuestros raciocinios? Sin duda alguna en los axiomas. ¿Y qué cosa hay más absoluta que los axiomas? El raciocinio implica dos cosas, más ó ménos explícitamente formuladas: el principio y el silogismo: el principio que señala el punto de partida del pensamiento, y el silogismo, que indica su evolucion. Por otra parte, ¿cómo es posible que una ciencia tuviese por base más que principios inmutables y absolutos? ¿Ni cómo podria verificarse su desenvolvimiento sino por medio de silogismos, ninguno de los cuales puede seguir su curso ni llegar á su fin sino por la virtud y el poder de lo absoluto? ¿Puede un hecho deducirse por sí sólo de otro hecho, si no interviene lo absoluto como mediador? Y áun dentro de los dominios de la observacion, ¿puede nuestro espíritu sustraerse á las ideas de causa, de sustancia y de leyes? Y esas causas, y esas leyes una vez comprobadas, ¿no sois vosotros los primeros que les dais un valor absoluto en vuestros cálculos y en vuestros raciocinios? ¿No veis, por último, que ese absoluto que pretendeis triturar arbitrariamente en la muela de vuestra despótica ciencia, de grado ó por fuerza se desborda por todas partes? ¿Y cómo se os puede ocultar que vuestra pretensa filosofía no causa al espíritu humano ni al génio científico un cuarto de hora de ilusion sino gracias á lo absoluto que invoca y de que se sirve al mismo tiempo que lo repudia?

Vemos, en efecto, cómo habeis de hacer para prescindir de lo absoluto y construirlo todo sobre lo relativo. *Lo que es, es:* esta verdad ¿es absoluta, sí ó nó? "*Una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo y desde el mismo punto de vista* ¿es esta una verdad puramente relativa? *Nada existe sin razon suficiente:* ¿es esto tambien del dominio de lo relativo? Estos axiomas, que sostienen sobre sus inmutables verdades á todas las ciencias y á todos los raciocinios, ¿os parecen extraños al imperio de lo absoluto? Pues hay que elegir forzosamente entre raciocinar, y entónces han de admitirse principios absolutamente ciertos, es decir, se ha de reconocer el reinado de lo absoluto; ó no raciocinar, y en tal caso no demostrar nada, es decir, abdicar la ciencia. Sí: esa es la inevitable alternativa en que os encontrais; aceptar lo absoluto y apostatar de la ciencia. ¡Oh! por más que hagais, lo absoluto tiene sobre vosotros un imperio ineludible: os quereis sustraer á él por una parte, y él os conquista por otra: lo arrojais de la metafísica, ó por mejor decir, lo expulsais de la ciencia en union de la metafísica, y vuelve á entrar por las matemáticas y con las matemáticas. Necesitais de lo absoluto, vosotros, sobre todo los que construis de una sola pieza la geometría universal de las cosas; porque no hay álgebra ni geometría que no camine apoyando sus dos piés en el granito de lo absoluto. De manera que esa estatua de lo obsoluto que echais por tierra con la mano izquierda, teneis que levantarla con la mano derecha, y adorarla como una faz de Dios al mismo tiempo que la maldecís, como un espectro de la nada.

¿Podrá ir más allá todavía lo contradiccion? En el órden teórico no lo creo, pero en la práctica positivista hay áun otra contradiccion más palpable y que se reproduce en todos los puntos fundamentales donde asienta su planta el positivismo. El positivismo aparenta á cada paso no ocuparse en los grandes problemas; á saber, de Dios, del alma, de la causa primera, de las causas finales y de la inmortalidad de la vida. Si se le oye, el que creyese que formula sobre estas cuestiones alguna otra doctrina, estaria en un error. Su solucion acerca de todos los problemas que de grado ó por fuerza se presentan ante la inteligencia, consiste en no tener ninguna. ¿Qué enseña el positivismo acerca de Dios? Nada. ¿Y acerca del alma? Lo mismo. ¿Y acerca de las causas finales? Tampoco. Sobre todos estos puntos no dice sí ni nó: todo lo deja en libertad absoluta. Estas cuestiones no los trata, sino que las borra como supérfluas del programa de la ciencia. Y sin embargo, cuando se viene á la aplicacion, en todos los libros del positivismo hay una cosa que salta á los ojos, y es que todas esas cuestiones que se proponia no tratar y que parece que no queria ni siquiera tocarlas con la punta del dedo, las decide y las resuelve con un aplomo y una seguridad que os dejan absorto por más de un motivo.

Hermano positivista, me has dicho, no una vez sino ciento, que no sabes nada acerca de la esencia de las cosas, por ejemplo, acerca del *alma:* que no quieres examinar si tenemos alma ni qué alma es esa. Muy bien; pero entónces, ¿por qué declaras con tanto aplomo que el alma es "el conjunto de las funciones del cerebro y de la médula espinal?" Para un hombre que hace profesion de no saber nada, eso es saber demasiado; y esa manera de dogmatizar acerca de lo desconocido, más que contradictoria, es risible filosóficamente considerada.

Acerca del problema de las causas finales y de la causa primera tambien, dices que la "filosofía no niega ni afirma nada acerca de ellas: que no sabes nada acerca de la cau-"sa del universo y de los habitantes que contiene: que la filosofía no se ocupa, ni en los "principios, si es que el universo ha tenido principios, ni en lo que han de ser los vi-"vos despues de la consumacion de los siglos, si es que hay consumacion de los siglos."

¡Ah! no sabes nada acerca de las causas finales. Y entónces, ¿por qué dices con el tono imperativo de una certeza absoluta que "es inherente á la materia organizada la "propiedad de ajustarse á un determinado objeto, de acomodarse á ciertos fines?" ¿Y á eso llamas no negar ni afirmar nada acerca de las causas finales? ¿Pues por ventura se puede decir con más claridad y más osadía, que no hay causas finales?

Tampoco sabes nada acerca de la causa primera del universo. Y entónces, ¿dónde has aprendido que "no se puede explicar el orígen del mundo ni por medio de muchos dio-"ses ni por medio de uno solo?" Si la causa primera te es de todo punto desconocida, ¿cómo proclamas con tanta altanería, que, "el dogma nuevo, que elimina de una mane-"ra definitiva todas las voluntades *sobrenaturales*, conocidas con el nombre de Dios ó "de la Providencia, demuestra que todo obedece á las leyes naturales, á que se llama-"rá, si así se quiere, las propiedades inmanentes de las cosas?" ¿Es eso no saber ni enseñar nada acerca de la causa primera? ¿Pues qué dirias si supieses y afirmases alguna cosa?

Ved ahí, pues, la manera que teneis de no tratar del alma, ni de Dios, ni de las causas finales, ni de las causas primeras. Bien se ve que vuestra abstencion no es más que una mentira y vuestra neutralidad un disfraz; disfraz que os poneis para ocultar bajo apariencias científicas el rostro del ateismo y del materialismo.

¿Y qué significa además esa actitud equívoca y groseramente contradictoria respecto á la metafísica? Sois más que inconsecuentes porque llegais á ser divertidos en vuestra abstencion simulada respecto á la metafísica. Decís que no os ocupais en la metafísica: que eliminais del templo de la ciencia, juntamente con Dios, el alma, las causas primeras y las causas finales, y como pontífices le prohibís que salve sus umbrales. Confesais que no sois metafísicos, ni habeis tratado de serlo. Y entónces, ¿quién os autoriza para relegar la metafísica, en union de la teología, á la region de lo imaginario? ¿Con qué derecho declarais que la metafísica es una quimera? Si nos hablais de esa metafísica presuntuosa, hipotética y llevada á la quinta esencia, que más allá del Rhin se ocupa en construir *a priori* á Dios, al mundo y á la naturaleza, entónces os dejamos en buena hora esa metafísica hueca. ¿Pero sabeis vosotros de una manera exacta que no hay otra metafísica muy real, muy positiva y muy inherente al espíritu humano? Esta es la cuestion; y vosotros, que no estudiais metafísica ¿cómo nos oponeis esa protesta tan solemne contra ella? ¿No veis que hay en esto usurpacion por parte vuestra y hasta despotismo? No sois metafísicos: podeis muy bien no serlo; pero, ¿es eso una razon para que no haya metafísica? ¿Os bastará de hoy en adelante no ocuparos ya en una ciencia, para que esa ciencia pierda su derecho á existir? No os gusta la metafísica. ¿Y por qué? ¿Quién sabe? Acaso porque no teneis aptitud para ella. Pues entónces absteneos, y tal vez nos servireis mejor dedicandoos á cualquiera otra cosa. La Fontaine os diria á este

propósito: "Más vale que seais albañiles, si es ese vuestro oficio." Pero abrigar la soberbia presuncion de suprimir una ciencia ó de declararla quimérica, sólo porque no os excita la curiosidad ó porque sois incapaces para ella, eso empieza à parecerse bastante á las manías intelectuales y filosóficas que amenazan con la pérdida de la razon á los que son víctimas de ellas; y el tercer *régimen mental* está aquí muy cerca de otro cuarto régimen, el de la *enagenacion mental*, que es el último de todos y el que lleva en derechura á Charenton á los reformadores del género humano.

Hasta ahora, señores, hemos visto en el positivismo dos cosas que son esencialmente anticientíficas, la hipótesis gratuita y la contradiccion universal. Considerados en absoluto esos dos vicios, que alcanzan á todo el sistema y lo condenan á la impotencia, podrian muy bien no afectar sino al método: y por eso para ultimar el proceso del positivismo ante el tribunal de la ciencia, es necesario convencerlo de falsedad absoluta en sus afirmaciones radicales.

Ante todo, señores, ¿habeis pensado lo que seria necesario admitir de pronto en la humanidad para darle la razon al positivismo? Acabamos de ver lo que el positivismo tiene necesidad de suponer para que se le acepte, sin invocar ni áun la apariencia de una demostracion. Pero ¡gran Dios! ¡Cuánto no necesitariamos suponer nosotros para justificar en presencia de la razon ese amontonamiento de hipótesis y esos laberintos de contradicciones! Para darle la razon á unos cuantos ilusos de 1848 ó de 1865, necesitariamos suponer en el inmenso concilio de las inteligencias el error universal, por no decir la locura ó la alucinacion universal.

Al hablaros el año anterior de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, hice comparecer al pequeño grupo de la crítica negativa ante el grande ejército de la afirmacion católica. Pero hoy, en presencia del positivismo, que lleva la audacia de las negaciones hasta las fronteras extremas de la verdad, no es ya sólo el grande ejército de las inteligencias cristianas, sino el universal é innumerable ejército de las inteligencias humanas el que tenemos que oponerle. Para que el positivismo triunfe, como verdad, es preciso que tenga fuerza bastante para soportar el mentís que contra él lanza la humanidad entera. Es preciso que los más grandes hombres y los más grandes ingenios de todos los siglos, con todas las generaciones que han seguido sus huellas luminosas y han repetido la armonía de sus voces, hayan girado de una manera fatal en un círculo de errores: es preciso que todos esos hombres, y todos esos pueblos, y todos esos siglos, vengan hoy á caer á los piés de algunos espíritus adheridos á los límites de una idea fija y á apostatar de todas sus creencias, repudiando todo cuanto han dicho: en una palabra; es preciso que toda esa humanidad, tan coronada de honra, de gloria y de ingenio, se incline ante ese sistema que nació ayer de algun cerebro enfermizo, y diga con una humillacion suprema: Tú eres la verdad y yo soy el error: tú sólo tienes razon, todos nosotros nos hemos equivocado!.....

¡Ah, señores! cuando trata uno de darse cuenta de semejante suposicion, parece á la vez tan deplorable y tan ridícula, que no se sabe lo que principalmente está llamada á producir en las generaciones ante las cuales se hace; si un inmenso gemido ó una inmensa carcajada.

¿Cómo? Por tal de daros la razon á vosotros, que nacisteis ayer y morireis mañana: por tal de que triunfe un sistema que no tiene á su favor la autoridad de la experiencia ni la del ingenio: para glorificar á una filosofía que hasta ahora no se ha conquistado otra celebridad sino la de la audacia y la excentricidad, habremos de admitir que es *falso* todo lo que no ha sido positivista, y eso siempre y en todas partes: tendremos que acusar de falsedad á todos los hombres y á todos los pueblos que han proclamado y proclaman que el mundo tiene una causa primera y un objeto final, distinto de sí propio; á todos los hombres y á todos los pueblos que han creido que más allá de la naturaleza y de sus leyes hay realidades superiores á este mundo inferior: á todos los Platones y á los Aristóteles, á todos los Agustinos y los Anselmos, á todos los Tomases de Aquino y los Buenaventuras, á todos los Descartes y los Malebranche, á todos los Clarke y los Leibnitz, á todos los Bossuet y los Fenelon: á todos esos ingenios metafísicos de primer órden, que han creido con toda la energía de sus convicciones y proclamado con la ilustracion de sus obras, que la metafísica no descansa en hipótesis ni en quimeras; á todos esos grandes hombres que han creido y creen todavía en la realidad del alma humana y en su distincion real de las sustancias del cuerpo; y que han basado sobre la inmaterialidad de nuestro sér pensador esa noble é ilustre ciencia cuyas glorias seculares recordábamos el domingo último, la psicología: á todos los moralistas antiguos y modernos, sagrados y profanos, que han admitido en el hombre el imperio de la conciencia independiente del imperio de la materia, y como reguladora de ese imperio interior una moral que no tiene nada de comun con las leyes de la fisiología y es superior á la moralidad que no procede sino del instinto animal: en fin, á cuantos han enseñado que no todos los hechos son homogéneos, que no todos los objetos del saber humano son empíricos; que más allá de las ciencias que tienen por objeto la extension, el movimiento y las propiedades de los cuerpos, las leyes de la vida y de la sociedad, hay todavía ciencia, y que el estrecho recinto trazado por las líneas conjuntas de las seis ciencias del positivismo no la comprende toda.

¡Oh! en verdad que es demasiado exigir que reconozcamos el imperio fatal del error y el reinado secular de la falsedad en todo eso: pedidnos más bien que abdiquemos la inteligencia y apostatemos de la razon. Demasiado sé dónde está aquí el error: está en que calificais de hipótesis la idea de Dios, causa primera de todo, idea tan bien grabada en el fondo del alma humana, que nunca ha logrado desprenderse de ella por completo por más que se haya hecho: está en vosotros que os habeis propuesto destituir á la teología y con ella á la metafísica, que está enlazada con todas sus raíces á la constitucion de la inteligencia, esa metafísica que no lograreis destruir sino con la condicion de destruir al mismo tiempo el sentido universal, el sentido de lo absoluto y el sentido de lo infinito, es decir, al mismo espíritu humano: está en vosotros que cerrais los ojos á la irradiacion del alma que brilla en vosotros mismos, que constituye vuestro propio sér, y que por medio de todas las manifestaciones que brotan de ella se presentan como testimonio de lo invisible y de lo inmaterial: en vosotros, que con una temeridad que ultraja á nuestra majestad primitiva, trabajais por destruir en el hombre el imperio moral de su conciencia, á la vez con la legislacion eterna escrita en el fondo del alma por el

dedo del mismo Dios: en vosotros, que sistemáticamente quitais al imperio del saber las tres cuartas partes del saber: que bajo pretexto de dar nuevo vuelo á la ciencia, la encerrais en un oscuro calabozo de donde no puede salir: que pretendeis engrandecernos y nos rebajais de todos modos, quitando á nuestra vida sus aspectos más sublimes y sus fuerzas más reales: y en fin, que bajo pretexto de elevarnos, lo que lograriais, si os siguiésemos hasta el fin, seria rebajarnos y hacernos caer, en nombre del progreso humano, en una esfera inferior al hombre mismo.

Porque en efecto; ¿qué sucederia si vuestros errores llegasen algun dia á prevalecer en el muundo como un progreso para la humanidad? Apenas me atrevo á decirlo. ¿No veis, señores, á esta humanidad engrandecida, elevada é ilustrada por el positivismo, dueño y absoluto soberano de los destinos humanos? Mirad cómo el tercer *régimen mental* ha venido á ser el régimen universal. ¡Qué régimen, gran Dios! O por mejor decir, ¡qué vergüenza y qué degradacion! ¡Oh humanidad! contémplate ahí tal como te ha soñado el positivismo, caida hasta el extremo que él lo ha querido. Ya no hay nada que mire hácia lo alto: ya no hay nada que se encamine hácia el cielo: todo es terreno y todo se arrastra por el suelo. Ya no hay nada que te levante: ni Dios, ni el alma, ni lo ideal, ni lo absoluto, ni lo inmortal, ni lo infinito. Ahí estás cautiva, humillada, deshonrada; con los ojos fijos en el suelo, con un compás en una mano y una balanza en la otra, midiendo la extension y pesando la materia; encerrada para siempre en el círculo fatal que forman en derredor de tu alma y de tu corazon, hambrientos de lo infinito, las matemáticas y la astronomía, la física y la química, la *biología* y la *sociología*. Tu destino está trazado: el positivismo ha vencido.

¡Vencido! ¿Qué es lo que he dicho? ¡Ah, señores, no temais! El positivismo no vencerá porque tiene en contra suya no sólo la barrera del cristianismo, sino tambien la del alma humana, defendida por sus instintos más sublimes y sus necesidades más invencibles. Nó: el positivismo no pasará adelante, no tocará con su pié el pórtico del porvenir, ni áun siquiera los umbrales del siglo XX. Sí: tengo de eso una conviccion profunda: ántes, mucho ántes de que este siglo termine, tal vez como el anterior, envuelto en una sangrienta nube, el positivismo, que es una mezcla de todos los más bajos errores, desaparecerá en los abismos de la filosofía contemporánea, mezclando el polvo de su sistema con el polvo de tantos otros sistemas que ha barrido ya el viento del siglo y pulverizado el soplo de la verdad. Y la ciencia á la que pretendia encerrar en un círculo inflexible, y juntamente con ella al espíritu humano, la ciencia continuará engrandeciéndose y elevándose; pero se elevará y engrandecerá llevando consigo á la moral, la psicología, la metafísica y la teología, como la cúpula sublime que corona el edificio: arquitectura admirable, que tiene en su base lo absoluto para que todo descanse sobre ella, en el centro el alma humana para engrandecerlo todo, y en la cúspide la idea de Dios para iluminarlo todo!

EL BIEN.

Todos los séres capaces de algun grado de actividad, y áun se podria decir simplemente, todos los séres, puesto que la inercia absoluta equivale á la nada, tienden á un fin, hácia el cual se dirigen todos sus esfuerzos y todas sus facultades. Este fin, sin el cual no obrarian, es decir, no existirian, es lo que se llama el bien. El bien, que en su generalidad no debe confundirse con su unidad y perfeccion, es, pues, el objeto propuesto á la actividad de los séres, es el fin en que buscan la plenitud de su existencia y de su bienestar cuando están dotados de sensibilidad. Resulta de esta definicion, la única que está de acuerdo con el sentido universalmente atribuido á la palabra definida, que hay tantas especies de bien, cuantas especies de séres hay. Pero seria violentar el lenguaje y el pensamiento, hablar del bien de los minerales, de los líquidos y de los gases, en una palabra, de los cuerpos brutos, simples ó compuestos. Hablando con propiedad, los cuerpos brutos no son séres, sino fenómenos, que no poseen ningun bien porque no tienden á un fin determinado, sirviendo de instrumentos y medios á existencias ménos incompletas que buscan los bienes que les pertenecen. El bien directamente inteligible para nosotros, no comienza sino con la organizacion y la vida. Hay ciertamente un bien para los vegetales, aunque estén privados de inteligencia y de sentimiento; este bien, hácia el que tienden por el concierto de sus órganos y de sus propiedades activas, es desde luego su completo desarrollo, conforme á un tipo más ó ménos fijo, en seguida su conservacion, y por último, su reproduccion ó la conservacion de su especie. Todo lo que favorece este triple resultado les hace bien; todo lo que lo impide les hace mal: las ideas de bien y mal les son, pues, perfectamente aplicables.

Cuando se pasa del reino vegetal al animal, el bien es todavía más fácil de percibir, y se hace más manifiesto á medida que más se sube en la escala de los séres animados. Como para las plantas, el bien consiste desde luego en el desarrollo, la conservacion y la reproduccion de los séres, es decir, en el ejercicio de las facultades esenciales de la vida bajo una forma determinada, aunque más ó ménos variable. A ese ejercicio viene á unirse la sensibilidad que cambia el bien en bienestar y el mal en sufrimiento; que hace buscar, y áun se podria casi decir, que hace amar al uno por el poder del deseo, y hace huir ó aborrecer al otro por la fuerza de la aversion. A la misma sensibilidad se añade un grado más y más elevado de percepcion, si no es que de conocimiento, y una actividad instintiva que tiene alguna lejana semejanza con la voluntad. El animal no está reducido á sentir su bien, sino que tiene de él una representacion interior, puesto que es capaz de imaginacion y de recuerdo; no se limita á perseguirle y cumplirle por el movimiento puramente físico de sus órganos, sino que le desea y hasta cierto punto le quiere.

Pero en el hombre es donde el bien se nos descubre bajo una forma brillante, y admite una variedad de expresion, y por consiguiente, una extension de que no es susceptible en los séres inferiores. El bien nos presenta en el hombre, por lo ménos, tres caractéres que corresponden á tres órdenes de facultades. El bien físico, representado en su más alto grado por el desarrollo y la conservacion de su cuerpo, ó para designarlo con una sola palabra, el bienestar, es el fin á que tienden las facultades activas ó las energías múltiples de sus órganos, secundadas y dirigidas no sólo por la percepcion y la sensacion, sino por la reflexion y la voluntad, facultades extrañas al animal. El bien intelectual, es el fin á que tienden todas las facultades del espíritu, todas las fuerzas y toda la actividad del pensamiento: se resume en la verdad, ó hablando con más exactitud, en el conocimiento de la verdad, en la ciencia. El bien moral es el objeto que persigue, ó la regla á que obedece la voluntad ilustrada por la razon; es el fin que debe alcanzar, ó al ménos proponerse todo sér racional y libre, so pena de hacerse indigno de la razon y de la libertad. Ese fin es el deber, y el deber cumplido se llama la virtud.

El bienestar, tal como acabamos de definirlo, comprendido como la satisfaccion del cuerpo y de las facultades que dependen directamente de los sentidos, está estrechamente ligado á la satisfaccion de las necesidades y de las facultades del alma. Es cierto que nuestras fuerzas y nuestra salud declinan cuando se lastiman nuestras afecciones, ó como se dice vulgarmente, cuando nuestro corazon sufre, cuando el desprecio nos persigue, cuando la inquietud nos agobia, cuando nos destroza el remordimiento. Si por el contrario, el cuerpo y el alma están al mismo tiempo satisfechos, entónces no es del bienestar de lo que estamos en posesion, sino de la dicha.

Estos tres bienes del hombre: el bienestar, la ciencia y la virtud, ó la dicha, la verdad y el deber, deberian ser por su naturaleza, inseparables, y no formar más que un bien único. No se comprende, en efecto, que un sér inteligente, que ha recibido al mismo tiempo la facultad y la necesidad de conocer la verdad, pueda encontrar la dicha, una dicha completa y digna de él, fuera de la ciencia. No se comprende tampoco que la dicha pueda estar sin la virtud, puesto que la virtud es el cumplimiento habitual de las leyes más elevadas y de las condiciones más necesarias de la naturaleza del hombre, considerado como un sér racional y libre. ¿Es admisible que un sér cualquiera sea feliz, ó encuentre la satisfaccion de todas sus necesidades, fuera de las condiciones esenciales de su existencia? En fin, si es verdad que los principios sobre que reposa la virtud no son sino las leyes más elevadas de la naturaleza humana, es imposible suponer que esas leyes no estén de acuerdo con todas las que determinan el objeto y arreglan el ejercicio de nuestras facultades; por consiguiente, no se podria separar la virtud de la dicha. Esta union de todos los bienes, al ménos de los que concibe la razon y persigue la actividad del hombre, en un bien único é indivisible, es lo que los antiguos llamaban el soberano bien, no reconociendo fuera, ó lo que viene á ser lo mismo, debajo de él, más que bienes secundarios.

Que esta unidad existe en la naturaleza de las cosas, en la naturaleza del bien, es incontestable; pero cuando se tiene en cuenta los límites diversos en que se fijan los deseos, los esfuerzos y las concepciones habituales del hombre, se encuentra inevitable-

mente la multiplicidad y la division. ¿Cuántos son los que al buscar la dicha ó la virtud las pidan completas, ó que estén siquiera en estado de comprender las condiciones bajo las cuales el objeto de sus votos alcance esa perfeccion? La inmensa mayoría se contenta con una dicha relativa ó una virtud relativa. Poco les importa que todas las facultades y todas las necesidades de su sér se hallen satisfechas; les basta que algunas lo estén; y aceptarian de buena gana el bienestar con la ignorancia y con los desórdenes de la inmoralidad, hasta que la experiencia venga á demostrarles que la dicha no existe á ese precio. De la misma manera, cuando se lisonjean de caminar por los senderos de la virtud, no se proponen á menudo otro objeto que escapar á los rigores de la ley ó al desprecio de sus semejantes, vivir en paz consigo mismos y con los demás, ó escapar á las penas de otra vida.

Cuando el soberano bien, el bien único, que consiste en la perfeccion de nuestro sér' se encuentra así dividido y mutilado por la ignorancia, la debilidad ó las pasiones humanas, entónces es preciso establecer una jerarquía entre los elementos, los objetos parciales, los principios múltiples en que se descompone. Es evidente que no dependiendo la dicha sino de nuestras facultades secundarias; no representando más que bienes particulares y variables, tales como el placer, el interés, el poder, debe subordinarse, y si es necesario sacrificarse á la ley del deber, que norma nuestras facultades superiores; que es la regla y condicion de la libertad; que impuesta por la razon, participa de su unidad, de su perpetuidad y de su universalidad. La virtud, es decir, el cumplimiento del deber, viené á ser entónces el bien absoluto; la dicha no es más que un bien relativo, y la ciencia, revestida del mismo carácter, es un medio de alcanzar ámbos.

De la misma manera que los bienes del hombre, los bienes de todos los séres que son susceptibles de tener uno, ó que poseen cierto grado de vida y de individualidad, se reducen á un bien único. Todos los séres, desde los más humildes hasta los más elevados, están sometidos á leyes generales, que coordinándose unas con otras, forman lo que se llama el plan de la creacion ó el órden universal. Fuera de este plan no existe nada ni puede existir, porque nada se escapa de las leyes, es decir, de las condiciones de su existencia, y estas mismas condiciones serian imposibles si no estuvieran de acuerdo entre sí, bajo el imperio de una ley comun, de un órden soberano que se impone igualmente al mundo físico y al mundo moral, á la naturaleza y á la conciencia. Este órden absoluto es el bien único é indivisible de todos los séres. Segun Platon y los filósofos de la escuela de Alejandría, el bien único, indivisible, universal, que se comunica en cierto grado á todos los séres, se confunde con la inteligencia divina, con Dios mismo, que no se puede separar de su inteligencia. Hé aquí por qué en sus escritos, Dios es llamado el bien. Pero no es necesario ir hasta esa identificacion para concebir el bien en su universalidad y su unidad suprema.

La idea del bien, cuando juzgamos las cuestiones humanas, ó cuando queremos prescribirles una regla comun, sustituyéndose con frecuencia á la idea del deber, no carece de interés el investigar hasta qué punto esa sustitucion es legítima, ó cuál es exactamente la relacion de las ideas, que toman así en los hábitos de nuestro espíritu y de nuestro lenguaje, el lugar una de otra.

El deber está necesariamente comprendido en el bien; pero el bien no está todo comprendido en el deber. Este es ménos extenso que aquel, y las relaciones que existen entre ellos, pueden representarse bajo la figura de dos esferas concéntricas, que teniendo el mismo centro, difieren por sus circunferencias. ¿Qué es, en efecto, el deber? Es esa ley escrita en nosotros mismos, á la cual un sér libre, un sér racional, no puede faltar sin hacerse indigno de la razon y de la libertad, sin decaer, por consiguiente, del puesto que tiene asignado por su naturaleza, sin incurrir en su propio desprecio y en el de sus semejantes. Esto quiere decir que el deber se impone á nosotros absolutamente, y que el que le viola con intencion, colocándose fuera, ó más bien, debajo de la humanidad y de la sociedad, da á la sociedad y á la humanidad el derecho de repudiarle, de rechazarle de su seno. Es fuera de duda que lo que la razon nos manda con ese carácter de imperiosa obligacion, es esencialmente bueno; pero no todo lo que es bueno, no todo lo que es conforme á las leyes de la razon, no todo lo que admira y aplauda la conciencia moral, podria pasar por obligatorio y ser contado en el número de los deberes.

El bien, aun cuando se le considere en los solos límites de la humanidad, es, pues más que el deber, aunque el deber sea una de las formas del bien. El deber es el límite, bajo del cual no nos es permitido descender, sin perder en el órden moral nuestra calidad de hombres. El bien es el objeto más elevado que pueden proponerse los esfuerzos reunidos de todas nuestras facultades; es el órden eterno, el órden supremo, al cual, por los atributos distintivos de nuestra naturaleza, somos llamados á concurrir segun la medida de nuestra inteligencia y de nuestras fuerzas; es más que una simple ley de nuestra existencia ó una perfeccion relativa, es la perfeccion misma, hácia la cual nos llevan al mismo tiempo la razon y el sentimiento, la reflexion y sublimes instintos, y al que está en nuestro poder acercarnos más y más sin alcanzarla nunca.—*(Diccionario de las Ciencias Filosóficas).*

LA EXPERIENCIA.

Cualquier cosa que el hombre estudie, cualquiera que sea la ciencia que quiere construir, es siempre una realidad, un hecho ó un objeto existentes lo que trata de explicar, cuya descripcion emprende, y cuyas leyes, orígen y destino tiene por objeto trazar.

Así, pues, los hechos reales, actuales, son ante todo el camino que conduce nuestra inteligencia á toda ciencia en la esfera de los objetos que son accesibles á la razon humana. Ahora, la observacion de los hechos es lo que se llama experiencia. La experiencia es, pues, el punto de partida de toda ciencia.

Para hacer la ciencia de un objeto, es preciso recojer todos los hechos que se refieren á él, de cualquier órden y especie que sean; comprobarlos bien, precisar sus caractéres, reconocer sus leyes, y llegar por este medio al descubrimiento de sus causas y á la determinacion de sus consecuencias.

Se verá mejor toda la extension de lo que se llama experiencia, si se reflexiona que todo lo que en este mundo existe en el tiempo y en el espacio, puede ser considerado como un hecho; y que en este sentido, el pensamiento y la existencia humana, por ejemplo, son hechos como todos los demás.

Para sacar de la experiencia todo lo que contiene, se emplea el procedimiento intelectual que la lógica llama induccion, y que consiste en ir de lo particular á lo general.

Con este objeto se examinan los hechos recojidos y comprobados, se describen sus circunstancias, se eliminan las que son variables y accidentales, y se obtiene, por la coordinacion de las circunstancias que son esenciales á la produccion de un hecho (que le acompañan siempre cada vez y donde quiera que tiene lugar), la ley misma de ese hecho, es decir, su fórmula más general.

Si se emprende en seguida verificar esa ley, sirviéndose al efecto del conocimiento que se tiene para reproducir los hechos mismos, reproduciendo sus circunstancias esenciales, se hará lo que se llama una experimentacion.

Se ve por lo que precede, la certidumbre inherente á semejante método. El punto de partida es lo que hay más verdadero y positivo, puesto que es la realidad misma; y en el trabajo del espíritu sobre esta realidad, la razon es la que interviene y aplica á realidades comprobadas y ciertas, los principios mismos de nuestra constitucion intelectual, los que, por ejemplo, nos hacen afirmar bajo los fenómenos la sustancia, y más allá de los hechos que comienzan á existir la causa eficiente que los produce.

Por lo mismo que la razon interviene con la experiencia en la formacion de una ciencia, se reconoce fácilmente que no hay ciencia puramente experimental. La experiencia da lo particular; la razon busca y descubre lo general, y ese descubrimiento es el que eleva los datos de la experiencia á la altura de una ciencia. No hay ciencia de lo que pasa, decia Aristóteles, y el mismo Bacon no era de otra opinion. La induccion, que es el paso de lo particular á lo general, es un procedimiento racional. De manera, que por un lado, el método experimental se apoya en la realidad, y por el otro, toma de la inteligencia, que interviene en la formacion de la ciencia, algo de la certidumbre necesaria de los principios de la razon. Cuando, por ejemplo, la física ha llegado á explicar por la ley de la gravitacion universal, los movimientos de los cuerpos celestes, y las anomalías aparentes que ofrecen en la superficie de nuestro globo, los cuerpos que en lugar de caer se elevan en el aire, ha obtenido el mayor resultado que pueda dar la induccion; ha llegado al mismo tiempo á la más alta certidumbre que sea posible alcanzar en las ciencias cuyo objeto es la realidad.

Habrá, pues, ciencias en que la experiencia represente más grande papel que en otras, y ciencias en que la intervencion de la razon tenga más efecto que los datos de la experiencia; pero en toda ciencia hay lugar para los hechos y para la razon, porque no hay ciencia que no se refiera á un objeto real, y al mismo tiempo pueda ser hecha de otra manera que por la razon. Así, la física, la química, la botánica, la zoología, son ciencias inductivas y experimentales, porque los datos de la experiencia son en ellas, más que en otras ciencias, el objeto y base del conocimiento. En la fisiología, los datos de la razon representan un papel más considerable; lo es todavía mayor en la moral y en la teodicea; y en fin, en las matemáticas el papel de la experiencia se minora todavía, sin ser, sin embargo, enteramente nulo.

Esta intervencion de los principios racionales en la formacion de las ciencias inductivas, basta para mostrar que el método experimental tiene por objeto alcanzar lo general y lo universal, y que así difiere radicalmente del empirismo, que quiere que la experiencia se baste á sí misma, y que reduce así todo saber al conocimiento de lo particular, es decir, que anonada la ciencia.

Por otra parte, todo sistema filósofico que niega la necesidad de la observacion, que rechaza el método experimental, y que quiere hacer la ciencia sin el intermedio de los hechos, se aventura por eso mismo, en el campo infinito de las hipótesis. Desde el momento que en lugar de examinar lo que existe para buscar su explicacion, se establecen ciertos pincipios arbitrarios, de los que se trata de deducir en seguida todo lo demás, no se llegará nunca sino á construir un mundo de fantasía, más ó ménos imposible, pero no se conocerá el mundo real. Aun admitiendo que se tuviese la dicha de establecer por punto de partida una verdad amplia y fecunda, no dejaría de conservar su carácter hipotético, puesto que no se apoyaría sobre la realidad; y como consecuencia última, el que la hubiera abrazado debería resignarse ó ignorar eternamente su demostracion, y á privar por lo mismo sus conocimientos del sólo carácter que constituye la ciencia, la certidumbre.—J. Bouillier, *miembro del Instituto.*

DEL POSITIVISMO EN SUS RELACIONES CON LA CIENCIA

ESCRITO

POR TH. HUSLEY

MIEMBRO DE LA SOCIEDAD REAL DE LÓNDRES, PROFESOR DE PALEONTOLOGÍA

EN LA ESCUELA REAL DE MINAS DE INGLATERRA, ETC.

(1877.)

Hace ya dieziseis ó diezisiete años que conozco el *Curso de Filosofía positiva*, el *Discurso acerca del conjunto del positivismo* y la *Política positiva*, de Augusto Comte. Fuí llevado á estudiar estas obras, primero, porque M. Mill las menciona en su *Lógica;* despues un teólogo distinguido me las habia recomendado; en fin, un amigo cuyas opiniones siempre atendia, el difunto profesor Henfrey, que consideraba los grandes volúmenes de M. Comte como una mina de sabiduría, me excitaba á leerlos, y me los prestó para que me aprovechase de sus riquezas. Despues de haberlos recorrido con todo el cuidado que merecen, encontré que la mina era profunda y oscura, mas su riqueza no me causó efecto. Las vetas de metal precioso me parecian angostas y raras, y la roca que las encerraba tenia tanta tendencia á trasformarse en lodo, que el trabajador podia atascarse intelectualmente. Sin embargo, por dicha encontré esparcidos algunos fragmentos de oro nativo, en los capítulos que se refieren á la sociología especulativa y práctica; pero no, segun mi experiencia me permitia juzgar, en las discusiones relativas á la filosofía de las ciencias físicas. En efecto, encontré muchas cosas interesantes para todos aquellos que, como yo, ven eclipsarse las antiguas creencias del mundo y esperan con impaciencia el nuevo dia. Nada podia ser más interesante para un biologista, que ver establecer el estudio de su ciencia como parte esencial de los prolegómenos de una nueva interpretacion de los fenómenos sociales. Nada podia satisfacer más á un adorador de la austera veracidad científica, que esta tentativa para salvar toda creencia, con excepcion de las que pueden dar luz, aquellas que, léjos de temer la crítica, la buscan; y por otra parte, un hombre que ama el valor y el hablar preciso, debia conmoverse profundamente, viendo en la primera página del *Discurso acerca del conjunto del positivismo*, que el autor anuncia con calma que se proponia "reorganizar sin Dios ni rey, por el culto sistemático de la humanidad," el carcomido armazon de la sociedad moderna.

En esta época, conocia bien el *Fausto*, y leyendo esta poderosa palabra, sentia la veleidad de repetir los conocidos versos del coro de los ángeles:

"¡Desgracia! ¡Desgracia! La hermosa tierra cae, está en peligro, llevamos sus restos á la nada! Tú, poderoso entre los hijos de la tierra, tú, el soberbio, ¡reconstrúyela! en tu corazon, fabrícala de nuevo!"

Sin embargo, siguiendo los progresos de este poderoso hijo de la tierra en su obra de reconstruccion, me sentia muy perplejo, por no decir desengañado. Dios sin duda habia desaparecido; mas en su lugar reinaba el nuevo Gran Sér Supremo, gigantesco fetique salido muy recien preparado de las manos de M. Comte. No se hablaba de un rey; mas en su lugar encontré una organizacion social minuciosamente definida, que ejerceria, el dia que se pusiese en práctica, una autoridad despótica que haria palidecer al más déspota de los sultanes, y que no podria sobrepujar un presbítero puritano en toda su potencia. Suponiendo á M. Comte establecido en la cátedra de San Pedro y cambiado el nombre de la mayor parte de los santos, yo no podia reconocer en mi ceguedad, en qué difiere el culto sistemático de la humanidad, del absolutismo papal. Citando una vez más á *Fausto*, repetiré con Margarita:

"El cura nos dice casi esto mismo aunque con términos un poco diferentes."

Con razon ó sin ella, tal era la impresion que el estudio de las obras de M. Comte habia dejado en mi espíritu; pero al mismo tiempo me habia convencido este filósofo, por cuyo motivo siempre le viviré reconocido, de que es no solamente posible organizar la sociedad sobre una base nueva y puramente científica, sino que éste debe ser el solo objeto al que deben tender todos nuestros debates y todas nuestras luchas científicas.

Como ya dije, la parte de los escritos de M. Comte, que trata de la filosofía de las ciencias físicas, me parece tener muy poco valor, y prueba que en cuanto concierne á la ciencia como se entiende habitualmente, el conocimiento que tiene de la mayor parte de los ramos que la constituyen, es de lo más superficial y de segunda mano. No quiero decir solamente que Comte no estaba al nivel de los conocimientos actuales, ó que no sabia los detalles científicos conocidos en su tiempo. No seria justo reprochar tales defectos á un filósofo, á un escritor de la generacion pasada. Hé aquí lo que me llamaba la atencion: Comte no ha percibido los grandes rasgos de la ciencia; se engaña notablemente en su juicio acerca del mérito de sus contemporáneos científicos, y sus ideas erróneas relativamente al papel que debian representar en el porvenir algunas doctrinas científicas que tenian curso en su tiempo, nos hacen sonreir. Con semejantes impresiones en el espíritu, nadie extrañará oirme decir que hace dieziseis años me he sentido periódicamente irritado, viendo presentar con tanta frecuencia á Comte como el porta-estandarte del pensamiento científico, y oir á ciertos escritores públicos llamar comtistas ó positivistas á otros escritores cuya filosofía deriva de ellos mismos ó de la de Hume, y esto á pesar de enérgicas protestas. ¡Cuántos esfuerzos han sido necesarios para que M. Mill se desembarace de este rótulo! Observo tambien, como se ve á un hombre luchar contra la adversidad, que M. Spencer intenta aún desembarazarse de este rotulon que se le ha pegado, dispuesto á arrancarse la piel y el resto, más bien que conservar semejante marca. Despues me tocaria mi turno; así viendo á un prelado eminente

autorizar esta confusion popular y darle curso, aproveché una oportunidad que se presentaba para reivindicar lo que pertenece á Hume en su filosofía llamada *nueva*, y al mismo tiempo para repudiar el positivismo en lo que me concierne.

En mi intencion, las pocas líneas de mi artículo acerca de la *Base física de la vida* que se refieren á las doctrinas de Comte, no tenian absolutamente otro motivo. Mas parece que los partidarios de Comte en Inglaterra, para alguno de los cuales, dicho sea de paso, tengo el más sincero respeto, se han inquietado con mis palabras más de lo que yo quisiera, y el artículo reciente de M. Congreve es la expresion del descontento que he excitado entre los adeptos al positivismo.

En una peroracion que me parece asestada al efecto, M. Congreve, indignado en razon de la admiracion que profesa por la vida de Comte, me desafía á que niegue el carácter de grandeza que se nota en ella, y ha recurrido á un lenguaje violento porque yo no muestro ningun signo de veneracion por su ídolo. Confieso que no me inquieto, perdiendo el tiempo en denigrar á un hombre que merezca que se hable de él con respeto. No especificaré, pues, las razones que me deciden á aceptar sin vacilacion el desafío de M. Congreve, y á rehusar reconocer en M. Comte, nada que merezca el nombre de grandeza de carácter, si no es su arrogancia que es seguramente sublime. Solo me limitaré á hacer observar, que M. Congreve tiene razon al decir que hablo de su padre espiritual en términos por lo ménos desdeñosos; pero si he hablado de él en este tono, depende de que al escribir las páginas precedentes, acababa de leer un libro que él conoce bien indudablemente, el de M. Littré acerca de *Augusto Comte y la filosofía positiva.*

Bien que haya una medida generalmente admitida y bastante precisa para reconocer lo que es bueno ó es malo, y aún lo que es generoso ó mezquino, se puede decir que la belleza ó grandiosidad de una vida es más ó ménos materia de gusto, y como las ideas de M. Congreve con relacion á la excelencia literaria son tan diferentes de las mias, es muy posible que nuestra manera de comprender la belleza ó fealdad moral sea completamente divergente. Así, pues, conservando mi manera de ver, no me permiteré someter á discusion la suya. Mas cuando M. Congreve establece gran acopio de insinuaciones hábilmente acumuladas para tratar de hacer creer al público que he pecado contra la honradez literaria criticando á Comte sin haberlo leido, me será permitido recordarle que ha despreciado la máxima bien conocida de uno de los sábios de la diplomacia: Si quereis hacer mal á un hombre, es necesario decir lo que es probable, lo mismo que lo que es cierto.

Y cuando M. Congreve dice que he asegurado una ventaja sobre él, haciendo intervenir al cristianismo en el debate, por medio de esta frase: "Se puede compendiar prácticamente la filosofía de Comte diciendo que es el catolicismo sin el cristianismo," dando á entender que con estas palabras hacia yo un llamamiento á las pasiones religiosas *(odium theologicum)*, se expone á una respuesta muy desagradable.

No tengo derecho de suponer que M. Congreve no ha leido las obras de Comte, pero por lo ménos prueba que no conoce la *Filosofía positiva* por esta frase de su artículo: "lo expuesto nos demuestra que M. Huxley no tiene de la obra completa sino una idea general muy ligera. La mencion que hace del catolicismo, lo prueba con evidencia." Si

yo hiciese esta insinuacion, la consideraría á la vez muy injusta é inconveniente; la rechazo desde luego. Y sin embargo, es un hecho que mi pequeño epigrama, que tanto ha molestado á M. Congreve, no hace mas que condensar en algunas palabras el pasaje siguiente del 5º volúmen de la *Filosofía positiva*, pág. 344. (1)

"La sola solucion de este gran problema histórico, que jamás ha sido puesto filosóficamente, consiste en concebir, en sentido radicalmente inverso de las nociones habituales, *que lo que debia perecer en el catolicismo, era la doctrina y no la organizacion*, que no ha sido pasajeramente arruinada sino á consecuencia de su inevitable adherencia elemental á la filosofía teológica, destinada á sucumbir gradualmente bajo la irresistible emancipacion de la razon humana; *miéntras que una constitucion tal, convenientemente reconstruida sobre bases intelectuales, á la vez más extensas y más estables, deberá presidir finalmente á la indispensable reorganizacion espiritual de las sociedades modernas, salvo las diferencias esenciales, espontáneamente correspondientes á la gran diversidad de las doctrinas fundamentales;* á ménos de suponer, lo que ciertamente seria contradictorio al conjunto de las leyes de nuestra naturaleza, que los inmensos esfuerzos de tantos grandes hombres, secundados por la perseverante solicitud de las naciones civilizadas, en la fundacion secular de esta obra maestra política de la sabiduría humana, deban al fin perderse irrevocablemente para la parte selecta de la humanidad, salvo los resultados capitales más provisorios que á ella se refieren inmediatamente. Esta explicacion general, ya evidentemente motivada por la continuacion de las consideraciones propias de este capítulo, se confirmará más y más en todo el resto de nuestra operacion histórica, *de la que constituirá la principal conclusion política.*"

Nada puede darse más claro. El ideal de Comte, como él mismo lo dice, es la organizacion católica sin la doctrina del catolicismo, ó en otros términos, el catolicismo sin cristianismo. Seguramente que nadie tendrá derecho de imputarme motivos mezquinos, cuando me limito á establecer las doctrinas de un hombre, sirviéndome de sus propias palabras.

Si siguiese esta discusion con M. Congreve, temeria fatigar á mis lectores. No me encuentro obligado á decidir acerca del mérito ó defectos de M. Comte en cuanto concierne á la sociología. M. Mill, cuya competencia reconocerá M. Congreve, se ha manifestado, acerca de la filosofía de M. Comte, con un vigor y una autoridad, á los cuales no puedo aspirar, y tambien con una severidad muy frecuentemente vecina del desprecio, y que yo no querria superar áun cuando me fuese posible. En el estudio de todas estas cuestiones, me atengo al juicio de M. Mill, y no acepto una discusion que no he provocado.

La sola obligacion que me incumbe, es justificar lo que todavía no he hecho en lo que va escrito acerca del positivismo, á saber, la opinion expresada en el pasaje siguiente: "mis estudios me han permitido reconocer lo que caracteriza especialmente la filosofía positiva; le encuentro muy poco valor científico, por no decir que está enteramente desprovista de él, y en ella veo tantas cosas contrarias á la esencia misma de la ciencia, como las que contiene el catolicismo ultramontano."

(1) Cito aquí y en otras partes la 3ª edicion del *Curso de Filosofía positiva*, con un prefacio de M. Littré.

Hay aquí dos proposiciones. La pirmera es que el positivismo no tiene valor científico ó casi carece de él. La segunda, que su espíritu es anticientífico. Voy á intentar hacer bien evidentes estas dos afirmaciones.

1 º Quien tenga un conocimiento siquiera superficial de las ciencias físicas, no puede dejar de reconocer, al leer las lecciones de Comte, que el autor está singularmente desprovisto de conocimientos reales en estas materias, y tambien que ha estado de desgracia. ¿Qué pensar de un contemporáneo de Young y de Fresnel que no pierde oportunidad de tratar con desden la hipótesis de un éter, base fundamental de la teoría de las ondas luminosas y de otras muchas cosas en la física moderna, y que respeta tan poco el valor intelectual de algunos de los hombres más eminent s de su época, que piensa refutar la teoría de las ondas indicando simplemente la existencia de la noche? (1) Da una extraña medida de su propio valor como crítico científico, cuando nos enseña que la frenología es una gran ciencia y la psicología una quimera; que Gall és uno de los grandes hombres de su siglo, que *Cuvier es brillante pero superficial.* (2) ¿No está de desgracia este razonador especulativo tan atrevido, que poco ántes de la aurora de la histología moderna, esta pura aplicacion del microscopio á la anatomía, reprueba lo que llama *el abuso de las investigaciones microscópicas y el valor exagerado que se les ha atribuido?* Se trataba de demostrar la unidad morfológica de los tejidos de la gran mayoría de las plantas y animales, y Comte hacia caer el ridículo sobre aquellos que intentaban referir todos los tejidos á *un tejido generador formado por el quimérico é ininteligible conjunto de una especie de mónades orgánicos, que serian desde entónces los verdaderos elementos primordiales de todo cuerpo vivo.* (3) Es Comte, en fin, el que nos dice que todas las objeciones hechas contra el arreglo de las especies vivas en série líneal, son esencialmente absurdas; que el órden de la série animal es necesariamente líneal, miéntras que lo contrario es precisamente una de las verdades mejor establecidas y más importantes de la zoología. Preguntad á los matemáticos, á los astrónomos, á los físicos, á los químicos, á los biologistas, lo que piensan de la *filosofía positiva,* y todos estarán unánimes en certificar que, cualquiera que pueda ser el mérito de M. Comte desde otros puntos de vista, no ha esparcido ninguna luz sobre la filosofía de sus estudios particulares.

Sin embargo, para ser justos es forzoso reconocer que áun los más ardientes discípulos de Comte, se callan prudentemente cuando se trata de sus conocimientos científicos, ó de su manera de apreciar las ciencias, y prefieren basar los derechos que pueda tener su maestro á la autoridad científica, en su *ley de los tres estados* y su *clasificacion de las ciencias.* Pero aquí tambien me encuentro en oposicion con ellos, como muchos otros, y particularmente M. Herbert Spencer, lo han estado ántes que yo. Un exámen crítico de lo que Comte quiere enseñarnos acerca de la ley de los tres estados, nos da una série de afirmaciones más ó ménos contradictorias, para formular una verdad imperfectamente comprendida; y su clasificacion de las ciencias, sea bajo el punto de vista histórico, sea bajo el de la lógica, carece absolutamente de valor.

(1) Comte, Fil. posit., t. 2, p. 440.
(2) Id., ibid., t. VI, p. 383.
(3) Id., ibid., t. III, p. 369.

Consideremos la ley de los tres estados, tal como nos la presenta al principio de la primera leccion de la *Filosofía positiva:* "Estudiando así el desarrollo total de la inteli-"gencia humana en sus diversas esferas de actividad, desde su más simple destello has-"ta nuestros dias, creo haber descubierto una ley fundamental, á la cual está sujeta por "una necesidad invariable, y que me parece poder establecerse sólidamente, sea sobre "las pruebas racionales dadas por el conocimiento de nuestra organizacion, sea sobre las "verificaciones históricas que resulten de un exámen atento del pasado. Esta ley con-"siste en que cada una de nuestras concepciones principales, cada ramo de nuestros co-"nocimientos, pasa sucesivamente por tres estados teóricos diferentes: el estado teológi-"co ó ficticio; el estado metafísico ó abstracto; el estado científico ó positivo. En otros "términos, el espíritu humano, por su naturaleza, emplea en cada una de sus investiga-"ciones tres métodos de filosofar, *cuyo carácter es esencialmente diferente y áun radi-"calmente opuesto:* primero el método teológico, en seguida el método metafísico, y en "fin el método positivo. De allí tres especies de filosofía ó de sistemas generales de con-"cepciones acerca del conjunto de fenómenos, *que se excluyen mútuamente;* la primera "es el punto de partida necesario de la inteligencia humana; la tercera su estado fijo y "definitivo; la segunda está destinada únicamente á servir de transicion."

Nada podria darse tan preciso como estas afirmaciones; se puede formularlas en las proposiciones siguientes:

a. La inteligencia humana está sometida á la ley por una necesidad invariable, lo que demuestra *a priori* la naturaleza y la constitucion de la inteligencia; y al mismo tiempo podemos demostrar históricamente que la inteligencia humana ha estado siempre sometida á esta ley.

b. Todos los ramos del saber humano pasan por los tres estados, comenzando necesariamente por el primero.

c. Los tres estados se excluyen mútuamente, siendo esencialmente diferentes y áun radicalmente opuestos.

Dos cuestiones se presentan. ¿M. Comte no se pondrá despues en contradiccion consigo mismo? ¿Los hechos no le contradecirán? Respondo afirmativamente á estas dos cuestiones; y por lo que toca á la primera, tomo como testimonio un pasaje notable que se encuentra en la página 491 del 4 º volúmen de la *Filosofía positiva,* cuando M. Comte habia ya tenido tiempo para reflexionar con más detenimiento acerca de las ideas que emite sencillamente al principio de su primer volúmen.

"Propiomente hablando, la filosofía teológica, áun en nuestra primera infancia, indi-"vidual ó social, no ha podido ser jamás rigurosamente universal, es decir, que para cual-"quier órden de fenómenos, *los hechos más simples y más comunes han sido siempre "considerados como esencialmente sujetos á leyes naturales, en lugar de ser atribuidos á "la arbitraria voluntad de agentes sobrenaturales.* El ilustre Adam Smith ha notado, "por ejemplo, que en ningun tiempo ni en ningun país, se ha encontrado un Dios para "la pesantez. *Asi sucede en general, áun en atencion á lo más complicado, en todos los "fenómenos bastante elementales y familiares, para que la perfecta invariabilidad de "sus relaciones efectivas, haya debido siempre llamar la atencion espontáneamente al*

"*observador ménos preparado.* En el órden moral y social, que una vana oposicion que-"rria hoy sistemáticamente prohibir á la filosofía positiva, ha habido siempre necesa-"riamente el pensamiento de las leyes naturales, respecto de los más simples fenómenos "de la vida diaria, como lo exije evidentemente la conducta general de nuestra existen-"cia real, individual ó social, que no habria podido nunca tener una prevision cualquie-"ra, si todos los fenómenos humanos hubiesen sido rigurosamente atribuidos á agentes "sobrenaturales, puesto que desde luego la oracion habria sido lógicamente el sólo re-"curso imaginable para influir sobre el curso habitual de las acciones humanas. *Se debe "aún notar á este respecto, que es, al contrario, la aparicion espontánea de las prime-"ras leyes naturales, propias de los actos individuales ó sociales, la que trasportada de "una manera ficticia á todos los fenómenos del mundo exterior, ha dado primero, se-"gun nuestras explicaciones precedentes, el verdadero principio fundamental de la fi-"losofía teológica. Así, el gèrmen elemental de la filosofía positiva, es ciertamente tan "primitivo en el fondo como el de la misma filosofía teológica, aunque sólo haya podi-"do desarrollarse más tarde.* Tal nocion importa mucho á la perfecta racionalidad de "nuestra teoría sociológica, puesto que la vida humana, no pudiendo nunca ofrecer una "creacion cualquiera, sino una simple evolucion gradual, el objeto final del espíritu po-"sitivo vendria á ser científicamente incomprensible, si desde el orígen no se comprenden "los rudimentos necesarios. Despues de esta primitiva situacion, á medida que nuestras "observaciones se han extendido espontáneamente y generalizado, este impulso, prime-"ro apenas apreciable, ha seguido constantemente, sin cesár de ser subalterno por mucho "tiempo, una progresion muy lenta, pero contínua, quedando la filosofía teológica reser-"vada para los fenómenos, cada vez ménos numerosos, cuyas leyes naturales no podian "aún ser conocidas."

Comparad las proposiciones implícitamente enunciadas aquí, con las que hemos hecho notar en el primer volúmen.

a. Es un hecho que la inteligencia humana no ha estado invariablemente sometida á la ley de los tres estados, y por consiguiente la necesidad de la ley no puede ser demostrada *a priori.*

b. Muchos de nuestros conocimientos de toda especie no han pasado por los tres estados, y más particularmente por el primero, como M. Comte ha tenido cuidado de hacérnoslo notar.

c. El estado positivo ha coexistido más ó ménos con el estado teológico, desde los primeros destellos de la inteligencia humana.

Y para completar esta série de contradicciones, la asercion de que los tres estados son esencialmente diferentes y áun radicalmente opuestos, viene á chocar un poco depues en la misma página, con la afirmacion de que, en resúmen, el estado metafísico es simplemente una modificacion general del primero. Además, en la leccion 40, así como en uno de sus primeros ensayos, muy interesante, intitulado: *Consideraciones filosóficas acerca de las ciencias y los sàbios* (1825), los tres estados se reducen prácticamente á dos: "El "verdadero espíritu general de toda filosofía teológica ó metafísica, consiste en tomar por "principio, en la explicacion de los fenómenos del mundo exterior, nuestro sentimien-

"to inmediato de los fenómenos humanos;. miéntras que la filosofía positiva, al contra-"rio, está caracterizada siempre y no ménos profundamente, por la subordinacion nece-"saria y racional de la concepcion del hombre á la del mundo."

Dejo á los discípulos de M. Comte el cuidado de decidir cuál de estas afirmaciones contradictorias es la que expresa lo que su maestro queria decirnos realmente. Que me sea permitido solamente hacer notar que los hombres de ciencia no acostumbran dar gran importancia á leyes formuladas de esta manera.

Las afirmaciones ulteriores son seguramente más lógicas y están más de acuerdo con los hechos que las primeras; pero ellas no dan tampoco una explicacion justa y suficiente del desarrollo de la inteligencia, ya se trate del individuo ó de la especie humana. Todos los que quieran observar atentamente el desarrollo de la inteligencia en un niño, reconocerán que, desde sus primeras manifestaciones, su pensamiento refleja la naturaleza de dos modos diferentes. Primero el niño acumula sensaciones y reune asociaciones, fromándose una concepcion de las cosas y de sus relaciones, que es más positiva en realidad y ménos embrollada de hipótesis de toda especie, que lo que será en cualquiera época de su vida, su manera de concebir el mundo y de concebirse á sí mismo. Ningun niño ha recurrido á personificaciones imaginarias para explicar las propiedades ordinarias de los objetos inanimados, ó que no representan séres vivientes. Él no se imagina un dios de la dulzura para explicar el gusto del azúcar, ó un espíritu del salto para explicar los botes de su pelota. Semejantes fenómenos, que forman la base de una gran parte de sus ideas, son aceptados por él simplemente y como hechos últimos que no presentan dificultad ni necesitan explicacion. En todo lo que concierne á estos fenómenos importantes, por comunes que sean, el espíritu del niño está en ese estado que M. Comte llamaria *estado positivo.*

Mas al lado de esta condicion mental se produce otra. El niño llega á conocerse como causa de accion, y como individuo pasivo y pensador. Los actos que resultan de sus deseos hacen parte de sucesos muy interesantes, de los más notables que le rodean; y además, estos actos provienen evidentemente de afecciones determinadas en él por lo que le rodea, ó por otros cámbios efectuados en su persona Entre estos objetos vecinos, los que le interesan y le importan más son: la madre y el padre, los hermanos y hermanas, las criadas que le cuidan. Bien pronto, el espíritu del niño se ve forzado á suponer que estos séres tan notables para él son de una naturaleza semejante á la suya, y esta primera concepcion antropomórfica, viene á ser para él una hipótesis de las más felices, cuya justificacion verá á cada paso. No es, pues, extraño que la extienda á otros objetos que tambien le interesan, á aquellos que no son muy disímbolos con los primeros; que la extienda por ejemplo al gato, al perro, á los animales domésticos, lo mismo que al muñeco, á los juguetes, al libro con estampas, que para él están dotados de voluntad, de afecciones y de la capacidad de ser *juiciosos* ó de ser *malévolos.* Evidentemente seria una simple perversion del lenguaje llamar este estado intelectual un estado teológico, sea que se tome esta palabra en su sentido real, sea que se tome oponiéndola á la idea de científico ó positivo. El niño no adora ni á su padre, ni á su madre, ni al muñeco, ni al perro. Al contrario, séame permitido observarlo, nada es más curioso que la falta absoluta de veneracion,

más aún, de respeto, en un niño rodeado de cuidados y de amor; nada llama tanto la atencion como su tendencia á creerse como un centro del universo, y su disposicion á ejercer una tiranía despótica sobre aquellos que podrian aplastarlo con un dedo.

Seria todavía ménos justo decir que este antropomorfismo de la primera infancia no es científico, ó que es opuesto al espíritu de la ciencia. El niño reconoce que muchos fenómenos resultan de sus propias afecciones; no tardará en adquirir razones excelentes para creer que otros muchos fenómenos resultan de afecciones de los séres que difieren de él, asemejándosele más ó ménos. Así provisto de buenas pruebas para creer que muchos sucesos de los más interesantes para él, se explican por la hipótesis de que son obra de inteligencias semejantes á la suya, ¿qué razon habria para que el niño, que ha descubierto la causa verdadera de muchos fenómenos, restringiese la aplicacion de una hipótesis tan fructuosa? El perro tiene como el gato una manera de inteligencia; ¿por qué el muñeco y el libro de estampas no tendrán su parte, en relacion con su semejanza á los séres inteligentes?

En esta vía, el solo límite que se presenta, es precisamente el que debe presentarse colocándose desde el punto de vista científico, es decir, que el niño aplicará su interpretacion antropomórfica sólo á los fenómenos que se parezcan más por su naturaleza general, ó sus caprichos aparentes, á aquellos cuya causa reconoce el niño en sí mismo ó en otros séres que se le parecen. Para él todo el resto de la naturaleza se compone de cosas que se explican por sí mismas ó que son inexplicables.

Sólo en un estado ulterior de su desarrollo, la inteligencia del hombre llega á reconocer el conflicto aparente de su interpretacion antropomórfica de la naturaleza y la interpretacion que yo llamaria *física*. (1) En este momento intenta extender sobre toda la naturaleza su interpretacion antropomórfica, lo cual es la tendencia de la teología, ó bien da el mismo predominio exclusivo á su interpretacion física, lo cual es la tendencia de la ciencia, ó en fin, adopta un justo medio, y tomando de la interpretacion antropomórfica su tendencia á personificar, á la interpretacion física su tendencia á excluir la voluntad y las afecciones, termina en lo que M. Comte llama *el estado metafísico*, siendo esta palabra en sus escritos un término despreciativo para indicar lo que le desagrada.

Lo que es verdad tratándose del desarrollo intelectual del individuo, lo es tambien, *mutatis mutandis*, tratándose del de la especie. Es absurdo decir que todas las concepciones de los hombres en su período de barbárie primitiva, estén en un estado teológico. Estas concepciones son entónces, nueve veces sobre diez, eminentemente realistas, y tan positivas como pueden darlas la ignorancia y la pobreza del espíritu. Lo mismo que el niño, el salvaje no investiga el por qué de los sucesos diarios y ordinarios que forman la mayor parte de su vida mental. Mas en cuanto á los sucesos más notables, insólitos y que

(1) La palabra *positivo* es de desecharse aquí, cualquiera que sea el sentido en que quiera tomarse; sea que indique esta cualidad mental seguramente muy desarrollada en M. Comte, mas, de todas las de un filósofo, la que le hace ménos falta; sea que se aplique á un sistema que tiene por punto de partida enormes negaciones, debiendo entónces llamar por lo ménos desgraciada la calificacion de positivo; sea en fin que, ateniéndose al sentido filosófico especial de la palabra, implique un sistema del pensamiento en el que no se supone nada más allá del contenido en los hechos observados, significa lo que nunca ha existido ni existirá jamás.

le obligan á hacer raciocinios especulativos, él es eminentemente antropomorfista, y su antropomorfismo, comparado con el del niño, se complica muy naturalmente con la impresion profunda que hace en él la muerte de los de su especie. El guerrero de feroz energía que era tal vez el jefe despótico de su tríbu, es herido de muerte. Vedle postrado, y un niño puede desde entónces insultar á este hombre poco ántes tan terrible. Una mosca posa sobre sus lábios de donde partian órdenes terribles, sin que nada venga á inquietarla. Sin embargo, por el aspecto del muerto se diria que duerme, y este sueño ¿es alguna otra cosa, como el que observa lo ha reconocido en sí mismo, más que un abandono momentáneo del cuerpo para ir á vagar al país de los sueños? La violencia cometida sobre este jefe caido, ¿no habrá forzado á esta cierta cosa que hace la esencia del hombre, á vagar tambien? Y si desde entónces el espíritu no es capaz de volver á tomar su cubierta, si ha olvidado los medios de entrar en ella, ¿no conservaria á pesar de esto algunas de las potencias que poseia durante la vida? ¿No podrá venir en nuestro auxilio si logramos agradarle, ó bien podria tal vez perjudicarnos si le enojamos, y esta última impresion parece ser mucho más general? ¿No seria bueno hacer por el espíritu todo lo que hubiera agradado al hombre durante su vida, todo lo que hubiera podido mitigar su cólera? No es posible estudiar los escritos dignos de fe que nos hacen conocer la manera de pensar de los salvajes, sin comprender que en el fondo de sus creencias especulativas se encuentra siempre un encadenamiento de ideas de este género.

Hay salvajes sin dioses, dando á esta palabra cualquier sentido legítimamente permitido; mas no los hay sin espíritus, sin aparecidos, etc. El fetiquismo, el culto de los antepasados ó de los héroes, la demonología de los salvajes primitivos son, en mi opinion, sus diferentes maneras de expresar la creencia en los espíritus y su interpretacion antropomórfica de los sucesos insólitos que le acompañan. La hechicería, la mágia, traducen estas creencias en la práctica, y son á nuestro modo de entender, al culto religioso, lo que es á la teología el antropomorfismo cándido de los niños ó de los salvajes.

En el progreso que realiza la especie para pasar del estado salvaje á una civilizacion avanzada, el antropomorfismo, al desarrollarse, viene á ser teología, miéntras que la interpretacion física de la naturaleza, el *fisicismo* (si se me permite este neologismo) viene á ser ciencia; pero las dos tendencias sufren á la vez un desarrollo simultáneo y no sucesivo. Durante largo tiempo ambas se ejercitan en un dominio especial en el que la tendencia opuesta no tiene accion; al mismo tiempo hay entre estas dos tendencias un terreno abierto de un lado y otro á sus incursiones. Aquí reinan las entidades metafísicas, especies bastardas que deben al fisicismo su aspecto exterior, al antropomorfismo sus tendencias, y que hacen muy particularmente el objeto de la antipatía de M. Comte.

Pero con el curso de los siglos, los límites del fisicismo se ensanchan. Todo el dominio de las entidades bastardas es anexado á la ciencia; y áun la teología, en sus formas más puras, cesa de ser antropomórfica. El antropomorfismo se ha refugiado en su última fortaleza, el hombre mismo. Sin embargo, la ciencia sitia de cerca la plaza; los filósofos se preparan para la lucha y atacan el más grande de los problemas especulativos, el último problema. ¿La naturaleza humana posee un elemento de la libertad, un libre albedrío de sus voluntades, elemento verdaderamente antropomórfico; ó es preciso no ver

en ella sino el mecanismo más curioso y complicado del Universo? Ciertas gentes, cuya opinion sigo, piensan que esta es una batalla que durará siempre, y, desde el punto de vista de las necesidades de la vida, la prolongacion de la lucha equivale prácticamente al triunfo del antropomorfismo.

La clasificacion de las ciencias que daria derecho á M. Comte de reclamar, segun sus adictos, la dignidad de filósofo científico, á la cual le daba ya derecho la ley de los tres estados, me parece expuesta precisamente á las objeciones que hemos hecho valer contra esta ley. Ella se contradice á sí misma, los hechos la contradicen tambien. Examinemos sucesivamente los puntos principales de esta clasificacion.

"Es necesario distinguir, con relacion á todo órden de fenómenos, dos géneros de cien- "cias naturales; unas abstractas, generales, tienen por objeto el descubrimiento de las le- "yes que rigen las diversas clases de fenómenos, considerando todos los casos que pueden "concebirse; las otras concretas, particulares, descriptivas y que se designan algunas ve- "ces con el nombre de *ciencias naturales propiamente dichas*, consisten en la aplicacion "de las leyes á la historia efectiva de los diferentes séres existentes. (1)

Más léjos el autor enumera las ciencias abstractas. Son: *Las matemáticas, la astronomía, la física, la química, la fisiología* y *la física social*, habiendo cambiado posteriormente los títulos de estas dos últimas ciencias en los de *biología* y *sociología.* M. Comte explica en los términos siguientes la distincion que establece entre las ciencias abstractas y las concretas:

"Desde luego se puede percibir con mucha claridad esta distincion, comparando, por "una parte, la fisiología general, y por otra la zoología y la botánica propiamente di- "chas. Son evidentemente, en efecto, dos trabajos de un carácter muy distinto, estudiar "en general las leyes de la vida, ó determinar el modo de existencia de cada cuerpo vi- "vo en particular. *Además, este segundo estudio, está necesariamenfie fundado sobre "el primero.*"

M. Comte nos hace ver en las líneas subrayadas todo lo que hay de falso é insuficiente en sus conocimientos relativos á las ciencias físicas, puramente derivados de la lectura de los libros y no del estudio de la naturaleza. ¡El estudio especial de los séres vivos está fundado necesariamente en el estudio general de las leyes de la vida!..... Lo poco que yo sé me hace pensar que si M. Comte tuviese el menor conocimiento práctico de las ciencias biológicas, habria invertido su frase, despues de haber demostrado que nosotros no podemos conocer las leyes generales de la vida, si no es fundándolas en el estudio de los séres vivos individuales.

El ejemplo que presenta para explicar su distincion, seguramente está mal elegido; mas las expresiones de que se sirve para definir lo que entiende por ciencias abstractas, no me parecen ménos criticables. ¿Es permitido decir que la astronomía, la física, la biología consideran todas las cosas que pueden concebirse en el dominio respectivo de todas esas ciencias? ¿El astrónomo se ocupa en un sistema del universo distinto del que tiene ante sus ojos? ¿Razona sobre los movimientos posibles de los cuerpos que se atraen en

(1) Comte, *Filos. pos.*, t. 1, pág. 56.

razon inversa, digamos por ejemplo, del cubo y de sus distancias? ¿La biología abstracta ó concreta, trata de formas de la vida distintas de las que existen actualmente ó que ántes han existido? Y si las ciencias abstractas abrazan todos los casos concebibles de la operacion de las leyes que les conciernen, ¿no abrazan necesariamente el sujeto de las ciencias concretas que debe ser concebible puesto que existe? Realmente, una distincion como la que establece M. Comte no puede sostenerse, y desde luego esta clasificacion cae por su defecto en la construccion.

Mas concedamos á M. Comte sus seis ciencias abstractas. Él las arregla en seguida segun su *órden natural* ó su *jerarquía*, siendo determinado en esta jerarquía el lugar de las ciencias por el grado de generalidad y de simplicidad de las concepciones de que tratan. Las matemáticas ocupan el primer lugar; despues vienen sucesivamente la astronomía, la física, la química, la biología, y en fin, la sociología, última ciencia de la série. Para hacer valer esta clasificacion, M. Comte se apoya primero en "su conformidad esen-"cial con la coordinacion en cierto modo espontánea, que se encuentra en efecto implí-"citamente admitida por los sábios entregados al estudio de los diversos ramos de la "filosofía natural."

Mas yo niego absolutamente esta conformidad. Si hay algo claro, relativamente al progreso de la ciencia moderna, es su tendencia á reducir todos los problemas científicos, excepto los problemas puramente matemáticos, á cuestiones de física molecular, es decir, á atracciones, á repulsiones, á movimientos de las partículas últimas de la materia y á la coordinacion de estas partículas entre sí. Los fenómenos sociales son el resultado de la accion recíproca de los hombres, partes componentes de la sociedad, unas sobre otros y sobre el universo que les rodea. Mas en el lenguaje de las ciencias físicas, necesariamente materialista por la naturaleza misma de las cosas, las acciones de los hombres, segun la ciencia puede estudiarlas, son el resultado de cambios moleculares en la materia que los compone, y en fin de cuantos acaban por entrar en el estudio de las ciencias físicas. *A fortiori*, los fenómenos biológicos y químicos son, en último análisis, cuestiones de física molecular. Así todos los químicos, todos los biologistas que miran más allá de aquello que forma el objeto inmediato de sus ocupaciones, reconocen este hecho. Es necesario aún notar que los fenómenos biológicos están en relacion con la física molecular de una manera tan directa, tan inmediata como los de la química. La física ordinaria, la química, la biología no son tres escalones sucesivos en la escalera de los conocimientos, como M. Comte querria hacernos creer, sino tres brazos en un tronco comun, la física molecular.

En cuanto á la astronomía, no me explico cómo con un momento de atencion para darse cuenta de la naturaleza de esta ciencia, no se llegue á ver que se compone de dos partes. En primer lugar, es una descripcion de fenómenos, mereciendo el nombre de historia natural con el mismo título que la zoología descriptiva ó la botánica. Despues comprende una explicacion de estos fenómenos, que no es dada por las leyes de una fuerza, la gravitacion, cuyo estudio hace parte tambien de la física, como el del calor ó la electricidad. Seria tan racional hacer del estudio del calor solar una ciencia preliminar del calórico, como colocar el estudio de la atraccion de los cuerpos que componen el uni-

verso en general, ántes del de los cuerpos terrestres particulares, que sólo podemos conocer experimentalmente. Por lo mismo que es posible expresar en fórmulas matemáticas la gran mayoría de los fenómenos astronómicos, la astronomía ha llegado á tan alta perfeccion, y tambien porque se puede explicar la mayor parte de sus fenómenos por la aplicacion de las leyes físicas muy sencillas.

Es necesario notar que en lo concerniente á las matemáticas, M. Comte reune bajo esta denominacion las relaciones puras del espacio y de la cantidad, comprendidas regularmente bajo este nombre, con la mecánica racional y la estática, desarrollos matemáticos de las nociones de fuerza y movimiento, las más generales de las concepciones físicas. Si nosotros llevamos éstas al lugar que deben ocupar en física, nos quedan las matemáticas puras, y á éstas no es posible ponerlas ni al principio ni al fin de una jerarquía de ciencias. En efecto, las matemáticas, como la lógica, deben intervenir igualmente en todas las ciencias, bien que la complexidad de los fenómenos naturales establezca una dificultad práctica tan considerable para la aplicacion actual de las matemáticas en este caso, que queda casi nula.

Relativamente á las matemáticas, M. Comte se entrega á afirmaciones que sólo se pueden explicar por su completa ignorancia práctica de las ciencias físicas. Dice por ejemplo:

"Sólo por el estudio de las matemáticas, y *solamente por el*, puede formarse una idea "justa y profunda de lo que es una ciencia. Allí únicamente se conocerá con precision "*el método general que el espíritu humano emplea constantemente en todas sus investigaciones positivas*, porque en ninguna parte se resuelven las cuestiones de una manera tan completa y se llevan tan léjos las deducciones con una severidad rigurosa. Allí "es igualmente donde nuestro entendimiento ha dado las mayores pruebas de su fuerza, "porque las ideas que él considera allí son del más alto grado de abstraccion posible en "el órden positivo. *Toda educacion científica que no comience por tal estudio, peca "necesariamente por su base.*" (1)

Así, pues, el estudio que sólo puede procurarnos una idea justa y profunda de lo que es una ciencia, y darnos al mismo tiempo una concepcion exacta del método general de investigaciones científicas, es el que no sabe nada de observacion, ni de experimentacion, ni de induccion, ni de determinismo. Además, la educacion, cuyo secreto todo consiste en proceder de lo fácil á lo difícil, de lo concreto á lo abstracto, debe ser invertida y pasar de lo abstracto á lo concreto.

M. Comte alega un segundo argumento en favor de su jerarquía de ciencias. Cito textualmente:

"Un segundo carácter muy esencial de nuestra clasificacion, es el de estar necesaria"mente conforme con el órden efectivo de desarrollo de la filosofía natural. Esto es lo "que verifica todo aquel que conoce la historia de las ciencias" (2)

Mas M. Spencer ha demostrado tan bien y tan completamente (3) que el desarrollo

(1) Comte, Filos. pos., t. I, pág. 99.
(2) Id. ibid t. I, pág. 77.
(3) Spencer, *Ensayo sobre el Génesis de la ciencia.*

histórico de las ciencias no corresponde en nada á su posicion en la jerarquía de Comte, que no perderé mi tiempo en reproducir su refutacion.

Hé aquí una tercera proposicion de M. Comte, para hacer valer su clasificacion de las ciencias:

"En tercer lugar, esta clasificacion presenta la propiedad muy notable de marcar exac-"tamente la perfeccion relativa de las diferentes ciencias, la cual consiste esencialmente "en el grado de precision de los conocimientos y en su coordinacion más ó ménos ín-"tima." (1)

Me es del todo imposible comprender la distincion que M. Comte intenta establecer en este pasaje, á pesar de las amplificaciones que da un poco más léjos. Cada ciencia debe componerse de conocimientos precisos, y estos conocimientos coordinarse en proposiciones generales, sin cuyo requisito no constituirian una ciencia. Cuando M. Comte nos dice, para explicar las afirmaciones citadas arriba, que "los fenómenos organicos no nece-"sitan sino un estudio á la vez ménos exacto y ménos sistemático que los fenómenos de "los cuerpos brutos," no puedo darme cuenta de lo que esto significa. Cuando afirmo que por la excitacion de un nervio motor, el músculo al que se dirije viene á ser á la vez más corto y más grueso sin cambiar de volúmen, esta afirmacion me parece no solamente tan verdadera, sino tan precisa ó exacta, como la del físico que nos enseña que calentando una barra de fierro, la barra viene á ser â la vez más larga y más gruesa, tomando un volúmen más considerable; y en cuanto á la precision, no veo diferencia entre la enunciacion de esta ley morfológica: los animales que dan de mamar á sus hijos, tienen dos cóndilos occipitales, y la de esta ley física: el agua sometida á la electrolisia se descompone en oxígeno é hidrógeno, cuyo peso total es igual al peso del agua descompuesta. En cuanto á decir que las investigaciones anatómicas ó fisiológicas son ménos sistemáticas que las del físico ó el químico, es una aseveracion verdaderamente inconcebible. Los métodos de las ciencias físicas son siempre los mismos en principio, y el fisiologista, cuyas investigaciones no fuesen sistemáticas, fracasará en su estudio, más pronto aún que el que se ocupa en objetos más sencillos.

Así, pues, la clasificacion de las ciencias, segun M. Comte, me parece completamente defectuosa bajo todos aspectos. En este artículo, ya bien largo, es imposible investigar cómo se le sustituirá una clasificacion mejor, y eso es tanto ménos necesario, cuanto que M. Spencer acaba de publicar una segunda edicion de su notable ensayo sobre este mismo asunto.

2.º La segunda afirmacion que me he creido con derecho de hacer en el artículo al cual me he referido con tanta frecuencia, es que la filosofía positiva contiene tantas cosas contrarias á la esencia misma de la ciencia, como las que encierra el catolicismo ultramontano.

Estas palabras se refieren por una parte al dogmatismo y al espíritu estrecho que reinan tan frecuentemente en M. Comte, cuando discute doctrinas que le desagradan, y que reducen la expresion de sus opiniones á simples puerilidades apasionadas. Esto es lo que

(1) Comte, *Filos. pos.*, t. I, pág. 78.

tiene lugar, por ejemplo, en toda su argumentacion contra la teoría de un éter; y cuando declama contra la psicología ó la economía política, su lenguaje no es digno de un sábio. Por otra parte, yo hacia alusion á ese espíritu inquieto de sistematizacion, de reglamentacion, que llena la Filosofía positiva y se muestra en los últimos volúmenes de esta obra, de modo que nos hace prever las monstruosidades anticientíficas de los últimos escritos de Comte.

Los que quieren establecer una línea de separacion entre el espíritu de la *Filosofía positiva* y el de la *Política*, y las obras subsecuentes (si puedo expresar mi opinion formada segun un estudio incompleto de estas últimas obras), me parece que no han atendido á lo que M. Comte intenta probar, y prueba muy efectivamente, en el apéndice general de la *Política positiva.* "Desde un principio, dice, intenté fundar el nuevo "poder especial que yo instituyo hoy. Mi política, léjos de estar opuesta á mi filosofía, "constituye de tal manera su continuacion natural, que ésta fué instituida directamen- "te para servir de base á aquella, como lo prueba éste apéndice." (1)

Esto es perfectamente exacto. En su notable ensayo intitulado: *Consideraciones acerca del poder espiritual*, publicado en Marzo de 1826, Comte propone el establecimiento de un poder espiritual moderno, que podria en sus previsiones, ejercer sobre los negocios temporales una influencia mayor que la del clero católico en el siglo doce, época de toda su independencia y de su mayor poder. Este poder espiritual debe, segun el autor, gobernar la opinion y ejercer sobre la educacion una fiscalizacion suprema en todas las naciones de Oriente; además, los poderes espirituales de los diferentes pueblos europeos, deben asociarse y someterse á una direccion comun ó *soberanía espiritual.*

Así pues, cuatro años ántes de la publicacion del primer volúmen de la *Filosofía positiva*, M. Gomte habia ya organizado completamente en su espíritu un sistema de *catolicismo sin cristianismo*, y naturalmente el espíritu pontifical se muestra en la última obra no solamente como acabo de indicarlo, sino de una manera más notoria aún por un ataque contra la libertad de conciencia que aparece en el cuarto volúmen:

"No hay libertad de conciencia en astronomía, en física, en química, en filosofía "tampoco, en el sentido que cada uno encontrase absurdo no tener confianza en los prin- "cipios establecidos en la ciencia por los hombres competentes."

El ultramontanismo no tiene, segun yo, nada más completamente sacerdotal y más contrario al espíritu científico, que lo que acabo de citar. Todos los grandes progresos científicos son debidos justamente á hombres que no han titubeado en dudar de los principios establecidos en las ciencias por *los hombres competentes;* y la gran enseñanza de la ciencia, su grande utilidad como medio de disciplina mental, es que ella nos inculca ésta máxima: el solo derecho de una afirmacion á la creencia depende de la imposibilidad de una refutacion.

Así sin pasar los límites de la *Filosofía positiva*, vemos que su autor idea el establecimiento de un sistema social, en el cual un poder espiritual organizado debe dominar y dirigir el poder temporal tan absolutamente como los Inocencios y los Gregorios han querido gobernár la Europa de la edad media; y de este sistéma se proscribe la libertad

(1) Comte, *loc. cit.*, prefacio especial, pp. I, II.

de conciencia que se ejerciese en oposicion con los hombres competentes de que debe componerse el nuevo clero del positivismo. M. Congreve habia olvidado todo esto, así como otras partes de la *Filosofía positiva*, á lo que parece, cuando ha escrito que ateniéndose estrictamente al sentido preciso de las palabras, "no es permitido á un hombre de buena fé decir que la *Filosofía positiva* contiene muchas cosas tan contrarias á la ciencia como podría contenerlas el sistema católico." (1)

Así pues, segun se ha podido notar, M. Comte quiere conservar toda la organizacion católica, y el resultado lógico de esta parte de su doctrina en la práctica, seria el establecimiento de una institucion que corresponderia á la Inquisicion, institucion eminentemente católica, pero tambien muy contraria al espíritu científico, segun el comun sentir.

Espero haber dicho lo bastante para demostrar que en lo poco que he escrito acerca de M. Comte y su filosofía, no he hablado á la ligera, sin nociones suficientes, y por malevolencia. Despues de haber desarrollado mi pensamiento, no quisiera hacer creer que para mí las obras de Comte carezcan absolutamente de valor. Respeto con todo mi corazon á aquellos que impulsados por él han reflexionado profundamente en las problemas sociales y luchan como buenos por regenerar á la sociedad. Ellos tienen toda mi simpatía; y este impulso dado por él salvará del olvido el nombre y la reputacion de Augusto Comte. En cuanto á su Filosofía, yo la abandono citando sus propias palabras, que me han sido referidas por un ex-positivista, actualmente uno de los hombres más eminentes del Instituto de Francia, M. Cárlos Robin.

"La filosofía es una tentativa incesante del espíritu humano para llegar al reposo; mas tambien se encuentra incesantemente desarreglada por los contínuos progresos de la ciencia. De ahí viene para el filósofo la obligacion de rehacer cada noche la síntesis de sus concepciones, y vendrá un dia en que el hombre razonable no haga más que esa oracion al anochecer."

EL ASENTIMIENTO.

Llámase asentimiento, el acto en virtud del cual el espíritu reconoce por verdadera una proposicion, una percepcion ó una idea. De aquí resulta que el asentimiento hace necesariamente parte del juicio; porque si se quita de esta última operacion el acto por el cual afirmo ó niego, por el cual reconozco que una cosa es ó no es, sea absolutamente, sea con relacion á otra, no quedará más que una simple concepcion sin valor lógico, una proposicion que hay que examinar ántes de admitirla. El mismo acto es necesario á la percepcion, que puede no ser para nosotros sino una simple apariencia, miéntras que el espíritu no la ha reconocido en sí misma por verdadera. Así es como han existido filósofos, que han puesto en duda la realidad de los objetos percibidos, ó que han creido necesario convencerse de ella por el raciocinio. El asentimiento es espontáneo ó reflexivo, libre ó necesario. Es libre cuando no es impuesto por la evidencia, necesario cuando no puedo rehusarlo sin ponerme en contradiccion conmigo mismo. Los estoicos son los primeros, y tal vez los únicos filósofos de la antigüedad, que hayan dado al hecho de que tratamos un lugar importante en la teoría del conocimiento: al mismo tiempo que admitian con la escuela sensualista, que la mayor parte de nuestras ideas nos vienen de fuera, no creian que las imágenes puramente sensibles pudiesen convertirse en conocimientos reales sin un acto espontáneo, que no es otra cosa que el asentimiento.—*(Diccionario de las ciencias filosóficas.)*

(1) Yo habia dicho á la *esencia de la ciencia*, para indicar que consideraba el espíritu científico y no sus detalles; pero M. Congreve ha creido conveniente hacer à un lado esta palabra importante.

LA METAFÍSICA Y EL POSITIVISMO.

(Traducido de la obra intitulada "La ciencia positiva y la metafísica," escrita por M. L. Liard, profesor de filosofía en la facultad de letras de Burdeos, y coronada por la Academia de Ciencias morales y políticas.)

I.

Las ciencias tienen por objeto descubrir las leyes de los fenómenos; esto es: relaciones relativamente universales y relativamente necesarias entre términos relativamente simples; descomponen la experiencia actual y componen la experiencia futura, de donde se sigue que les está vedado el acceso á lo absoluto. De aquí ha deducido la imposibilidad de la metafísica, una doctrina filosófica que reduce todo el saber humano á los conocimientos científicos propiamente dichos. Para el positivismo "toda proposicion que no es finalmente reducible á la simple enunciacion de un hecho particular ó generál, no puede tener sentido alguno real é inteligible;" (1) sólo es objeto de la ciencia lo positivo ó lo real, esto es, el conjunto de hechos conocidos por la experiencia; no existen principios anteriores y superiores á los fenómenos, ni causas eficientes y finales de las cosas que aparecen en el espacio y en el tiempo; ó si existen, son para nosotros como si no existiesen, puesto que no podemos adquirir su conocimiento. En efecto, estos principios y estas causas no se hallan en el número de los hechos, y desde Bacon, es una máxima por todos recibida y hasta vulgar "la necesidad de tomar los hechos observados por base directa ó indirecta, pero siempre la única decisiva de toda especulacion." (2)

Es enteramente histórica la prueba que da el positivismo de la relatividad de todo conocimiento humano, y por lo mismo, de la ilegitimidad de toda investigacion concerniente á lo absoluto. Si consideramos las diferentes ciencias que, desde la division del trabajo intelectual, se han repartido los dominios que el espíritu tiene que explotar, se verá que cada una de ellas, ántes de quedar definitivamente construida, y de alcanzar resultados verdaderamente científicos, ha pasado por dos estados preparatorios: el teológico y el metafísico.

(1) Comte, artículo del Catecismo de los Industriales, 1835.

(2) A. Comte, *Curso de Filosofía Positiva*, leccion 58.

"En el teológico, al dirigir el espíritu humano sus investigaciones acerca de la naturaleza íntima de los séres y de las causas primeras y finales de todos los efectos que llaman su atencion, se representa los fenómenos como producidos por la accion directa y continua de agentes sobrenaturales más ó ménos numerosos, cuya intervencion arbitraria explica todas las anomalías aparentes de la naturaleza." (1) Así es como la antigüedad pagana pobló el universo de legiones de dioses; y las razas monoteistas atribuyen la produccion y el gobierno de los fenómenos naturales, á la voluntad omnipotente de una divinidad invisible.

"En el estado metafísico, que en sustancia viene á ser una modificacion general del primero, los agentes sobrenaturales son reemplazados por fuerzas abstractas, verdaderas entidades (abstracciones personificadas) inherentes á los diversos séres del mundo, á las cuales se consideran capaces de engendrar por sí mismas todos los fenómenos explicados, cuya explicacion consiste en averiguar para cada uno la entidad correspondiente." (2)

Todas las ciencias, sin exceptuar ninguna, han pasado ó deben pasar estos dos estados transitorios, ántes de llegar á una constitucion realmente científica: las que por razon de su objeto se cuentan entre las más simples, como las matemáticas, ya salieron tiempo há de los limbos de la teología y de la metafísica; las más complexas, entre las cuales se hallan la física natural, la química, la biología y la física social, apenas comienzan á ser redimidas de la influencia de una y de otra. Mas comparando lo que son ahora, despues de haber alcanzado á medias su libertad, con lo que fueron cuando eran del todo tributarias de concepciones agenas á la ciencia, podemos predecir sin adelantarnos á los datos de la experiencia histórica, que sólo en el estado positivo llegarán á la virilidad; "el espíritu humano reconociendo la imposibilidad de obtener nociones absolutas, prescinde de buscar el orígen y destino del universo y de conocer las causas íntimas de los fenómenos, para dedicarse exclusivamente á descubrir por el uso bien combinado de la observacion y del razonamiento, sus leyes efectivas, es decir, sus relaciones invariables de sucesion y semejanza. La explicacion de los hechos reducida entónces á sus términos reales, sólo será en adelante la union establecida entre los diversos fenómenos particulares y algunos hechos generales, cuyo número tienden á disminuir más y más cada dia los progresos de la ciencia." (3)

De esta suerte se verifica que los hechos y las leyes, las cuales en último análisis tambien son hechos, son el objeto y el fin único del saber. "El principio fundamental de la sana filosofía, consiste necesariamente en la sujecion continua de todos los fenómenos orgánicos ó inorgánicos, físicos ó morales, individuales ó sociales, á leyes rigurosamente invariables, sin las cuales la ciencia real quedaria reducida á estéril erudicion, por ser evidentemente imposible toda prevision racional." (4)

Considerando el progreso histórico de las ciencias, se engendra en nosotros la conviccion de que "la elaboracion dogmática de los primeros principios, derivados esencial-

(1) A. Comte, *Curso de Filosofía positiva*, primera leccion.
(2) Id. ibid.
(3) Id. ibid.
(4) Id. ibid.

mente del vuelo espontáneo de la razon humana" es "no menos estéril que pueril." (1) Al reinado de "la imaginacion pura" ó de la teología, y al "de la argumentacion filosófica en donde el razonamiento no tiene por base ni ficciones, ni realidades, sino simplemente entidades," (2) sucede y debe suceder el reinado de la realidad misma, esto es, el conocimiento objetivo y capaz de ser verificado.

Infiérese de todo esto, que quien ha recorrido las ciencias fundamentales, á saber: las matemáticas, la astronomía, la física, la biología y la *sociología,* ha discurrido por los dominios del espíritu humano. Fuera de tales ciencias, sólo queda lugar para quimeras subjetivas, que nacidas del espíritu cuando éste se ha hallado léjos de todo comercio con la realidad, se desvanecen tan luego como se colocan frente á ella. La metafísica, por tanto, no tiene ya razon de ser, desde el momento en que ha aparecido la manera verdaderamente científica de explicar los fenómenos: ha servido de transicion entre las concepciones teológicas y la concepcion positiva: no era posible pasar bruscamente de un extremo á otro; pero ahora que el espíritu ha reconocido la vanidad de las investigaciones absolutas; ahora que ha sustituido á vanas tentativas de explicacion, explicaciones reales siempre comprobadas por la experiencia; la metafísica ha concluido, y no puede existir ya, supuesto que se ha alcanzado el estado definitivo, respecto del cual era ella medio indispensable de preparacion. Por otra parte, la metafísica se limita "á repetirnos que es menester plantear cuestiones que son insolubles, y penetrar en lo absoluto que es impenetrable; en este estado hay lugar á repeticiones, pero no á creaciones." (3)

Si se objetare que fuera de las explicaciones dadas por diversas ciencias acerca de objetos particulares, el espíritu desea y deseará siempre la explicacion del conjunto, se responde que la filosofía positiva satisface este deseo. "En efecto, su oficio teórico, en lo que mira al individuo, consiste en satisfacer espontáneamente á las dos necesidades que siempre tiene nuestra inteligencia de extender y de ligar, cuanto es posible, nuestros conocimientos reales." (4)

Las ciencias, si bien distintas, no están aisladas; ántes se hallan ordenadas y distribuidas segun su gerarquía, y segun que es más ó ménos complexo el objeto de cada una. Las matemáticas son las más generales, y por otra parte, indispensables para todas las demás; su asunto, extension y movimiento son los más sencillos de cuantos podemos conocer; despues vienen la astronomía y la física, que no podrán nacer ni constituirse sin el auxilio de las matemáticas; á continuacion de la física se coloca la química que no ha llegado á ser ciencia, sino despues de estar constituida la física; despues de la química, la biología que nada sería sin la primera; y al fin corona todo el saber la *sociología* que supone todas las demás ciencias.

Dispuestas de esta suerte las ciencias positivas, forman un sistema que encierra en sus cuadros toda la realidad, y cuyos términos están enlazados por una subordinacion natural.

(1) A. Comte, *Curso de Filosofía positiva,* leccion 58.
(2) Id. ibid.
(3) Littré, *Prefacio de un discípulo,* á la segunda edicion del *Curso de Filosofía positiva.*
(4) A. Comte, leccion 58.

Además, tambien es posible dar al espíritu la explicacion que pide del conjunto, con tal de que "no nos propongamos buscarla en un lugar inaccesible." (1) Para ello basta considerar el estudio de las generalidades científicas como una nueva *especialidad*: "que una nueva clase de sábios preparados por una educacion conveniente, sin dedicarse al cultivo especial de ningun ramo particular de la filosofía natural, y considerando las diversas ciencias positivas en su estado actual, se ocupe únicamente en determinar con exactitud el espíritu de cada una, en descubrir sus relaciones y enlace, y en resumir, si fuere posible, todos sus principios propios en menor número de principios comunes, ajustándose constantemente á las máximas fundamentales del método positivo." (2) Este estudio de verdades más generales, resúmen y condensacion de las ciencias consideradas en particular y "seccion distinta del gran trabajo intelectual" constituye lo que es, lo que puede ser la filosofía.

La filosofía positiva es á un mismo tiempo un método y una doctrina. Como método, elimina de las ciencias toda inquisicion extraña á la investigacion de las leyes; como doctrina, reune en un haz todas las generalidades científicas, subordinándolas en el mismo órden en que se hallan subordinadas las ciencias fundamentales.

De todo eso se deduce que la sabiduría no consiste, como pensaban los antiguos, en discutir problemas que no tienen solucion, sino en descartarlos como insolubles. Hecha por la razon y aceptada por la voluntad esta distincion entre las cuestiones que pueden ser resueltas y las que no pueden serlo, el espíritu halla mies copiosa que cosechar en un campo abierto, y por lo mismo, de fácil acceso; por otra parte, excluidos los problemas de la metafísica, logra en la contemplacion de las leyes de la naturaleza, aquella paz que no pueden proporcionarnos sistemas que luchan entre sí y tambien consigo mismos. Habiendo llegado á este punto, siente completa indiferencia por lo que mira á los problemas sobre la esencia y orígen de las cosas; y de aquí que no tenga interés por las soluciones materialistas ó espiritualistas. Esto no quiere decir que no reconozca más allá de los límites infranqueables del saber positivo, la existencia de *alguna cosa;* pero este *más allá* es inaccesible, pues de no serlo, estaria al alcance de la ciencia positiva. "Lo que queda más allá del saber positivo, ha dicho M. Littré, sea materialmente el fondo del espacio sin límites; sea intelectualmente, el encadenamiento de causas sin término, es inaccesible el espíritu humano; pero inaccesible no significa *nulo* y *no existente.* La inmensidad así material como intelectual, se liga por un lazo estrecho á nuestros conocimientos, y en virtud de esta union se vuelve una idea positiva del mismo órden; quiero decir, que tocándolas y examinándolas, aparece esta inmensidad con sus dos caractéres; esto es: la realidad y la inaccesibilidad. Es un oceano que viene á azotar nuestras playas, carecemos de barco y de velas para atravesarlo; pero su clara vision es tan provechosa como formidable." (3)

Queda, pues, dividida la realidad en dos reinos: el de lo inconocible y el de lo conocible. En todas épocas han intentado las metafísicas salvar el cercado que nos oculta el

(1) Littré, *Prefacio de un discípulo.*
(2) A. Comte, leccion 58.
(3) *Prefacio de un discípulo.*

primero y nos separa de él; pero todas sus tentativas se han frustrado. Sin embargo, con ser tan infructuosas, han mostrado claramente los límites del dominio abierto al espíritu humano. Hoy se halla exactamente trazada la línea de demarcacion entre lo accesible y lo inaccesible. No podemos decir lo que es esto último; pero sí sabemos lo que no es: no es ni el conjunto de hechos que la experiencia comprueba, ni las leyes que ella descubre. Comprobar los hechos, determinar las leyes, esto es, las relaciones constantes, ligarlas entre sí segun el mismo órden de la realidad, es toda la ciencia posible. Querer penetrar más allá es confiarse sin brújula á un oceano del cual no se vuelve.

II.

El positivismo niega á la metafísica el derecho de la vida. Para mantenerse contra semejante tendencia, la metafísica no podria invocar sus largos siglos de existencia y el lugar que ocupa todavía en las obras contemporáneas de filosofía. En efecto, no se discute su existencia pasada y presente; y áun se le reconoce un porvenir bastante largo todavía. Pero en lugar de ver en ella un producto legítimo, constante y necesario del espíritu humano, se la convierte en un modo inferior y transitorio de explicacion, destinado á ceder poco á poco á las conquistas de la ciencia positiva el dominio que en el principio ocupaba todo entero, y se la relega al número de las quimeras, fruto de una ciencia mal informada, que un saber mejor informado hace desvanecer cada dia. Sin embargo, la sentencia pronunciada no carece de apelacion, y la lógica tiene el derecho de pesar los considerandos.

La prueba invocada contra la metafísica es la ley de los tres estados, que en el sistema goza del privilegio singular de servir para demostrar la tésis fundamental de la doctrina, y de ser demostrada por la doctrina entera. El enunciado de esta ley contiene una definicion de la metafísica que importa examinar de cerca. Para A. Comte, "en el estado metafísico, que no es en el fondo más que una misma modificacion del estado teológico, los agentes sobrenaturales son reemplazados por fuerzas abstractas, verdaderas entidades (abstracciones personificadas) inherentes á los diversos séres del mundo, y concebidos como capaces de engendrar por sí mismos todos los fenómenos observados, cuya explicacion consiste entónces en asignar para cada uno la entidad correspondiente." (1) Ateniéndonos á esta definicion, la metafísica seria desde luego una especie de mitología abstracta; despues, lo mismo que en teología el fetiquismo grosero de las primeras edades, por una depuracion y una concentracion progresivas se convierte en el politeismo, y éste en el monoteismo, el número de las abstracciones realizadas á las que el espíritu, juguete de su imaginacion, atribuye la produccion del mundo, se restringiria poco á poco; las entidades múltiples y dispersas en su orígen, se ordenarian jerárquicamente y acabarian por fundirse en una sola entidad suprema, la naturaleza, principio único de

1) Primera leccion.

todos los fenómenos, fuerza universal de la cual deriva todo, actividad necesaria cuyos productos ó metamorfósis no son más que los diversos modos de la existencia fenomenal.

Ciertamente que á esta indicacion corresponden varios de los sistemas antiguos y modernos; pero, ¿conviene á todas las doctrinas metafísicas? No es este el lugar de hacer una revista completa de la filosofía, desde Táles hasta Hegel; un solo ejemplo bastará, por otra parte, para responder á la cuestion asentada, y para hacer ver que la definicion de la metafísica dada por A. Comte, está léjos de aplicarse á *todo el definido.* Al definir la metafísica como lo hace, parece que el autor del *Curso de filosofía positiva* tuvo en cuenta sobre todo á la escolástica, que tomando, segun una expresión de Leibniz, "la paja de las palabras por el grano de las cosas," hacia de los términos generales, por los que el lenguaje designa las realidades, el equivalente de las realidades mismas, y poblaba así el mundo de potencias misteriosas é indecisas, cualidades ocultas, formas sustanciales, que obraban sin medios inteligibles, eficaces sin embargo, "apareciendo á propósito como los dioses de teatro ó las hadas de Amadis, y haciendo cuando habia necesidad todo lo que queria un filósofo, sin ceremonia ni instrumentos." De esta pseudo-filosofía, que debia acabar con el arte magna de Raimundo Lulio, en que los signos ocupaban el lugar de las cosas, y los problemas el de soluciones, puede decirse con verdad que era impotente y transitoria. Pero ¿es ésta la verdadera metafísica? ¿No es más bien una perversion? ¿No es una trasfiguracion poética y estéril de la lógica en ontología? Es lícito pensarlo, si se recuerda que la derrota de las entidades escolásticas fué consumada no por la ciencia, sino por la misma metafísica. Partiendo de la primera verdad cierta, Descartes se eleva, sobre la fe de la evidencia ó de la claridad y distincion de las ideas, á la primera verdad en sí; de esa verdad, la más clara de todas á sus ojos, deduce, pasando de ideas claras á ideas claras, los principios inmediatos de las cosas, y sin otros materiales, sin otras reglas que las ideas claras, construye *a priori* el universo: las almas tienen por esencia el pensamiento ó la conciencia; los cuerpos, la extension; en el mundo exterior todo es extension, figura y modificacion de la extension, es decir, todo es geometría y mecánica. Por consiguiente, en ese sistema inteligible de movimientos en cantidad constante, no hay lugar para ninguna potencia oculta y sustancial; dado un fenómeno se explica, no por una "entidad correspondiente," sino por un fenómeno mecánico que le determina.

Se objetará tal vez que al triunfar de la escolástica, el cartesianismo ha reemplazado sus mil entidades dispersas, por una entidad única y central, y que de esta manera, el método de Descartes es semejante al del los doctores de la edad media. ¿Qué es, en efecto, más que una abstraccion realizada, ese primer principio, soberanamente inteligente, perfecto, inmutable y eterno, de cuya idea pretende concluir Descartes que el movimiento primitivo de la materia es rectilíneo é invariable en cantidad? ¿Se halla por ventura al alcance de los sentidos? ¿No es una creacion, es decir, una ficcion del espíritu, cuya realidad no podria establecer ninguna experiencia?

Ciertamente que el dios de Descartes no está más sujeto á la experiencia, que las potencias abstractas, soñadas por los escolásticos; pero ¿es por eso una abstraccion indebi-

damente revestida de una existencia imaginaria? ¿Qué es realizar una abstraccion? Percibimos en el espacio y en el tiempo séres y acontecimientos individuales; cada uno de ellos es para los sentidos un sistema irresoluble de cualidades diversas; pero el espíritu los descompone y desmiembra, y merced al uso de los signos, aisla de las otras cada cualidad sensible. Así destacadas del grupo de que hacian parte, y generalizadas esas cualidades *abstractas* no tienen sino una existencia nominal: realizarlas, es dotarlas de una existencia objetiva, es afirmar que cada una de ellas tiene en sí una realidad superior á sus manifestaciones fenomenales é independientes de todas las otras cualidades que la acompañan en la representacion sensible; es por consiguiente, crear de todas piezas, más allá de lo que aparece, un sér que, sin que nunca aparezca él mismo, es en todas partes, y siempre el sostén invisible de lo que vemos. Así obraban los escolásticos; pero es éste el procedimiento de Descartes. Él encuentra en sí la idea de un sér soberanamente perfecto; esta idea se impone á su espíritu con una evidencia irresistible; todos los atributos que contiene, y que el análisis distingue, son verdaderos: ahora la existencia es uno de esos atributos; luego el sér perfecto existe. Puede hacerse la *crítica* de éste argumento; no ver en él, con Kant, más que una aplicacion errónea del principio de identidad; pero no es lícito identificarlo en el fondo, con el procedimiento por el cual los filósofos de la edad media atribuian á puras abstracciones una realidad ficticia. No es, pues, una definicion que convenga á *todo lo definido* lo que A. Comte ha dado de la metafísica.

El más eminente de sus discípulos, M. Littré, comprendió que era preciso rectificarla y completarla. En un artículo-manifiesto, publicado á la cabeza del primer número de la *Revista de filosofía positiva*, caracteriza en los siguientes términos la filosofía metafísica: "Toda filosofía es una concepcion del mundo....... Las teologías conciben al mundo como regido por voluntades; las metafísicas, como regido conforme á las ideas que aparecen universales y necesarias á nuestra inteligencia; la filosofía positiva, como regido por leyes, en el sentido científico de la palabra......... Estos tres modos tienen un orígen distinto: el primero depende de las comunicaciones diversas que fueron la enseñanza del género humano; el segundo, de las combinaciones subjetivas de la inteligencia que racionaliza el universo á su manera; el tercero, de los resultados de la observacion y de la experiencia que comprueban lo que es...... La metafísica reposa enteramente sobre una base psicológica, á saber, que lo que es necesario para la razon es tambien necesario para las cosas, ó más precisamente todavía, que siendo concebida por la razon una causa absoluta ó infinita, por esto sólo se demuestra su realidad objetiva, y que los principios que se imponen como universales al espíritu humano, son partes, emanaciones, de una razon universal, que se llama á veces impersonal y que no es más que otra forma de lo absoluto. Lo repito, la metafísica es psicológica, no objetiva; subjetiva, no experimental, ó si se quiere, la experiencia, la observacion, es en ella unilateral, recayendo sólo sobre lo que pasa en el espíritu, sin comprobacion con ayuda de lo que pasa en las cosas. Miéntras que la teología da la existencia de lo absoluto como un hecho objetivo que se impone á la razon, la metafísica da la existencia de lo absoluto como un hecho racional que se impone á la naturaleza." Oponiendo, en fin, el modo transitorio,

al modo, segun él, definitivo de filosofar, M. Littré añade: "La metafísica es la teoría de los principios del espíritu, de donde se sacan los principios de las cosas, *lo que es imposible;* la filosofía positiva es la teoría de los principios de las cosas, de donde se sacan los principios del espíritu, *lo que es posible.*" (1)

No podria negarse que en esta descripcion M. Littré ha señalado mejor que lo que habia hecho A. Comte, algunos de los rasgos esenciales y más originales de la metafísica; pero si la definicion del maestro quedaba más acá de los límites del objeto por definir, ¿no los traspasa la del discípulo? La primera no se aplicaba á *todo lo definido,* ¿no conviene la segunda más que á lo *solo definido?*

Reconocemos que nada es más opuesto que el procedimiento de los metafísicos y el de la filosofía positiva. Hacer hincapié sobre la realidad sensible, pero para lanzarse léjos de ella con un salto rápido hácia un mundo de ideas necesarias; hacer de esas ideas la realidad verdadera, ó al ménos los principios primeros de los fenómenos; revestirlos de una certidumbre absoluta, y explicar por ellos sin recurrir á la experiencia, las cosas de nuestro mundo sensible, tales fueron en lo que tienen de comun, las tentativas de Platon, de Descartes, de Hegel. La filosofía positiva, por el contrario, permanece constantemente sobre el terreno de los hechos: para ella toda verdad se encierra en los límites de la experiencia; y si en las últimas riberas de la realidad sensible, se abre el oceáno infinito de las esencias y de las causas, no tenemos ni barca que nos conduzca, ni brújula que nos guíe; así se limita á seguir paso á paso las ciencias positivas, para recoger los resultados incontestables y coordinarlos en el órden revelado por los hechos, y construir pieza por pieza una teoría del universo que sea su imágen y no un sueño. Pero á pesar de este contraste, ¿no supone la filosofía positiva, al ménos tácitamente, que el universo es regido "conforme á ciertas ideas que nos parecen universales y necesarias;" en otros términos, tanto para el positivista como para el metáfisico, "lo que es necesario para la razon no lo es tambien para las cosas?"

Sin adelantar el objeto del capítulo siguiente, nos bastará decir que, áun concediendo al positivismo el orígen experimental del contenido de toda verdad, hay, miéntras no se pruebe lo contrario, ciertas formas subjetivas, impuestas por el espíritu á los materiales objetivos, y cuyas aplicaciones juzga universales y necesarias por el sólo hecho de aparecerle con su doble carácter. Tal es, no citando más que un ejemplo, ese principio de identidad y de contradiccion que preside á todas las trasformaciones analíticas de una nocion dada, y es así el nervio oculto de todos los raciocinios deductivos y matemáticos. Admitiendo que la nocion de cada número determinado nos venga de la sola experiencia, no es por eso ménos verdad que combinamos los números y determinamos sus propiedades sin recurrir á la experiencia. Si cada uno de esos tratamientos puramente intelectuales de las nociones numéricas, concuerda con los hechos, ¿no debe concluirse que la experiencia misma, única fuente de conocimiento é informacion de los positivistas, testifica en favor de esa opinion querida de los metafísicos que "lo que es necesario para la razon, lo es tambien para las cosas?"

(1) *Revista de filosofía positiva* número 1, Julio de 1867.

En metafísica, se dice, todo es subjetivo, no experimental, "ó si se quiere, la experiencia, la observacion es en ella unilateral, recayendo sólo sobre lo que pasa en el espíritu, sin comprobacion con ayuda de lo que pasa en las cosas." Por el contrario, en el positivismo la experiencia debe ser bilateral, y recaer al mismo tiempo sobre lo que pasa en el espíritu y sobre lo que pasa en las cosas. Pero, ¿esa diferencia no es más bien verbal que real? Ateniéndonos á los resultados estrictos de la experiencia, y á ménos de restaurar esas entidades que se trata de proscribir para siempre, es preciso reconocer que las solas cosas de que tenemos una experiencia directa, son nuestros estados de conciencia. Hablando con todo rigor, no percibimos un mundo exterior á nosotros, sino que tenemos conciencia de sensaciones de resistencia, de color, de sabor, de sonido, etc. Como observa Stuart Mill, "mis propias sensaciones y mis otros sentimientos, al distingirse de lo que llamo yo, constituyen un no-yo suficiente para que el yo pueda ser aprehendido. La antítesis entre el *yo* y las modificaciones particulares del yo ofrece suficientemente el contraste necesario á toda cognicion." (1) Desde entónces, todo pensamiento abstracto es un objeto de experiencia, con el mismo título que toda sensacion concreta. ¿Qué viene á ser en tal caso la distincion de la experiencia unilateral y de la experiencia bilateral? ¿Se quiere decir que en la primera el suceso consciente es su propia garantía, y que en la segunda tiene por caucion una sensacion á la cual corresponde? Pero como la sensacion no es por sí misma más que un estado de conciencia, equivaldria á decir que un estado de conciencia es comprobado por un estado de conciencia. La experiencia bilateral no es, pues, en el fondo, si nos atenemos á los datos estrictos de los hechos, más que una experiencia unilateral. Verdad es que atribuimos á algunas de nuestras sensaciones una objetividad que rehusamos á otras; pero la nocion de un mundo exterior no es un hecho primitivo é irreducible, sino que se forma gradualmente, y en él descubre el análisis elementos distintos. "Hay algunas de nuestras sensaciones, dice Stuart Mill, que estamos habituados sobre todo á considerar subjetivamente, y otras que estamos acostumbrados de la misma manera á considerar objetivamente. Respecto de las primeras, la relacion bajo que las consideramos más habitual, y en consecuencia más fácilmente, es su relacion con la série de sentimientos de que hacen parte, y que, consolidada por el pensamiento en una concepcion única, recibe el nombre de sujeto. En cuanto á las segundas, la relacion bajo que las examinamos de preferencia, es su relacion con cierto grupo ó cierta especie de grupos de posibilidades permanentes de sensaciones, cuya existencia presente nos es certificada por la sensacion que experimentamos en el mismo momento, y que se llama objeto......... Todas nuestras sensaciones tienen un objeto; todas pueden ser clasificadas en algun grupo de probabilidades permanentes, y pueden ligarse á la presencia de ese conjunto particular de probabilidades, como á la condicion antecedente ó á la causa de su propia existencia." (2)

Hé aquí á donde llega el análisis puramente empírico de las sensaciones. Al distinguir uno de otro el sujeto y el objeto, no establece para cada uno de ellos un modo ab-

(1) Stuart Mill, *La filosofía de Hamilton*, cap. XIII, nota 1, pág. 252, traduccion francesa.

(2) Id. ibid., cap. XI.

solutamente distinto de experiencia; el objeto es dado en el sujeto, y por una misma intuicion es como alcanzamos á uno y otro. En este punto de vista, que, repetimos, es el del empirismo, el carácter señalado en la metafísica, de proceder por una experiencia que recae "sobre lo que pasa en el espíritu, sin comprobacion con ayuda de lo que pasa en las cosas," pertenece tambien á la ciencia positiva. Pero el positivismo lo entiende de otra manera. Es para él una verdad contra la que nada podria prevalecer, que *la materia y las fuerzas ó propiedades de la materia* son el único objeto del conocimiento. Pero, ¿qué significan estas palabras: *materia, fuerzas, propiedades de la materia?*

¿Se designa únicamente por ellas grupos de posibilidades permanentes de sensaciones?

Preciso es entónces reconocer que la experiencia objetiva no difiere en el fondo de la experiencia subjetiva, y que el rasgo por el cual se caracteriza la metafísica conviene tambien á la ciencia positiva.

¿Se hace de ellas por el contrario, signos de realidades distintas de los fenómenos, declarando al mismo tiempo qne los fenómenos solos son objeto de la ciencia?

Entónces, como no tenemos ninguna experiencia de la materia, de sus fuerzas ni de sus propiedades, se *recae* en la metafísica, se realizan abstracciones, se coloca más allá de los hechos accesibles, una legion de entidades incomprensibles, y al profesar igual indiferencia por el materialismo y el espiritualismo, se acepta en el fondo la solucion materialista del problema metafísico de la esencia de las cosas.

Así, pues, de las diversas definiciones que de la metafísica propone el positivismo, la una no conviene á todo lo definido, ni la otra al solo definido. ¡Despues de esta confrontacion insuficiente, es como se condena sin embargo á la metafísica!

Veamos ahora si las pruebas contra ella invocadas, están en regla con el procedimiento rigoroso de la metafísica.

Esa prueba, enteramente empírica é histórica, es la ley de los tres estados, cuyo enunciado dimos más arriba. Más de una vez se han discutido las premisas: nosotros no repetirémos los argumentos de hecho invocados á menudo contra ellas. (1) Aceptemos esas premisas y limitémonos á investigar si la conclusion que de ellas se saca no les excede.

Hemos visto ántes, que la ciencia positiva se propone, al descomponer la experiencia actual, componer la experiencia futura, es decir, determinar las leyes de los fenómenos y las relaciones relativamente simples, universales y necesarias que ligan á unos con otros. De aquí debe concluirse que la metafísica, que tiende por el contrario á determinar la naturaleza de lo absoluto y sus relaciones con las cosas relativas, no es ciencia en el sentido positivo de la palabra. Los metafísicos deben suscribir esta conclusion, so pena de negar el objeto especial de sus investigaciones. Si la metafísica no difiere de la ciencia, si tiene el mismo objeto y los mismos procedimientos, su obra consiste únicamente en recoger y coordinar las relaciones que ligan éntre sí las leyes más generales

(1) Vease sobre todo *La crítica filosófica* de 1877. Por lo demas, el mismo A. Comte ha reconocido que ciertas verdades elementales habian sido concebidas en todo tiempo en el estado positivo.

de los fenómenos; se confunde desde entónces con la filosofía positiva propiamente dicha, y para convertirse en ciencia cesa de ser metafísica. Si la escuela positivista se limitara á concluir de la ley de los tres estados la diferencia de la metafísica y de la ciencia, tal conclusion seria legítima; mas quiere sacar de aquí la condenacion absoluta de un modo de pensar, quimérico y anticuado segun ella, y en esto es en lo que su conclusion excede las premisas.

La metafísica no es la teología; la ciencia no es la metafísica; por consiguiente, las tres soluciones no pueden "coexistir sobre la misma cuestion; una solucion metafísica hace superflua ó destruye la solucion teológica, y una solucion positiva elimina una y otra." (1) ¿Pero se sigue de aquí que las tres filosofías que se excluyen mútuamente sobre una misma cuestion, no puedan coexistir sobre cuestiones de órden esencialmente distinto, y deben declararse mal hechos ó enfermos los cerebros en que se producen á la vez, sin que por eso se mezclen ni confundan? La ley de los tres estados no lo prueba.

Verdad es que las ciencias particulares, matemática, física, química, fisiología, se han establecido una tras otra sobre el dominio que en su orígen ocupaba por entero la metafísica; algunas de sus más antiguas posesiones, los números, la materia bruta, la materia viviente, parecen perdidas para ella sin remedio; ¿no cederá bien pronto las que le quedan todavía, el hombre y las sociedades, á ciencias jóvenes que ya reivindican una completa autonomía? Puede por lo mismo creerse que se va empobreciendo á medida que surgen nuevas ciencias, y que está al punto de ser plena é irrevocablemente desposeida.

No hay nada de esto sin embargo. En un sentido, en efecto, las ciencias particulares se constituyen á expensas de la metafísica; pero en otro, dejan intacto su objeto propio. En el orígen, ningun discernimiento entre el órden metafísico y el científico propiamente dicho: una misma investigacion se extiende á todo, causas y efectos, principios y consecuencias; un mismo método parece propio para descubrir toda verdad. Las ciencias particulares nacen, no del desmembramiento del objeto especial de la metafísica, sino del discernimiento gradual de dos órdenes de realidades: de una parte los efectos y las consecuencias, de la otra las causas y los principios. Lo que se dividen entre sí es el mundo de los fenómenos; no tocan, ni mucho ménos perjudican, el mundo de los principios; su constitucion progresiva tiene, pues, por resultado, no disminuir poco á poco, sino delimitar con rigor creciente el objeto de la metafísica. No teniendo el mismo objeto la ciencia y la metafísica, la ley de los tres estados que hace constar su aparicion sucesiva, no prueba su incompatibilidad!

Pero responde el positivismo: los problemas que haceis patrimonio de la metafísica desposeida, y que las ciencias en efecto le abandonan, son insolubles; de otro modo serian objeto de ciencia y no de metafísica.

Esta es precisámente la cuestion que hay que resolver, y que á nuestro entender no ha sido resuelta en la escuela positivista sino por un círculo vicioso. "Miéntras la teo-

(1) Littré, *La filosofía positiva*, número 1.

logía, dice M. Littré, da la existencia de lo absoluto como un hecho racional que se impone á la razon, la metafísica da la existencia de lo absoluto como un hecho racional que se impone á la naturaleza. *Ante todo, es preciso examinar esta pretension desde el punto de vista de la ciencia positiva.* Decís que la idea de una causa infinita, absoluta, no puede estar en el espíritu si no está en la existencia. Sea, admito el argumento; veamos, pues, si está en la existencia; veamos si alguna de las ramas del saber humano nos conducirá á esa causa infinita, absoluta, cuya idea concibe el espíritu como necesaria. Ahora, de cualquier lado que me dirija á la ciencia positiva, no me muestra más que lo relativo y nunca lo absoluto; hechos irreducibles y nunca causas primeras; leyes y nunca voluntades. Así, pues, rigurosamente encerrado en el espíritu, puesto que no se puede ir ni de él á la ciencia positiva, ni de la ciencia positiva á él, el argumento queda reducido á una pura entidad.» (1)

Como se ve, sentado y admitido que la metafísica no tiene el mismo objeto, ni por consiguiente los mismos procedimientos de método que las ciencias positivas, se trata de saber si ese objeto es accesible, si esos procedimientos son engañosos, y para decidirlo se pide consejo á la ciencia positiva, y como ésta es por definicion, distinta de la metafísica, la respuesta no podrá ser dudosa: las ciencias positivas no alcanzan lo absoluto; ¡luego lo absoluto es inaccesible! Se juzga la metafísica por la medida de la ciencia, lo absoluto por la medida de lo relativo. Pero ¿no deberia haberse demostrado ántes que el saber positivo es el único saber, que los procedimientos de las ciencias son los solos medios de descubrimiento? ¿En dónde está la demostracion? Así, pues, áun concedidas sus premisas, el positivismo no llega en buena lógica más que á señalar, con mayor fuerza tal vez de lo que ántes se habia hecho, la distincion, que nadie discute, entre la ciencia y la metafísica; pero ¿es esto probar que la metafísica es imposible? Si la metafísica no es la ciencia, ¿puede decirse que la ciencia positiva sea todo el saber? Para demostrarlo, se necesitaria una crítica del entendimiento, es decir, despues de todo, una metafísica. Así es que por su propio principio constitutivo, el positivismo está condenado á no establecer nunca la proposicion que le sirve de base; y por consiguiente, su juicio sobre la vanidad de las investigaciones metafísicas, está mal informado y sujeto á revision.

(Concluirá.)

EL DEBER.

El filósofo aleman Schleiermacher distingue tres conceptos fundamentales en moral: *el bien, el deber, la virtud.* De estos tres conceptos, el segundo, á saber, la idea del deber, ha sido particularmente objeto de la filosofía moderna. Los antiguos por el contrario, sin que pueda decirse que ignoraron la nocion del deber, se aplicaron especialmente á desarrollar el concepto del bien ó el de la virtud. Esta distincion se hace sentir, por ejemplo, en la moral práctica, que en los antiguos está siempre fundada en la division de las virtudes, miéntras que entre los modernos se basa en la division de los deberes. Parece aún que la idea del deber, tomada abstractamente, fué poco familiar á los antiguos: Platon y Aristóteles hablan constantemente del bien; pero no se hallaria

(1) *La filosofía positiva*, número 1.

en ellos una expresion que corresponda á lo que nosotros llamamos deber, pues los términos que más se aproximan, se encuentran raras veces en el sentido preciso de la palabra, y sobre todo, no forman como tales, expresiones rigorosas y filosóficas, cuyo sentido se procura determinar como sucede con otras.

Sin embargo, la idea de una ley moral, que estando dotada como las leyes civiles de la propiedad de ordenar y de prohibir, se distingue de ellas en que no está escrita; esa idea fué conocida desde muy temprano en la filosofía moral de los griegos: se encuentra al ménos muy claramente indicada en Sócrates, que defiende enérgicamente contra el sofista Hippias la doctrina de las leyes no escritas; y esa idea era ya bastante conocida, para que Sófocles la haya puesto en la escena en boca de Antígona. En el *Criton* de Platon, se ve tambien expresada de la manera más firme la idea de la obligacion absoluta inherente á la ley moral. "No se debe cometer injusticia de ninguna manera, dice Sócrates. No se debe cometer injusticia ni áun contra aquellos que nos la hacen. No se debe volver nunca mal por mal." Así, los críticos que han puesto títulos á los diálogos de Platon, han añadido al *Criton* el de *El Deber;* pero en lo general Platon busca lo bello y lo bueno más bien que la obligacion, carácter igualmente saliente, y y más todavía, en Aristóteles.

En la escuela estoica es sobre todo donde la idea del deber comienza á determinarse, pero no todavía con la precision de la filosofía moderna. Los estoicos se aplican de preferencia á demostrar que el soberano bien es la virtud y no el placer, que la virtud debe ser buscada por ella misma, que lo honesto debe preferirse á lo útil, ó más bien, que la verdadera utilidad no difiere de la honestidad: se ve que es siempre la idea del bien ó de la virtud la que los domina. Sin embargo, en sus controversias con los epicureos, erá imposible que el carácter de obligacion inherente á la virtud no les llamase la atencion, ni les sirviese de criterio para distinguirla del placer, de manera que su filosofía está llena del sentimiento del deber, sin que se desprenda aún enteramente la idea. La célebre distincion del *Kathékon* y del *Katorthóma* nos acerca cuanto es possble á la nocion moderna del deber. El primero expresa toda accion conveniente, ó si se quiere, natural; "de la cual se pueden dar algunas razones plausibles," por ejemplo, razones de utilidad ó de sentimiento: cuidar la salud, atender á la fortuna, alimentar á los hijos; es lo que Ciceron llama deberes *medios, (officia media.)* Sobre estos deberes inferiores, que no son en rigor deberes, sino simplemente funciones, un grado superior de sabiduría ó de virtud constituye al segundo, *(officia perfecta* ó absolutamente *perfectum),* la perfeccion, lo perfecto en sí, que consiste en ejecutar las mismas acciones ántes mencionadas, pero con otro espíritu, no como conformes á nuestras inclinaciones naturales, sino como buenas en sí, y conformes al órden de las cosas. Se ve que de todas las expresiones de la terminología ética de los antiguos, ésta es la que corresponde mejor á nuestra idea del deber absoluto; y todavía esa expresion significa sobre todo la perfeccion ideal de la sabiduría humana, más bien que la nocion de la obligacion tomada en sí.

Como era de aguardarse, el análisis de la nocion del deber hizo poco progreso en la filosofa alejandrina y en la escolástica. Hácia el siglo XVII es cuando vemos efectuarse en los tratádos de moral, el cambio que ya hemos señalado, á saber, la clasificacion de los deberes sustituida á la clasificacion de las virtudes. En la *Summa* de Santo Tomás,

la teoría de las virtudes y de los vicios sirve todavía de cuadro á la exposicion de la moral práctica; pero en las obras de Grocio, de Puffendorf, de Cumberland, de Malebranche, se distinguen los deberes como lo hacemos hoy, por sus objetos; de aquí la division de los deberes en tres clases: para con nosotros mismos, para con nuestros semejantes, y para con Dios. Esa clasificacion debe tener su orígen verosímil en estas palabras del Evangelio: "Amar á Dios sobre todas las cosas y á tu prójimo como á tí mismo," pero no podriamos decir con exactitud en qué época se introdujo en la enseñanza de la ética.

Otra distincion importante y de grande uso en la enseñanza es la establecida entre los deberes *estrictos* ó *perfectos*, y los *laxos* ó *imperfectos*. Podria creerse que esta distincion fué tomada de los estoicos y que reproduce la que hemos señalado ántes; pero no hay aquí más que una analogía aparente. Hemos visto cuál era el sentido de la distincion estoica; la que ahora señalamos tiene un carácter muy diverso. Los deberes estrictos segun la escuela, son los que no dejan ninguna libertad en la aplicacion: por ejemplo, devolver un depósito. No hay aquí más ó ménos. Un deber laxo, por el contrario, es aquel cuya aplicacion queda más ó ménos á la apreciacion del agente moral: por ejemplo, cultivar su inteligencia. En efecto, éste es un deber; pero en qué medida y de qué manera debe verificarse ese cultivo, son cosas cuyo solo juez parece ser el individuo. Esta distincion importante, pero que no carece de dificultad, parece que debe atribuirse á la escuela de Wolf; porque no se la encuentra en los moralistas anteriores; y Kant, por el contrario, hace uso de ella constantemente en su moral.

Llegamos en fin al filósofo, que entre todos los modernos, ha estudiado con más extension y profundidad la nocion del deber, dándole por último en la filosofía moral el lugar que debia tener. Sin desconocer que muchas de las ideas de Kant se encuentran dispersas, ó más ó ménos envueltas en la filosofía antigua ó en los moralistas del siglo XVII, no puede negársele que ha constituido la teoría del deber sobre sus bases definitivas; así lo mejor que podemos hacer es resumir su teoría, indicando los puntos en que puede dejar todavía que desear.

La única cosa que pueda tomarse por buena sin restriccion, dice Kant, es una buena voluntad. Los dones más felices de la naturaleza ó de la fortuna, pueden volverse inútiles y hasta perniciosos. Pero una voluntad no es buena por el objeto que busca: lo es por sí misma, y luce por su propio brillo, como una piedra preciosa que no saca ninguna ventaja de su utilidad. No lo es tampoco por las inclinaciones, felices si se quiere, que pueden determinarla á obrar: una accion, áun laudable, pero cuyo principio es una inclinacion natural ó una viva simpatía, no es todavía una accion moral: puede merecer elogios, es útil estimular otras semejantes; puede ser bella, pero no es todavía buena.

El carácter distintivo de una buena voluntad, no está, pues, ni en el objeto, ni en los méritos de la voluntad misma: no puede estar sino en el principio segun el cual obra, y en su relacion con ese principio. Ahora, ese principio no debe sacarse de la sensibilidad, sino de la razon; no debe ser *material*, sino *formal:* sin lo que se confundiria sea con el objeto, sea con los móviles de la accion, y por consiguiente no tendria todavía el carácter moral: en fin, debe aplicarse no sólo á toda voluntad humana, sino á toda creatura racional. En una palabra, es un principio *a priori*, pero de la razon práctica, no de la

razon especulativa. Ese principio es el deber, que tenemos que examinar de más cerca.

Si nos representamos una voluntad que no obedezca necesariamente á la razon, que se divida y determíne á su turno por principios *formales* y por móviles *materiales* (es decir, unas veces por la razon y otras por la sensibilidad), en ese estado la voluntad no es absolutamente buena; y como no obedece siempre ni naturalmente á la razon, está en cierta manera obligada, pero por una obligacion toda moral á obedecerla. Esta obligacion que la razon ejerce sobre la voluntad es lo que Kant llama *imperativo.*

Hay varias especies de imperativos. Los que presiden á cierta accion, no por la accion misma, sino por el resultado que sólo por ella puede obtenerse, son *imperativos hipotéticos:* por ejemplo, los preceptos del médico para curar á los enfermos, á los del envenenador para matar á sus víctimas, son igualmente imperativos, pero condicionales ó hipotéticos, es decir, subordinados á cierto fin, y en este sentido son igualmente buenos y útiles. En general, los preceptos que sirven para el cumplimiento de nuestros deseos, y del mayor de todos ellos, la dicha, son imperativos hipotéticos. La fórmula de esta especie de imperativos es la máxima tan conocida: "Quien quiere el fin quiere los medios."

Pero hay una especie de imperativo que preside la accion, no por su resultado, sino por ella misma, y que no se relaciona con el principio y la esencia de la accion: es el *imperativo categórico* (absoluto), el imperativo de la moralidad. Su fórmula es: "Cumple con tu deber suceda lo que sucediere." Los preceptos de la primera especie, no son á decir verdad sino *consejos* ó *reglas;* pero sólo los imperativos categóricos merecen el nombre de *leyes* ú *órdenes.*

Se ve, pues, que las reglas ó consejos (las *reglas de la habilidad,* los *consejos de la prudencia,*) refiriéndose siempre á cierto objeto, no tienen valor sino en tanto que se conoce ese objeto y se apropian á él. Por el contrario, las leyes *prácticas,* (es decir morales), se imponen por sí mismas, y obligan la voluntad á la accion independientemente del resultado: tienen, pues, una existencia inmediata que hace que luego que la voluntad las percibe, sepa que debe obedecerlas en cuanto á voluntad; pero esto implica que tales leyes se imponen á toda voluntad cualquiera que sea. Así tienen necesariamente por carácter la universalidad, y se resuelven en la fórmula siguiente: "Obra siempre conforme á una máxima tal que puedas querer que sea una ley universal." Por este rigor reconoceremos infaliblemente la ley del deber; porque cada uno de nosotros, cuando viola esa ley, quiere permitirse por ello alguna excepcion, como que no es de gran consecuencia, pero no puede querer que la ley no exista; porque no consentiría por eso que la ley fuese violada respecto de él, lo mismo que él la viola. Por ejemplo, el que toma alguna cosa del vecino, quiere permitírselo; pero no consentirá en reconocer de una manera universal y absoluta que es permitido tomar lo que no nos pertenece.

Pero hasta aquí no tenemos más que una fórmula representativa de la ley; no sabemos nada de su contenido.

Toda accion tiene un fin, áun la que no parece hecha para un fin. Pero es preciso distinguir entre los fines *materiales* ú objetos particulares del deseo, y que son enteramente relativos á la naturaleza particular de la facultad de desear, y los fines *formales* ú *objetivos,* que se presentan por la razon á todo sér rasional como objetos absolutos del deber. Los fines relativos y subjetivos dan lugar á los imperativos hipotéticos, es decir, los que nos hacen buscar ciertos medios, relativos á ciertos fines, relativos à su vez. Los

fines objetivos dan lugar al imperativo categórico que nos ordena una accion, en cuanto á que tiene un valor absoluto con relacion á un fin absoluto.

Ahora, el sér racional en general es un fin absoluto, es decir, que no debe nunca considerarse á sí mismo como un medio, sino siempre como un fin. Todas las veces, por ejemplo, que el hombre obedece á sus inclinaciones con perjuicio de su razon, se sirve de sí mismo como de un medio. Pues, bien, este es el carácter propio de las *cosas*. Las personas, por el contrario, no deben ser nunca tratadas de esa manera; son cosas en sí, y por tal motivo inviolables y respetables para toda voluntad extraña lo mismo que para sí: lo cual restringe ciertamente la libertad de cada uno, y al mismo tiempo la protege haciendo al hombre respetable para el hombre. La primera fórmula propuesta por Kant se trasforma, pues, y debe expresarse en estos términos: "Obra de tal manera que trates siempre á la humanidad, sea en tu persona, sea en la persona de otro, como un fin, no sirviéndote nunca de ella como un medio." Segun esta fórmula, nuestras acciones deben no solamente no profanar la humanidad (violando sus derechos), sino estar de acuerdo con ella, es decir, perfeccionarla y mejorarla. De aquí la distincion de los deberes estrictos y de los deberes laxos.

Pero miéntras se considere el principio de la moralidad como una ley exterior á que la voluntad está sometida, no se comprenderá nunca que la obedezca simplemente, sin que una fuerza cualquiera ó un atractivo la determine á ello, lo que, hay que confesarlo, seria destruír la universalidad de la ley. No se comprende, pues, la universalidad del principio moral, sino á condicion de que sea no sólo una ley de la voluntad, sino una ley querida y dada por ella, en una palabra, á condicion de ser una legislacion voluntaria del sér racional.

Kant se representa así un reinado de los fines, es decir, cierto ideal comprendido de todas las voluntades racionales, todas las cuales se ven unas á otras como *fines en sí*; pero que no lo son sino á condicion de instituir ellas mismas una ley, estableciéndola al mismo tiempo para todas las voluntades racionales. Este principio es lo que llama Kant la *autonomía* de la voluntad: ese privilegio de participar en la legislacion universal, y de no obedecer sino á leyes universales, pero dadas por ellas mismas, es lo único que da á la creatura racional un valor intrínseco y obsoluto. Este nuevo carácter de la ley moral se expresa por esta fórmula: "Obra de tal manera que tu voluntad pueda considerarse á sí misma como que dicta por sus máximas leyes universales."

Tres principios resúmen, pues, la doctrina de Kant sobre el deber: 1 º el *imperativo categórico;* 2 º la humanidad considerada como *fin en sí;* 3 º la *autonomía* de la voluntad.

No puede negarse que esta doctrina contenga algunos de los fundamentos indestructibles de una teoría completa del deber. La separacion de la idea del deber y de todo motivo interesado, la obligacion obsoluta de la ley hecha abstraccion del objeto; la universalidad de esta ley; el hombre, en cuanto á creatura libre y racional, considerado como inviolable, en fin la misma ley teniendo su principio en la interioridad misma y en la esencia del sér moral, y no pudiendo nunca resultar de una fuerza ó potencia exterior, que no fuere autorizada y confirmada por el *dictámen* de la conciencia; tales son los puntos verdaderamente sólidos de la doctrina de Kant.

Pueden hacerse, y se han hecho, á esta teoría del deber tres objeciones principales: 1 º Kant deduce la idea del bien de la idea del deber, miéntras que lo contrario deberia hacerse lógicamente. No se dirá: esto es bueno porque es mi deber, sino es mi deber porque es bueno. 2 º No debe decirse que la ley es dictada por la voluntad, sino por la razon. Un sér obedecerá igualmente, á sí mismo obedeciendo á la razon que á la voluntad; pero al ménos hay allí un principio absoluto y regulador, miéntras que no se comprende una voluntad dándose reglas á sí misma: es á lo que parece, el puro capricho. 3 º En fin, Kant considera demasiado al deber como una disciplina, al hombre como un soldado, á la ley como una consigna. La libre iniciativa del individuo, que áun en moral debe tener su parte, casi no ocupa ningun lugar en su doctrina. Tales son las reservas que pueden hacerse á la teoría del deber en la filosofía de Kant, pero esas reservas dejan intactas las bases fundamentales de su análisis.—P. JANET, *miembro del Instituto.*

LA METAFÍSICA Y EL POSITIVISMO.

(Traducido de la obra intitulada "La ciencia positiva y la metafísica," escrita por M. L. Liard, profesor de filosofía en la facultad de letras de Burdeos, y coronada por la Academia de ciencias morales y políticas.)

(CONCLUYE.)

III.

Las lagunas que acabamos de señalar en la filosofía positiva no son las únicas. Las ciencias particulares asientan ó suponen sus principios sin darse cuenta de ellos; aplican los procedimientos del análisis inductivo ó de la síntesis deductiva sin establecer su legitimidad. La filosofía positiva, que por definicion es el sistema de las verdades capitales en que se condensan progresivamente las ciencias particulares, no procura tampoco, lo mismo que éstas, resolver los problemas implicados en sus principios. Hay, sin embargo, una cuestion, que todo el que niega la metafísica debe resolver; porque si las ciencias colocan inconscientemente, en los principios de que parten y en los procedimientos de que usan, ciertas afirmaciones *a priori*, relativas á las condiciones del pensamiento y de la existencia en general, superiores á la esfera de los fenómenos y más extensas que ella, la ciencia, léjos de ser la negacion de la metafísica, podria muy bien contener sus elementos.

No podria decirse que los positivistas ignoran ó desconocen la importancia capital de esta cuestion; pero les parece fácil resolverla, ó mejor dicho, zanjarla. "Las ciencias positivas, dice M. Littré, no toman nada de la metafísica." ¿En qué sentido debe entenderse esa breve y categórica sentencia? ¿Se quiere decir que las ciencias han repudiado todas las concepciones que los metafísicos se habian formado del mundo de los cuerpos y del mundo de los espíritus? Seria un error histórico; porque hoy vemos algunas de esas concepciones, y de las más generales, hacer cuerpo con la ciencia. ¿No es un metafísico, Pitágoras, el primero que ha reducido el universo sensible á los números y á sus relaciones? ¿No es un metafísico, Demócrito, el primero que ha visto en el mundo un mecanismo geométrico? ¿No es tambien un metafísico, Descartes, quien hallando por otra vía esa concepcion de Demócrito, ha arrojado de la naturaleza las entidades y

las causas ocultas, é intentado explicar todo en el mundo de los cuerpos por las leyes del movimiento? Mucho tiempo hace que han sido abandonadas las explicaciones de pormenor; pero la concepcion general permanece siempre, y es el término á que parecen tender cada dia más las ciencias positivas de la naturaleza. ¿No es siempre á la metafísica á quien esas ciencias son deudoras de la idea de una evolucion universal, que haria salir los séres unos de otros sin la accion de ningun poder sobrenatural? En otro órden de ideas ¿no es á la metafísica á quien la ciencia positiva de las sociedades debe las nociones del derecho y del deber, de la libertad y de la igualdad civiles y políticas; y los esfuerzos del método experimental, aplicado en nuestros dias al gobierno de los hombres, ¿no tienden á hacer pasar del dominio especulativo á los hechos, esas ideas metafísicas y las consecuencias que de ellas emanan? No seria, pues, del todo una paradoja, decir que todas las ciencias positivas tienen por objeto hallar y confirmar por la experiencia las intuiciones *a priori* de la metafísica.

Pero la escuela positivista conoce demasiado bien la historia del desarrollo intelectual de la humanidad, para disputar á la metafísica el honor de haber inventado é inaugurado la mayor parte de las ideas generales, que explotadas en nuestros dias con los instrumentos de la experiencia, hacen la fortuna de las ciencias positivas. Así, cuando declara que esas ciencias no toman nada de la metafísica, quiere decir que en ellas nada es *a priori*, que sus principios y procedimientos no ocultan ni implican ninguna de esas afirmaciones primeras, que serian su "alma y enlace" segun una expresion de Leibniz' y de que harian uso sin conocerlos, lo mismo que al andar nos servimos de nuestros músculos y de nuestras articulaciones, sin pensar en ellos ni saber su mecanismo.

Así, en las ciencias positivas nada hay *a priori*, proposicion, como hemos visto, de la más alta importancia, y á cuyo establecimiento sólido debe tender el primero y más grande esfuerzo de una doctrina para la cual ha pasado el tiempo de la metafísica. Sin embargo, en lugar de pruebas se presentan sólo afirmaciones. Augusto Comte admitia como verdad evidente que todo conocimiento deriva de la experiencia. Más versado que su maestro en la literatura metafísica, M. Littré sabe los debates siempre abiertos á que ha dado lugar entre los filósofos, la cuestion del orígen del conocimiento; conténtase, sin embargo, con multiplicar tambien las afirmaciones. "Nada hay, dice, en el saber positivo, que no sea una trasformacion de la observacion y de la experiencia."

Pero si hay conocimientos empíricos que se *trasforman*, ¿cómo se verifica la metamorfósis? Y puesto que se han trasformado, parece que han cesado de ser empíricos. ¿No hay lugar entónces de preguntarse si en ellos no ha introducido el entendimiento algo de su parte?

"Examinando los elementos de que se componen la comparacion, la clasificacion y la filiacion (procedimientos del descubrimiento segun A. Comte), se reconoce que no son otra cosa que la observacion y la experiencia elevadas á grados superiores de complicacion."

Pero ¿esa complicacion creciente y ese progreso, son el resultado de la sola experiencia, ó no debe verse allí el indicio de alguna intervencion extraña á la misma experiencia?

"La induccion es de un uso perpetuo en el dominio científico; inducir es obtener hechos generales con ayuda de los particulares. Una vez obtenidos esos hechos generales, se convierten en una fórmula de la cual se puede deducir ó inducir de nuevo. Pero el solo nombre de hechos generales, dado á los resultados de la induccion, manifiesta que allí tambien estamos en presencia de la observacion y de la experiencia trasformadas. Así, pues, la experiencia y la observacion, directa ó indirectamente, son el orígen de todo en la ciencia positiva, y por consiguiente en la filosofía positiva."

Pero, ¿qué quiere decir esa expresion *hechos generales*, por la cual se designan las relaciones invariables de los fenómenos? (1) ¿No es acaso contradictorio? ¿No tiene por carácter esencial un hecho, el ser localizado en un instante del tiempo y en un punto del espacio? ¿Una ley, por el contrario, no es verdadera bajo las mismas circunstancias, en todo el tiempo y en todo el espacio? ¿Quién nos autoriza á traspasar los límites de la experiencia para extender á todo ese espacio y á todo ese tiempo, que se abren sin fin en derredor y delante de nosotros, los resultados de una observacion siempre limitada? Una vez establecidas las fórmulas de las leyes ¿qué quiere decir deducir é inducir de ellas nuevas leyes? Esas operaciones, inversas entre sí, ¿dependen únicamente de la experiencia, ó no suponen por el contrario principios *a priori?* Hé, aquí, otras tantas cuestiones que quedan sin respuesta. Por una especie de compromiso entre las exigencias de la teoría y las del entendimiento, se llama á las leyes *hechos generales*, y se concluye de aquí que "el solo nombre de *hechos generales*, dado á los resultados de la induccion, manifiesta que allí tambien estamos en presencia de la observacion y de la experiencia trasformadas." ¿Hubo alguna vez círculo vicioso más manifiesto? La cuestion permanece, pues, íntegra. ¿Los principios de las ciencias positivas no implican principios *a priori?*

Así estrechado el positivismo puede oponer á esta cuestion una doble eliminacion. Seria, en efecto, dos veces contrario á las proposiciones que son la base de la filosofía positiva, el emprender con los métodos familiares á la psicología comun, el análisis crítico de los conocimientos, haciendo de ellos un preliminar obligado de la ciencia.

Todo saber verdadero es objetivo; por consiguiente, no podria colocarse la psicología á la entrada de la ciencia. "Cuando en la escuela positiva filosofamos, dice M. Littré, quiere decir que abrazamos en un órden jerárquico los principios generales de la matemática, de la física, de la química, de la biología y de la historia, teniendo así por las cumbres todo el saber humano. Cuando en la escuela psicológica se filosofa, quiere decir que se ha construido la teoría de las ideas, teniendo así el encadenamiento de las condiciones mentales bajo las cuales se conoce. Antes de M. Comte, nadie habia pensado que se pudiese hacer una filosofía cuyos principios fuesen del objeto (comprendido el hombre bajo forma de sér viviente) al sujeto. Toda la filosofía era subjetiva, es decir, que sus principios iban del sujeto al objeto." (2) Ahora, el análisis crítico de los conocimientos humanos es obra subjetiva en primera línea; no puede, pues, encontrar cabida en una doctrina que, en lugar de ver realidades en las concepciones que el espíritu apli-

(1) Littré, *La filosofía positiva*, número 1.
(2) Id. ibid.

ca fuera de sí, hace profesion de no admitir más que elementos objetivos. ¿No es éste un nuevo ejemplo de la peticion de principio que hemos ya señalado más de una vez?

Toda ciencia es objetiva; es así que el análisis crítico de los conocimientos es subjetivo, luego no tiene nada de científico. Pero lo repetimos; razonar así, ¿no es suponer resuelto lo que está en cuestion? ¿No se trata, en efecto, de saber si toda ciencia es exclusivamente objetiva en el sentido en que el positivismo toma esta palabra, es decir, si se introduce toda entera del objeto al sujeto, ó si por el contrario, no contiene algun elemento subjetivo y *a priori*? Se niega al positivismo su postulado, y para contestar invoca ese postulado como haria con un axioma evidente.

Pero se dice que áun cuando tuviera algun valor científico, el anàlisis crítico del conocimiento no podria ser colocado á la entrada de toda filosofía, ni tenido, en consecuencia, por la condicion prévia del saber. La teoría del conocimiento es en efecto una cuestion de psicología; ahora, la psicología tiene en la série de las ciencias, un lugar determinado é inmutable; no se puede hacer la teoría del hombre mental, si se ignoran las funciones y las leyes del cerebro; la psicología debe por lo mismo venir despues de la biología, como ésta viene despues de las otras ciencias jerárquicamente inferiores. "El órden científico, que no es susceptible de ninguna inversion," (1) se opone á que se haga de una cuestion ulterior y subordinada en varios grados, la cuestion primera y dominante.

¿Se dirá que el órden filosófico puede no ser el mismo que el órden científico, de manera que, habiendo sido obtenido el conocimiento psicológico, como acaba de decirse, se cambie de posicion, y se tome por punto de partida lo que fué al principio un resultado adquirido? Por razon de este cambio de posicion, se dirá que las leyes subjetivas del pensamiento son lo que juzga si las leyes objetivas del universo han sido legítimamente formadas, y que así, ese juicio está necesariamente en la base de toda filosofía, á fin de confirmar ó menoscabar su validez." (2)

Como se vé, M. Littré, con una buena fe completa, no disimula ni debilita la objecion. Hé, aquí, como contesta.

Es cierto, de hecho, que las ciencias se han constituido sin el uso de la lógica psicológica; tomando por objeto de estudio los raciocinios, fué como Aristóteles descubrió las fórmulas y las leyes del silogismo, y cuando uno se ha elevado á la idea de una lógica inductiva, es despues de las ciencias y estudiando sus procedimientos. Los procedimientos y los principios de la ciencia no están, pues, sometidos á una lógica que no han empleado. Fuerza es reconocer que la experiencia no se limita á recoger la experiencia bruta, y que trasforma los hechos en leyes y en teorías; "pero cuando ha llegado á esa trasformacion, no es á la lógica, que seria impotente para darla, á quien pide la sancion del resultado, es todavía á la observacion y á la experiencia, de manera que la juzga de la misma manera que la ha adquirido." (3) En rigor, la psicología, de la cual es un frag-

(1) Littré, *La Filosofía positiva.*
(2) Id. ibid.
(3) Id. ibid.

mento la teoría del conocimiento, no podria ocupar, como provincia de la biología, un lugar determinado en la série científica, entre la química y la historia, y ser al mismo tiempo la introduccion ó el coronamiento de la série entera. "Cierto es que los principios generales de la doctrina de la naturaleza humana están en la biología; ¿cómo podrian salir de allí, para ir á representar en otra parte el papel de coronamiento? ¿Cómo podrian ocupar dos lugares á la vez? *Hay aquí pecado contra el método; ahora la filosofía no puede separarse de su método.*" (1)

¿Lo dirémos? Razonando de esta manera, hay, á lo que nos parece, pecado contra la lógica. Ahora, no podemos conceder á la filosofía positiva, el beneficio que parece reclamar para la ciencia, é implícitamente para sí misma, de no estar sometida á la lógica. Cierto es, y nadie lo ha puesto nunca en duda, que las poéticas son posteriores á la poesía espontánea, las retóricas á la elocuencia, y los tratados sobre el silogismo y la induccion al uso instintivo del raciocinio; pero no por eso deja de tener la lógica una jurisdiccion universal. La cuestion que hay que resolver es ésta: ¿No colocan las ciencias inconscientemente, en sus principios y procedimientos, elementos de conocimiento que preexisten, al ménos virtualmente, á la experiencia? Se nos responde: De hecho, las ciencias se han constituido y progresado ántes que una filosofía más refinada haya planteado este problema; y continúan viviendo, y con ellas la filosofía que resume sus descubrimientos y enseñanzas, sin cuidarse de una cuestion ociosa, tardiamente puesta, y cuya solucion, negativa ó afirmativa, les importa poco, si tienen en su favor la comprobacion y garantía de la experiencia.

Nosotros reconocemos con los positivistas el derecho de las ciencias particulares para constituirse y crecer fuera de toda metafísica, fuera de la comprobacion de una lógica refleja que aplican por instinto; pero no es ésta la cuestion. Es un problema que toda filosofía está obligada á resolver, sobre todo, la que niega la legitimidad de las investigaciones metafísicas, el de saber si todas las ciencias no quedarian reducidas á un empirismo estéril, en caso que no aplicasen, siquiera de una manera inconsciente, á los objetos que estudian, ciertos principios que no vienen directa ni indirectamente de la experiencia. Los primeros que hicieron deducciones é inducciones, ignoraban las fórmulas y reglas del raciocinio; pero no por eso dejaban de emplear una lógica inmanente al entendimiento humano, anterior á todo descubrimiento. Podria haber sucedido que en el órden cronológico del desenvolvimiento intelectual de la raza humana, la ciencia de las leyes mentales del saber hubiese aparecido la última, sin que por eso se estuviese en el derecho de concluir que no es lógicamente la condicion de todas las ciencias que la habrian precedido. El hecho no suprime el derecho.

Pero, en derecho, se nos dice, la teoría del conocimiento, parte integrante de la psicología, no puede hacerse sino despues de la constitucion de ciencias ménos complexas de que aquella no podria prescindir; una cuestion sobordinada, no puede ser al mismo tiempo cuestion dominante. ¿Qué vale esa supuesta razon de derecho?

Para el positivismo no hay ni podria haber psicología, en el sentido clásico de la pa-

(1) Littré, *La filosofía positiva.*

labra. La psicología, en efecto, procede por la observacion directa del sujeto con ayuda de la conciencia; ahora, á los ojos de los positivistas, ningun conocimiento hay que no venga del objeto. Así, para hacer objetiva la teoría del hombre, se ven obligados á desmembrar la psicología, anexándola á la biología y á la sociología. En su primera obra, A. Comte, "la habia condensado en algunas generalidades cuyo lugar señalaba en la filosofía biológica." Si más tarde hizo de ella "una sétima ciencia abstracta, y el coronamiento de la filosofía" es "que se dejó desviar del procedimiento que constantemente habia presidido á la elaboracion de su primera obra," y olvidó que la doctrina de la naturaleza humana, "relativa á un solo objeto, el hombre, es una ciencia concreta" y no una ciencia abstracta.

El desmembramiento y particion de la psicología entre la biología y la sociología ¿es materia resuelta por sí misma, como lo afirma M. Littré? No lo examinarémos aquí. Nos bastará apreciar el valor lógico de los argumentos alegados por aquellos positivistas, que parecen ser los depositarios más fieles del pensamiento científico del maestro. Pues bien; en el argumento que acabamos de reproducir con exactitud, encontramos todavía esa peticion de principio, que desde el orígen circula al través de todos los desarrollos del sistema, como un elemento de corrupcion y ruina. Declárase que la cuestion de los orígines y fundamentos del conocimiento no podria ser una cuestion preliminar y general, porque es una cuestion subordinada y particular, que debe venir en su hora y lugar, despues que hayan sido resueltas las cuestiones jerárquicamente inferiores; y como éstas deben resolverse sin el socorro de una solucion, cuyas condiciones son ellas mismas, es una prueba de que la cuestion psicológica ó crítica no tiene la importancia y generalidad que se le atribuye en las escuelas de psicología metafísica. Así lo quiere la série científica. Pero esa distribucion de las ciencias, ¿es un axioma ó un dogma? Cuando deberia probarse que la série científica es verdadera, se la invoca contra una cuestion importuna y tal vez amenazante.

Se tiene, pues, siempre el derecho de preguntarse si las ciencias que hacen profesion de sacar toda verdad del objeto, no encuentran en él algo del mismo sujeto. Miéntras que el positivismo no haya respondido á ésta cuestion por un análisis crítico del conocimiento, podrá sostenerse la existencia del *a priori* contra sus negaciones dogmáticas. La filosofía positiva está tanto más interesada para sí misma en la solucion de este problema, cuanto que coloca á la cabeza del saber humano coordinado, y como primera base de todo lo restante, una ciencia que todavía pasa por irrecusable testigo de la existencia de las verdades *a priori*. "La filosofía positiva, ha dicho M. Littré, al poner las matemáticas en la base de todo el órden intelectual, alumbra de una manera muy viva nuestro entendimiento." (1) Pero hasta el dia en que el positivismo haya demostrado que todas las nociones matemáticas se derivan exclusivamente de la experiencia; que el análisis matemático, el cálculo de las funciones directas, el de las funciones indirectas, el de las variaciones, la geometría y la mecánica racional, siguiendo la nomenclatura de A. Comte, son ciencias de pura experiencia, será permitido creer que si las matemáti-

(1) **Littré,** *La Filosofía positiva.*

cas llevan la luz á todas las ciencias más complicadas en que penetran más cada dia, es porque la sacan del mismo espíritu. Ahora, esa prueba está léjos de haber sido hecha por el maestro ó por los discípulos. En la leccion XV del *Curso de filosofía positiva,* Comte establece que no se podrán deducir de nociones puramente abstractas los principios de la inercia, de la accion igual y contraria á la reaccion y de la independencia de las fuerzas, pero es mucho ménos explícito sobre los principios del número y de la geometría. Si afirma que "la geometría y la mecánica deben ser consideradas como verdaderas ciencias naturales, fundadas sobre la observacion, aunque por la extremada simplicidad de sus fenómenos, permiten un grado infinitamente más perfecto de sistematizacion, que ha podido hacer desconocer alguna vez el carácter experimental de sus primeros principios," está léjos de atribuir ese carácter experimental al cálculo propiamente dicho, "extension admirable de la lógica natural, dice, que constituye el instrumento más poderoso que el espíritu humano pueda emplear en la investigacion de las leyes de los fenómenos. (1) Más tarde, en su segunda filosofía, identificó la lógica y las matemáticas, cuyos principios designó con el nombre de *leyes intelectuales.* M. Littré no ha aceptado ese cambio de nombre y de punto de vista, sosteniendo que todo, en el saber positivo, áun la matemática, se deriva de la observarcion y la experiencia. "La matemática, dice, á pesar de su carácter abstracto, no escapa á esa condicion: uno y uno hacen dos, es un hecho de observacion, y el punto de partida de la más larga y bella deduccion que haya sido dado al hombre recorrer, deduccion que, recorrida en sentido inverso, no es, como se nota luego, sino trasformacion de observaciones." (2) Pero si esto es así, ¿cómo explicar el carácter de universalidad y necesidad inherente á las verdades matemáticas? Tal vez sobre este punto, remitiría de buena gana M. Littré á los célebres análisis de Stuart Mill; pero Stuart Mill es de una escuela que M. Littré llama, unas veces prima hermana, y otras, adversaria temible de la filosofía positiva. La respuesta que da á la cuestion que acabamos de plantear, no podria, á lo que nos parece, satisfacer plenamente á un positivista ortodoxo; porque reposa, como verémos luego, en el análisis mental de las condiciones del pensamiento, rechazado por los discípulos de A. Comte.

Se ha dicho del positivismo, hablando de sus doctrinas sociales y políticas, que era un catolicismo sin cristianismo. (3) Juzgándole desde el punto de vista en que aquí tenemos que considerarle, podemos decir que es un dogmatismo sin crítica. Asienta tésis sin establecerlas, y esas tésis son de tal naturaleza que no podría hacer su prueba sin abandonarlas. Podemos, pues hacer á un lado la condenacion que pronuncia contra la metafísica.

(1) Leccion XV.
(2) Littré, *La Filosofía positiva.*
(3) Huxley, *Lay Sermons.*

LA INDUCCION.

Cuando entre dos ó más hechos, de cualquiera naturaleza que sean, hemos observado tal relacion que el uno es siempre precedido, seguido ó acompañado del otro, en cierta medida y de cierta manera, trasportamos esta misma relacion del lugar y del tiempo en que la hemos apercibido, á todos los lugares y á todos los tiempos; de los séres ó de los objetos, necesariamente en pequeño número, sobre que se ha ejercido nuestra experiencia, á todos los séres y á todos los objetos semejantes. Así hemos notado varias veces, ayer, hoy, el año pasado, y cada una en circunstancias diferentes, que bajo tal grado de frío el agua se condensa y se cambia en hielo; que bajo tal grado de calor se dilata y se trasforma en vapor: creemos entónces con entera confianza, que así ha sido y así será siempre; que así ha sido y así será en todas partes. Pero no estamos obligados á detenernos aquí: al agua podemos sustituir otros líquidos, por ejemplo, leche, mercurio, aceite; y viendo producirse siempre los mismos fenómenos, bajo temperaturas un poco diferentes, afirmamos de una manera general que el frío produce la congelacion de los líquidos, y que el calor los hace entrar en ebullicion. Este acto de nuestra inteligencia, por el cual hacemos pasar *(ducere in)* á todos los puntos del espacio y de la duracion, y á una série indefinida de existencias semejantes, lo que hemos observado en tal lugar, en tal momento y en un número restringido de individuos, ha sido designado por los filósofos con el nombre de *induccion. Hœc*, dice Ciceron, *ex pluribus perveniens quo vult, appellatur inductio, quœ grœce epagógé nominatur.* (1)

Con justa razon, pues, se representa generalmente la induccion como lo contrario del silogismo, y se la define una manera de raciocinar que consiste en sacar de varios casos particulares una conclusion general. En efecto, su carácter más esencial es elevar nuestro espíritu, del conocimiento de los fenómenos al de las leyes ó principios que los contienen virtualmente; miéntras que por el contrario, el silogismo ó raciocinio deductivo, nos hace descender de los principios y las leyes á las diversas aplicaciones de que son susceptibles. Ahora, en esta marcha ascendente, ó generalizacion sucesiva de la induccion, se pueden distinguir tres grados muy claramente separados, de donde luego sacarémos fácilmente todas las reglas que gobiernan á éste género de raciocinio: 1 ° El fenómeno que cierto objeto ó sér nos ha presentado varias veces, en momentos y lugares determinados, le admitimos para toda la duracion de ese sér y para todos los puntos del espacio á que pueda ser trasportado, bajo la condicion de que en nada cambien las circunstancias en que el fenómeno se ha producido siempre: por este medio reconocemos

(1) *Topic.*, C. X.

en las cosas atributos esenciales y propiedades invariables. 2º Lo que hemos observado en algunos séres de perfecta semejanza, tan perfecta al ménos como la naturaleza lo permite, lo afirmamos sin distincion de tiempos ni lugares, de todos los séres semejantes á los primeros, y que nuestro espíritu se representa por un mismo tipo: así es como reconocemos no sólo propiedades invariables, sino propiedades generales, es decir, comunes á todos los individuos de una misma especie. 3º Lo que hemos observado en varias especies, esto es, en los séres semejantes por ciertas cualidades, y diferentes por otras muchas, lo atribuimos á todos los que poseen las primeras, no teniendo en cuenta las otras sino para marcar los grados y proporciones de que el fenómeno en cuestion es susceptible: así es como llegamos á descubrir, con las relaciones de las especies á los géneros, leyes, propiedades, fuerzas más y más generales, mostrándose á nuestros ojos el universo en su unidad y sublime armonía.

Basta definir la induccion para hacer comprender luego el lugar que ocupa, el papel indispensable que representa, no sólo en la ciencia ó en el órden de la especulacion, sino en la vida práctica, en el curso ordinario de la existencia humana.

Suprimid la induccion en el órden científico, y desde luego haceis desaparecer las ciencias físicas y naturales con sus inumerables ramificaciones. Es muy evidente, en efecto, que todas las ciencias de esta especie y las diferentes artes que de ellas dependen, no reposan sino sobre clasificaciones y leyes. Ahora, estas dos especies de resultados se deben igualmente á la induccion. Por sus propiedades se dividen los objetos de la naturaleza en diferentes clases, géneros y especies, distinguiéndose entre sí esos géneros y esas especies. Pero la idea de propiedad no se forma en nosotros de otra manera que la idea de ley. ¿Cómo sabemos, por ejemplo, que el calor tiene la propiedad de derretir la cera? Porque todas las veces que hemos colocado un pedazo de cera en presencia del fuego, la hemos visto entrar en fusion. Un observador exacto no se detiene aquí: no le basta haberse convencido de que el calor hace derretir la cera; es preciso que sepa á qué grado de calor tiene lugar el fenómeno: así hará constar al mismo tiempo la propiedad y la ley que la rige. La sola diferencia entre Galileo descubriendo la ley de la caida de los cuerpos, y el niño ó el campesino que se limita á atribuirles la pesantez, es que las experiencias del uno son más precisas y más netas que las del otro; pero ambos hacen uso del mismo procedimiento; lo que han reconocido como verdadero en ciertos lugares, en ciertos tiempos, en ciertos objetos, lo trasportan á todos los lugares, á todos los tiempos y á todos los objetos semejantes. No de otro modo pasan las cosas en el órden moral, es decir, en el estudio del alma humana, y en todas las ciencias que de cerca ó de léjos se ligan con él. La misma série de operaciones que nos hace encontrar las propiedades y leyes de la materia, nos descubre tambien las facultades y la mayor parte de las leyes del espíritu; nos muestra cuáles son los móviles y pasiones del corazon humano; cómo se desarrollan en el individuo ó en la sociedad, y por qué arte se las contiene en los límites de su destino. Si se quitara, pues, al espíritu humano el uso de la induccion, desaparecerian con las ciencias naturales todas las morales. La misma metafísica no puede prescindir de ella; porque no se separa de la psicología, y si los principios absolutos de la razon no se refieren á un sér inteligente, libre, que posee en toda su ex-

tension ó en su esencia infinita las mismas facultades que poseemos bajo un modo relativo y finito, no son sino abstracciones vacías de sentido. No quedarian, pues, sino las matemáticas, que son realmente independientes del procedimiento inductivo; pero, ¿qué interés podemos darles en la ausencia de las otras ciencias, es decir, cuando no pueden ya aplicarse á nada real; cuando ya no sirven para determinar las leyes y formas de la naturaleza?

Suprimid la induccion en el curso ordinario de la vida, y no habrá ya ni prudencia, ni prevision, ni reglas de industria, ni planes de conducta; porque no estarémos seguros de que los mismos medios puedan alcanzar dos veces seguidas los mismos fines; no estarémos seguros de conservar de un instante á otro las mismas facultades y las mismas necesidades, ó de hallar fuera de nosotros la misma naturaleza. Como Royer-Collard lo observa con mucha exactitud, (1) la induccion es la que nos persuade de la permanencia del mundo exterior, cuya existencia actual hacen constar simplemente la percepcion y el principio de causalidad; la induccion es la que nos pone en relacion con la naturaleza; la que le da la vida, y en cierta manera la palabra, haciéndonos ver cada acontecimiento como un indicio infalible del pasado y del porvenir; la induccion es la que nos pone en comercio con nuestros semejantes, dando un valor constante á los signos, naturales ó artificiales, del pensamiento y del sentimiento. Ahora, estos tres resultados son igualmente necesarios para ligar y dar un objeto á nuestras acciones.

Siendo tal el lugar que ocupa la induccion en el conjunto de nuestra existencia, es claro que es tan antigua como la naturaleza humana, y nadie puede sin locura atribuirse el honor de haberla inventado; pero lo cierto es que sus reglas no fueron conocidas con precision ni aplicadas con órden á la observacion de la naturaleza, sino desde el nacimiento de la filosofía, ó más bien, del espíritu moderno. Fácil es concebir la razon de ésto: la induccion supone la más completa independencia, tanto de la imaginacion como de la autoridad; no es como el silogismo, instrumento dócil que se aplica á todo lo que se quiere, así á la hipótesis como á la verdad, á principios agenos como á propias convicciones. Además, no tiene ninguna forma determinada que pueda sustituírsele, y con la cual sea posible equivocarla; no admite intermedio entre el espíritu y las cosas; pone á nuestra inteligencia en contacto directo con la naturaleza. Así es que su advenimiento al campo de la ciencia fué señalado por los más brillantes descubrimientos. El *Novum Organum* fué la consecuencia, y si puede decirse, la consagracion legal de esa revolucion cuyos verdaderos autores fueron Copérnico, Kepler, y sobre todo Galileo. Sin duda que es bastante para la gloria de Bacon haber sido á la vez el abogado y el legislador del nuevo poder, en un tiempo en que no era todavía reconocido sino por algunos hombres de génio; no hay que exagerar sin embargo: la induccion, tan completamente descuidada durante la edad media, no fué extraña á los filósofos de la antigüedad. Aristóteles, la define con mucha exactitud en varios pasajes de sus *Analíticos;* muestra sus resultados en su *Historia de los Animales;* y largo tiempo ántes que él, el padre de la

(1) *Fragmentos* publicados por M. Jouffroy en la traduccion de las *Obras completas* de Reid, t. IV., páginas 281 y siguiente.

medicina y de la filosofía natural, Hipócrates, la habia puesto en práctica con éxito brillante. Es, en fin, el alma de la filosofía de Sócrates y Platon.

Sabemos ahora en qué consiste y para qué sirve la induccion; hemos visto cómo se liga á todas las operaciones del alma humana, y hasta qué punto ha contribuido á la emancipacion general de las ciencias; pero ésto no basta: menester es que podamos decir sobre qué principio reposa, y con qué títulos ó bajo qué condiciones deben aceptarse como legítimos sus resultados.

Al mostrarnos Aristóteles la induccion ya como una especie de silogismo, ya como una operacion opuesta, no procura determinar en ninguna parte su principio. Tampoco se presentó esta cuestion al espíritu de Bacon, no obstante que la induccion haya sido el único objeto de sus investigaciones filosóficas. Un génio de muy distinto alcance, Newton, si nuestros recuerdos no nos engañan, es quien, en sus *Regulæ philosophandi*, expresó por primera vez bajo una forma precisa, el principio fundamental de todo raciocinio inductivo. "Efectos generales del mismo género, dice, tienen las mismas causas." *Effectuum generalium ejusdem generis eædem sumt causæ.* En otros términos, las mismas causas producen efectos semejantes. Segun esta proposicion, el principio no seria más que una aplicacion del principio de causalidad: consistiría en creer que entre el efecto y la causa hay una relacion tal, que la identidad de ésta se manifiesta por la constancia y la unidad de aquel. Es un hecho notable que al atacar Hume el principio de causalidad, se haya visto obligado á arruinar del mismo golpe el principio de induccion. Segun el célebre autor de los *Ensayos filosóficos* y del *Tratado de la naturaleza humana*, toda induccion se funda en el hábito, es decir, en una disposicion personal que no tiene nada de comun con la verdad ni con la naturaleza de las cosas. "Despues de haber observado, dice, el enlace constante de dos cosas, del calor, por ejemplo, con la llama, ó de la solidez con la pesantez, no nos determinamos sino por *hábito* á concluir de la existencia de una de estas cosas la existencia de la otra: de otro modo, añade Hume, es imposible explicarnos por qué concluirémos de mil casos lo que no podriamos concluir de un caso único, aunque el mismo bajo todos aspectos." Reid, y con él toda la escuela escocesa, reconoce por el contrario, en el principio de induccion, un hecho irreducible del espíritu humano, una creencia primitiva y absolutamente original que se puede enunciar en estos términos: "En el órden de la naturaleza, lo que sucederá semejará probablemente á lo que ha sucedido en circunstancias semejantes." Esa creencia, en el lenguaje filosófico, se traduce por esta proposicion: "La naturaleza es gobernada por leyes invariables." M. Royer-Collard, admitiendo la proposicion de Reid, creyó necesario dividirla en dos, como si contuviera dos principios distintos: "El principio de induccion, dice, reposa sobre dos juicios. El universo es gobernado por leyes estables: hé aquí el primero; el universo es gobernado por leyes generales: hé aquí el segundo. Síguese del primero que, conocidas en un punto de la duracion, las leyes de la naturaleza, lo son en todos; síguese del segundo que, conocidas en un solo caso, lo son en todos los casos perfectamente semejantes." Mucho tiempo ántes que Reid y Royer-Collard, los autores de la *Lógica de Port-Royal* habian dado exactamente la misma base al *juicio que debe hacerse de los accidentes futuros*, es decir, al juicio inductivo. En fin, otros, que pueden

decirse más aristotélicos que Aristóteles, han querido confundir enteramente la induccion con el silogismo; pero consideran á éste desde dos puntos de vista, el de la extension y el de la comprension. Cuando digo que Pedro debe morir, porque es hombre y todos los hombres son mortales, me coloco en el punto de vista de la extension; porque no considero en este caso sino el número de los séres á que se aplica cierta idea. Si me ocupo, por el contrario, en los atributos, cualidades, ó empleando el término consagrado, en la esencia que esa idea representa, me coloco en el punto de vista de la comprension, y me veo obligado entónces á reconocer que la esencia ó la naturaleza del individuo comprende necesariamente la de la especie; y que la de ésta comprende las cualidades distintivas del género. Tal es precisamente, segun la opinion que exponemos, el principio de la induccion. La experiencia no le añade nada; nos enseña solamente á distinguir en cada sér las cualidades esenciales é invariables, de las modificaciones fugitivas que las acompañan. Acabamos de resumir casi todas las soluciones que se han dado al problema que nos ocupa en este momento.

Hay que separar desde luego la de Hume, que no tiene más objeto que quitar á la induccion todo fundamento en la naturaleza de las cosas, es decir, negar toda verdad inductiva y que en el mismo instante en que la niega se ve obligado á suponer su existencia. En efecto, ¿con qué condicion se encuentran dos cosas ligadas en nuestro espíritu, de tal manera que al apercibir la una concluyamos necesariamente la existencia de la otra? Con la condicion de que ese enlace sea perfectamente real, que la experiencia no le desmienta, y que nos represente fielmente el órden de la naturaleza. Supongamos que todo esté entregado al azar, tanto en nosotros como fuera de nosotros, raramente se producirá la misma combinacion dos veces seguidas, y el hábito de que habla Hume no podrá nunca establecerse. Ahora, puesto que el hábito supone necesariamente la verdad inductiva; puesto que la supone no sólo en nuestro espíritu sino en la naturaleza, es incapaz de explicarla y mucho ménos de destruirla. La experiencia no es ménos contraria que la lógica á la doctrina de Hume. El niño que se ha quemado una sola vez teme al fuego; y en general, somos tanto más inclinados á abusar de la induccion ó á generalizar hechos particulares, cuanto ménos hemos vivido y ménos observado.

Separamos igualmente la opinion que confunde la induccion con el silogismo. Sin duda que en un sentido general puede darse á la induccion la forma silogística: porque la induccion supone un principio universal sobre que se funda su misma existencia; y el uso que se hace de semejante principio en diferentes casos determinados, participa de la naturaleza del silogismo; pero no es esto lo que constituye el raciocinio inductivo' ó sea ese procedimiento por el cual concluimos de lo particular á lo general, es decir de lo ménos á lo más, y de la parte al todo. Es muy cierto que los caractéres distintivos del género están comprendidos entre los atributos de la especie, y que éstos se encuentran en el número de las propiedades esenciales del individuo; pero, ¿de dónde lo sabemos? ¿Qué es lo que nos ha podido persuadir de que hay géneros y especies, de que hay en la naturaleza propiedades ó causas de donde resultan siempre los mismos efectos, estableciendo entre los séres semejanzas ó diferencias invariables? Unicamente la induccion es la que nos ha enseñado todo esto, como el mismo Aristóteles, poco sospe-

choso de prediliccion por este género de raciocinio, lo habia observado ya. Así, pues, el silogismo, sea cual fuere el punto desde el que se le considere, no puede darnos cuenta del principio ni del procedimiento de la induccion.

No nos queda por lo mismo, más que el principio de Newton y el de la escuela escocesa: porque es evidente que las dos proposiciones de Royer-Collard no añaden nada á la de Reid. Además, la division de Royer-Collard es inadmisible: toda ley de la naturaleza es necesariamente estable y general: quítesele uno ú otro carácter, y se confundirá con los simples fenómenos. Por la misma razon, Reid habria debido contentarse con decir que la naturaleza es gobernada por leyes. Ahora, esta proposicion comprende necesariamente la de Newton; porque el carácter de una ley, ó el signo por el cual se revela su existencia, es hacer que una misma causa, siendo colocada en las mismas circunstancias, produzca siempre los mismos efectos. Pero, ¿por qué es así? ¿Por qué de una misma causa, ó de causas semejantes, no debemos aguardar sino efectos semejantes? A esta pregunta no hay nada que responder, sino que la idea de causa y la idea de ley son inseparables en nuestro espíritu, y tan necesarias, por consiguiente, la una como la otra, que no concebimos mejor una causa que obre sin ley, que un fenómeno que comience sin causa. Sin duda que cada uno es libre de sustituir á la palabra ley otra expresion. Puede decirse con Leibniz: nada existe, nada se hace sin razon; ó bien: todo efecto tiene su razon de ser en la causa que le produce; pero razon, en este sentido, no dice más que ley, y sólo significa una manera de obrar general y constante, preconcebida por la inteligencia ántes de traducirse en resultados exteriores. La induccion reposa, pues, verdaderamente en un juicio primitivo de la razon humana; en un principio no ménos universal ni ménos necesario que el de causalidad, á saber, que toda causa obra segun una ley, y que hay leyes para todos los fenómenos. La expresion más completa de este principio es que no hay azar en la naturaleza, que todo está subordinado á un plan, á una regla, es decir, á una ley universal, de donde emanan las leyes particulares cuya existencia nos es testificada por la experiencia. En efecto, así como hay sobre todas las causas relativas y finitas una causa absoluta é infinita, de la misma manera nos vemos obligados á reconocer en las leyes múltiples y contingentes de este mundo, aplicaciones diversas de una ley única, invariable, que es la razon misma. Así, miéntras más se avanza en el conocimiento de la naturaleza, más se le encuentra un carácter racional, más se apoya la experiencia en el raciocinio y el cálculo.

Hé aquí al principio de induccion fuera de duda, si es que no somos con todo el género humano, juguetes de una ilusion. Pero, ¿se puede decir otro tanto de sus resultados, es decir, de las leyes que se comprueban con ayuda de la experiencia? Se ha notado que siendo esas leyes contingentes por su naturaleza, y no apareciéndonos siempre muy bien ligadas entre sí, no pueden tener el mismo grado de certidumbre que las conclusiones de un raciocinio silogístico. Además, no existe para la induccion una forma precisa, como para el raciocinio propiamente dicho: es imposible decir cuántos hechos y experiencias se necesitan para hacerle legítima; por consiguiente, nunca estamos seguros de haberlos recogido en número bastante grande, y todo lo que aquí se puede esperar es un grado más ó ménos elevado de verosimilitud. La primera objecion es del

todo inadmisible en principio; porque si no se debiera tener por cierto más que lo que es necesario, universal, matemáticamente demostrado, tendriamos derecho á dudar de nuestra propia existencia, y por consiguiente de la razon misma, cuya luz no puede llegar hasta nosotros, sino atravesando, por decirlo así, la conciencia. La segunda objecion, á pesar de cierta apariencia lógica de que el escepticismo ha sacado partido, no resiste á los hechos. Por ejemplo, me es imposible persuadirme más de lo que estoy, de las leyes de la pesantez; y si admito que esas leyes pueden cambiar, es á condicion de que los cuerpos cambien con ellas. Que se contenga en un animal la respiracion ó la circulacion de la sangre, y no es solamente probable sino absolutamente cierto que ese animal cesará de vivir. Si no estoy enteramente seguro de los resultados de la induccion, me es imposible dar más confianza á la percepcion misma, y considerar como fuera de duda la existencia de los cuerpos: porque los cuerpos no son nada para nosotros sin sus propiedades, y como lo hemos ya observado, la induccion es la que nos da la idea de propiedad, de concierto con el principio de causalidad. Sin duda que hay hechos que con harta precipitacion se han erigido en leyes, y leyes verdaderamente dignas de este nombre á las que se ha dado demasiada extension; pero entónces la induccion se ha detenido á medio camino y la hipótesis ha hecho lo demás. Verdad es tambien que no puede determinarse de antemano el número de experiencias sobre que debe fundarse toda induccion legítima, pues ese número varía segun la naturaleza de los hechos que se observan y las cualidades del observador; pero hay un momento en que es suficiente, y en que verdaderamente poseemos la certidumbre. Guardémonos de imitar, insistiendo demasiado sobre esta dificultad, á los sofistas antiguos que no querian que algunos granos de trigo, aumentados sin cesar de un nuevo grano, pudiesen acabar por hacer un monton.

Las condiciones ó reglas de la induccion pueden resumirse en tres: 1º No estando nada aislado en la naturaleza, deben multiplicarse las observaciones y variar las experiencias, hasta que se haya separado lo accesorio, de lo esencial, los puros accidentes, de los atributos constitutivos, y se haya descubierto entre las mil circunstancias que acompañan á un fenómeno, la que determina realmente su existencia, es decir, que es su condicion ó causa propiamente dicha. 2º No basta hacer constar las condiciones ó propiedades que determinan la existencia de un fenómeno; hay que investigar tambien por los mismos procedimientos, cuáles son las propiedades que le excluyen ó que le son indiferentes. Así es como, habiéndose elevado de lo mismo á lo semejante, esto es, del individuo á la especie, se podrá pasar de lo semejante á lo diferente, ó sea de la especie al género. 3º Es preciso examinar si las propiedades reconocidas en un individuo, en una especie ó en un género, no se producen en proporciones diferentes conforme á circunstancias diferentes, y si esas proporciones no pueden reducirse á una regla uniforme. Sólo bajo estas condiciones podrá alcanzar la induccion el conocimiento de las leyes, que podrán en ciertos casos recibir la sancion del raciocinio y del cálculo.

A estas tres reglas corresponden las tres especies de cuadros recomendados por Bacon: los cuadros de presencia, que hacen constar todos los casos en que se observa cierta propiedad ó cierto fenómeno, los cuadros de ausencia, que señalan todos los casos en que no se ha encontrado el mismo fenómeno, y los cuadros de comparacion que dan las proposiciones en que se manifiesta. En estas reglas se resume el *Novum Organum*, es decir, toda la lógica de la induccion; y si es más difícil observarlas que las del silogismo, no por eso conducen á resultados ménos fecundos ni ménos ciertos: de otro modo, lo repetimos, habria que renunciar al pasado y al porvenir, tanto en la vida como en la ciencia.—*(Diccionario de las ciencias filosóficas.)*

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DEL

TOMO PRIMERO.

PÁGS.

LA FILOSOFIA.—Dictionnaire des sciences philosophiques.... 5
Idem.... 17
Idem.... 33
EL EMPIRISMO.—J. Riaux.... 12
BIBLIOGRAFÍA FILOSÓFICA.—Revue philosophique.... 16
Idem.... 32
REVISTA DE PERIODICOS.—J. M. Vigil. Marzo 1.° de 1882.... 30
Idem, 1.° de Abril.... 45
Idem, 1.° de Mayo.... 58
Idem, 1.° de Junio.... 76
Idem, 1.° de Julio.... 93
Idem, 1.° de Agosto.... 108
Idem, 1.° de Setiembre.... 124
Idem, 1.° de Octubre.... 142
Idem, 1.° de Noviembre.... 156
Idem, 1.° de Diciembre.... 174
Idem, 1.° de Enero de 1883.... 190
Idem, 1.° de Febrero.... 206
Idem, 1.° de Marzo.... 224
LOS SOFISTAS Y LA SOFÍSTICA.—E. Saisset.... 41
LA ANARQUÍA POSITIVISTA.—J. M. Vigil.... 49
Idem.... 65
AUGUSTO COMTE.—E. Charles.... 74

PÁGS.

EMILIO LITTRÉ.—LA FILOSOFÍA POSITIVA: SUS TRASFORMACIONES, SU PORVENIR.—E. Caro.... 81
Idem.... 97
Idem.... 113
OPINION DE M. PASTEUR SOBRE EL POSITIVISMO.... 92
BIBLIOGRAFÍA.—NOCIONES DE LÓGICA ARREGLADAS POR EL PROFESOR LUIS E. RUIZ.—J. M. Vigil.... 129
Idem.... 145
Idem.... 162
LA DEDUCCION.—J. Duval Jouve.... 139
EL MATERIALISMO.—E. Bersot.... 169
LA RELIGION POSITIVISTA.—E. Caro.... 177
Idem.... 194
EL POSITIVISMO.—E. Charles.... 209
LA NEGACION POSITIVISTA Y SU VALOR CIENTÍFICO.—Discurso pronunciado en Nuestra Señora de Paris por el Padre Félix.... 225
Idem.... 241
EL SÉR.—Dictionaire des sciences philosophiques.... 235
EL INSTINTO.—A. Lemoine.... 239
EL BIEN.—Dictionaire des sciences philosophiques.... 252
LA EXPERIENCIA.—J. Bouillier.... 255
DEL POSITIVISMO EN SUS RELACIONES CON LA CIENCIA.—Th. Huxley.... 257
EL ASENTIMIENTO.—Dictionaire des sciences philosophiques.... 272
LA METAFÍSICA Y EL POSITIVISMO.—L. Liard.... 273
Idem.... 289
EL DEBER.—P. Janet.... 284
LA INDUCCION.—Dictionaire des sciences philosophiques.... 296